

Los Hijos del Capitán Grant

Por

Julio Verne

Freeditorial 

AMÉRICA DEL SUR

Capítulo I

Un tiburón

El 26 de julio de 1864, un hermoso yate, el Duncan, avanzaba a todo vapor por el canal del norte; un fresco viento del noroeste favorecía su marcha. En el tope del trinquete flameaba la bandera de Inglaterra y un poco más atrás, sobre el palo mayor, se agitaba un gallardete azul que mostraba una dorada corona ducal y las iniciales E.G.

Lord Glenarvan, uno de los dieciséis pares escoceses de la cámara alta y el socio más distinguido del Royal Thames Yacht Club, propietario del Duncan, se hallaba a bordo junto a su joven esposa, lady Elena, y su primo, el mayor Mac Nabbs.

El Duncan realizaba su primer viaje de prueba por las aguas próximas al golfo de Clyde, cuando ya maniobraba para regresar a Glasgow el vigía señaló un enorme pez que seguía el curso del buque. Esta novedad fue comunicada por el capitán, John Mangles, a lord Edward, quien subió a cubierta en compañía de su primo para enterarse mejor de lo que ocurría.

El capitán opinó, ante la sorpresa del lord, que podía tratarse de un tiburón, posiblemente de la variedad martillo, que suele aparecer por todos los mares.

Inmediatamente le propuso una original pesca para confirmar su opinión y disminuir, si lo lograba, el número de estos terribles animales.

Lord Glenarvan aceptó la propuesta y mandó avisar a lady Elena que también subió a cubierta ansiosa de ser testigo de aquella extraña pesca.

El mar estaba magnífico y fácilmente se podía seguir con la vista los rápidos movimientos del escualo que con sorprendente vigor se sumergía y subía a la superficie. El capitán Mangles dirigía la operación; los marineros echaron por la borda una línea compuesta por una gruesa cuerda en cuyo extremo ataron fuertemente un gran anzuelo que cebaron con un enorme trozo de tocino. El tiburón, aunque se hallaba a una distancia de casi cincuenta metros, oyó el golpe, olió el cebo que se le ofrecía y se acercó velozmente al yate. Su aleta dorsal aparecía sobre la superficie del agua como si fuera una vela, mientras sus otras aletas, negras en su base y cenicientas en la punta, se agitaban violentamente entre las olas y lo hacían avanzar en una línea perfectamente recta. A medida que se acercaba al tocino, sus grandes ojos parecían inflamados por el deseo, sus mandíbulas abiertas dejaban ver una

cuádruple hilera de dientes triangulares como los de una sierra. Su ancha cabeza parecía un martillo apoyado en el extremo de un mango.

Al aproximarse, comprobaron que el capitán no se había engañado: aquel tiburón pertenecía a una de las más peligrosas y voraces variedades.

Los pasajeros y la tripulación del Duncan seguían con la mayor atención los movimientos del extraño visitante. Muy pronto alcanzó el cebo, se dio vuelta boca arriba para tomarlo y lo tragó entero. Esto hizo sacudir violentamente el aparejo preparado para retenerlo si llegaba a ponerse a tiro.

El tiburón se defendió con energía, pero lo fatigaron hasta que, ya rendido, pudieron pasarle un nudo corredizo por la cola y así lo subieron hasta la borda; finalmente cayó sobre la cubierta. Un marinero, no sin gran precaución, se le acercó y le cortó de un hachazo la enorme cola.

Con este golpe de gracia quedaba la pesca concluida, el monstruo ya no inspiraba ningún temor; pero la curiosidad de los marineros no estaba satisfecha ya que es frecuente registrar tripas y estómago de estos animales. La gente de mar conoce su poco delicada voracidad y espera de este registro encontrar alguna sorpresa y no siempre es inútil su búsqueda.

Lady Glenarvan no quiso presenciar aquella inspección del cadáver y se retiró. El tiburón aún se agitaba en su agonía. No era de un tamaño extraordinario, medía algo más de tres metros y su peso era de alrededor de trescientos kilos, pero era conocida la ferocidad de esta especie.

El enorme escualo fue abierto a hachazos; el estómago completamente vacío —se veía que hacía tiempo que ayunaba— tenía clavado el anzuelo. La búsqueda no había dado resultado y ya iban a tirar sus restos al mar cuando el contraмаestre advirtió un extraño bulto en los intestinos.

—¿Qué diablos será eso? —exclamó.

—Una piedra —respondió un marinero—, que el pícaro se habrá tragado para lastrarse.

—Yo creo —dijo otro— que debe ser una bala que se le clavó en el vientre y que, por supuesto, no pudo digerir.

—Cállense todos —gritó Tom Austin, el segundo del yate— ¿no ven que el pícaro era un borracho perdido y, apurado por beber, se tragó vino y botella también?

—¡Cómo! —exclamó lord Glenarvan, atraído por la novedad— ¿es una botella lo que tiene en las tripas?

—Es una botella realmente —respondió el contraмаestre—. Pero bien se conoce que no acaba de salir de la bodega.

—Entonces —repuso lord Edward— hay que sacarla con gran cuidado, tratando de que no se rompa, pues las botellas que se encuentran en el mar suelen tener valiosos documentos.

—¿Cree...? —dijo el mayor Mac Nabbs.

—Creo que pueda contenerlos.

—Pronto saldremos de dudas.

—¡Acaso sorprendamos un secreto! —¿Ya la has sacado?

—Sí, milord —respondió el segundo—, al mismo tiempo que le mostraba el objeto informe que acababa de sacar trabajosamente de las entrañas del tiburón.

—Bien —dijo lord Glenarvan— que la laven y la lleven a la cámara de popa.

Así se hizo y aquella botella, que de manera tan extraña había llegado hasta el yate, fue puesta sobre una mesa que rodearon lord Glenarvan, el mayor Mac Nabbs, el capitán John Mangles y también lady Elena, que, como buena mujer, sentía curiosidad por el asunto.

En el mar, la más insignificante novedad puede ser un gran acontecimiento. Durante un momento, en silencio, todos miraron con atención ese débil resto de un naufragio, pensando si había en él, el secreto de una catástrofe o simplemente un mensaje sin importancia confiado a las olas por algún navegante desocupado.

Había que desentrañar el misterio y lord Glenarvan, sin detenerse más, comenzó a examinar con gran precaución la botella. Parecía un detective que estudiaba todas las particularidades de un gravísimo caso; su cuidado era muy adecuado ya que el menor indicio podría servir de pista para descubrir el secreto que guardaba.

Antes de examinar el interior de la botella, observaron minuciosamente su exterior: tenía un cuello delgado y en su gollete, bastante reforzado, había aún un pedazo de alambre oxidado y quebradizo; sus paredes eran gruesas y resistentes, y su forma denunciaba sin duda que había contenido champaña. Con botellas de ese tipo, los vinateros de Francia rompen palos de silla sin que ellas se quiebren, lo que explicaba que ésta hubiera podido soportar entera los azares de una larga travesía.

El mayor reconoció que era una botella de la casa de Clignot y como todos sabían que la podía conocer bien por haber vaciado ya muchas, nadie le discutió su afirmación.

—Mi querido mayor —dijo lady Elena—, poco importa de dónde es la

botella si no podemos saber de dónde viene.

—Ten paciencia, mi querida Elena —le respondió lord Edward—, algo podemos ya afirmar: viene de muy lejos. ¡Mira las sustancias petrificadas por el salitre del mar! ¡Este resto de naufragio permaneció mucho tiempo en el océano antes de sepultarse en el vientre del tiburón!

—Opino lo mismo —dijo el mayor—. Este envase, protegido por una capa dura como la piedra, ha podido viajar mucho sin romperse.

—Pero, ¿de dónde viene? —quiso saber impaciente lady Glenarvan.

—Espera, espera, mi querida Elena, las botellas requieren paciencia y estoy seguro de que ésta va a satisfacer nuestra curiosidad pronto. Mientras lo decía, raspaba las costras que protegían el gollete; apareció entonces el tapón deteriorado por el agua.

—¡Qué pena! —dijo Glenarvan— ya que si encontramos algún papel va a estar sumamente arruinado por la humedad.

Todos temieron lo mismo. Era evidente que por estar mal tapado había dejado de flotar y se había sumergido, lo que hizo posible que el tiburón, hambriento, la devorara y que por esa rara casualidad hubiera llegado a bordo del Duncan.

—Hubiera sido mejor encontrarla flotando en alta mar —dijo John Mangles— en un lugar determinado y, así, al estudiar las corrientes que pudieran empujarla, hubiéramos rehecho el camino recorrido; pero traída por un cartero como este tiburón, que navega contra viento y marea, nos será imposible saber eso.

Mientras sacaba el tapón con el mayor cuidado y se esparcía por la cámara un fuerte olor salino, lord Glenarvan respondió que sería la misma botella la que desvelaría su secreto.

—¿Y qué hay? —preguntó lady Elena, con femenina impaciencia.

—¡Sí! —dijo Glenarvan— ¡No me he engañado! Contiene papeles.

—¡Documentos! ¡Documentos! —exclamó lady Elena.

—Parecen muy deteriorados por la humedad y están tan pegados a las paredes que es imposible sacarlos.

La solución era romper la botella, pero deseaban conservarla intacta; finalmente decidieron hacerlo ya que los papeles eran más importantes que el envase que los había traído.

A golpes de martillo rompieron la dura costra pétreo que cubría el gollete y así pudieron retirar con sumo cuidado varios fragmentos de papel adheridos

entre sí. Los pusieron con gran precaución sobre la mesa y todos los rodearon ansiosos.

Capítulo II

Los tres documentos

Aquellos pedazos de papel, casi destruidos por el agua, sólo permitían distinguir algunas palabras sueltas, restos indescifrables de líneas casi enteramente borradas. Lord Glenarvan los examinó atentamente algunos minutos, los dio vuelta hacia todos los lados, los puso a plena luz y trató de leer los restos de las palabras que el mar había dejado y luego se dirigió a sus amigos que lo rodeaban impacientes.

—Aquí hay, sin duda, —les dijo— tres documentos distintos. Es posible que sean tres copias en tres idiomas diferentes: inglés, francés y alemán, del mismo mensaje.

—Pero, ¿se entiende qué sentido tienen? —preguntó lady Glenarvan.

—Están tan arruinados que es difícil saberlo ahora.

—Tal vez se puedan completar uno con otro —opinó el mayor— ya que es muy difícil que el mar los haya borrado precisamente en los mismos lugares. Quizás se puedan unir los tres restos y encontrar así el sentido que ocultan.

—Eso es lo que haremos —dijo lord Glenarvan—, pero debemos actuar con método. Veamos primero el documento en inglés.

Esto era lo que quedaba:

62 Bri gow sink stra aland skipp Gr that monit of long and ssistance lost

—No significa gran cosa —dijo desalentado el mayor. —Pero, de todas maneras, está en buen inglés —respondió el capitán.

—En muy buen inglés —dijo lord Glenarvan y las palabras sink —zozobrar—, aland —a tierra—, that —esto—, and —y—, lost —perdido—, están intactas y, sin duda, skipp es parte de la palabra skipper —capitán—, por lo que se trata de un señor Gr... que probablemente es el capitán del buque naufrago.

—Además —agregó John Mangles—, podemos interpretar monit como parte de —monition — y ssistance es sin duda assistance —auxilio—.

—Ya tenemos algo —dijo lady Elena.

Desgraciadamente les faltaban líneas enteras, no sabían aún el nombre del buque perdido, ni el lugar del naufragio. Todos confiaban en averiguarlo y se pusieron a descifrar los restos, más arruinados todavía, del otro papel, que mostraba lo siguiente:

7 juni Glas swei atrosen graus bringt ihnen

John Mangles reconoció que estaba en alemán, lengua que él dominaba perfectamente, así que lo estudió con cuidado y luego dijo:

—Ya podemos saber la fecha del acontecimiento: 7 de junio; uniéndolo al 62 que figura en el documento inglés tenemos la fecha completa: 7 de junio de 1862. En la misma línea figura Glas que uniéndola a gow nos da Glasgow, por lo que se trata sin duda de un buque del puerto de Glasgow.

Todos aprobaron su interpretación y John Mangles continuó:

—La segunda línea se ha perdido completa; en la tercera aparecen dos palabras importantes: swei, que significa dos, y atrosen, es decir, matrosen, que quiere decir: marineros.

—¿Entonces se trata de un capitán y dos marineros?

—Probablemente, pero confieso que la segunda palabra: graus no la comprendo, quizás se aclare con el tercer documento. Las dos últimas palabras se explicaron claramente: bringt ihnen es prestadles y si unimos esto a la palabra que figura en el documento inglés, leeremos claramente: prestadles auxilio.

—¡Sí!, ¡prestadles auxilio! —dijo Glenarvan—, pero, ¿dónde están estos desdichados? Aún no tenemos ningún dato acerca del lugar.

—Veamos el documento francés —propuso lord Edward—. Este idioma lo conocemos todos y será más fácil la investigación.

Esto era lo que quedaba del tercer documento:

Troj ats tannia gonie austrel abor contin pr cruel indi jete ongit et 37° 11, lat.

—¡Miren, hay cifras! ¡Miren, señores! —exclamó lady Elena.

—Actuemos con orden —dijo lord Glenarvan—, permítanme analizar estas nuevas palabras dispersas e incompletas. Veo que se trata de un buque de tres palos, su nombre es Britannia, lo aclara este documento unido al inglés. De las dos palabras: gonie y austrel esta última tiene clara significación para todos.

—Es un dato de gran valor —respondió John Mangles—, el naufragio ha ocurrido en el hemisferio austral.

—De gran valor, pero muy poco preciso —agregó el mayor.

—Prosigo —añadió Glenarvan—, la palabra abor es del verbo abordar evidentemente. Los infortunados han abordado alguna tierra. ¿Pero, dónde? ¡Ah! contin: ¿un continente?; ¡cruel!

—Ahora se explica la palabra alemana graus, es grausam —cruel—.

—¡Adelante! —dijo Glenarvan que más se entusiasmaba a medida que descubría el sentido de las palabras incompletas. indi... ¿será que los náufragos han sido arrojados a la India? ¿Qué significa ongit? ¡Ah! longitud. Y acá dice en qué latitud: treinta y siete grados once minutos. En fin, ya sabemos algo más preciso.

—Pero no conocemos la longitud —dijo Mac Nabbs.

—No podemos tenerlo todo, mi querido mayor —le respondió Glenarvan —, pero algo hemos avanzado. Es evidente que el documento más completo es el francés y que los tres contienen palabra por palabra el mismo mensaje. Ahora los reuniremos,, haremos una traducción completa y buscaremos el sentido más probable a todo. Voy a escribir el documento reuniendo los restos de palabras y frases truncadas, respetando los espacios que los separan.

Tomó la pluma y poco después mostró a sus amigos el resultado:

7 junio 1862 tres mástiles Britannia Glasgow zozobró...

En aquel momento un marinero le avisaba al capitán que el Duncan entraba en el golfo de Clyde y que esperaba las órdenes. John Mangles le preguntó al propietario cuáles eran sus deseos y éste respondió:

—Llegar cuanto antes a Dumbarton Inmediatamente partiré hacia Londres para entregar este documento al Almirantazgo, mientras lady Elena regresa a Malcolm Castle.

Mientras las órdenes se transmitían, continuaron con la investigación. Era evidente que se trataba de una catástrofe y que en sus manos estaba la salvación de esas personas.

—Tenemos que considerar tres cosas distintas en este documento: 1.º lo que ya sabemos; 2.º lo que podemos deducir y 3.º lo que ignoramos totalmente. ¿Qué sabemos con seguridad? Sabemos que el 7 de junio de 1862, un buque de tres palos, una corbeta o una fragata, la Britannia, de Glasgow, zozobró y que dos marineros y el capitán piden auxilio y para ello arrojaron este mensaje al mar a los 37º 11 de latitud.

—Perfectamente —dijo el mayor.

—¿Qué podemos deducir? Que este desgraciado episodio ocurrió en los mares australes; además que la palabra gonia parece indicar el nombre del

lugar a que arribaron.

—¡La Patagonia! —exclamó lady Elena.

—Sin duda.

Sacaron un mapa de América del Sur y, en efecto, el paralelo 37 pasa por la Patagonia, atraviesa la Araucania, las Pampas y el norte de las sierras patagónicas y se pierde en el Atlántico.

—Bien, continuemos. Los dos marineros y el capitán abor... contin, ¿abordaron el continente? Y ahora estas pocas letras nos permiten deducir que están prisioneros de los crueles indios. ¿No les parece que esta interpretación encaja perfectamente?

El entusiasmo de lord Glenarvan se contagió a todos que aceptaron sin discusión lo que les proponía.

—Para mayor seguridad, haré averiguar en Glasgow cuál era el destino de la Britannia.

—¡Oh! no hará falta averiguar tan lejos —respondió John Mangles—, aquí tengo la colección de la Mercantile and Shipping Gazette que nos dará la información precisa.

—¡Veamos, veamos! —exclamó lord Glenarvan.

El capitán tomó un paquete de periódicos del año 1862 y los hojeó rápidamente. Al poco rato dijo con gran satisfacción:

—¡30 de mayo de 1862! ¡Perú! ¡El Callao! a la carga para Glasgow, la fragata Britannia, ¡capitán Grant!

—¡Grant! —exclamó lord Glenarvan—, ¡el valiente escocés que quiso fundar una Nueva Escocia en los mares del Pacífico!

—Sí, el mismo que en 1861 partió de Glasgow en la Britannia y del cual no se volvieron a tener noticias.

—¡No hay dudas! ¡No hay dudas! —dijo Glenarvan—. Es él. La Britannia salió del puerto de El Callao el 30 de mayo y el 7 de junio, ocho días después, se perdió en las costas de la Patagonia.

Aquí está su historia revelada por los restos de su mensaje. Sólo desconocemos ahora el grado de longitud.

—No nos hace falta, —respondió el capitán—, ya que como la región es conocida, podría sólo con la latitud ir derecho al escenario del naufragio.

—¿Entonces lo sabemos todo? —dijo lady Elena.

—Todo, mi querida Elena. Lo que el mar ha borrado voy a rehacerlo con

tanta exactitud como si me dictase el propio capitán Grant.

Tomó nuevamente la pluma y sin vacilaciones completó:

El 7 de junio de 1862, la fragata Britannia de Glasgow zozobró en las costas de la Patagonia, en el hemisferio austral. Dirigiéndose a tierra, dos marineros y el capitán Grant van a intentar abordar el continente donde serán prisioneros de los crueles indios. Han arrojado este documento a los... grados de long. y 37° 11 de lat. Socorredlos o están perdidos.

—¡Bien, bien!, mi querido Edward, si estos desdichados logran volver a su patria, te deberán esa indecible felicidad.

—¡Volverán! Este documento es sumamente claro y explícito como para que, sin vacilar, Inglaterra vuele en socorro de sus tres hijos perdidos en una costa desértica. Ya lo han hecho por Franklin y muchos otros y lo harán también por los naufragos de la Britannia. Y haré también saber a sus familiares que no está perdida toda esperanza. Y ahora, amigos, subamos a cubierta que ya debemos estar cerca del puerto.

En efecto, el Duncan que venía a toda marcha, costeaba en aquel momento la isla de Bute, dejaba a estribor Rothesay con su encantadora ciudad recostada sobre un fértil valle. Después entró en el golfo, evolucionó frente a Greenwich y, a las seis de la tarde, ancló al pie de la roca de Dumbarton, coronada por el célebre castillo de Wallase, el querido héroe de Escocia.

Allí se despidieron con un fuerte abrazo lady Elena y su esposo; ella iría a Malcolm Castle con el mayor y él viajaría directamente en tren a Glasgow. Antes de marchar había confiado un mensaje al telégrafo eléctrico; era el siguiente anuncio para ser publicado en las páginas del Times y del Morning Chronicle:

Para conocer algunos datos sobre el paradero de la fragata Britannia, de Glasgow, y de su capitán Grant, dirigirse a lord Glenarvan, Malcolm Castle, Luss, condado de Dumbarton, Escocia.

Capítulo III

El castillo de Malcolm

El castillo de Malcolm, propiedad de la familia Glenarvan desde tiempo inmemorial, está situado cerca de la aldea de Luss. Domina una pintoresca vega y las aguas del lago Lomond bañan sus muros.

Lord Glenarvan poseía una inmensa fortuna, que empleaba en hacer el

mayor bien, siguiendo la tradición de sus antepasados. Era señor de Luss y lord de Malcolm; representaba a su condado en la Cámara de los Lores. Tenía treinta y dos años; era de considerable estatura, de rostro severo, pero su dulce mirada transparentaba su gran bondad. Se le reconocía valiente, emprendedor y caballeroso.

Hacía tres meses apenas que había contraído matrimonio con Elena Tuffnel, hija de un gran explorador. La señorita Tuffnel no pertenecía a una familia noble, pero era escocesa, lo que para lord Glenarvan valía mucho más. Lady Elena era una joven encantadora, tenía veintidós años y adoraba a su marido.

Lord Glenarvan y su joven esposa vivían felices en el castillo de Malcolm, en medio de aquella imponente y salvaje naturaleza de los Highlands, las tierras altas de Escocia; se paseaban bajo las añosas arboledas de castaños y sicomoros, por las orillas del lago en que aún resonaban los antiguos cantos de guerra y por los sitios donde las ruinas seculares cuentan la historia de Escocia.

Un día se extraviaban por las alamedas y pinares; otro día ascendían hasta las escabrosas cimas del Bem-Lomond o cabalgaban por solitarios valles para estudiar y comprender mejor aquella poética comarca llamada aún «el país de Rob Roy» y todos aquellos célebres lugares cantados magistralmente por el inmortal Walter Scott

Al atardecer, cuando se encendía el faro de Mac Partene, paseaban por la antigua galería almenada que circundaba el castillo; allí se sentaban pensativos en alguna piedra, rodeados del silencio; a medida que la noche poco a poco cubría los picos de las montañas y la luna pálida los alumbraba, permanecían extasiados en su amor.

Así transcurrieron los primeros meses de su matrimonio. Lord Glenarvan, para satisfacer las aspiraciones viajeras que su esposa había heredado del gran navegante que había sido su padre, hizo construir para ella el Duncan, con el que se proponían viajar por los más hermosos países del mundo. De este modo tendrían la incomparable felicidad de pasear su amor por el Mediterráneo, las costas de Grecia o las playas de Oriente.

Pero ahora, lord Glenarvan había partido para Londres con el propósito de salvar a unos desventurados náufragos y lady Elena se sentía impaciente y afligida. Recibió al día siguiente el anuncio del próximo regreso de su esposo, pero, por la tarde, otro telegrama le comunicaba una prórroga provocada por la necesidad de solucionar algunas dificultades. Un nuevo mensaje en el que su esposo no ocultaba su descontento con el Almirantazgo, la empezó ya a preocupar.

Esa misma tarde, cuando se hallaba sola en su gabinete, el intendente del castillo le preguntó si deseaba recibir a dos jóvenes; agregó que no eran de la zona y que luego de llegar en tren a Belloch, habían continuado, a pie hasta el castillo, para hablar con lord Glenarvan. Lady Elena accedió al requerimiento y pocos instantes después entraban en el gabinete dos jóvenes cuyo parecido delataba que eran hermanos: una joven de dieciséis años, de bello rostro fatigado, cuyos ojos, que sin duda habían llorado mucho, mostraban una expresión resignada y valerosa; vestía prolija y humildemente; de su mano venía un niño de doce años, de aspecto tan decidido que parecía, a pesar de su corta edad, ser el protector de su hermana.

La joven quedó un momento cortada, pero la dulce mirada de lady Elena la alentó; preguntó, entonces, por lord Glenarvan. Al enterarse de que éste no estaba, tuvo un gesto de tristeza, pero cuando supo que estaba frente a la esposa, se animó a preguntarle:

—¿Es usted la esposa de lord Glenarvan, quien ha publicado una nota en el Times relativa al naufragio del Britannia?

—¡Sí! ¡Sí! ¿Y ustedes?

—Yo soy miss Grant y éste es mi hermano.

—¡Miss Grant!, ¡miss Grant! —exclamó al tiempo que la tomaba de las manos y besaba la frente del niño.

—Señora, dígame qué sabe del naufragio y de mi padre. ¿Lo volveremos a ver? Hable pronto, se lo suplico.

—Hija mía, sólo puedo darles una esperanza muy débil, pero con la ayuda de Dios, que todo lo puede, es posible que vuelvan a ver a su padre.

Miss Grant lloraba emocionada, mientras su hermano Roberto cubría de besos las manos de la señora.

Pasada la primera emoción de aquella dolorosa alegría, la joven comenzó a hacer preguntas y más preguntas deseando conocer todos los detalles; lady Elena trataba de satisfacerla contándoles cómo habían encontrado el documento en tres idiomas, cuál era el destino que había corrido el capitán Grant y los otros náufragos y, por último, que estos desdichados imploraban el auxilio de quienes pudieran socorrerlos.

Durante esta narración, Roberto Grant parecía beber las palabras de lady Elena mientras su imaginación infantil le hacía seguir todas las peripecias del naufragio con su padre: junto a él se veía en la cubierta del barco próximo a naufragar, a su lado se debatía en el mar, se agarraba con uñas y dientes de las rocas y, finalmente, se arrastraba jadeando por la arena, lejos ya del alcance del mar.

Mientras lady Elena hablaba, muchas veces se escaparon de su boca palabras dolientes:

—¡Oh, papá! ¡Mi pobre papá! —exclamó abrazando fuertemente a su hermana.

Miss Grant escuchaba en silencio y con las manos juntas. Cuando el relato hubo terminado, le suplicó a lady Elena que le mostrara el documento; no sin pena se enteró de que lord Glenarvan lo había llevado, en interés de su padre, a Londres, pero la consoló la seguridad de que lady Elena les había contado, palabra por palabra, todo, aunque igualmente hubiera querido tenerlo para ver la letra de su padre.

Lady Elena la consoló con la posibilidad de que al día siguiente regresara su esposo con el valioso mensaje que había sido expuesto ante el Almirantazgo con la esperanza de que enviaran inmediatamente un barco en busca del capitán Grant.

Fue enorme el reconocimiento de la joven al ver cuánta preocupación ponían en salvar a su padre; se lo expresó con religioso fervor, pero lady Elena rechazó el agradecimiento diciendo que cualquiera hubiera obrado de la misma forma; luego exclamó:

—¡Ojalá se realicen las esperanzas que les he hecho concebir! Hasta que regrese lord Glenarvan permanecerán en el castillo.

—Señora, no abuse de la simpatía que de causan unos extraños.

—¡Extraños, hija mía! Ni tu hermano ni tú son extraños en esta casa; quiero que lord Glenarvan pueda, en cuanto llegue, hacer conocer a los hijos del capitán Grant qué se va a intentar para salvar a su padre.

No podían rehusar tan cordial invitación, por lo que ambos quedaron aguardando en el castillo de Malcolm.

Capítulo IV

Una propuesta de Lady Glenarvan

Lady Elena había ocultado a los jóvenes los temores de que su padre estuviera cautivo de los indios y también la desconfianza que sobre la ayuda del Almirantazgo dejaban traducir las cartas y telegramas de su esposo. ¿Para qué aumentar la pena de aquellos niños y disminuir la esperanza que había nacido?

Después de responder a todas las preguntas de miss Grant, la interrogó

acerca de su vida y de su situación, ya que parecía ser ella la única protectora de su hermano.

La historia de la joven era sencilla y conmovedora y aumentó la simpatía que le había despertado la huérfana.

Miss Mary y Roberto Grant eran los únicos hijos del capitán Harry Grant que había perdido a su esposa al nacer Roberto; desde entonces los niños quedaban al cuidado de una anciana prima suya durante sus viajes.

El capitán Grant era escocés, hijo de un pastor de la iglesia de Santa Catalina. Era un valiente marino, buen navegante y comerciante. Con las mejores cualidades para la marina mercante, tuvo éxito en sus negocios en el mar y había llegado a poseer una modesta fortuna; planeó entonces algo que le dio gran popularidad en su país: fundar una colonia escocesa en Oceanía, ya que se sentía, igual que otras grandes familias como la de lord Glenarvan, separado de la invasora Inglaterra y esperaba que esa colonia, como lo habían hecho ya los Estados Unidos, y seguramente lo harían la India y Australia, tendría un porvenir independiente.

Por supuesto, el gobierno no favoreció sus planes; aún más, trató de impedirlos, pero Harry no se desanimó y puso toda su fortuna y su arrojo al servicio de esa causa. Con la colaboración de sus compatriotas construyó un buque y después de confiar a sus niños al cariño de su anciana prima, partió, en 1861, para explorar las islas del Pacífico. Desde junio de 1862, fecha en que salió de El Callao, no se volvió a hablar de la Britannia ni de su capitán.

En esas circunstancias murió la anciana y los dos niños quedaron solos en el mundo. Mary Grant tenía entonces catorce años, pero la fortaleza de su alma la hizo dedicarse completamente a la educación de su hermano. Con grandes economías, esfuerzos y trabajo incansable logró cumplir la penosa tarea que se había impuesto.

Ambos hermanos vivían en Dundee, en una triste situación de miseria únicamente combatida por los esfuerzos de Mary, que sólo se dedicaba a su hermano, ya que ella, después de la desaparición de su padre, no pensaba más que en Roberto. Es difícil de imaginar la conmoción que le provocó el anuncio del Times y de qué manera la arrancó de su desesperación. Inmediatamente tomó una determinación: tener alguna noticia sobre su padre, aunque fuera la peor, antes que seguir en la incesante duda. Le comunicó todo a su hermano y juntos partieron ese mismo día hacia el castillo de Malcolm.

Mary le confió a lady Glenarvan esta triste historia, con gran sencillez, sin pensar que en esos dolorosos años de prueba se había comportado como una heroína. Lady Elena pensó eso varias veces y sin ocultar sus lágrimas los abrazó. También Roberto, que oía la historia, comprendió todo lo que su

hermana había sufrido por él y la abrazó sin poderse contener, gritando:

— ¡Ah, mamá! ¡Mi querida mamá!

Durante esta conversación había caído la noche; lady Elena hizo conducir a los jóvenes a sus habitaciones donde se durmieron esperanzados en un futuro mejor. Luego llamó al mayor Mac Nabbs y le refirió todo lo ocurrido; éste se admiró también de las virtudes de Mary y deseó, junto con lady Elena, el éxito de las gestiones de lord Glenarvan para solucionar el problema de los niños; sin embargo el temor y la desconfianza no le permitieron dormir en toda la noche.

Al día siguiente, ambos hermanos se levantaron muy temprano y se paseaban ansiosos por el patio del castillo esperando a lord Glenarvan. Lady Elena y el mayor salieron a recibir a lord Edward en cuanto oyeron el ruido del carruaje que lo traía de vuelta. Parecía estar triste, desanimado y furioso. Abrazaba a su esposa en silencio.

—¿Y bien, Edward? —exclamó lady Elena.

—Mi querida Elena, esos hombres no tienen corazón.

—¿Se han negado?

—¡Sí! ¡Se han negado a enviar un buque! ¡Han hablado de los millones gastados inútilmente para salvar a Franklin! ¡Han dicho que hace ya dos años que han desaparecido y que hay pocas probabilidades de encontrarlos! Que si los indios los han hecho prisioneros, estarán tierra adentro y no se puede registrar toda la Patagonia para encontrar a tres hombres —¡tres escoceses!— y que podrían perderse más hombres que los que se iban a salvar. En fin, han dado todas las malas razones que su falta de voluntad les dictó. Recuerdan el proyecto del capitán Grant; el pobre está perdido para siempre.

— ¡Mi padre! ¡Mi pobre padre! —exclamó Mary echándose de rodillas a los pies de lord Glenarvan.

Este se sorprendió al ver a aquella joven, la levantó al tiempo que se enteraba de quién era y se disculpaba de haber hablado así frente a ella. Un hondo silencio, sólo interrumpido por sollozos, reinaba en el patio; todos esos escoceses protestaban así contra la decisión del gobierno inglés; sólo el joven Roberto manifestó su enojo con una amenaza que interrumpió su hermana. Ella sólo quería agradecer la bondad de estos buenos señores y partir para echarse a los pies de la reina y suplicarle de rodillas por la vida de su padre.

Lord Glenarvan movió su cabeza; no dudaba del buen corazón de Su Majestad, pero sabía que Mary Grant no podría llegar hasta ella: muy raras veces pueden llegar hasta ella los que suplican.

Lady Elena sabía también que iba a realizar un esfuerzo inútil y que los

esperaba una existencia desgraciada. Tuvo entonces una idea grande y generosa, detuvo a los niños que ya se disponían a partir y con los ojos llenos de lágrimas, pero con la voz serena se acercó a su esposo y le dijo:

—Edward, el capitán Grant escribió su carta y la echó al mar en la confianza de que Dios la cuidaría; Dios nos la trajo, sin duda ha querido que nosotros salvemos a esos desdichados.

—¿Qué quieres decir, Elena?

—Quiero decir que es una gran felicidad poder empezar nuestra vida de matrimonio con una buena acción. Tú, querido Edward, has proyectado un viaje de placer. ¿No nos dará mayor placer poder salvar a esos desventurados que su patria abandona?

— ¡Elena!

—¡Sí! Me comprendes. El Duncan es un magnífico yate, puede enfrentar los mares del sur y dar la vuelta al mundo si fuera necesario. ¡Partamos, Edward!

¡Vamos a buscar al capitán Grant!

Lord Glenarvan tendió los brazos a su esposa y la estrechó emocionado mientras los hermanos le besaban las manos y toda la servidumbre del castillo, conmovida y entusiasmada, vitoreaba a sus señores.

Capítulo V

La partida del Duncan

Lord Glenarvan estaba con razón orgulloso de su esposa, tan capaz de sorprenderlo y de seguirlo y que demostraba con la decisión que había tomado su alma fuerte y valerosa. El propósito de ir a buscar al capitán Grant ya se había apoderado de su mente al ver que su pedido era rechazado en Londres y si no había sido él quien lo propusiera fue porque se resistía a la idea de separarse de su mujer. Pero desde el momento en que lady Elena misma deseaba partir, no tenía ya ninguna duda.

Los criados del castillo saludaban con entusiasmo la proposición de su señora porque se trataba de salvar a hermanos escoceses y lord Glenarvan, con cordialidad, unió su voz a las exclamaciones que vitoreaban a la señora de Luss.

Como ya estaba resuelta la partida, no había tiempo que perder, así que lord Glenarvan envió a John Mangles a Glasgow con el Duncan para

prepararlo para el viaje por los mares del sur que podría convertirse también en un viaje alrededor del mundo. Como lo había afirmado lady Elena, las cualidades del Duncan eran tantas, su solidez y velocidad tan notables, que podía iniciar sin temor los más largos viajes.

El Duncan era un yate de vapor de líneas elegantes y de doscientas diez toneladas de porte. Los primeros barcos, los de Colón, Vespucio, Pinzón, Magallanes que llegaron a América eran de dimensiones mucho menores.

El Duncan tenía dos palos, el trinquete con su mayor, juanete y sobrejuanete y el mesana con cangreja y escandalosa, además del correspondiente bauprés con sus foques, contrafoques y petifoques. Tenía pues un velamen suficiente que le permitía aprovechar el viento como un liviano clíper, aunque su vigor principal residía en su potencia mecánica: una moderna máquina de ciento sesenta caballos, tenía aparatos de calefacción que le daban al vapor una presión mayor que la común y que ponía en movimiento una doble hélice. En sus pruebas en el golfo de Clyde había avanzado diecisiete millas por hora.

Era evidente que podía hacerse a la mar y dar la vuelta al mundo; su capitán tuvo que ocuparse sólo de los arreglos interiores.

Por las dificultades que sin duda encontraría en abastecerse de combustible, convirtió en carboneras algunos pañoles más; también aumentó la capacidad de las despensas y almacenó víveres para dos años. Dispuso además de dinero suficiente como para adquirir un cañón giratorio que hizo colocar en la proa. No sabían qué peligros deberían afrontar y les daba seguridad el poder enviar una bala de ocho a cuatro millas de distancia.

John Mangles, aunque comandaba un yate de paseo, conocía muy bien su oficio y en Glasgow, donde los buenos marinos no escasean, se lo contaba entre los más diestros, inteligentes y resueltos. Tenía entonces treinta años, sus facciones eran severas y rudas, pero denotaban valor y bondad. Había nacido en el castillo de los Glenarvan, y éstos, que tomaron a su cargo su educación, lo hicieron un excelente marino. El capitán Mangles ya había dado repetidas pruebas de habilidad, firmeza de carácter y sangre fría en algunos viajes transoceánicos y cuando lord Glenarvan le ofreció el mando del Duncan lo aceptó muy satisfecho, ya que sólo esperaba una oportunidad para sacrificarse por quien quería como a un hermano.

El segundo de a bordo era Tom Austin, un viejo marino digno de toda confianza. Incluyendo a los mencionados, la tripulación era de veinticinco hombres, todos del condado de Dumbarton, marineros consumados, hijos de arrendatarios de la familia Glenarvan que formaban a bordo un verdadero clan de gente honrada al que ni siquiera faltaba el gaitero tradicional. Era una tripulación de hombres valientes, amantes de su oficio, hábiles en el manejo de

las armas y en las maniobras del buque y capaces de seguirlo a las más peligrosas expediciones. Cuando la tripulación del Duncan conoció el destino de su próximo viaje estalló en hurras entusiastas, que los peñascos de Dumbarton repitieron con sus ecos.

John Mangles, al mismo tiempo que preparaba las provisiones y la carga del buque, dispuso las cámaras de lord y lady Glenarvan en forma adecuada a personas tan distinguidas y queridas y para un viaje tan largo. Igualmente se ocupó de los camarotes de los hijos del capitán Grant, ya que lady Elena no pudo negar a Mary el permiso para acompañarla a bordo del Duncan. En cuanto al joven Roberto, era inútil negarle el permiso pues se hubiera embarcado de polizón, escondido en cualquier rincón del buque. Ni siquiera se pudo lograr que se embarcase como pasajero: se obstinó, y lo logró, en servir de grumete o de aprendiz. John Mangles se comprometió a enseñarle el oficio. Roberto le pidió que no ahorrara los latigazos si no andaba derecho.

Para completar la lista de pasajeros, nombraremos al mayor Mac Nabbs. Era un hombre de cincuenta años, de facciones tranquilas y regulares. Poseía un excelente carácter, era modesto, silencioso, pacífico y amable. Nunca discutía ni se incomodaba por nada. Lo mismo que subía por la escalera de su cuarto, hubiera subido por una muralla sin que nada, ni una bala de cañón, le perturbase. Poseía en grado sumo un gran valor físico y, lo que es mucho más importante aún, un extraordinario valor moral. Su único defecto, si lo era, consistía en ser escocés hasta la médula de los huesos. Nunca quiso servir a Inglaterra y el grado de mayor lo ganó en un tradicional regimiento formado por nobles escoceses. En su calidad de primo de los Glenarvan residía en el castillo de Malcolm y en su calidad de mayor consideró natural embarcarse en el Duncan.

Desde su llegada a Glasgow, el yate había monopolizado la curiosidad y la admiración de todos. Mucho público lo visitaba todos los días, con no demasiado agrado de los demás capitanes del puerto, entre otros el capitán Burton, al mando del Scotia, un magnífico vapor anclado junto al Duncan y listo para zarpar hacia Calcuta.

Se fijó la partida del Duncan para el 25 de agosto, lo que les permitiría llegar a las latitudes australes a comienzos de la primavera.

Apenas se conoció su proyecto, recibió lord Glenarvan críticas y elogios. Unos le hicieron observaciones muy sensatas acerca de los peligros del viaje, otros le expresaron su admiración por la finalidad de su expedición. La opinión pública se declaró francamente favorable y todos los periódicos, excepto los órganos del gobierno, censuraron la conducta del Almirantazgo.

El 24 de agosto, lord y lady Glenarvan, el mayor Mac Nabbs, Mary y Roberto Grant, el señor Olbinett, mayordomo del yate, y su mujer, la señora

Olbinett, al servicio de lady Glenarvan, salieron del castillo de Malcolm. A las pocas horas estaban todos a bordo. La población de Glasgow los recibió con simpática admiración, especialmente a lady Elena, quien para ir en auxilio de unos desdichados náufragos, dejaba de lado los tranquilos y fáciles goces de una vida opulenta.

Lord Glenarvan y su esposa ocupaban los dos dormitorios, el salón y los dos gabinetes de tocador de la toldilla de popa. Había además seis camarotes, de los cuales ocuparon cinco Mary y Roberto Grant, el señor y la señora Olbinett y el mayor Mac Nabbs. Los camarotes de John Mangles y Tom Austin estaban ubicados junto a la escotilla muy cerca de la cubierta. La tripulación tenía sus coys en el entrepuente.

A las ocho de la noche, lord Glenarvan, sus huéspedes y toda la tripulación, desde los fogoneros al capitán, fueron a la catedral de Glasgow, donde el reverendo Morton imploró las bendiciones del cielo para los abnegados exploradores.

A las once volvieron todos al Duncan. John Mangles y sus hombres finalizaron los preparativos y, a media noche, se encendieron las calderas con el fin de partir a las tres de la mañana aprovechando la marea descendente. A esa hora el Duncan lanzó vigorosos silbidos y soltó amarras. El yate comenzó a navegar por el canal que John Mangles tan bien conocía. Pronto las últimas fábricas de la costa fueron reemplazadas por las bonitas casas de fin de semana que coronan las colinas. Una hora después el Duncan pasó frente a las rocas de Dumbarton. A las seis se hallaba en el golfo de Clyde; desde allí, dobló el cabo de Cantry, salió del canal del norte y navegó en pleno océano.

Capítulo VI

El pasajero del camarote número seis

Los pasajeros del Duncan debieron soportar, el primer día de viaje, los fuertes balanceos del buque debidos al mar picado, lo que impidió a las señoras aparecer por la toldilla. Pero al día siguiente, una ligera variación del viento permitió izar el trinquete, la cangreja y la gavia de modo que el buque, ciñendo más y apoyándose mejor en las olas, fue menos violento en sus cabeceos y balanceos.

Apenas despuntó el día, lady Elena y Mary Grant se reunieron en la cubierta con lord Glenarvan, el mayor y el capitán. El día se presentaba espléndido. Los pasajeros del yate contemplaban silenciosos la aparición de un sol magnífico.

—¡Qué admirable día! —dijo lady Elena—. El día empieza hermoso. Ojalá el viento nos siga siendo propicio. ¿Será larga nuestra travesía, querido Edward?

—El capitán nos lo dirá. ¿Andaremos bien, John? ¿Estás satisfecho con tu buque?

—Muy satisfecho, milord —contestó John Mangles—. Es un buque magnífico. Navegamos a diecisiete millas por hora y a este paso antes de cinco semanas habremos doblado el cabo de Hornos

—¿Oyes, Mary? —exclamó lady Glenarvan—, antes de cinco semanas.

—Sí, lo oigo, señora. Las palabras del capitán han hecho latir mi corazón con violencia.

—¿Qué tal te sienta la navegación, Mary? —preguntó lord Glenarvan.

—Bien, milord. Ya estoy acostumbrándome a los balanceos.

—¿Y Roberto?

—Roberto —respondió John Mangles— no se queda quieto, cuando no está en la máquina, está en los topes. ¿Miren!

Siguiendo la indicación del capitán, todos levantaron los ojos hacia el palo mayor, donde estaba Roberto suspendido de una verga de juanete a treinta metros de altura. Mary se estremeció.

—No se asuste, Mary —dijo John Mangles—, respondo de él. Estoy seguro de que cuando encontremos al capitán Grant —y lo encontraremos— le presentaré a un marino hecho y derecho.

—El cielo le oiga, capitán.

—Hija mía —repuso lord Glenarvan—, hay en todo esto algo de providencial que debe darnos esperanzas. Estoy seguro de que triunfaremos y llevaremos a cabo nuestra empresa sin dificultad. Tengo la mejor de las tripulaciones y el mejor de los buques. ¿No te causa admiración el Duncan, Mary?

—Lo admiro, milord. Y lo admiro como buena conocedora.

—¿De veras?

—Desde muy niña jugaba en los buques de mi padre, el cual hubiera hecho de mí todo un marino. Y aun ahora no me vería en apuros si debiera trenzar un grátil.

—¿Cómo? —exclamó John Mangles.

—Si hablas de ese modo, Mary —intervino lord Glenarvan—, vas a

entusiasmar al capitán y a hacer de él tu mejor amigo, porque no concibe en el mundo otro oficio que el de marino, ni siquiera para la mujer. ¿No es verdad, John?

—Así es, milord. Aunque creo que miss Grant está mejor en la toldilla que sujetando un juanete, me agrada mucho oírla expresarse así. Sobre todo cuando admira el Duncan, que bien lo merece.

Lady Elena escuchaba sonriendo esta conversación y ante tantos elogios del yate expresó sus deseos de visitar todos los rincones y ver cómo estaban en el entrepuente los marineros.

Antes de complacerla, lord Edward llamó a Olbinett, para encargarle el almuerzo.

El mayordomo era un excelente cocinero que desempeñaba sus funciones con celo e inteligencia.

Mac Nabbs prefirió seguir fumando en la cubierta y no acompañó a lord Glenarvan y a sus huéspedes cuando bajaron al entrepuente. Se quedó, pues, solo y conversando consigo mismo, según su costumbre, pero sin contradecirse jamás.

Después de unos minutos se dio vuelta y vio aparecer a un nuevo personaje. Este encuentro hubiera sorprendido al mayor si al mayor pudiera sorprenderle algo, pues el nuevo pasajero le era desconocido.

Era un hombre de cuarenta años, alto y delgado, de cara ancha y voluminosa, boca grande y barba muy pronunciada. Sus ojos se escondían detrás de unas gafas redondas y su mirada tenía la indecisión particular que caracteriza a los nictálopes. Su fisonomía era la de un hombre inteligente y jovial; no tenía ese aspecto grave de los que hacen de la seriedad un principio y que ocultan bajo una máscara de formalidad una nulidad absoluta.

Se notaba que era conversador y distraído. Usaba gorra de viaje, botas amarillas y polainas de cuero, pantalón y chaquetilla de terciopelo de color castaño. Sus numerosos bolsillos estaban atestados de diccionarios, agendas, carteras y otros mil objetos tan molestos como inútiles. Colgado del hombro, llevaba un anteojo de larga vista.

Se paseaba alrededor del mayor, interrogándolo con los ojos, pero la indiferencia de Mac Nabbs burló los intentos del extraño pasajero de entablar conversación. Tomó entonces su anteojo, lo desplegó y se puso a examinar durante cinco minutos el horizonte. Luego lo dejó descansar sobre el piso y se apoyó en él como si fuera un bastón. Los tubos del anteojo se metieron inmediatamente uno dentro del otro y el singular personaje, faltándole de repente su punto de apoyo, casi se cae al pie del palo mayor.

Cualquier otro hubiera reído ante tal espectáculo, pero el mayor, impasible, ni siquiera pestañeó.

El intruso llamó, entonces, al mayordomo. En ese momento pasaba el señor Olbinett que iba a la cocina ubicada en la proa. Grande fue su asombro cuando se oyó llamar por aquel hombre larguirucho y a quien no conocía. Subió a la toldilla y se acercó al desconocido.

—¿Es usted el mayordomo del buque? —le preguntó con acento extranjero.

—Sí, señor —respondió Olbinett—, pero no tengo el honor...

—Soy el pasajero del camarote número seis.

—¿Número seis? —repitió asombrado el mayordomo.

—Por supuesto. ¿Y usted se llama?

—Olbinett.

—Pues bien, amigo Olbinett, me parece que ya es hora de desayunar. Hace treinta y seis horas que no he probado bocado, o mejor dicho, hace treinta y seis horas que no hago otra cosa que dormir, lo que es muy perdonable para una persona que ha venido de una sentada de París a Glasgow. ¿A qué hora se desayuna?

—A las nueve —respondió maquinalmente Olbinett.

El extranjero quiso consultar su reloj, lo que consiguió sólo al meter la mano en su noveno bolsillo.

—Bueno, aún no han dado las ocho. Deme, pues, Olbinett, un bizcochito y un vaso de sherry para poder aguardar porque me estoy cayendo.

Olbinett oía y callaba sin comprender nada. Este desconocido hablaba él solo y saltaba sorprendentemente de un asunto a otro.

—Y bien, ¿y el capitán? ¡No se ha levantado aún! ¿Y el segundo? ¿Qué hace? ¿Duerme también? Menos mal que el tiempo es bueno, el viento favorable y el buque anda solo.. .

De este modo hablaba cuando apareció John Mangles por la escotilla de popa.

—Aquí está el capitán —dijo Olbinett.

—¡Cuánto me alegro de conocerlo, capitán Burton!

John Mangles quedó como quien ve visiones ante este desconocido que lo llamaba capitán Burton.

Pero el otro continuó sin darse cuenta de la situación.

—Déjeme darle un apretón de manos, pues no pude hacerlo antenoche, ya que no se debe incomodar a los marinos en el momento de zarpar; pero hoy, capitán, tengo el mayor gusto en conocerlo.

John Mangles abría enormes ojos mirando tanto a Olbinett como al recién llegado.

—Ahora —seguía el singular pasajero— que ya me he presentado y somos casi como dos antiguos amigos, hablemos y dígame si está contento con el Scotia.

—¿Qué entiende usted por el Scotia? —dijo por fin John Mangles.

—El Scotia que nos lleva, un buen buque cuyas cualidades físicas me han elogiado mucho igual que las prendas morales de su bravo comandante, el capitán Burton ¿Acaso no es pariente del gran viajero africano del mismo apellido?

—Caballero, yo no soy pariente del bravo viajero Burton, ni soy tampoco el capitán Burton.

—¡Ah! ¿Es usted entonces monsieur Burdness, el segundo del Scotia?

John Mangles no sabía si se encontraba frente a un loco o un atolondrado; iba a tratar de aclarar la situación, cuando regresaron a cubierta lord Glenarvan, su esposa y miss Grant. Al verlos, el desconocido exclamo.

—¡Ah, pasajeros, pasajeros!

Y se aproximó para presentarse a aquéllos, que llenos de asombro no podían explicarse la presencia de este desconocido.

Lord Glenarvan se adelantó y después de presentarse, le preguntó con quién tenía el gusto de hablar, entonces el desconocido se presentó a su vez:

—Santiago Elías Francisco María Paganel, secretario de la Sociedad de Geografía de París, miembro corresponsal de las Sociedades de Berlín, Bombay, Darmstadt, Leipzig, Londres, San Petersburgo, Viena y Nueva York, miembro honorario del Instituto Real Geográfico y Etnográfico de las Indias Orientales, que después de haber pasado veinte años de mi vida estudiando en mi gabinete he querido entrar en la ciencia militante y me dirijo a la India para coordinar los trabajos de los grandes viajeros.

Capítulo VII

De donde viene y adonde va Santiago Paganel

La gracia de su presentación mostraba la amabilidad de este viajero. Su nombre era, además, muy conocido por lord Glenarvan quien sabía del mérito de sus trabajos geográficos que lo hacían uno de los más distinguidos sabios del mundo, así es que le tendió cordialmente su mano y luego le preguntó cuándo había llegado a bordo. La respuesta de Santiago Paganel aclaró el misterio. Se había trasladado hasta Glasgow en tren, luego un carruaje lo dejó frente a lo que él suponía el Scotia, en el que tenía reservado el camarote número seis. La noche estaba oscura y no vio a nadie, rendido por un viaje de treinta horas, buscó descansar; más aún, deseaba permanecer acostado y evitar así el mareo de las primeras horas de la travesía y se había dormido como un lirón durante treinta y seis horas.

Todo quedaba explicado: el viajero francés se había embarcado por error en el Duncan cuando toda la tripulación estaba en la catedral, pero, ¿qué diría ahora cuando le advirtieran de su error?

Mientras tanto el científico les confiaba que estaba a punto de concretar un deseo largamente acariciado: viajar a la India para desempeñar allí una misión que le encomendara la Sociedad Geográfica: seguir las huellas de los hermanos Schlegel, del coronel Waugh, de Hodgson, de los misioneros Huc y Gabet, de Moorcoft, de Webb, de Julio Remy y de otros célebres viajeros; triunfar, en fin, donde había muerto en 1846 el misionero Krick, reconocer el curso del Yarou-Dzangho-Tchou, que riega el Tíbet por 1.500 kilómetros y rodea la base septentrional del Himalaya y saber si ese río se junta con el Brahmaputra al noreste de Assam

Paganel hablaba con soberbia animación, no se podía refrenar su entusiasmo e imaginación, pero lord Glenarvan se atrevió a interrumpirlo:

—Señor Santiago Paganel, seguramente va a emprender un buen viaje, por el que la ciencia le quedará muy reconocida, pero no quiero prolongar más tiempo su error y debo decirle que, al menos por ahora, deberá renunciar al placer de visitar la India.

—¡Renunciar! ¿Y por qué?

—Porque estamos dando la espalda a esa península.

— ¡Cómo! El capitán Burton...

—Yo no soy el capitán Burton —respondió Mangles.

—¿Pero, el Scotia...?

—Este buque no es el Scotia.

No sería posible describir el asombro de Paganel que miró a todos

sucesivamente y al fin exclamó:

—¡Qué chasco!

Levantó la vista y vio sobre la rueda del timón:\1«\2»\3 y, entonces, con voz desesperada, dijo:

—¡El Duncan, el Duncan!

Luego se precipitó hacia su camarote.

Su reacción hizo que todos se echaran a reír. ¡Equivocarse de tren! ¡Se comprende! Pero, equivocarse de buque y navegar hacia Chile cuando deseaba ir a la India, era un increíble exceso de distracción.

—Nada me admira en Santiago Paganel —dijo lord Glenarvan—, sus distracciones lo han hecho célebre. Una vez puso el Japón en un mapa que publicó de América. Lo que no le impide ser un sabio distinguido y uno de los mejores geógrafos de Francia.

Se pensó, entonces, que el sabio podría descender en el primer puerto que tocaran.

Inmediatamente regresó Paganel, avergonzado y cariacontecido, luego de verificar que tenía a bordo su equipaje. No podía dejar de repetir: ¡el Duncan! ¡el Duncan! mientras caminaba de un lado a otro y examinaba el horizonte. Luego se aseguró del destino que llevaba el yate y comenzó a desesperarse por su misión en la India y por lo que opinarían los miembros de la Sociedad Geográfica ante los que, creía, ya no podría presentarse más.

Lord Glenarvan trató de calmarlo asegurándole que sólo sufriría un pequeño retraso si descendía en el puerto de la isla Madeira para, de allí, regresar a Europa.

Santiago Paganel le agradeció su sugerencia, pero ya que el Duncan era un yate de excursión le propuso a su propietario que pusieran rumbo a la India para realizar así un inesperado viaje de paseo, pero los movimientos negativos de cabeza de sus oyentes casi no le permitieron terminar su propuesta. Inmediatamente le informaron de la finalidad de ese viaje: recoger a unos náufragos abandonados en la Patagonia. Luego le relataron todo lo que había sucedido: el hallazgo de la botella, el mensaje, la historia del capitán Grant y la decisión de lady Elena. Esta le propuso que también él se asociara a la búsqueda. El viajero no aceptó la propuesta ya que su misión era muy importante y se acordó que descendería en Madeira para regresar.

Á pesar del retraso, Paganel se conformó, se mostró alegre y amable, encantó a las señoras con su buen humor y antes de terminar el día era amigo de todos. Á su pedido le enseñaron el documento del capitán Grant, estuvo de acuerdo con la interpretación que le habían dado y se mostró muy optimista

con los resultados, lo que aumentó las esperanzas de Mary y Roberto Grant.

Cuando se enteró de que lady Elena era hija de William Tuffnel no pudo acallar su alegría, había sido su amigo y lo llenaba de felicidad viajar con la hija, a la que abrazó entusiasmado, claro que con el permiso de su esposo.

Capítulo VIII

Otra buena persona a bordo del Duncan

El yate, favorecido por las corrientes del norte de África avanzaba rápidamente hacia el Ecuador. El 30 de agosto reconocieron el grupo de islas Madeira; fiel a su promesa, lord Glenarvan le propuso a su huésped tocar tierra, pero Paganel le preguntó si antes de su llegada pensaba tocar ese puerto y cuando se enteró de que no, le respondió: Madeira es una isla demasiado conocida y no le ofrece nada interesante a un geógrafo; todo ya está dicho y escrito y además es una región que se halla en decadencia en el aspecto de vitivinicultura. ¡Ya no hay viñas en Madeira! La cosecha de vino, que en 1813 era de 22.000 pipas, en 1845 había descendido a 2.669 y en la actualidad no llega a 500. Es un espectáculo desconsolador. Así pues, ¿no sería lo mismo hacer escala en Canarias? De acuerdo, eso no nos separa de nuestro camino.

—Lo sé, mi querido milord. En Canarias hay tres grupos dignos de estudio, sin hablar del pico de Tenerife que he tenido siempre muchos deseos de ver; se presenta la ocasión y la aprovecharé mientras aguardo un buque que me lleve a Europa.

—Como guste, mi querido Paganel —respondió lord Glenarvan—, sin poder dejar de sonreírse.

Las Canarias distan de Madeira unas doscientas cincuenta millas, escasa distancia para el Duncan. A las dos de la tarde del 31 de agosto, John Mangles y Paganel se paseaban por la toldilla; el francés interrogaba a su acompañante acerca de Chile con gran curiosidad. De pronto, el capitán lo interrumpió para señalarle al sur un punto en el horizonte. El sabio no veía nada, pese a la insistencia del capitán. Parecía, más bien, que no quería ver el pico de Tenerife que ya se distinguía claramente. Al final tuvo que aceptar lo que veía; se mostró decepcionado con su aspecto, a pesar de que su altura es de 3.715 metros sobre el nivel del mar. Era extraña su actitud y más aún cuando, a pesar de que anteriormente había expresado su intención de escalarlo, exclamó:

—¿Qué podría hacer yo después que un genio como Humboldt trepó por la montaña y dio de ella la descripción completa de sus cinco zonas: la de los vinos, la de los laureles, la de los pinos, la de los brezos alpinos y, por último,

la estéril, y después que visitó el volcán y registró sus entrañas? ¿Qué podría, pues, hacer yo ahora?

—En efecto, ya es tierra conocida. Lo siento, pues se aburrirá mucho esperando un buque en ese puerto, ya que no encontrará grandes distracciones.

—¿Pero, mi querido Mangles —preguntó Paganel—, no ofrecen las islas de Cabo Verde buenos puertos de escala?

—Sí, por cierto, es fácil embarcarse en Villa Prata.

—Sin hablar de que estaré cerca de Senegal donde encontraré compatriotas. Además, aunque no sean muy interesantes, todo es curioso para los ojos de un geógrafo.

—Seguramente la ciencia ganará mucho con su permanencia en ellas. Por otra parte, estaba previsto cargar allí carbón.

Dicho esto, mandó el capitán pasar al oeste de las islas Canarias; el célebre pico quedó a babor y el Duncan continuó con su rápida marcha. El 2 de setiembre pasaron el trópico de Cáncer. Se sentía la atmósfera húmeda y pesada de la estación de las lluvias; el mar, pesado y grueso, hizo que los viajeros tuvieran que seguir sus charlas en el salón.

Al día siguiente, Paganel comenzó a arreglar su equipaje para su próximo desembarco. El Duncan evolucionaba entre las islas de Cabo Verde; pasó por delante de la isla de la Sal verdadera tumba de arena, árida y triste; costó los grandes bancos de coral y dejó a un lado la isla de Santiago atravesada de norte a sur por una cordillera de montañas basálticas que terminan en dos erguidas crestas; entró en la bahía de Villa Prata y ancló delante de la ciudad. El tiempo era espantoso y la resaca, muy violenta, pero la bahía estaba bien resguardada. Una lluvia torrencial apenas permitía ver la ciudad, que se levanta sobre una alta terraza de rocas volcánicas; el aspecto de la isla, vista al trasluz de la densa cortina de lluvia, era muy triste.

El embarque de carbón se hacía con bastante dificultad. Los pasajeros, refugiados bajo la toldilla, contemplaban la lluvia incesante que se confundía con el mar. El estado del tiempo era el tema obligado. Todos estaban interesados en él, salvo el mayor que ni siquiera se hubiera conmovido ante el diluvio universal. Paganel se paseaba impaciente.

—Parece hecho expresamente —decía.

—Está visto que los elementos se han conjurado en contra suyo le repuso lord Glenarvan.

—Sin embargo, veremos quién puede más.

—No puede hacer frente a semejante lluvia —dijo lady Elena.

—¿No he de poder, señora? Sólo la temo por mis equipajes e instrumentos que se arruinarán.

—Lo único que hay que temer es el desembarco —repuso Glenarvan—. Una vez en Villa Prata no estará del todo mal alojado, aunque no con mucha limpieza y en la compañía, no siempre agradable, de monos y cerdos. Pero eso no puede detenerlo; además, dentro de siete u ocho meses podrá embarcarse para Europa.

—¡Siete u ocho meses!

—Por lo menos. Las islas de Cabo Verde son poco frecuentadas en la estación de las lluvias; pero podrá utilizar ese tiempo en estudiar este archipiélago aún poco conocido. Queda mucho que hacer en topografía, climatología, etnografía y altimetría.

—Tendrá ríos para reconocer —dijo lady Elena.

—No los hay, señora —respondió Paganel.

—Pues habrá arroyos.

—Tampoco.

—¿Arroyuelos?

—Tampoco.

—Entonces —dijo el mayor— recorrerá los bosques.

—¿Qué bosques, si no hay árboles?

—¡Hermosa región! —replicó el mayor.

—Tendrá que consolarse, mi querido Paganel, con las montañas —dijo Glenarvan.

—Son poco elevadas e interesantes; además, ese estudio ya está hecho.

—¡Hecho! —exclamó Glenarvan.

—Sí, es mi contratiempo habitual. ¡Si en las Canarias me veo por delante a Humboldt, aquí me encuentro precedido por el geólogo Sainte-Claire Deville?

—¡Es posible!

—¡Así es!, —repuso muy compungido Paganel. Este geólogo se hallaba a bordo de la corbeta de guerra Décidée, que hizo escala en las islas de Cabo Verde, visitó la cima más interesante del grupo: el volcán de la isla Fogo ¿Qué puedo hacer yo después de él?

—Es triste, verdaderamente, —respondió lady Elena. ¿Qué será de usted?

Paganel guardó silencio.

—Decididamente —dijo Glenarvan— lo mejor que podría haber hecho era desembarcar en Madeira, aunque allí no hubiese vino.

El sabio guardaba silencio. Finalmente, preguntó:

—¿Dónde piensa tocar después de aquí?

—¡Oh! nuestra primera escala será en Concepción.

—¡Diablos! ¡Eso me aleja mucho de la India!

—No tanto, desde el momento en que pasemos el cabo de Hornos, se acercará.

—Mucho lo dudo.

—Además, tanto da uno que otro lado; se puede ganar la medalla de oro en todas partes, porque en todas partes hay mucho que investigar y descubrir, lo mismo en los cerros de la cordillera que en las montañas del Tíbet.

—¿Y el curso del Yarou-Dzangho-Tchou?

—¿Y qué? Lo reemplazará por el río Colorado que también es poco conocido.

—Es verdad, querido lord, hay numerosos errores en lo que se refiere a su curso. ¡Oh! la Sociedad de Geografía, si yo lo hubiera solicitado, me hubiera mandado a la Patagonia lo mismo que a la India, pero...

—Vamos... vamos... señor Paganel, ¿nos acompañará? ¿No es verdad? —dijo lady Elena.

—Señora, ¿y mi misión?

—Le prevengo que pasaremos el estrecho de Magallanes.

—¡Milord, eso me tienta!

—Y además visitaremos Puerto Hambre . .

—¡Puerto Hambre! —exclamó el francés francamente tentado.

—Un geógrafo puede ser muy útil a nuestra expedición y así pondrá la ciencia al servicio de la humanidad.

—Deje obrar a la casualidad o, mejor dicho, a la Providencia que lo trajo aquí. Imítenos, la Providencia nos trajo ese documento y partimos; ahora lo ha puesto a bordo del Duncan, ¡no lo abandone!

—¿Quieren que les diga lo que siento? —respondió entonces Paganel—. Pues que ustedes desean que me quede.

—Y usted lo que desea es quedarse, ¿verdad? —replicó Glenarvan.

—¡Así es!, pero temía ser indiscreto.

Capítulo IX

El Estrecho de Magallanes

La decisión de Paganel causó general alegría a bordo. Roberto expresó la suya saltando con tanto entusiasmo al cuello del sabio que casi lo hace caer de espaldas.

—Vaya un diablillo —dijo—, le enseñaré geografía.

El esfuerzo de todos iba a hacer del niño un educado caballero.

Después de terminar de cargar carbón, el Duncan abandonó aquella zona desolada. y tomó rumbo al oeste; el 7 de setiembre pasaron el Ecuador y entraron en el hemisferio austral.

Hasta entonces la travesía no había tenido dificultades y todos abrigaban grandes esperanzas de encontrar al capitán Grant. Uno de los más confiados era el capitán del yate quien sentía un ardiente deseo de ver a miss Mary feliz y consolada; experimentaba por ella un interés particular que todos a bordo, salvo él mismo y miss Mary, habían notado.

El más feliz de todos era el geógrafo que pasaba sus días estudiando mapas; llenaba con ellos la mesa del salón, lo que provocaba el enojo de Olbinett que no podía poner los manteles; los huéspedes, sin embargo, estaban a favor de Paganel, salvo el mayor que miraba con gran indiferencia las cuestiones geográficas, sobre todo a la hora de comer. Además, el sabio había descubierto numerosos y destartalados libros en los baúles del segundo de a bordo y resolvió aprender en ellos la lengua de Cervantes que ninguno del grupo conocía y que les sería de gran utilidad al llegar a Chile. Así es que se lo oía constantemente balbucear sílabas confusas.

En sus ratos libres le enseñaba a Roberto la historia de esas costas a las que tan rápido se acercaba el Duncan.

El 10 de diciembre, el yate se encontraba a los 5° 37' de latitud y 31° 15' de longitud; ese día Paganel contaba la historia de América y se remontaba a Cristóbal Colón, ya que quería hablarles de los grandes navegantes cuya ruta seguía el yate.

Ante la sorpresa de todos, manifestó que Colón había muerto sin saber que había descubierto un nuevo mundo. Todos protestaban, pero él afirmó que, sin desconocer por eso la gloria del célebre genovés, los hechos eran los hechos y

que la preocupación fundamental del siglo XV fue hallar el camino más corto para llegar al país de las especias y que eso intentó Colón en sus cuatro viajes en los que tocó América en las costas de Cumaná de Honduras, de Mosquitos de Nicaragua, de Veraguas de Costa Rica y Panamá y que creyó que eran tierras de Japón y de China y murió sin haberse dado cuenta de la existencia del gran continente.

—Le creo, amigo Paganel —interrumpió lord Glenarvan—, ¿pero, quiénes fueron entonces los que reconocieron la verdad?

—Fueron sus sucesores: Ojeda Vicente Pinzón , Vespucio, Mendoza, Bastidas, Cabral, Solís, Balboa, que ya habían acompañado a Colón en sus viajes. Estos navegantes recorrieron las costas orientales de América arrastrados también hace trescientos años por la corriente que ahora nos arrastra a nosotros. Hemos pasado el Ecuador, amigos, en el mismo punto que lo hizo Pinzón el último año del siglo XV. En 1508, Pinzón y Solís se pusieron de acuerdo para reconocer las costas americanas y este último descubrió en 1514 la desembocadura del Río de la Plata, donde fue devorado por los indígenas. A Magallanes le correspondió la gloria de doblar el continente; partió en 1519 con cinco embarcaciones, siguió las costas de la Patagonia, descubrió Puerto Deseado y puerto San Julián, donde hizo varias veces escala, y halló a los 52° de latitud el estrecho de las Once Mil Vírgenes, que luego llevaría su nombre; finalmente, desembocó el 28 de noviembre de 1520 en el océano Pacífico. ¡Qué alegría debió de experimentar y con qué fuerza latiría su corazón cuando vio bajo los rayos del sol brillar un nuevo mar, un mar desconocido!

—¡Yo hubiera querido estar allí! —dijo Roberto entusiasmado.

—Yo también, muchacho, si hubiera nacido trescientos años antes.

—Lo que hubiera sido fatal para nosotros, porque ahora no estaría bajo la toldilla del Duncan contándonos todo esto —interrumpió lady Elena.

—Otro lo hubiera contado y hubiera añadido que el reconocimiento de la costa occidental se debe a los hermanos Pizarro. Estos aventureros fueron los fundadores de numerosas ciudades: Cuzco, Quito, Lima, Santiago, Villarrica, Valparaíso y Concepción, hacia donde nos dirigimos.

—Yo no hubiera quedado satisfecho con esos descubrimientos, hubiera querido saber qué había más allá del estrecho de Magallanes —interrumpió Roberto.

—¡Bravo, amigo! —respondió Paganel—. Yo también hubiera querido saber si el continente se prolongaba hasta el polo o si existía un mar libre como suponía Drake, tu compatriota. Es evidente que si los dos hubiéramos vivido en el siglo XVII nos hubiéramos embarcado siguiendo a Shouten y a

Lemaire, dos holandeses muy deseosos de conocer ese enigma.

—¿Eran sabios? —preguntó lady Elena.

—No, eran audaces comerciantes que se interesaban poco del lado científico de los descubrimientos, pero como una compañía holandesa de las Indias orientales tenía el derecho absoluto sobre todo el comercio que se hacía por el estrecho de Magallanes, ellos quisieron encontrar otro paso hacia Asia. Así es que Isaac Lemaire organizó una expedición a cargo de un sobrino suyo, llamado Jacobo Lemaire, y de Shouten, quienes cerca de un siglo después que Magallanes descubrieron el estrecho de Lemaire, entre Tierra del Fuego y la isla de los Estados y el 12 de febrero de 1616 doblaron por el famoso cabo de Hornos, que aún más que el cabo de Buena Esperanza merece el título de cabo de las Tempestades.

—¡Sí, yo hubiera querido estar allí! —exclamó Roberto.

—Y hubieras sentido una gran emoción. ¿Hay una satisfacción mayor que la del navegante que anota en el mapa de a bordo sus descubrimientos, que ve poco a poco formarse las tierras bajo su mirada, isla por isla, promontorio por promontorio, como si brotaran de las olas? Los puntos aislados se van uniendo, los contornos se hacen conocidos y, finalmente, surge el nuevo continente, con sus lagos, riachos y ríos, con sus montañas, sus valles, con sus aldeas y ciudades que se despliegan con todo su esplendor. ¡Amigos míos, un descubridor de tierras es un verdadero inventor!

—¡Pero esa mina actualmente está casi agotada! Todo se ha visto, todo se ha reconocido y nada tenemos que hacer nosotros, llegados últimos a la ciencia geográfica.

—Sí, querido Paganel —respondió Glenarvan.

—¿Qué podemos hacer?

—Lo que hacemos.

El Duncan seguía con maravillosa velocidad el rumbo de Vespuccio y Magallanes. El 13 de setiembre cortó el trópico de Capricornio y puso proa hacia el célebre estrecho; en el horizonte se distinguían las costas bajas de la Patagonia de las que estaban a diez millas.

El 25 de setiembre el Duncan penetró resueltamente en el estrecho, cuya longitud no es de más de 376 millas; es éste el paso preferido por los buques de más calado ya que encuentran allí fondeaderos adecuados, numerosos manantiales de agua potable, bosques ricos en caza, ríos de abundante pesca y puntos de escala seguros; nada de esto ofrecía el estrecho de Lemaire, visitado incesantemente por tempestades y huracanes.

Durante la travesía, Paganel no quería perder un solo momento para

observar ambas costas bajo los rayos del sol austral. No distinguió ningún habitante en la costa norte y sólo vio algunos fueguinos en las desérticas rocas de Tierra del Fuego.

No ver patagones le produjo cierto mal humor, lo que sirvió de diversión a sus compañeros de viaje.

—Una Patagonia sin patagones —decía—, no es una Patagonia.

—Paciencia —respondió Glenarvan—, no nos faltarán patagones.

—No lo sabemos.

—Pero los hay —dijo lady Elena.

—No se puede creer que ese nombre patagones, que significa\1«\2»\3 haya sido dado a seres imaginarios.

—¡Oh! el nombre importa poco —respondió Paganel, que se obstinaba para animar la conversación—, y a decir verdad no se sabe cómo se llaman a ellos mismos.

—¿Cómo? —exclamó lord Glenarvan—. ¿Sabía usted esto, mayor?

—No —respondió Mac Nabbs—, ni daría por saberlo una libra escocesa.

—¡Pues lo sabrá aunque no dé nada, apático mayor! —repuso Paganel—. Magallanes llamó patagones a los indígenas de estas comarcas, los araucanos, tiliches, y Bougainville les da el nombre de chaouha y Falkner el de teluhets. Ellos mismos se designan bajo la denominación general de inaken. ¿Cómo quiere que se los reconozca si tienen tantos nombres?

—Magnífico argumento —respondió lady Elena.

—Pero nuestro amigo tendrá que admitir que si hay dudas acerca de su nombre verdadero, no las habrá acerca de su existencia.

—De acuerdo.

—¿Son altos? —preguntó Glenarvan.

—Lo ignoro.

—¿Son pequeños? —dijo lady Elena.

—Nadie puede afirmarlo.

—Deben ser de mediana estatura —agregó Mac Nabbs para conciliar las opiniones.

—Tampoco lo sé.

—Acaso las informaciones de los viajeros que los vieron, —exclamó Glenarvan.

—Los viajeros tampoco están de acuerdo. Magallanes dice que su cabeza apenas le llegaba a la cintura y Drake afirma que cualquier inglés es más alto que el más alto patagón.

—¡Oh! Un inglés, lo dudo —dijo desdeñosamente el mayor—, pero si se tratara de escoceses...

—Cavendish asegura que son altos y robustos —prosiguió Paganel—. Hawkins hace de ellos unos gigantes y Lemaire y Shouten les dan 3,60 m de altura.

—Bueno, esos sabios son dignos de fe —dijo Glenarvan.

—Sí, pero la misma fe merecen Wood , Narborony y Falkner que los hallaron de estatura muy mediana; mientras que Byron , Girandais, Bougainville y otros afirman que su altura no baja de 2,10 m, aunque D'Orbigny , el sabio que mejor conoce estas comarcas, les atribuye, término medio, una talla de 1,75 m.

—Entonces, ¿dónde está la verdad, en medio de tantas contradicciones —interrogó lady Elena.

—La verdad —dijo Paganel— es que los patagones tienen piernas cortas y tronco largo. En tono de broma podemos decir que miden dos metros cuando están sentados y sólo 1,65 m cuando están de pie.

—¡Bravo, mi querido sabio!, ha puesto el dedo en la llaga —respondió Glenarvan.

—A no ser que no existan —repuso Paganel— y entonces todos se pondrían de acuerdo. Pero, para concluir: el estrecho de Magallanes es magnífico, aunque no tenga patagones.

En ese momento el Duncan costeaba la península de Brunswick, entre dos panoramas espléndidos. Sesenta millas después de haber doblado el cabo Gregory dejó a estribor la penitenciaría de Punta Arenas; entre los árboles se vio un instante la bandera chilena y el campanario de la iglesia. El estrecho se abría entre moles graníticas, inmensos bosques ocultaban las faldas de las montañas que levantaban hasta las nubes su cabeza cubierta de nieves eternas. Hacia el sudoeste se elevaba a 2.145 m el monte Tarn.

Llegó la noche luego de un largo crepúsculo y el cielo se tachonó de brillantes estrellas, la Cruz del Sur señaló a los navegantes el camino del polo austral. En medio de aquella luminosa oscuridad el yate siguió su curso sin echar anclas, el extremo de sus vergas acariciaba las ramas de las hayas antárticas inclinadas sobre las olas y con frecuencia las hélices azotaban el agua de la desembocadura de los ríos despertando a numerosas aves que los habitaban. Luego aparecieron las ruinas de una colonia abandonada: el

Duncan pasaba frente a Puerto Hambre.

En aquel punto fue donde el español Sarmiento, en 1581, se estableció con cuatrocientos emigrados y fundó la ciudad de San Felipe; pero el frío y el hambre los diezmaron; seis años después, el corsario Cavendish encontró al último sobreviviente a punto de morir entre las ruinas de una ciudad que parecía haber envejecido durante siglos.

El Duncan costó aquellas desiertas playas y, al amanecer, navegaba por pasos estrechos; entre bosques de hayas, fresnos, abedules, se levantaban lomas tapizadas de acebos vigorosos y agudos pinos, entre ellos sobresalían las altísimas bucklandias. Pasó frente a la bahía de San Nicolás, llamada por Bougainville Bahía de los Franceses; a unas cuatro millas de distancia vieron retozar grupos de focas y ballenas que debían de ser enormes a juzgar por el chorro de agua que levantaban. Doblaron el cabo de Froward erizado de témpanos y divisaron sobre Tierra del Fuego el monte Sarmiento que mostraba, a unos 1.980 m de altura, su cabeza entre franjas de nubes.

Desolación, que se extiende entre mil islotes como un cetáceo encallado entre guijarros. ¡Qué diferente esta desmesurada extremidad de América de los puntos bien determinados de África, Australia o la India!

Se sucedieron una serie de costas desnudas y de aspecto salvaje cortadas por mil canales que formaban un laberinto por el que el Duncan marchaba sin vacilar; pasó frente a algunas factorías españolas, rodeó las islas de Harborough y, treinta y seis horas después de haber entrado en el estrecho, apareció frente a él el mar inmenso y libre que Santiago Paganel saludó con entusiasmo, no menos conmovido que el mismo Magallanes en el momento en que la Trinidad se inclinó bajo los vientos del océano Pacífico.

Capítulo X

El paralelo 37

Ocho días después, el Duncan entraba a todo vapor en la bahía de Talcahuano El tiempo era admirable en aquellas costas abrigadas por la cordillera de los Andes.

Los viajeros trataban de divisar en el mar cualquier resto que pudiera darles algún indicio del naufragio del Britannia, pero nada vieron. Siguieron su camino cerca del archipiélago de Chiloé y luego anclaron en el puerto de Talcahuano, cuarenta y dos días después de haber dejado las turbias aguas de la Clyde.

Glenarvan y Paganel desembarcaron rápidamente; Paganel quiso poner a prueba sus conocimientos de la lengua española que tan concienzudamente había estudiado, pero no fue comprendido.

—Lo que me falta es la entonación —se consoló diciendo.

En la aduana lograron entenderse con ademanes y algo de inglés; allí supieron que el cónsul británico residía en Concepción. Para llegar se procuraron dos buenos caballos y una hora después entraban en la gran ciudad, debida al genio de Valdivia, el esforzado compañero de Pizarro.

La ciudad había perdido su antiguo esplendor, saqueada varias veces por los indígenas, incendiada en 1819 y eclipsada por Talcahuano; contaba entonces sólo con 8.000 habitantes y mostraba un gran abandono y ninguna actividad comercial.

Glenarvan no se preocupó por esta decadencia, no trató de averiguar las causas, aunque Paganel tenía empeño en explicárselas, y sin perder un instante fue a ver a J. R. Bentock, cónsul de Su Majestad Británica, quien los recibió muy atentamente y, luego de escuchar la historia del capitán Grant, mandó a hacer averiguaciones en todo el litoral.

Los datos fueron negativos: nadie tenía noticias del naufragio del Britannia a lo largo de las costas chilenas, hacia el paralelo 37. Glenarvan no se desanimó y, sin ahorrar dinero, mandó agentes a todas las costas próximas a buscar informes, pero tampoco obtuvieron ningún resultado, el Britannia no había dejado ninguna señal de su naufragio.

A los seis días, bajo la toldilla del Duncan, lord Glenarvan les confió a sus compañeros el resultado negativo de sus investigaciones. Las caricias de lady Elena no lograban disminuir el dolor de Mary y de su hermano. Santiago Paganel volvió a tomar el documento y lo examinó con profunda atención. Hacía más de una hora que lo estaba estudiando, cuando Glenarvan lo interrumpió:

—¿Hemos interpretado erróneamente este documento? ¿No es claro el nombre de Patagonia?

El geógrafo no respondía.

—¿La palabra «no favorece nuestra interpretación de que esperaba caer prisionero de los indios?»

—¡Alto aquí! —exclamó Paganel—. Las demás conclusiones son justas, pero ésta no me parece tanto. Todas las miradas se fijaron en el geógrafo.

—Creo que el capitán es actualmente prisionero de los indios y en lugar de leer «serán prisioneros», deben leer »son prisioneros«.

—¡Pero eso es imposible! —replicó Glenarvan.

—¿Imposible? ¿Por qué, mi noble amigo? —preguntó sonriendo Paganel.

—Porque la botella no pudo echarse sino en el momento de naufragar.

—Nada lo prueba y no veo por qué los náufragos, después de haber sido arrastrados por los indios al interior del continente, no pudieron intentar dar a conocer el lugar de su cautiverio.

—Muy sencillo, amigo Paganel. Para echar una botella al mar es preciso que haya mar donde echarla.

—O a falta de mar —replicó Paganel—, ríos que desagüen en el mar.

Un silencio de admiración acogió esta respuesta, que daba una solución inesperada, pero posible. En los ojos de todos descubrió Paganel el rayo de una nueva esperanza.

—Creo —prosiguió el sabio— que debemos buscar el paralelo 37 en el punto en que se encuentra con la costa americana y seguirlo, sin separarnos de él ni medio grado, hasta que se sumerge en el Atlántico. Tal vez encontremos en el camino a los náufragos del Britannia.

—¡Qué esperanza débil! —respondió el mayor.

—Por débil que sea debemos seguirla. Si por casualidad tengo razón, encontraremos las huellas de los cautivos. Miren, amigos, el mapa de esta zona.

Mientras decía esto extendía sobre la mesa un mapa de Chile y del sur argentino.

—Sígueme en este paseo por el continente americano. Atravesamos la estrecha faja de Chile, pasamos la cordillera de los Andes, descendemos a las pampas. ¿Faltan aquí ríos, arroyos y arroyuelos? No. Aquí está el río Negro, aquí el Colorado, sus afluentes cortan el paralelo 37 y han podido servir para transportar el documento. Quizás a orillas de estos ríos, en el seno de una tribu sedentaria, los náufragos, a los que puedo llamar nuestros amigos, esperan una ayuda providencial. ¿Podemos defraudarlos? ¿No les parece que debemos seguir la línea que marca mi dedo en el mapa? Y si no los encontramos, ¿no debemos dar la vuelta al mundo siguiendo el paralelo 37, hasta encontrarlos?

Estas generosas y entusiastas palabras conmovieron a todos, que se levantaron y tendieron la mano a Paganel, mientras Roberto decía, mirando fijamente el mapa:

—Sí, allí está mi padre.

—Y donde esté —respondió Glenarvan—, sabremos encontrarlo, hijo mío.

Nada más lógico que la interpretación de nuestro amigo; debemos seguir sin dudar el camino que nos ha trazado. Si el capitán se halla en poder de una tribu débil, lo rescataremos, y si es prisionero de una tribu poderosa, después de conocer su situación encontraremos el Duncan en la costa oriental, iremos a Buenos Aires en él y allí el mayor Mac Nabbs organizara un destacamento que dará buena cuenta de los indios.

—¡Bien, bien! La travesía se hará sin peligros —añadió John Mangles.

—Sin peligros y sin fatigas —repuso Paganel—. ¡Cuántos lo han hecho ya sin tener nuestros medios y sin que los guiase un interés como el nuestro! ¿Acaso no fue Basilio Villarino, en 1782 desde el Carmen a la cordillera? ¿Y en 1806, un chileno, don Luis de la Cruz; partiendo de Antuco, no siguió este paralelo 37 y después de cruzar los Andes no llegó a Buenos Aires en cuarenta y siete días? ¿Y el coronel García, y Alcides d'Orbigny, y mi distinguido colega, el doctor Martín de Moussy, no recorrieron este país en todas direcciones? Ellos hicieron por la ciencia lo que nosotros haremos por la humanidad.

—¡Señor! ¿Señora? —dijo Mary Grant con la voz entrecortada por la emoción— ¿cómo podré pagar su abnegación que lo expone a tantos peligros?

—¡Peligros! —exclamó Paganel— ¿Quién ha pronunciado la palabra peligro?

—¡No he sido yo! —interrumpió Roberto, en cuyos ojos brillaba el entusiasmo.

—¡Peligros! ¡Peligros! ¿Pueden existir en un viaje de 1.500 km escasos, puesto que iremos en línea recta por una latitud equivalente a la de España, Sicilia y Grecia, sólo que en otro hemisferio, y, desde luego, con un clima casi idéntico. Este viaje nos llevará solamente un mes, será en realidad, un paseo.

—Señor Paganel —preguntó entonces lady Elena, ¿usted cree que si los náufragos han caído en poder de los indígenas, seguirán aún con vida?

—Así lo creo, señora. ¿Acaso son antropófagos? Uno de mis compatriotas, el señor Guinnard, a quien conocí en la Sociedad de Geografía, permaneció tres años cautivo de los indios de las pampas; sufrió muchos malos tratos, pero se salvó finalmente. Los indios saben que un europeo es un ser útil y lo cuidan como a un valioso animal.

—Pues bien, es necesario partir sin vacilaciones —dijo Glenarvan—. ¿Qué camino debemos seguir?

—Un camino fácil y agradable —respondió Paganel—. Algunas montañas al principio, después la suave pendiente de la vertiente oriental de los Andes y, finalmente, una llanura compacta, tapizada de musgo y arena; un verdadero

jardín.

—Veamos el mapa —dijo el mayor.

—Aquí está, amigo. Partiremos de la costa chilena, a la altura del paralelo 37; después de atravesar la capital de Araucanía, cruzaremos la cordillera por el y paso de Antuco dejando el volcán hacia el sur, luego nos deslizaremos por los prolongados declives de las montañas, pasaremos Neuquén, el río Colorado y alcanzaremos la Pampa, el Salado, el río Guaminí y la sierra de Tapalquén. Allí aparece la frontera de la provincia de Buenos Aires, la pasaremos, igual que las sierras de Tandil y prolongaremos nuestras pesquisas hasta Punta Médanos; en las playas del Atlántico.

Al presentar el plan de la expedición, el científico no se tomaba la molestia de mirar el mapa, pues su segura memoria lo guiaba. Luego afirmó:

—Es camino recto, amigos míos, que recorreremos en treinta días y llegaremos antes que el Duncan a la costa.

—Entonces preguntó John Mangles—, ¿el Duncan deberá cruzar entre el cabo Corrientes— y el cabo San Antonio?

—Precisamente.

—¿Y quiénes partirán?

—Pocos; se trata únicamente de buscar al capitán y no de andar a los tiros con los indios. Creo que con lord Glenarvan, el mayor y yo...

—¡Y yo! —exclamó Roberto.

—¡Roberto! ¡Roberto! —dijo Mary.

—¿Y por qué no? —respondió Paganel—. Los viajes forman a los jóvenes... entonces, nosotros cuatro y tres marineros del Duncan.

—¿Cómo? —dijo John Mangles—, ¿no me incluyen?

—Querido John —respondió Glenarvan—, dejamos a bordo a nuestras pasajeras, es decir lo que más queremos en el mundo. ¿Quién mejor que el capitán del Duncan velaría por ellas?

—Por lo visto no participaremos nosotras —dijo lady Elena, con los ojos velados por la pena.

—Mi querida Elena, nuestra marcha debe ser sumamente rápida, nuestra separación será corta, y...

—Sí, comprendo. En marcha, entonces —respondió lady Elena—, y quiera el Cielo que el éxito corone esta empresa.

Inmediatamente comenzaron los preparativos que, estuvieron todos de

acuerdo, debían ser secretos para no alertar a los indios.

La partida quedó fijada para el 14 de octubre; todos los marineros se ofrecieron para la expedición, así que para no ofender a ninguno hicieron un sorteo; resultaron elegidos por la suerte: el segundo, Tom Austin, Wilson, un mozo fornido, y Mulrady, que era capaz de enfrentarse en una pelea con el mismo Tom Sayers, famoso boxeador de Londres.

Glenarvan y el capitán rivalizaban en la velocidad de los preparativos, el primero para iniciar la expedición el día fijado y el segundo para llevar la nave a la costa argentina antes de la llegada de los que irían por tierra.

El 14 de octubre a la hora señalada estaban listos para partir; todos los pasajeros se reunieron en la cámara; los expedicionarios armados con carabinas y revólveres Colt se disponían a dejar el buque, mientras se oía el ruido que ya producía la hélice en las cristalinas aguas de Talcahuano, los guías y las mulas aguardaban en la costa.

—Ya es la hora —dijo lord Edward.

—Ve, pues, amigo mío —dijo lady Elena tratando de reprimir su dolor.

Los esposos se abrazaron, mientras Roberto se echaba en brazos de su hermana.

—Y ahora, queridos compañeros —dijo Paganel—, un último apretón de manos, que nos dure hasta las costas del Atlántico.

Subieron todos a cubierta y los siete viajeros saltaron del Duncan a una lancha y en un abrir y cerrar de ojos llegaron al muelle.

—¡Amigos míos, que Dios los ayude! —exclamó lady Elena desde la toldilla.

—¡Adelante! —gritó John Mangles al maquinista.

—¡En marcha! —dijo lord Glenarvan.

Y al mismo tiempo que los viajeros echaron a andar sus cabalgaduras, el Duncan tomaba a toda máquina la dirección del océano.

Capítulo XI

Travesía de Chile

La escolta indígena estaba compuesta por tres hombres y un niño; el jefe de los arrieros era un inglés naturalizado en el país desde hacía veinte años. Su

ocupación consistía en alquilar mulas a los viajeros, a los que guiaba en la travesía de la cordillera; después sería reemplazado por un baquiano argentino que conocía perfectamente el camino de las pampas. El inglés no había olvidado tanto su idioma como para no poder comunicarse con los viajeros, lo que facilitaba mucho las cosas, ya que el español de Paganel no era todavía muy fuerte como para sostener una conversación.

El capataz de los arrieros tenía a sus órdenes dos peones que cuidaban de las mulas cargadas con el equipaje, y un niño que conducía la pequeña yegua madrina que, llena de cascabeles y campanillas, marchaba adelante de la recua, compuesta de diez mulas. De éstas, siete montaban los viajeros y una el capataz; las dos restantes llevaban las provisiones y algunas piezas de tela destinadas a ganarse la simpatía de los caciques que pudieran encontrar; los peones marchaban, según la costumbre, a pie.

Así pues, eran muy buenas las condiciones en que comenzaba la travesía. El paso de los Andes no se puede emprender sin contar con mulas vigorosas como éstas, de origen argentino, de gran desarrollo, fuertes y resistentes, que beben sólo una vez al día y son capaces de andar, sin fatigarse cuarenta kilómetros en ocho horas con una carga de casi ciento sesenta kilos.

En la distancia que separa ambos océanos no hay ni una humilde posada; se come carne seca, llamada en América tasajo, arroz con pimiento y lo que se pueda cazar en el camino. Se bebe agua de los torrentes de la montaña o de los arroyos de la llanura, a la que se mezclan algunas gotas de ron o aguardiente que los viajeros llevan en un cuerno de buey, llamado chifle. Como camas se utilizan los recados de las mulas, pellones de carnero curtidos de un lado y con la piel del otro con los que el viajero se envuelve de noche, desafia victoriosamente el frío y la humedad y duerme a las mil maravillas.

Todos habían adoptado el traje chileno. Paganel y Roberto, dos niños, uno grande y el otro pequeño, no cabían en sí de gozo al poner su cabeza por el agujero del poncho regional y los pies en las botas de cuero de potro. Igualmente atractivas eran las mulas, ricamente ensilladas, con la cabeza llena de adornos de metal, una larga brida de cuero trenzado que servía también de látigo y las alforjas de colores chillones en las que llevaban la comida del día.

Paganel, siempre distraído, casi recibe un par de coces de su mula cuando quiso subirse, pero luego se instaló cómodamente sobre el animal; Roberto mostró buenas condiciones de jinete desde el principio.

Iniciaron la marcha con un día espléndido, el cielo estaba puro y una brisa marina refrescaba los ardores del sol. A buen paso siguieron por las playas de Talcahuano y cincuenta y cinco kilómetros al sur hallaron la extremidad del paralelo. La marcha fue rápida, se habló poco, y los adioses de despedida habían dado cierta amargura en el corazón de los viajeros que aún podían ver

el humo del Duncan que se perdía en el horizonte. Todos iban silenciosos, salvo Paganel que, solo, se preguntaba y se respondía a sí mismo en español.

El capataz era también bastante taciturno, apenas hablaba a sus peones que eran prácticos y sabían bien hacer marchar a algún mulo detenido con un grito gutural o con una pedrada certera. Si se rompía una brida o se desataba una cincha, se quitaban el poncho con el que tapaban la cabeza del animal y solucionaban el problema para seguir enseguida la marcha.

Los arrieros acostumbraban partir a las ocho, después de desayunar, y marchaban hasta las cuatro de la tarde. Glenarvan aceptó esta costumbre y cuando el capataz dio la voz de alto, los viajeros llegaban a la villa de Arauco, situada en la extremidad de la bahía, sin haber abandonado la espumosa playa del océano. Podrían haber avanzado hacia el oeste unos 35 km para hallar el extremo del paralelo, pero esa zona ya había sido revisada por los emisarios mandados por Glenarvan sin encontrar restos del naufragio, así que una nueva expedición sería inútil; partirían, por lo tanto, desde Arauco en línea recta hacia el este.

La caravana entró en la ciudad para pasar la noche y acampó en medio del patio de una precaria posada.

Arauco es la capital de Araucanía, región habitada por los moluches, los primogénitos de la raza chilena cantados por Ercilla. Es una raza altiva y fuerte, la única de las dos Américas que no se ha doblegado a los extranjeros. Arauco estuvo bajo la dominación de los españoles, pero sus habitantes no se sometieron y siguen resistiendo en la actualidad a los invasores; su bandera azul con una estrella blanca ondea en la cúspide de la colina fortificada que defiende la ciudad.

Mientras se preparaba la cena, Glenarvan, Paganel y el capataz se paseaban por la villa; su única curiosidad arquitectónica es una iglesia y las ruinas de un convento franciscano. Glenarvan trataba de recoger algunos datos de los naufragos, mientras Paganel se desesperaba por hacerse entender en su español, pero aquí le era tan útil como el hebreo, en un pueblo de habla mapuche. Aunque no logró que lo entendieran, sintió verdadera satisfacción en observar los rasgos típicos de los habitantes. Los hombres eran altos, de cara chata y tez cobriza, la barba rala y la cabellera negra y espesa; parecían entregados a la haraganería, como aquellos que siempre están en guerra y no saben qué hacer en la paz. Las mujeres, miserables y animosas, realizaban todo tipo de tarea: arar, cazar, cuidar de los animales, y aun tenían tiempo para tejer ponchos de color azul turquesa, que requieren dos años de trabajo.

En resumen, el pueblo araucano resultaba poco interesante y de costumbres bastante rudas. Tenían todos los vicios humanos contra una virtud: el amor a la independencia.

—Verdaderos espartanos —decía Paganel cuando se sentaron a la mesa para cenar. El sabio hacía comentarios y exageraba concentrando el interés de todos; provocó sus risas cuando les contó que su corazón de francés había palpitado con violencia al visitar Arauco, y como le preguntaron el por qué, les contó que su conmoción se debía al recuerdo de un compatriota suyo que ocupó el trono de Araucania. Inmediatamente Paganel recordó con orgullo a Antonio Tounens, excelente persona, antiguo abogado de Perigueux, que experimentó lo que sienten los reyes destronados: la ingratitud de sus súbditos. Ante la sonrisa del mayor, Paganel le respondió muy seriamente que era más fácil para un abogado ser un buen rey, que a un rey ser buen abogado. Todos festejaron la ocurrencia, bebieron algunas gotas de chicha a la salud de Aurelio Antonio I, ex rey de Araucania, y pocos minutos después dormían envueltos en sus ponchos.

A las ocho de la mañana del día siguiente, los expedicionarios, con la madrina a la vanguardia y los mulateros a la retaguardia, prosiguieron su camino en dirección del paralelo 37. Atravesaron el fértil territorio de Araucania, rico en viñas y rebaños; poco a poco fueron quedando desiertos los campos y sólo encontraron de tanto en tanto algunas rancherías de indios domadores de caballos, célebres en toda América, o alguna casa abandonada que servía de albergue transitorio a los indígenas nómadas.

Durante aquella jornada atravesaron dos ríos; en el horizonte se destacaba la cordillera de los Andes que mostraba mayores y más numerosos picos hacia el norte; frente a ellos estaban las vértebras inferiores de la enorme espina dorsal en que se apoya toda la armazón del Nuevo Mundo.

A las cuatro de la tarde, después de recorrer 65 km, se detuvo la caravana en medio del campo, bajo un bosque de mirtos gigantescos; los mulos pastaron libremente y salieron de las alforjas el tasajo y el arroz para los viajeros. Mientras el capataz y los peones se turnaban para vigilar, el grupo durmió tranquilamente en sus lechos improvisados.

Ya que todos gozaban de buena salud y el tiempo era excelente, convenía aprovechar para recorrer al día siguiente la mayor distancia; ésa fue la opinión de todos, así que anduvieron otros 65 km y acamparon finalmente a las márgenes del Bío-Bío, que separa el Chile español del Chile independiente. El paisaje seguía siendo fértil, abundaban los amarilis, las violetas y los cactus de doradas flores; en la espesura se escondían gatos monteses, llegaron a ver una garza, un mochuelo y algunos zorzales que huían de las garras del milano. Se veían pocos indígenas, sólo algunos pocos guasos; hijos de españoles e indígenas, que pasaban veloces con sus caballos, con las espuelas ensangrentadas. No se podía hablar con nadie ni tenían a quién pedir noticias de los náufragos. Glenarvan pensaba que los viajeros debieron de ser arrastrados más allá de la cordillera y se consolaba con la esperanza de

hallarlos allí. Por ahora había que seguir la marcha lo más rápidamente posible.

El 17, a la hora de costumbre, emprendieron la marcha en el mismo orden que los días anteriores. Roberto, impaciente, ganaba la delantera a la yegua madrina, con gran desesperación de su mulo, por lo cual Glenarvan debió observarlo para que no se separase de su puesto.

El terreno se fue haciendo más accidentado, ya se anunciaban las próximas montañas, los ríos se multiplicaban murmurando en las pendientes. Paganel consultaba sus mapas y cuando en ellos no figuraba algún río o arroyo, se indignaba graciosamente.

—Un río que no tiene nombre es un río que no tiene estado civil, no existe para la ley geográfica.

Así es que los bautizaba, los anotaba en sus mapas y les daba las más retumbantes calificaciones en lengua española, mientras afirmaba:

—¡Qué lengua! ¡Qué lengua tan rotunda y sonora! ¡Es una lengua de metal; estoy seguro de que se compone de setenta y ocho partes de cobre y veintidós de estaño, como el bronce de las campanas!

—Pero, ¿progresas en ella? —le preguntó Glenarvan.

—¡Seguro! ¡Ah, si no fuera por el acento! ¡Me mata el acento!

Mientras hacía desesperados esfuerzos por enseñar a su gacelero a pronunciar, no dejaba de hacer observaciones geográficas. En esto no había quien lo aventajara; si lord Glenarvan le hacía alguna pregunta al capataz sobre la zona, el sabio contestaba primero, ante el asombro del interrogado.

Aquel mismo día se les presentó una senda que cortaba la línea que ellos seguían; naturalmente Glenarvan le preguntó al guía a dónde se dirigía y fue, naturalmente también, Paganel el que contestó con acierto.

El guía, asombrado, le preguntó si ya había recorrido la región.

—Ya lo creo —respondió seriamente Paganel.

—¿En mulo?

—No, en butaca.

El capataz, que no le entendió, se encogió de hombros y volvió al frente de la caravana.

A las cinco de la tarde acamparon al pie de las sierras, en los primeros escalones de la gran cordillera.

Capítulo XII

A setecientos metros de altura

Hasta entonces la travesía de Chile no había presentado ningún accidente grave, pero en lo sucesivo se acumularían los peligros que encierra la marcha por montañas y empezaría la verdadera lucha con la naturaleza.

Antes de seguir debían decidir por qué paso se podía atravesar la cordillera de los Andes sin apartarse de la dirección que seguían. Consultaron al capataz quien les informó que sólo había dos pasos en esa región.

—¿Acaso el de Arica , descubierto por Valdivia y Mendoza? —preguntó Paganel.

—Precisamente

—¿Y el de Villarrica, situado al sur del nevado del mismo nombre?

—Justo.

—Pues bien, amigo, esos dos pasos nos apartan de la ruta que nos conviene.

—Tiene acaso otro que proponernos?

—Sí —respondió Paganel—, está el paso de Antuco, situado en la pendiente volcánica, a sólo medio grado de nuestro derrotero. Se encuentra a escasamente dos mil metros de altura y fue reconocido por Zamudio de la Cruz .

—Y usted, capataz, conoce este paso?

—Sí, milord, pero no lo proponía porque no es más que una vereda para el ganado que sólo usan los pastores indios.

—Pues bien, por donde pasan los caballos, carneros y bueyes de los pehuenches pasaremos también nosotros, y así no nos alejaremos de la línea recta —decidió Glenarvan.

Se dio la orden de partida y la comitiva penetró en el valle de las Lajas. Subían una cuesta casi imperceptible. A eso de las once, tuvieron que rodear un pequeño lago en el que desembocaban murmurando todos los ríos de las cercanías. A su alrededor se extendían espaciosos llanos donde pastaban los rebaños de los indios. Luego cruzaron sin problemas, gracias al instinto de los mulos, un extenso pantano; algo más adelante apareció la cresta de una roca coronada con las almenas del fuerte Ballenero. Después las pendientes se hacían ásperas y los cascos de los mulos desprendían guijarros que rodaban en ruidosas cascadas. A las tres, aproximadamente, divisaron las pintorescas

ruinas de un fuerte destruido en el levantamiento de 1770.

Desde aquel punto el camino se hizo más difícil y hasta peligroso, las pendientes fueron más pronunciadas, los picos más altos y los precipicios se ahondaron de manera espantosa. Los mulos avanzaban con precaución, con la cabeza gacha, olfateando el camino; iban en fila y, algunas veces, en un recodo, la madrina desaparecía y se guiaban por el ruido de sus cascabeles. Otras veces, las caprichosas vueltas del camino enfrentaban dos partes de la caravana separadas por apenas unos cuatro metros de distancia, pero con un abismo de por medio de cuatrocientos metros, de profundidad.

La vegetación disminuía y ya se percibía el triunfo del reino mineral sobre el vegetal. Algunos trozos de lava de color rojizo erizados de cristales amarillos indicaban la proximidad del volcán Antuco. Aquellas colinas torcidas, aquellas piedras inestables y las rocas acumuladas unas sobre otras en raro equilibrio, indicaban que no había llegado aún la hora de la estabilidad definitiva. En esta zona es difícil reconocer el camino por el casi incesante cambio que lo altera, así es que el capataz vacilaba, miraba a su alrededor buscando huellas para orientarse, lo que lograba con gran dificultad.

Glenarvan lo seguía confiado, sin atreverse a preguntarle nada, pensando que debían fiarse en su instinto; durante una hora siguió al capataz ascendiendo y buscando el camino, tuvo al fin que detenerse frente a una quebrada estrecha, cerrada en su salida por un fuerte muro de roca; finalmente se apeó y, cruzado de brazos, esperó.

Glenarvan se acercó y le preguntó:

—¿Se ha extraviado?

—No, milord.

—Sin embargo no estamos en el paso de Antuco.

—En él estamos.

—¿No se engaña?

—No, he aquí los restos de una hoguera y las huellas del ganado de los indios, pero ya no volverán a pasar: el último terremoto se ha comido el camino.

—Ha vuelto impracticable el camino para los mulos, pero no para los hombres —acotó el mayor.

—Eso —respondió el capataz— ya no es problema mío. Yo he hecho lo que he podido; estoy dispuesto a retroceder, si quieren, y buscar otro paso.

—¿Llevara mucho tiempo?

—No menos de tres días.

Glenarvan se quedó pensativo, luego se volvió y les preguntó a sus compañeros:

—¿Quieren pasar a pesar de los obstáculos?

—Queremos seguirlo —respondió Tom Austin.

—Y hasta adelantarnos —añadió Paganel—. ¿De qué se trata? Sólo debemos atravesar una cordillera, encontrar un fácil descenso y, al pie, hallar a los baquianos argentinos que nos guiarán por las pampas en caballos ligeros como el viento. Adelante, pues, sin dudar.

—¡Adelante! gritaron los compañeros de Glenarvan.

—¿Usted no nos acompaña? —preguntaron al capataz.

—No, yo soy guía de mulos.

—Pasaremos sin él —dijo Paganel—. Al otro lado de este murallón encontraremos los senderos de Antuco y yo me comprometo a conducirlos tan directamente como el mejor guía de la cordillera.

Se despidieron del capataz y de sus peones; se repartieron las armas, los instrumentos y algunos víveres entre los siete viajeros y emprendieron inmediatamente la marcha por un sendero muy escabroso por el que no hubiera podido andar una mula. Avanzaban con gran dificultad; dos horas después se hallaban en el paso de Antuco, pero los terremotos habían hecho desaparecer todo camino. Deberían, pues, elevarse por las crestas de los Andes buscando con gran fatiga los lugares libres por donde pasar. Afortunadamente el tiempo estaba sereno y la estación era favorable, ya que en invierno no hubieran podido pasar por la intensidad del frío o la violencia de los temporales que todos los años siembran de cadáveres las gargantas de la cordillera.

Toda la noche subieron y subieron; se agarraban con las uñas, saltaban anchos y profundos despeñaderos y se usaban de escalones unos a otros. Aquellos hombres intrépidos parecían un grupo de equilibristas.

Varias veces los marineros Mulrady y Wilson pudieron ejercitar su valor y fuerza; sin ellos la caravana no hubiera podido pasar. Glenarvan no perdía de vista al joven Roberto, algo imprudente por su edad. Paganel avanzaba con todo el ardor de un buen francés, mientras que el mayor apenas si se esforzaba: parecía que subía como si creyese estar bajando.

A las cinco de la mañana habían alcanzado los 2.500 m de altura; se hallaban en los límites de la zona boscosa. A su paso, huían los animales salvajes; a veces alcanzaban a ver una llama o alguna chinchilla que, con gran

agilidad, saltaba de un árbol a otro; parecía más un pájaro que un cuadrúpedo. Pero no eran los únicos animales de aquellas soledades: a los 3.000 m vivían, en los límites de las nieves perpetuas, la alpaca, de largo y sedoso pelo, y la vicuña, famosa por su fina lana. Mas no había que pensar en acercarse, apenas si se dejaban ver huyendo a gran velocidad y sin ruido por la blanca alfombra de nieve.

El paisaje fue variando totalmente; ahora debían ascender entre grandes témpanos de hielo de azulados reflejos y tanteando en la nieve para evitar despeñarse. Wilson se había colocado a la cabeza y tanteaba con su pie, los demás ponían exactamente los suyos en las huellas; no levantaban la voz, porque el menor ruido que agitara el aire podía provocar la caída de moles de nieve suspendidas a doscientos o doscientos cincuenta metros sobre sus cabezas.

Estaban en la región de los arbustos; más arriba, a los 3.300 m, toda vida vegetal había desaparecido. Los viajeros hicieron un alto a las cuatro para reparar sus fuerzas con una ligera comida. Renovados, prosiguieron la ascensión desafiando peligros cada vez mayores. Pasaron agudas crestas, cruzaron precipicios que no se atrevían a medir con la mirada; de trecho en trecho, algunas cruces de madera señalaban pasadas catástrofes. A las dos de la tarde se hallaban frente a una inmensa meseta sin ninguna vegetación; un verdadero desierto se extendía entre picos de pórvido o de basalto que taladraban el blanco sudario como huesos de un esqueleto.

La caravana, a pesar de su valor, sentía agotarse sus fuerzas. Glenarvan, viendo el cansancio de sus compañeros y especialmente la lucha desesperada de Roberto contra la fatiga se arrepentía de haberse internado tanto en la montaña. A las tres, se detuvo y propuso descansar, sobre todo por Roberto. Paganel insistió en que era necesario marchar hasta alcanzar el lado oriental donde esperaba encontrar algún refugio a unas dos horas de marcha. El valeroso Roberto también estuvo de acuerdo en seguir adelante; Mulrady propuso hacerse cargo de él.

Y volvieron a tomar la dirección del este; continuaron por espacio de dos horas una ascensión espantosa. Subían incesantemente; el enrarecimiento del aire producía esa opresión dolorosa conocida como la puna. La sangre les brotaba de las encías y de los labios; debían hacer frecuentes inspiraciones para activar la circulación, esto los fatigaba más y se sentían muy molestos por el violento reflejo del sol en aquellas sábanas de nieve. El vértigo destruía su energía física y moral, casi no podían ya avanzar; tropezaban y caían frecuentemente, y podían seguir sólo arrastrándose de rodillas. La extenuación iba a poner fin a aquella ascensión. Cuando Glenarvan consideraba con terror la inmensidad helada, el frío de la región y la sombra que ya empezaba a rodear las cumbres, el mayor se detuvo y con su tranquilidad habitual dijo:

—Una choza.

Capítulo XIII

Descenso de la cordillera

Otro cualquiera que no hubiera sido Mac Nabbs hubiera pasado cien veces alrededor y encima de aquella choza sin sospechar lo que era; apenas se distinguía de las rocas que la rodeaban, ya que estaba cubierta casi enteramente por la nieve. Quitarla y descubrir la entrada les llevó media hora de trabajo; cuando lo lograron, se precipitaron en su interior.

Había sido construida por los indios con adobes, ladrillos cocidos al sol, tenía forma de cubo y sus lados medirían unos cuatro metros; su única abertura era esa puerta a la que se llegaba por una escalera de piedra. En esa choza podían acomodarse perfectamente unas diez personas y si bien no hubiera sido muy resistente para la época de las lluvias, bastaba para resguardarse de los 10° bajo cero que marcaba el termómetro, especialmente cuando se encendiera una especie de hogar con chimenea de adobe que había en un rincón.

—Este es un escondrijo, aunque no cómodo, suficiente —dijo Glenarvan—. Demos gracias a la Providencia que nos trajo hasta él.

—¡Pero si es un palacio! —respondió Paganel—. Sólo le faltan centinelas y cortesanos. Vamos a estar admirablemente.

—Sobre todo cuando arda un buen fuego —dijo Tom Austin—, porque creo que no tenemos menos frío que hambre, y a mí me gustaría tanto una buena chuleta como una buena fogata.

—Pues bien, Tom, procuremos encontrar combustible —le respondió Paganel.

—¡Combustible en la cumbre de la cordillera! —exclamó Mulrady expresando sus dudas.

—Pues si le pusieron una chimenea —afirmó el mayor—, será porque hay algo para quemar.

—Nuestro amigo tiene razón —dijo Glenarvan—. Mientras disponen la cena yo haré de leñador.

—Wilson y yo también iremos —dijo Paganel.

—¿Me necesitan? —preguntó Roberto levantándose.

—No hijo, descansa —respondió Glenarvan—. Tú serás un hombre a la edad en que otros son aún niños.

Glenarvan, Paganel y Wilson salieron de la casucha; eran las seis de la tarde, el frío se dejaba sentir vivamente. En medio de una absoluta calma comenzaba a oscurecer. El sol se despedía de los cerros andinos.

Paganel consultó su barómetro y pudo deducir que se hallaban a 3.900 m; estaban a una altura que el Mont Blanc, el pico más alto de Europa, sólo superaba en 910 m. Si estas montañas fueran azotadas por los huracanes y torbellinos que se desencadenan contra el gigante europeo, ningún viajero podría atravesar esta cordillera.

Glenarvan y Paganel llegaron a una loma desde la cual miraron a su alrededor, el espectáculo era admirable: a lo lejos piedras y ventisqueros formaban inmensas líneas longitudinales, se divisaba el valle del Colorado que empezaba ya a entrar en la sombra, el sol iluminaba sólo las colinas occidentales y deslumbraba en sus crestas. Con la noche que se acercaba, el paisaje tomaba proporciones sublimes. A menos de 4.000 m, el volcán Antuco rugía como un monstruo enorme y vomitaba ardientes humaredas, llamas, piedras candentes y lava. El brillo de su cráter competía con el sol, que ya se ocultaba en el horizonte.

Glenarvan y Paganel contemplaban extasiados el magnífico espectáculo; afortunadamente Wilson, menos entusiasta, les recordó lo que habían ido a hacer y los tres se pusieron a recoger, a falta de leña, liquen seco. Lo llevaron a la casucha y pudieron, aunque con dificultad, prender fuego. Tan difícil como prenderlo fue lograr que se mantuviera, a causa de la falta de oxígeno en el aire a esas alturas.

El mayor les explicó que el agua herviría a menos de 90°, ya que cada 324 m disminuye un grado el punto de ebullición. En efecto, cuando hervía el agua introdujeron el termómetro y sólo marcó 87°. Pero lo más importante era calentarse y beber café. Lamentablemente la carne salada les resultó insuficiente; Paganel confesó que no le hubiera venido mal un buen bife de llama asada, ya que quería comprobar lo que se decía acerca de que la carne de llama reemplaza bien a la de buey y de carnero. La conversación les despertó el deseo a todos y se propusieron salir a cazar algo más sabroso que la carne reseca y salada que traían.

Cuando ya se disponían a salir con sus armas, oyeron un ruido ensordecedor, eran gritos, aullidos de un rebaño que se acercaba rápidamente. Todos escucharon con gran curiosidad y se lanzaron fuera de la casucha para ver y oír mejor. La oscuridad era ya total; en el cielo sólo brillaban las estrellas. Los aullidos aumentaban y, de pronto, llegó hasta ellos una avalancha de seres locos de espanto; sólo atinaron a tirarse al suelo mientras

aquel torbellino pasaba a su lado. Paganel, que aún permanecía de pie para ver mejor, fue derribado.

Sonó un tiro: el mayor había tirado al bulto y le pareció ver caer un animal, mientras el resto de la manada enloquecida desaparecía a la carrera.

—¡Ah! Ya lo tengo —dijo la voz de Paganel.

—¿Qué?

—¡Mis anteojos!

—¿No está herido?

—No, sólo pisoteado. ¿Pero, por quién?

—Por esto —respondió el mayor, mientras arrastraba el animal que había matado.

Todos volvieron a la choza y lo examinaron. Era un hermoso animal parecido a un pequeño camello, pero sin joroba. Tenía la cabeza pequeña, el cuerpo achatado y las patas largas y delgadas; su piel era color café con leche. No bien Paganel lo vio, exclamó:

—¡Un guanaco!

—Y qué es un guanaco?

—Una bestia que se come.

—Y es rica?

—Riquísima, un verdadero manjar. Pero, ¿quién lo va a desollar?

—Yo —dijo Wilson.

—Pues entonces, yo me encargo de asarlo —replicó el geógrafo.

—¿Entiende también de cocina, señor Paganel? —preguntó Roberto.

—Por supuesto, como que soy francés. Y en un francés siempre hay un cocinero.

Cinco minutos después, Paganel iniciaba su asado y al rato servía a sus compañeros un plato que denominó «\1\2\3». Todos tomaron su parte, pero, con gran asombro del geógrafo, un gesto de repugnancia de cada uno de los comensales acompañaba el primer bocado.

—¡Qué asco!

—¡Qué cosa tan horrible!

El pobre sabio, a pesar suyo, tuvo que aceptar que aquello era incomible, aun para hambrientos, y debió aceptar también las miradas burlonas de los que

esperaban su «delicioso manjar». Se quedó pensativo, pero al poco rato halló la explicación:

—Este guanaco era incomible porque fue muerto cuando estaba muy fatigado; sólo se lo puede comer cuando se lo mata descansado.

Luego sacó la conclusión de que ese animal y toda la manada debían de venir huyendo desde lejos.

—¿Está seguro? —preguntó Glenarvan.

—Absolutamente.

—Pero, ¿qué fenómeno ha podido asustar tanto a estos animales para obligarlos a correr tan desesperados a la hora en que debían estar descansando en sus guaridas?

—Eso sí que no puedo contestarlo. Pero me muero de sueño y propongo que durmamos.

Todos aceptaron, se envolvieron en sus ponchos y a los pocos minutos se elevaban ronquidos formidables en todos los tonos.

Glenarvan era el único que no dormía, lo desvelaba el recuerdo de esa manada de guanacos que huía despavorida. Si no eran perseguidos por fieras, que no existen a esa altura, ni por cazadores, ¿por qué se precipitaban como enloquecidos? El presentimiento de un próximo peligro lo desvelaba.

Poco a poco se fue apoderando de él una pesada somnolencia y, mezclada con sus temores, aparecía la esperanza de estar próximos al lugar de su verdadera búsqueda. Entre sueños veía al capitán Grant y a sus marineros prisioneros de los indios. De tanto en tanto se distraía mirando las caras de sus compañeros dormidos, iluminadas por el fuego encendido o las sombras que se agitaban en las paredes por el movimiento de las llamas; también oía los ruidos exteriores, difíciles de explicar en aquellas cumbres solitarias.

Aumentaron los ruidos lejanos, sordos, amenazadores, como el estruendo de un trueno que no viniera del cielo. Aquellos rugidos debían proceder de una tempestad desencadenada en los flancos de la montaña; Glenarvan quiso averiguar qué pasaba y salió al aire libre.

La luna se había elevado, la atmósfera estaba serena, por ningún lado aparecían nubes ni el cielo era cortado por relámpagos, en lo alto brillaban millares de estrellas, sólo se veían algunos reflejos rojizos en la boca del volcán. Los extraños ruidos no cesaban; Glenarvan volvió a la choza, inquieto, pensando si tendrían relación con la fuga de los guanacos.

Aunque sentía temor, no tenía la seguridad de un peligro inmediato, así que volvió a acostarse junto a sus compañeros que, rendidos por la fatiga, dormían

profundamente. Al poco rato él también se sintió dominado por el sueño.

Poco después lo obligó a ponerse de pie un violento estruendo sólo comparable al entrecortado ruido de numerosos carros de artillería que rodasen sobre un pavimento sonoro. Luego sintió que el suelo se hundía a sus pies y vio que la choza oscilaba.

—¡Alerta! —exclamó.

Sus compañeros, ya despiertos, en un confuso revoltijo eran arrastrados por una rápida pendiente. A la luz del amanecer, el espectáculo era horrible, las montañas se transformaban, como si en sus bases se abriesen enormes trampas; por este fenómeno particular de las cordilleras un cerro se desplomó entero.

—¡Un terremoto! —gritó Paganel.

No se engañaba. Era uno de esos frecuentes cataclismos que ocurren en la zona cordillerana de Chile y que ya habían destruido dos veces a Copiapó y cuatro veces a Santiago en catorce años. En esta zona hay innumerables fuegos subterráneos cuyos vapores son desprendidos por los volcanes, lo que parece no es suficiente ya que a menudo se estremece la tierra con violentos temblores.

Siete hombres luchaban desesperadamente por agarrarse de algo que los detuviera en su loca carrera de casi 90 km por hora. Los rugidos interiores, el estrépito del alud, el choque de las moles de granito y el torbellino de la nieve les hacían imposible comunicarse. Los árboles eran arrancados de raíz, todo se movía como en un buque que navegara en una tempestad; a lo lejos los picos orientales se nivelaban como cortados por un enorme cuchillo.

Nadie pudo calcular lo que duró aquella caída, ni prever cuál sería su destino, ni saber si todos se hallaban vivos o si alguno yacía en el fondo de un precipicio o aplastado por las rocas. De pronto un rápido sacudimiento los detuvo en su caída en los últimos escalones de la cordillera: el cerro se había detenido.

Durante algunos minutos nadie pudo moverse. Uno de ellos, todavía aturdido por los golpes, logró ponerse de pie y mirar los cuerpos amontonados que lo rodeaban; era el mayor, quien después de contar a sus compañeros advirtió que faltaba Roberto Grant.

Capítulo XIV

Un tiro salvador

El cerro se había detenido en la ladera oriental de los Andes, al comienzo de una larga pendiente que poco a poco se transforma en llanura. El lugar estaba cubierto de pastos abundantes y de verdaderos bosques de manzanos que habían sido plantados en la época de la conquista; en otro momento los viajeros se habrían sorprendido por aquel pasaje del desierto al oasis, del invierno al verano.

El terreno había recuperado su absoluta inmovilidad. El terremoto había concluido después de cambiar enteramente la línea de las montañas, en el fondo del cielo azul se destacaba un nuevo panorama de cumbres y picos. Eran ya las ocho de la mañana y el día estaba espléndido.

Los cuidados del mayor reanimaron a sus compañeros que poco a poco volvieron a la vida y salieron de su aturdimiento. Casi se podrían haber alegrado de un medio de locomoción tan rápido para bajar de la cordillera, si no fuese porque todos sintieron gran desesperación al advertir la desaparición de Roberto. El más angustiado era Glenarvan que sin poder contener las lágrimas gritaba:

—¡Amigos míos!, ¡amigos míos!, ¡Debemos buscarlo y encontrarlo a toda costa! ¡No podemos abandonarlo! ¿Cómo podríamos seguir buscando al padre si para ello hemos perdido al hijo?

Todos lo escuchaban silenciosos y sin esperanzas bajaban los ojos.

Poco a poco Wilson recordó que Roberto se deslizaba a su izquierda pocos minutos antes de detenerse y que él se hallaba a la izquierda del grupo. Lograron marcar así una zona en la que sería posible que se hubiese perdido. Se organizaron en grupos y comenzaron una búsqueda desesperada. Durante horas recorrieron con todo detalle cada grieta, cada precipicio; todo fue revisado sin lograr nada. Exponían sus vidas continuamente, estaban extenuados, pero no se detenían. La casi seguridad de que Roberto había hallado allí no sólo la muerte, sino también la tumba, los llenaba de pesar.

La angustia los embargaba, sobre todo a lord Glenarvan que en medio de infinito dolor decía, entre suspiros:

—¡No me marcharé! ¡No me marcharé!

Paganel propuso aguardar y detenerse y reponer las fuerzas que tanto necesitarían para seguir la búsqueda o el camino. Todos estuvieron de acuerdo.

El mayor eligió un grupo de algarrobos para armar un campamento provisional con lo poco que les había quedado: algunas mantas, las armas y algo de arroz y tasajo. A poca distancia corría un río de aguas turbias todavía por el alud. Lograron encender fuego y preparar una bebida caliente. Glenarvan se negó a tomarla, estaba tendido sobre su poncho, profundamente

abatido.

Llegó pronto la noche, serena como la anterior, y mientras los compañeros permanecían inmóviles, aunque no dormidos, él volvió a subir las crestas de la cordillera muy atento, esperando oír una voz que lo llamase. Trataba de apagar los latidos de su corazón para escuchar si alguien respondía a sus llamados. Solamente el eco respondía el nombre querido ¡Roberto! ¡Roberto! que durante toda la noche gritó inútilmente. Paganel y el mayor lo seguían para prestarle ayuda si fuese necesario.

A la llegada del día, lo hicieron volver, a su pesar, al campamento; era necesario emprender la marcha, los víveres escaseaban y no lejos deberían encontrar a los guías de que había hablado el capataz y los caballos para cruzar la pampa. Pero, ¿quién sería capaz de proponerle abandonar aquel lugar y las esperanzas de encontrar a Roberto? Deberían, sin embargo, seguir ya que si no, no podrían alcanzar al Duncan que los iba a esperar en el Atlántico.

Mac Nabbs intentó arrancar a Glenarvan de su dolor. Le habló mucho tiempo, pero parecía que su amigo no lo oía. De pronto entreabrió los labios:

—¿Partir?

—Sí, partir.

—¡Aguardemos una hora!

—Bien, una hora —accedió el mayor.

Y pasada esa hora Glenarvan pidió por Dios que esperaran otra y luego otra y así llegaron hasta el mediodía. Entonces Mac Nabbs, en nombre de todos, le dijo que era necesario partir ya que de ello dependía también la vida de sus compañeros.

—¡Sí! ¡Sí! —respondió Glenarvan— ¡Partamos! ¡Partamos!

Y mientras esto decía su mirada se fijaba en un punto negro que parecía como una mancha en el aire. Levantó su mano y señaló.

—¡Allí! ¡allí!, ¡miren, miren!

Todas las miradas siguieron la dirección de su mano. El punto crecía visiblemente: era un ave que volaba a enorme altura.

—¡Un cóndor! —reconoció Paganel.

—Sí, un cóndor —respondió Glenarvan—. ¡Viene! ¡Baja! ¡Esperemos!

¿Qué esperaba Glenarvan? ¿Se había enloquecido? No se engañaron, era un cóndor que se hacía cada vez más visible.

Esta ave magnífica, adorada en otro tiempo por los incas, es el rey de los

Andes del sur. En estas regiones alcanza un enorme desarrollo y una fuerza prodigiosa que le permite atacar a cabras, becerros y carneros y elevarse con ellos en las garras para precipitarlos luego en los abismos. Puede volar a alturas increíbles y desde allí, con su penetrante mirada, distingue pequeños seres con un poder de visión que asombra a los naturalistas.

¿Qué habría visto aquel cóndor? ¿Acaso el cadáver de Roberto? Todos lo pensaron mientras la enorme ave se acercaba planeando y cayendo a gran velocidad. De pronto describió amplios círculos a menos de 200 m del suelo; entonces se la vio bien. Debía medir, de un extremo a otro de sus alas, casi cinco metros, tenía un aspecto majestuoso.

El mayor y Wilson habían tomado sus carabinas, pero Glenarvan los detuvo con un gesto. El cóndor daba vueltas alrededor de una meseta inaccesible situada a unos cuatrocientos metros de donde se hallaban. Giraba vertiginosamente abriendo y cerrando sus alas. De pronto, Glenarvan tuvo un presentimiento:

—Si Roberto viviera aún... esa ave! —y exclamó con un acento terrible—. ¡Fuego, amigos, fuego!

Pero era demasiado tarde. El cóndor se había ocultado detrás de las eminencias de un cerro. Pasó un segundo que pareció un siglo y enseguida apareció otra vez con un pesado cuerpo en sus garras que lo obligaba a moverse más pausadamente.

Todos lanzaron un grito de horror al creer reconocer que ese cuerpo inanimado era el de Roberto Grant. El ave lo tenía agarrado de sus ropas y lo balanceaba a menos de cincuenta metros de altura de donde ellos estaban.

—¡Ah! —exclamó Glenarvan— que el cadáver de Roberto se estrelle contra las piedras antes que...

Y sin terminar la frase tomó la carabina de Wilson y trató de disparar, pero le temblaban las manos.

—Déjeme a mí —dijo el mayor.

Y con mano segura apuntó al ave que ya estaba a cien metros de distancia. No había apretado aún el gatillo cuando sonó un tiro en el fondo del valle; la bala dio justo en la cabeza del animal que, mortalmente herido, cayó poco a poco sin soltar su presa. Sus enormes alas eran verdaderos paracaídas y ambos cuerpos cayeron cerca del río.

Sin preocuparse por saber de dónde había partido aquel tiro salvador, corrieron todos.

Cuando llegaron, el ave había muerto y el cuerpo de Roberto desaparecía bajo sus alas. Glenarvan se arrojó sobre el cuerpo del niño, lo acostó sobre la

hierba y puso el oído sobre su pecho.

—¡Vive, vive aún!

Lo desnudaron y le rociaron la cara con agua fresca. Poco después hizo un movimiento, abrió los ojos y pronunció algunas palabras.

—¡Ah, milord!... ¡Padre mío!

Glenarvan no pudo responder y lloró a su lado.

Capítulo XV

El español de Santiago Paganel

Roberto, después de salvarse de tan enorme peligro, casi corre otro: el de morir por los abrazos y las caricias de todos. Pero el afecto no mata y, por el contrario, Roberto comenzó a reponerse.

Salvado el valeroso niño, todos pensaron en el salvador y comenzaron a buscarlo; en efecto, a pocos pasos del río permanecía un hombre de elevada estatura, a sus pies se hallaba una antigua escopeta. Tenía hombros anchos, largos cabellos y un rostro bronceado pintado con vivos colores en la frente y bajo los ojos. Llevaba una hermosa capa de piel de guanaco cosida con tendones de avestruz; bajo esta capa se veía un traje de piel de zorro ajustado en su cintura de la que pendía una bolsita de cuero. Sus botas eran de piel de toro bien ajustadas al pie con correas de cuero. La figura del patagón era soberbia y su cara muy inteligente, a pesar de estar pintarrajeada.

Aguardaba inmóvil, parecía una verdadera estatua sobre un pedestal de piedra. Glenarvan se acercó y le apretó fuertemente las manos; eran tan claras su alegría y gratitud que el indígena sin duda las leyó en su rostro y le contestó algunas palabras que ni Glenarvan ni el mayor, que estaba cerca, pudieron entender.

El patagón, después de mirarlos atentamente, pronunció unas palabras que nadie entendió, pero que a lord Glenarvan le parecieron familiares.

—¿Español? —le preguntó.

El patagón usó el lenguaje universal de los gestos y movió la cabeza afirmativamente.

—Bueno, llegó la hora de que Paganel se sienta feliz por haber estudiado este idioma —dijo el mayor. Llamaron a Paganel y le explicaron qué pasaba; el sabio saludó al patagón y abriendo mucho la boca para articular mejor dijo:

—Vos sois um homen de bem.

El indígena escuchó con atención, pero no respondió.

—No comprende —dijo el geógrafo.

—Acaso no acentúa bien —replicó el mayor. —Es posible; ¡maldito acento!

Paganel volvió a repetirle la frase con el mismo resultado.

—Variemos de frase —dijo.

Y pronunciando con una gran lentitud, dejó oír lo siguiente:

—Sem dúvida um patagó.

El interpelado permaneció tan mudo como antes.

—Dizeime —añadió Paganel.

El patagón tampoco respondió.

—¿Vos comprendéis? —gritó con tanta fuerza que casi se rompe las cuerdas vocales.

Era evidente que no comprendía, pues le contestó:

—No comprendo.

Paganel, bajaba y subía sus anteojos, impaciente.

—Que me ahorquen si entiendo esta jerga infernal. Estoy seguro de que habla araucano.

—No, seguro que es español —dijo Glenarvan. Y volviéndose al indígena, le preguntó:

—¿Español?

—¡Sí, sí! —respondió.

Paganel no sabía lo que pasaba; el mayor y Glenarvan se miraban de reojo con una ligera sonrisa.

—¿No habrá cometido alguna de sus distracciones estudiando otro idioma y creyendo que... ? dijo Mac Nabbs.

—¡Oh! —gritó el sabio— exageran demasiado mis distracciones; no lo comprendo porque este indígena habla mal el español.

—Es decir, que habla mal porque no lo entiende usted, —replicó el mayor con gran tranquilidad.

—Mac Nabbs —dijo Glenarvan— creo que su suposición no es admisible. Por distraído que sea nuestro amigo no podemos suponer que haya aprendido un idioma por otro.

—Entonces, que me expliquen qué pasa.

—No explico —dijo Paganel—, demuestro. Acá está el libro que usé diariamente para vencer las dificultades del español. Verán si me equivoco.

Registró Paganel sus numerosos bolsillos y sacó un libro bastante arruinado que presentó con aire de triunfo. El mayor lo tomó y preguntó qué obra era.

—Os Lusiadas, una admirable epopeya.

—¡Os Lusiadas! —exclamó Glenarvan.

—Sí, sí, mi amigo, Os Lusiadas, del gran Camoes, ni más ni menos.

—¡Camoës! —repitió Glenarvan— ¡Pero, desdichado amigo, Camoës es portugués y hace seis meses que está aprendiendo ese idioma!

Paganel estaba muy confundido, luego reaccionó con una gran carcajada.

—¡Ah, loco! —dijo al fin Paganel— ¡Esto es el colmo!

¡Partir para la India y llegar a Chile! ¡Estudiar español y aprender portugués! ¡Esto ya es demasiado! Si no me corrijo, algún día me tiraré por la ventana creyendo que tiro la colilla del cigarro.

Todos rieron junto con Paganel, que de buena gana se reía de sí mismo.

—Ahora nos quedamos sin intérprete —dijo el mayor.

—No nos preocupemos que el español y el portugués son muy parecidos; lo que me hizo confundirlos me servirá para poder comprender pronto al patagón.

Este los miraba con seriedad, sin entender bien qué ocurría.

Paganel tenía razón; bien pronto se pudo comunicar con el indígena y supo que se llamaba Thalcave, que en araucano significa «tonante».

Todos se alegraron al saber que el patagón era guía de oficio, con lo que aumentó su seguridad de encontrar al capitán Grant.

Los viajeros y el patagón se acercaron a Roberto que tendió los brazos al indígena el cual lo examinó y tocó sus doloridos miembros. Luego se acercó a la margen del río, cortó opio silvestre y con él dio friegas al niño que pronto se sintió mejor. Con algunas horas de reposo estaría recuperado totalmente.

Se decidió pasar allí el resto del día y la noche. Había, además, que solucionar el problema de los víveres y el transporte. Afortunadamente contaban con Thalcave que era uno de los baquianos más inteligentes; les ofreció, por medio de señas y algunas palabras entendidas al fin por Paganel, conducirlos a su toldería donde podrían encontrar lo necesario para seguir viaje.

Aceptaron contentos y al poco rato partieron con él Glenarvan y su sabio amigo; debían recorrer unos ocho kilómetros. Iniciaron la marcha a buen paso para poder seguir al gigante patagón. Recorrieron una hermosa región de abundantes pastos, surcada por riachos y con espaciosos estanques naturales en los que nadaban elegantes cisnes de cabeza negra. Había innumerables aves: tórtolas grises con líneas blancas, cardenales amarillos que parecían flores aladas; palomas, chingolos, gorriones, jilgueros y monjitas cruzaban incesantemente el aire.

Paganel caminaba maravillado y no tuvo tiempo de cansarse admirando aquellas aves tan variadas. Le parecía que recién habían partido cuando ya estaban frente al campamento indígena.

La toldería ocupaba un valle entre dos cerros. Allí se habían levantado unas cabañas de ramas donde se protegían treinta indígenas, pastores nómadas que iban detrás de sus rebaños de ovejas, vacas y caballos.

Los indígenas no eran de raza bien pura; su estatura mediana, formas atléticas, frente deprimida, cara casi circular de labios delgados y facciones afeminadas no hubieran sido muy interesantes para un antropólogo; pero lo que más interesaba a Glenarvan era su ganado: tenían buenos caballos y bueyes.

Thalcave se encargó del negocio rápidamente, consiguieron siete caballos de raza argentina con sus monturas, cincuenta kilos de charqui, algo de arroz y unos odres de cuero para el agua; por ello pagaron veinte onzas de oro, cuyo valor los indios conocían. Glenarvan quiso comprar también un caballo para Thalcave, pero éste le hizo entender que no lo necesitaba.

Llegaron al campamento rápidamente y fueron recibidos con grandes aclamaciones. Todos comieron con apetito y Roberto también tomó algún alimento.

El resto del día lo pasaron en absoluto reposo, conversando de sus amigos ausentes.

Paganel no se separaba de Thalcave un solo instante, era su sombra; no se cansaba de ver a un verdadero patagón junto al que parecía enano. Lo abrumaba con frases españolas y trataba de aprender español sin libros.

—¿Quién me hubiera dicho que iba a tener por, maestro de español a un patagón? —le decía al mayor.

Capítulo XVI

El río Colorado

Al día siguiente, 22 de octubre, a las ocho de la mañana, Thalcave dio la señal de partida.

Cuando Thalcave se negó a aceptar el caballo que le ofrecía Glenarvan, éste pensó que preferiría marchar a pie, como lo hacen muchos guías, ya que su fuerte cuerpo lo hacía pensar así; pero cuando llegó el momento de partir el patagón silbó de un modo particular y al momento salió de un bosquecillo próximo un caballo argentino, de una belleza perfecta, de color castaño oscuro y un aspecto que denunciaba gran fuerza y velocidad, su cuerpo mostraba todas las cualidades de un perfecto ejemplar. El mayor lo admiró comparándolo con los de raza inglesa. Este gallardo animal se llamaba Thauka, que en lengua patagónica significa «pájaro». Su nombre no estaba en desacuerdo con su aspecto.

Thalcave montó con agilidad; en el arnés llevaba sujetas las boleadoras y el lazo. Con las tres bolas atadas se asegura el indio un golpe certero que derriba al animal que desea cazar; en sus manos es un arma formidable, que maneja con destreza sorprendente. El lazo, formado por tiras de cuero trenzadas, tiene un largo de unos diez metros y termina con un nudo corredizo que se desliza por una argolla de hierro; cuando la arroja se asegura también su presa. Asimismo llevaba una carabina atada a la silla.

Thalcave, sin tener en cuenta la admiración que despertaba sobre su elegante cabalgadura, se puso al frente de los viajeros e iniciaron la marcha al galope o al paso, pues los animales desconocían el trote. Glenarvan vio a Roberto bien firme sobre su caballo y se tranquilizó.

La llanura pampeana empieza prácticamente al pie de la cordillera; se la puede dividir en tres zonas: la primera está cubierta de maleza y arbustos; la segunda, por fina hierba, y la tercera, que abarca el ancho de Buenos Aires, la forman fértiles praderas de cardos.

Al salir de la garganta de la cordillera los sorprendió ver un número considerable de médanos, montecitos de arena fina, verdaderas olas agitadas por el viento, que se levantaban en el aire hasta bastante altura. El espectáculo era curioso: se elevaban numerosos torbellinos que parecían vagar por la llanura, entremezclarse y golpearse, pero resultaba también muy molesto, ya que se metía un fino polvillo en los ojos.

Este fenómeno se mantuvo gran parte del día, lo que no impidió que los viajeros avanzaran a buen paso. Recorrieron setenta kilómetros y, al crepúsculo, estaban rendidos y deseosos de descansar. La cordillera empezaba a verse como una gran mole oscura. Con placer acamparon a orillas del rápido curso del río Neuquén.

La noche y el día siguiente no ofrecieron nada digno de contarse, caminaban sin dificultades por buenos terrenos, con una temperatura agradable que luego aumentó. Al atardecer apareció al sudoeste una barrera de nubes que anunciaba un cambio seguro de tiempo. El patagón le señaló la zona a Paganel, quien les dijo a sus compañeros:

—El tiempo va a variar y no tardará en soplar el pampero.

Luego les explicó que es un viento del sudoeste, muy seco, frecuente en las llanuras argentinas. No se equivocaba: al poco tiempo empezó a soplar con fuerza y resultó bastante penoso a la noche, ya que no tenían otra cosa que sus ponchos para protegerse. Se acostaron en el suelo junto a los caballos que también se habían echado y formaron un apretado grupo. Glenarvan se inquietaba, pero Paganel consultó su barómetro y lo tranquilizó:

—La depresión del mercurio indica con seguridad cuándo el pampero traerá tormentas de tres días, pero cuando, como ahora, el barómetro sube, todo se reducirá a unas horas de viento furioso. Tranquilícese, pues, que al amanecer el cielo estará nuevamente claro.

—Habla como un libro, Paganel —le respondió Glenarvan.

—En efecto, soy un libro, y le dejo que me hojee cuanto quiera.

El libro no se engañaba, a la una cesó repentinamente el viento y todos pudieron dormir tranquilos. Al amanecer se levantaron ágiles y dispuestos, sobre todo Paganel que se desperezaba como un cachorro.

Amanecía el 24 de octubre; habían pasado diez días desde la partida de Talcahuano, aún debían recorrer 170 km para llegar al punto en que el río Colorado corta el paralelo 37. Calculaban tres días más de viaje.

Durante todo el trayecto, Glenarvan acechaba la proximidad de indígenas: deseaba interrogarlos por intermedio de Thalcave, con quien Paganel ya se entendía bastante bien. Pero era una zona poco frecuentada por los indios, ya que sus caminos hacia la cordillera estaban más al norte. No aparecían indios errantes, ni tribus sedentarias y si acaso se aproximaba algún jinete huía rápidamente sin demostrar interés en comunicarse con ese grupo que debía tener un aspecto sospechoso. No era para menos, encontrarse con ocho hombres bien montados y bien armados debía despertar recelos en viajeros honrados y más aún en bandidos.

Así que en principio no podían comunicarse con nadie, deseaban hacerlo aunque fuera con bandidos, con los que, seguro, la conversación habría empezado a tiros.

A pesar de no hallar indios a quienes interrogar, sucedió algo que alentó las esperanzas de los viajeros. En su ruta hacia el este habían cruzado varios

senderos, pero ahora cortaban uno muy importante: el de Carmen a Mendoza, fácil de reconocer por las osamentas de animales domésticos: mulos, caballos, carneros y bueyes, destrozados por el pico y las garras de las aves de rapiña y blanqueados por la acción de la atmósfera, que bordeaban el camino; había millares y sin duda algún carcomido esqueleto humano se confundía con el de los animales.

Hasta entonces Thalcave no había hecho ninguna observación sobre la ruta que seguían, aunque comprendía que no siendo una de las conocidas no los llevaría a ciudades o establecimientos de la pampa. Todas las mañanas salía hacia el este sin separarse de la línea recta y todas las tardes el sol poniente se hallaba en la extremidad opuesta de esa línea. Debía extrañarle a Thalcave no sólo no guiar, sino ser guiado; con todo, por la reserva característica de los indios no hizo ninguna observación, pero al llegar a aquella importante huella, detuvo su caballo y le dijo a Paganel:

—El camino del Carmen.

—Lo sé, bravo patagón. El camino del Carmen a Mendoza.

—¿No lo tomamos?

—No.

—Y a dónde vamos?

—Siempre al este.

—Eso no es ir a ninguna parte.

—¿Quién sabe?

Thalcave calló y miró al sabio con profunda sorpresa, pero no podía creer que le hablara en broma.

—¿No van al Carmen, entonces?

—No.

—¿Ni a Mendoza?

—Tampoco.

En ese momento se acercó Glenarvan para saber de qué hablaban y por qué se habían detenido.

—Me ha preguntado si íbamos al Carmen o a Mendoza y le ha causado extrañeza mi respuesta negativa a su doble pregunta.

—Nuestra ruta debe parecerle muy extraña —repuso Glenarvan.

—Ya lo creo. Dice que no vamos a ninguna parte.

—¿No podría explicarle el motivo de nuestra expedición y el interés que tenemos de ir siempre al este?

—Será muy difícil, porque un indio no entiende nada de grados terrestres, y la historia le parecerá fantástica.

—Pero —intervino el mayor—, ¿será la historia o al historiador lo que él no comprenda?

—¡Ah!, Mac Nabbs, ¡duda aún de mi español!

—Bueno, probemos.

—Nada se pierde.

Paganel se dirigió al patagón y comenzó un largo discurso frecuentemente interrumpido por la falta de palabras necesarias y la dificultad de traducir a un salvaje ignorante de esos temas ciertas particularidades. El sabio era digno de verse: gesticulaba, hacía ademanes, repetía y sudaba a mares. Se bajó del caballo e hizo en la arena un mapa en él que figuraban meridianos y paralelos y ambos océanos. Nunca ningún profesor se vio en tales apuros. Thalcave lo miraba tranquilamente, sin dejar traslucir si comprendía o no.

La lección del geógrafo duró más de media hora. Después se calló, se limpió el rostro inundado de sudor y miró al patagón.

—¿Comprende? —preguntó Glenarvan.

—Veremos, pero si no ha comprendido renuncio a hacerme entender.

Thalcave no se movía ni hablaba. Sus miradas estaban fijadas en las líneas trazadas en la arena que el viento borraba poco a poco.

—¿Y bien? —le preguntó Paganel.

Thalcave no parecía oírlo; ya se dibujaba en la cara del mayor una sonrisa irónica, cuando Paganel se preparaba para volver a explicar...

—¿Buscan un prisionero?

—Sí.

—¿En la línea que va desde el sol que se pone hasta el sol que nace?

—Sí, eso es.

—Y el Dios de ustedes ha confiado a las olas del mar los secretos del prisionero?

—Sí, sí. Así es.

—¡Que su voluntad se cumpla! Marcharemos hacia el este y si es necesario hasta el sol.

Paganel estaba triunfante y se apresuró a traducir a sus compañeros el diálogo.

—¡Qué raza tan inteligente! —comentó—. De veinte campesinos de mi país, diecinueve no hubieran entendido una palabra de esto.

Glenarvan le suplicó a Paganel que le preguntara si había oído hablar de algunos cautivos extranjeros. Paganel le hizo la pregunta.

—Tal vez —dijo el patagón.

Esta respuesta hizo que los siete viajeros lo rodearan interrogándolo ansiosamente con los ojos. Paganel continuaba el interrogatorio y repetía en inglés cada palabra que entendía.

—¿Quién era ese prisionero?

—Un extranjero.

—¿Lo ha visto?

—Yo no, pero me han hablado de él. ¡Era un valiente! Tenía corazón de toro.

—¡Un corazón de toro! ¡Ah!, ¡magnífica lengua patagón!

—¡Era mi padre! —exclamó Roberto Grant.

Y preguntándole a Paganel como se decía eso en español, se lo repitió a Thalcave, a quien tomó de las manos.

—¡Su padre! —respondió el patagón cuyos ojos brillaron repentinamente.

Tomó al niño en sus brazos y lo miró con gran simpatía, pero todos aguardaban ansiosos más datos. Pronto supieron que el europeo era esclavo de una tribu que recorría la zona entre los ríos Negro y Colorado, en la línea que ellos seguían.

—Pero, ¿dónde se hallaba últimamente?

—Bajo el poder del cacique Calfucurá, ¡Un hombre de dos lenguas y dos corazones!

—Es decir, falso en sus palabras y en sus acciones —dijo Paganel después de traducir a sus compañeros esta bella imagen de la lengua patagón.

—Y podremos rescatar a nuestro amigo?

—Tal vez, si se halla aún entre estos indios.

—Y cuándo ha oído hablar de él?

—Hace ya mucho tiempo. Desde entonces el sol ha traído dos veranos al cielo de las pampas.

La alegría de Glenarvan era indescriptible, pues esa respuesta concordaba con la fecha del documento. Pero pronto se dieron cuenta de que Thalcave hablaba de un prisionero y no de tres; él no sabía nada más y esto puso fin a la conversación.

Al día siguiente, 25 de octubre, los viajeros emprendieron nuevamente su marcha hacia el este con renovado entusiasmo. La llanura triste y monótona formaba una de esas interminables travesías, reseca, sin ningún accidente; sólo aparecían de vez en cuando algunos montes bajos en que se destacaban algarrobos blancos de vainas azucaradas, algunos terebintos, retamas silvestres y arbustos espinosos.

La jornada del 26 fue penosa, trataban de llegar hasta el río Colorado, así que forzaron los animales para lograrlo. Esa misma tarde alcanzaron las márgenes del magnífico río, que bien merece el nombre indio de «Gran Río».

Lo primero que hizo Paganel fue bañarse en sus aguas rojizas, se sorprendió por su profundidad y el gran caudal que, proveniente de los deshielos, se dirigía hacia el océano. Era además tan ancho que los caballos no pudieron atravesarlo a nado. Afortunadamente, unos metros más adelante encontraron un puente colgante sostenido por correas de cuero, que les permitió cruzar a la otra orilla, donde acamparon.

Paganel, antes de entregarse al reposo, dibujó el río Colorado en su mapa, no sin pensar en el Yarou-Dzangho-Tchou que corría en el Tíbet tan lejos de él.

En los días siguientes, 27 y 28 de octubre, el viaje no ofreció mayores incidentes. El paisaje era igualmente monótono y desértico, la única diferencia fue la presencia de un suelo cada vez más húmedo; hasta tuvieron que atravesar cañadas y esteros, lagunas permanentemente cubiertas de plantas acuáticas. Al anochecer se detuvieron a orillas de una espaciosa laguna de aguas saladas que los indios llamaban «Lago amargo». Este fue testigo en 1862 de las crueles represalias de las tropas argentinas. Acamparon a sus orillas. La tranquilidad de la noche fue turbada por la sinfonía de los gritos de monos titíes y perros salvajes.

Capítulo XVII

Las Pampas

Las pampas argentinas se extienden desde el paralelo 34° al 40° de latitud sur. La palabra pampa, de origen araucano, significa «llanura de pastos» y se aplica perfectamente a esta zona cubierta de hierbas arraigadas en una capa de

tierra de aluvión que cubre la arcilla amarilla o roja. En estos terrenos yacen sepultados infinidad de fósiles antediluvianos.

Estas pampas son semejantes a las sabanas de los Grandes Lagos y a las estepas de Siberia. Paganel les explicó las particularidades de su clima, más extremo en sus fríos y calores en el interior del continente que en las costas donde la proximidad del océano lo dulcifica; allí las variaciones de temperatura son repentinas y muy frecuentes las lluvias tempestuosas en el otoño. Pero en la época en que los viajeros la atravesaban el tiempo era seco y la temperatura sofocante.

Al rayar el alba se pusieron en marcha, el terreno era firme y los médanos habían desaparecido. Los caballos marchaban a buen paso entre la paja brava característica de la zona que sirve a los indios de abrigo durante las tempestades.

A distancias cada vez mayores aparecían sauces al borde de aguas dulces que los caballos bebían en abundancia como si quisieran apagar no sólo la sed actual sino también la futura. Thalcave iba adelante, golpeando la maleza para espantar a las víboras de una especie muy peligrosa, a cuya mordedura un toro no sobrevive más de una hora. El ágil Thauka saltaba y ayudaba a abrir paso a los otros caballos.

En aquellas llanuras bien niveladas andaban con facilidad y rapidez. No había ningún accidente, nada podía llamar la atención, salvo a un sabio como Paganel a quien cualquier cosita, la más insignificante, le despertaba sus abundantes conocimientos que transmitía a Roberto, quien lo escuchaba con agrado. Siguieron la marcha sin inconvenientes; a la tarde del día siguiente encontraron osamentas de innumerables bueyes, amontonadas y blanqueadas, no en línea recta como las que quedan al borde de los caminos, sino en un gran círculo. Todos se sorprendieron y Paganel recurrió a Thalcave para hallar una explicación. El indio les dijo que se debía al fuego del cielo.

—¿Cómo pudo un rayo haber exterminado un rebaño de quinientos animales? —se asombró Tom Austin.

—Thalcave lo asegura y yo le creo, porque sé qué violencia tienen las tempestades en la pampa, más terribles que en las demás regiones. ¡Ojalá no tengamos que soportarlas!

—Hace mucho calor —dijo Wilson.

—El termómetro debe marcar 30° a la sombra —respondió Paganel.

—No creo que esta temperatura se mantenga —intervino Glenarvan.

—Yo sí, pues no veo ni una nube en el horizonte —contestó Paganel.

—Será peor —respondió Glenarvan— pues nuestros caballos están asados.

—Y tú, Roberto, ¿no tienes calor? —No, el calor me gusta.

—Sobre todo en invierno —dijo juiciosamente el mayor.

A la caída de la tarde se detuvieron en un rancho abandonado; era una construcción de barro y ramas rodeada de un cerco que, aunque estaba medio podrido, era suficiente para poner a los caballos fuera del alcance de los zorros que durante la noche se acercan a roer las riendas que los sujetan y les dan así la oportunidad para escapar.

Cerca del rancho había un horno con frías cenizas y una vasija para hacer mate, bebida indígena que Thalcave preparó para todos y que bebieron con sumo agrado.

El sol del 30 amaneció quemante; lanzaba a torrentes sus rayos abrasadores y a pesar de no divisarse ningún reparo reanudaron la marcha hacia el este. Encontraban con frecuencia enormes rebaños abrumados por el sol que no tenían fuerzas para pastar y permanecían echados junto con los perros que los cuidaban.

Cerca del mediodía empezó a variar el pasto. Aparecieron gigantescos cardos que hubieran sido la dicha de todos los asnos del mundo. La hierba era más escasa y se veía la tierra desnuda que no era cubierta por los pastos escasos; parecían los harapos de un mendigo que no alcanzaban a cubrir la miseria del suelo.

—No me disgusta esta variación, ya empezaba a fastidiarme tanto pasto, tanto pasto —dijo Tom Austin.

—Sí, pero mientras hay pasto, hay agua —respondió el mayor.

—Agua por ahora no nos falta —dijo Wilson— y algún río encontraremos por el camino.

Si lo hubiera oído Paganel lo hubiera desmentido, pues los ríos no abundan entre el Colorado y las sierras bonaerenses, pero Paganel estaba ocupado en explicarle a Glenarvan de dónde provenía un insistente olor a humo que hacía rato sentían.

—No vemos el fuego y sin embargo olemos el humo, pero el fuego está en alguna parte y las corrientes atmosféricas trasladan el olor de los pastos quemados a más de 130 km de distancia.

—¿A tanto? —exclamó no muy convencido el mayor.

—Sí, esos incendios se propagan en gran escala y llegan a tener proporciones formidables.

—¿Qué prende fuego a los campos? —preguntó Roberto.

—Algunas veces los rayos, cuando los pastos están secos por los calores, y otras, también los indios.

—¿Con qué objeto?

—Creo, no sé si con fundamento, que los pastos crecen mejor después de un incendio; pero yo creo que tienen por objeto matar a miríadas de insectos parásitos que molestan mucho a los ganados.

—Pero es un remedio muy enérgico —dijo el mayor que debe costar la vida a algunos animales.

—No me preocupo por ellos, pero ¿no puede sorprender también a los viajeros que cruzan las pampas?

—Sin duda —exclamó Paganel—. Sucede a veces, y no me disgustaría presenciar ese espectáculo.

—¡Oh, venerable sabio! —exclamó Glenarvan— lleva su amor a la ciencia al extremo de hacerse quemar vivo por ella.

—¡No!, querido Glenarvan, he leído a Cooper y Media de Cuero me ha enseñado la manera de detener el fuego arrancando el pasto alrededor de un radio de varios metros. No hay nada más sencillo y por eso no temo un incendio y hasta lo deseo.

Pero sus deseos no se realizaron, aquel día quedó medio asado únicamente por los rayos del sol que sólo se atenuaban cuando el viento del oeste interponía alguna nube, alivio que buscaban los caballos extenuados, aunque durara poco.

Cuando Wilson dijo que no les faltaría agua, no contaba con la sed abrasadora que los devoró aquella jornada y tampoco con que no encontrarían ningún curso de agua; además estaban resecos los pantanos artificiales hechos por los indios. La sequedad aumentaba cada vez más. Preocupado, Paganel le preguntó a Thalcave dónde esperaba encontrar agua.

—En el lago Salinas.

—Y cuándo llegaremos?

—Mañana por la tarde.

Los argentinos, cuando viajan por la pampa, abren pozos y encuentran agua a pocos metros, pero ellos no tenían herramientas, así que debieron racionar la escasa que tenían.

Después de una larga marcha se detuvieron al anochecer. Todos esperaban una buena noche para descansar de las fatigas de ese día, pero fue la peor que pasaron, envueltos en una nube impertinente de mosquitos. Su presencia

anunciaba una variación de viento, que, en efecto, saltó hacia el norte. Sólo con el viento sur los mosquitos hubieran desaparecido.

Paganel no era como el mayor que conservaba la calma, se indignaba y mandaba al diablo a todos los mosquitos; deseaba tener algo, al menos, con que calmar la picazón insoportable; el mayor trataba de consolarlo, pero igualmente Paganel se levantó con un humor de perros.

Al alba nadie se hizo rogar para emprender la marcha, aunque los caballos estaban rendidos y muertos de sed a pesar de que los viajeros les sacrificaban parte de su ración, igualmente era insuficiente, sobre todo por la sequedad del ambiente que el viento norte hacía más intolerable al levantar nubes de polvo.

La monotonía del viaje se interrumpió cuando Mulrady, que marchaba adelante, avistó una partida de indios. Thalcave temió que fueran grupos nómadas y ladrones, así que hizo que formaran un grupo apretado y que prepararan las armas. Glenarvan tenía esperanzas de que pudieran darles noticias de los naufragos del Britannia.

Pronto se acercaron a unos cien pasos, eran sólo diez indios, a los que podían observar perfectamente. Pertenecían a la raza pampa que había sido casi exterminada por el general Rosas en 1833. Eran de elevada estatura, de frente alta y combada, vestían pieles de guanaco y llevaban además de una larga lanza, cuchillos, hondas, boleadoras y lazos. Manejaban el caballo con gran destreza.

Estuvieron un rato detenidos, al parecer discutiendo; cuando Glenarvan se adelantó hacia ellos, comenzaron a huir a gran velocidad.

—¡Cobardes! —dijo Paganel.

—Huyen demasiado pronto para ser gente honrada —opinó Mac Nabbs.

—¿Qué indios son éstos? —preguntó Paganel a Thalcave.

—Gauchos —respondió el patagón.

—Gauchos —repitió Paganel volviéndose a sus compañeros—. No teníamos necesidad de tomar precauciones, nada había que temer.

—¿Por qué? —preguntó el mayor.

—Porque los gauchos son campesinos inofensivos.

—¿Lo cree así, Paganel?

—Es seguro; ellos nos han tomado por ladrones y han huido.

—Pues yo creo —dijo Glenarvan, contrariado por no haber podido hablar con ellos— que han tenido miedo y por eso no nos atacaron.

—Soy de la misma opinión —dijo el mayor— porque si no me engaño, los gauchos son ni más ni menos que bandoleros.

—Está muy equivocado —dijo Paganel— son pacíficos pastores y agricultores.

Estas distintas opiniones hicieron que iniciaran una áspera discusión, mucho más de lo que correspondía a un tema de tan poca importancia. El patagón, que los observaba sin entender más que disputaban, dijo tranquilamente:

—Eso es efecto del viento norte.

—¡El viento norte! —exclamó Paganel— ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Mucho —respondió Glenarvan—. El viento norte es el que los pone de tan mal humor. He oído que altera el sistema nervioso.

—¡Por San Patricio! ¡Es verdad! —dijo el mayor y soltó una carcajada.

Pero Paganel, verdaderamente enojado, no quiso abandonar la discusión y se volvió hacia Glenarvan, cuya intervención lo había molestado.

—¿De veras, milord, que tengo alterado el sistema nervioso?

—Sí, Paganel, porque el viento norte, que hace cometer muchos crímenes en las pampas, es como la tramontana en la campiña de Roma.

—¡Crímenes! —repitió el sabio— ¿Tengo yo facha de criminal?

—No digo eso precisamente.

—Entonces será que quiero asesinarlos.

—Mucho lo temo —respondió Glenarvan sin poder aguantar la risa—. Afortunadamente este viento sólo sopla un día.

Todos aplaudieron la respuesta de Glenarvan, así que Paganel picó con ambas espuelas su caballo y se fue adelante para desahogar solo su mal humor. Un cuarto de hora después ya no se acordaba de nada. Su buen carácter había sufrido una alteración instantánea.

A las ocho de la noche, Thalcave, que se había adelantado algo para explorar el terreno, distinguió las orillas de la ansiada laguna. Un cuarto de hora después toda la comitiva llegaba, pero los aguardaba un gran desengaño: todo estaba seco.

Capítulo XVIII

En busca de agua

La laguna Salinas es el depósito donde desaguan los numerosos cursos de agua que provienen de las sierras de la Ventana y Guaminí, pero a la llegada de los viajeros el agua había sido evaporada por el sol abrasador y toda la sal que había en suspensión estaba depositada en el fondo y formaba un inmenso espejo.

Thalcave no pensaba en las aguas saladas de la laguna, sino en los cursos de agua dulce que en ella se vuelcan, pero todo estaba reseco; había que tomar una resolución rápida ya que la poca agua que aún tenían estaba medio podrida y ya no podrían beberla. La sed implacable se hacía sentir cada vez más.

Los viajeros se refugiaron en una especie de tienda de cuero abandonada que hallaron en un barranco, mientras los caballos, tendidos en las cenagosas orillas, comían con desgano las plantas acuáticas y las cañas secas.

Paganel y Thalcave comenzaron a planear una solución; el primero gesticulaba por los dos; el indio, en cambio, hablaba con toda calma. Glenarvan los observaba comprendiendo sólo algunas palabras.

—¿Qué ha dicho? —preguntó—. Creo entender que aconseja que nos dividamos.

—Sí, en dos grupos. Los que montan caballos ya rendidos por la fatiga y la sed, que apenas pueden dar un paso, continuarán como puedan siempre en la misma dirección del paralelo 37°. Los mejor montados se adelantarán e irán a recorrer el río Guaminí, que corre a unos 60 km de aquí, si encuentran agua esperarán y si no, regresarán para evitar a los más rendidos un viaje inútil.

—Y entonces? —preguntó Tom Austin.

—Tendremos que ir unos 130 km hacia el sur, cerca de la sierra de la Ventana, donde hay numerosos ríos.

—El consejo es bueno —dijo Glenarvan— y vamos a ponerlo en práctica cuanto antes. Mi caballo tiene aún fuerzas y me ofrezco a acompañar a Thalcave.

—¡Oh, milord! Yo también puedo ir —suplicó Roberto—. Sí, tengo un buen caballo que sólo desea andar. Lléveme, milord.

—Ven, pues, Roberto —dijo Glenarvan, que además no deseaba separarse del niño.

—¿Y yo? —dijo Paganel.

—¡Oh, querido Paganel!, —respondió el mayor— será parte del grupo de

reserva. Ni Mulrady, ni Wilson, ni yo sabríamos llegar solos, no conocemos esta zona, pero iremos seguros en pos de la bandera del buen Santiago Paganel.

—Me resigno —respondió el geógrafo, contento del mando que se le daba.

—Pero... no más distracciones —añadió el mayor—, a ver si nos lleva a las costas del Pacífico.

—Bien lo merecería, insoportable mayor —respondió riendo—. Pero, ¿cómo comprenderán el lenguaje de Thalcave?

—No creo que sea necesario hablar, y si las cosas apuran con algunas palabras y gestos podremos entendernos.

—Bueno, en marcha.

—Mejor cenemos y durmamos para marchar mejor.

Cenaron sin beber y se acomodaron para dormir. Paganel soñó con torrentes, ríos, fuentes, estanques y hasta botellas llenas de agua potable. Su sueño fue una verdadera pesadilla.

A las seis de la mañana se prepararon para partir; los caballos bebieron la última ración de agua nauseabunda, todos se despidieron no sin pena y pronto se perdieron de vista.

Atravesaron una extensa salina desértica, llanura arcillosa sólo cubierta por algunos árboles retorcidos y achaparrados arbustos. Anchas placas de sal reflejaban a trechos el sol; si no hubiese sido por el intenso calor, podrían parecer, por su brillo, zonas de hielo.

A 150 km al sur, en la sierra de la Ventana, adonde deberían dirigirse si esta búsqueda fracasaba, el panorama era opuesto. Esa región había sido recorrida por el capitán Fitzroy, que mandaba la expedición del Beagle, en 1835. Allí brotan los mejores pastos del territorio indígena y en las vertientes de las sierras hay ricos bosques de algarrobos, cuyo fruto, seco y molido, es utilizado por los indios para hacer pan; de quebracho blanco, cuyas ramas largas y flexibles lloran como los sauces; de quebracho rojo, de madera indestructible; de ñandubay, que se inflama fácilmente; de viraró, de hermosas flores y de timbó, que se eleva hasta veinticinco metros del suelo y puede cobijar un rebaño entero bajo su copa.

Varias veces han intentado los argentinos colonizar esta rica zona, pero se lo ha impedido la hostilidad de los indios. Era seguro que allí encontrarían agua abundante, mas debían separarse mucho de su ruta, así que era preferible intentar la búsqueda sin alejarse del paralelo 37°.

Los tres caballos galopaban con impaciencia, presintiendo sin duda a

dónde los conducían; sobre todo Thauka no parecía fatigado y cruzaba como un pájaro las secas cañadas y los matorrales, lanzando relinchos de buen agüero. Los otros dos caballos parecían querer imitarlo y lo seguían aunque a cierta distancia.

El patagón volvía la cabeza y miraba cómo cabalgaba Roberto; verdaderamente era un buen jinete y Thalcave le hacía gestos de cariñosa aprobación.

—¡Bravo, Roberto! —exclamó Glenarvan—. Parece que Thalcave te felicita y aplaude.

—¿Por qué, milord?

—Por lo bien que montas a caballo; serás un verdadero jinete.

—Bien —contestó Roberto riendo—, ¿y qué dirá papá que quería que fuera marino?

—Una cosa no se opone a la otra.

—¡Pobre padre mío! ¡Qué agradecido estará cuando lo haya salvado!

—¿Lo quieres mucho?

—Sí, milord. ¡Era tan bueno! No pensaba más que en nosotros. No había viaje en que a su vuelta no nos trajera recuerdos y, lo que valía más, sus caricias y palabras. ¡No dejará de quererlo cuando lo conozca! Mary se le parece; él tiene la voz dulce como ella, aunque sea raro en un marino ¿no es verdad?

—Sí, muy raro.

—Aún me parece verlo. ¡Oh, buen papá! Cuando era pequeño me dormía en sus rodillas tarareándome una tonada escocesa; algunas veces recuerdo la música muy confusamente. ¡Ah, milord!, ¡cuánto lo amamos!

Glenarvan se sentía conmovido por esas palabras tan sinceras.

—¿Lo encontraremos, verdad? —agregó Roberto después de unos instantes de silencio.

—Sí, lo encontraremos. Thalcave nos ha puesto en buen camino, tengo confianza en él.

—Es un buen indio.

—Sin duda.

—¿Sabe, milord, que sólo le rodean personas honradas? ¡Lady Elena, a quien tanto quiero; el mayor, con su imperturbable calma; el capitán Mangles y Paganel y los marineros del Duncan, tan sufridos y valientes!

—Sí, lo sabía.

—¿Y sabe que usted es el mejor de todos?

—Eso no lo sabía.

—Pues es necesario que lo sepa —le dijo mientras llevaba a sus labios una mano del lord.

Glenarvan iba a responderle cuando una señal de Thalcave les indicó que apresuraran el paso, pues estaban muy rezagados. Ambos tomaron un paso más rápido, pero pronto se vio que los caballos no podrían sostenerlo y fue necesario darles una hora de descanso.

La sequedad no disminuía; nuevamente marchaban silenciosos, preocupados viendo que las fuerzas de los animales ya estaba llegando a su fin. Sólo Thauka se mantenía vigoroso y Thalcave debía sofrenarlo, conversaba con su caballo y parece que finalmente lo convenció pues se puso al paso —de los otros y sofrenó sus impulsos de correr hacia donde su instinto empezaba ya a percibir alguna humedad, ya que chasqueaba su lengua y aspiraba con avidez.

El patagón reconoció por las manifestaciones de su caballo que el agua estaba cerca y animó a sus compañeros a seguir. También los otros animales parecían darse cuenta, pues hicieron un desesperado esfuerzo por galopar.

A eso de las tres de la tarde, apareció una línea blanca que temblaba a los rayos del sol.

—¡Agua! —exclamó Glenarvan.

—¡Sí! ¡Agua, agua! —gritó Roberto.

No tuvieron necesidad de apurarlos, los pobres animales corrieron desenfrenados y en pocos minutos llegaron al Guaminí. Ensillados como estaban se metieron hasta el pecho en la codiciada agua; los jinetes también se dieron un baño del que no se quejaron, aunque era involuntario.

—¡Qué buena es el agua! —exclamaba Roberto mientras bebía tirado sobre ella.

—Modérate, muchacho —respondió Glenarvan—, sin dar por eso el ejemplo.

Sólo se oía el pasar del agua por las gargantas. Thalcave bebía tranquilamente, sin atragantarse, pero «largo como un lazo» según la expresión patagona.

—En fin, si Thalcave no se la bebe toda, nuestros amigos hallarán agua clara y abundante cuando lleguen.

—¿No podríamos ir a buscarlos para ahorrarles penurias?

—Sería una buena idea, pero los odres quedaron en poder de Wilson; mejor les prepararemos buena cena y buena cama para esta noche, que seguro llegarán.

Ya estaba Thalcave buscando un lugar apropiado para acampar; cerca del río encontró una especie de cercado donde podrían encerrar los caballos, ya que ellos ya estaban acostumbrados a dormir al aire libre, les pareció un buen sitio. Los tres se tiraron al sol para secar sus ropas. Pronto decidieron que había que buscar la cena para que los que venían atrás no tuvieran quejas de ellos.

La abundancia de aves que se veía en las márgenes del Guaminí les permitía pensar en caza inmediata: se levantaban grandes bandadas de perdices, chorlitos, teros, codornices, ortegas y pollas de agua de hermoso color esmeralda. No se veían cuadrúpedos, pero podía pensarse que estaban escondidos en los espesos matorrales. Bien dispuestos, prepararon sus escopetas y pronto se hallaron frente a centenares de corzos y guanacos que huyeron muy asustados sin ponerse a tiro. Se dedicaron, entonces, a las perdices y codornices; Glenarvan logró cazar un hermoso jabalí, que bien valió el tiro que había costado. Roberto cazó un curioso animal: era un armadillo cubierto de conchas óseas y movibles, medía medio metro de largo. Estaba muy gordo y según el patagón sería un plato excelente. Roberto no cabía en sí de alegría.

Thalcave dio a sus compañeros el espectáculo de la caza del ñandú; el avestruz de la pampa tiene una rapidez extraordinaria; el indio lanzó el caballo a todo galope en línea recta para alcanzarlo sin que se fatigara en inútiles idas y vueltas. Al llegar a cierta distancia, aún bastante considerable, le arrojó sus boleadoras con tanta destreza que envolvió con ellas las patas del animal y lo derribó por tierra. El también haría figurar en la cena un plato de su cosecha.

Pronto prepararon todo para asar; el tatú se cocinaría en la cacerola que ofrecía su propia concha. Cenaron los cazadores rociando la comida con el agua transparente, que consideraron superior a todos los vinos y hasta al famoso aguardiente escocés. Los caballos también tuvieron cena abundante. Luego los tres se prepararon para dormir envueltos en sus ponchos y echados en un mullido colchón de alfalfa.

Capítulo XIX

Los lobos rojos

Cerró la noche, iluminada sólo por las estrellas. El Guaminí corría silencioso como un raudal de aceite; todos los animales descansaban y el silencio se había apoderado del desierto.

Poco a poco todos cayeron en el sueño; las últimas ascuas de la hoguera se apagaban; solamente Thauka permanecía de pie, bien firme, como si esperase la voz de su amo para lanzarse a la carrera.

Aproximadamente a las diez, después de un breve sueño, el indio despertó; sus ojos quedaron inmóviles bajo las cejas contraídas, sus oídos trataban de sorprender algún sonido. Una vaga inquietud se pintó en su semblante. ¿Había percibido la proximidad de indios merodeadores o de jaguares u otros feroces animales? Eso era posible; dirigió una rápida mirada al combustible que había acumulado y su inquietud aumentó. Era escaso para contener la audacia de las fieras.

Thalcave esperaba los acontecimientos medio echado, pero serenamente atento. Pasó una hora, cualquier otro se hubiera vuelto a dormir, pero sus instintos sobrecitados presentían un peligro.

De pronto, Thauka relinchó de una manera sorda, eso le avisó que había olfateado algún enemigo, así que se levantó y examinó atentamente la llanura. El silencio reinaba todavía, pero no la calma. Thalcave entrevió sombras que se movían sin ruido, y a trechos centelleaban puntos luminosos que se cruzaban en todas direcciones, parecían luces malas que vagaran. Un extranjero hubiera pensado en insectos fosforescentes que brillaban en medio de la noche, pero Thalcave no podía equivocarse, sabía con qué enemigos tenía que vérselas, preparó su carabina y se puso a la espera.

No. aguardó mucho, un grito extraño, mezcla de ladrido y aullido, resonó en la pampa; el estampido del fusil contestó a la gritería de lo que parecía un lobo solitario, pero a este estampido sucedieron cien clamores espantosos.

Glenarvan y Roberto despertaron y se levantaron.

—¿Qué ocurre?

—¿Son indios?

—No, son aguarás.

—¿aguarás?

—Sí —dijo Glenarvan—, son lobos rojos de las pampas. Ambos tomaron sus armas y se pusieron junto al indio.

—Tienes miedo, muchacho?

—No, estando cerca de usted no temo nada.

—Mejor así, los aguarás no son temibles, sólo llaman la atención por su gran número.

Glenarvan quería tranquilizar a Roberto, pero no estaba muy seguro al ver centenares de enemigos rodear a tres hombres solos. Cuando oyó la palabra aguará reconoció enseguida el nombre americano del lobo rojo, que es del tamaño de un perro grande, tiene la cabeza como una zorra, el pelo color claro y una melena espesa. Es un animal astuto y vigoroso, de hábitos nocturnos, que sale por la noche en busca de alimentos, si no los encuentra fácilmente es capaz de atacar al ganado. Aislado es poco temible, pero en manadas hambrientas es difícil de enfrentar.

Los aullidos que resonaban en la llanura, las innumerables sombras que en ella se agitaban hacían ver que eran muy numerosos los que se habían juntado para una presa que les parecía segura: carne de caballo o de hombre. La situación era realmente alarmante.

Los caballos relinchaban dando muestras de terror. Glenarvan y Roberto se pusieron cerca de la entrada para hacer fuego a los primeros que se acercasen. Cuando ya se disponían a tirar, Thalcave les hizo señas de que no lo hicieran, ¿qué pasaba? ¿no era todavía el momento oportuno? Las dudas se aclararon cuando les mostró el frasco de pólvora prácticamente vacío.

—Es preciso economizar municiones. Cara nos salió la caza de esta tarde, pues nos ha dejado casi sin pólvora ni plomo. Sólo nos queda para veinte disparos. Roberto no respondió.

—¿Tienes miedo, Roberto?

—No, milord.

—¡Bien, muchacho!

En aquel momento, Thalcave derribó el primer lobo que se le tiraba encima, luego dejó su puesto a Glenarvan y se dedicó a reunir a la entrada de la ramada todo lo que pudiera quemarse y le prendió fuego. Inmediatamente se iluminó la llanura con sus reflejos movedizos y pudo verse un enorme ejército de lobos, ahora enfurecidos por las llamas; no dejaban de empujarse y algunos avanzaban hasta quemarse las patas; los más audaces recibían un certero tiro.

Al cabo de una hora había quince lobos muertos y la situación de los sitiados no era tan grave mientras ardiera el fuego y no se acabaran los tiros. ¿Pero, qué harían cuando ambos se agotaran?

Glenarvan miró a Roberto que se conducía tan valientemente y sintió oprimirse su corazón al verlo firme, sin soltar el arma. Pensó que dentro de una hora ya no tendrían salvación y que debían buscar una salida antes. Con gran esfuerzo se puso en comunicación con Thalcave y después de pocas

palabras y muchos gestos se llegó a la conclusión de que debían resistir hasta la madrugada, ya que el aguará tiene miedo a la luz y al nacer el día huye a su madriguera. Le hizo conocer esto a Roberto, quien valerosamente aceptó que había que defenderse hasta el día.

—Sí, hijo mío, y cuando sea necesario nos defenderemos con el cuchillo.

Thalcave ya daba el ejemplo con su brazo armado lleno de sangre. Con todo, los medios de defensa iban a faltar, no eran aún las dos y sólo les quedaban cinco tiros y todo el combustible ya estaba en la hoguera. Glenarvan miró con una mirada dolorosa a Roberto y pensó en él y en todos sus compañeros y en todos los que amaba. Se acercó al niño y lo abrazó fuertemente mientras pensaba que sería devorado vivo; dos lágrimas involuntarias surcaron sus mejillas.

Roberto lo miró sonriendo y le dijo:

—¡No tengo miedo!

—No, hijo mío, no debes tenerlo. Dentro de pocas horas llegará el día y estaremos salvados. ¡Bien, Thalcave! —exclamó al ver que el indio mataba a culatazos a dos enormes bestias.

Pero a la luz de la hoguera que se apagaba pudieron ver que el ejército estaba por asaltarlos.

El drama se acercaba a su fin, algunos minutos más y los animales penetrarían en el cerco donde estaban sus presas.

Thalcave descargó por última vez su fusil, mató a otro enemigo y se cruzó de brazos, parecía meditar. ¿Buscaba algún medio atrevido para rechazarlos?

En aquel momento, los lobos se alejaron y cesaron en sus ruidosos aullidos. Un triste silencio se hizo en la llanura.

—¡Se van! —exclamó Roberto.

—Tal vez —respondió Glenarvan mientras atendía a cualquier ruido.

Pero Thalcave negaba con la cabeza, sabía que las bestias no abandonarían a sus presas hasta el nacimiento del día. Sólo era evidente que al ver que no podían entrar por esa abertura defendida por el fuego, tratarían de hacerlo por otra parte. No tardó en oírse el ruido de sus uñas que trataban de abrirse paso por la empalizada carcomida. Los caballos, aterrorizados, rompieron sus cabestros y echaron a correr por el lugar, locos de espanto.

Glenarvan abrazó a Roberto como si lo defendiera con su cuerpo, mientras Thalcave ensillaba minuciosamente su caballo. Glenarvan lo miró sorprendido.

—¡Nos abandona! —exclamó al verlo preparar su caballo.

—¡El! ¡Jamás! —dijo Roberto.

En efecto, el indio, lejos de abandonarlos, intentaba salvarlos sacrificándose por ellos.

Thauka mordía el freno y se encabritaba, sus ojos, llenos de fuego, despedían relámpagos. Glenarvan tomó al indio del brazo y le dijo:

—¿Partes?

—Sí —respondió el indio que comprendió a su compañero en sus ademanes. Después añadió algunas palabras en español:

—Thauka. Buen caballo, ligero. Arrastrará tras de sí a los lobos.

—¡Ah, Thalcave!

—¡Pronto, pronto! —respondió el indio.

Glenarvan le explicó a Roberto con voz emocionada:

—¡Roberto, hijo mío! ¿Lo oyes?, quiere sacrificarse por nosotros. Va a lanzarse a la llanura para desviar la saña de los lobos.

—¡Amigo Thalcave! —respondió Roberto echándose a sus pies— No nos abandones, partamos juntos.

—No, malas bestias, asustadas. Thauka, ¡buen caballo!

—¡No! Aunque sea así, Thalcave, no te abandonaré. ¡Yo debo partir! —dijo Glenarvan mientras trataba de tomar las riendas.

—¡No! respondió el patagón tranquilamente.

—¡Yo partiré! ¡Salva a este niño, yo te lo confío, Thalcave! —dijo Glenarvan.

El lord mezclaba palabras en castellano e inglés; pero no importaba el lenguaje, los gestos lo decían todo.

La discusión se prolongaba y el peligro crecía. Las carcomidas estacas de la empalizada ya cedían a la fuerza de los lobos.

Ni Glenarvan ni Thalcave querían ceder, seguían empeñados en sacrificarse; Thalcave le hacía ver que él conocía mejor el caballo y podría emplear sus maravillosas cualidades para la salvación de todos. De pronto Thauka se encabritó, se levantó de manos y de un salto cruzó la valla de fuego y el montón de cadáveres, en tanto que una voz débil gritaba:

—¡Dios lo salve, milord!

Apenas tuvieron tiempo de ver a Roberto que fuertemente agarrado a los

crines del caballo desaparecía en las tinieblas.

—¡Desdichado Roberto! —exclamó Glenarvan.

Los lobos rojos lo perseguían a una velocidad extraordinaria. Glenarvan se desesperaba por la suerte del muchacho, pero Thalcave se sonreía con su calma acostumbrada.

—¡Thauka! ¡Buen caballo! ¡Niño valiente, se salvará!

—Y si cae?

—No caerá.

Glenarvan quería seguirlo, pero el indio le hizo comprender que en la noche no podrían encontrar sus huellas, además, ningún caballo alcanzaría a Thauka lanzado a la carrera.

A las cuatro de la mañana, apenas empezó a despuntar el alba partieron ambos hacia el oeste, hacia donde había ido Roberto y de donde debían llegar sus compañeros.

Los dos jinetes galopaban a toda velocidad, esperando a cada instante encontrar el cadáver ensangrentado del pequeño héroe.

A la hora de la marcha oyeron algunos tiros repetidos con regularidad.

—Son ellos —exclamó Glenarvan.

Ambos espolearon sus caballos y no tardaron en reunirse con el grupo que comandaba Paganel. Un grito se escapó del pecho de Glenarvan al ver entre ellos al valiente Roberto vivo, montado sobre Thauka que relinchó de alegría cuando distinguió a su amo.

—¡Hijo mío, hijo mío! —exclamó Glenarvan con acento de infinita ternura.

Se estrecharon en un fuerte abrazo que interrumpió Roberto para echarse también en brazos del indio, quien después abrazó también a su caballo al que le hablaba como si por sus venas corriese sangre humana. Luego, mirando a Roberto dijo:

—¡Es un valiente! ¡Sus espuelas no han temblado!

—¿Por qué no nos dejaste a mí o a Thalcave intentar esa salvación?

—Porque él ya me salvó la vida y usted va a salvar la de mi padre.

Capítulo XX

Las llanuras argentinas

Después de expresar toda su alegría, el grupo advirtió nuevamente que tenía una sed insoportable, así que se pusieron en marcha hacia el Guaminí.

Al llegar vieron la empalizada rodeada de cadáveres de lobos rojos, lo que les permitió comprender mejor la violencia del ataque y el vigor de la defensa. Los viajeros, luego de beber abundantemente, hicieron honor a la comida que les habían preparado; el asado de ñandú les pareció excelente y el tatú resultó un manjar delicioso.

—Comer razonablemente —decía Paganel— sería ofender a la Providencia, es preciso comer mucho, excesivamente.

Pero no debían detenerse más y a las diez de la mañana Glenarvan dio la señal de partida. Partieron no sin antes llenar bien sus odres con agua fresca.

La región era cada vez más húmeda y fértil, pero igualmente desértica. Marcharon sin problemas el 2 y el 3 de noviembre y al anochecer acamparon en el límite de la provincia de Buenos Aires.

Habían salido el 14 de octubre de la bahía de Talcahuano y en veintidós días habían recorrido las dos terceras partes del camino. Era en esta zona donde esperaban encontrar al capitán Grant y a sus compañeros de infortunio.

Buenos Aires es la provincia más extensa y más poblada de la Argentina, su frontera confina con los territorios indios. Su suelo es particularmente fértil y se extiende sin desniveles hasta el pie de las sierras de Tandil y Tapalqué. Allí el clima era suave, así que avanzaban sin problemas por este terreno deshabitado. Pasaron con frecuencia por lagunas de poca extensión a cuyas orillas vivían innumerables aves, desde el pequeño colibrí hasta el magnífico flamenco de alas rosas.

Glenarvan y Thalcave trataron de comunicarse sin lograrlo, así que aquél llamó a Paganel a quien el patagón le hizo saber su sorpresa por no hallar en la zona indios ni huella de ellos; sobre todo porque allí esperaba encontrar a la gente de Calfucurá o de Catriel. Mucho se asombraba de no encontrarlos y no podía explicarse el motivo, ya que ésa era la tierra que recorrían permanentemente. Les propuso avanzar hasta el fuerte Independencia para tratar de hallar allí noticias del capitán Grant y de las tribus indígenas.

Glenarvan se sentía muy preocupado por la falta de noticias de los náufragos, así que aceptó la propuesta de avanzar hasta el fuerte que se hallaba en Tandil, a unos 100 km de donde estaban.

Aquella noche acamparon al pie de la sierra de Tapalqué; a la mañana siguiente la cruzaron sin ninguna dificultad. ¿Qué podría parecer esa sierra a

viajeros que habían cruzado los Andes? Al mediodía dejaron atrás el fortín abandonado de Tapalqué, primer eslabón de una cadena de fortines que se extiende en la línea sur para defender la región de los ataques de los indios. Poco después, tres corredores de la llanura, bien armados y montados, observaron un momento la caravana y huyeron con la rapidez de un relámpago.

—Gauchos —dijo el patagón, empleando la palabra que había desatado la discusión entre el mayor y el geógrafo.

—Gauchos —repitió Mac Nabbs—. Pues bien, hoy que no sopla viento norte, ¿quiere decirme qué opina acerca de ellos?

—Opino que parecen bandidos —respondió Paganel.

—Y de parecerlo a serlo, ¿distinguido sabio?

—No hay más que un paso, distinguido mayor.

A esta confesión sucedió una carcajada general que Mac Nabbs interrumpió para hacer una observación:

—He leído, no sé dónde, que el árabe tiene en su boca una rara expresión de ferocidad, mientras que sus ojos tienen expresión dulce. En el salvaje americano sucede todo lo contrario: la expresión de sus ojos es maligna.

Siguiendo las instrucciones de Thalcave, marcharon en pelotón compacto por temor a una emboscada; nada sucedió y al anochecer llegaron sin problemas a una toldería abandonada que el indio reconoció como el lugar donde Catriel se reunía con los suyos, pero no había huellas recientes y parecía abandonada desde hacía mucho tiempo.

Al día siguiente, avistaron las primeras estancias cercanas a la sierra de Tandil; Thalcave decidió no detenerse para seguir hasta el fuerte Independencia.

Reaparecieron los árboles, atravesaron ricos montes de álamos, sauces y acacias y avistaron innumerables rebaños de bueyes, carneros, vacas y caballos cuidados por enormes perros vigilantes. Los animales llevaban la marca de sus dueños estampada con hierro candente; estos ganados son tanto o más numerosos que los que poblaban las llanuras de la Mesopotamia, aunque sus dueños son ricos estancieros que en nada se parecen a los patriarcas bíblicos.

Todo esto les explicó Paganel, que era incansable en comunicarles sus conocimientos; también tuvo oportunidad de explicarles un raro efecto de espejismo que les hacía ver enormes extensiones de agua sobre las llanuras, en las que las estancias, vistas desde lejos, parecían enormes islas.

Durante la marcha del día 6, encontraron varias estancias y también uno o dos saladeros que en ese momento permanecían silenciosos y deshabitados, ya que el trabajo en ellos comienza a fines de la primavera, cuando se reúne y mata allí, para luego salar sus carnes, innumerable ganado. Este trabajo congrega a muchos hombres diestros en la matanza y también incontables perros y buitres que acuden atraídos por el olor fétido que producen estos establecimientos.

Nada detenía la marcha de los viajeros cuyos caballos seguían el ejemplo de Thauka, que parecía volar sobre la hierba. Pasaron varias granjas defendidas por profundos fosos y cuyas casas principales tienen terrazas almenadas desde donde pueden defenderse de los ataques de los bandoleros de las llanuras. Cruzaron el río de los Huesos y al poco tiempo avistaron, cerca de las pendientes de la sierra, los muros del fuerte Independencia y el pueblo de Tandil.

Capítulo XXI

El fuerte Independencia

La sierra de Tandil se eleva unos 350 m sobre el nivel del mar; es una antigua formación de colinas semicirculares de granito cubiertas de musgo. El distrito de Tandil abarca todo el sur de la provincia de Buenos Aires, su población es de 4.000 habitantes y su cabecera es la aldea de Tandil, situada al pie de la sierra, a orillas de un río; está protegida por el fuerte Independencia.

La aldea está habitada especialmente por colonos franceses e italianos y Paganel no podía dejar de saber que ese fuerte había sido construido por iniciativa del francés Parchappe, a quien había ayudado en su empresa un sabio de primer orden, Alcides d'Orbigny, que es quien mejor ha conocido, estudiado y descrito todos los países meridionales de América del Sur.

Esta aldea es muy importante, se comunica con Buenos Aires en doce días de viaje en galera —grandes carros de cuatro ruedas y toldo arqueado, que son tirados por bueyes— en un tráfico bastante activo en que la aldea envía las carnes saladas, ganado y curiosos productos de la industria indígena: géneros de algodón, tejidos de lana y codiciadas piezas en cuero trenzado.

Paganel les dijo también que la aldea contaba con casas bastante cómodas, escuelas e iglesia y que seguramente en el fuerte, donde había un destacamento permanente, debían de tener las noticias que buscaban.

Entraron en la aldea, dejaron los caballos en una fonda y se dirigieron, guiados por Thalcave, al fuerte.

Después de subir algunos minutos por una colina, llegaron a la entrada y penetraron sin dificultades gracias a la excesiva confianza del centinela que no los detuvo.

Algunos soldados hacían ejercicios en la explanada del fuerte, el mayor tendría unos veinte años y el menor no llegaba a siete; era un puñado de niños y jovencitos que se ejercitaba muy seriamente.

Les llamó la atención su traje: una camiseta a rayas como única ropa, no tenían pantalones, ni calzones, ni nada, sólo un fusil demasiado pesado y un sable excesivamente largo. Tenían todos la tez morena y cierto parecido; debían ser, y eran efectivamente, doce hermanos.

Paganel no se asombró, porque conocía por estadísticas que el término medio, en este país, es de nueve hijos por familia, pero sí se asombró mucho al ver que aquellos soldaditos maniobraban a la francesa y que el cabo daba con frecuencia órdenes en la lengua nativa del sabio.

Glenarvan no había llegado hasta el fuerte para ver soldaditos ni para asombrarse de su origen, así que no dio tiempo a Paganel para averiguaciones y le pidió que llamara al jefe. Pocos minutos después apareció el comandante en persona. Thalcave presentó a sus compañeros y mientras el indio hablaba, el comandante no sacaba su vista del sabio; finalmente le dijo en su propio idioma:

—¿Es usted francés?

—Sí, francés.

—¡Cuánto me alegro! ¡Bienvenido! Yo soy francés también —decía mientras lo estrechaba con vigor alarmante.

—¿Un amigo? —preguntó el mayor.

—¡Por Dios! ¡Yo tengo amigos en las cinco partes del mundo!

Pudo, no sin trabajo, sacar su mano de entre las del vigoroso comandante y entró en una animada conversación con él. Glenarvan se desesperaba por intervenir, pero el militar no dejaba de contar su historia en un francés bastante olvidado, semejante al de los negros de las colonias francesas. Desde 1828, fecha en que se erigió la fortaleza, no había salido de ella y ahora la mandaba con el beneplácito del gobierno. Se había naturalizado en el país y casado con una mujer india que entonces estaba dando el pecho a dos gemelos de seis meses, varones los dos; el comandante no había tenido ninguna niña, de lo que estaba muy orgulloso y esperaba darle al país toda una compañía formada con sus propios descendientes. Finalmente, luego de presentarles a sus hijos y a su mujer y de obligarlos a seguirlo hasta sus habitaciones, ante la impaciencia de todos se detuvo en su charla y les preguntó el motivo de su visita. Había

llegado el momento de explicarse: ahora o nunca.

Paganel le refirió todo el viaje y terminó preguntándole por qué los indios habían abandonado la zona.

—¡Ah! ... ¡nadie! —respondió encogiéndose de hombros—. ¡Nadie! ¡Nosotros brazos cruzados... nada que hacer!

—¿Pero, por qué?

—Guerra.

—¿Guerra?

—Sí, guerra civil.

—¿Guerra civil? —repitió Paganel, que sin notarlo ya comenzaba a hablar en «negro» él también.

—Sí, guerra entre paraguayos y argentinos.

—Y qué?

—Indios todos al norte, siguiendo la pista del general Flores. Indios ladrones, roban.

—¿Pero, y los caciques?

—Caciques con ellos.

Thalcave, a quien se tradujo esta respuesta, movió la cabeza en señal de aprobación. El ignoraba o había olvidado esta guerra que debía provocar más adelante la intervención del Brasil; estaba claro que los indios intentarían sacar ganancia de esta situación y por ello habían ido adonde sería fácil el saqueo.

Este acontecimiento trastornaba los proyectos de Glenarvan. Si Harry Grant era cautivo de los caciques, éstos lo habrían llevado hacia el norte. ¿Era conveniente intentar otra pesquisa por esas zonas? Debían pensarlo muy seriamente. El mayor hizo una pregunta importante a Paganel:

—¿El comandante oyó decir que los caciques tuviesen en su poder cautivos europeos?

Interrogado por Paganel, contestó afirmativamente, después de reflexionar un instante.

Todos lo rodearon esperanzados.

—¡Hable, hable! —decían a la vez.

—Hace algunos años, sí. ..eso es... prisioneros europeos... pero jamás visto.

—¿Algunos años? —replicó Glenarvan—. Se equivoca, menos de dos

años.

—¡Oh, no! Más de dos años.

—Imposible —dijo Paganel.

—Sí, seguro, fue cuando nació Pepe... se hablaba de dos hombres.

—¡No, tres! —dijo Glenarvan,

—Dos —replicó seguro.

—¿Dos? —repitió Glenarvan—. ¿Dos ingleses?

—No, un francés y un italiano.

—¿Un italiano que fue degollado? —preguntó Paganel.

—Sí, y supe después ...francés salvado.

—¡Salvado! —exclamó Roberto.

—¡Ah, ya caigo! —respondió Paganel tomando las manos de Roberto— hemos seguido una pista falsa. No se trata del capitán Grant, sino de un compatriota mío cuyo compañero, Marco Vazello, fue asesinado por los indios. Sí, se trata de A. Guinnard que estuvo cautivo durante tres años y finalmente logró huir atravesando los Andes.

Un profundo silencio siguió a la declaración. Todos los datos concordaban: la nacionalidad, el asesinato de uno y la salvación de otro... Thalcave tomó la palabra:

—¿No ha oído hablar de tres ingleses cautivos?

—Jamás —respondió— y en Tandil...no...no...yo lo sabría.

Era evidente que ya no tenían nada que hacer allí. Se despidieron agradecidos y se marcharon muy tristes. Roberto tenía los ojos llenos de lágrimas; nadie encontraba una palabra de consuelo. Paganel gesticulaba y hablaba solo; hasta Thalcave se sentía herido en su amor propio por haber seguido una pista falsa.

La cena fue triste; ya no quedaban esperanzas de hallar a los náufragos desde Tandil hasta el océano, pues si algo hubiera ocurrido en esa zona el comandante del fuerte debía haberse enterado. No había más esperanza, sólo les restaba ir al encuentro del Duncan lo antes posible.

Paganel volvió a tomar el documento; lo releía con cólera mal disimulada, procurando arrancarle una nueva interpretación.

—El documento no puede ser más claro —repetía Glenarvan.

—¡No! —respondió el geógrafo dando un puñetazo en la mesa—. Pues si

Harry Grant no está en las pampas, este documento debe decirnos dónde está y nos lo dirá o yo no soy Santiago Paganel.

Capítulo XXII

La inundación

Estaban a menos de 300 km de la costa; sin obstáculos imprevistos en menos de cuatro días podrían llegar, pero a todos les mortificaba la idea de regresar sin el capitán Grant, tanto que esa mañana Glenarvan no dio las órdenes para iniciar la marcha. El mayor se encargó de todo y finalmente partieron. Roberto iba cabizbajo junto a Glenarvan que no se consolaba de su derrota; Paganel daba mil vueltas en su cabeza a las palabras del documento buscándole otra interpretación.

Cerca del mediodía, los viajeros dejaron atrás las ondulaciones de las sierras y cabalgaron nuevamente por un terreno totalmente llano, cubierto de frescas hierbas y cruzado a cada paso por cursos de agua.

El tiempo, bueno hasta entonces, se tornó amenazador, el cielo se cubrió de nubarrones que por suerte no cumplieron sus amenazas ya que los viajeros no encontraron otro refugio para pasar la noche que sus propios ponchos.

Al día siguiente, a medida que avanzaban, encontraban un suelo cada vez más húmedo y debieron cruzar con dificultad numerosas lagunas y difíciles pantanos cubiertos de plantas acuáticas.

De pronto, Roberto, que se había adelantado, volvió a la carrera gritando:

—¡Un bosque de cuernos! ¡Paganel! ¡Paganel!

—¿Cómo? —respondió el sabio.

—Sí, sí, por lo menos un bosquecillo.

—Lo habrás soñado, muchacho.

—Ya lo verá enseguida.

En efecto, Roberto no se había engañado. No tardaron en encontrar un poblado bosque de cuernos, regularmente plantados.

—Es singular —dijo Paganel mirando a Thalcave.

—Los cuernos salen del suelo, pero los bueyes están debajo —dijo el indio.

—¿Cómo? ¿Hay un rebaño sepultado en el lodo?

—Sí —respondió el patagón.

Este rebaño entero que había hallado una muerte tan extraña sirvió de aviso a los viajeros. Desde entonces Thalcave comenzó a inquietarse, se detenía y observaba, avanzaba hacia los costados y regresaba dando muestras de preocupación, que no dejaron de advertir Glenarvan y Paganel; lo interrogaron y él les dijo que jamás había visto esa llanura tan impregnada de agua, no sabía la causa y sólo les aconsejaba que se dieran mucha prisa.

El consejo no era fácil de seguir, pues los caballos se fatigaban mucho pisando un suelo que huía bajo sus cascos; en aquella parte de la llanura parecía que el agua brotaba de la tierra. A eso de las dos el cielo se abrió en cataratas y cayó un verdadero diluvio sobre los viajeros cuyos ponchos chorreaban regados por los sombreros que parecían techos llenos de goteras. Los jinetes caminaban entre un doble chaparrón, el del cielo y el que hacían saltar a cada paso los cascos de los caballos.

Empapados, molidos y agotados llegaron a un rancho miserable y abandonado que a pesar de su estado podía darles algún refugio. Entraron y encendieron con gran trabajo un mal fuego con los pastos mojados, que les proporcionó más humo que el calor que deseaban. La lluvia entraba por el techo podrido mientras Wilson y Mulrady luchaban constantemente contra la invasión del agua.

La cena fue escasa y triste, no tenían ganas de comer ni de hablar; Paganel intentó bromear, pero sin éxito.

—Mis chistes —dijo— están mojados, no dan fuego.

Todos buscaron alivio en el sueño. La noche fue pésima, el viento azotaba el rancho y parecía que lo iba a levantar a cada golpe, pero afortunadamente la tormenta concluyó sin accidentes y al amanecer Thauka despertó a todos con sus relinchos y los golpes de sus cascos; parecía dar la señal de partida y como todos confiaban en él se levantaron y marcharon.

La lluvia había disminuido, pero aquel terreno no absorbía el agua que se estancaba en grandes pantanos. Paganel consultó su mapa y pensó acertadamente que los dos ríos que cruzan esa zona debían haberse desbordado y formado un enorme río de varios kilómetros de ancho.

Para salvarse debían apresurar su marcha, pues no se veía ninguna elevación en aquella llanura y si la inundación crecía no encontrarían ningún refugio.

Lanzaron los caballos a todo galope; Thauka parecía realmente un caballo marino por la agilidad con que saltaba entre el agua. A eso de las diez, el animal empezó a inquietarse terriblemente, lanzaba fuertes relinchos y parecía

que se negaba a obedecer a su amo, miraba inquieto hacia el sur y Thalcave debía realizar grandes esfuerzos para hacerlo seguir la dirección hacia el este.

—¿Qué tiene ese animal? —preguntó Paganel—. ¿Le habrán picado las sanguijuelas del agua?

—No. —respondió el indio.

—¿Le asusta algún peligro?

—Sí, presiente un peligro.

—¿Cuál?

—No lo sé.

Si bien no podían ver todavía de qué se trataba, lo que inquietaba a Thauka ya se podía oír: un murmullo sordo, semejante al de la marea que sube, venía de la línea del horizonte. Las ráfagas de viento eran húmedas; las aves huían con toda la rapidez de sus alas y los caballos, sumergidos hasta la mitad de sus patas, ya sentían los primeros empujes de la corriente. Enseguida vieron, a poca distancia, numerosas reses que huían espantadas, cayendo y levantándose al tiempo que lanzaban lastimeros mugidos.

—¡Rápido, rápido! —gritó Thalcave con voz sonora.

—¿Qué ocurre? —preguntó Paganel.

—¡La inundación, la inundación! —exclamó mientras echaba a todo galope su caballo hacia el norte.

A los gestos del guía, todos se precipitaron tras de él, al tiempo que vieron, hacia el sur, que una inmensa montaña de agua invadía la llanura y la convertía en un océano de gruesas olas que arrancaban los pastos. De esta mole de agua que parecía perseguirlos huían los viajeros buscando, sin hallarlo, algún lugar donde refugiarse, el cielo y el agua se confundían en el horizonte.

Los caballos, espantados, iban a todo galope, mientras que los jinetes pensaban que el agua ya los alcanzaba. Espoleaban a las pobres bestias de cuyos ijares salían chorros de sangre; marchaban enredándose en las plantas, tropezando y cayendo y volviéndose a levantar en una carrera desesperada, pero el nivel de las aguas subía sensiblemente y las ondulaciones anunciaban que aquella mole estaba cada vez más cerca.

Un cuarto de hora después, el agua ya llegaba al pecho de los caballos que avanzaban con gran dificultad; todos se creían perdidos y condenados a morir como si hubieran naufragado en alta mar. Se reconocían impotentes para luchar con las fuerzas desatadas de la naturaleza; su salvación no estaba en sus manos.

A los pocos minutos, los caballos avanzaban a nado, empujados por la corriente que debía arrastrarlos a casi 40 km por hora.

Toda esperanza parecía inútil cuando se oyó al mayor que gritaba:

—¡Un árbol!

—¡Un árbol! —exclamaron todos.

—¡A él, a él! —respondió Thalcave señalando una especie de nogal gigantesco que se levantaba solitario a unos mil quinientos metros.

Esa sería la salvación para ellos, al menos, ya que los animales se perderían seguramente. En aquel momento el caballo de Tom Austin lanzó un ahogado relincho y desapareció; el jinete echó a nadar con vigor.

—Agárrate de mi silla —le gritó Glenarvan.

—Gracias, señor, tengo buenos brazos.

—Y tu caballo, Roberto? —preguntó Glenarvan.

—Bien, bien, nada como un pez.

—¡Atención! —gritó el mayor.

Apenas había pronunciado esa palabra cuando llegó el enorme aluvión. Una ola monstruosa de trece metros envolvió a los desdichados con gran estruendo; hombres y animales desaparecieron sepultados bajo aquella montaña líquida.

La ola pasó y los hombres volvieron a la superficie; los caballos, excepto Thauka, habían desaparecido para siempre.

—¡Animo, ánimo! —decía Glenarvan que sostenía con un brazo a Paganel y nadaba con el otro.

El mayor nadaba tranquilamente; los marinos no tenían dificultad ninguna y Roberto, tomado de las crines de Thauka, se dejaba remolcar hacia el árbol.

A los pocos minutos todos llegaron hasta él; el agua alcanzaba hasta donde las ramas se abrían, allí se subió Thalcave, levantó a Roberto y ayudó a los otros a encaramarse sin demasiada dificultad.

Mientras tanto Thauka era arrastrado por la corriente y lanzaba fuertes relinchos como llamando a su dueño.

—¿Lo abandonas? —preguntó Paganel.

—¡Abandonarlo! —exclamó el indio al mismo tiempo que se sumergía en las aguas embravecidas y nadaba hacia su animal; al poco rato lo alcanzó, apoyó su brazo en el cuello del noble caballo y ambos, flotando a favor de la

corriente, se perdieron en el horizonte.

Capítulo XXIII

Vida de pájaros

El árbol en que se habían refugiado y que parecía ser un nogal era realmente un corpulento ombú de más de treinta metros de altura; su tronco estaba fijado en la tierra con fuertes raíces y numerosos retoños, lo que explicaba que siguiera en pie firmemente. La enorme copa descansaba en tres ramas que arrancaban de un tronco de casi dos metros de diámetro. El follaje formaba un abrigo impenetrable, aunque en ciertas partes las aberturas dejaban pasar el aire y la luz; dos ramas se entrelazaban hacia el cielo y la otra se extendía paralela a las aguas, parecía que el tronco del ombú sostenía solo a un buque entero.

Al llegar los viajeros, huyó hacia las ramas superiores una bandada de centenares de pájaros que parecían protestar por la presencia de estos extraños.

Inmediatamente que subieron al árbol el joven Grant y el ágil Wilson se encaramaron a las ramas más altas y desde allí abarcaron la enorme extensión de agua que los rodeaba por todas partes; ningún otro árbol resistía ya el empuje de las aguas, en las que se veía pasar, empujados por la corriente, ramas, animales ahogados, maderas e incluso un árbol que flotaba llevando una familia de rugidores yaguarás que se sostenían fuertemente con sus garras. Más lejos vieron un punto negro, casi invisible: eran Thalcave y Thauka que ya desaparecían de la vista.

—¡Amigo Thalcave! —exclamó Roberto tendiendo hacia él sus brazos.

—Se salvará —respondió Wilson—. Pero bajemos ya con nuestros compañeros.

Descendieron y hallaron a todos acomodados en la bifurcación del tronco: la situación era muy seria para los huéspedes del ombú, pero no perdían la calma.

Glenarvan ordenó hacer unas marcas en el tronco para controlar si las aguas subían o bajaban y luego preguntó:

—Y ahora qué vamos a hacer?

—¡Vamos a hacernos un nido! —respondió alegremente Paganel.

—¿Un nido? —exclamó Roberto.

—Así es, si no podemos vivir como los peces, viviremos como los pájaros.

—Bien —dijo Glenarvan—, ¿pero de dónde sacaremos comida?

—De aquí —respondió el mayor, al tiempo que les mostraba unas alforjas mojadas que tenía en sus manos.

—¡Qué bien! —dijo Glenarvan—, piensa realmente en todo.

—Desde que resolvimos no ahogarnos no iba a ser para morirnos de hambre.

También a mí se me hubiera ocurrido la misma idea —dijo ingenuamente Paganel— ¡pero soy tan distraído!

—¿Qué hay allí? —preguntó Tom Austin.

—Comida para siete hombres durante dos días —respondió Mac Nabbs.

—Espero que después habrá bajado el agua, así que ahora podemos almorzar —opinó Glenarvan.

—Y el fuego? —dijo Wilson.

—Lo encenderemos encima del tronco con leña seca que sacaremos de este árbol.

—¿Pero, con qué lo encenderemos si la yesca está llena de agua como una esponja? —preguntó Glenarvan.

—No importa —respondió Paganel—, con un poco de musgo seco, un rayo de sol y el vidrio de mi antejo, ya van a ver cómo lo enciendo. ¿Quién va al bosque a buscar leña?

—¡Yo! —exclamó Roberto y partió seguido de Wilson hacia la copa.

Mientras los esperaba, Paganel preparó el «fogón» sobre una capa de hojas húmedas, puso abundante musgo seco y con el auxilio de un fuerte sol pronto logró encender un hermoso fuego sobre el que echó las ramas secas que trajeron Roberto y Wilson; para que el fuego no se ahogara, Paganel se colocó parado encima, como los árabes, y se bajaba y se levantaba rápidamente, con ese movimiento su poncho movía el aire, lo que hizo brotar hermosas llamas de la leña a cuyo calor se secaron las ropas. Pronto prepararon la comida, no muy abundante porque debían guardar para más adelante por si las aguas no bajaban pronto. El ombú no daba nada comestible, pero podrían conseguir huevos frescos en los nidos; también podrían cazar algunos pájaros.

—Ya que tenemos el comedor y la cocina instalados, debemos preocuparnos por los dormitorios. La casa es grande y el alquiler no es mucho, no nos podemos quejar —dijo Paganel—. Allá hay ramas fuertes que nos servirán de hamacas. Estamos cómodos y no tenemos nada que temer, alguno

se quedará de guardia por cualquier peligro.

—Yo tengo mi revólver —añadió Glenarvan.

—Y yo el mío —añadió Roberto.

—¿De qué sirven —preguntó Tom Austin— si no podemos fabricar pólvora?

—No necesitamos fabricarla. Mire qué me dejó Thalcave —dijo Mac Nabbs mientras les mostraba un frasco lleno de pólvora.

—¡Qué indio generoso! —exclamó Glenarvan.

—¿A qué distancia estamos del Atlántico? —quiso saber el mayor.

—A menos de 80 km —respondió Paganel—. Y ahora, amigos míos, subiré para observar con mi catalejo las novedades que se produzcan.

El sabio trepó ágilmente de rama en rama; el resto preparó sus dormitorios y luego se reunieron junto al fuego a conversar. Si las aguas bajaban pronto, podrían alcanzar rápidamente la costa y embarcarse en el Duncan. De inmediato la conversación se refirió al pobre capitán Grant, a la pena de no haber podido hallarlo y a que no tenían más esperanzas. Quien más se lamentaba era Roberto, ninguno sabía como consolarlo.

—Y sin embargo este 37° de latitud no es un número sin sentido; si se lo aplica al naufragio o al cautiverio, algo debe significar —interrumpió Glenarvan.

—Es cierto, milord —respondió Tom Austin—, y sin embargo nada hemos encontrado.

—Sólo motivos para irritarse y desesperarse —exclamó Glenarvan.

—Para irritarse puede ser —dijo Mac Nabbs con su tranquilidad acostumbrada—, pero no para desesperar, debemos seguir la búsqueda.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Glenarvan.

—Algo muy sencillo, al llegar a bordo del Duncan debemos seguir rumbo al este por el paralelo hasta llegar si fuera necesario nuevamente al punto de partida.

—Ya lo he pensado cien veces —respondió Glenarvan—, ¿pero qué posibilidades de éxito podemos tener si nos alejamos de la Patagonia tan claramente indicada por el capitán?

—¿Y por débil que sea la esperanza, no la debemos intentar? —preguntó el mayor.

—No digo que no... —contestó Glenarvan.

—¿Y ustedes, camaradas? —les preguntó el mayor a los otros marinos.

—Somos de la misma opinión —respondieron todos.

—Escúchenme —dijo Glenarvan—, y especialmente tú, Roberto, porque el tema es muy grave. Estoy dispuesto a dar la vuelta al mundo y hacer todo lo posible por hallarlos y yo sé que toda Escocia me ayudará a salvar a estos hombres... pero, ¿debemos abandonar la búsqueda en el continente americano?

Esta pregunta no tuvo respuesta, nadie se atrevía a darla.

—¿Qué contestan? —insistió Glenarvan.

—Mi querido Edward —respondió Mac Nabbs—, el problema hay que meditarlo muy seriamente. Ante todo deseo saber qué tierras atraviesa el paralelo 37°.

—Eso es cosa de Paganel —respondió Glenarvan.

—Hay que llamarlo.

—¡Paganel, Paganel! —llamó Glenarvan.

—Presente —dijo una voz que llegaba del cielo.

—¿Dónde está?

—En mi torre.

—¿Puede bajar un momento?

—¿Para qué me necesitan?

—Para saber qué atraviesa el paralelo 37°.

—Si es sólo para eso no necesito bajarme de mi observatorio.

—Bueno, díganos.

—Al dejar América, el paralelo 37° atraviesa el océano Atlántico, encuentra la isla de Tristao da Cunha, pasa al sur del Cabo de Buena Esperanza, atraviesa el mar de la India, roza la isla de San Pedro y luego corta Australia por la provincia de Victoria.

—Adelante.

—Saliendo de Australia...

¿Acaso el geógrafo no sabía seguir? No, pero un grito formidable y una violenta exclamación partió de las ramas altas del ombú. ¿Qué pasaba? ¿Una nueva catástrofe o el pobre Paganel había perdido pie y caía? Mulrady y Wilson ya volaban para socorrerlo, cuando apareció su largo cuerpo revoloteando de rama en rama. ¿Estaba vivo o muerto? Ya iba a caer a las

aguas cuando Mac Nabbs lo detuvo con su vigoroso brazo.

—Un millón de gracias —exclamó Paganel.

—¿Qué le pasa? ¿Una nueva distracción acaso?

—¡Sí, sí! ¡La más tremenda de las distracciones!

—¿Cuál?

—Nos hemos engañado y seguimos engañados. — ¡Explíquese, por favor!

—Amigos míos, estamos buscando al capitán Grant donde no está.

—¿Qué?

—Digo que lo buscamos donde no está y donde nunca ha estado.

Capítulo XXIV

Siguen haciendo vida de pájaros

Todos lo miraban con el mayor asombro, mientras el sabio insistía en que estaban equivocados.

—Explíquese —le pidió Mac Nabbs con mayor calma que los demás.

—Es muy sencillo, mayor. Yo también estaba en un error, pero al explicarles recién y pronunciar la palabra Australia un rayo de luz iluminó mi cerebro.

—¡Cómo!... ¿Acaso el capitán Grant podría estar en...?

—Lo que creo es que la palabra «austral" que leímos en el documento no estaba completa, como pensamos, sino que era parte de "Australia».

—Sería algo muy extraño —contestó el mayor.

—¡Imposible! —exclamó Glenarvan. —Estoy seguro —respondió Paganel.

—¡Cómo! —dijo Glenarvan muy asombrado—. ¿Se atreve a afirmar que el naufragio ocurrió en esas costas?

—Estoy seguro —repitió Paganel.

—¿Pero entonces como se explica la palabra indios?

—La palabra podría ser «indígenas» ¿verdad? Y si bien no hay indios, hay indígenas en Australia respondió Paganel con sonrisa orgullosa.

—¡Bravo, Paganel! —aplaudió el mayor.

—¿Conforme con mi interpretación, querido lord?

—Sí, pero antes debe probarme qué significado tiene el fragmento «—gonia», si es que no quiere decir Patagonia.

—Seguro de que se trata de cualquier otra cosa menos Patagonia —afirmó Paganel.

—¿Pero qué?

—Teogonía, agonía...

—¡Agonía! —aceptó el mayor.

—No importa, lo que sí es seguro es que se trata de Australia. Claro que yo acepté la otra interpretación sugestionado por las palabras de ustedes.

Glenarvan estaba casi convencido, todos tenían nuevas esperanzas de encontrar a los náufragos y Roberto aplaudía entusiasmado.

—¿Puedo pedirle que lea el documento según lo interpreta ahora? —le pidió Glenarvan.

—Aquí está —dijo sacando el precioso papel.

Reinó un profundo silencio mientras Paganel coordinaba sus ideas, finalmente leyó:

«El 7 de junio de 1862, la fragata Britannia de Glasgow ha zozobrado después de. . ." Pongan dos o tres días de larga agonía— "en las costas de Australia. Dirigiéndose a tierra dos marineros y el capitán Grant van a tratar de abordar o han abordado el continente en que serán o son prisioneros de crueles indígenas. Han arrojado este documento... etcétera.»

—¿Está bien claro?

—Entonces, amigos, no puedo decirles más que una cosa: ¡A Australia y que el cielo nos proteja!

—¡A Australia! —respondieron todos.

—¿Sabe, Paganel, que su presencia en el Duncan es un hecho providencial?

—Bueno —respondió Paganel—, demos por sabido que soy un enviado de la Providencia.

Así terminó aquella conversación que tendría tan grandes consecuencias en el futuro. Habían encontrado de nuevo una posibilidad de salida en el laberinto en que se creían perdidos. Olvidaron el peligro de su situación y se entregaron

a una gran alegría; podrían dejar el continente americano. volver al Duncan y no llevar la desesperación sino la esperanza a lady Elena y a Mary Grant.

Eran las cuatro y se resolvió cenar a las seis. Para celebrar, Paganel propuso hacer un festín y como lo que tenían era escaso lo invitó a Roberto a ir a cazar al «bosque». Roberto aceptó entusiasmado y pronto empezaron a trepar hacia las ramas más altas.

Mientras tanto Glenarvan y Mac Nabbs revisaban las marcas para controlar las aguas y Wilson y Mulrady reanimaban el fuego.

Las aguas no habían bajado, pero afortunadamente tampoco habían ascendido; la correntada seguía con la misma fuerza, por el momento no había esperanzas de que descendieran.

Pronto se oyeron algunos disparos y las voces alegres de Paganel y Roberto; no se sabía quién era más chico de los dos. A Wilson se le ocurrió la idea de improvisar con un alfiler y un hilo un aparejo de pesca. Al rato saltaban en su poncho unas docenas de sabrosas mojarras que ya prometían un plato exquisito.

En aquel momento bajaron los cazadores, traían con gran cuidado huevos de golondrina negra, una sarta de gorriones y algunos jilgueros que Paganel afirmaba que eran muy buscados en los mercados de Montevideo por su sabrosa carne.

La cena fue variada: agradable tasajo, huevos duros, mojarras asadas, jilgueros y gorriones doraditos al fuego formaron un banquete difícil de olvidar. Paganel recibió las felicitaciones que merecía como cocinero y animó con su charla la comida.

—Roberto y yo nos creíamos en medio de un bosque; hubo un momento en que temimos perdersnos.

¡No encontrábamos el camino de regreso! ¡El sol caía en el horizonte y no hallábamos la huella de nuestros pasos! El hambre cruel nos acosaba y resonaban en la espesura los gritos de las fieras... ¡Pero, no hay fieras y lo siento mucho!

—¿Cómo? —dijo Glenarvan—. ¿Siente que no haya fieras?

—Sí, por cierto.

—Y no teme su ferocidad?

—Científicamente hablando la ferocidad no existe,

Esta expresión dio lugar a una cálida discusión entre Paganel y el mayor acerca de las fieras, la ferocidad y su utilidad en la tierra. Glenarvan los interrumpió diciéndoles:

—Bueno, de cualquier manera, nos pasaremos sin á fieras en el árbol, lo que mejora nuestra situación.

—¿Acaso no le resulta cómoda esta situación? —preguntó asombrado Paganel—. En ninguna parte he estado nunca mejor, ni siquiera en mi cara. ¿Qué nos falta? Hacemos vida de pájaros, cantamos, revoloteamos. Empiezo a creer que los hombres han sido creados para vivir en los árboles.

—Como lo prueban sus alas —interrumpió el mayor con ironía.

—Un día u otro las tendremos.

—Pero, entretanto, mi querido amigo —dijo Glenarvan—, déjeme preferir a esta casa aérea la arena de un parque, el piso de una casa o la cubierta de un buque.

—Deben aceptar las cosas como vienen; si son buenas, mejor; si son malas, paciencia. Seguro que Roberto es perfectamente feliz.

—¡Sí, señor Paganel!

—Gracias a su edad —respondió Glenarvan.

—Y a la mía —replicó Paganel—. Cuanto menos es el número de comodidades, menores son también las necesidades y mayor la felicidad.

—¿Ahora va a pronunciar un discurso sobre la felicidad y la riqueza? —dijo el mayor.

—No —respondió el sabio—, pero si me lo permiten, les contaré una historia árabe que ahora recuerdo.

—¡Sí, sí!, señor Paganel —aceptó Roberto.

—En fin, cuéntela, ya que lo sabe hacer con tanta gracia, Scherezade —respondió Mac Nabbs.

—Había —empezó Paganel— un hijo del gran Harún-al-Raschid que no era feliz. Consultó entonces a un viejo derviche que le dijo. que la felicidad era muy difícil de encontrar en este mundo, sin embargo, le aconsejó que se pusiera la camisa de un hombre feliz. El príncipe abrazó al sabio anciano y partió en busca del talismán... Visitó todas las capitales de la tierra... Se puso camisas de reyes, emperadores, príncipes y millonarios; de artistas, guerreros y comerciantes. Nada consiguió. Anduvo mucho sin encontrar la felicidad. Cuando ya se volvía a su país, vio a un pobre labrador que alegre y cantando iba detrás de su arado, se dirigió a él y le preguntó si era feliz.

—Sí —le respondió el labrador. —¿No deseas nada?

—Nada.

—¿No cambiarías tu suerte por la de un rey? —Jamás.

—Pues bien, véndeme tu camisa. —¿Mi camisa? ¡No tengo camisa!

Capítulo XXV

Entre el fuego y el agua

Todos festejaron el cuento y aceptaron que a falta de otra cosa, bueno era el árbol.

El día había pasado y llegó la noche: un buen sueño debía terminar aquel día tan agitado. Los huéspedes del ombú se sentían fatigados, ya sus alados compañeros les daban el ejemplo al suspender sus cantos y desaparecer en lo más espeso de las ramas.

Antes de «meterse en el nido» —como decía Paganel, Glenarvan con Roberto y el sabio subieron a contemplar la líquida llanura.

El sol ya se había puesto, las brillantes constelaciones del hemisferio sur aparecían veladas por la bruma, sin embargo, se las distinguía bien y Paganel les hizo observar la Cruz del Sur, grupo de estrellas de primera y segunda magnitud dispuestas en forma de rombo; el Centauro donde brilla la estrella más próxima a la Tierra, la que no dista más de cuarenta y cinco billones de kilómetros; las nubes de Magallanes, dos grandes nebulosas y, por último, «el agujero negro» en que parece faltar totalmente la sustancia estelar.

Con gran pena, el sabio comprobó que Orión no era aún visible, pero igual les contó una poética creencia de los indios patagones quienes ven en Orión la representación de un inmenso lazo y de tres bolas lanzadas por la mano del cazador que recorre las celestiales praderas.

Mientras conversaban, un enorme nubarrón fue cubriendo gran parte del cielo; el ambiente estaba calmo y saturado de electricidad.

—Va a haber tempestad —dijo Paganel—. ¿Tienes miedo a los truenos, Roberto?

—Ninguno.

—Mejor, porque la tormenta no está lejos.

Lo que yo lamento no es la tormenta —dijo Glenarvan—, sino los torrentes de agua que nos caerán. A pesar de su opinión, se deberá convencer de que un nido no alcanza para los hombres; nos vamos a calar hasta los huesos.

—¡Pero con filosofía! —respondió el sabio. —La filosofía no nos impedirá mojarnos. —Pero nos dará resignación.

—En fin... —dijo Glenarvan— vamos a avisarles a nuestros compañeros que se envuelvan lo mejor que puedan en sus ponchos y sobre todo que hagan

buena provisión de paciencia porque la van a necesitar. Bajemos que ya va a estallar el rayo.

Se deslizaron por las ramas. Al llegar se quedaron sorprendidos por la claridad fosforescente que provenía de miles de luciérnagas que volaban cerca de la superficie del agua. Paganel les explicó que eran insectos conocidos en América con el nombre de cocuyos o tuco-tuco; no les fue difícil cazar algunos para observarlos de cerca.

Se prepararon a pasar la tormenta, atados a sus nidos para evitar que la fuerza del viento o del agua los derribase y se taparon lo mejor posible con sus ponchos. La inquietud que produce la llegada de la tormenta no los dejaba pegar un ojo, aunque no se movían siquiera de su posición.

Glenarvan se atrevió a avanzar a tientas fuera del follaje y contempló un cielo aterrador.

—¿Qué le parece, milord? —preguntó Paganel.

—Que si la tormenta se porta como promete será terrible.

—Mejor así —respondió el entusiasmado Paganel—, deseo que el espectáculo, ya que debo presenciarlo, sea grandioso. Recuerdo que leí, no sé dónde, que ésta es una región de grandes sacudimientos eléctricos; precisamente en la provincia de Buenos Aires cayeron de una sola tormenta treinta y siete centellas y que un solo trueno duró cincuenta y cinco minutos. Sólo me alarma que el único punto culminante de la llanura sea este ombú, árbol predilecto de los rayos. No por nada los sabios recomiendan no cobijarse bajo los árboles en las tormentas.

Interrumpieron esta conversación violentos truenos cuya intensidad crecía a los tonos más altos; lo que más llamaba la atención eran los relámpagos. Tenían las formas más variadas, algunos caían perpendiculares a la tierra, otros tenían forma ahorquillada, eran numerosos a pesar de que el astrónomo Arago consigna sólo dos ejemplos; finalmente otros formaban juegos de luces arborescentes.

Muy pronto, de sur a norte, se tendió una franja fosfórica de intenso resplandor que inflamó las nubes; las aguas reflejaban ese incendio del cielo. Todos contemplaron con curiosidad y temor aquel aterrador espectáculo. En seguida se abrieron las cataratas del cielo, ¿sería esa lluvia el fin de la tormenta? ¿Sólo un chaparrón tendrían que sufrir los viajeros? No, en el extremo de una rama apareció un globo inflamado del tamaño de una naranja, rodeado de humo negro; la esfera giró sobre sí misma y finalmente reventó con estruendo y llenó la atmósfera de vapor sulfuroso. Inmediatamente se oyó la voz de Tom Austin:

—¡Fuego en el árbol!

La llama se propagó rápidamente devorando ramas secas, nidos y la misma corteza del árbol; el viento que se levantó avivaba el incendio. Glenarvan y sus compañeros se refugiaron en el lado opuesto, mudos y asombrados; las ramas chasqueaban y se retorcían; las llamas se elevaban y envolvían el ombú como una túnica. Todos estaban aterrorizados, sofocados por el humo y abrasados por el calor insoportable; el incendio avanzaba hacia ellos que ya se veían condenados a morir.

La situación era insostenible y de dos muertes se eligió la menos cruel.

—¡Al agua! —gritó Glenarvan.

Wilson, alcanzado por las llamas, acababa de tirarse cuando se lo oyó exclamar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Austin se apresuró atenderle la mano.

—¿Qué pasa?

—¡Los caimanes! ¡Los caimanes! respondió Wilson.

Rodeaban el tronco del árbol terribles animales cuyos cuerpos escamosos reflejaban las luces del incendio, sus colas enormes y sus mandíbulas de dientes afilados aseguraban su ferocidad. Paganel reconoció que eran de la especie aligátor, conocida vulgarmente en América con el nombre de caimanes. Se podían contar diez animales al pie del ombú, su presencia les hacía ver cerca una muerte horrible; hasta el calmo mayor dijo, con acento tranquilo:

—Pareciera que éste es el fin del final.

Los hombres se sentían impotentes para luchar contra los elementos desencadenados, ni sabían qué socorro pedirle al cielo.

La tormenta comenzaba a amainar, pero en el sur se fue formando una enorme tromba que parecía unir las aguas con las nubes; giraba velozmente sobre sí misma atrayendo con gran fuerza el agua y las corrientes del aire.

En poco tiempo la gigantesca tromba llegó al ombú, lo envolvió y sacudió hasta las mismas raíces. Los hombres, aterrorizados, sintieron que el árbol crujía, cedía y se derrumbaba sobre las aguas con un ruido ensordecedor. Todo pasó en instantes, luego el tifón siguió su marcha enloquecida.

Los caimanes habían desaparecido, sólo uno avanzaba desde las raíces con la boca abierta. Mulrady tomó una rama, casi desprendida por el fuego, y con un golpe certero derribó al animal.

Glenarvan y sus compañeros treparon a las ramas más elevadas y se alejaron del incendio mientras el ombú se deslizaba entre las sombras de la noche.

Capítulo XXVI

El Atlántico

El ombú navegó durante dos horas sin llegar a tierra firme. Poco a poco se fueron apagando las llamas; ya había desaparecido el peligro principal, tanto que el mayor opinó que no le parecía imposible que se salvaran.

La corriente siempre iba de sudeste a noroeste. La oscuridad, sólo iluminada de cuando en cuando por algún relámpago tardío, era profunda; la tempestad había terminado, las nubes se abrían y dejaban ver franjas del cielo.

El ombú seguía su rápida marcha, pero a eso de las tres de la madrugada les pareció que las raíces rozaban abajo. Tom Austin sondeó con una rama y observó que el suelo se iba elevando; veinte minutos después hubo un choque y el ombú se detuvo bruscamente.

—¡Tierra! ¡Tierra! —gritó Paganel.

Roberto y Wilson pusieron rápido pie en tierra y al instante sintieron un silbido conocido que les hizo gritar de alegría:

—¡Thalcave! —dijo Roberto.

—¡Thalcave! —corearon todos.

—¡Amigos! —dijo el patagón que había esperado donde la corriente debía llevarlos como lo había llevado a él.

Thalcave levantó en sus brazos a Roberto y lo abrazó fuertemente; los otros le dieron la mano, contentos de volverlo a encontrar.

Después el patagón los condujo a un lugar techado en que ardía un buen fuego cuyo calor los reanimó, mientras se asaba carne de venado con la que saciaron su apetito.

Después reflexionaron acerca de lo maravilloso de su salvación de tantos y tan diferentes peligros.

Thalcave contó su historia brevemente, haciendo recaer en su caballo toda la gloria de su salvación; luego Paganel le explicó la nueva interpretación del documento que quizá el indio no entendió, aunque le bastaba ver a sus amigos felices.

Después del obligado descanso en el ombú, todos estaban ansiosos de moverse, así que temprano se pusieron en marcha, en este caso a pie ya que no tenían dónde proporcionarse caballos; por otra parte no eran más que unos 75 km y Thauka no se negaría a llevar a alguno más fatigado o a dos si era necesario.

Comenzaron a recorrer zonas más altas, el paisaje era nuevamente monótono y desolado, sólo algunos arbolitos sobresalían de los pastos.

Al día siguiente, la proximidad del océano se hizo sentir; unos treinta kilómetros antes de llegar al Cabo Corrientes, el viento marino ya agitaba los pastos; tuvieron que rodear varias lagunas salinas que brillaban como espejos en la llanura. A eso de las ocho divisaron los médanos cuya elevación no bajaba de los cincuenta metros, detrás de ellos se estrellaban las espumosas olas; pronto sintieron su murmullo.

—¡El océano! —gritó Paganel.

Y aquellos peregrinos que casi ya no podían dar un paso, treparon los médanos con una agilidad increíble, llegaron a la costa y, en vano, intentaron divisar el Duncan entre las espesas sombras de la noche.

—¡Allí está! —decía Glenarvan, no pudiendo consolarse.

—Mañana lo veremos —respondió Mac Nabbs.

Tom Austin llamó haciendo bocina con sus manos, pero fue inútil, no podía ser oído por el ruido del viento y de las olas. El mismo pensaba que el Duncan debía hallarse por lo menos a cinco millas de la costa ya que ésta era muy peligrosa por sus bancos de arena y no ofrecía ningún reparo seguro ni puerto en que el yate pudiera refugiarse.

Lo único que podían hacer hasta la madrugada era dormir, así que siguiendo el ejemplo de Mac Nabbs cavaron hoyos en la arena de los médanos y se acurrucaron lo mejor posible.

Pronto todos, menos Glenarvan, dormían profundamente. A él le parecía imposible tener el Duncan tan cerca y no poder comunicarse con sus tripulantes; le asaltaba la duda de que no hubiese llegado, pero razonaba que del 14 de octubre en que había partido de Talcahuano hasta el 12 de noviembre había tenido tiempo suficiente para llegar; confiaba en el Duncan que era tan buen barco y en su excelente capitán. Pero lord Glenarvan no se consolaba, buscaba en la oscuridad a todos los que amaba, a su querida Elena, a Mary Grant, a los tripulantes y se lamentaba de que sus ojos no fueran capaces de atravesar la oscuridad.

Recordó entonces que Paganel era nictálope, es decir que podía ver de noche; corrió a despertarlo. El pobre Paganel se levantó refunfuñando, casi

dormido, lo siguió por la playa tratando inútilmente de ver alguna lucecita; como no hablaba, Glenarvan le miró los ojos y vio que caminaba junto a él dormido, entonces lo llevó a su agujero y sin despertarlo lo sepultó en la arena.

Apenas rayó el alba, los expedicionarios se levantaron al oír gritar:

—¡El Duncan! ¡El Duncan!

—¡Hurra, hurra! —corearon todos.

Era verdad, a unas cinco millas de la costa, mar adentro, el yate se mantenía a poco vapor, el humo de su chimenea se confundía con las brumas del amanecer; un barco tan grande no podría acercarse más sin un gran peligro.

Glenarvan observaba con el catalejo las evoluciones del yate, era evidente que aún no los habían visto.

En aquel momento Thalcave descargó tres veces seguidas su carabina, el eco retumbó en los médanos y poco después se vio en el costado de la embarcación una humareda blanca; inmediatamente el Duncan comenzó a acercarse a la costa cuanto pudo, cuando ya era imposible avanzar, echaron un bote al agua.

—Lady Elena no podrá venir —dijo Tom Austin, hay demasiado oleaje.

—Ni tampoco puede John Mangles dejar el buque —respondió Mac Nabbs.

—¡Hermana mía! —decía Roberto estirando sus brazos hacia el yate.

—¡Cuánto tardaremos en llegar a bordo! —se impacientaba Glenarvan.

—Paciencia, Edward, en dos horas estaremos allí.

—¡Dos horas!

En efecto, el bote movido por seis remeros no podría hacer en menos tiempo y con el mar tan agitado el trayecto de ida y vuelta.

Glenarvan se dirigió a Thalcave que miraba el Duncan al lado de Thauka.

—Ven —le dijo tomándolo de una mano. El indio movió lentamente la cabeza.

—Ven, amigo —repitió Glenarvan.

—No, aquí está Thauka y allí las pampas —dijo señalando con sus manos las extensas llanuras.

Glenarvan comprendió que el indio no quería abandonar la tierra donde estaban los huesos de sus padres; por eso no insistió y tampoco se atrevió a

insistir cuando se negó a admitir el pago por sus servicios, diciéndole:

—Por amistad.

Glenarvan no pudo contestarle, hubiera querido al menos dejarle algo de recuerdo; nada tenía, todo lo habían perdido; no sabía cómo demostrarle su gratitud; recordó de pronto algo y sacó de su cartera un medallón precioso, un retrato, obra maestra de Lawrence, y se lo entregó:

—Mi esposa.

—¡Buena y bella!

Después, todos se despidieron con gran tristeza al separarse de este fiel y valiente amigo.

Paganel le regaló el mapa de América que el indio había mirado muchas veces con curiosidad, era lo más precioso que tenía el sabio. Roberto sólo podía darle sus caricias, aunque reservó algunas para Thauka.

Entre tanto el bote del Duncan se acercaba, se deslizó entre los bancos hasta tocar la playa.

—¿Mi esposa?

—¿Mi hermana?

—Los aguardan a bordo —contestó el timonel—, pero apresurémonos que empieza la marea.

Se dieron los últimos abrazos con el indio y cuando Roberto subía, aquél lo tomó en sus brazos y lo miró con ternura.

—¡Ahora ya eres un hombre!

—¿Adiós, amigo!

—¡Nunca más nos volveremos a ver! —exclamó Paganel.

—¿Quién sabe? —respondió Thalcave indicando el cielo.

El viento llevó las últimas palabras del indio.

Durante mucho tiempo la silueta inmóvil de Thalcave apareció entre la espuma de las olas. Luego su gigantesca estatura fue achicándose hasta desaparecer de la vista.

Una hora después, Roberto subía el primero a bordo y abrazaba con fuerza a Mary; la tripulación los recibió con ¡hurras! estrepitosos.

De este modo se había llevado a cabo la travesía de América del Sur, siguiendo una línea recta; ni montañas ni ríos hicieron que se separaran de la senda que se habían trazado; no se les opuso la mala voluntad de los hombres,

pero los elementos de la naturaleza pusieron muchas veces a prueba su generoso valor.

AUSTRALIA

Capítulo I

La vuelta a bordo

Los primeros instantes se dedicaron a expresar la alegría que a todos causaba el volverse a ver y hallarse nuevamente reunidos. Glenarvan no quiso disipar esta alegría en el corazón de sus amigos con la noticia del mal éxito de sus pesquisas. Así es que sus primeras palabras fueron: «¡Confianza, amigos míos! ¡Confianza! El capitán Grant no está con nosotros, pero tenemos la seguridad de encontrarlo. »

Necesario fue que lo afirmase con convicción para volver la esperanza a los pasajeros del Duncan.

En efecto, Lady Elena y Mary Grant, mientras la lancha se iba acercando al yate, sufrieron la más viva ansiedad y las más crueles angustias. Desde lo alto de la chupeta, procuraban contar los que veían a bordo.

Tan pronto Mary se desesperaba, como se figuraba ver a Harry Grant. Su corazón palpitaba, y no podía hablar ni casi sostenerse. Se apoyaba en los brazos de Lady Elena. John Mangles, que estaba junto a ella, observaba y callaba. Sus ojos de marino, tan acostumbrados a distinguir los objetos lejanos, no veían al capitán.

— ¡Allí está! ¡Viene mi padre! —murmuraba la joven.

Pero la lancha se acercaba poco a poco, y la ilusión era ya imposible. Los viajeros se hallaban a menos de 100 brazas, y Lady Elena, John Mangles y hasta la misma Mary, con los ojos bañados de lágrimas, tuvieron que renunciar a su última esperanza.

Tiempo era ya de que Lord Glenarvan llegase e hiciese oír sus tranquilizadoras palabras.

Después de los primeros abrazos, Lady Elena, Mary Grant y John Mangles fueron puestos al corriente de los principales incidentes de la expedición y lo primero que Lord Glenarvan dio a conocer fue la nueva interpretación del documento debida a la sagacidad de Santiago Paganel. Hizo también mil

elogios de Roberto, que con razón llenaron a Mary de orgullo. Su valor, su abnegación, los peligros que había corrido, todo fue puesto en evidencia por Glenarvan de tal manera, que el joven se sonrojó, y no hubiera sabido dónde ocultarse si los brazos de su hermana no le hubiesen ofrecido un refugio.

—No te pongas colorado, Roberto —dijo John Mangles—, no has hecho más que conducirte como un digno hijo del capitán Grant.

Tendió sus brazos al hermano de Mary, y apoyó sus labios en sus mejillas humedecidas aún por las lágrimas de la joven.

Nada diremos de la acogida que recibieron el Mayor y el geógrafo, y del recuerdo con que fue honrado el generoso Thalcave. Lady Elena sintió en el alma no poder estrechar la mano del magnánimo indio. Mac Nabbs, pasadas las primeras efusiones de afecto, se fue a su camarote, donde se afeitó con mano tranquila y segura. Paganel revoloteaba de un lado a otro como una abeja, recogiendo un rico botín de cumplidos y sonrisas. Quiso abrazar a toda la tripulación del Duncan, y sosteniendo que Lady Elena formaba parte de ella lo mismo que Mary Grant, empezó su distribución por ellas para concluir en Monsieur Olbinett.

De ningún modo creyó el steward poder corresponder mejor a la cortesía del geógrafo, que anunciando el almuerzo.

— ¡Santa palabra! —exclamó Paganel—. ¡El almuerzo!

—Sí, Monsieur Paganel —respondió Monsieur Olbinett.

—¿Un verdadero almuerzo, en una verdadera mesa, con verdaderos cubiertos y verdaderas servilletas?

—Claro, Monsieur Paganel.

—¿Y no comeremos charqui, ni huevos duros, ni filete de avestruz?

— ¡Oh, Monsieur Paganel! —respondió el cocinero humillado en su arte.

—No he querido, amigo mío, herir vuestro amor propio —dijo el sabio sonriéndose—. Pero tal ha sido durante un mes nuestro ordinario y comíamos, no sentados a la mesa, sino echados en el suelo, cuando no montados a horcajadas en algún árbol. No debe, pues, extrañaros que el almuerzo que acabáis de anunciarme me haya parecido un sueño, una ficción, una quimera.

—Pues bien, vamos a asegurarnos de que es una realidad, Monsieur Paganel —respondió Lady Elena, que reía regocijada.

—He aquí mi brazo —dijo el galante geógrafo.

—¿Vuestro Honor no tiene ninguna orden que darne para el Duncan —preguntó John Mangles.

—Después de almorzar, querido John —respondió Glenarvan—, discutiremos en familia el programa de nuestra expedición.

Los pasajeros del yate y el joven capitán bajaron a la cámara común que servía de comedor y de cuarto de reunión. Se dio orden al maquinista de tenerlo dispuesto todo para partir a la primera señal. El Mayor recién afeitado, y los viajeros, después de haberse lavado y arreglado rápidamente, se sentaron a la mesa.

Nadie desdeñó el almuerzo de Monsieur Olbinett. Fue declarado excelente, y hasta superior a los espléndidos festines de la Pampa. Paganel comió de todos los platos, y repitió, por distracción, según él dijo.

Esta malhadada palabra indujo a Lady Glenarvan a preguntar si el amable francés había reincidido en su pecado habitual. El Mayor y Lord Glenarvan se miraron sonriéndose. Paganel soltó con toda franqueza una sonora carcajada, y se comprometió formalmente a no cometer una sola distracción durante todo el viaje. Después narró con mucho gracejo su *quid pro quo*, es decir, los profundos estudios que hizo de la lengua española en la obra portuguesa del gran Camoes.

—Pero —añadió al concluir— como no hay mal que por bien no venga, no siento haberme equivocado.

—¿Por qué, mi digno amigo? —preguntó el Mayor.

—Porque ahora, a más del español, poseo el portugués. Hablo dos lenguas en lugar de una.

—No había caído en ello —respondió Mac Nabbs—. Os felicito, Paganel, os doy mil parabienes.

Se aplaudió a Paganel, el cual no perdió bocado. Comía y hablaba a un mismo tiempo. Pero no notó una particularidad, que no dejó Glenarvan pasar inadvertida. A Glenarvan no se le escaparon las atenciones que mereció a John Mangles su vecina Mary Grant. Una leve señal de Lady Elena dijo claramente a su esposo: La cosa marcha. Glenarvan miró a los dos jóvenes con afectuosa simpatía, e interpeló a John Mangles, pero no sobre el asunto.

—¿Y vuestro viaje, John? —le preguntó—. ¿Qué tal ha sido?

—Se ha verificado —respondió el capitán— en las mejores condiciones, si bien debo advertir a Vuestro Honor que hemos vuelto a tomar el derrotero del estrecho de Magallanes.

— ¡Cómo! —exclamó Paganel—. ¡Habéis doblado el cabo de Hornos sin estar yo!

— ¡Ahorcaos! —dijo el Mayor.

— ¡Egoísta! ¡Quisierais que me ahorcase para utilizar mi cuerda! — respondió el geógrafo.

—Pero, querido Paganel —respondió Glenarvan—, no estando dotado del don de ubicuidad, no podéis estar en dos partes a la vez. ¿Cómo queríais doblar el cabo de Hornos, mientras recorríais la llanura de las Pampas?

—Es verdad, pero lo siento —replicó el sabio.

John Mangles prosiguió la narración de su travesía. Navegando a lo largo de la costa americana, había observado todos los archipiélagos occidentales sin hallar ningún rastro de la Britannia. Al llegar al cabo Pilares, a la entrada del estrecho, halló fuertes vientos y se dirigió hacia el sur; el Duncan pasó junto a las islas del Desconsuelo, se elevó hasta los 67 grados de latitud austral, dobló el cabo de Hornos, bordeó la Tierra del Fuego, y pasando el estrecho de Le Maire, siguió las costas de la Patagonia, donde a la altura del cabo Corrientes le asaltaron vientos terribles, los mismos que con tanta violencia hostilizaron a los viajeros durante la tormenta. Pero el yate se condujo bien, y hacía ya tres días que navegaba de vuelta y vuelta para no separarse mucho de la costa a la cual no podía, tampoco, acercarse demasiado, cuando los estampidos de la carabina le indicaron la llegada de los viajeros, a quienes con tanta impaciencia se aguardaba.

El capitán del Duncan hubiera sido injusto no haciendo mención de la extraordinaria intrepidez de Lady Glenarvan y de Miss Grant. La temperatura no las acobardó, y si algún temor manifestaron, se debió únicamente a la idea de los riesgos que debían correr los expedicionarios, errantes entonces por las llanuras de la República Argentina.

Así terminó John Mangles su relato, que fue seguido de las felicitaciones de Lord Glenarvan. Éste, dirigiéndose luego a Mary Grant, dijo:

—Querida Miss, veo con mucho gusto que el capitán John hace justicia a vuestras grandes cualidades y que vos no lo pasáis del todo mal a bordo de su buque.

—¿Es acaso posible pasarlo mal? —respondió Mary, mirando a Lady Elena, y tal vez también al joven capitán.

— ¡Oh! Mi hermana os ama mucho, Monsieur John —exclamó Roberto—, y yo también.

—Y yo te correspondo, amiguito —respondió John Mangles, algo desconcertado por la salida de tono de Roberto, que hizo ruborizarse a Mary Grant.

Después, desviando la conversación hacia un terreno menos ardiente, John añadió:

—Puesto que nada más tengo que decir acerca del viaje del Duncan, ¿querrá Vuestro Honor darnos algunos pormenores relativos a su travesía de América y a las hazañas de nuestro joven héroe?

Ninguna relación podía ser más agradable a Lady Elena y a Miss Grant. Lord Glenarvan, conociendo cuán excitada estaba su curiosidad, la satisfizo al momento. Refirió con todos sus incidentes su viaje de un océano a otro. El paso de la cordillera de los Andes, el terremoto, la desaparición de Roberto, el rapto del cóndor, el disparo de Thalcave, el episodio de los lobos rojos, la abnegación del joven, el sargento Manuel, la inundación, el refugio en el ombú, el rayo, el incendio, los caimanes, el tifón, la noche al borde del Atlántico.

Tantas y tantas peripecias, tantas y tan variadas escenas, excitaron sucesivamente la alegría y el terror de sus oyentes. Más de un hecho se refirió que valió a Roberto las caricias de su hermana y de Lady Elena. Nunca el rostro de un niño ha sido tan pródigamente besado por amigos más entusiastas.

Cuando Lord Glenarvan hubo terminado su historia, añadió las siguientes palabras:

—Ahora, amigos míos, pensemos en el presente. El pretérito pasó, pero el porvenir nos pertenece. Volvamos al capitán Harry Grant.

Después de almorzar pasaron todos al gabinete particular de Lady Elena y se sentaron alrededor de una mesa llena de mapas y de planos, entablándose la conversación inmediatamente.

—Mi querida Elena —dijo Lord Glenarvan—, os he anunciado que si bien los naufragos de la Britannia no venían con nosotros, teníamos más que nunca esperanza de dar con ellos. De nuestra travesía por América ha resultado la convicción, o, por mejor decir, la seguridad de que la catástrofe no ocurrió en las costas del Pacífico, ni en las del Atlántico, y por consiguiente la interpretación que habíamos dado al documento es falsa por lo que atañe a la Patagonia. Muy felizmente, nuestro amigo Paganel, iluminado por una inspiración súbita, ha descubierto el error; ha demostrado que seguíamos una pista falsa, y ha interpretado el documento de manera que no permite al ánimo la menor vacilación. Se trata del documento escrito en francés, y suplico por lo mismo a Paganel que dé sus explicaciones, a fin de que nadie conserve acerca del particular la menor duda.

El sabio, que no necesitaba para hablar que le metiesen los dedos en la boca, no se hizo de rogar, y disertó de la manera más convincente sobre las palabras gouse e indi, haciendo salir rigurosamente del vocablo austral la palabra Australia.

Demostró que el capitán Grant, al dejar la costa del Perú para regresar a

Europa, pudo en un buque desamparado ser arrastrado por las corrientes meridionales del Pacífico a las playas de Australia, y sus ingeniosas hipótesis, sus lógicas deducciones, obtuvieron la aprobación completa del mismo John Mangles, juez difícil de contentar, muy práctico en la materia, y que no se dejaba llevar de los vuelos de la imaginación.

Cuando Paganel hubo concluido su disertación, Glenarvan anunció que el Duncan iba inmediatamente a partir para Australia.

Sin embargo, antes de que se diese la orden de poner proa al este, el Mayor manifestó deseos de hacer una sencilla observación.

—Hablad, Mac Nabbs —respondió Glenarvan.

—No trato —dijo el Mayor— de debilitar, y menos aún de refutar los argumentos de mi amigo Paganel, que me parecen fuertes, sagaces, valederos, dignos de toda nuestra atención, y que deben justamente formar la base de nuestras investigaciones futuras. Pero deseo que se sometan a un último examen, a fin de que su valor sea absolutamente incontestable.

Nadie sabía dónde quería ir a parar el prudente Mac Nabbs, y sus oyentes le escuchaban con cierta ansiedad.

—Continuad, Mayor —dijo Paganel—. Estoy pronto a responder a vuestras preguntas.

—Nada más sencillo —dijo el Mayor—. Cinco meses atrás, cuando en el golfo de Clyde estudiamos concienzudamente los tres documentos, su interpretación nos pareció evidente. Ninguna otra costa más que la costa occidental de la Patagonia podía haber sido el teatro del naufragio. Acerca del particular no nos quedaba ni sombra de duda.

—La reflexión es muy justa —respondió Glenarvan.

—Más adelante —prosiguió el Mayor—, cuando Paganel, en un momento de distracción providencial, se embarcó en el Duncan, sometimos a su juicio los documentos, y aprobó sin reserva nuestras pesquisas en la costa americana.

—Convengo en ello —respondió el geógrafo.

—Y sin embargo, todos andábamos desacertados —dijo el Mayor.

—Sí, estábamos engañados —repitió Paganel—. Para engañarse, Mac Nabbs, basta ser hombre, pero para persistir en el error es preciso ser loco.

—Escuchad, Paganel —respondió el Mayor—, y no os molestéis. Yo no quiero decir que nuestras investigaciones deban prolongarse en América.

—¿Qué queréis, pues? —dijo Glenarvan.

—Una confesión, nada más, la confesión de que Australia parece ser en la

actualidad el teatro del naufragio de la Britannia tan evidentemente como antes parecía serlo América.

—Lo confesamos sin dificultad —respondió Paganel.

—Y yo tomo nota de la confesión —repuso el Mayor—, y me aprovecho de ella para obligar a vuestra imaginación a desconfiar de esas evidencias sucesivas y contradictorias. ¡Quién sabe si, después de Australia, no nos ofrecerá otro país las mismas seguridades, y si practicadas inútilmente las nuevas investigaciones a que vamos a entregarnos, no nos parecerá evidente que deben intentarse en otra parte!

Glenarvan y Paganel se miraron. Las observaciones del Mayor eran muy justas.

—Deseo, pues —repuso Mac Nabbs—, que antes de hacer rumbo para Australia, se haga una última prueba. Aquí están los documentos y los mapas. Examinemos sucesivamente todos los puntos por donde pasa el paralelo 37, y veamos si se encuentra o no algún otro país de que nos dé el documento la indicación precisa.

—Nada más fácil ni más breve —respondió Paganel—, porque afortunadamente por dicha latitud no abundan las tierras.

—Veamos —dijo el Mayor, extendiendo sobre la mesa un planisferio inglés, levantado según la proyección de Mercator, que ofrecía todo el conjunto del globo terráqueo.

Se puso el mapa delante de Lady Elena, y todos se colocaron de modo que pudiesen seguir la demostración de Paganel.

—Como he indicado ya —dijo el geógrafo—, el 37° de latitud, después de haber atravesado América del sur, encuentra las islas de Tristán da Cunha. Pues bien, sostengo que no hay una sola palabra en el documento que pueda referirse a estas islas.

Examinados escrupulosamente los documentos, hubo que reconocer que Paganel tenía razón. Tristán da Cunha fue excluida por unanimidad.

—Continuemos —añadió el geógrafo—. Al salir del Atlántico, pasamos a 2° debajo del cabo de Buena Esperanza, y penetramos en el mar de las Indias. No encontramos en el camino más que un grupo de islas, el de las islas de Amsterdam. Sometámoslo al mismo examen que a Tristán da Cunha.

Después de una comprobación atenta, las islas de Amsterdam fueron a su vez excluidas. Ninguna palabra, mutilada ni entera, francesa, inglesa o alemana, se aplicaba a aquel grupo del océano Indico.

—Llegamos ahora a Australia —repuso Paganel—; el paralelo 37

encuentra este continente en el cabo de Bernouille, y sale de él por la bahía de Twofold. Convendréis conmigo, sin violentar los textos, que la palabra inglesa *stra* y la francesa *austral* pueden aplicarse a Australia. Acerca del particular no debo insistir.

Todos aprobaron la conclusión formulada por Paganel, cuyo sistema reunía en su favor todas las probabilidades.

—Vamos más allá —dijo el Mayor.

—Vamos —respondió el geógrafo—. El viaje es fácil. Dejando la bahía de Twofold, se atraviesa el brazo de mar que se extiende al este de Australia y se encuentra Nueva Zelanda. Os recordaré ante todo que la palabra truncada *contin* del documento francés indica un continente de una manera incuestionable. El capitán Grant no puede, pues, haber encontrado refugio en Nueva Zelanda, que no es más que una isla. Como quiera que sea, examinad, comparad, forzad, combinad las palabras y ved si pueden convenir a esta nueva comarca. Imposible, de todo punto imposible.

—Imposible de todo punto —respondió John Mangles, observando minuciosamente los documentos y el planisferio.

—No —dijeron todos los oyentes de Paganel, incluso el Mayor—; no, no puede ser Nueva Zelanda.

—Ahora —repuso el geógrafo— debemos observar que en todo este inmenso espacio que separa la gran isla de la costa americana, el paralelo 37 no atraviesa más que un islote árido y desierto.

—¿Cómo se llama? —preguntó el Mayor.

—Mirad el mapa. Es María Teresa, nombre del que no se encuentra el menor indicio en ninguno de los tres documentos.

—Ninguno —respondió Glenarvan.

—Decid ahora, amigos míos, que no están en favor del continente australiano todas las probabilidades, por no decir todas las seguridades.

—Evidentemente —reconocieron unánimes los pasajeros y el capitán del Duncan.

—John —dijo entonces Glenarvan—, ¿tenéis bastantes víveres y carbón?

—Sí, Milord; me he provisto en grande en Talcahuano, y, además, la ciudad de El Cabo nos permitirá renovar muy fácilmente nuestro combustible.

—Pues bien, entonces trazad el derrotero...

—Una pequeña observación —dijo el Mayor, interrumpiendo a su amigo.

—Hablad, Mac Nabbs.

—Cualesquiera que sean las garantías de éxito que nos ofrezca Australia, ¿no sería conveniente hacer un día o dos de escala en las islas de Tristán da Cunha y de Amsterdam? Están situadas en nuestro camino, y no nos desvían de nuestro rumbo. Sabremos entonces si la Britannia ha dejado allí alguna huella de su naufragio.

— ¡El incrédulo Mayor —exclamó Paganel— sigue en sus trece!

—Lo que yo quiero —respondió Mac Nabbs— es no tener que retroceder, si Australia, por casualidad, no realizara las esperanzas que hace concebir.

—La precaución me parece bien —respondió Glenarvan.

—Y no seré yo quien os disuada de tomarla —replicó Paganel—. Todo lo contrario.

—Entonces, John —dijo Glenarvan—, la proa a Tristán da Cunha.

—Ahora mismo, Milord —respondió el capitán, y subió a cubierta, en tanto que Roberto y Mary Grant dirigían a Glenarvan las más sentidas palabras de reconocimiento.

Poco después, el Duncan, alejándose con rumbo al este de la costa americana, hendió con su cortante tajamar las olas del océano Atlántico.

Capítulo II

Tristán da Cunha

Si el yate hubiese seguido la línea del ecuador los 196° que separan Australia de América, o, por mejor decir, el cabo Bernouille, del cabo Corrientes, habrían equivalido a 11.760 millas geográficas. Pero en el paralelo 37 estos 196°, a consecuencia de la forma del Globo, no representan más que 9.480 millas. Desde la costa americana de Tristán da Cunha se cuentan 2.400 millas de distancia que John Mangles esperaba salvar en diez días, si no retardaban la marcha del yate los vientos del este. Pero no hubo vientos contrarios. Al anoecer la brisa decayó sensiblemente, después varió, y el Duncan pudo desplegar en un mar tranquilo todas sus incomparables cualidades.

Los pasajeros habían vuelto a sus costumbres de a bordo. No parecía que hubiesen permanecido un mes fuera del buque. Después de haber surcado las aguas del Pacífico se extendían bajo sus miradas las del Atlántico, y, salvo algunos matices, todas las olas se parecen. Los elementos, que a tan terribles

pruebas les habían sometido, reunían sus esfuerzos para favorecerles. El océano estaba tranquilo, el viento venía de buena parte, y todo el velamen, hinchado por las brisas del oeste, ayudaba al infatigable vapor almacenado en la caldera.

Aquella rápida travesía se llevó a cabo sin accidentes ni incidentes. Se esperaba con confianza la costa australiana. Las probabilidades se convertían en certezas. Se hablaba del capitán Grant como si el yate fuese a buscarle en un punto determinado. Su camarote y los coys de sus dos compañeros se prepararon a bordo. Mary Grant se complacía en arreglarlos y embellecerlos con sus propias manos. Le había cedido su cámara Monsieur Olbinett, el cual se trasladó a la de Madame Olbinett, que confinaba con el famoso número seis, retenido a bordo del Scotia por Santiago Paganel.

Casi de continuo permanecía encerrado en él el sabio geógrafo. Trabajaba desde el amanecer hasta que anochecía en una obra titulada: Sublimes impresiones de un geógrafo en la Pampa argentina. Se le oía articular y casi cantar con voz conmovida sus elegantes y redondeados períodos antes de fijarlos en las blancas páginas de su prontuario, y más de una vez, infiel a Clío, la musa de la Historia, invocó en sus transportes a la divina Calíope, que está al frente de la Epopeya.

Paganel no lo negaba. Por él las castas hijas de Apolo abandonaban voluntariamente las cumbres de Helicón y del Parnaso, por lo que Lady Elena le felicitaba sinceramente. El Mayor le felicitaba también por sus visitas mitológicas.

—Pero sobre todo —añadía— no más distracciones, querido Paganel, y si por casualidad os pasa por el magín aprender el australiano, no lo estudiéis en una gramática china.

Las cosas de a bordo iban, pues, viento en popa. Lord y Lady Glenarvan observaban con interés a John Mangles y Mary Grant, sobre cuyas relaciones nada tenían que decir, y puesto que John no les hablaba nunca de ellas, lo mejor era dejarlas pasar como inadvertidas.

—¿Qué pensará el capitán Grant? —dijo un día Glenarvan a Lady Elena.

—Pensará que John es digno de Mary, querido Edward, y no se engañará.

El yate marchaba rápidamente hacia su objetivo. Cinco días después de haber perdido de vista el cabo Corrientes, el 16 de noviembre, se hicieron sentir muy buenas brisas del este, tan codiciadas por los buques que doblan la punta africana combatidos por los vientos regulares del Sudoeste. El Duncan echó trapo y más trapo, y con su trinquete, su cangreja, sus gavias, sus juanetes, sus sobres, sus alas y arrastraderas, forzó su marcha con sin igual atrevimiento. Su hélice mordía apenas las aguas fugitivas que cortaba su

entrave, y parecía entonces que luchaba con los yates de carrera del Royal-Thames-Club.

Al día siguiente el océano, cubierto de inmensas olas, parecía un estanque obstruido por las hierbas. Hubiérase dicho que era un mar de mimbres entretejidos, suministrados por los despojos de todas las plantas y árboles arrancados de los continentes cercanos. El Duncan parecía deslizarse por una larga pradera que Paganel comparó justamente con las Pampas, y se demoró un poco su marcha.

Veinticuatro horas después, al rayar el alba, se oyó la voz del vigía.

—¡Tierra! —exclamó.

—¿En qué dirección? —preguntó Tom Austin, que estaba de cuarto.

—A sotavento —respondió el vigía.

A este grito conmovedor, se pobló al momento la cubierta del yate. Muy pronto salió de la toldilla un inmenso antejo de larga vista, seguido inmediatamente de Santiago Paganel.

El sabio asestó su instrumento en la dirección indicada, y nada vio que pareciese tierra.

—Mirad las nubes —le dijo John Mangles.

—En efecto —respondió Paganel—, parece una especie de pico, casi imperceptible aún.

—Es Tristán da Cunha —respondió John Mangles.

—Entonces, si no me es infiel la memoria —replicó el sabio—, debemos estar de él a la distancia de ochenta millas, que es la distancia a que es visible el pico de Tristán, que tiene ocho mil pies de altura.

—Precisamente —respondió el capitán John.

Algunas horas después fue perfectamente visible en el horizonte el grupo de islas muy altas y muy escarpadas. La cumbre cónica de Tristán se destacaba en negro sobre el fondo resplandeciente del cielo, listado por los rayos del sol naciente, y luego la isla principal se ostentó coronando una mole de rocas, en la cima de un triángulo inclinado hacia el Nordeste.

Tristán da Cunha está situado a los 37° 8' de latitud austral, y 10° 44' de longitud al oeste del meridiano de Greenwich. A 18 millas al Sudoeste está la isla Inaccesible, y a 10 millas al Sudeste la del Ruiseñor, las cuales completan aquel pequeño grupo aislado en aquella pequeña porción de Atlántico. Hacia el mediodía se distinguieron las dos principales señales que sirven a los navegantes de punto de reconocimiento, a saber, en un ángulo de la isla

Inaccesible una roca que figura exactamente un buque a toda vela, y en la punta norte de la isla de Ruiseñor dos islotes que parecen un fuerte arruinado. A las tres, el Duncan entró en la bahía de Falmouth de Tristán da Cunha, abrigada de los vientos del oeste por la punta de Help o del Buen Socorro.

Allí estaban anclados algunos balleneros dedicados a la caza de focas y otros animales marinos, de los que en aquellas costas se presentan innumerables variedades.

John Mangles buscó detenidamente un buen fondeadero, porque aquellas ensenadas de herradura son muy peligrosas cuando soplan vientos del noroeste y del norte, y en aquel sitio precisamente se perdió con todo su cargamento y tripulación en 1829 el bergantín inglés Julia. El Duncan atracó a media milla de la playa y ancló sobre un fondo de rocas de veinte brazas. Pasajeros y pasajeras se embarcaron inmediatamente en la lancha, y pusieron el pie en una arena fina y negra, impalpable residuo de las rocas calcinadas de la isla.

La capital de todo el grupo de Tristán da Cunha consiste en una aldea situada en el fondo de la bahía, a orillas de un gran arroyo muy murmurador. La componen unas cincuenta casas bastante limpias y dispuestas con la regularidad geométrica que parece ser la última palabra de la arquitectura inglesa. Detrás de aquella ciudad en miniatura se extiende una llanura de 1.500 hectáreas, limitada por un inmenso terraplén de lavas, y en aquella meseta descuella la cumbre cónica, que tiene 7.000 pies de altura.

Lord Glenarvan fue recibido por un gobernador que depende de la colonia inglesa de El Cabo. Preguntó inmediatamente por Harry Grant y la Britannia, cuyos nombres eran enteramente desconocidos. Las islas de Tristán da Cunha están fuera del derrotero de los buques, y son, por consiguiente, poco frecuentadas. Desde el célebre naufragio del Blanden Hall, que embarrancó en 1821 en las arenas de la isla Inaccesible, dos buques habían arribado desmantelados a la isla principal, el Primauguet en 1845, y la fragata americana Philadelphia en 1857. No consigna la estadística cunhiana de los siniestros otras catástrofes.

No esperaba Glenarvan encontrar datos más precisos y sólo preguntó al gobernador de la isla para tranquilidad de su conciencia. Hasta envió todas las lanchas de a bordo a dar una vuelta alrededor de la isla, cuya circunferencia es todo lo más de 17 millas. Aunque fuese tres veces mayor, Londres o París no cabrían en ella.

Durante este reconocimiento, los pasajeros del Duncan efectuaron un paseo por la aldea y las playas vecinas.

La población de Tristán da Cunha no llega a 150 habitantes. Éstos son ingleses y americanos casados con negras y hotentotas de El Cabo, que nada

dejan que desear bajo el punto de vista de la fealdad. Los hijos de esos enlaces heterogéneos presentan una mezcla muy desagradable de la rigidez sajona y de la negrura africana.

Aquel paseo de gentes que se sentían felices sólo al pensar que pisaban terreno firme se extendió hasta la playa con que confina la gran llanura cultivada que sólo existe en aquella parte de la isla. En todos los demás puntos la costa está formada por acantilados de lava escarpados y áridos. Allí se contaban millares de millares de enormes albatros y esos sorprendentes animales llamados pájaros bobos.

Los viajeros, después de examinar aquellas rocas de origen ígneo, se encaminaron a la llanura. Numerosos manantiales, alimentados por las perpetuas nieves del cono, murmuraban en distintas direcciones; verdes matorrales, en los que se contaban casi tantos pájaros como flores, amenizaban el escenario; un solo árbol de la especie de los filíperos, que tenía veinte pies de altura, y el tusseh, planta gigantesca de tallo leñoso, descollaban sobre los zarzales; una aceña sarmentosa, de grano picante, perteneciente, a la familia de las rosáceas, gruesos bejucos de entrelazados filamentos, ananás, cuyos perfumes balsámicos cargaban la atmósfera de penetrantes olores, musgos, apios salvajes y helechos formaban una flora escogida, aunque poco numerosa.

Una eterna primavera animaba con su benéfica influencia aquella isla privilegiada. Paganel sostuvo con su habitual entusiasmo que allí estaba la famosa Ogigia cantada por Fenelón, y propuso a Lady Glenarvan buscar una gruta y suceder ella a la amable Calipso, sin pedir él para sí mismo más misión que ser una de las ninfas que la servían.

Platicando y admirando, llegaron los paseantes al yate a la caída de la tarde. En las inmediaciones de la isla pacían muchos bueyes y rebaños de carneros y los campos de trigo, maíz y legumbres, importados allí cuarenta años atrás, ostentaban sus naturales riquezas hasta en las calles de la capital.

En el momento de regresar Lord Glenarvan a bordo, llegaban al yate las lanchas que en algunas horas habían dado la vuelta a la isla, sin encontrar en ninguna parte vestigio de la Britannia. Aquel viaje de circunvalación hizo borrar definitivamente la isla de Tristán del programa de las investigaciones, y no dio ningún otro resultado.

El Duncan podía sin ningún reparo abandonar inmediatamente aquel grupo de islas africanas, y seguir su rumbo al este. Si no partió aquella misma noche se debió a que Glenarvan autorizó a la tripulación para ir a la caza de focas, que son allí numerosísimas, y, bajo el nombre de vacas, leones, osos y elefantes marinos, pueblan las orillas de la bahía de Falmouth. En otro tiempo las ballenas francas abundaban en las aguas de la isla, pero tanto las acosaron

y arponearon los pescadores, que son ya muy contadas las que aparecen en aquellos mares. La tripulación del yate resolvió dedicar a la caza toda la noche, y proveerse abundantemente de aceite, por cuyo motivo quedó aplazada la partida para el día siguiente, veinte de noviembre.

Durante la cena, Paganel dio algunos curiosos pormenores sobre las islas de Tristán que interesaron a sus oyentes. Éstos supieron que aquel grupo, descubierto en 1506 por el portugués Tristán da Cunha, uno de los compañeros de Alburquerque, permaneció inexplorado por espacio de más de un siglo. Pasaba, no sin razón, por un nido de tempestades, siendo tan mala su reputación como la de las islas Bermudas. Muy pocos buques visitaban las islas de que se compone, y ninguno se acercaba a ellas como no fuese de arribada forzosa, arrojado a pesar suyo por los huracanes del Atlántico.

En 1697, tres buques holandeses de la «Compañía de Indias» arribaron a las islas de Tristán y determinaron su posición, dejando al gran astrónomo Halley el cuidado de revisar sus cálculos en 1700. Desde 1712 hasta 1761, algunos navegantes franceses tuvieron de ellas conocimiento, principalmente La Pérouse, que, en virtud de las instrucciones que llevaba, tocó en ellas durante su célebre viaje de 1783.

Estas islas, tan poco visitadas hasta entonces, habían permanecido desiertas, cuando en 1811 el americano Jonathan Lambert se propuso colonizarlas. Él y dos compañeros abordaron en ellas en enero, y desempeñaron resueltamente su oficio de colonos. El gobernador inglés de El Cabo de Buena Esperanza, sabiendo que prosperaban, les ofreció el protectorado de Inglaterra. Jonathan aceptó y enarboló en su cabaña el pabellón británico.

Parecía deber reinar pacíficamente sobre sus pueblos, compuestos de un viejo italiano y de un mulato portugués, cuando un día, en un reconocimiento de su imperio, se ahogó o le ahogaron, no se sabe cómo ni por qué. Llegó 1816. Napoleón fue cautivo a Santa Elena, y para asegurarle mejor, Inglaterra puso guarnición en la isla de la Ascensión y en Tristán da Cunha. La guarnición de Tristán consistía en una compañía de artillería de El Cabo y un destacamento de hotentotes, que permanecieron allí hasta 1821, y a la muerte del prisionero de Santa Elena volvieron a El Cabo.

—Un solo europeo —añadió Paganel—, un cabo, un escocés...

— ¡Ah! ¡Un escocés! —dijo el Mayor, a quien sus compatriotas interesaban siempre muy especialmente.

—Se llamaba William Grass —respondió Paganel—, y permaneció en la isla con su mujer y dos hotentotes. Luego dos ingleses, un marinero y un pescador del Támesis, ex-dragón en el ejército argentino se reunieron al

escocés, y, por último, en 1712, uno de los náufragos del Blendon Hall, acompañado de su joven mujer, halló refugio en la isla de Tristán. Así, pues, la isla tenía, en 1712, seis hombres y dos mujeres. En 1721 tenía siete hombres, seis mujeres y catorce niños.

En 1815, el número se había elevado a cuarenta, y actualmente se ha triplicado.

—Así empiezan las naciones —dijo Glenarvan.

—Añadiré —repuso Paganel— para ampliar la historia de Tristán da Cunha, que esta isla no merece menos que la de Juan Fernández, el nombre de la isla de los Robinsones. Si dos marineros fueron sucesivamente abandonados en Juan Fernández, dos sabios estuvieron muy próximos a serlo en Tristán da Cunha. En 1793, uno de mis compatriotas, el naturalista Aubert Dupetit-Thonars, arrebatado por su entusiasmo por la flora, se perdió, y no llegó al buque sino en el acto mismo de mandar el capitán levar anclas. En 1824, un compatriota vuestro, amigo Glenarvan, un hábil dibujante, Augusto Earle, permaneció ocho meses abandonado en la isla. Su capitán, olvidando que estaba en tierra, se hizo a la vela para El Cabo.

— ¡Vaya un capitán distraído! —respondió el Mayor—. ¿Era sin duda pariente vuestro, Paganel?

—Si no lo era, merecía serlo.

La respuesta del geógrafo puso fin a la conversación.

Durante la noche, la tripulación del Duncan hizo buena caza, pasando de la vida a la muerte a unas cincuenta grandes focas; después de haber autorizado la caza no podía Glenarvan oponerse a que se sacase partido de ella.

El día siguiente se invirtió en extraer el aceite y preparar las pieles de los lucrativos anfibios. Los pasajeros, como era natural, hicieron en este segundo día de descanso otra excursión por la isla. Glenarvan y el Mayor llevaron las escopetas para saber lo que era la caza cunhiana.

Llegaron los paseantes hasta la falda de la montaña, en un terreno sembrado de restos descompuestos, escorias, lavas porosas y negras, y todos los detritos volcánicos. La falda del monte salía de un caos de rocas abrasadas. Era difícil desconocer la naturaleza volcánica del enorme cono, y no se equivocó el capitán inglés, Carmichael, que dijo que era un volcán apagado.

Los cazadores levantaron algunos jabalíes. Uno de ellos fue víctima de una bala del Mayor. Glenarvan se contentó con matar algunos pares de perdices negras, con las que el cocinero de a bordo debía hacer un delicioso salmorejo. Se distinguieron en los lomos de las mesetas altas, muchas cabezas montesas.

Pululaban, y prometían ser con el tiempo fieras muy distinguidas, gatos

monteses muy atrevidos y robustos.

A las ocho, todos los pasajeros se hallaban a bordo, y durante la noche el Duncan dejaba la isla de Tristán da Cunha para nunca más volverla a ver.

Capítulo III

La isla de Amsterdam

La intención de John Mangles era proveerse de carbón en el cabo de Buena Esperanza. Tuvo, por tanto, que separarse un poco del paralelo 37 y subir 2° al norte. El Duncan se hallaba en la zona de los vientos alisios, y encontró fuertes brisas del oeste que favorecieron su marcha.

En menos de seis días salvó las 1.300 millas que separan a Tristán da Cunha de la punta africana. El 24 de noviembre, a las tres de la tarde, se reconoció la montaña de la Tabla, y poco después John distinguió la montaña de las señales, que indica la entrada de la bahía. Llegó a ella a las ocho, y ancló en el puerto de Cape-Town.

Paganel, en su calidad de miembro de la Sociedad de Geografía, no podía ignorar que la extremidad de África fue entrevista por primera vez en 1486 por el almirante portugués Bartolomé Díaz, y doblada en 1497 por el célebre Vasco da Gama. ¿Cómo había de ignorarlo Paganel, habiendo Camoes cantado en sus Lusiadas la gloria del gran navegante? Pero respecto del particular hizo una observación curiosa. Si Díaz en 1486, seis años antes del primer viaje de Cristóbal Colón, hubiese doblado el cabo de Buena Esperanza, el descubrimiento de América se habría retardado indefinidamente. El camino de El Cabo era el más corto y más directo para ir a las Indias orientales, y como engolfándose hacia el oeste, lo único que se proponía el gran marino genovés era abreviar los viajes al país de las especias, una vez doblado el cabo su expedición carecía de objeto, y es probable que no la hubiera intentado.

La ciudad de El Cabo, situada en el fondo de Cape Bay, fue fundada en 1652 por el holandés Van Riebeck. Era la capital de una importante colonia, que se hizo decididamente inglesa después de los tratados de 1815. Los pasajeros del Duncan se aprovecharon de la detención del yate para visitarla. No podían disponer más que de doce horas, porque un día bastaba al capitán John para renovar sus provisiones, y quería zarpar al amanecer del 26.

No había tampoco necesidad de tomarse más tiempo para recorrer las casas regulares de aquel tablero de ajedrez que se llama Cape Town, en el cual treinta mil habitantes, unos blancos y otros negros, hacen el papel de reyes, reinas, alfiles, caballos, peones y tal vez de locos. Así al menos se expresó

Paganel. Después de haber visto el castillo que se levanta al sudeste de la ciudad, la casa y el jardín del Gobierno, la Bolsa, el Museo, la cruz de piedra plantada por Bartolomé Díaz en la época del descubrimiento, y después de haber bebido un vaso de Pontai, el predilecto de los vinos de Constanza, los curiosos pueden partir con la seguridad de que lo han visto todo. Y así lo hicieron al amanecer del día siguiente los viajeros del Duncan. El yate aparejó izando su foque, su trinquete, su cangreja y su gavia, y algunas horas después doblaba el famoso cabo de las Tempestades, llamado muy torpemente por el optimista Juan II, rey de Portugal, el cabo de Buena Esperanza.

Unos diez días bastaban, con buen mar y buen viento, para salvar las 2.900 millas que separan El Cabo de la isla de Amsterdam. Los elementos no daban a los navegantes los motivos de queja que habían dado a los viajeros de las Pampas. El aire y el agua, que se habían coaligado contra ellos en tierra firme, se mancomunaban entonces para empujarles por su derrotero.

— ¡Ah! ¡El mar! ¡El mar! —repetía Paganel—. ¡El mar es el campo por excelencia en que se desenvuelven las fuerzas humanas, y el barco es el verdadero vehículo de la civilización! Reflexionad, amigos míos. Si el Globo no hubiese sido más que un inmenso continente, ni la milésima parte de él se conocería en pleno siglo XIX. Ved lo que pasa en el interior de los grandes territorios. En los páramos de Siberia, en las llanuras del Asia central, en los desiertos de África, en las praderas de Armenia, en los vastos terrenos de Australia, en las soledades heladas de los polos, el hombre no se atreve a penetrar, y el más valiente y más fuerte retrocede, y el más resignado sucumbe. No se puede pasar. Los medios de transporte son insuficientes. El calor, las enfermedades, el salvajismo de los indígenas, son otros tantos obstáculos insuperables. Veinte millas de desierto separan más a los hombres que quinientas millas de océano. Los que habitan una costa son vecinos de los que habitan la costa opuesta, y son extranjeros unos de otros, los que viven en los límites opuestos de un bosque. Inglaterra confina con Australia, al paso que Egipto, por ejemplo, parece hallarse a millones de leguas del Senegal, y Pekín en los antípodas de San Petersburgo. Se atraviesa hoy el mar más fácilmente que el más pequeño Sáhara, y, gracias a él, como con mucha razón ha hecho observar un sabio americano, se ha establecido un parentesco universal entre todas las partes del mundo.

Paganel hablaba con calor, y el mismo Mayor no tuvo que rectificar una sola palabra de este himno cantado al Océano.

Si para hallar a Harry Grant hubiese sido preciso atravesar un continente por la línea del paralelo 37, la empresa hubiera sido imposible; pero el mar estaba allí para transportar de una a otra tierra a los denodados investigadores, y el 6 de diciembre, a los primeros resplandores del día, dejó brotar una nueva montaña del seno de sus olas.

Era la isla de Amsterdam, situada a los 37° 47' de latitud, y 77° 24' de longitud, cuyo elevado cono, en días serenos, resulta visible a una distancia de cincuenta millas.

A las ocho, su silueta aún indeterminada reproducía con bastante exactitud el aspecto del pico del Teide.

—Y por consiguiente —dijo Glenarvan— se parece a Tristán da Cunha.

—Sí —respondió Paganel—, según el axioma geométrico-geográfico, que nos enseña que dos islas parecidas a una tercera se parecen entre sí. Añadiré que la isla de Amsterdam es también, como Tristán da Cunha, abundante en focas y en Robinsones.

—¿Hay, pues, Robinsones en todas partes? —preguntó Elena.

—La verdad es, señora —respondió Paganel—, que conozco pocas islas que no tengan su aventura de este género; y antes de que naciese Daniel Defoe, la casualidad había ya realizado la novela de vuestro inmortal compatriota.

—Monsieur Paganel —dijo Mary Grant—, ¿me permitís haceros una pregunta?

—Aunque sean dos, querida Miss, y me obligo a contestarlas todas.

—Pues bien —repuso la joven—, ¿os asustaría mucho la idea de quedar abandonado en una isla desierta?

— ¡A mí! —exclamó Paganel.

—Vamos, amigo —dijo el Mayor—, no nos digáis ahora que es vuestro mayor deseo.

—No diré tanto —replicó el geógrafo—, pero, en fin, la aventura no me desagradaría enteramente. Me arreglaría una vida nueva. Cazaría y pescaría; elegiría domicilio en una gruta durante el invierno, y en un árbol durante el verano; tendría almacenes para mis cosechas; en fin, colonizaría mi isla.

—¿Vos solo?

—Yo solo, en caso necesario. Además, ¿quién se encuentra solo en el mundo? ¿No se pueden escoger amigos entre los animales, domesticar un cabritillo, un papagayo elocuente, un mono amable? Y si la casualidad os depara un compañero como el fiel Viernes, ¿qué más necesitáis para ser dichoso? Dos amigos en una roca, he aquí la felicidad. Figuraos al Mayor y a mí...

—Gracias —replicó el Mayor—, no tengo afición al papel de Robinsón, y lo desempeñaría muy mal.

—Estimado Paganel —terció Lady Elena—, vuestra imaginación os lleva a los campos de la fantasía. Pero creo que la realidad es muy diferente al sueño. Vos no os representáis más que a esos Robinsones imaginarios, cuidadosamente colocados en una isla bien escogida, a quienes trata la Naturaleza como niños mimados. No veis las cosas más que por su lado bueno.

— ¡Cómo! ¿Creéis, Lady Elena, que no se puede ser feliz en una isla desierta?

—No, no se puede. El hombre está formado para la sociedad, no para el aislamiento. La soledad no puede engendrar más que desesperación. La cuestión es de tiempo. Es posible que en un principio los cuidados de la vida material, las necesidades de la existencia, distraigan al desgraciado que acaba de librarse del furor de las olas; es posible que las exigencias de la situación presente le hagan olvidar las amenazas del porvenir; pero después, cuando se encuentra solo, lejos de sus semejantes, sin esperanza de volver a su país y al lado de aquellos a quienes ama, ¿cuánto debe su pensamiento minar su cerebro, cuánto debe sufrir? Su islote es el mundo entero. Toda la Humanidad se encierra en él, y al llegar la muerte, muerte espantosa en el abandono en que se encuentra, está como estará el último hombre en el último día del mundo. Creedme, Monsieur Paganel, es preferible no ser el último hombre.

Paganel cedió, no sin resistencia, a los argumentos de Lady Elena, y la conversación sobre las ventajas y desventajas del aislamiento se prolongó hasta que el Duncan echó el ancla a una milla de la costa de la isla de Amsterdam.

Las dos islas fueron descubiertas en diciembre de 1876 por el holandés Vlaming, y reconocidas después por Entrecasteuz, que con la *Esperance* y la *Recherche* iba al descubrimiento del paradero de La Pérouse. De aquel viaje procede la confusión de las dos islas. El marino Barrow, Beautemps-Beaupré en el atlas de Entrecasteux, después de Horsburg, Pinkerton y otros geógrafos han descrito constantemente la isla de San Pedro en el lugar de la de San Pablo, y viceversa. En 1859, los oficiales de la fragata austriaca *Novara*, en su viaje de circunnavegación, procuraron no incurrir en el mismo error que Paganel ponía gran empeño en rectificar.

La isla de San Pablo, situada al sur de la isla de Amsterdam, no es más que un islote inhabitado, formado por una montaña cónica que debe ser un volcán antiguo. No así la isla de Amsterdam, a la cual la lancha llevó a los pasajeros del Duncan.

La isla de Amsterdam tendrá unas doce millas de circunferencia. Está habitada por algunos desterrados voluntarios que se han acostumbrado a una existencia monótona. Son los guardas de la pesquería, perteneciente, lo mismo

que la isla, a un tal Monsieur Otovan, negociante, de la isla de la Reunión. Este soberano, no reconocido aún por las grandes potencias europeas, se forma una lista civil de 75.000 a 80.000 francos, pescando, salando y despachando un cheilodactylus, conocido menos sabiamente con el nombre de bacalao.

Las isla de Amsterdam está destinada a ser francesa. Por derecho de prioridad pertenece a Monsieur Camin, armador de San Dionisio, en Bourbon; que fue el primero que la ocupó, cediéndola en virtud de un contrato internacional cualquiera, a un polaco que la hizo cultivar por esclavos malgaches. Quien dice polaco dice francés, si bien la isla pasó de polaca a ser francesa en manos de Monsieur Otovan.

El 6 de diciembre de 1864, a la llegada del Duncan, su población ascendía a 3 habitantes, un francés, y dos mulatos, dependientes del negociante propietario. Paganel tuvo, pues, ocasión de estrechar la mano a un compatriota en la persona del respetable Monsieur Viot, de edad muy avanzada. Este sabio anciano recibió con mucha cortesía a los viajeros. Era para él feliz el día en que era visitado. No frecuentan San Pedro más que cazadores de focas y balleneros, que suelen ser gentes muy groseras, y que ninguna educación han adquirido en sus relaciones con los anfibios y cetáceos.

Monsieur Viot presentó a sus súbditos, los dos mulatos, que con algunos jabalíes refugiados en el interior y muchos millares de pájaros bobos, formaban toda la población de la isla. La casita en que vivían los tres isleños estaba situada en el fondo de un puerto natural al Sudoeste, formado por el derrumbamiento de una parte de la montaña.

Mucho antes del reinado de Otovan I, la isla de San Pedro sirvió de refugio a náufragos. Paganel interesó mucho a sus oyentes, empezando su primera narración con estas palabras: Historia de dos escoceses abandonados en la isla de Amsterdam.

Era 1827. El buque inglés Palmira, pasando a la vista de la isla, percibió una humareda que subía al cielo. El capitán se acercó a la costa y vio dos hombres que con sus señas pedían auxilio. Envió su lancha a tierra y recogió a Santiago Paine, joven de veintidós años, y a Roberto Proudoot, que tendría unos cuarenta. Los dos desventurados conservaban apenas aspecto humano. Habían pasado dieciocho meses casi sin alimentos, casi sin agua potable, viviendo de mariscos, pescando con un mal clavo retorcido, cogiendo de cuando en cuando algún jabato a la carrera, permaneciendo tres días sin probar bocado, velando como vestales junto a una hoguera encendida con su última partícula de yesca, no dejándola apagar un instante y llevándosela en sus excursiones como un objeto de imponderable valor, llenos de miseria, de privaciones, de padecimientos. Paine y Proudoot habían sido desembarcados en la isla por un schooner cazador de focas. Según costumbre de los

cazadores, debían durante un mes, mientras aguardaban la vuelta del schooner, hacer provisiones de pieles y de aceite. El schooner no reapareció. Cinco meses después, el Hope, dirigiéndose a Van Diemen, hizo escala en la isla; pero su capitán, por uno de esos bárbaros caprichos que carecen de explicación, no quiso recibir a los dos escoceses, y zarpó sin dejarles una galleta ni un eslabón, de suerte que los dos desgraciados hubieran muerto muy pronto si el Palmira, pasando a la vista de la isla de Amsterdam, no les hubiera recogido a bordo.

La segunda aventura de que hace mención la historia de la isla de Amsterdam, en el supuesto de que semejante peñasco pueda tener una historia, es la del capitán francés Perón. Esta aventura empieza como la de los dos escoceses, y concluye del mismo modo: un desembarco voluntario en la isla, un buque que no vuelve y otro buque extranjero que el viento arroja casualmente a aquellos mares y recibe a los infelices, después de cuarenta meses de abandono. Pero un sangriento drama señaló la permanencia del capitán Perón, y ofrece curiosos puntos de semejanza con los acontecimientos imaginarios que aguardaban a su vuelta al héroe de Daniel Defoe.

El capitán Perón se había hecho desembarcar con cuatro marineros, dos ingleses y dos franceses, que debían dedicarse durante quince meses a la caza de los leones marinos. La caza fue feliz, pero cuando pasados los quince meses no volvió a aparecer el buque y los víveres se fueron agotando poco a poco, las relaciones internacionales se hicieron difíciles. Los dos ingleses se rebelaron contra el capitán Perón, el cual hubiera muerto a sus manos sin el auxilio de sus compatriotas. Desde aquel momento los dos partidos, vigilándose día y noche, siempre sobre las armas, tan pronto vencedores como vencidos, arrastraron una espantosa existencia de miseria y de angustias. Y el uno hubiera acabado con el otro, si un buque inglés no hubiese conducido de nuevo a su respectiva patria a aquellos desgraciados a quienes una cuestión de nacionalidad dividía en una roca del océano Indico.

No se conocen otras aventuras en la isla de Amsterdam, la cual, como se ve, fue dos veces morada de marineros abandonados, que la Providencia arrancó de las garras de la muerte. Pero desde entonces ningún buque se había perdido en sus costas. Un naufragio hubiera arrojado sus restos a la arena, y algunos náufragos hubieran llegado a las pesquerías de Monsieur Viot. El viejo hacía muchos años que vivía en la isla, y nunca tuvo ocasión de demostrar su carácter hospitalario a ninguna víctima del mar. Nada sabía de la Britannia ni del capitán Grant. Ni la isla de Amsterdam, ni el islote de San Pablo, que los balleneros visitan con frecuencia, habían sido teatro del naufragio.

No sorprendió ni entristeció a Glenarvan esta respuesta. Lo mismo él que sus compañeros, en sus diversas escalas, buscaban no dónde estaba el capitán

Grant sino dónde no estaba. Querían comprobar su no presencia en aquellos distintos puntos del paralelo, y nada más. Se resolvió, pues, que partiese el Duncan al día siguiente.

Hasta que anocheció, estuvieron los viajeros recorriendo la isla, que en verdad no tiene muchos atractivos. Su fauna y su flora no hubieran llenado media página de un tratado de historia natural del más difuso de los naturalistas. El orden de los cuadrúpedos, aves, peces y cetáceos, no contenía más que algunos jabalíes, petreles, albatros, pértigos y focas. De las negras lavas brotaban a trechos aguas termales y manantiales ferruginosos que paseaban por encima del terreno volcánico sus densos vapores.

La temperatura de algunos manantiales era muy elevada. John Mangles sumergió en ellos un termómetro Fahrenheit, que marcó 176°. Los peces que se cogían en el mar a alguna distancia de allí, estaban cocidos en cinco minutos en aquellas aguas hirvientes, lo que decidió a Paganel a no bañarse en ellas.

Al anochecer, después de un buen paseo, Glenarvan se despidió del honrado Monsieur Viot. Todos le desearon la mayor felicidad posible en su islote desierto, y él en cambio hizo votos por que su expedición alcanzase buen éxito. La lancha llevó en seguida a los pasajeros a bordo del yate.

Capítulo IV

Las apuestas de Santiago Paganel y del mayor Mac Nabbs

A las tres de la mañana del 7 de diciembre, zumbaban ya las calderas del Duncan; la maroma del áncora, arrancada de la fina arena en que yacía, se iba enroscando alrededor del cilindro del cabrestante; quedó el áncora suspendida de la serviola; se puso en movimiento la hélice y el yate se hizo a la mar. A las ocho, cuando subieron los pasajeros a cubierta, la isla de Amsterdam desaparecía en las brumas del horizonte.

Era aquél el último punto de escala en el derrotero del paralelo 37, y le separaban 3.000 millas de la costa australiana. Con doce días más que siguiese el viento del oeste y que se mostrara favorable el mar, el Duncan llegaría al término de su viaje.

Mary Grant y Roberto contemplaban conmovidos aquellas olas que la Britannia surcara sin duda algunos días antes del naufragio. Allí tal vez el capitán Grant, desmantelado ya su buque, diezmada su tripulación, luchaba contra los terribles huracanes del mar de las Indias, y se sentía arrastrado a la costa por una fuerza irresistible. John Mangles mostraba a la joven las

corrientes indicadas en las cartas de marear, y le explicaba su dirección constante. Una corriente entre otras, la corriente transversal del océano Indico, lleva al continente australiano, y su acción del oeste al este se deja sentir lo mismo en el Pacífico que en el Atlántico, y por consiguiente la Britannia, desarbolada y desmontado el timón, es decir, desarmada contra las violencia del mar y del cielo, debió correr a la costa y estrellarse en ella.

Sin embargo, se presentaba una dificultad. Las últimas noticias del capitán Grant eran de El Callao, del 30 de mayo de 1862, según la *Mercantile and Shipping Gazette*. ¿Cómo el 7 de junio, ocho días después de haber dejado las costas del Perú, podía la Britannia encontrarse en el mar de las Indias? Consultado Paganel acerca del particular, dio una respuesta muy plausible, que satisfizo completamente hasta a los más desconfiados y meticulosos.

Una tarde, el 12 de diciembre, seis días después de haber zarpado de la isla de Amsterdam, Lord y Lady Glenarvan, Roberto y Mary Grant, el capitán John, Mac Nabbs y Paganel, estaban de conversación en la toldilla. Como de costumbre, se hablaba de la Britannia, que era a bordo el pensamiento dominante. Incidentalmente, se hizo mención de la dificultad indicada, cuyo efecto inmediato fue menguar las esperanzas de los pasajeros.

A la inesperada observación que hizo Glenarvan, Paganel levantó la cabeza, y luego, sin responder, fue a buscar el documento. Cuando volvió se contentó con encogerse de hombros, como un hombre avergonzado de haber dejado imponer momentáneamente un argumento miserable.

—Bien, querido amigo —dijo Glenarvan—, pero al menos contestad algo.

—Nada tengo que contestar —respondió Paganel—, me limitaré a hacer una pregunta al capitán John.

—Hablad, Monsieur Paganel —dijo John Mangles.

—¿Un buque de primera marcha puede atravesar en un mes toda la parte del océano Pacífico comprendida entre América y Australia?

—Sí, recorriendo al día 200 millas.

—¿Y puede hacerlas?

—Indudablemente. Son muchos los buques de vela que andan más.

—Pues bien —repuso Paganel—, el documento dice 7 de junio; suponed, lo que es muy posible, que el mar haya borrado una cifra de la fecha, y leed 17 de junio o 27 de junio, y todo queda explicado.

—En efecto —respondió Lady Elena—, del 31 de mayo al 27 de junio...

—El capitán Grant ha podido atravesar el Pacífico y encontrarse en el mar de las Indias.

Un vivo sentimiento de satisfacción acogió la conclusión de Paganel.

—Gracias a nuestro amigo —dijo Glenarvan—, se ha aclarado otro punto. No tenemos, pues, que pensar más que en llegar a Australia, y buscar en su costa occidental las huellas de la Britannia.

—O en su costa oriental —dijo John Mangles.

—En efecto, tenéis razón, John. Nada indica en el documento que la catástrofe haya sobrevenido en las orillas del oeste y no en las del este. Nuestras pesquisas deben dirigirse a los dos puntos en que corta Australia el paralelo 37.

—¿Así, pues, Milord, hay dudas acerca del particular? —dijo Mary Grant.

— ¡Oh, no, Miss! —respondió John Mangles al momento para tranquilizar a la joven—, Milord se habrá hecho cargo de que si el capitán Grant hubiese tocado en las costas del este de Australia, hubiera inmediatamente encontrado todo género de auxilios. La costa del este es inglesa, si así puede decirse, y está poblada de colonos. La tripulación de la Britannia hubiera encontrado compatriotas antes de recorrer diez millas.

—Bien, capitán John —replicó Paganel—, opino lo mismo. En la costa oriental, en la bahía de Twofold, en la ciudad de Edén, Harry Grant hubiera recibido asilo en una colonia inglesa, y no le hubieran faltado medios de transporte para regresar a Europa.

—¿Y no han podido hallar los náufragos —dijo Lady Elena— los mismos recursos en la parte de Australia a que el Duncan nos lleva?

—No, Lady —respondió Paganel—, la costa está desierta. No la une a Melbourne o Adelaida vía alguna de comunicación. Si el Britannia se ha perdido en los arrecifes de que está erizada, ha carecido de auxilio, como si se hubiese estrellado en las playas inhospitalarias de África.

—Pero entonces —preguntó Mary Grant—, ¿qué habrá sido en dos años de mi pobre padre?

—Querida Mary —respondió Paganel—, ¿no tenéis por seguro que el capitán Grant después de su naufragio ganó la tierra australiana?

—Sí, Monsieur Paganel —respondió la joven.

—Pues bien, una vez llegado al continente, ¿qué ha sido del capitán Grant? Las hipótesis no son numerosas, pues se reducen a tres todas las que pueden hacerse. O Harry Grant y sus compañeros han alcanzado las colonias inglesas, o han caído en manos de los indígenas, o se han perdido en las inmensas soledades de Australia.

Paganel se detuvo, y buscó en los ojos de sus oyentes una aprobación de su

sistema.

—Continuad, Paganel —dijo Glenarvan.

—Voy a hacerlo —respondió Paganel—. Desde luego rechazo la primera hipótesis. Harry Grant no ha podido llegar a las colonias inglesas, porque allí su salvación era segura, y hace ya mucho tiempo que estaría junto a sus hijos en su tranquila ciudad de Dundee.

— ¡Pobre padre mío! —murmuró Mary Grant—. ¡Dos años separado de nosotros!

—Deja hablar a Monsieur Paganel, hermana mía —dijo Roberto—, y él nos dirá...

— ¡Ay! ¡Nada, hijo mío! Todo lo que puedo afirmar es que el capitán Grant se halla cautivo de los australianos, o...

—¿Pero esos indígenas —preguntó al momento Lady Glenarvan— son...?

—Tranquilizaos, señora —respondió el sabio, que adivinó el pensamiento de Lady Elena—; esos indígenas son salvajes, embrutecidos, y ocupan el último eslabón de la inteligencia humana, pero sus instintos son apacibles, y no son sus costumbres sanguinarias como las de sus vecinos de Nueva Zelanda. Si han hecho cautivos a los náufragos de la Britannia, no han amenazado su existencia: estad de ello bien persuadida. Todos los viajeros, de acuerdo en este punto, afirman que los australianos miran con horror el derramamiento de sangre humana, y en ellos han encontrado algunas veces fieles aliados para rechazar los ataques de las cuadrillas de los desertores de presidio cuya crueldad no reconoce límites.

—¿Oís lo que dice Monsieur Paganel? —repuso Lady Elena dirigiéndose a Mary Grant—. Si vuestro padre se halla en manos de los indígenas, como lo hace presentir el documento, le encontraremos...

—¿Y si está extraviado, perdido en un país tan inmenso? —dijo la joven, interrogando a Paganel con sus miradas.

— ¡Le encontraremos también! —exclamó el geógrafo, con un acento que revelaba su confianza—. ¿No es verdad, amigos?

—Sin duda —respondió Glenarvan, que quiso dar a la conversación un giro menos triste—. No admito que se pueda perder nadie...

—Ni yo tampoco —replicó Paganel.

—¿Es muy grande Australia? —preguntó Roberto.

—Tanto como las cuatro quintas partes de Europa, muchacho. Tiene una superficie de 775.000.000 de hectáreas.

—¿Tan extensa es? —dijo el Mayor.

—Sí, Mac Nabbs, yarda más o menos. ¿No creéis que un país tan vasto tiene algún derecho a que se le dé la calificación de continente que le confiere el documento?

—Indudablemente, Paganel.

—Añadiré —repuso el sabio— que se citan pocos viajeros que se hayan perdido en tan dilatada comarca. Creo que Leichhart es el único cuyo paradero se ignora, y aun de éste, según informes recibidos en la Sociedad de Geografía poco tiempo antes de mi partida, Mac Intyre creía haber hallado las huellas.

—¿No ha sido Australia recorrida en todas sus partes? —preguntó Lady Glenarvan.

—Mucho le falta, señora —respondió Paganel—. Este continente no es más conocido que el interior de África, y no porque hayan faltado viajeros emprendedores. Desde 1606 hasta 1862 más de cincuenta se han dedicado en el interior y en las costas al reconocimiento de Australia.

— ¡Oh, cincuenta! —dijo el Mayor afectando duda.

— ¡Sí, Mac Nabbs, más de cincuenta! Hablo de los marinos que han determinado la configuración de las costas australianas arrostrando los peligros de una navegación desconocida, y de los viajeros que se han internado en este vasto continente.

—Sin embargo, es mucho decir cincuenta —replicó el Mayor.

—Aún diré más, Mac Nabbs —repuso el geógrafo, siempre excitado por la contradicción.

—¿Diréis aún más, Paganel?

—¿Queréis apostar algo a que os cito de memoria, sin titubear, esos cincuenta nombres?

— ¡Oh! ¡Oh! —dijo tranquilamente el Mayor—. ¡Lo que son los sabios! De nada dudan.

—Mayor —dijo Paganel—, ¿apostáis vuestra carabina de «Purdey Moore y Dickson» contra mi anteojito de «Secretan»?

—¿Por qué no, Paganel, si os gusta mi carabina? —respondió Mac Nabbs.

— ¡Me alegro, Mayor! —exclamó el sabio—. He aquí una carabina con la cual no mataréis ya más gamos ni zorros a no ser que yo os la preste, lo que haré siempre con mucho gusto.

—Paganel —respondió Mac Nabbs formalmente—, cuando tengáis

necesidad de mi antejo, disponed de él con toda franqueza.

—Empecemos, pues —replicó Paganel—. Señoras y señores, vosotros componéis el tribunal que ha de dar su fallo. Roberto, tú eres el encargado del escrutinio.

Lord y Lady Glenarvan, Mary, Roberto, el Mayor y John Mangles, a quien complacía la discusión, prestaron al geógrafo atento oído. Se trataba, además, de Australia, a donde les llevaba el Duncan, y su historia no podía ser más oportuna. Paganel fue, pues, invitado a proceder sin demora a sus esfuerzos de mnemotecnia.

— ¡Mnemosina! —exclamó—. ¡Diosa de la memoria! ¡Madre de las castas musas! ¡Inspira a tu fiel y ferviente adorador! Doscientos cincuenta años atrás, amigos míos, Australia era un país desconocido. Se sospechaba sin duda la existencia de un gran continente austral, como lo prueban dos mapas que se conservaban en la biblioteca de vuestro Museo Británico, querido Glenarvan, y que llevan la fecha de 1550, los cuales hacen mención de una tierra al sur de Asia, designada en ellos con el nombre de Gran Java de los portugueses. Pero estas cartas o mapas no son bastante auténticos. Paso pues, al siglo XVII, al año 1606, en que Quirós, navegante español, descubrió una tierra a que dio el nombre de Australia del Espíritu Santo. Algunos autores han pretendido que se trataba del grupo de las Nuevas Hébridas, y no de Australia. No discutiré la cuestión. Cuenta ese Quirós, Roberto, y vamos a otro.

—Uno —dijo Roberto.

—En el mismo año, Luis Vaz de Torres, que mandaba como segundo la flota de Quirós, prosiguió más al sur el reconocimiento de las nuevas tierras. Pero la gloria del gran descubrimiento corresponde de derecho al holandés Teodorico Hartoge, el cual tocó en la costa occidental de Australia a los 25° de latitud, y le dio el nombre de Eeclrackt, que era el de su buque. Después de él se multiplican los navegantes. En 1618, Zeachen reconoció en la costa septentrional las tierras de Arnhem y de Van Diemen. En 1619, Jan Edels navega y bautiza con su propio nombre una porción de la costa del oeste. En 1622, Leuwin desciende hasta el cabo que es hoy su homónimo. En 1627, Nuitz y Witt, el uno al oeste y el otro al sur, completan los descubrimientos de sus predecesores, y les sigue el comandante Carpenter, que penetra con sus buques en esa vasta escotadura llamada aún actualmente golfo de Carpentería. Por último, en 1642, el célebre marino Tasman da vuelta alrededor de la isla de Van Diemen, que cree unida al continente, y le da el nombre de Gobierno general de Batavia, nombre que la posteridad, más justa, ha trocado por el de Tasmania. Entonces se había ya recorrido toda la circunferencia del continente australiano; se sabía que los océanos Indico y Pacífico lo rodeaban con sus aguas, y en 1765 el nombre de Nueva Holanda, que no debía conservar, era

impuesto a esa gran isla austral, precisamente en la época en que iba a concluir el papel de los navegantes holandeses. ¿A qué número hemos llegado?

—A diez —respondió Roberto.

—De acuerdo —repuso Paganel—; hago una cruz, y paso a los ingleses. En 1686, un jefe de bucaneros, hermano de La Cote, uno de los más célebres filibusteros de los mares del Sur, William Dampier, después de numerosas aventuras salpicadas de placeres y miserias, llegó en el buque *Cygnets* a la costa noroeste de Nueva Holanda, a los 16° 50' de latitud; se puso en comunicación con los naturales, e hizo una descripción muy completa de sus costumbres, de su pobreza y de su inteligencia. En 1699, volvió a la bahía misma en que Hartog había desembarcado, no a guisa de filibustero, sino como comandante del *Roebuck*, buque de la marina real. Hasta entonces, sin embargo, el descubrimiento de Nueva Holanda no interesaba más que como hecho geográfico. No se pensaba en colonizarla, y por espacio de tres cuartos de siglo, desde 1699 hasta 1770, ningún navegante llegó a ella. Pero entonces apareció el más ilustre de los marinos del mundo entero, el capitán Cook, y no tardó el nuevo continente en abrirse a las emigraciones europeas. James Cook, durante sus tres célebres viajes, tocó en las tierras de Nueva Holanda, siendo la primera vez el 31 de marzo de 1770. Después de haber observado felizmente en Otahiti el paso de Venus por el Sol, lanzó Cook su pequeño buque, el *Endeavour*, al oeste del océano Pacífico.

Después de recorrer Nueva Zelanda, llegó a una bahía de la costa oeste de Australia, y la encontró tan abundante en plantas nuevas que le dio el nombre de Bahía Botánica. Es Botany Bay, la actual. Sus relaciones con los naturales medio embrutecidos fueron poco interesantes. Subió hacia el norte, y a los 16° de latitud, cerca del cabo Tribulación, el *Endeavour* tocó en un bajo de coral, a 8 leguas de la costa. El peligro de irse a pique era inminente. Se echaron al mar víveres y cañones y en la noche siguiente la marea puso a flote el buque aligerado; y no se sumergió porque un pedazo de coral que penetró en la brecha cegó suficientemente la vía de agua. Pudo Cook conducir su buque a un ancón en que desaguaba un río que tomó el nombre de *Endeavour*, donde por espacio de tres meses, que se invirtieron en reparar las averías, los ingleses procuraron establecer comunicaciones útiles con los indígenas; pero en vista de la esterilidad de sus esfuerzos, se hicieron de nuevo a la vela. El *Endeavour* continuó su rumbo hacia el norte. Cook quería saber si había un estrecho entre Nueva Guinea y Nueva Holanda, y después de correr peligros y haber sacrificado veinte veces su buque, percibió el mar que se abría extensamente hacia el Sudoeste. El estrecho existía, y se ancló. Cook desembarcó en una pequeña isla, y tomando posesión en nombre de Inglaterra de la larga extensión de las costas que había reconocido, les dio el nombre muy británico de Nueva Gales del Sur. Tres años después, el denodado marino que mandaba

la Aventure y la Resolution, el capitán Fourneau, fue en el primero de estos buques a reconocer las costas de la tierra de Van Diemen, y regresó suponiendo que formaba parte de Nueva Holanda. No fue hasta 1777, cuando su tercer viaje, que Cook fondeó con sus buques la Resolution y la Decouverte, en la bahía de la Aventure, en la tierra de Van Diemen, de donde zarpó para ir, meses después, a morir en las islas Sandwich.

—Era un gran hombre —dijo Glenarvan.

—El más ilustre marino que ha existido. Su compañero Banks fue quien sugirió al Gobierno inglés la idea de formar una colonia penitenciaria en Botany Bay. Después de él, corrieron aventuras en aquellos mares navegantes de todas las naciones. En la última carta que se recibió de La Pérouse, escrita en Botany Bay, con fecha 7 de febrero de 1787, el desventurado marino anuncia su intención de visitar el golfo Carpentaria y toda la costa de Nueva Holanda hasta el territorio de Van Diemen. Parte, y no vuelve. En 1788 el capitán Philipp funda en Port Jackson la primera colonia inglesa. En 1791, Vancouver rodeó un número considerable de costas meridionales del nuevo continente. En 1792, Entrecasteaux, enviado a descubrir el paradero de La Pérouse, dio la vuelta alrededor de Nueva Holanda, al oeste y al sur, descubriendo de paso islas desconocidas. En 1795 y 1797, Flinders y Bass, dos jóvenes, prosiguen valerosamente en una barquichuela, que no tenía más que ocho pies de largo, el reconocimiento de las costas del sur, y en 1797 Bass pasa entre la tierra de Van Diemen y Nueva Holanda, por el estrecho que lleva su nombre. En aquel mismo año, Vlaming, el descubridor de la isla de Amsterdam, reconoció en las costas orientales el Swan River, o río de los Cisnes, en que hacían ostentación de sus galas cisnes negros de la más bella especie. Flinders, en 1801, emprendió nuevamente sus curiosas exploraciones, y a los 138° 58' de longitud y 35° 40' de latitud, encontró en Encounter Bay el Geographe y el Naturaliste, dos buques franceses que mandaban, respectivamente, los capitanes Baudin y Hamelin.

— ¡Ah! ¿El capitán Baudin? —dijo el Mayor.

—Sí. ¿Os causa extrañeza? —preguntó Paganel.

—No, ninguna; continuad, amigo Paganel.

—Continúo, pues, añadiendo a los nombres de los navegantes mencionados, el del capitán King, que desde 1817 hasta 1822 completó el reconocimiento de las costas intertropicales de Nueva Holanda.

—Tengo ya apuntados veinticuatro nombres —dijo Roberto.

— ¡Bueno! —respondió Paganel—. Tengo ya la mitad de la carabina del Mayor. Y ahora que he concluido con los marinos, pasemos a los viajeros.

—Muy bien, Monsieur Paganel —dijo Lady Elena—. Preciso es confesar que tenéis una memoria asombrosa.

—Lo que es muy singular —añadió Glenarvan—, en un hombre tan...

—Tan distraído —dijo Paganel—. ¡Oh! No tengo memoria más que para fechas y hechos. He aquí todo.

—Veinticuatro —repitió Roberto.

—Pues bien, el teniente Daws hará veinticinco. En 1780, un año después del establecimiento de la colonia en Port Jackson, se había dado la vuelta alrededor del nuevo continente, pero nadie podía decir lo que contenía. Una larga cordillera de montañas paralelas a la costa oriental volvía, al parecer, su interior inaccesible. El teniente Daws, después de nueve días de marcha, tuvo que retroceder y regresar a Port Jackson. En aquel mismo año, el capitán Tench quiso pasar al otro lado de la cordillera, y no pudo conseguirlo. Dos expediciones fracasadas hicieron desistir por espacio de tres años a los viajeros de acometer una empresa tan difícil. En 1792, el coronel Paterson, no obstante ser un audaz explorador africano, fracasó en la misma tentativa. Al año siguiente, el valeroso Hawkins, que no era más que un simple contraestre de la marina inglesa, pasó 20 millas más allá de la línea que no habían podido salvar sus predecesores. Durante dieciocho años no se consignan más que dos nombres, el del célebre marino Bass y el de Monsieur Bareiller, un ingeniero de la colonia, que no fueron más afortunados que los otros, y llegó el año 1813, en que se descubrió al fin un paso al oeste de Sydney. Por él se aventuró en 1815 el gobernador Macquari, y se fundó la ciudad de Bathurst más allá de las montañas Azules. A partir de aquella fecha, Throsby, en 1819; Orley, que atravesó 300 millas de país; Howel y Hume, cuyo punto de partida fue precisamente Twofold Bay, por donde pasa el paralelo 37, y el capitán Stuart, que, en 1829 y en 1830, reconoció el curso del Darling y del Murray, enriquecieron la geografía con nuevos hechos y coadyuvaron al desarrollo de las colonias.

—Treinta y seis —dijo Roberto.

—Perfectamente —respondió Paganel—, me va a sobrar gente. Citaré a Eyre y a Leichhardt, que recorrieron una porción del país en 1840 y en 1845; a Sturt, en 1845; a los germanos Gregory y Heipman, en 1846, en Australia occidental; a Kennedy, en 1847, en el río Victoria, y en 1848, en Australia del norte; a Gregory, en 1852; a Austin, en 1854; a los Gregory, desde 1855 hasta 1858, en el noroeste del continente; a Babage, desde el lago Torrens al lago Syre, y llegó al fin a un viajero célebre en los fastos australianos, a Douglas Stuart, que trazó tres veces en el continente sus atrevidos itinerarios. Su primera expedición al interior fue en 1860. Más adelante os contaré, si queréis, cómo Australia fue cuatro veces atravesada de sur a norte. Ahora me limito a

concluir esta larga nomenclatura, y desde 1860 hasta 1862 añadiré a los nombres de tantos denodados sacerdotes de la Ciencia los de los hermanos Dempster, los de Clarkson y Harper, los de Burke y Willis, los de Neilson, Walker, Landsborough, Mackinlay, Howit...

— ¡Cincuenta y seis! —exclamó Roberto.

— ¡Bueno, Mayor! —repuso Paganel—. Ya veis que me sobra tela, y eso que no os he citado ni a Duperrey, ni a Bougainville, ni a Fitz Roy, ni a Wickam, ni a Stokes...

—Basta —dijo el Mayor, rendido por el número.

—Ni a Perón, ni a Quoy —añadió Paganel, lanzado como un tren directo—, ni a Bennett, ni a Cuningham, ni a Nutchell, ni a Tiers...

— ¡Misericordia!

—Ni a Dixon, ni a Stresley, ni a Reid, ni a Wikes, ni a Mitchell...

—Deteneos, Paganel —dijo Glenarvan, que se desternillaba de risa—; no aplastéis al infortunado Mac Nabbs. ¡Sed generoso! Se confiesa vencido.

—¿Y su carabina? —preguntó el geógrafo con ademán de triunfo.

—Vuestra es, Paganel —respondió el Mayor—; y lo siento mucho. Pero capaz sois con vuestra memoria de ganar todo un museo de artillería.

—Es en realidad imposible —dijo Lady Elena— que nadie conozca mejor Australia. Ni el nombre más enrevesado, ni el hecho más trivial...

—¡Oh! ¡En cuanto a hechos! —dijo el Mayor meneando la cabeza.

—¿Qué queréis decir, Mac Nabbs? —exclamó Paganel.

—Digo que no conocéis tal vez todos los accidentes relativos al descubrimiento de Australia.

—¿No los conozco? —dijo Paganel, con un supremo gesto de orgullo.

—¿Y si os cito uno que no conozcáis, me devolveréis mi carabina? —preguntó Mac Nabbs.

—En el acto, Mayor.

—¿Convenido?

—Convenido.

—Pues bien. ¿Sabéis, Paganel, por qué Australia no pertenece a Francia?

—Pero me parece que...

—Es decir, ¿sabéis la razón que dan los ingleses?

—No, Mayor —respondió Paganel muy compungido.

—Pues es pura y simplemente porque el capitán Baudin, que no era sin embargo pusilánime, tuvo tal miedo, en 1802, al canto de las ranas australianas, que levó anclas a toda prisa y huyó para nunca más volver.

— ¡Cómo! —exclamó el sabio—. ¿Eso se dice en Inglaterra? Pero es una chanza de mal género.

—De muy mal género, lo confieso —respondió el Mayor—, pero el hecho es histórico en el Reino Unido.

— ¡Es una indignidad! —exclamó el patriótico geógrafo—. ¿Y eso se repite formalmente?

—Me veo obligado a deciros que muy formalmente, querido Paganel —respondió Glenarvan, en medio de una carcajada general—. ¡Cómo! ¿Ignorabais esa particularidad?

—Absolutamente. ¡Pero protesto! Además, los ingleses se contradicen: nos llaman zamparranas. Y, en general, lo que se come no se teme.

—Sin embargo, esas cosas se dicen, Paganel —respondió el Mayor con una modesta sonrisa.

Y he aquí cómo la famosa carabina de «Purdey Moore y Dickson» siguió siendo propiedad del Mayor Mac Nabbs.

Capítulo V

Las cóleras del océano Índico

Dos días después de esta conversación, John Mangles, que había hecho al mediodía sus observaciones, manifestó que el Duncan se hallaba a los 113° 37' de longitud, por lo que los pasajeros consultaron la carta de marear, y vieron con mucha satisfacción que no les separaban del cabo Bernouille más que unos cinco grados.

Entre dicho cabo y la punta de Entrecasteaux, la costa australiana describe un arco cuya cuerda es el paralelo 37. Si entonces el Duncan se hubiera remontado hacia el ecuador, hubiera distinguido muy pronto el cabo Chatan, que dejó a 120 millas al norte. Navegaba en la parte del mar de las Indias abrigada por el continente australiano, por lo que era de esperar que dentro de cuatro días vería destacarse en el horizonte el cabo Bernouille.

Hasta entonces el viento del oeste había favorecido la marcha del yate,

pero hacía ya algunos días que manifestaba tendencia a disminuir, y fue en efecto cayendo, hasta que el 13 de diciembre sobrevino una calma chicha. Las velas, inertes, colgaban a lo largo de los palos. Sin su poderosa hélice, el Duncan hubiera permanecido como anclado en medio del océano.

Aquel estado de la atmósfera podía prolongarse indefinidamente. Al anochecer, Glenarvan hablaba sobre el particular con John Mangles, pues la falta de viento tenía muy preocupado al joven capitán, que veía vaciarse las carboneras. Echó trapo y más trapo, izó sobres y alas y arrastraderas para aprovechar hasta el menor soplo de aire, pero era éste tan escaso que, según la gráfica frase de la marinería, no hubiera bastado para hinchar una vejiga.

—Será lo que Dios quiera —dijo Glenarvan—; de nada sirven los lamentos, y mal por mal, la falta de viento es preferible al viento de proa.

—Vuestro Honor tiene razón —respondió John Mangles—; pero precisamente estas calmas súbitas suelen preceder a una próxima variación de tiempo. Las temo mucho. Navegamos en la línea de los monzones, que desde octubre hasta abril soplan del Nordeste, y por poco que nos cojan de proa, retardarán mucho nuestra marcha.

—¿Qué le vamos a hacer, John? Si sobreviene esa contrariedad, tendremos paciencia. Todo se reducirá a sufrir algún retraso.

—Sin duda, como no haya tempestad.

—¿Nos amenaza acaso? —dijo Glenarvan, que examinando el cielo no vio en toda su extensión, desde el cenit a los últimos límites del horizonte, la más ligera nube.

—Sí, nos amenaza —respondió el capitán—; a Vuestro Honor se lo digo, pero no quisiera asustar a Lady Glenarvan ni a Miss Grant.

—Hacéis bien. Pero ¿ocurre algo?

—Hay indicios seguros de temporal deshecho. No os fiéis de la apariencia del cielo, Milord. No hay nada más engañoso. De dos días a esta parte, baja el barómetro de una manera alarmante, y en este momento está a 27 pulgadas.

Es una advertencia que no puedo echar en saco roto. Temo muy particularmente las cóleras del mar austral, porque alguna otra vez he tenido que arrostrarlas. Los vapores que van a condensarse en los inmensos ventisqueros del polo sur, producen una corriente de aire de una violencia suma, de la que nace una lucha de vientos polares y ecuatoriales que engendra los ciclones, los tornados y esas multiplicadas formas de tempestad contra las cuales no lucha un buque sino con grandes desventajas.

—John —respondió Glenarvan—, el Duncan es un buque sólido, y su capitán un hábil marino. ¡Que venga el temporal y nos veremos las caras!

John Mangles, expresando su temores, obedecía a su instinto de marino. Era un hábil weather wise, expresión inglesa que se aplica a los observadores del tiempo. El descenso persistente del barómetro le hizo tomar a bordo todas las medidas de prudencia. Esperaba una tempestad violenta que no indicaba aún el estado del cielo, pero su infalible instrumento no podía engañarle. Desde lugares en que está alta la columna de mercurio, las corrientes atmosféricas acuden a los lugares en que está baja, y cuanto más cerca están estos lugares unos de otros, más rápidamente se restablece el nivel en las capas aéreas, y mayor es la velocidad del viento.

John permaneció toda la noche sobre cubierta. A las once aproximadamente, la cerrazón empezó por el lado del sur, y John hizo subir toda la tripulación para arriar los juanetes y velas secundarias, sin dejar más que las gavias, las mayores y los foques. A medianoche refrescó el viento. Las moléculas de aire eran impelidas con una velocidad de seis toesas por segundo. El crujido de la arboladura, los sacudimientos de la jarcia, el ruido seco de las velas que relingaban, los gemidos de todas las tablas, dieron a conocer a los viajeros lo que aún ignoraban. Paganel, Glenarvan, el Mayor y Roberto, subieron a cubierta a impulsos de su curiosidad y también de sus deseos de ayudar en algo. En aquel cielo que habían dejado limpio y estrellado, circulaban densas nubes, separadas por fajas manchadas, como una piel de leopardo.

—¿El huracán? —preguntó sencillamente Glenarvan a John Mangles.

—No todavía, pero muy pronto —respondió el capitán.

En aquel momento mandó rizar las gavias. Se lanzaron los marineros a los flechastes, y no sin trabajo cogieron rizos con que disminuyeron la superficie de las velas. John Mangles quería conservar cuanto trapo le fuese posible para que el yate ciñese el viento y se suavizasen algo sus balanceos.

Tomadas estas precauciones, dio órdenes a Austin y al contraestre para que se prepararan a recibir el huracán, que no podía tardar en desencadenarse. Se doblaron las trapas y amarras de respeto. Se reforzaron los palanquines del cañón. Se sujetaron los obenques y brandales. Se cerraron las escotillas. John, como un oficial en lo alto de una brecha, procuraba desde lo más elevado de la toldilla arrancar sus secretos a aquel cielo tempestuoso.

Era la una de la madrugada. Lady Elena y Miss Grant, violentamente sacudidas en su cámara, se arriesgaron a subir sobre cubierta. El viento corría entonces a una velocidad de 14 toesas por segundo. Silbaba en el cordaje con la mayor violencia. Los alambres de la chimenea, semejantes a las cuerdas de un instrumento, resonaban como si algún gigantesco arco de violín hubiese provocado sus rápidas oscilaciones; las roldanas chocaban unas con otras, corriendo por ellas las cuerdas con un ruido agudo; las velas producían

estampidos que parecían cañonazos, y monstruosas olas corrían al asalto del yate, que se agitaba como un halcón en su espumosa cresta.

El barómetro había bajado entonces a 26 pulgadas, descenso muy excepcional en la columna barométrica, y el storm glass indicaba tempestad.

No bien reparó John en las pasajeras, se dirigió a ellas precipitadamente, y les suplicó que entrasen en la toldilla, pues empezaban ya a subir a bordo algunas oleadas, y la cubierta podía ser barrida de un momento a otro. Era entonces tan acentuado el ruido de los elementos que con dificultad Lady Elena oía al joven capitán.

—¿No hay ningún peligro? —pudo, sin embargo, preguntar durante una calma momentánea.

—Ninguno, señora —respondió John Mangles—; pero vos no podéis estar sobre cubierta, ni vos tampoco, Miss Mary.

Lady Glenarvan y Miss Grant no opusieron resistencia a una orden que parecía una súplica, y se metieron en la toldilla en el momento en que una ola, pasando por encima de la popa, se estrelló contra las vidrieras de la misma toldilla violentamente conmovida. El viento entretanto seguía arreciando, los palos se doblaban bajo la presión de las velas, y el yate se levantaba sobre las olas.

— ¡Larga mayores! —gritó John Mangles—. ¡Aferra gavias! ¡Arría foques!

Los marineros obedecieron; largáronse las drizas, se tocaron los apagapenoles, se recogieron los foques con un ruido que dominaba el del viento, y el Duncan, cuya chimenea vomitaba torrentes de negro humo, azotó desigualmente el mar con las palas de su hélice, que salían algunas veces fuera del agua.

Glenarvan, el Mayor, Paganel y Roberto, contemplaban con una admiración mezclada de espanto aquella lucha del Duncan contra las olas, se agarraban con fuerza al filarete para sostenerse, sin poder pronunciar una palabra, y veían jugando con los vientos desenfrenados bandadas de petreles, pájaros fúnebres de las tempestades.

En aquel momento, un silbido estridente dominó los bramidos del huracán. Se escapó el vapor con fuerza, no por el tubo de la chimenea, sino por las válvulas de seguridad; el silbido de alarma hendió los aires con una energía insólita; el yate se inclinó sobre un costado, y Wilson, que estaba en el timón, fue derribado por una sacudida inesperada de la rueda. El Duncan no gobernaba y estaba enteramente al arbitrio de la marejada.

—¿Qué ocurre? —gritó John Mangles tirándose de lo alto de la chupeta.

— ¡El buque se acuesta! —respondió Tom Austin—. ¡Hemos perdido el timón!

— ¡A la máquina! ¡A la máquina! —gritó el maquinista.

John se precipitó hacia la máquina. Una nube de vapor llenaba la cámara, los émbolos estaban inmóviles en los cilindros, las ruedas paralizadas no giraban alrededor de sus ejes. El maquinista, que veía la inutilidad de sus esfuerzos y temía que saltasen las calderas, cerró el conducto de introducción, y dejó escapar el vapor por el tubo de desahogo.

—¿Qué pasa? —preguntó el capitán.

—La hélice se ha torcido o atascado, y no funciona —respondió el maquinista.

— ¡Cómo! ¿Y es imposible ponerla en movimiento?

—Imposible.

No era la ocasión oportuna para reparar semejante avería. Y lo cierto era que la hélice no podía girar y que el vapor, no obrando ya, se había escapado por las válvulas. John quedó por tanto atenido a sus velas, y tuvo que buscar un auxilio en aquel mismo viento que se había convertido en su enemigo más peligroso.

Volvió otra vez sobre cubierta, y en dos palabras, puso a Lord Glenarvan al corriente de la situación, dándole luego mucha prisa para que se metiese en la toldilla con los demás pasajeros. Glenarvan quería quedarse sobre cubierta.

—No, Milord —respondió John Mangles con voz firme—, es preciso que esté yo solo aquí con mi tripulación. ¡Entrad! El buque puede zozobrar, y las olas os arrastrarían sin misericordia.

—Pero podemos ser útiles...

— ¡Entrad, entrad, Milord! ¡Es necesario! ¡Hay circunstancias en que a bordo nadie manda más que yo! ¡Retiraos! ¡Yo os lo digo!

Para que John Mangles se expresase con tanta autoridad, fuerza era que la situación fuese muy grave. Glenarvan comprendió que él era el primero que debía dar ejemplo de obediencia. Abandonó la cubierta seguido de sus tres compañeros, y se reunió con los pasajeros que aguardaban con ansia el desenlace de aquella lucha con los elementos.

— ¡Qué hombre tan enérgico es mi buen John! —dijo Glenarvan entrando en la sala común.

—Sí —respondió Paganel—, me ha recordado a aquel contramaestre de vuestro gran Shakespeare, cuando, en el drama *La tempestad*, grita al rey que

lleva a bordo: «¡Fuera de aquí! ¡Silencio! ¡A vuestros camarotes! ¡Si no podéis haceros obedecer de los elementos, callad! ¡No me estorbéis, os digo!»

John Mangles no había perdido un segundo para sacar al buque de la peligrosa situación en que le colocaba su hélice paralizada. Resolvió mantenerse al paio para separarse lo menos posible de su rumbo. Se trataba de bracear oblicuamente las velas para presentarse a la tempestad de costado, a cuyo efecto se izó un foque de trinquete en el estay del palo mayor, y se dejó el timón en banda.

El yate, dotado de grandes cualidades marineras, evolucionó como un brioso caballo que siente la espuela, y presentó el costado a las olas invasoras. ¿No se haría pedazos aquel reducido velamen? Era de la mejor lona de Dundee, pero ¿qué lona puede contrarrestar tan violentos esfuerzos?

El buque, estando a la capa, tenía la ventaja de presentar a las olas sus partes más sólidas y también la de conservarse en su primera dirección sin perder terreno. Sin embargo, no dejaba aquella maniobra de ser peligrosa, porque el buque podía zozobrar en los inmensos vacíos que quedan entre las olas, precipitándose para no volver a levantarse. Pero John Mangles no podía elegir entre maniobras distintas, y resolvió mantenerse a la capa mientras no cayesen las velas, ni hubiese necesidad de picar los palos. Su tripulación estaba pronta a acudir a donde fuera necesario, y él, con las manos crispadas en los obenques, examinaba las encrespadas olas.

En esta situación se pasó el resto de la noche. Había alguna esperanza de que al rayar el alba la tempestad se aplacase. Pero, lejos de eso, a las ocho de la mañana arreció más el viento, adquirió una velocidad de 10 toesas por segundo, y se convirtió en huracán deshecho.

John no dijo nada, pero tembló por su buque y los pasajeros. El Duncan se ladeaba de una manera tan espantosa, que crujieron sus pies de carnero, y algunas veces los penoles bebían la espuma de las alborotadas olas. Hubo un instante en que la tripulación creyó que ya no volvía a levantarse el buque, y los marineros, con el hacha en la mano, ya iban a picar los obenques del palo mayor, cuando las velas, arrancadas de sus relingas, echaron a volar como albatros gigantescos.

El Duncan se levantó, pero sin apoyo en las olas y sin dirección, se balanceaba tan espantosamente, que amenazaron romperse los palos. No era posible que resistiese mucho tiempo tan furiosas sacudidas; la arboladura le fatigaba, y muy pronto, arrancados los tablones de sus costillas y abiertas sus juntas, las olas penetrarían en él libremente.

No había más que un recurso, poner un tormentín sobre la cabeza del bauprés, y huir delante del temporal. Así lo hizo John Mangles, lo que le costó

algunas horas de trabajo, siendo ya las tres de la tarde cuando se pudo izar y marcar la sobrecabeza y entregarla a merced del viento.

Entonces, el Duncan se dejó llevar por aquel pedazo de trapo, y empezó a huir viento en popa con una rapidez incalculable. Se dirigía hacia el Nordeste empujado por la tempestad. Preciso era que volase con la mayor velocidad posible, dependiendo de esto su salvación. Algunas veces, pasando delante de las olas que cortaba con su afilado tajamar, se hundía en ellas como un enorme cetáceo, y dejaba barrer su cubierta de proa a popa. En otras ocasiones era igual su velocidad a la de las olas; su timón perdía completamente su acción, y declinaba entonces horriblemente, amenazando echarse de costado. Por último, sucedía también que, a impulsos del huracán, las olas corrían más que él, y entonces saltaban por encima del alcázar, y toda la cubierta era barrida de popa a proa con una violencia irresistible.

En esta alarmante situación, vacilando sin cesar entre alternativas de esperanza y desesperación, se pasaron el 15 de setiembre y la siguiente noche. John Mangles no se movió un instante de su puesto, y no tomó alimento alguno. Le atormentaban temores que su impasible semblante no traslucía, y su mirada trataba de atravesar las nubes acumuladas en el norte.

En efecto, se podía temer todo. El Duncan, echado fuera de su rumbo, corría hacia la costa australiana a una velocidad que nada podía reprimir, y John Mangles sentía como por instinto y no de otra manera, que avanzaba con la velocidad de una corriente eléctrica. Temía sin cesar el choque con un escollo, en el que el yate se haría pedazos. Calculaba que la costa debía de encontrarse a menos de 12 millas a sotavento. Y la tierra es el naufragio, es la perdición del buque. Es cien veces preferible el inmenso océano, contra cuyos furores puede un buque defenderse, aunque sea cediendo, batiéndose en retirada. Pero cuando la tempestad le arroja contra las costas, está irremisiblemente perdido.

John Mangles fue a ver a Lord Glenarvan para hablarle acerca del particular, y le pintó la situación tal como era, sin ocultar su gravedad suma. La consideró con la sangre fría de un marino que está resuelto a todo, y terminó diciendo que se vería tal vez obligado a embarrancar el Duncan en la playa.

—Para salvar, si es posible, a los que lleva, Milord.

—Haced lo que mejor os parezca, John —respondió Glenarvan.

—¿Y Lady Elena? ¿Y Miss Grant?

—Nada les diré hasta el último momento, hasta que se haya perdido toda esperanza de permanecer en el mar. Me lo advertiréis.

—Os lo advertiré, Milord.

Glenarvan volvió al lado de las pasajeras, las cuales comprendían la inminencia del peligro, aunque no lo medían en toda su extensión. Manifestaban un gran valor, igual al menos al de sus compañeros. Paganel se entregaba a las teorías más importantes sobre la dirección de las corrientes atmosféricas, y hacía a Roberto, que le escuchaba con la boca abierta, interesantes comparaciones entre los tornados, los ciclones y las tempestades rectilíneas. El Mayor aguardaba el final de todo con el fatalismo de un musulmán.

A cosa de las once pareció que el huracán aflojaba algo, se disiparon las húmedas brumas y en una calma momentánea, sumamente rápida, John pudo ver una tierra baja a 6 millas a sotavento. El Duncan corría hacia ella como llevado por un rayo. Olas monstruosas se estrellaban a una prodigiosa altura, que pasaba algunas veces de 50 pies. El capitán comprendió que para elevarse a tanta altura encontraban allí un punto de apoyo sólido.

—¿Hay allí bancos de arena? —dijo a Austin.

—Tal creo —respondió el segundo.

—Dios nos tenga en su mano —repuso John—. Si el mar no ofrece al Duncan un paso practicable y lo conduce él mismo, estamos perdidos.

—En este momento la marea sube, capitán, y tal vez podamos pasar por encima de los bancos.

—¿Pero no veis, Austin, qué furor el de las olas? ¿Qué buque podría resistirlas? ¡Rogemos a Dios que nos ayude, amigo mío!

Sin embargo el Duncan, sin más que la sobrecabzada de su tormentín, volaba hacia la costa con una velocidad aterradora. Bien pronto estuvo a menos de dos millas de los cantiles del banco. A cada instante los vapores ocultaban la tierra. Pero John creyó distinguir al otro lado de la espumosa barra un mar más tranquilo, en el que el Duncan se hallaría probablemente más seguro. Pero ¿cómo pasar?

John hizo subir a cubierta a todos los pasajeros, pues no quería que en el momento mismo del naufragio estuviesen encerrados en la toldilla. Glenarvan y sus compañeros miraron al espantoso mar. Mary Grant se puso pálida.

—John —dijo en voz baja Glenarvan al joven capitán—, procuraré salvar a mi esposa o pereceré con ella. Encárgate tú de Miss Grant.

—Sí, Milord —respondió John Mangles, llevando la mano del Lord a sus húmedos ojos.

Ya no se hallaba el Duncan más que a algunos cables de los bancos. El

mar, alto entonces, hubiera sin duda dejado al yate bastante agua bajo su quilla, para permitir salvar aquellos peligrosos bajíos. Pero las olas enormes, levantándole y abandonándole sucesivamente, le hubieran en este último movimiento hecho tocar, sin duda alguna, en los arrecifes. Pero ¿había algún medio de suavizar el oleaje, de facilitar el deslizamiento de sus moléculas líquidas, en una palabra, de calmar aquel mar tumultuoso?

John Mangles tuvo una última idea.

— ¡El aceite! —exclamó—. ¡Muchachos, aceite!

La tripulación toda comprendió al momento la intención del capitán. Tratábase de echar mano de un medio que ha dado algunas veces buenos resultados. Se puede aplacar el furor de las olas cubriéndolas con una capa de aceite. Esta capa sobrenada y destruye el choque de las aguas que lubrica. El efecto es inmediato, pero pasa pronto. Cuando un buque ha salvado aquella mar ficticia, las olas multiplican sus furores, y ¡desgraciado el buque que sigue al que ha pasado!

Fueron izados al castillo de proa, desfondados a hachazos y suspendidos encima de la borda de babor y estribor, los barriles que contenían la provisión de aceite comestible.

— ¡Atención! —exclamó John Mangles, espionando el momento favorable.

En veinte segundos llegó el yate a la entrada del paso, cerrado por un reflujo mugidor. El instante era oportuno.

— ¡Abajo! —gritó el joven capitán.

Se volvieron los barriles boca abajo, y de ellos salieron oleadas de aceite. En un instante, la capa untuosa niveló, por decirlo así, la espumosa superficie del mar. El Duncan surcó volando las tranquilizadas aguas, y se halló luego en una ensenada pacífica, al otro lado de los terribles bancos, en tanto que el océano, libre de sus ligaduras, saltaba detrás de él con furor indescriptible.

Capítulo VI

El cabo Bernouille

Lo primero que procuró John Mangles, fue anclar debidamente, y al efecto echó dos anclas en un fondeadero que tenía cinco brazas de agua, y cuyo fondo, de arena compacta, ofrecía la suficiente resistencia. Ningún peligro había de que derivase, ni embarrancase el buque. Después de tantos azares se hallaba en una especie de ancón, al abrigo de los vientos de tierra por un alto

promontorio circular.

Lord Glenarvan estrechó la mano del joven capitán, y le dijo:

—Gracias, John.

¿Para qué quería John más recompensa que estas dos palabras?

Glenarvan encerró en el fondo de su alma el secreto de sus angustias, y ni Lady Elena, ni Mary Grant, ni Roberto, sospecharon la gravedad de los peligros de que acababan de librarse.

Había que dilucidar un punto importantísimo. ¿A qué punto de la costa había sido echado el Duncan por la formidable tempestad? ¿Dónde volvería a tomar el rumbo conveniente? ¿A qué distancia del Sudeste había dejado el cabo Bernouille? Tales fueron las primeras preguntas que se dirigieron a John Mangles. Éste hizo inmediatamente sus observaciones, y las apuntó en el Diario de a bordo.

En resumen, el Duncan no se había desviado de su rumbo más que 2°, aproximadamente. Se encontraba a los 136° 12' de longitud y 35° 67' de latitud, en el cabo Catástrofe, situado en una de las puntas de Australia meridional, a 300 millas del cabo Bernouille.

El cabo Catástrofe, nombre de funesto agüero, tiene por compañero el cabo Borda, formado por un promontorio de la isla de los Canguros. Entre los dos cabos se abre el estrecho del Investigador, que conduce a dos golfos bastante profundos, el golfo Spencer al norte, y el golfo de San Vicente al sur. En la costa oriental de este último está el puerto de Adelaida, capital de la provincia llamada Australia meridional. Esta ciudad, fundada en 1836, cuenta 40.000 habitantes, y ofrece bastantes recursos. Pero se ocupa más en cultivar su fecundo suelo, y en explotar sus uvas, naranjas y todas sus riquezas agrícolas, que en crear grandes empresas industriales. Su población cuenta menos ingenieros que agricultores, y el instinto general se siente poco inclinado a las operaciones mercantiles y a las artes mecánicas.

¿Podía el Duncan reparar sus averías? He aquí la cuestión que había que resolver. John Mangles quiso saber a qué atenerse. Hizo examinar la popa del yate por debajo del agua, y los que bucearon le dijeron que una de las palas de la hélice se había torcido, y tropezaba con el codaste, lo que impedía todo movimiento de rotación. Esta avería era grave, y como tal fue considerada, pues su reparación requería herramientas que no era fácil encontrar en Adelaida.

Después de maduras reflexiones, Glenarvan y el capitán John resolvieron que el Duncan siguiese a la vela costearo las playas australianas para inquirir noticias de la Britannia, que se detuviese en el cabo Bernouille, donde se

harían las últimas investigaciones, y que siguiese su rumbo al sur hasta Melbourne, en cuyo puerto habría posibilidad de reparar sus averías. Reparada la hélice, el Duncan iría a cruzar por delante de las costas orientales para terminar la serie de sus pesquisas.

Aprobadas estas proposiciones, John Mangles resolvió no desperdiciar el primer viento favorable para aparejar inmediatamente. No tuvo que aguardar mucho. Al anoecer, el huracán había amainado completamente, sucediéndole una brisa del Sudeste muy manejable. Se tomaron, para aparejar, las disposiciones convenientes. Se envergó un nuevo velamen, y a las cuatro de la madrugada los marineros dieron vueltas al cabrestante. Muy pronto el áncora que estaba encepada se puso a pique y abandonó el fondo, y el Duncan, con trinquete, gavia, foques, juanetes y sobrejuanetes fue navegando a bolina a lo largo de las costas australianas.

Dos horas después perdió de vista el cabo Catástrofe, y atravesó el estrecho del Investigador. Por la noche dobló el cabo Borda y pasó a algunos cables de la isla de los Canguros, que es el mayor de los islotes australianos, y sirve de refugio a los deportados fugitivos. Su aspecto era encantador. Inmensos tapices de verdor cubrían las estratificadas rocas de sus playas. Lo mismo que en 1802, que fue la época de su descubrimiento, se veían numerosas bandas de canguros, que cruzaban a saltos los bosques y los llanos. Al día siguiente, mientras el Duncan navegaba de vuelta y vuelta, se enviaron sus lanchas a tierra para recorrer los acantilados de la costa. Se hallaba entonces el yate en el paralelo 36, y Glenarvan no quería dejar ningún punto inexplorado hasta que llegase el 38.

Durante la singladura del 18 de diciembre, el yate que bolineaba a trapo como un verdadero clipper, pasó rozando las orillas de la bahía Encounter. Allí es donde, en 1828, llegó el viajero Stuart después de haber descubierto el Murray, que es el río más caudaloso de Australia meridional. No eran ya aquellas orillas las de la isla de los Canguros alfombradas de verdor, sino tristes páramos, que rompían a trechos la uniformidad de una costa baja y cortada por algún acantilado ceniciento y promontorios de arena, ofreciendo toda la aridez de un continente polar.

Durante aquella navegación trabajaron las lanchas rudamente, sin que de ello se quejasen los marineros. Casi siempre les acompañaban Glenarvan, su inseparable compañero Paganel y el joven Roberto, que querían con sus propios ojos descubrir vestigios de la Britannia. Pero aquella escrupulosa exploración no reveló nada del naufragio. Las playas australianas fueron acerca del particular tan mudas como las tierras patagonas. Sin embargo, no había motivos para perder todas las esperanzas mientras no se hubiese alcanzado el punto preciso indicado por el documento. Aquellos reconocimientos se practicaban únicamente para tranquilidad de la conciencia,

por un exceso de celo y por no dejar nada a merced de la casualidad. Durante la noche, el Duncan se ponía al paio, para mantenerse en lo posible en el mismo sitio, y al llegar el día se examinaba la costa escrupulosamente.

Así llegaron los navegantes el 20 de diciembre al cabo Bernouille, que termina la bahía Lacedpede, sin haber encontrado el menor rastro del naufragio. Pero esto nada probaba. Desde la época de la catástrofe, ocurrida dos años antes, el mar había podido dispersar y dispersado probablemente, para consumirlos poco a poco, los despojos de la Britannia, arrancados de los escollos. Además los indígenas, que huelen los naufragios como los buitres los cadáveres, debían haber recogido hasta las más insignificantes reliquias, y, por otra parte, Harry Grant y sus compañeros, capturados en el momento mismo en que las olas los arrojaron a la costa, habían sido sin duda alguna internados en el continente.

Pero siendo así, caía por su propio peso una de las ingeniosas hipótesis de Santiago Paganel. Mientras sólo se trataba del territorio argentino, el geógrafo podía pretender que las cifras del documento no se referían al teatro mismo del naufragio, sino al lugar mismo del cautiverio. En efecto, los grandes ríos de la Pampa y sus numerosos afluentes podían arrastrar al mar el precioso documento. Pero en esta parte de Australia las corrientes de agua que cortan el paralelo 37 son poco abundantes, y, además, el río Colorado y el río Negro se dirigen al mar atravesando playas desiertas, inhabitadas e inhabitables, al paso que los principales ríos australianos, el Murray, el Yarra, el Torrens, el Darling, son afluentes unos de otros, o se precipitan en el océano por desembocaduras que se han convertido en radas frecuentes y en puertos en que la navegación es activa. ¿Qué probabilidad había de que una frágil botella hubiese podido bajar por la corriente de aquellas aguas incesantemente recorridas y llegar al océano Indico?

Esta casi imposibilidad no podía ocultarse a hombres dotados de alguna perspicacia. La hipótesis de Paganel, plausible en Patagonia y en las provincias argentinas, hubiera sido ilógica en Australia. El mismo Paganel lo reconoció en una discusión que acerca del particular suscitó el Mayor Mac Nabbs. Era evidente que los grados consignados en el documento no se aplicaban más que al lugar del naufragio, y por consiguiente la botella había sido arrojada al mar en el punto en que se estrelló la Britannia en la costa occidental de Australia.

Sin embargo, como hizo justamente observar Glenarvan, esta interpretación definitiva no excluía la hipótesis del cautiverio del capitán Grant. A más de que éste lo hacía presentir en su documento con estas palabras que debían tenerse en cuenta: Donde serán prisioneros de crueles indígenas. Pero ninguna otra razón había para buscar a los cautivos en el paralelo 37 con preferencia a todos los demás.

Esta cuestión, que tanto se discutió, recibió por tanto una solución definitiva, y produjo las siguientes consecuencias: si no se hallaban vestigios de la Britannia en el cabo Bernouille, Lord Glenarvan no podía hacer más que volver a Europa. Sus investigaciones habrían sido infructuosas, pero había cumplido su deber con valor y concienzudamente.

No dejó esto de entristecer particularmente a los pasajeros del yate, y de desesperar a Roberto y a Mary Grant. Los dos hijos del capitán, al volver de la playa con Lord y Lady Glenarvan, John Mangles, Mac Nabbs y Paganel, se decían que la cuestión de salvar a su padre se iba a decidir irrevocablemente. Sí, irrevocablemente, porque Paganel, en una discusión anterior, había demostrado juiciosamente que los náufragos de la Britannia habrían vuelto a su patria hacía ya mucho tiempo, si hubiese naufragado su buque en los escollos de la costa oriental.

— ¡Esperanza! ¡Esperanza! ¡Siempre esperanza! —decía Lady Elena a la joven, sentada junto a ella en el bote que los llevaba a tierra—. ¡La mano de Dios no nos abandonará!

—Sí, Miss Mary —dijo el capitán John—, cuando se han agotado los recursos humanos, el cielo interviene, y, por algún hecho imprevisto, abre otros caminos.

— ¡Dios os oiga, Monsieur John! —respondió Mary Grant.

No se hallaba la playa más que a la distancia de un cable. Suaves pendientes terminaban la extremidad del cabo que se introducía dos millas en el mar. El bote entró en una ensenada natural entre bancos de coral en vía de formación, los cuales debían con el tiempo formar una barrera de arrecifes en la parte sur de Australia. Tales como eran, hubieran sido suficientes para destruir el casco de un buque, y bien podía la Britannia haberse perdido en ellos con toda su tripulación.

Los pasajeros del Duncan desembarcaron sin dificultad alguna en una playa absolutamente desierta. Acantilados de fajas estratificadas formaban una línea costera que tenía de 60 a 80 pies de altura. Difícil hubiera sido sin escalas ni cuerdas subir a aquella muralla natural. Afortunadamente, John Mangles descubrió con mucha oportunidad una brecha abierta a cosa de media milla al sur por un derrumbamiento parcial del acantilado. El mar azotaba sin duda aquella barrera de toba esponjosa y quebradiza durante sus grandes cóleras del equinoccio haciendo derrumbarse sus partes superiores.

Glenarvan y sus compañeros entraron por la brecha y llegaron a lo alto del acantilado por una pendiente bastante rápida. Roberto se encaramó como un gato por una escarpa cortada a pico, y fue el primero que llegó a la cresta superior, con gran desesperación de Paganel, que se sintió humillado, al ver

sus grandes piernas de cuarenta años vencidas por unas piernecitas de doce. Sin embargo, dejó muy rezagado al flemático Mayor, que no tenía ningún empeño en llevar la delantera.

Los expedicionarios contemplaron con atención la llanura que se extendía a su vista. Era un vasto terreno inculto lleno de matorrales y maleza, una comarca estéril que Glenarvan comparó a los glens de las tierras bajas de Escocia, y Paganel a los áridos eriales de Bretaña. Pero si bien aquella comarca parecía inhabitada a lo largo de la costa, la presencia, no del hombre salvaje, sino del hombre trabajador, se reveló a lo lejos por algunas construcciones de buen agüero.

— ¡Un molino! —exclamó Roberto.

En efecto, a la distancia de tres millas daban vueltas las aspas de un molino de viento.

—Es realmente un molino —respondió Paganel, que acababa de asestar a él su consabido antejo de larga vista—. He aquí un pequeño monumento tan modesto como útil, cuya aparición tiene el privilegio de encantar mis miradas.

—Es casi un campanario —dijo Lady Elena.

—Sí, señora, y si el uno muele el pan del cuerpo el otro muele el pan del alma. Desde este punto de vista también se parecen.

—Vamos al molino —replicó Glenarvan.

Pusiéronse en marcha. Después de media hora de andar, el terreno, trabajado por la mano del hombre, tomó otro aspecto. La transición de la comarca estéril a la campiña cultivada fue brusca. En lugar de malezas, un seto vivo rodeaba un campo recientemente desmotado, y algunos bueyes y media docena de caballos pacían en las praderas rodeadas de robustas acacias salidas de los vastos viveros de la isla de los Canguros. Poco a poco aparecieron campos cubiertos de cereales, algunas hanegadas de terreno erizadas de doradas espigas, silos de heno semejantes a gigantescas colmenas, árboles frutales, un hermoso jardín digno de Horacio en que lo útil se mezclaba a lo agradable, cobertizos, dependencias hábilmente distribuidas, y por fin una casita sencilla y cómoda que el alegre molino dominaba con su tejado terminado en punta y acariciaba con la inquieta sombra de sus aspas.

En aquel momento un hombre de unos cincuenta años, cuyas facciones prevenían en su favor, salió de la casa principal, a los ladridos de cuatro enormes perros que anunciaban la llegada de los forasteros. Cinco rollizos y hermosos mozos, hijos suyos, le siguieron con su madre, que era una mujer alta y robusta. No era posible equivocarse: aquel hombre rodeado de su interesante familia, en medio de aquellas construcciones, nuevas aún, en

aquella campiña casi virgen, presentaba el tipo más perfecto del colono irlandés que, cansado de su país, va a buscar paz y fortuna al otro lado de los mares.

No se había aún presentado Glenarvan y los suyos, ni habían tenido tiempo de dar a conocer sus nombres y sus cualidades, cuando le saludaron estas cordiales palabras:

—Extranjeros, bien venidos seáis a la casa de Paddy O'Moore.

—¿Sois irlandés? —preguntó Glenarvan estrechando la mano que le tendía el colono.

—Lo he sido —respondió Paddy O'Moore—. Ahora soy australiano. Entrad, quienes quiera que seáis, señores; esta casa es vuestra.

No había más remedio que aceptar sin cumplidos un ofrecimiento tan cordial y franco. Lady Elena y Mary Grant, conducidas por Mrs. O'Moore, entraron en la casita, mientras los hijos del colono desembarazaban a los viajeros de sus armas.

Una espaciosa habitación, muy fresca y muy clara, ocupaba la planta baja de la casa, formada de tablas colocadas horizontalmente. Algunos bancos de madera pegados a las paredes, que estaban pintadas con colores alegres, diez escabeles, dos vasares de encina en que estaba de manifiesto una vajilla blanca y algunas cacerolas de estaño sumamente limpias, una mesa ancha y larga, más que suficiente para veinte cubiertos, formaban un mueblaje digno de aquella sólida vivienda y de sus robustos habitantes.

La sopa estaba en la mesa, humeante entre el roast beef y la pierna de carnero que descollaban en medio de algunas fuentes de aceitunas, uvas y naranjas. Se veía lo necesario, sin que faltase lo superfluo. Los huéspedes tenían una fisonomía tan abierta y era tan tentador el aspecto de la mesa abundantemente provista, que hasta falta de urbanidad hubiera sido no sentarse a ella. Ya los criados de la alquería, iguales a su amo, acudían a participar de su comida. Paddy O'Moore indicó con la mano el sitio que estaba reservado a los forasteros.

—Os aguardaba —dijo sencillamente a Lord Glenarvan.

—¿Vos? —respondió éste muy sorprendido.

—Yo aguardo siempre a los que vienen —replicó el irlandés.

Y después con voz grave, mientras su familia y sus criados permanecían en pie respetuosamente, recitó el Benedicite. Esta perfecta sencillez de costumbres conmovió mucho a Lady Elena, a la cual una mirada de su marido dio a entender que estaba tan conmovido como ella.

Se comió alegremente, y muy pronto se rompió el fuego, es decir, la conversación en toda la línea. De un escocés a un irlandés no va nada. El Tweed, que no tiene de ancho más que algunas toesas, abre entre Escocia e Inglaterra una brecha continua, más honda que las 20 leguas del canal de Irlanda que separan la vieja Caledonia de la verde Erin.

Paddy O'Moore contó su historia. Era la de todos los emigrados a quienes la miseria destierra de su país. Muchos van lejos a buscar fortuna, y no encuentran más que infortunios y contratiempos. Se quejan de la suerte, olvidándose de dirigir cargo alguno a su falta de inteligencia, a su haraganería y a sus vicios. El que es sobrio y trabajador, ahorrador y honrado, generalmente prospera.

Tal fue y tal era Paddy O'Moore. Huyó de Dundee, donde se moría de hambre, y llevó a su familia a las comarcas australianas. Desembarcó en Adelaida, y prefirió a los rudos trabajos del minero los menos lucrativos del agricultor, y dos meses después, empezó su explotación actualmente tan próspera.

Todo el territorio de Australia del sur se divide en porciones de 80 acres, cada uno. Aquellos varios lotes son adjudicados por el Gobierno a los colonos, y con cada lote un agricultor laborioso puede ganar lo suficiente para vivir y ahorrar una suma de 80 libras esterlinas.

Paddy O'Moore lo sabía. Le sirvieron de mucho sus conocimientos agrícolas. Trabajó, economizó y adquirió nuevos lotes con los productos del primero. Prosperó su familia a la par que su explotación. El labrador irlandés se hizo terrateniente, y aunque su establecimiento no contaba aún dos años de existencia, poseía entonces quinientos acres de una tierra fecundada por el sudor, vivificada por su trabajo, y quinientas cabezas de ganado. Era dueño de sí mismo después de haber sido esclavo de los europeos, tan independiente como se puede ser en el país más libre del mundo.

Los huéspedes del irlandés acogieron su narración con sinceros y francos parabienes. Paddy O'Moore, después de haber referido su historia, esperaba sin duda confidencias por confidencias, pero sin provocarlas. Pertenece al número de esas gentes discretas que dicen: «He aquí lo que soy, pero no os pregunto quiénes sois vosotros.» Glenarvan tenía un interés inmediato en hablar del Duncan, de su presencia en el cabo Bernouille, de las pesquisas a que se dedicaban con una perseverancia infatigable. Pero como hombre acostumbrado a ir derecho a su objeto, lo primero que hizo fue interrogar a Paddy O'Moore sobre el naufragio de la Britannia.

La respuesta del irlandés no fue satisfactoria. Jamás había oído hablar de semejante buque. En dos años no se había perdido ningún barco en la isla ni encima ni debajo del cabo. Y no habían transcurrido más que dos años desde

la catástrofe. Podía, pues, afirmar con la más completa seguridad que los naufragos no habían sido arrojados a aquella parte de las costas del oeste.

—Ahora, Milord —añadió—, permitidme preguntaros con qué objeto me habéis dirigido esa pregunta.

Glenarvan contó al colono la historia del documento, el viaje del yate y las gestiones practicadas para descubrir el paradero del capitán Grant, sin ocultar que sus mejores esperanzas eran destruidas por tan categóricas afirmaciones y que desesperaba de encontrar jamás a los naufragos de la Britannia.

Estas palabras debían producir una dolorosa impresión en los oyentes de Glenarvan. Roberto y Mary tenían los ojos llenos de lágrimas. Paganel no encontraba ninguna palabra de esperanza y de consuelo. John Mangles experimentaba una pena que no podía ocultar. La desesperación invadía ya el alma de aquellos hombres generosos a quienes el Duncan acababa de conducir inútilmente a remotas playas, cuando se oyeron estas palabras:

—Milord, alabad y dad gracias a Dios. ¡Si el capitán Grant vive, vive en la tierra australiana!

Capítulo VII

Ayrton

No es posible expresar la sorpresa que produjeron estas palabras.

Glenarvan se levantó de un salto, y dejando caer su silla exclamó:

—¿Quién ha hablado?

—Yo —respondió uno de los criados de Paddy O'Moore, sentado a un extremo de la mesa.

— ¡Tú, Ayrton! —dijo el colono, no menos asombrado que Glenarvan.

— ¡Yo! —respondió Ayrton con voz conmovida pero firme—. ¡Yo, un escocés como vos, Milord! ¡Yo, uno de los naufragos de la Britannia!

Esta declaración produjo un efecto indescriptible. Mary Grant, atónita, casi loca de alegría, se arrojó en brazos de Lady Elena. John Mangles, Roberto y Paganel se levantaron de sus asientos y se acercaron precipitadamente a aquel individuo que Paddy O'Moore acababa de llamar Ayrton.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de fisonomía ruda, cuya mirada fulminante se perdía bajo un arco superciliar profundamente hundido. A pesar de su delgadez se adivinaba que debía de estar dotado de un vigor

poco común. Era todo él hueso y músculos y según una expresión escocesa, no perdía el tiempo criando carne floja. Mediana estatura, anchas espaldas, continente decidido, enérgicas e inteligentes facciones, aunque muy duras, predisponían en su favor, aumentando la simpatía que inspiraba las huellas de una miseria reciente impresa en su semblante. Se veía que había padecido mucho, si bien parecía hombre capaz de arrostrar y vencer las mayores penalidades.

Así había parecido a primera vista a Glenarvan y a sus amigos. La personalidad de Ayrton se imponía al momento. Glenarvan, interpretando los deseos y sentimientos de todos, apremió a Ayrton con preguntas a las que él respondió en el acto. El encuentro de Glenarvan y de Ayrton había evidentemente producido en los dos una emoción recíproca.

Así es que las primeras preguntas de Glenarvan carecían de método y como hechas a pesar suyo.

—¿Sois uno de los náufragos de la Britannia? —preguntó.

—Sí, Milord, el contramaestre del capitán Grant —respondió Ayrton.

—¿Salvado con él después del naufragio?

—No, Milord, no. En aquel momento terrible, yo estaba separado, arrancado de sobre cubierta, arrojado a la costa.

—¿No sois, pues, ninguno de los dos marineros de que el documento hace mención?

—No. Yo no conocía la existencia de semejante documento. Cuando el capitán lo arrojó al mar yo no estaba ya a bordo.

—¿Pero el capitán? ¿El capitán?

—Le creía ahogado, desaparecido, abismado con toda la tripulación de la Britannia. Creía ser yo el único que se había salvado.

— ¡Pero vos habéis dicho que el capitán Grant vive!

—No. He dicho si el capitán Grant vive...

—Habéis añadido: está en el continente australiano.

—En efecto, no puede estar en otra parte.

—¿No sabéis, pues, dónde está?

—No, Milord, os lo repito, le creía sepultado en las olas o hecho pedazos en las rocas. Por vos he sabido que tal vez vive aún.

—Pero entonces, ¿qué sabéis? —preguntó Glenarvan con impaciencia.

—Lo que he dicho. Si el capitán Grant vive, está en Australia.

—¿Dónde ocurrió el naufragio? —preguntó entonces el Mayor Mac Nabbs.

Ésta era la primera pregunta que había que hacer, pero en la turbación causada por tan inesperado incidente, Glenarvan, impaciente por saber ante todo dónde se hallaba el capitán Grant, no se informó del sitio en que la *Britannia* se había perdido. Desde aquel momento, la conversación, hasta entonces incoherente, pasaba de una idea a otra, en que se mezclaban los hechos y se invertían las fechas, tomó un giro más racional, y muy pronto los pormenores de aquella oscura historia aparecieron ante todos muy claros y muy precisos.

Ayrton respondió a la pregunta de Mac Nabbs en los siguientes términos:

—Cuando fui arrebatado del castillo de proa donde estaba arriando los focos, la *Britannia* navegaba hacia la costa de Australia. Se hallaba a menos de dos cables. El naufragio ocurrió, pues, en aquel mismo punto.

—¿A los treinta y seis grados de latitud? —preguntó John Mangles.

—A los treinta y siete grados —respondió Ayrton.

—¿En la costa del oeste?

—No. En la del este —replicó al momento el contramaestre.

—¿Y en qué época?

—En la noche del 27 de junio de 1862.

— ¡Eso es! ¡Eso es! —exclamó Glenarvan.

—Ya veis, pues, Milord —añadió Ayrton—, que he podido justamente decir: si el capitán Grant vive aún se le debe buscar en el continente australiano, y no en otra parte.

— ¡Y le buscaremos y le encontraremos y le salvaremos, amigo mío! —exclamó Paganel—. ¡Ah! Precioso documento —añadió con la mayor buena fe—, preciso es confesar que has caído en manos de personas muy perspicaces.

Es seguro que nadie oyó las vanidosas palabras de Paganel.

Glenarvan y Lady Elena, Mary y Roberto se habían congregado alrededor de Ayrton, y le estrechaban las manos. Parecía que la presencia de aquel hombre era una prueba segura de la salvación de Harry Grant. Puesto que el marinero había salido sano y salvo de los peligros del naufragio, ¿por qué el capitán no se había de haber librado también de la catástrofe? Ayrton repetía con convicción que el capitán Grant debía haberse salvado como él, y que

probablemente vivía. No podía decir dónde; pero había de ser necesariamente en el continente. Respondía a las mil preguntas que se le dirigían, con una inteligencia y una precisión notables. Miss Mary, mientras él hablaba, tenía una de sus manos entre las suyas. ¡Era compañero de su padre, uno de los marinos de la Britannia! ¡Había vivido cerca de Harry Grant, corrido con él los mares, desafiado los mismos peligros! Mary no podía separar sus miradas de aquella ruda fisonomía, y lloraba de felicidad.

Hasta entonces nadie había pensado siquiera en poner en duda la veracidad e identidad del contraмаestre. Únicamente el Mayor, y tal vez también John Mangles, algo más recelosos, se preguntaban si las palabras de Ayrton merecían entera confianza. Su encuentro imprevisto podía excitar algunas sospechas. Verdad era que Ayrton había citado hechos y fechas ciertos, y algunas particularidades que daban mucho peso a lo que decía. Pero las minuciosidades, por exactas que sean, no constituyen una certeza, y se ha notado que generalmente la mentira se apoya en la precisión de los pormenores. Mac Nabbs reservó, pues, su opinión, y se abstuvo de pronunciarse en pro ni en contra.

En cuanto a John Mangles, sus dudas no resistieron mucho tiempo a las palabras del marinero y se convenció de que era verdaderamente un compañero del capitán Grant, cuando le oyó hablar a la joven de su padre. Ayrton conocía perfectamente a Mary y a Roberto. Les había visto en Glasgow en el momento de zarpar la Britannia. Recordó su presencia en el almuerzo de despedida servido a bordo a los amigos del capitán, a cuyo almuerzo asistió el sheriff Mac Intyre. Roberto, que tenía apenas diez años, quedó a cargo del contraмаestre Dick Turner, y se le escapó para subir a los masteleros de juanete.

—Es verdad, es verdad —dijo Roberto Grant.

Y Ayrton recordaba mil bagatelas por el estilo, a las que no parecía dar la importancia que les daba John Mangles. Y cuando dejaba de hablar, Mary le decía con voz dulce:

— ¡Habladnos, Monsieur Ayrton, habladnos más de nuestro padre!

El contraмаestre satisfizo lo mejor que pudo los deseos de la joven. Glenarvan no quería interrumpirle, a pesar de que se agolpaban en su mente veinte cuestiones más útiles; pero Lady Elena, mostrándole la alegría de Mary, detenía sus palabras.

En esta conversación Ayrton contó la historia de la Britannia y su viaje en los mares del Pacífico. Mary Grant conocía de él una gran parte, pues las noticias del buque alcanzaban a mayo de 1862. Durante aquel período de un año, Harry Grant tocó sucesivamente en las principales tierras de Oceanía, en

las Hébridas, en Nueva Guinea, en Nueva Zelanda y en Nueva Caledonia, experimentando la mala voluntad de las autoridades inglesas, porque su buque era mal visto en las colonias británicas.

Sin embargo, había encontrado un punto importante en la costa occidental de la Papuasias, en que le pareció fácil el establecimiento de una colonia escocesa, y asegurada su prosperidad, porque, en efecto, un buen puerto de escala en el camino de las Molucas y Filipinas debía atraer numerosos buques, sobre todo cuando la apertura del canal de Suéz hubiese suprimido la ruta del cabo de Buena Esperanza. Harry Grant era de los que en Inglaterra preconizaban la obra de Monsieur De Lesseps y no oponían a un gran interés internacional rivalidades políticas.

Después del reconocimiento de la Papuasias, la Britannia fue a renovar sus víveres en El Callao, de cuyo puerto zarpó el 30 de mayo de 1862, para regresar a Europa por el océano Indico y por el derrotero de El Cabo. Tres semanas después de su partida, desmanteló al buque una tempestad espantosa. Hubo que picar los palos. Se declaró en los fondos una vía de agua que no se pudo dominar, y la tripulación quedó muy pronto extenuada y sin fuerzas. Las bombas eran insuficientes para achicar el buque, que por espacio de ocho días fue juguete de los huracanes. Seis pies de agua tenía en la sentina. Poco a poco se iba a pique. Durante la tempestad habían perdido las lanchas, y fuerza era morir a bordo cuando en la noche del 22 de junio, como lo había perfectamente comprendido Paganel, se descubrió la costa oriental de Australia. El buque fue arrojado a ella. El choque fue terrible. En aquel momento Ayrton, arrebatado por una ola, fue arrojado en medio de las rompientes y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, se hallaba en poder de los indígenas, que le llevaron al interior del continente.

Desde entonces, nunca más oyó hablar de la Britannia, y supuso, no sin razón, que había sucumbido con todos sus tripulantes en los peligrosos arrecifes de Twofold Bay.

Aquí terminaba el relato concerniente al capitán Grant que arrancó más de una vez dolorosas exclamaciones. El Mayor no podía, sin cometer una injusticia, poner en duda su autenticidad. Pero después de la historia de la Britannia, la historia particular de Ayrton debía ofrecer un interés de actualidad aún más palpitante.

En efecto, gracias al documento, no se podía dudar de que Grant, con dos de sus marineros, había, lo mismo que Ayrton, sobrevivido al naufragio. De la suerte del uno se podía racionalmente deducir la suerte del otro. Por lo mismo se suplicó a Ayrton que refiriese sus aventuras, y las refirió con mucha sencillez y laconismo.

El marinero, náufrago, cautivo de una tribu indígena, fue conducido a las

regiones interiores regadas por el Darling, a 400 millas al norte del paralelo 37. Allí vivió muy miserablemente, porque miserable era también la tribu, pero no le maltrataron. Pasó dos largos años de esclavitud penosa, pero sin abandonarle nunca la esperanza de recobrar la libertad. Estaba, para salvarse, al acecho de todas las ocasiones, aunque su evasión le obligase a arrostrar innumerables peligros.

Durante una noche del mes de octubre de 1864, burló la vigilancia de los indígenas y desapareció en la profundidad de inmensos bosques. Alimentándose de raíces, de helechos comestibles, de gomas de mimosas, anduvo errante un mes en medio de aquellas vastas soledades guiado por el sol durante el día, por las estrellas durante la noche, con frecuencia abatido por la desesperación. De esta manera atravesó pantanos, ríos, montañas, toda la parte inhabitada del continente muy rara vez hollada por la planta de los viajeros que han trazado los itinerarios más atrevidos. Moribundo, extenuado, llegó por fin a la granja hospitalaria de Paddy O'Moore, donde a cambio de su trabajo había encontrado una feliz existencia.

—Y si Ayrton está contento de mí —dijo el colono irlandés cuando éste terminó su narración—, yo también lo estoy de él. Es un hombre inteligente y honrado, un buen trabajador, y si él quiere, la morada de Paddy O'Moore será por mucho tiempo la suya.

Ayrton dio gracias al irlandés con un ademán, y esperó que le dirigieran nuevas preguntas, si bien comprendía que la legítima curiosidad de sus oyentes debía estar ya satisfecha. ¡A qué nueva pregunta habría de contestar a Glenarvan! Iba por lo tanto a ocuparse de la combinación del plan que se debía seguir aprovechándose del encuentro de Ayrton y de los datos por él suministrados, cuando el Mayor, dirigiéndose al marinero, le dijo:

—¿Erais contra maestre a bordo de la Britannia?

—Sí —respondió Ayrton sin titubear.

Pero comprendiendo que había dictado la pregunta del Mayor un sentimiento de desconfianza, una duda, aunque tal vez muy ligera, añadió:

—Salvé del naufragio mi asiento de plaza a bordo.

Y salió inmediatamente del comedor en que estaban reunidos todos para ir a buscar el documento oficial. No estuvo fuera un minuto, pero Paddy O'Moore tuvo tiempo de decir:

—Milord, os respondo de la honradez de Ayrton. En dos años que está en mi casa, no me ha dado motivo alguno de queja. Conozco la historia de su naufragio y de su cautiverio. Es un hombre leal, digno de toda vuestra confianza.

Glenarvan iba a responder que él no había dudado ni un solo instante de la buena fe de Ayrton, cuando éste volvió a entrar y presentó su asiento de plaza a bordo en toda regla. Era un papel firmado por los armadores de la Britannia y el capitán Grant, cuya letra y rúbrica reconoció Mary perfectamente. En él constaba que Tom Ayrton, marinero de primera clase, estaba alistado como contramaestre a bordo de la fragata Britannia de Glasgow. No cabía, pues, la menor duda acerca de la identidad de Ayrton, pues era difícil admitir que se hallase en su poder el documento sin pertenecerle.

—Ahora —dijo Glenarvan— apelo a los consejos de todos, y provocho una discusión inmediata sobre lo que conviene hacer. Vuestras opiniones, Ayrton, serán tenidas muy en cuenta, y os las agradeceré con toda mi alma.

Ayrton reflexionó breves instantes, y respondió en los siguientes términos:

—Os doy gracias, Milord, por la confianza que os merezco y de que espero hacerme digno. Tengo algún conocimiento de este país, de las costumbres de los indígenas, y si puedo seros útil...

—¡Quién lo duda! —respondió Glenarvan.

—Opino como vos —añadió Ayrton— que el capitán Grant y sus dos marineros salvaron la vida en el naufragio; pero atendiendo a que no han alcanzado las posesiones inglesas, pues si las hubiesen alcanzado habrían reaparecido, no dudo que les cupo la misma suerte que a mí, y que son cautivos de una tribu de naturales.

—Repetís, Ayrton, los argumentos que hice yo valer —dijo Paganel—. Es evidente que los náufragos, como ellos temían, están en poder de los indígenas. ¿Pero debemos opinar que han sido, como vos, arrastrados al norte del paralelo 37?

—Es de suponer —respondió Ayrton—; las tribus enemigas no suelen permanecer en las inmediaciones de los distritos sometidos a los ingleses.

—Lo cual complicará mucho nuestras pesquisas —dijo Glenarvan bastante desconcertado—. ¿Cómo encontrar las huellas de los cautivos en el interior de un continente tan vasto?

Un prolongado silencio acogió esta observación. Lady Elena interrogaba frecuentemente con su mirada a todos sus compañeros, sin obtener respuesta. El mismo Paganel, contra su costumbre, estaba mudo. Le faltaba su ordinario ingenio. John Mangles iba a largos pasos de un lado a otro de la sala, como si estuviese sobre la cubierta de un buque en un gran apuro.

—¿Y vos, Monsieur Ayrton, qué haríais? —preguntó entonces Lady Elena al marinero.

—Yo, señora —respondió al momento Ayrton—, me embarcaría a bordo

del Duncan, e iría derecho al lugar del naufragio. Allí tomaría consejo de las circunstancias y de los indicios que buenamente me ofreciese la casualidad.

—Bien —dijo Glenarvan—; pero tendremos que esperar a que se haya reparado el Duncan.

— ¡Ah! ¿Habéis sufrido averías?

—Sí —respondió John Mangles.

—¿Graves?

—No, pero requieren para su reparación herramientas de que carecemos a bordo. Se ha torcido una de las palas de la hélice, y no se puede reparar más que en Melbourne.

—¿No podéis ir a la vela? —preguntó el contramaestre.

—Sin duda, pero por poco que deje el viento de favorecernos, el Duncan necesitará mucho tiempo para llegar a Twofold Bay, y de todos modos será preciso que vaya a Melbourne.

—Pues bien —exclamó Paganel—, que vaya a Melbourne, y nosotros iremos a la bahía Twofold.

—¿Y cómo? —preguntó John Mangles.

—Atravesando Australia como hemos atravesado América, siguiendo el paralelo 37.

—¿Pero y el Duncan? —repuso Ayrton, insistiendo de una manera muy particular.

—El Duncan se nos reunirá o nosotros nos reuniremos al Duncan, según el caso. Si en nuestra travesía encontramos al capitán Grant, volveremos juntos a Melbourne. Sí, por el contrario, proseguimos nuestras investigaciones hasta la costa, el Duncan nos tomará en ella. ¿Quién hace objeciones a este plan? ¿El Mayor acaso?

—No —respondió Mac Nabbs—, si la travesía de Australia es practicable.

—Tan practicable es —respondió Paganel— que propongo a Lady Elena y a Miss Grant que nos acompañen.

—¿Habláis formalmente, Paganel? —preguntó Glenarvan.

—Muy formalmente, querido Lord. Es un viaje de trescientas cincuenta millas únicamente. A doce millas por día, apenas durará un mes, es decir, el tiempo necesario para las reparaciones del Duncan. ¡Ah!, si se tratase de atravesar el continente australiano por una latitud más baja, si fuese menester cruzarlo en su mayor anchura, pasar esos inmensos desiertos en que falta el

agua y el calor es abrasador, si quisiéramos, en fin, intentar lo que no han intentado aún los más audaces viajeros, la cosa variaría de aspecto. Pero el paralelo 37 corta la provincia de Victoria, país tan inglés como la misma Inglaterra, con carreteras y caminos de hierro, y poblado en la mayor parte de su extensión. Este viaje se puede hacer en coche, si se quiere, o en carreta, lo que es preferible. Es un paseo como de Londres a Edimburgo, y nada más.

—¿Pero y las fieras? —preguntó Glenarvan, que quería hacer todas las objeciones posibles.

—No hay fieras en Australia. —¿Y los salvajes?

—Están en otra latitud, y además, no son crueles como los de Nueva Zelanda.

—Pero, ¿y los escapados de presidio?

—Los hay en las colonias del este, pero no en las provincias meridionales de Australia. La provincia de Victoria no se ha contentado con expulsarlos, sino que ha promulgado una ley excluyendo de su territorio a los penados de las demás provincias que han cumplido su condena. En este mismo año, el Gobierno Victoriano ha amenazado a la compañía peninsular con privarla de su subvención, si sus buques siguen tomando combustible en los puertos de Australia occidental en que son admitidos los desertores de presidio. ¿Cómo no sabéis eso, vos, inglés?

—En primer lugar —respondió Glenarvan—, no soy inglés.

—Lo que ha dicho Monsieur Paganel es muy exacto —dijo entonces Paddy O'Moore—. No sólo la provincia de Victoria, sino que también Australia meridional, Queensland y la misma Tasmania están de acuerdo para expulsar de su territorio a los deportados fugitivos. En el tiempo que hace que habito yo esta granja, no he oído hablar de un solo desertor de presidio.

—Lo que es yo, nunca he encontrado ninguno —respondió Ayrton.

—Ya lo veis, amigos míos —repuso Paganel—, pocos salvajes, ninguna fiera, ningún presidiario fugado; no se puede decir otro tanto de muchas comarcas de Europa. ¿Conque es cosa convenida?

—¿Qué os parece, Elena? —preguntó Glenarvan.

—Lo que parece a todos, querido Edward —respondió Lady Elena volviéndose hacia sus compañeros—. ¡En marcha! ¡En marcha!

Capítulo VIII

La partida

Glenarvan, siempre ejecutivo, no solía perder tiempo entre la adopción de una idea y su realización. Una vez admitida la proposición de Paganel, dio orden de apresurar inmediatamente los preparativos de marcha, que fijó para el día siguiente, 22 de diciembre.

¿Qué resultados debía producir aquella travesía de Australia? La presencia de Harry Grant era ya un hecho indiscutible, y las consecuencias de la expedición podían ser muy grandes. Había aumentado la suma de las probabilidades favorables. Nadie podía asegurar que se encontrase al capitán precisamente en la línea del paralelo 37 que se iba a seguir rigurosamente; pero tal vez en esta línea se encontrarían sus huellas, y por ella se iba directamente al teatro del naufragio. Éste era el punto principal.

Además, si no se negaba Ayrton a acompañar a los viajeros, a guiarles por los enmarañados bosques de la provincia de Victoria, a conducirles hasta la costa oriental, había una nueva probabilidad de buen éxito. Glenarvan, que lo comprendía así, tenía un particular empeño en asegurarse el utilísimo concurso del compañero de Harry Grant, y preguntó a su huésped si se le causaría muy grande extorsión proponiendo a Ayrton que le acompañase.

Paddy O'Moore consintió en ello, aunque sintiendo mucho privarse de tan excelente criado.

—Y bien, Ayrton, ¿nos acompañaréis en nuestra expedición en busca de los naufragos de la Britannia?

Ayrton no respondió inmediatamente, y quedó perplejo algunos instantes, pero, después de haber reflexionado, dijo:

—Sí, Milord; os seguiré, y ya que no os pueda hacer encontrar las huellas del capitán Grant, os llevaré al menos al mismo sitio en que se perdió el buque.

—Gracias, Ayrton —respondió Glenarvan.

—Una sola pregunta, Milord.

—Hablad, amigo mío.

—¿Dónde encontraréis el Duncan?

—En Melbourne, si no atravesamos Australia de una a otra playa. Pero si la atravesamos, lo encontraremos en la costa oriental.

—¿Pero entonces su capitán...?

—Su capitán esperará mis instrucciones en el puerto de Melbourne.

—Bien, Milord —dijo Ayrton—, contad conmigo.

—Muy bien, con vos cuento, Ayrton —respondió Glenarvan.

Los pasajeros del Duncan dieron las más expresivas gracias al contraamaestre de la Britannia. Los hijos de su capitán le prodigaron sus más afectuosas caricias. A todos complacía su decisión, menos al irlandés, que perdía un auxiliar fiel e inteligente. Pero Paddy comprendió la importancia que para Glenarvan tenía la presencia del contraamaestre, y se resignó. Glenarvan le encargó que proporcionase él mismo el medio de transporte para atravesar Australia, y concluido este asunto, los pasajeros regresaron a bordo, después de quedar citados con Ayrton.

El regreso fue alegre. Todo había variado. Habían desaparecido todas las vacilaciones. Los valerosos investigadores no debían ya seguir ciegamente la línea del paralelo 37. No era ya dudoso que Harry Grant había encontrado refugio en el continente, y llenaba el corazón de todos la satisfacción que ocasiona la seguridad después de la incertidumbre.

Dentro de dos meses, siendo propicias las circunstancias, el Duncan desembarcaría a Harry Grant en las playas de Escocia.

Cuando John Mangles apoyó la proposición de intentar con los pasajeros la travesía de Australia, contaba con que esta vez él sería uno de los expedicionarios. Conferenció sobre el particular con Glenarvan, haciendo valer en su favor toda especie de argumentos, su adhesión a Lady Elena y al mismo Lord, su utilidad como organizador de la caravana y su inutilidad como capitán a bordo del Duncan; en fin, mil excelentes razones, exceptuando la mejor, de la cual Glenarvan no tenía necesidad para convencerse.

—Una sola pregunta, John —dijo Glenarvan—: ¿Tenéis en vuestro segundo una absoluta confianza?

—Absoluta —respondió John Mangles—. Tom Austin es un buen marino. Conducirá el Duncan a su destino, dispondrá hábilmente sus reparaciones y estará donde se le diga en el día que se fije. Tom es esclavo del deber y de la disciplina. Nunca se permitirá modificar ni retardar la ejecución de una orden. Vuestra Señoría, puede, pues, contar con él como conmigo mismo.

—Siendo así, John —respondió Glenarvan—, nos acompañaréis porque bueno será —añadió sonriéndose— que estéis allí cuando encontremos al padre de Mary Grant.

— ¡Oh! ¡Vuestro Honor! —murmuró John Mangles.

No pudo decir más. Palideció un instante y cogió la mano que le tendía Lord Glenarvan.

Al día siguiente, John Mangles, acompañado del carpintero y de los

marineros encargados de los víveres, regresó al establecimiento de Paddy O'Moore, donde, de acuerdo con el irlandés, debía organizar los medios de transporte.

Toda la familia le esperaba pronta a trabajar bajo sus órdenes. Ayrton estaba allí y no escatimó los consejos que le suministraba su experiencia.

Paddy y él estuvieron conformes en disponer para las viajeras una carreta tirada por bueyes. Los hombres realizarían el viaje a caballo. Paddy podía proporcionar las bestias y la carreta.

Ésta tenía de largo 20 pies, y estaba cubierta con un toldo, montado sobre cuatro ruedas, siendo cada una de éstas de una sola pieza, sin rayos, cubo ni aro de hierro. El juego delantero, muy separado del de atrás, consistía en un mecanismo rudimentario que no le permitía dar vueltas en corto espacio. De este juego arrancaba una lanza de 35 pies de longitud, a la que se uncían tres pares de bueyes, los cuales tiraban a la vez con los músculos de la cabeza y del cuello por la doble combinación de un yugo sujeto a la nuca y un collar fijo al yugo con una clavija de hierro. Mucha destreza se requería para conducir aquella máquina estrecha, larga, que se bamboleaba incesantemente, y que estaba siempre a punto de volcar, y para guiar el tiro por medio del aguijón. Pero Ayrton había hecho su aprendizaje en la alquería del irlandés, y éste respondía de su habilidad, por lo que se le confirió el cargo de carretero.

La carreta no ofrecía comodidad alguna, pero había que aceptarla tal como era.

John Mangles no pudo modificar su grosera construcción, pero la hizo arreglar interiormente del mejor modo posible. Por medio de un tabique de tablas la dividió en dos compartimientos, de los cuales el posterior estaba destinado a los víveres y equipajes y a la cocina portátil de Monsieur Olbinett, y el anterior pertenecía enteramente a las viajeras. La mano del carpintero hizo de este compartimiento un cuarto bastante cómodo, cubierto con un grueso tapiz, provisto de un tocador y de dos camas reservadas a Lady Elena y Mary Grant. En caso necesario lo cerraban dos fuertes cortinas de cuero para resguardarlo del frío de la noche. Los hombres podían en rigor hallar en él un refugio para ponerse a salvo de los recios aguaceros, pero debían habitualmente acampar debajo de una tienda. John Mangles se ingenió de modo que en un estrecho espacio reunió todos los objetos necesarios a dos mujeres, de suerte que Lady Elena y Mary Grant no pudieron echar muy de menos en aquel cuarto ambulante los cómodos camarotes del Duncan.

Se aprontaron para los viajeros siete vigorosos caballos destinados a Lord Glenarvan, Paganel, Roberto Grant, Mac Nabbs, John Mangles y los dos marineros Wilson y Mulrady que acompañaban a su amo en esta nueva expedición. Ayrton tenía su asiento delante del carro, y Monsieur Olbinett, que

no era muy aficionado a la equitación, se arreglaría como Dios le diese a entender en el compartimiento de los equipajes.

Caballos y bueyes pastaban en las praderas de la granja, y podían reunirse fácilmente al llegar la hora de marcha.

Después de haber tomado sus disposiciones y dado al maestro carpintero las órdenes convenientes, John Mangles pasó a bordo con la familia irlandesa, que quiso devolver la visita a Lord Glenarvan. Ayrton tuvo por conveniente reunirse a ella, y a cosa de las cuatro, John y sus compañeros pisaban la cubierta del Duncan.

Fueron recibidos con los brazos abiertos. Glenarvan les invitó a comer a bordo, no queriendo ser menos galante que sus huéspedes, y éstos aceptaron con gusto la respuesta a su hospitalidad australiana en la cámara del yate. Paddy O'Moore quedó maravillado. Los muebles de todos los departamentos, los techos, los tapices, toda la obra de arte y palo santo excitó su admiración. Ayrton no dio gran importancia a estas costosas superfluidades.

Pero en cambio, el contraмаestre de la Britannia examinó el yate desde el punto de vista de un marino; visitó hasta su sentina, bajó a la cámara de la hélice, a las carboneras, la despensa, la santabárbara, interesándole particularmente el almacén de armas y el cañón giratorio del cual preguntó el alcance. En las preguntas de Ayrton vio al momento Glenarvan que hablaba con un hombre que era del oficio. Después el contraмаestre de la Britannia inspeccionó cuidadosamente la jarcia y la arboladura.

—Tenéis, Milord, un hermoso buque —dijo.

—Y sobre todo, un buen buque —respondió Glenarvan.

—¿Cuántas toneladas?

—Doscientas diez.

—¿Me engañaré mucho —añadió Ayrton— si digo que el Duncan a todo vapor anda quince nudos?

—Podéis poner diecisiete —replicó John Mangles— y os quedaréis corto.

— ¡Diecisiete! —exclamó el contraмаestre—. Entonces no hay buque de guerra, por rápido que sea, que pueda darle caza.

— ¡Ninguno! —respondió John Mangles—. El Duncan es un verdadero yate de carreras, que se las apuesta con el más pintado.

—¿También a la vela? —preguntó Ayrton.

—También a la vela.

—Pues bien, Milord, y vos, capitán —respondió Ayrton—, recibid la

enhorabuena de un marino que sabe lo que vale un buque.

—Bien, Ayrton —respondió Glenarvan—; quedaos a bordo, y de vos depende que este buque llegue a ser vuestro.

—Pensaré en ello, Milord —respondió sencillamente el contraмаestre.

En aquel momento Monsieur Olbinett avisó a Su Honor que la comida estaba en la mesa. Glenarvan y sus huéspedes pasaron a la sala común.

—Ese Ayrton —dijo Paganel al Mayor— es un hombre inteligente.

— ¡Demasiado inteligente! —murmuró Mac Nabbs, a quien, sin apariencia de razón, fuerza es decirlo, la cara y las maneras del contraмаestre empezaban a fastidiarle.

Durante la comida, Ayrton dio interesantes pormenores acerca del continente australiano, que conocía perfectamente. Se informó del número de marineros que acompañaban a Lord Glenarvan en su expedición. Cuando supo que sólo le acompañaban dos de ellos, Mulrady y Wilson, pareció sorprendido. Aconsejó a Glenarvan que formase su comitiva con los mejores marineros del Duncan, insistiendo mucho sobre el particular, y esta insistencia debía borrar del ánimo del Mayor todas las sospechas.

—Pero —preguntó Glenarvan—, ¿ofrece algún peligro nuestro viaje por Australia meridional?

—Ninguno —respondió Ayrton.

—Pues entonces dejemos a bordo el mayor número posible de tripulantes. Para manejar el Duncan a la vela se necesita gente. Lo que ante todo importa, es que se encuentre con puntualidad en el lugar de cita que le será ulteriormente designado. No mermemos, pues, su tripulación.

Ayrton comprendió sin duda la observación de Lord Glenarvan y no insistió.

A la caída de la tarde, escoceses e irlandeses se separaron. Ayrton y la familia de Paddy O'Moore regresaron a la alquería, donde el carro y los caballos estaban prontos para el día siguiente. Se resolvió partir a las ocho de la mañana.

Entonces Lady Elena y Mary Grant hicieron sus últimos preparativos. Fueron cortos, y sobre todo menos minuciosos que los de Santiago Paganel. El sabio pasó parte de la noche en desarmar, limpiar, revisar y volver a armar los lentes de su catalejo, de lo que resultó que al rayar el alba dormía aún como un tronco, y tuvo que despertarle la retumbante voz del Mayor.

Ya los equipajes habían sido transportados a la alquería por los marineros de John Mangles. Una lancha aguardaba a los viajeros, que se embarcaron en

ella inmediatamente. El joven capitán dio sus últimas instrucciones a Tom Austin, recomendándole principalmente que esperase las órdenes de Lord Glenarvan en Melbourne, y que las ejecutase escrupulosamente cualesquiera que fuesen.

El viejo marino respondió a John Mangles que podía contar con él en todo y para todo, y en nombre de la tripulación presentó a Su Honor sus votos por el buen éxito de la expedición. La lancha se separó del yate en medio de sonoros hurras.

En diez minutos la embarcación alcanzó la playa. Un cuarto de hora después, los viajeros llegaban a la alquería irlandesa.

Todo estaba dispuesto. Gustó mucho a Lady Elena su compartimiento en la carreta, y ésta, con sus ruedas primitivas y macizos ejes, le entusiasmó sobremanera. Los seis bueyes, uncidos de dos en dos, ofrecían un aspecto patriarcal. Ayrton, con el aguijón en la mano, esperaba las órdenes de su nuevo amo.

— ¡Pardiez! —dijo Paganel—. He aquí un admirable vehículo que vale más que todas las carretelas del mundo. No conozco mejor medio de viajar que el de los saltimbanquis. ¿Qué más se puede desear que una casa que anda y se para donde uno quiere? Bien lo comprendían los sármatas, que no viajaban nunca de otro modo.

—Señor Paganel —dijo Lady Elena—, espero tener el placer de recibiros en mis salones.

—Señora, el placer y el honor serán míos —replicó el sabio—. ¿Tenéis días marcados de recepción?

—Todos lo son para mis amigos —respondió riendo Lady Elena—, y vos sois...

—El más adicto de todos, señora —replicó alegremente Paganel.

Estos recíprocos cumplidos fueron interrumpidos por la llegada de siete caballos ensillados que conducía uno de los hijos de Paddy. Lord Glenarvan arregló con el irlandés el precio de todas las adquisiciones que allí hizo, añadiendo un millón de gracias que el buen colono apreciaba tanto al menos como las guineas.

Se dio la señal de marcha. Lady Elena y Miss Grant se instalaron en su compartimiento. Ayrton en su asiento, Olbinett en la trasera del carro, y Glenarvan, el Mayor, Paganel, Roberto, John Mangles y los dos marineros, armados todos de carabinas y revólveres, montaron a caballo. ¡Dios os acompañe!, dijo Paddy O'Moore, y toda la familia repitió: ¡Dios os acompañe! Ayrton lanzó un grito particular, y aguijoneó los bueyes.

La carreta arrancó, crujieron los ejes, y no tardó en desaparecer tras una revuelta del camino la hospitalaria alquería del honrado irlandés.

Capítulo IX

La provincia de Victoria

Era el 23 de diciembre de 1864. El mes de diciembre, tan lúgubre, tan nebuloso en el hemisferio boreal, debería llamarse junio en aquel continente. Astronómicamente, el verano contaba ya dos días de existencia, porque el 21 el sol había entrado en Capricornio, y su presencia sobre el horizonte menguaba ya algunos minutos.

Así, pues, el nuevo viaje de Lord Glenarvan se verificaba en la estación más calurosa del año y bajo los rayos de un sol casi tropical.

En aquella parte del océano Pacífico el conjunto de las posesiones inglesas se llama Australasia. Comprende Nueva Holanda, Tasmania, Nueva Zelanda y algunas islas circunvecinas. En cuanto al continente australiano, se divide en vastas colonias de extensión y riquezas muy desiguales. Basta examinar los mapas modernos levantados por los señores Petermann o Prechoell para convencerse de la simetría de estas divisiones. Los ingleses han tirado a cordel las líneas convencionales que separan aquellas grandes provincias, sin tener en cuenta ni vertientes geográficas, ni cursos de ríos, ni variedades de climas, ni diferencias de razas. Aquellas colonias confinan rectangularmente unas con otras y se tocan como las piezas de un tablero de damas. Aquella disposición de líneas y ángulos rectos constituye la obra de un geómetra, no la obra de un geógrafo, únicamente las costas, con sus crestas, sus bahías, sus cabos, sus ensenadas, protestan en nombre de la Naturaleza con su irregularidad encantadora. Aquel aspecto de tablero de ajedrez excitaba, y muy justamente, la verbosidad de Paganel. Es seguro que si Australia hubiese sido francesa, los geógrafos galos no hubiesen llevado a tan alto grado su pasión por la escuadra y el tiralíneas.

Las colonias de la gran isla oceánica son actualmente seis: Nueva Gales del Sur, capital Sydney; Queenslandia, capital Brisbane; la provincia de Victoria, capital Melbourne; Australia meridional, capital Adelaida; Australia occidental, capital Perth, y por último, Australia septentrional, sin capital aún. Sólo las costas tienen colonos, y apenas se encuentra una que otra ciudad importante a 20 millas del interior, y éste, cuya superficie es igual a dos terceras partes de Europa, permanece casi inexplorado.

Pero afortunadamente, el paralelo 37 no atraviesa aquellas inmensas

soledades, aquellas inaccesibles comarcas, que han costado ya a la Ciencia numerosas víctimas. Glenarvan no hubiera podido atravesarlas. No tenía que cruzar más que la parte meridional de Australia, que se compone de una angosta tira de la provincia de Adelaida, de la provincia de Victoria en todo su ancho, y por último, del vértice del triángulo invertido que forma Nueva Gales del Sur.

Sesenta y dos millas escasas separan el cabo Bernouille de la frontera de Victoria. Sesenta y dos millas representan, poco más o menos, dos días de marcha, y Ayrton creía poder al día siguiente pernoctar en Aspley, que es la ciudad más occidental de la provincia de Victoria.

El principio de un viaje se distingue siempre por el brío de los jinetes y de los caballos. Nada tenemos que decir acerca de la animación de los primeros, pero es conveniente moderar el paso de los segundos. El que quiere ir lejos, debe guardar consideraciones a su cabalgadura. Así, pues, se decidió que por término medio no se andaría diariamente más que de 25 a 30 millas.

Además, el paso de los caballos debía subordinarse al más lento de los bueyes, verdaderos aparatos mecánicos que pierden en tiempo lo que ganan en fuerza. La carreta, con sus pasajeros y sus provisiones, era el núcleo de la caravana, la fortaleza ambulante. Los jinetes podían recorrer las inmediaciones, pero sin alejarse nunca de ella.

Así, pues, no habiéndose prescrito ninguna orden especial de marcha, cada cual era libre en sus acciones hasta cierto límite, y los cazadores recorrían la llanura, los amables conversaban con los moradores de la carreta y los filósofos filosofaban juntos. Paganel, que poseía todas estas cualidades, debía estar y estaba a la vez en todos los puntos.

Nada interesante ofreció la travesía de Adelaida. Una costa de lomas poco elevadas, pero de mucho polvo, una larga extensión de terrenos baldíos, cuyo conjunto constituye lo que se llama el bush en el país, algunas praderas cubiertas de unos arbustos de hojas angulosas que codician mucho las ovejas, se sucedieron durante algunas millas. Se veían a trechos algunos pig faces (carneros con cabeza de cerdo de una especie particular de Nueva Zelanda), que pacían entre los postes de la línea telegráfica recientemente establecida desde Adelaida a la costa.

Hasta entonces aquellas llanuras recordaban singularmente las monótonas extensiones de terreno de la Pampa argentina. El mismo suelo herbáceo y compacto, el mismo horizonte enteramente despejado. Mac Nabbs sostenía que no había variado de país; pero Paganel afirmó que la comarca no tardaría en modificarse. Con su garantía, todos se prometían espectáculos maravillosos.

Alrededor de las tres, la carreta atravesó un ancho espacio desprovisto de árboles, conocido con el nombre de llanuras de los mosquitos. El sabio tuvo la satisfacción geográfica de comprobar que merecía su nombre.

Mucho dieron que sentir a los viajeros y a sus cabalgaduras las reiteradas picaduras de aquellos importunos dípteros, de los que no era posible librarse, y sí solamente se podía calmar el dolor que ocasionaban, con sendos frascos de amoniaco del botiquín portátil; Paganel no pudo reprimirse, y cubrió de maldiciones a aquellos mosquitos encarnizados, que mecharon su prolongada personalidad con sus agujijones sedientos de sangre.

A la caída de la tarde, algunos setos vivos de acacias amenizaron la llanura. De cuando en cuando se veían bosquecillos de gomeros blancos; más adelante, una senda recientemente trazada, y luego árboles de procedencia europea, olivos, limoneros y verdes hayas, y al fin una empalizada bien conservada. A las ocho, los bueyes, a quienes el agujijón de Ayrton obligó a acelerar la marcha, llegaron a la Estación de Red Gum.

Esta palabra estación se aplica a los establecimientos del interior en que se cría ganado, que es la principal riqueza de Australia. Los ganaderos se conocen con el nombre de squatters, es decir, gentes que se sientan en el suelo.

En efecto, es la primera posición que toma todo colono fatigado después de atravesar aquellas comarcas inmensas.

Red Gum Station era un establecimiento de poca importancia. Pero Glenarvan halló en él la más franca hospitalidad. La mesa estaba siempre puesta para el viajero bajo el techo de aquellas habitaciones solitarias, y en un colono australiano se encuentra siempre un huésped obsequioso.

Al día siguiente, Ayrton unció sus bueyes al rayar el alba. Quería llegar aquella misma tarde a la frontera de Victoria. El terreno se fue poco a poco presentando más accidentado. Una sucesión de colinas poco elevadas, y salpicadas de arenas de color escarlata, ondeaba hasta perderse de vista. Hubiérase dicho que era una inmensa bandera roja, cuyos pliegues hinchaba el viento con su soplo. Algunos malleya, especie de abetos manchados de blanco, cuyo tronco es recto y liso, extendían sus ramas y sus hojas de un color verde oscuro sobre fértiles praderas en que hervían inmensas manadas de gerbos. Más adelante aparecieron espaciosos campos llenos de maleza y de tiernos gomeros, y luego se fueron separando los grupos; los arbustos aislados se convirtieron en árboles, y presentaron la primera muestra de los bosques de Australia.

El aspecto del país, en las inmediaciones de la frontera de Victoria, se modificaba sensiblemente. Los viajeros hallaban una tierra nueva. La línea recta era su imperturbable dirección, sin que ningún obstáculo, lago o montaña

les obligase a desviarse. Ponían invariablemente en práctica el primer postulado de la geometría, y seguían el camino más corto que se conoce para ir de un punto a otro. Hacían caso omiso de todas las dificultades y fatigas. Su marcha se subordinaba al lento paso de los bueyes, los cuales, si bien no iban de prisa, al menos caminaban sin detenerse.

Así fue que después de andar en dos días 60 millas, la caravana, el 23 por la tarde, llegó a la parroquia de Aspley, primera ciudad de la provincia de Victoria, situada a los 141° de longitud, en el distrito de Wimerra.

Cuidó Ayrton de llevar la carreta a Crown's Inn, una venta que, a falta de otro nombre mejor, se llamaba «Fonda de la Corona». La cena, compuesta únicamente de carnero guisado de diferentes maneras, humeaba sobre la mesa.

Se comió mucho, y no se habló menos. Todos deseaban conocer las particularidades del continente australiano, y preguntaban incesantemente al geógrafo. Paganel no se hizo rogar, y empezó su narración diciendo que en otro tiempo la provincia australiana se llamaba Australia feliz.

— ¡Acertada calificación! —dijo—. Más propio hubiera sido llamarla Australia rica, porque la riqueza no hace la felicidad de los países como hace la de los individuos. Australia, gracias a sus minas de oro, ha sido invadida por devastadoras bandas de aventureros. Ya lo veréis cuando atravesemos los terrenos auríferos.

—¿No es de origen muy reciente la colonia de Victoria? —preguntó Lady Glenarvan.

—Sí, señora, no cuenta más que treinta años de existencia. Un martes, 6 de junio de 1835...

—A las siete y cuarto de la tarde —añadió el Mayor, que se complacía en lanzar pullas a Paganel sobre la precisión de las fechas.

—No a las siete y cuarto, sino a las siete y diez minutos —replicó gravemente el geógrafo— Betman y Falckmer fundaron un establecimiento en Puerto Felipe, en la bahía en que se extiende actualmente la gran ciudad de Melbourne. Por espacio de quince años, la colonia formó parte de Nueva Gales del Sur, y dependió de Sydney, su capital. Pero en el año 1851, fue declarada independiente y tomó el nombre de Victoria.

—¿Y desde entonces ha prosperado mucho? —preguntó Glenarvan.

—Vos mismo podréis juzgarlo, mi noble amigo —respondió Paganel—. Tengo las cifras suministradas por la última estadística, y diga Mac Nabbs lo que quiera, no hay nada tan elocuente como las cifras.

—Adelante —dijo el Mayor.

—Adelante voy. En 1836, la colonia de Puerto Felipe tenía 244 habitantes. Actualmente, la provincia de Victoria cuenta 550.000. 7.000.000 de cepas le dan anualmente 121.000 galones de vino. 103.000 caballos atraviesan galopando sus llanuras, y 675.272 bueyes pacen en sus praderas.

—¿No tiene también cierto número de cerdos? —preguntó Mac Nabbs con sorna.

—Sí, Mayor, setenta y nueve mil seiscientos veinticinco, si mal no recuerdo.

—¿Y cuántos carneros, Paganel?

—Siete millones ciento quince mil novecientos cuarenta y tres, Mac Nabbs.

—¿Incluyendo el que nos comemos, Paganel?

—No, sin incluirlo, porque le faltan ya tres cuartas partes que hemos devorado.

— ¡Bravo, Monsieur Paganel! —exclamó Lady Elena riendo estrepitosamente—. Fuerza es convenir que sois muy fuerte en cuestiones geográficas, y mi primo Mac Nabbs, haga lo que quiera, no os cogerá en un renuncio.

—Es mi oficio, señora, saber estas cosas y otras muchas más, y enseñáros las en caso necesario. Así, pues, podéis creerme cuando os digo que este extraño país nos reserva maravillas...

—Hasta ahora, sin embargo... —respondió Mac Nabbs, que encontraba gusto en contradecir al geógrafo para excitar su facundia.

—Pero aguardad, impaciente Mayor —exclamó Paganel—. Apenas habéis puesto un pie en la frontera y ya estáis murmurando. Pues bien, yo os digo y repito y sostengo que esta comarca es la más curiosa de toda la Tierra. Su formación, su naturaleza, sus productos, su clima, y hasta su desaparición futura, han asombrado, asombran y asombrarán a todos los sabios del mundo. Figuraos, amigos, un continente cuya periferia, no el centro, se elevó primitivamente sobre las olas como un anillo gigantesco, que en su parte central encierra tal vez un mar interior medio evaporado; cuyos ríos se secan de día en día; en que no hay humedad ni en el aire ni en la tierra; en que los árboles pierden anualmente su corteza en lugar de perder sus hojas; en que éstas se presentan al sol de perfil y no de cara, y no dan sombra; en que la madera es con frecuencia incombustible; en que los árboles son bajos y las hierbas gigantescas; en que los animales son extraños; en que los cuadrúpedos, como el equidna y el ornitorrinco, pertenecen a la familia de los edentados monotremas, tienen pico a la manera de los patos, y han obligado a los

naturalistas a crear especialmente para ellos un nuevo género; en que el canguro anda a saltos con sus patas desproporcionadas y desiguales; en que el bowerd bird abre sus salones para recibir las visitas de sus amigos alados; en que los carneros tienen la cabeza de cerdo; en que las zorras vuelan como ardillas de un árbol a otro; en que los cisnes son negros; en que hacen nidos las ratas; en que los pájaros asombran la imaginación con la diversidad de sus cantos y de sus aptitudes; en que uno sirve de reloj, otro chasca con un látigo de postillón, otro imita al afilador; otro marca los segundos como un péndulo; en que tal ave ríe por la mañana al salir el sol, y tal otra llora por la tarde cuando el sol se pone. ¡Oh! ¡Comarca extraña, ilógica, si las hay! ¡Tierra paradójica formada contra la Naturaleza! Con razón dijo de ti el sabio botánico Crimard que eres una especie de parodia de las leyes universales, o por mejor decir, un guante de desafío arrojado a la cara del resto del mundo.

El tren de frases de Paganel, lanzado a todo vapor, no había al parecer de detenerse nunca. El elocuente secretario de la Sociedad Geográfica estaba como disparado y no era ya dueño de sí mismo. Hablaba sin parar, gesticulaba como si quisiera romperlo todo, y blandía su tenedor con gran peligro de los que comían a su lado. Pero al fin ahogaron su voz un estrépito de bravos, y pudo callar.

—¿Y eso es todo, Paganel?

— ¡No! ¡No es todo! —respondió el sabio con nueva vehemencia.

—¿Cómo? —preguntó Lady Elena, cuya curiosidad era insaciable—. ¿Hay algo aún más asombroso en Australia?

—Sí, señora; su clima. Su clima, por su extrañeza, excede a sus productos.

— ¡Es imposible!

—No hablo de las cualidades higiénicas del continente australiano, tan rico en oxígeno y tan pobre en ázoe. No tiene vientos húmedos porque los alisios soplan paralelamente a sus costas, y en él se desconocen la mayor parte de las enfermedades, el tifus y el sarampión y muchas afecciones crónicas.

—Lo que no deja de ser una ventaja —dijo Glenarvan.

—Sin duda, pero no me refiero a ella —respondió Paganel—. Aquí el clima posee una cualidad inverosímil.

—¿Cuál? —preguntó John Mangles.

—No me creeréis.

—Sí, os creemos —exclamaron todos con impaciencia.

—Pues bien, es...

—¿Qué?

—Moralizador.

—¿Moralizador?

—Sí —respondió el sabio con convicción—. ¡Sí, moralizador! Aquí los metales expuestos al aire no se oxidan, ni los hombres tampoco. Aquí la atmósfera pura y seca lo blanquea todo rápidamente, el lienzo y las almas. Bien habían notado en Inglaterra las virtudes de este clima, cuando se resolvió enviar a este país las gentes que tenían necesidad de moralizarse.

—¿De veras se experimenta esa influencia? —preguntó Lady Glenarvan.

—Sí, señora; en los animales y en los hombres.

—¿No os chanceáis, Monsieur Paganel?

—No me chanco. Los caballos y demás animales son aquí de una docilidad notable. Ya tendréis ocasión de verlo.

—No es posible.

—Pues es muy cierto. Aquí los malhechores, transportados por este aire vivificador y salubre, se regeneran en pocos años. Este efecto es conocido de los filántropos. En Australia todas las naturalezas se vuelven mejores.

—Pero entonces, vos, Monsieur Paganel, vos que sois tan bueno —dijo Lady Elena—, ¿qué llegaréis a ser en esta tierra privilegiada?

—Inmejorable, señora —respondió Paganel—, inmejorable.

Capítulo X

Wimerra river

Al día siguiente, 24 de diciembre, se emprendía la marcha al rayar el alba. El calor era ya fuerte, pero soportable, y el camino llano y compacto se acomodaba bien al paso de los caballos. La comitiva entró en un bosque bastante claro, y al anochecer, después de haber caminado todo el día, acampó en las márgenes del lago Blanco, cuyas aguas son salobres e impotables.

Allí Santiago Paganel tuvo que convenir en que aquel lago no tenía más de blanco que lo que tiene de negro el mar Negro, de rojo el mar Rojo, de amarillo el río Amarillo y de azul las Montañas Azules. Sin embargo, incitado por su amor propio de geógrafo, se enzarzó en prolijas discusiones; pero no prevalecieron sus especiosos argumentos.

Monsieur Olbinett preparó la cena con su puntualidad acostumbrada, y luego los viajeros, los unos en el carro, los otros bajo la tienda, no tardaron en dormirse, a pesar de los quejumbrosos chillidos de los dingos, que son los chacales de Australia.

Más allá del lago Blanco se extendía una llanura admirable, esmaltada de crisantemos. Al día siguiente, Glenarvan y sus compañeros aplaudieron al despertarse la magnífica decoración que a sus miradas se ofrecía. Partieron. El suelo no ofrecía más relieves que algunas lejanas gibas. Todo, hasta el lejano horizonte, era una pradera alfombrada de flores de primavera magnificencia. Los reflejos azules del lino de pequeñas hojas casaban bien con el color escarlata de un acanto particular de aquellas comarcas. Numerosas variedades de eristias amenizaban el verde paisaje, y los terrenos, impregnados de sal, desaparecían bajo las ansermas, salgadas, acelgas, verdegayas y rojizas, y otras plantas pertenecientes a la invasora familia de las salcoláceas, de cuya incineración saca partido la industria, pues sus cenizas, debidamente lavadas, producen excelente sosa. Paganel, que en medio de las flores se volvía botánico, llamaba con sus nombres propios aquellas variadas plantas, y con su manía de enumerarlo todo, no pudo abstenerse de decir que hasta el día se contaban 4.200 especies en la flora australiana, repartidas en 120 familias.

Más adelante, después de haber andado rápidamente unas doce millas, la carreta rodó entre elevados bosques de acacias, mimosas y gómeros blancos, de variada inflorescencia. El reino vegetal, en aquella comarca de spring plains, no era ingrato con el astro del día, devolviendo en perfumes y colores lo que el sol le daba en rayos.

El reino animal no era tan pródigo en sus productos. Algunos casuarios saltaban en la llanura, sin que fuese posible acercarse a ellos. El Mayor fue, no obstante, lo bastante diestro para herir de un balazo en un costado a un animal bastante raro que tiende a desaparecer, un jabirú, ave zancuda, la gigantesca grulla de los colonos ingleses.

Tenía cinco pies de altura, y su pico negro, ancho y cónico, terminado en punta aguda, medía una longitud de dieciocho pulgadas. Los reflejos violáceos y purpúreos de su cabeza contrastaban singularmente con el verde metálico de su cuello, la deslumbradora blancura de su garganta y el color rojo muy subido de sus largas patas. Parecía que la Naturaleza había agotado en su plumaje los brillantes colores de su paleta.

Mucha admiración causó ave tan singular, y del Mayor hubiera sido la gloria de la jornada, si el joven Roberto, algunas millas más adelante, no hubiese encontrado y cobrado denodadamente una bestia informe, mitad erizo, mitad oso hormiguero, que parecía ser un esbozo como los animales de las primeras edades de la Creación. Una lengua extensa, larga y pegajosa, salía de

su desdentada boca, y cazaba las hormigas que forman el principal alimento de dicho animal.

—¡Es un equidna! —dijo Paganel, dando a aquel mono trema su verdadero nombre—. ¿Habíais visto nunca un bicho semejante?

—Es horrible —respondió Glenarvan.

—Horrible, pero curioso —respondió Paganel—, y además particular de Australia, de suerte que no se encuentra un solo ejemplar en ninguna otra parte del mundo.

Paganel, como era natural, quería guardar el repugnante equidna, y meterlo en el compartimiento de los equipajes. Pero Monsieur Olbinett protestó con una indignación tal, que el sabio renunció a conservar aquella muestra de monotrema.

Aquel día adelantaron sobre los 141" de longitud, 30 minutos. Hasta entonces se habían ofrecido a su vista pocos colonos y pocos squatters. El país parecía desierto. No había ni sombra de aborígenes, porque las tribus salvajes están más al norte, en las inmensas soledades regadas por los afluentes del Darling y del Murray.

Interesó mucho a la comitiva de Glenarvan un curioso espectáculo. Tuvo ocasión de ver uno de los inmensos rebaños que audaces especuladores conducen desde las montañas del este a las provincias de Victoria y Australia meridional.

A las cuatro de la tarde, John Mangles indicó a tres millas de distancia una enorme columna de polvo que se levantaba en el horizonte. Paganel creía que era un meteoro cualquiera, y su viva imaginación buscaba ya la causa natural que lo producía, cuando Ayrton le detuvo en la senda de sus conjeturas, afirmando que aquel inmenso torbellino de polvo procedía de la marcha de un rebaño.

No se engañaba el contraamaestre. Se acercó la densa nube, saliendo de ella un concierto de balidos, berridos y relinchos, y la voz humana, bajo la forma de gritos, silbidos y vociferaciones, se mezclaba a aquella sinfonía pastoril.

De la estrepitosa nube surgió un hombre, que era el general en jefe de aquel ejército de cuatro patas. Glenarvan le salió al encuentro, y sin más ceremonia quedaron las relaciones entabladas. El mayoral, o para darle su verdadero título, el stock-keeper, era propietario de una parte del rebaño. Se llamaba Sam Machell, y efectivamente venía de las provincias del este, dirigiéndose a la bahía de Portland.

Su rebaño constaba de 12.075 cabezas, es decir, 1.000 bueyes, 11.000 carneros y 75 caballos. Todos fueron comprados flacos en las llanuras de las

Montañas Azules, e iban a criarse y cebarse en medio de los saludables pastos de Australia meridional, donde su reventa deja grandes beneficios. Sam Machell, ganando dos libras por cada buey y media libra por cada carnero, debía realizar un beneficio de 150.000 francos. Era un gran negocio. ¡Pero cuánta paciencia, cuánta energía para conducir a su destino aquel rebaño acostumbrado a la soledad! ¡Cuántas fatigas había que arrostrar al efecto! La ganancia que produce tan rudo oficio se obtiene a fuerza de sacrificios.

Sam Machell contó en pocas palabras su historia, mientras el rebaño seguía marchando entre los bosques de mimosas. Lady Elena y Mary Grant salieron de la carreta, los caballeros se apearon también, y sentados a la sombra de un corpulento gomero, escuchaban la narración del stock-keeper.

Hacia siete meses que Sam Machell había partido. Andaba diez millas al día, y su interminable viaje debía durar aún otros tres meses. Para ayudarlo en su laboriosa empresa tenía veinte perros y treinta hombres, entre ellos cinco negros muy hábiles para encontrar las huellas de los animales que se extraviaban. Seis carros iban en pos del ejército. Los conductores, armados de stock-whips, látigos cuyo mango tiene dieciocho pulgadas de longitud y la tralla nueve pies, circulaban entre las filas restableciendo el orden en los puntos en que se alteraba, en tanto que recorría las alas la caballería ligera, que eran los perros.

Los viajeros admiraron la disciplina establecida en el rebaño. Cada raza marchaba separadamente, porque los bueyes y carneros salvajes no están nunca a partir un piñón, y los primeros no se resignan jamás a pastar donde han pastado los otros. Es, por lo tanto, necesario colocar los bueyes en vanguardia, y así marchaban divididos en dos batallones. A éstos seguían cinco regimientos de carneros mandados por veinte conductores, formando la retaguardia el pelotón de caballos.

Sam Machell hizo observar a los viajeros que los guías del ejército no eran perros ni hombres, sino bueyes leaders, inteligentes cabestros cuya superioridad reconocían sus congéneres. Marchaban en primera fila, con mucha gravedad, tomando por instinto el buen camino, y muy convencidos de que tenían derecho a las mayores consideraciones. Se les respetaba mucho, y todo el rebaño les obedecía ciegamente. Si se les antojaba detenerse, fuerza era doblegarse a su capricho, y hubiera sido inútil después de un alto quererse poner en marcha antes de dar ellos la señal. No había más iniciativa que la suya.

Algunos pormenores añadidos por el stock-keeper completaron la historia de la expedición, digna de ser escrita, ya que no mandada, por el mismo Jenofonte.

Mientras el ejército marchaba por el llano iba todo perfectamente. Las

fatigas y los inconvenientes eran pocos. Los animales pacían en el campo, bebían en los numerosos creeks de las praderas, dormían de noche, viajaban de día y se reunían dócilmente a la voz de mando de los perros. Pero en los grandes bosques del continente, al atravesar las selvas de eucaliptos y mimosas, se multiplicaban las dificultades. Pelotones, batallones y regimientos se mezclaban o se separaban y se necesitaba para reunirlos mucho tiempo. Y como por desgracia se extraviase un leader, preciso era encontrarlo a toda costa so pena de una desbandada general, empleando con frecuencia los negros muchos días en tan difíciles pesquisas. Y si sobrevenían grandes chubascos, las reses perezosas se negaban a avanzar, y si los chubascos se convertían en violentas tempestades, se apoderaba de todas un terror insuperable.

Sin embargo, a fuerza de actividad y de energía, el stock-keeper triunfaba de aquellas dificultades que renacían incesantemente. Andaba millas y más millas, y poco a poco iba dejando atrás llanos, bosques y montañas. Pero donde tenía necesidad de una paciencia a toda prueba, de una paciencia que no se apurase ni en horas, ni en días, ni en semanas, era delante de un río que fuese preciso atravesar. Allí el stock-keeper se veía detenido y estaba condenado a permanecer en las orillas por un tiempo indefinido. El obstáculo procedía únicamente de la obstinación del ganado, que se negaba resueltamente a pasar al otro lado. Los bueyes husmeaban el agua y retrocedían. Los carneros preferían huir en todas direcciones a arrostrar el líquido elemento. En vano se aguardaba la noche para llevar el ganado a la margen. El ganado no pasaba. Se arrojaba a viva fuerza los carneros, y las ovejas no les seguían. Se trataba de obligar al ganado por medio de la sed, y se le tenía sin beber días y días, y el rebaño prescindía del agua y no se aventuraba a entrar en ella. Se llevaban los corderos a la otra orilla, con la esperanza de que sus madres acudiesen a ellos al oír sus balidos, y los corderos balaban y las madres no se movían. Esto duraba algunas veces todo un mes, y el stock-keeper no sabía qué hacer con su ejército para llevarlo adelante hasta que sin más ni más, sin razón alguna, por un capricho, sin saber por qué ni cómo, un destacamento entraba en el agua, y el ejército entero le seguía. Entonces sobrevenía otra dificultad, cual era la de impedir que el rebaño se echase al agua desordenadamente. Se introducía la confusión en las filas y muchas reses se ahogaban.

Tales fueron los pormenores dados por Sam Machell. Durante su narración, una gran parte del rebaño había desfilado en buen orden. Ya era tiempo de que el ganadero volviese a colocarse a la cabeza de su ejército a escoger los mejores pastos. Se despidió por tanto de Lord Glenarvan, se montó en un excelente caballo indígena, que uno de sus criados tenía de la brida, y todos le dijeron adiós, apretándole cordialmente la mano. Poco después había desaparecido en un torbellino de polvo.

La carreta siguió en sentido inverso su marcha, momentáneamente interrumpida, y se detuvo a la caída de la tarde al pie del monte Talbot.

Entonces Paganel hizo observar juiciosamente que estaban a 25 de diciembre, día de Navidad, el Christmas tan celebrado por las familias inglesas. Pero el Stewart no lo había olvidado, y una suculenta cena, servida bajo la tienda, le valió los sinceros cumplidos de todos los que fueron partícipes de ella. Fuerza es decir que Monsieur Olbinett se había excedido a sí mismo. Su despensa había suministrado un contingente de manjares europeos que rara vez se encuentran en los desiertos de Australia. Figuraban en tan asombrosa cena un jamón de reno, solomillo de buey en fiambre, salmón curado al humo, un pastel de centeno y avena, té a discreción, whisky en abundancia, y algunas botellas de exquisito oporto. Motivos había para creerse los convidados transportados al magnífico comedor de Malcolm Castle, en medio de los Highlands, en plena Escocia.

Nada en realidad faltaba en aquel banquete, ni la copa de jengibre, ni los más variados postres. Sin embargo, Paganel creyó deber añadir a la obra de Monsieur Olbinett, por vía de suplemento, los frutos de un naranjo silvestre que crecía al pie de las colinas. Dicho árbol es el mocaly de los indígenas. Sus naranjas son bastante insípidas, pero sus pipas o huesecillos abrasan la boca como la pimienta de Cayena. El geógrafo se obstinó en comerlos concienzudamente por amor a la Ciencia, y tal estrago hicieron en su paladar, que no pudo responder a las preguntas que le dirigió el Mayor, relativas a las particularidades de los postres australianos.

El día siguiente, 26 de diciembre, no ofreció ningún incidente que merezca referirse. Se encontraron las fuentes del Norton Creek, y más adelante el río Mackenzie medio seco.

El tiempo se mantenía bueno, con un calor muy soportable; el viento soplaba del sur, y refrescaba la atmósfera como la hubiera refrescado el norte en el hemisferio boreal, sobre lo que Paganel llamó la atención de su amigo Roberto Grant.

—Es circunstancia muy feliz —añadió—, porque el calor es por término medio más fuerte en el hemisferio austral que en el boreal.

—¿Por qué? —preguntó Roberto.

—¿Por qué, Roberto? —respondió Paganel—. ¿No has oído decir que la Tierra en invierno está más cerca del Sol?

—Sí, Monsieur Paganel.

—¿Y que el frío del invierno no se debe más que a la oblicuidad de los rayos solares?

—Perfectamente.

—Pues bien, muchacho, por la misma razón hace más calor en el hemisferio austral.

—No lo comprendo —respondió Roberto abriendo desmesuradamente los ojos.

—Reflexiona, pues —repuso Paganel—. Cuando allá en Europa es invierno, ¿cuál es la estación que reina aquí en Australia en los antípodas?

—El verano —dijo Roberto.

—Y bien, puesto que precisamente en esta época se encuentra la Tierra más cerca del Sol. ¿Comprendes?

—Ya entiendo.

—A consecuencia de esta proximidad, el verano de las regiones australes es más cálido que el de las regiones boreales.

—En efecto, Monsieur Paganel.

—Así, pues, cuando se dice que el Sol está más cerca de la Tierra en invierno, no se dice la verdad sino respecto a la parte boreal del Globo.

—Nunca había pensado en semejante cosa —respondió Roberto.

—Pues no la olvides.

Roberto recibió con gusto la leccioncilla de cosmografía, y acabó por saber que la temperatura media de las provincias de Victoria alcanzaba 74° Fahrenheit (+ 23° centígrados).

Al oscurecer acampó la comitiva a cinco millas más allá del lago Lonadale, entre el monte Drummond que se levanta al norte, y el monte de Dryden, cuya cima de regular elevación destaca sobre el horizonte sur.

A las nueve de la mañana siguiente, la carreta llegó a las márgenes del Wimmera, al meridiano 143.

El río, que tiene de ancho media milla, corría entre dos altas filas de gomeros y de acacias. Algunas mirtáceas magníficas, entre otras el metrosideros especiosa, levantaban a quince pies de altura sus ramas largas y llorosas, esmaltadas de flores rojas. Mil pájaros, oropéndolas, pinzones, palomas de doradas alas, alborotadores papagayos, revoloteaban entre el verde ramaje. Debajo, en la superficie de las aguas, nadaban majestuosamente dos cisnes negros, celosos y ariscos. Estas raras aves de los ríos australianos, desaparecen muy pronto en las sinuosidades del Wimmera, que riega caprichosamente aquella deliciosa campiña.

Sin embargo, la carreta se había detenido en un tapiz de musgo que alimentaba las aguas rápidas. No había allí barcas ni puentes, y no obstante era preciso pasar. Ayrton buscó un vado practicable. A un cuarto de milla más arriba le pareció que el río era menos profundo y resolvió pasarlo en aquel punto. Las sondas sólo anunciaron tres pies de agua, y de consiguiente la carreta podía cruzar por allí sin correr grandes peligros.

—¿No hay ningún otro medio de pasar el río? —preguntó Glenarvan al contraamaestre.

—No, Milord —respondió Ayrton—, pero este vado no me parece peligroso. Saldremos bien de él.

—¿Lady Glenarvan y Miss Grant tendrán que bajar de la carreta?

—De ninguna manera. Mis bueyes son seguros, y me encargo de guiarles por el buen camino.

—Adelante, pues, Ayrton —respondió Glenarvan—, en vos confío.

Los jinetes rodearon la pesada carreta, y entraron resueltamente en el agua. Ordinariamente los carros, cuando tienen que vadear un río, se rodean de una sarta de toneles vacíos que les sostienen a flor de agua. Pero careciendo los viajeros de dicho aparato flotante, tuvieron que confiarse a la sagacidad de los bueyes conducidos por el prudente Ayrton. Éste, desde su asiento, dirigía el atalaje, mientras que el Mayor y los dos marineros colocados delante, a algunas toesas de distancia, rompían la corriente. Glenarvan y John Mangles marchaban al lado de la carreta prontos a socorrer a las viajeras en caso necesario, y Paganel y Roberto cerraban la línea.

Hasta llegar a la mitad del Wimerra todo fue perfectamente. Pero allí el río era más hondo, y el agua subía hasta los ejes. Los bueyes, arrojados fuera del vado, podían perder tierra y arrastrar consigo la oscilante máquina. Ayrton se condujo valerosamente: se echó al agua, y agarrándose a los cuernos de los bueyes, logró volverlos a poner en camino.

Hubo en aquel momento un choque imposible de prever; se oyó un chasquido; la carreta se inclinó de una manera alarmante; el agua llegó a los pies de las viajeras, y el vehículo empezó a seguir la corriente, no obstante los esfuerzos de Glenarvan y John Mangles, que se agarraron a los adrales. Hubo un momento de ansiedad.

Afortunadamente un vigoroso empuje acercó la carreta a la orilla opuesta. El río ofreció al pie de los bueyes y de los caballos una subida, y muy pronto hombres y animales se hallaron unos y otros en la margen opuesta, muy satisfechos aunque completamente mojados.

Pero en el choque se había roto el juego delantero de la carreta, y el caballo

de Glenarvan había perdido las dos herraduras anteriores.

Este doble accidente requería una reparación pronta. Se miraron unos a otros bastante compungidos, cuando Ayrton propuso ir a la estación de Black Point, situada a veinte millas al norte, y traer un herrador.

—Id, id, buen Ayrton —le dijo Glenarvan—. ¿Cuánto tiempo necesitaréis para ir y volver?

—Quince horas todo lo más —respondió Ayrton.

—Partid, pues, y entretanto acamparemos a orillas del Wimerra.

Algunos minutos después, el contramaestre, montado en el caballo de Wilson, desaparecía detrás de una espesa cortina de mimosas.

Capítulo XI

Burke y Stuart

El resto de la jornada se invirtió en conversaciones y paseos. Los viajeros, hablando y admirando, recorrieron las márgenes del Wimerra. Las grullas de color de ceniza y los ibis, lanzando roncós gritos, huían al acercárseles. El pájaro raso se escondía en las altas ramas de la higuera silvestre, las oropéndolas, las collalbas y los epimacos, revoloteaban entre los soberbios tallos de las lilas, los martín pescadores abandonaban su pesca habitual, en tanto que toda la familia más civilizada de los loros, el blue mountain, brillando con los siete colores del prisma, el roschil, de cabeza de color escarlata y cuello amarillo, y el cardenal, de plumaje azul y rojo, continuaban su interminable algarabía en la copa de los gomeros cargados de flores.

Ya echados en la hierba a orillas de las aguas arrulladoras, ya errando al azar entre los bosquecillos de mimosas, los viajeros admiraron, hasta que se puso el sol, aquella espléndida Naturaleza.

La noche, precedida de un rápido crepúsculo, les sorprendió a media milla del campamento, al cual volvieron guiándose no por la estrella Polar, que es invisible en el hemisferio austral, sino por la Cruz del Sur, que brillaba en el cenit, en la mitad de la línea del horizonte.

Monsieur Olbinett había dispuesto la comida bajo la tienda. Se sentaron todos a la mesa. Los honores de la cena fueron para un salmorejo de papagayos, cazados por Wilson y hábilmente condimentados por el Stewart.

Terminada la cena, cada cual buscaba su pretexto para no entregar al sueño las primeras horas de aquella noche tan deliciosa. Lady Elena puso a todos de

acuerdo, suplicando a Paganel que contase la historia de los grandes viajeros australianos que les tenía ofrecida desde hacía mucho tiempo.

No deseaba Paganel otra cosa. Se sentaron todos al pie de un magnífico banksie. El humo de los cigarros no tardó en perderse en el sombrío follaje, y el geógrafo, confiado en su memoria inagotable, tomó inmediatamente la palabra.

—Recordaréis, amigos míos, y el Mayor no puede haber olvidado, la enumeración de los viajeros con que os entretuve a bordo del Duncan. De todos los que intentaron penetrar en el interior del continente, sólo cuatro consiguieron atravesarlo de norte a sur o de sur a norte, y fueron: Burke, en 1860 y 1861; Mac Kinlay, en 1861 y 1862; Landsborough, en 1862, y Stuart, también en el mismo año. Poca cosa os diré de Mac Kinlay y de Landsborough. El primero fue desde Adelaida al golfo de Carpentaria, y el segundo, desde el golfo de Carpentaria a Melbourne, enviados ambos por sociedades australianas al descubrimiento del paradero de Burke, que no reapareció entonces, ni es de creer que reaparezca jamás.

Burke y Stuart son los dos audaces exploradores de que hoy voy a hacer mención, y empiezo sin más preámbulos.

El 20 de agosto de 1860, partía, bajo los auspicios de la sociedad real de Melbourne, un antiguo inspector de Policía en Castlemaine, llamado Roberto O'Hore Burke, exoficial irlandés, acompañado de once hombres: William John Willis, joven y distinguido astrónomo; el doctor Beckler, botánico; Gray King, joven militar del Ejército de Indias; Landells, Brake y varios cipayos.

Veinticinco caballos y otros tantos camellos llevaban a los viajeros con sus equipajes y provisiones para dieciocho meses.

La expedición debía pasar el golfo de Carpentaria en la costa septentrional, siguiendo luego el río Cooper. Salvó sin dificultad las líneas del Murray y del Darling y llegó a la estación de Menindíé, en el límite de las colinas.

Allí se reconoció que los numerosos bagajes servían de mucho estorbo. Esta circunstancia y cierta dureza de carácter de Burke, introdujeron disidencias en la comitiva. Landells, director de los camellos, se separó de la expedición seguido de algunos criados indios, y se volvió a las orillas del Darling. Burke siguió adelante su camino, y desapareció hasta el Cooper's Creek, ya siguiendo magníficas praderas pródigamente regadas, ya caminos pedregosos y enteramente desprovistos de agua. El 20 de noviembre, tres meses después de su partida, estableció en la margen del río un primer depósito de provisiones.

Los viajeros se vieron detenidos por algún tiempo sin hallar un camino practicable hacia el norte, una senda en la que no les faltase agua. Después de

las mayores dificultades, llegaron a un campamento al que dieron el nombre de Fuerte Willis, rodeándolo de empalizadas para hacer de él un lugar de refugio. Estaba situado a la mitad del camino de Melbourne al golfo de Carpentaria. Allí Burke dividió a los expedicionarios en dos grupos. Uno de ellos, a las órdenes de Brake, debía permanecer durante tres meses por lo menos en el Fuerte Willis, como no le faltasen provisiones, y aguardar la vuelta del otro, que estaba compuesto únicamente de Burke, King, Gray y Willis, los cuales llevaron consigo seis camellos y víveres para tres meses, es decir, tres quintales de harina, cincuenta libras de arroz, otras tantas de avena, un quintal de tasajo hecho de carne de caballo, cien libras de cerdo salado y manteca y treinta libras de galleta, todo para un viaje de ida y vuelta de 600 leguas.

Partieron aquellos cuatro hombres, y después de atravesar penosamente un desierto pedregoso, llegaron al río Eyre, en el punto extremo alcanzado por Stuart en 1845, y remontando el meridiano 140 con toda la exactitud posible, avanzaron hacia el norte.

El 7 de enero pasaron el trópico bajo un sol de fuego, engañados por mil efectos de espejismo, privados frecuentemente de agua sin más consuelo que el de algunos grandes chubascos, encontrando de cuantío en cuando algunos indígenas errantes que no les dieron motivo de queja, y poco contrariados por los obstáculos de un camino que no interrumpían lagos, ríos ni montañas.

El 12 de enero, aparecieron hacia el norte algunas colinas de asperón, entre otras el monte de Forbes y una sucesión de cordilleras graníticas que se llaman hileras. Allí las fatigas fueron muchas. Se adelantaba poquísimamente. Los animales no querían andar. " ¡Siempre en las hileras —escribió Burke en su diario de viaje—, los camellos sudan de miedo!" Sin embargo, a fuerza de energía, llegan los exploradores a las márgenes del río Tumer, y luego al curso superior del río Flinders visto por Stokes en 1841, el cual desagua en el golfo de Carpentaria, entre grupos de palmeras y eucaliptos.

Una sucesión de terrenos pantanosos preludió la proximidad del océano. Allí sucumbió uno de los camellos, y los demás se negaron a dar un paso. King y Gray tuvieron que quedarse con ellos. Burke y Willis siguieron avanzando hacia el norte, y después de grandes dificultades, muy oscuramente consignadas en sus notas, llegaron a un punto en que la marea ascendente cubría los pantanos, pero no vieron el océano. Era el 11 de febrero de 1861.

—Así, pues —dijo Lady Glenarvan—, aquellos hombres valerosos, ¿no pudieron pasar más allá?

—No pudieron, señora —respondió Paganel—. El terreno de los pantanos huía bajo sus pies, y tuvieron que resolverse a ir de nuevo en busca de sus compañeros del Fuerte Willis. ¡Triste contramarcha! Débiles, extenuados,

arrastrándose, Burke y su camarada hallaron a Gray y a King. Después, la expedición, bajando al sur por el mismo camino anteriormente seguido, se dirigió al Cooper's Creek.

Faltan apuntes en el libro de memorias de los exploradores, para conocer exactamente las peripecias, peligros y padecimientos de su viaje, pero debieron de ser terribles.

En efecto, al llegar en abril al valle de Cooper, ya no eran más que tres. Gray acababa de sucumbir bajo el peso de sus fatigas. Habían también perecido cuatro camellos. Sin embargo, si Burke puede llegar al Fuerte Willis, donde le aguarda Brake con su depósito de provisiones, sus compañeros y él se habrán salvado. Redoblan su energía; se arrastran algunos días más, y el 21 de abril perciben las empalizadas del fuerte, y llegan a ellas. Aquel mismo día, después de cinco meses de estar aguardando inútilmente, Brake se había marchado.

— ¡Se había marchado! —exclamó Roberto.

—Sí, se había marchado aquel mismo día, por una deplorable fatalidad. No tenía más que siete horas de fecha la nota que había dejado Brake. No podía Burke pensar en alcanzarle. Los infelices abandonados se rehicieron algo con las provisiones del depósito. Pero carecían de medios de transporte y les separaban aún del Darling 150 leguas.

Entonces Burke, contra la opinión de Willis, intentó dirigirse a los establecimientos australianos, situados junto al monte de Hopeless, a 60 leguas del Fuerte Willis. Pusiéronse en marcha. De los dos camellos que quedaban, murió uno en un afluente cenagoso del Cooper's Creek, y fue preciso matar al otro, que no podía dar un paso, para alimentarse con su carne. No tardaron los víveres en ser consumidos. Los tres desventurados quedaron reducidos a alimentarse con nardou, planta acuática cuyas espóras son comestibles. Careciendo de agua y de medios de transporte, no podían alejarse de las orillas del Cooper. Un incendio redujo a ceniza su cabaña y sus efectos de campamento. ¡Estaban perdidos, irremisiblemente perdidos! ¡Fuerza era morir!

Burke llamó a King, y al acercárseles éste, le dijo: «No me quedan más que algunas horas de vida; tomad mi reloj y mis notas. Cuando haya muerto, deseo que coloquéis una pistola en mi mano derecha, y que me dejéis tal cual esté, sin enterrarme.» No dijo más, expiró a las ocho de la mañana siguiente.

King, azorado, loco, fue en busca de una tribu australiana. Cuando volvió, Willis acababa también de sucumbir. King fue recogido por algunos indígenas, y la expedición de Monsieur Howit, que le encontró en setiembre, le envió en busca de los restos de Burke, al mismo tiempo que Mac Kinlay y

Landsborough. Así, pues, uno solo de los cuatro exploradores sobrevivió a aquella travesía del continente australiano.

La narración de Paganel dejó una impresión dolorosa en el ánimo de su auditorio. Todos se representaron al capitán Grant, errante tal vez, como Burke y sus compañeros, en medio de aquel funesto continente. ¿Habían podido los náufragos de la *Britannia* no sucumbir a los horrores que diezman a los atrevidos exploradores? Era tan natural que el recuerdo de los unos trajese a la memoria los otros, que los ojos de Mary Grant se llenaron de lágrimas.

— ¡Padre mío! ¡Pobre padre mío! —murmuró la joven.

— ¡Miss Mary! ¡Miss Mary! —exclamó John Mangles—. Para correr los riesgos de los exploradores es preciso penetrar en las comarcas del interior. El capitán Grant se halla en poder de los indígenas, como King, y como King se salvará. No se ha hallado nunca en las malas condiciones de los que han sucumbido.

—Jamás —añadió Paganel—. Y, os lo repito, querida Miss, los australianos son hospitalarios.

— ¡Dios lo quiera! —respondió la joven.

—¿Y Dougal Stuart? —preguntó Glenarvan, para que los pensamientos tomasen un giro menos triste.

—¿Dougal Stuart? —respondió Paganel—. ¡Oh! Éste fue más afortunado, y su nombre es célebre en los anales australianos. John Mac Dougal Stuart, vuestro compatriota, preludió, amigos míos, sus viajes en 1848, acompañando a Stuart en los desiertos del norte de Adelaida. En 1860, seguido únicamente de dos hombres, intentó, aunque en vano, penetrar en el interior de Australia. No era hombre que se descorazonara nunca. El día 1 de enero de 1861, salió de Chabers Creek al frente de once compañeros resueltos, y no se detuvo hasta que llegó a 60 leguas del golfo de Carpentaria, pero, escaseando las provisiones, tuvo que volver a Adelaida sin haber atravesado el temible continente. Con todo probó de nuevo fortuna, y organizando una tercera expedición, alcanzó el objetivo tan ardientemente apetecido.

El Parlamento de Australia meridional patrocinó con empeño aquella nueva exploración y votó un subsidio de 2.000 libras esterlinas. Dougal Stuart tomó todas las precauciones que le sugirió su experiencia. Se le reunieron diez de sus amigos, entre otros el naturalista Waterbeuse, sus antiguos compañeros Thring y Kekwich, Woodfordo y Auld. Llevó veinte odres de cuero de América, pudiendo contener cada uno de ellos siete galones, y el 5 de abril de 1862 se hallaba la expedición reunida en Newarstel Water, más allá de los 18° de latitud, en el punto mismo que no permitió a Stuart pasar más adelante. La línea de su itinerario seguía poco más o menos el meridiano 131, y, por

consiguiente, se desviaba siete grados al oeste de Burke.

Newarstel Water debía ser la base de las nuevas exploraciones. Dougal Stuart, rodeado de espesos bosques, trató en vano de pasar al norte y al nordeste. Tampoco le permitió la maleza, que cerraba todas las salidas, ganar al oeste el río de Victoria.

Entonces Dougal Stuart resolvió establecer en otro punto su campamento, y pudo trasladarse un poco más al norte, en los pantanos de Hower. Luego, inclinándose hacia el este, encontró en medio de llanuras tapizadas de hierba el arroyo Daily, y lo siguió en una extensión de 30 millas.

La comarca era magnífica. Sus pastos hubieran labrado la fortuna de un squatter. Los eucaliptos adquirirían allí una altura prodigiosa. Dougal Stuart, embelesado, siguió adelante, y alcanzó las márgenes del río Strangwy y de Cooper's Creek, que fue descubierto por Leichhardt, y cuyas aguas corrían entre palmeras dignas de aquella región tropical. Allí vivían tribus indígenas que dispensaron a los exploradores muy buena acogida.

Desde aquel punto, la expedición se inclinó hacia el Nornoroeste, buscando por un terreno cubierto de asperón y de rocas ferruginosas las fuentes del río Adelaida, que desagua en el golfo de Van Diemen. Atravesaba entonces la tierra de Arnhem, entre guanos, bambúes, pinos y pendanos. En Adelaida se ensanchaba, y su orillas se hacían pantanosas. El mar estaba cerca.

El martes, 22 de julio, acampó Dougal Stuart en los pantanos de Fresh Water, muy contrariado por los innumerables arroyos que le interceptaban el paso. Envió a tres de sus compañeros a buscar caminos practicables, y al día siguiente, ya rodeando intransitables cortaduras, ya entrando por terrenos cenagosos, alcanzó algunas llanuras elevadas y revestidas de césped en que crecían grupos de gomeros y de árboles de corteza fibrosa. Allí volaban grandes bandadas de gansos, ibis y otras aves acuáticas, sumamente ariscas. Había pocos indígenas o ninguno, si bien se distinguían algunas humaredas de rancherías lejanas.

El 24 de julio, nueve meses después de su salida de Adelaida, Dougal Stuart partió a las ocho y veinte minutos de la mañana con dirección al norte. Quería llegar al mar aquel mismo día. El país, ligeramente elevado, estaba sembrado de mineral de hierro y de rocas volcánicas. Los árboles eran pequeños, y tomaban cierto carácter marítimo. Se presentó un valle de tierra de aluvión, que terminaba en una cerca de arbustos. Dougal Stuart oyó distintamente el rumor de las olas que se estrellaban en la playa, pero nada dijo a sus compañeros. Éstos penetraron con él en una espesura obstruida por sarmientos de viña silvestre.

Dougal Stuart dio algunos pasos más, y se halló en las playas del océano

Indico. ¡El mar! ¡El mar!, exclamó Thring lleno de asombro. Los demás acudieron corriendo, y tres prolongados hurras saludaron al océano Índico.

¡Por cuarta vez acababa de ser atravesado el continente!

Cumpliendo la promesa hecha al gobernador, Sir Richard Macdonnell, Stuart se bañó los pies y se lavó la cara y las manos en las olas del mar. Después volvió al valle y grabó en un árbol sus iniciales J. M. D. S., organizando un campamento junto a un arroyuelo de arrulladoras aguas.

Al día siguiente, Thring fue a reconocer el terreno para ver si podía ganar al Sudoeste la desembocadura del río Adelaida, pero la tierra era demasiado pantanosa para los caballos, y fue preciso renunciar al reconocimiento.

Entonces Dougal Stuart escogió en un raso un árbol elevado, cuyas ramas bajas cortó, e hizo enarbolar en la copa el pabellón australiano.

En la corteza del árbol se grabaron estas palabras: Debes escarbar la tierra a un pie de distancia al sur.

Y si algún día un viajero cava en el lugar indicado, encontrará una caja de hojalata, que contiene el siguiente documento, cuyas palabras están grabadas en mi memoria:

GRAN EXPLORACIÓN Y TRAVESÍA DEL SUR AL NORTE DE AUSTRALIA

Los exploradores, a las órdenes de John Mac Dougal Stuart, llegaron aquí el 25 de julio de 1862, después de haber atravesado toda Australia, desde el mar del sur hasta las costas del océano Indico, pasando por el centro del continente. Partieron de Adelaida el 26 de octubre de 1861, y el 21 de enero de 1862 salieron de la última estación de la colonia, en dirección norte. En memoria de tan feliz acontecimiento, han enarbolado aquí la bandera australiana con el nombre del jefe de la expedición. Todo va bien. Dios proteja a la reina.

Siguen las firmas de Dougal Stuart y de sus compañeros.

Así quedó consignado este gran acontecimiento que metió mucho ruido en todo el mundo.

—¿Y todos aquellos valientes volvieron a ver a sus amigos del sur? — preguntó Lady Elena.

—Todos, señora —respondió Paganel—, todos, pero experimentando acerbos dolores. Dougal Stuart fue quien más sufrió, pues su salud quedó gravemente comprometida por el escorbuto, cuando volvió a emprender la marcha hacia Adelaida. A principios de setiembre su enfermedad se había agravado de tal modo, que él mismo no creía poder llegar a los distritos

habitados. No podía sostenerse en la silla, y viajaba tendido en un palanquín suspendido entre dos caballos. A últimos de octubre, arrojó esputos de sangre y se hallaba en el último extremo. Se mató un caballo para hacerle caldo, y el 28 de octubre, estando ya moribundo, sobrevino una crisis saludable que le salvó, una crisis que le permitió llegar el 10 de diciembre con toda su comitiva a los primeros establecimientos.

El 17 de diciembre entró Dougal Stuart en Adelaida, vitoreado por una población entusiasmada. Pero su salud estaba muy quebrantada, y después de haber obtenido la gran medalla de oro de la Sociedad de Geografía, se embarcó en el Indus para su patria, para su querida Escocia, donde a nuestro regreso le veremos.

—Era un hombre que poseía hasta el más alto grado la energía moral —dijo Glenarvan—, que, más que la fuerza física, conduce al cumplimiento de los grandes hechos. Escocia se gloria con razón de contarle en el número de sus hijos.

—¿Y después de Stuart —preguntó Lady Elena—, ningún otro viajero ha intentado nuevos descubrimientos?

—Sí, señora —respondió Paganel—. Os he hablado con frecuencia del viajero Leichhardt, que ya en 1844 había llevado a cabo una exploración muy notable en Australia septentrional; en 1848, emprendía una segunda expedición hacia el Nordeste, y no ha reaparecido en diecisiete años que han transcurrido desde entonces. El año último, el doctor Muller, de Melbourne, célebre botánico, ha abierto una suscripción pública para sufragar los gastos de una expedición. Se recaudaron muy pronto fondos suficientes, y un gran número de animosos squatters, a las órdenes del inteligente y audaz Mac Intyre, salió el 21 de junio de 1864 de las praderas del río de Parvo. En este momento debe haberse internado profundamente en busca de Leichhardt en el continente. ¡Ojalá la expedición logre su propósito, y quiera Dios que nosotros también podamos encontrar a los amigos que buscamos!

Así puso fin a su narración el geógrafo. Era ya tarde. Dieron todos a Paganel las gracias, y poco después dormían tranquilamente, mientras que el pájaro reloj, oculto en el follaje de los gomeros blancos, marcaba con regularidad los segundos de aquella apacible noche.

Capítulo XII

El railway de Melbourne a Sandhurst

No dejó de infundir al Mayor cierto recelo la salida de Ayrton del

campamento de Wimerra para ir a la estación de Black Point a buscar un herrador. Pero no dejó a nadie entrever sus desconfianzas personales, y se contentó con vigilar las inmediaciones del río. Nada turbó la tranquilidad de aquella pacífica campiña, y después de algunas horas de noche, reapareció el sol en el horizonte.

Glenarvan temía únicamente que Ayrton volviese solo. Sin un artesano que reparase la carreta, era imposible ponerse en marcha, y el viaje podía retardarse algunos días, lo que ponía de mal humor a Glenarvan, cuya impaciencia para alcanzar pronto su objetivo no admitía ninguna demora.

Afortunadamente, Ayrton no había perdido el tiempo. Reapareció al rayar el alba, acompañado de un hombre que se decía albéitar, herrador de la estación de Black Point. Era un mozo vigoroso, alto, pero de una fisonomía baja y bestial que no predisponía en su favor. Pero esto importaba poco, si sabía bien su oficio. Hablaba poco y no pronunciaba ninguna palabra inútil.

—¿Es un oficial hábil? —preguntó John Mangles al contraмаestre.

—Le conozco lo mismo que vos, capitán —respondió Ayrton—. Ya lo veremos.

El herrador puso manos a la obra. Por la manera con que recompuso el juego delantero de la carreta se vio que era hombre de oficio. Trabajaba diestramente y con un vigor poco común. El Mayor observó que una de sus muñecas estaba como desollada y presentaba un círculo amoratado, como una extravasación de sangre. Era aquello el indicio de una herida reciente que ocultaban bastante mal las mangas de una mala camisa. Mac Nabbs interrogó al herrador sobre aquellas desolladuras, que debían ser muy dolorosas. Pero el albéitar no respondió y prosiguió su trabajo. Dos horas después estaban reparadas las averías de la carreta. El caballo de Glenarvan dio muy poco que hacer. El herrador tenía en su poder herraduras ya preparadas, que ofrecían una particularidad que llamó la atención al Mayor... Tenían en su parte anterior un trébol groseramente grabado. Mac Nabbs se lo hizo observar a Ayrton.

—Es la marca de Black Point —respondió el contraмаestre—. Sirve para reconocer las huellas de los caballos que se separan de la estación, para no confundirlos con otros.

Herrado el caballo, el herrador reclamó el precio de su trabajo, y se fue sin pronunciar cuatro palabras.

Media hora después, los viajeros se habían puesto en marcha. Más allá de la línea de mimosas se extendía un espacio muy despejado que merecía bien su nombre de Open plain. Algunos fragmentos de cuarzo y de rocas ferruginosas yacían entre los matorrales, altas hierbas y cercados en que pastaban rebaños numerosos. Algunas millas más adelante, las ruedas de la

carreta surcaron profundamente terrenos cenagosos en que murmuraban creeks irregulares, medio ocultos por gigantescos cañares. Se sortearon después grandes lagunas saladas, en plena evaporación. Debemos añadir que el viaje se hizo sin molestias y fue bastante distraído.

Lady Elena invitaba a los expedicionarios a visitarla uno tras otro, pues su exiguo salón no permitía recibidos a todos juntos. De este modo descansaban de las fatigas que les ocasionaba el estar tanto tiempo montados a caballo, y se recreaban con la conversación de aquella mujer adorable. Lady Elena, secundada por Miss Mary, hacía con mucha gracia los honores de su casa ambulante. John Mangles no era olvidado en aquellas invitaciones diarias, y no desagradaba su conversación, bastante seria. Todo lo contrario.

Se cortó diagonalmente el mail road de Crowland a Horsham, camino lleno de polvo que no se suele andar a pie. Algunos grupos de colinas poco elevadas se dejaron a un lado al pasar a la extremidad del condado de Talbot, y al anochecer llegó la comitiva a tres millas de Maryborough. Lloviznaba en aquel momento lo suficiente para formar baches en cualquier otro país, pero en Australia el aire absorbe tan maravillosamente el agua, que el campamento no se resintió en lo más mínimo de la lluvia.

A la mañana siguiente, 29 de diciembre, atrasaron un poco la marcha varios montecillos que forman una Suiza en miniatura. Todo eran subidas y bajadas y un traqueteo y vaivenes bastante desagradables. Los viajeros anduvieron a pie con mucho gusto una parte del camino.

A las once llegaron a Carlsbroock, municipalidad de bastante importancia. Ayrton opinó que se diese vuelta a la ciudad sin penetrar en ella, con objeto de ganar tiempo, según él decía. Glenarvan se adhirió a su opinión, pero Paganel, hambriento siempre de curiosidades, deseaba visitar Carlsbroock. Se le dejó hacer lo que quisiera, y la carreta continuó lentamente su viaje.

Como tenía por costumbre, Paganel llevó consigo a Roberto. Su visita a la municipalidad fue rápida, pero bastó para darle una idea exacta de las ciudades australianas. Había allí un Banco mercantil, un tribunal de justicia, un mercado, una escuela, una iglesia y un centenar de casas de ladrillo, perfectamente uniformes. El todo formaba un cuadrilátero regular, surcado de calles paralelas, según el método inglés. Nada más sencillo, pero nada menos agradable. Cuando aumenta la población se prolongan sus calles, como los calzones de un niño que crece, y no se altera la simetría primitiva.

Remaba en Carlsbroock una gran actividad, síntoma notable en ciudades que nacieron ayer. En Australia parece que las ciudades brotan al calor del sol, como los árboles. Agentes de negocios recorrían las calles; los expendedores de oro se aglomeraban en las dependencias en que se deposita al llegar, y el precioso metal, escoltado por la policía indígena, venía de las fundiciones de

Bendigo y del monte Alejandro. Todo aquel gentío aguijoneado por el interés, no pensaba más que en sus negocios, y los extranjeros pasaron inadvertidos en medio de aquella población laboriosa.

Paganel y Roberto invirtieron una hora en recorrer Carlsbroock, y luego fueron en pos de sus compañeros, a quienes alcanzaron al atravesar una campiña esmeradamente cultivada. Extensas praderas conocidas con el nombre de Low Lovel plains, vinieron después de innumerables rebaños de carneros y cabañas de pastores. Luego se presentó el desierto, sin transición, con esa brusquedad característica de la naturaleza australiana.

Las colinas de Simpson y el monte Tarrangouwer marcaban la punta que forma al sur el distrito de Loddo, a los 144° de longitud.

Sin embargo, no se había encontrado hasta entonces ninguna de las tribus de aborígenes que viven en estado salvaje. Glenarvan se preguntaba si habían desaparecido de Australia los australianos, como los indios de las Pampas argentinas. Pero Paganel le advirtió que en aquella latitud, los salvajes frecuentan principalmente las llanuras de Murray, situadas a 100 millas al este.

—Nos acercamos —dijo— al país del oro. Antes de dos días atravesaremos la opulenta región del monte Alejandro, donde en 1852 descargó la nube de mineros. Los naturales han tenido que internarse en el desierto. Nos hallamos en país civilizado sin que lo parezca, y antes de concluir la jornada, nuestro camino habrá cortado el railway que pone en comunicación el Murray con el mar. ¡Un camino de hierro en Australia! ¿Puede darse un fenómeno más sorprendente?

—¿Por qué, Paganel? —preguntó Glenarvan.

—¿Por qué? Porque la antítesis es casi repugnante. ¡Oh! Ya sé yo que vosotros, acostumbrados a colonizar posesiones lejanas, vosotros, que tenéis telégrafos eléctricos y exposiciones universales en Nueva Zelanda, lo encontráis todo muy llano y muy sencillo. Pero lo que a vosotros os parece regular y lógico, confunde la imaginación de un francés como yo, y desbarajusta todas sus ideas sobre Australia.

—Porque vos miráis el pasado y no el presente —respondió John Mangles.

—Convenido —replicó Paganel—; pero locomotoras mugiendo en los desiertos, espirales de humo enroscándose alrededor de las ramas de las mimosas y de los eucaliptos, equidnas, ornitorrincos y casuarios que huyen ante los trenes lanzados a todo vapor; salvajes que toman el expés de las tres y treinta minutos para ir de Melbourne a Kynebon, a Castlemaine, a Sandhurst o a Echua, son maravillas que asombran a cualquiera que no sea inglés o americano. Vuestros railways han proscrito la poesía del desierto.

—¿Qué importa, si penetra en él el progreso? —respondió el Mayor.

Un vigoroso silbido interrumpió la discusión. Los viajeros se hallaban a menos de una milla del camino de hierro. Una locomotora, procedente del sur, que marchaba a poca velocidad, se detuvo precisamente en el punto de intersección de la vía férrea y del camino seguido por la carreta.

Como había dicho Paganel, aquel camino de hierro ponía en comunicación la capital de Victoria con el Murray, que es el mayor río de Australia. El inmenso río, descubierto por Stuart en 1828, salido de los Alpes australianos, engrosado por el Lachlan y el Darling, cubre toda la frontera septentrional de la provincia de Victoria, y desagua en la bahía de Emounter, cerca del Adelaida. Cruza países ricos y fértiles, y en todo su curso se multiplican las estaciones de los squatters, gracias a las fáciles comunicaciones que establece el railway con Melbourne.

Se explotaba entonces dicha vía férrea en una extensión de 500 millas entre Melbourne y Sandhurst, enlazando con Kynebon y Castlemaine. El camino seguía en construcción en el trayecto de otras 70 millas hasta Echua, capital de la colonia de Biberisia, fundada en aquel mismo año en las márgenes del Murray.

Hacia aquel punto cortaba la línea férrea a algunas millas más arriba de Castlemaine, y precisamente en Camden Bridge, puente echado sobre el Lutton, que es uno de los numerosos afluentes del Murray.

En efecto, un gentío considerable se dirigía al puente del camino de hierro. Los habitantes de las estaciones vecinas abandonaban sus casas, los pastores dejaban sus rebaños, y todos se precipitaban hacia la vía. Se oían con frecuencia gritos:

— ¡Al railway! ¡Al railway!

Algún acontecimiento grave debía causar aquella agitación. Quizás había sobrevenido una terrible catástrofe.

Glenarvan, seguido de sus compañeros, metió la espuela a su caballo, y en pocos minutos llegó a Camden Bridge. Allí supo la causa de tan extraordinaria afluencia de gente.

Había ocurrido un accidente espantoso, no un choque de trenes, sino un descarrilamiento y una caída que traían a la memoria los mayores desastres de los railways americanos.

El río que atravesaba la vía férrea, estaba atestado de restos de vagones y de la locomotora. Ya fuese que el puente había cedido bajo el peso del tren, ya fuese que éste hubiera salido de los raíles, cinco coches se habían despeñado arrastrados por la locomotora y se les veía en el lecho del Lutton totalmente

destrozados. El último vagón fue el único que milagrosamente preservado por haberse roto la cadena, permanecía en la vía a media toesa del abismo. Debajo no había más que un hacinamiento siniestro de ejes ennegrecidos por el humo, cajas rotas, raíles retorcidos, traviesas calcinadas. La caldera, que reventó al choque, había arrojado a enorme distancia pedazos de las planchas de que se componían sus paredes. De aquella aglomeración de objetos informes salían aún algunas llamas y espirales de vapor mezcladas con un humo negro. ¡Después de la terrible caída, el incendio era aún más terrible! Anchos regueros de sangre, miembros dispersos, troncos de cadáveres carbonizados, aparecían por todas partes, y nadie se atrevía a calcular el número de víctimas que yacían bajo aquel montón de escombros.

Glenarvan, Paganel, el Mayor y Mangles, mezclados con la multitud, oían los comentarios que se hacían. Todos, mientras se ocupaban del salvamento, querían explicar la catástrofe.

—El puente se ha roto —decía uno.

— ¡Roto! —respondían otros—. Está intacto. Lo que ha pasado es que se han olvidado de bajarlo al pasar el tren. Ni más ni menos.

Era, en efecto, un puente levadizo que se levantaba para no impedir el tránsito de los barcos. El guarda, por una lamentable negligencia, se había olvidado de bajarlo, y el tren, lanzado a todo vapor, faltándole súbitamente la vía, se había precipitado en el lecho del Lutton. Esta versión o hipótesis parecía muy aceptable, porque si bien una mitad del puente yacía confundida con los restos de los vagones, en la orilla opuesta, la otra mitad pendía aún de sus cadenas intactas. No cabía la menor duda. La incuria del guarda había causado la catástrofe.

El accidente había ocurrido de noche al tren número 37, que había salido de Melbourne a las once y cuarenta y cinco minutos. Serían las tres y quince minutos de la madrugada cuando el tren, veinticinco minutos después de haber salido de la estación de Castlemaine, llegó al paso de Camden Bridge y sobrevino la catástrofe. Los viajeros y empleados del último vagón pidieron inmediatamente socorro; pero el telégrafo, cuyos postes estaban caídos, no funcionaba.

Eran las seis de la mañana cuando se organizó el salvamento bajo la dirección de Monsieur Mitchell, inspector general de la colonia, por una partida de agentes de Policía mandados por un oficial. Tres horas necesitaron las autoridades de Castlemaine para llegar al lugar de la catástrofe. Los squatters y sus dependientes se condujeron como auxiliares celosos, y contribuyeron activamente a apagar el incendio que devoraba aquellos tristes despojos. En la escarpa había algunos cadáveres mutilados que no era posible reconocer. No se podía pensar en encontrar un solo ser viviente bajo aquellos

restos convertidos en hoguera. El fuego había concluido rápidamente la obra de destrucción. De los viajeros del tren, cuyo número se ignoraba, no sobrevivieron más que diez, los del último coche. La administración del ferrocarril acababa de enviar una locomotora para volverles a Castlemaine.

Sin embargo, Lord Glenarvan, habiéndose dado a conocer al inspector general, entró en conversación con él y con el oficial de Policía. Era este último un hombre alto y enjuto de carnes, de una imperturbable sangre fría, el cual, si alguna sensibilidad tenía en el corazón, no la dejaba traslucir en sus impasibles facciones. Estaba delante de todo aquel desastre como un matemático delante de un problema, procurando despejar la incógnita para resolverlo. Oyendo exclamar a Glenarvan:

—¡Qué catástrofe!

Respondió tranquilamente:

—Algo más que catástrofe, Milord.

— ¡Algo más que catástrofe! —dijo Glenarvan, a quien le chocó la frase—. ¿Qué hay que sea algo más que una catástrofe?

—Un crimen —respondió sin inmutarse el oficial de Policía.

Glenarvan se volvió hacia Monsieur Mitchell, interrogándole con la mirada.

—Sí, Milord —respondió el inspector general—, nuestras averiguaciones nos inclinan a creer que la catástrofe es el resultado de un crimen. El último vagón de equipajes ha sido saqueado. Los viajeros que han sobrevivido se han visto atacados por una cuadrilla de cinco o seis malhechores. El puente no ha permanecido levantado por negligencia, sino que lo ha sido intencionadamente, y si se añade a lo dicho que ha desaparecido el guarda, debemos creer que el miserable ha sido cómplice de los criminales. Al oír esta deducción del inspector general, el oficial de Policía movió suavemente la cabeza.

—¿No participáis de mi opinión? —le preguntó Monsieur Mitchell.

Respecto a la complicidad del guarda, no.

-Sin embargo, esta complicidad —replicó el inspector general— permite atribuir el crimen a los salvajes que viven en los campos de Murray. Sin el guarda no podían los indígenas levantar el puente levadizo, o, por mejor decir, abrir el puente giratorio, cuyo mecanismo les es desconocido.

—Justamente —respondió el oficial de Policía.

—Y es indudable —añadió Monsieur Mitchell—, según consta por la declaración de un batelero, cuya barca ha pasado por el Camden Bridge a las

diez y cuarenta minutos de la noche, que el puente, después de haberlo pasado, quedó reglamentariamente cerrado.

—Perfectamente.

—Así, pues, la complicidad del guarda me parece probada de una manera concluyente.

El oficial de Policía no dejó un instante de menear la cabeza de un lado a otro.

—Pero entonces —le preguntó Glenarvan—, ¿vos no atribuíis el crimen a los salvajes?

—De ninguna manera.

—¿A quién, pues?

En aquel momento se oyó un gran bullicio a media milla río arriba. Se había formado un corrillo que aumentó rápidamente, y no tardó en llegar a la estación.

En el centro del grupo había dos hombres que llevaban un cadáver.

Era el cadáver del guarda, ya frío. Un puñal le había atravesado el corazón. Los asesinos, arrastrando su cuerpo lejos de Camden Bridge, habían querido sin duda desorientar y hacer perder la pista a la Policía durante sus primeras investigaciones.

Aquel descubrimiento justificaba plenamente las dudas del oficial. Los salvajes nada tenían que ver con el crimen.

—Los que han dado el golpe son hombres familiarizados ya con el uso de este pequeño instrumento. Y hablando así, mostraba un par de derbis, especie de esposas que consistían en una doble argolla de hierro provista de un candado.

—Dentro de poco —añadió—, tendré el gusto de ofrecerles este brazalete como regalo de año nuevo.

—¿Sospecháis, pues, que son...?

—Que son gentes que han viajado gratis en los buques de Su Majestad.

— ¡Cómo! ¡Fugados de presidio! —exclamó Paganel, que conocía aquella metáfora muy usada en las colonias australianas.

—Creía —hizo observar Glenarvan— que los deportados no tenían derecho de residir en la provincia de Victoria.

— ¡Toma! —replicó el oficial de Policía—. No tienen ese derecho, pero se lo toman. Los deportados se evaden algunas veces, y apostarí la cabeza a que

éstos vienen en línea recta de Perth. Pues bien, allí volverán, creedme.

Monsieur Mitchell aprobó con un gesto las palabras del oficial de Policía. En aquel momento llegaba la carreta al paso a nivel de la vía férrea. Glenarvan quiso evitar que las viajeras presenciasen el horrible espectáculo de Camden Bridge, por lo que se despidió del inspector e hizo señal a sus amigos de que le siguieran.

—No hay razón —dijo— para interrumpir nuestro viaje.

Al llegar a la carreta, Glenarvan habló sencillamente a Lady Elena de un grave accidente en el ferrocarril, sin decir una palabra sobre la parte que el crimen había tomado en la catástrofe, ni hacer mención de la presencia en el país de un grupo de malhechores escapados de presidio, reservándose informar a Ayrton a solas de todo lo ocurrido. Después, los pasajeros atravesaron el railway a algunos centenares de toesas río arriba del puente, reemprendiendo su marcha hacia el este.

Capítulo XIII

Un primer premio de geografía

Algunas colinas destacaban en el horizonte su prolongado perfil y terminaban la llanura a dos millas del railway. No tardó la carretera en internarse por gargantas angostas y caprichosas revueltas. Todas ellas iban a parar a una encantadora comarca, donde magníficos árboles, que no llegaban a formar bosques, sino grupos aislados, brotaban con una exuberancia enteramente tropical. Se distinguían entre los más admirables las camarinas, que al parecer han tomado de la encina la robusta estructura del tronco, de la acacia las olorosas flores y del pino la rudeza de las hojas. Mezclábanse con sus ramas los graciosos conos del banksie latifolia, cuya delgadez le hace tan elegante. Arbustos de tallos caídos causaban en las colinas el efecto de un agua verde que rebosa de estanques demasiado llenos. La mirada vacilaba entre todas aquellas maravillas naturales y no sabía dónde fijarse definitivamente.

La comitiva se detuvo un instante. Ayrton, a una orden de Lady Elena, hizo parar la carreta, cuyas ruedas dejaron de chirriar en el arenoso cuarzo. Dilatados tapices de verdor se extendían bajo los grupos de árboles, y solamente algunas protuberancias del terreno, dispuestas con regularidad, los dividían en casillas como un tablero de damas.

Paganel no se engañó a la vista de aquellas soledades, tan patéticamente dispuestas para dormir el eterno sueño. Reconoció aquellos cuadros

funerarios, cuyos últimos vestigios desaparecen bajo la hierba, y que tan pocas veces encuentra el viajero en la tierra australiana.

—Las florestas de la muerte —dijo.

En efecto, se hallaba en presencia de un cementerio indígena, pero tan fresco, tan sombrío, tan lleno de misteriosos atractivos, tan amenizado por el revoloteo de alegres pajaritos, que no despertaba ninguna idea triste. Hubiérase dicho que era uno de los jardines del Edén, cuando la muerte estaba aún proscrita de la Tierra. Parecía hecho para los vivos. Pero aquellas tumbas, que el salvaje conservaba con piadosa solicitud, iban desapareciendo bajo una marea ascendente de verdor. La conquista había arrojado al australiano lejos de la tierra en que reposan sus antepasados, y la colonización entregará muy pronto aquellos campos de la muerte a los dientes de los rebaños. Ya en la actualidad aquellas florestas son muy escasas, y muchas de ellas, que cubren una generación reciente, son pisadas con indiferencia por los viajeros.

Sin embargo, Paganel y Roberto, que habían dejado a sus compañeros muy rezagados, seguían andando entre los tumuli de las sombrías arboledas. Hablaban y se instruían mutuamente, pues el geógrafo pretendía que ganaba mucho con la conversación del joven Grant. Pero no habían andado aún un cuarto de milla cuando Glenarvan notó que se detenían, se apeaban y se inclinaban al suelo. Sus gestos expresivos daban a entender que examinaban un objeto muy curioso.

Ayrton aguijoneó los bueyes, y no tardó la carreta en alcanzar a los dos amigos. Se reconoció inmediatamente la causa de su detención y asombro. Un niño indígena, de ocho años de edad, vestido a la europea, dormía pacíficamente a la sombra de un magnífico banksie.

Era difícil engañarse respecto a los rasgos característicos de su raza. Sus crespos cabellos, su tez casi negra, su nariz aplastada, sus labios gruesos, sus brazos extraordinariamente largos, le clasificaban sin vacilar entre los naturales del interior. Pero se distinguía en él una fisonomía inteligente, y sin duda alguna la educación había levantado a aquel joven salvaje de su bajo origen.

Lady Elena, a quien interesó mucho su presencia, bajó de la carreta, y luego toda la comitiva rodeó al pequeño indígena, que dormía profundamente. — ¡Pobre niño! —dijo Mary Grant—. ¿Estará perdido en este desierto?

—Supongo —respondió Lady Elena— que ha venido de muy lejos para visitar estas florestas de la muerte. ¡Aquí reposan sin duda los que él ama!

—Pero no le debemos abandonar —dijo Roberto—. Está solo, y...

La caritativa frase de Roberto fue interrumpida por un movimiento del

joven indígena, que se volvió sin despertar; pero entonces llegó a su colmo la sorpresa de todos viendo en su espalda un escrito que decía lo siguiente:

TOLINÉ TO BE CONDUCTED TO ECHUCA CARE OF JEFFRIES SMITH RAILWAY PORTER PREPAID.

—¡Lo que son los ingleses! —exclamó Paganel—. Remiten un niño lo mismo que una mercancía, y lo registran como un fardo. Me lo habían dicho, pero no quería creerlo.

— ¡Pobrecito! —dijo Lady Elena—. ¿Estaría en el tren que ha descarrilado en Camden Bridge? ¡Tal vez en el descarrilamiento han muerto sus padres y ha quedado solo en el mundo!

—No es de creer, señora —respondió John Mangles—; ese escrito, por el contrario, indica que viajaba solo. Ahora lo sabremos.

En efecto, el niño se despertaba. Poco a poco abrió los ojos y los volvió a cerrar inmediatamente, no pudiendo resistir la luz del día. Pero Lady Elena le cogió una mano, y entonces él se levantó y dirigió una mirada atónita al grupo de los viajeros. Un sentimiento de miedo alteró sus facciones, pero le tranquilizó la presencia de Lady Elena.

—¿Comprendes el inglés, amigo? —le dijo la joven Lady.

—Lo comprendo y lo hablo —respondió el niño en el idioma de los viajeros, pero con un acento muy marcado.

Su pronunciación recordaba la de los franceses que se expresan en la lengua del Reino Unido.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Lady Elena.

—Toliné —respondió el indígena.

—¡Ah! ¡Toliné! —exclamó Paganel—. Si no me engaño, esta palabra australiana significa corteza de árbol.

Toliné hizo una señal afirmativa y volvió a mirar a los viajeros.

—¿De dónde vienes, amigo? —le preguntó Lady Elena.

—De Melbourne, por el railway de Sandhurst.

—¿Estabas en el tren que ha descarrilado en el puente de Camden? —preguntó Glenarvan.

—Sí, señor —respondió Toliné—; pero el Dios de la Biblia me ha protegido.

—¿Viajabas solo?

—Solo. El reverendo Paxton me había confiado a los cuidados de Jeffries Smith. Desgraciadamente, el pobre factor ha sido muerto.

—¿Y en el tren no conocías a nadie?

—A nadie, señor, pero Dios protege a los niños y no los abandona.

La voz de Toliné era tan dulce que llegaba al alma. Cuando hablaba de Dios, su palabra era más grave, sus ojos resplandecían, y en ellos se reflejaba todo el fervor que contenía su alma inmaculada.

Este entusiasmo religioso en una edad tan tierna se explica fácilmente. Aquel niño era uno de esos jóvenes indígenas bautizados por los misioneros ingleses y educados por ellos en las austeras prácticas de la religión metodista.

Sus respuestas tranquilas, su grave continente, su traje oscuro, le daban ya la apariencia de un pequeño reverendo.

¿Pero a dónde iba por aquellas regiones desiertas? ¿Por qué había salido de Camden Bridge? Lady Elena le interrogó sobre el particular.

—Volvía a mi tribu, que está en el Lachlan —respondió—. Quiero volver a mi familia.

—¿Australiana? —preguntó John Mangles.

—Australiana del Lachlan —respondió Toliné.

—¿Y tienes padre? ¿Tienes madre? —dijo Roberto Grant.

—Sí, hermano mío —respondió Toliné ofreciendo su mano al joven Grant, a quien este nombre de hermano afectó sensiblemente. Abrazó Roberto al pequeño indígena y no hubo necesidad de más para hacer de ellos dos amigos.

Los viajeros, a quienes interesaban vivamente las respuestas del joven salvaje, se fueron poco a poco sentando a su alrededor, y le escuchaban atentamente. Ya el sol se ocultaba detrás de los grandes árboles. Y como el punto parecía propicio para hacer un alto e importaba poco andar o no algunas millas más antes de cerrar la noche, Glenarvan dio orden de prepararlo todo para acampar allí mismo. Ayrton desunció los bueyes, y con ayuda de Mulrady y de Wilson los trabó y les dejó pacer a sus anchas. Se levantó la tienda. Olbinett preparó la cena. Toliné, aunque tenía hambre, aceptó su parte con algunas ceremonias. Se sentaron todos, estando los dos niños al lado uno de otro. Roberto escogía los mejores bocados para su nuevo camarada, y Toliné los aceptaba con una timidez graciosa y encantadora.

La conversación no languidecía. Aquel niño interesaba a todos, y todos le interrogaban. Todos deseaban conocer su historia, que era muy sencilla. Su pasado fue el de los pobres indígenas confiados desde su más tierna edad a los cuidados de las sociedades caritativas por las tribus vecindadas en la colonia.

Los australianos tienen amables costumbres. No profesan a sus invasores el odio feroz que caracteriza a los de Nueva Zelanda y también tal vez a algunas tribus de Australia septentrional. Se les ve frecuentar las grandes ciudades, Adelaida, Sydney, Melbourne, y pasearse por ellas con su traje bastante primitivo. Trafican con pequeños productos de su industria, instrumentos de caza y pesca y armas, y algunos jefes de tribu, sin duda por economía, dejan a sus hijos aprovecharse de los innumerables beneficios de la educación inglesa.

Esto hicieron los padres de Toliné, verdaderos salvajes de Lachlan, vasta región situada más allá del Murray. Desde la edad de cinco años el niño había permanecido en Melbourne, y no había vuelto a ver a ninguno de los suyos. Y sin embargo, el imperecedero sentimiento de la familia vivía en su corazón, y sólo para volver a ver a su tribu, tal vez dispersa, a su familia, sin duda diezmada, había tomado el penoso camino del desierto.

—¿Y después de haber abrazado a tus padres volverás a Melbourne? —le preguntó Lady Glenarvan.

—Sí, señora —respondió Toliné, mirando a la hermosa Lady con una sincera expresión de ternura.

—¿Y qué quieres hacer con el tiempo?

— ¡Quiero arrancar a mis hermanos de la miseria y la ignorancia! ¡Quiero instruirles, quiero que aprendan a conocer y amar a Dios! ¡Quiero ser misionero!

Estas palabras, pronunciadas con animación por un niño de ocho años, podían ser motivo de risa para ciertos caracteres ligeros y burlones; pero fueron comprendidos y respetados por aquellos graves escoceses, y todos ellos admiraron el religioso denuedo del joven discípulo, aprestado ya al combate. Paganel se sintió conmovido en el fondo de su corazón, y el niño indígena le inspiró una verdadera simpatía.

¿Por qué no hemos de decirlo? Hasta entonces le había hecho poquísima gracia aquel salvaje vestido a la europea. No había hecho un viaje a Australia para ver australianos con gabán. Quería verles cubiertos nada más que de pinturas. El traje europeo trastornaba todas las ideas. Pero desde el momento en que Toliné hubo hablado con tanto ardor, se declaró su admirador entusiasta.

El final de la conversación debía, además, convertir al buen geógrafo en el mejor amigo del pequeño australiano.

A una pregunta de Lady Elena, Toliné respondió que estudiada en la escuela normal de Melbourne, dirigida por el reverendo padre Paxton.

—¿Y qué te enseñan en la escuela? —preguntó Lady Glenarvan.

—Me enseñan la Biblia, Matemáticas, Geografía... — ¡Ah! ¡Geografía! — exclamó Paganel, herido en su fibra más sensible.

—Sí, señor —respondió Toliné—. Obtuve un primer premio de Geografía antes de las vacaciones de enero.

—¿Has obtenido un premio de Geografía, muchacho?

—Vedlo, señor —dijo Toliné, sacando un libro del bolsillo.

Era una Biblia bien encuadernada, en cuya primera página se leía esta mención honorífica: Escuela Normal de Melbourne, primer premio de Geografía, Toliné de Lachlan.

Paganel no pudo contenerse. Un australiano fuerte en Geografía era la mayor de las maravillas, y besó en las dos mejillas a Toliné, ni más ni menos que si hubiera sido el mismo reverendo Paxton, en el día de la distribución de premios. Paganel, sin embargo, debería haber sabido que este hecho no era raro en las escuelas australianas. Los jóvenes salvajes son muy aptos para las ciencias geográficas, que estudian con placer, al paso que se manifiestan rebeldes a los cálculos.

Toliné no había comprendido lo que significaban las súbitas caricias del sabio. Lady Elena le tuvo que explicar que Paganel era un célebre geógrafo, y en caso necesario, un profesor distinguido.

— ¡Un profesor de Geografía! —respondió Toliné—. ¡Cuánto me alegro! ¡Examinadme, señor, examinadme!

— ¡Examinarte, muchacho —dijo Paganel—, no deseaba otra cosa! Lo hubiera hecho sin tu permiso. No sentiré saber cómo enseñan Geografía en la escuela normal de Melbourne.

—¿Y si Toliné os diera lecciones, Paganel? —dijo Mac Nabbs.

— ¡Lecciones a mí! —exclamó el geógrafo—. ¡Lecciones al secretario de la Sociedad de Geografía de Francia!

Afianzó sus gafas en su nariz, irguió su elevada estatura, y tomando el tono grave, como conviene a un profesor, empezó sus preguntas.

—Discípulo Toliné —dijo—; levantaos.

Toliné, que estaba de pie, no podía levantarse más. Aguardó, pues, en actitud modesta las preguntas del geógrafo.

—Discípulo Toliné —prosiguió Paganel—, ¿cuáles son las cinco partes del mundo?

—Oceanía, Asia, África, América y Europa —respondió Toliné.

—Muy bien. Hablemos primero de Oceanía, ya que nos hallamos en ella en este momento. ¿Cuáles son sus principales divisiones?

—Se divide en Polinesia, Malasia, Micronesia y Melanesia. Sus principales islas son: Australia, que pertenece a los ingleses, Nueva Zelanda, que pertenece también a los ingleses, Tasmania, que pertenece a los ingleses, las islas Chatham, Auckland, Macarías Kermadec. Mackin, Maraki, etcétera, que pertenecen a los ingleses.

—Bien —respondió Paganel—; pero, ¿y Nueva Caledonia, las Sandwich, las Mentana y las Pomodou?

—Son islas colocadas bajo el protectorado de la Gran Bretaña.

— ¡Cómo! ¡Bajo el protectorado de la Gran Bretaña! —exclamó Paganel—. Pero me parece que Francia...

— ¡Francia! —dijo el niño con extrañeza.

— ¡Toma! ¡Toma! —dijo Paganel—. ¿Es eso lo que os enseñan en la Escuela Normal de Melbourne?

—Sí, señor profesor; ¿acaso no nos enseñan bien?

— ¡Sí! ¡Sí! Perfectamente —respondió Paganel—. Toda la Oceanía es de los ingleses. Por supuesto. Continuemos.

Paganel estaba tan sorprendido como despechado, lo que hacía la delicia del Mayor.

Siguieron las preguntas.

—Pasemos a Asia —dijo el geógrafo.

—Asia —respondió Toliné— es un país inmenso. Capital: Calcuta. Ciudades principales: Bombay, Madrás, Calicut, Adén, Malaca, Singapur, Pegou, Colombo. Islas: Laquedivas, Maldivas, Chagos, etcétera. Pertenece a los ingleses.

— ¡Bueno! ¡Bueno, discípulo Toliné! ¿Y África?

—África contiene dos colonias principales: Al sur la de El Cabo, con Cape-Town por capital, y al oeste los establecimientos ingleses. Ciudad principal: Sierra Leona.

— ¡Bien contestado! —dijo Paganel, que empezaba a comprender aquella geografía anglo-fantástica, perfectamente enseñada—. En cuanto a Argel, Marruecos, Egipto..., están borrados de los atlas británicos. Quisiera ahora hablar un poco de América.

—Se divide —respondió Toliné— en América septentrional y América

meridional. La primera pertenece a los ingleses por el Canadá, el Nuevo Brunswick, la Nueva Escocia y los Estados Unidos bajo la administración del gobernador Johnson.

— ¡El gobernador Johnson! —exclamó Paganel—. ¡El sucesor del gran Lincoln, asesinado por un fanático partidario de la esclavitud! ¡Perfectamente! ¡No se puede decir más! Y en cuanto a la América del Sur con su Guayana, sus Malvinas, su archipiélago de las Shetland del Sur, su Georgia, su Jamaica, su Trinidad, etcétera, pertenece también a los ingleses. No disputaré acerca del particular. Pero quisiera, Toliné, conocer tu opinión, o mejor dicho, la de tus profesores sobre Europa.

—¿Europa? —preguntó Toliné, que no comprendía la animación del geógrafo.

— ¡Sí! ¡Europa! ¿A quién pertenece Europa? —Pues Europa pertenece a los ingleses —respondió el niño con un tono de profunda convicción.

—Lo sospechaba —replicó Paganel—. Pero, ¿cómo? Esto es lo que quisiera saber.

—Europa pertenece a Inglaterra por Escocia, Irlanda, Malta, las islas Jersey y Guernesey, las islas Jónicas, las Hébridas, las Shetland, las Orcadas...

— ¡Bien! ¡Bien, Toliné! Pero hay otros Estados, hijo mío, de que no haces mención.

—¿Cuáles, señor? —respondió el niño sin desconcertarse.

—España, Rusia, Austria, Prusia, Francia...

—Son provincias y no Estados —dijo Toliné.

—¡Cáspita! —exclamó el secretario de la Sociedad de Geografía, quitándose los anteojos.

—Sin duda, España, capital Gibraltar.

— ¡Admirable! ¡Perfecto! ¡Sublime! ¿Y Francia? Como soy francés me alegraría saber a quién pertenezco.

—Francia —respondió tranquilamente Toliné— es una provincia inglesa, cuya capital se llama Calais.

— ¡Calais! —exclamó Paganel—. ¡Cómo! ¿Crees que Calais pertenece aún a Inglaterra?

—Sin duda.

—¿Y que es la capital de Francia?

—Sí, señor, allí reside el gobernador, Lord Napoleón...

Al oír estas últimas palabras, Paganel rompió a reír con toda su fuerza. Toliné no sabía qué pensar. Le habían preguntado, y había respondido lo mejor posible. Pero él no tenía la culpa de la singularidad de sus respuestas; ni siquiera la sospechaba. Sin embargo, no parecía desconcertado, y aguardaba con aplomo la terminación de aquellos arrebatos.

—¿No os lo decía yo? —dijo riendo el Mayor a Paganel—. ¿No tenía razón cuando os anunciaba que el discípulo os daría lecciones?

—Es verdad, amigo Mayor —replicó el geógrafo—. ¡Vaya una manera que tienen en Melbourne de enseñar Geografía! Ya saben lo que se hacen los profesores de la Escuela Normal. ¡Pardiez! Con una educación tan ingeniosa se comprende que los indígenas se sometan. Dime, hijo mío, ¿y la Luna también es inglesa?

—Lo será —respondió gravemente el joven salvaje.

Paganel se levantó. Le era imposible estarse quieto. Necesitaba reír a carcajada tendida, y se fue a desahogarse a un cuarto de milla del campamento.

Glenarvan había ido a buscar un libro que tenía en su pequeña biblioteca de viaje. Era el Manual de Geografía de Samuel Richardson, obra muy en boga en Inglaterra, y más al corriente de la Ciencia que los profesores de Melbourne.

—Toma, hijo mío —dijo a Toliné—, toma este libro y guárdalo. Tienes en Geografía algunas ideas falsas que te conviene reformar. Te lo doy como un recuerdo de nuestro encuentro.

Toliné tomó el libro sin responder, y lo hojeó con alguna atención, moviendo la cabeza con incredulidad, y sin decidirse a meterlo en el bolsillo.

La noche había cerrado enteramente. Eran las diez. Había que pensar en echarse un rato para poder madrugar. Roberto ofreció a su amigo Toliné la mitad de su cama. El joven indígena aceptó.

Lady Elena y Mary Grant volvieron a la carreta, y los viajeros se acostaron bajo la tienda, en tanto que las carcajadas de Paganel se mezclaban con el suave canto de las urracas silvestres.

Pero a las seis de la mañana siguiente, cuando un rayo de sol despertó a los viajeros, buscaron inútilmente al niño australiano. Toliné había desaparecido. ¿Quería llegar cuanto antes a las comarcas del Lachlan? ¿Habían herido su amor propio las risas de Paganel? No se sabe.

Pero cuando Lady Elena se despertó, encontró sobre su pecho un fresco ramillete de sensitivas de hojas sencillas, y Paganel, en uno de sus numerosos e interminables bolsillos, la geografía de Samuel Richardson.

Capítulo XIV

Las minas del monte Alejandro

En 1814, Sir Roderick Impery Murchison, en la actualidad presidente de la Real Sociedad Geográfica de Londres, encontró, por medio del estudio de su conformación, relaciones de identidad notabilísimas entre la cordillera del Ural y la que de norte a sur se extiende no lejos de la costa meridional de Australia.

Siendo los Urales una cordillera aurífera, el sabio geógrafo se preguntó si se encontraría también el precioso metal en la cordillera australiana.

Dos años después, le enviaron algunas muestras de oro de Nueva Gales del Sur, y este hecho provocó la emigración de un gran número de trabajadores de Cornualles a las regiones auríferas de Nueva Holanda.

Monsieur Francis Dutton fue quien encontró las primeras pepitas de Australia del Sur, y Messieurs Forbes y Smyt los que descubrieron los primeros yacimientos de Nueva Gales.

Dado el primer impulso, afluyeron trabajadores de todos los puntos del Globo, ingleses, americanos, italianos, franceses, alemanes, chinos. Pero hasta el 3 de abril de 1851, no reconoció Monsieur Hargraves riquísimos yacimientos de oro, y propuso al gobernador de la colonia de Sydney, Sir Ch. Fitz Roy, le cediera la propiedad del terreno por la módica cantidad de quinientas libras esterlinas.

Su proposición no fue aceptada, pero se propagó el rumor del descubrimiento. Los buscadores de oro se dirigieron hacia Summerhill y el Lenei's Pound. Se fundó la ciudad de Ofir, que, por la riqueza de sus explotaciones, se hizo muy pronto digna de su nombre bíblico.

Hasta entonces no se había pensado en la provincia de Victoria, que debía, sin embargo, sobresalir por la opulencia de sus yacimientos.

Algunos meses después, en agosto de 1851, se extrajeron las primeras pepitas de la provincia, y muy pronto se explotaron en gran escala cuatro distritos: el de Ballarat, el de Owens, el de Bendigo y el del monte Alejandro. Todos eran muy ricos, pero en el río Owens la abundancia de las aguas volvía el trabajo penoso, en Ballarat una repartición desigual del oro burlaba con frecuencia los cálculos de los exploradores, y en Bendigo no se prestaba el suelo a las exigencias de los trabajadores. En el monte Alejandro se encontraron reunidas en un extremo regular todas las condiciones de buen

éxito, y el precioso metal, alcanzando cada libra el valor de 1.441 francos, llegó a tener el precio más elevado en todos los mercados del mundo.

A este sitio tan fecundo en ruinas funestas y en fortunas inesperadas, conducía precisamente a los amigos del capitán Grant el camino del paralelo 37.

Después de haber andado durante toda la jornada del 31 de diciembre por un terreno accidentado que rindió a los caballos y bueyes, distinguieron los viajeros las redondeadas cimas del monte Alejandro. Se estableció el campamento en una estrecha garganta de esta pequeña cordillera, y los animales, debidamente trabados, fueron a buscar su pasto entre los pedazos de cuarzo de que estaba sembrado el suelo. Aquélla no era aún la región de los yacimientos explotables, y hasta el día siguiente, primero del año 1866, no abrieron su surco las ruedas de la carreta en los caminos de aquella opulenta comarca.

Santiago Paganel y sus compañeros se alegraron mucho de ver de paso aquel monte célebre llamado Geboor en idioma australiano. Allí es donde se precipitó toda la balumba de aventureros, ladrones y gentes honradas, los que hacen ahorcar y los que se hacen ahorcar. A los primeros rumores del gran descubrimiento en el año dorado de 1851, ciudades, campos, bosques fueron abandonados por los comerciantes, los labradores y los marineros. La fiebre del oro tomó un carácter epidémico, se hizo contagiosa como la peste, y de ella murieron muchos que creían tener ya asegurada su fortuna. Se decía que la Naturaleza pródiga había sembrado millones en la maravillosa tierra de Australia en más de 25° de latitud. Había llegado la hora de la recolección, y aquellos nuevos segadores corrían a la siega. El oficio del digger, del cavador, era preferido a todos, y si bien muchos sucumbían, rendidos de fatiga, a tan rudo trabajo, algunos se enriquecieron al primer azadonazo. No se hacía mención de las ruinas, y se hacía mucho ruido con las fortunas. Los golpes de suerte retumbaban en las cinco partes del mundo. Oleadas de ambiciosos de toda calaña refluieron en las playas de Australia, y durante los cuatro últimos meses del año 1852, sólo Melbourne recibió 54.000 emigrados, todo un ejército, pero un ejército sin jefe, sin disciplina, un ejército al día siguiente de una victoria que no se había alcanzado aún, en una palabra 54.000 pillos de la peor especie.

Durante los primeros años de loca embriaguez reinó el mayor desorden, pero los ingleses con su acostumbrada energía dominaron la situación poniendo a los agentes de policía y la gendarmería indígena a disposición de las gentes honradas. Todo varió de tal suerte, que Glenarvan no fue testigo de ninguna escena violenta como las que eran tan frecuentes en 1852. Trece años habían transcurrido desde entonces. La exploración de los terrenos auríferos se hacía con método, y estaba sometida a las reglas de una organización severa.

Además, los criaderos se agotaban. A fuerza de escarbar, se llegaba al fondo. ¿Y cómo no habían de agotarse los tesoros acumulados por la Naturaleza, si desde 1852 hasta 1858 entregaron los mineros del suelo de Victoria 63.107.478 libras esterlinas? Los emigrados han disminuido por lo tanto considerablemente, trasladándose a otras comarcas vírgenes. Así es que los gold fields, campos de oro, nuevamente descubiertos en Otago y en Marlborough en Nueva Zelanda, son horadados en la actualidad por miles y miles de hormigas de dos pies.

A las once aproximadamente, llegaron los viajeros al centro de las explotaciones. Se veía allí una verdadera ciudad con fábricas, casas de Banca, iglesia, cuartel y periódicos. No faltaban fondas, granjas y alquerías.

Hasta había un teatro, a diez chelines la entrada, que era muy concurrido. En él se representaba con mucho éxito una pieza de circunstancias titulada Francisco Obadich o El minero feliz. El héroe, en el desenlace, daba el último azadonazo de la desesperación, y encontraba una pepita de un peso inverosímil.

Glenarvan, deseando visitar la vasta explotación del monte Alejandro, dejó que la carreta siguiese su camino bajo la dirección de Ayrton y de Mulrady, debiendo el alcanzarla algunas horas después. Esta determinación agradó mucho a Paganel, el cual, como tenía por costumbre, se hizo espontáneamente guía y cicerone de la comitiva.

Ésta, siguiendo su consejo, se dirigió a la casa de la Banca. Las calles eran anchas, y estaban empedradas y cuidadosamente regadas. Gigantescos carteles de los Golden Company (limited) de los Digger's General Office, de los Nuget's Union solicitaban las miradas públicas. La asociación de brazos y capitales había sustituido al trabajo aislado del minero. Por todas partes se oía el ruido de las máquinas que lavaban las arenas y trituraban el precioso cuarzo.

Más allá de las casas se extendían los yacimientos entregados a la explotación, en los cuales trabajaban por cuenta de las Compañías mineros que ganaban un crecidísimo salario. No hubiera sido posible contar las excavaciones que acribillaban el terreno. Los azadones brillaban al sol y despedían incesantes destellos. Entre los trabajadores había tipos de todas las naciones. Ninguno se quejaba, y todos cumplían silenciosamente su tarea como gentes asalariadas.

—No se crea, sin embargo —dijo Paganel—, que no queda ya en el suelo australiano ninguno de esos febriles buscadores que piden su fortuna al azaroso juego de las minas. Ya sé que la mayor parte alquilan sus brazos a las Compañías, y no puede ser de otro modo ya que los terrenos auríferos están todos vendidos o arrendados por el Gobierno. Pero al que nada tiene, al que no puede alquilar ni comprar, le queda aún una probabilidad de enriquecerse.

—¿Cuál? —preguntó Lady Elena.

—La de ejercer el jumping —respondió Paganel—. Así es que nosotros, que ningún derecho tenemos sobre estos yacimientos, podríamos, sin embargo, si nos favoreciese mucho la suerte, hacer fortuna.

—Pero, ¿cómo? —preguntó el Mayor.

—Por el jumping, como he tenido la honra de deciros.

—Pero, ¿qué es el jumping? —replicó el Mayor.

—Es un convenio admitido entre los mineros que ocasiona con frecuencia violencias y desórdenes, pero que nunca lo han podido abolir las autoridades.

—Vamos, Paganel —dijo Mac Nabbs—, nos ponéis la miel en la boca.

—Pues bien, está admitido que todo terreno del centro de explotación en el cual, sin ser día festivo, se ha dejado de trabajar por espacio de veinticuatro horas, pase al dominio público. El que de él se apodera puede explotarlo y enriquecerse si le ayuda el cielo. Así, pues, Roberto, amigo mío, procura descubrir uno de esos terrenos y es tuyo.

—Monsieur Paganel —dijo Mary Grant—, no deis a mi hermano esos consejos.

—Ya sabe Roberto que me chanco, querida Miss. ¡Él, minero! ¡Jamás! Labrar la tierra, cultivarla, sembrarla y después pedirle sus mieses en recompensa del trabajo, me parece muy bien. Pero escarbarla a la manera de los topos, ciegamente como ellos, para sacar de sus entrañas un poco de oro, es un triste oficio a que sólo puede dedicarse el que está dejado de la mano de Dios y de los hombres.

Después de haber visitado los principales yacimientos y recorrido un terreno de acarreo, compuesto principalmente de cuarzo, esquisto arcilloso y arenas procedentes de la disgregación de las rocas, llegaron los viajeros a la Banca.

Era ésta un espacioso edificio en cuyo remate ondeaba el pabellón nacional. Lord Glenarvan fue recibido por el inspector general, el cual le hizo los honores de su establecimiento.

Allí las Compañías depositan, mediante recibo, el oro arrancado de las entrañas de la tierra. Estaba ya lejos el tiempo en que el minero era explotado por los mercaderes de la colonia. Éstos les daban en los yacimientos cincuenta y tres chelines por cada onza de oro, de la que luego sacaban en Melbourne sesenta y cinco. Verdad es que el negociante corría los riesgos del acarreo; y como los caminos estaban infestados de bandoleros, no siempre la escolta llegaba a su destino.

El inspector presentó a los viajeros curiosas muestras de oro, y les dio interesantes pormenores acerca de los diferentes modos de explotación del codiciado metal.

Este se encuentra generalmente bajo la forma de oro rodeado o de oro desagregado. En el estado de mineral está mezclado con tierra de aluvi6n, o encerrado en una ganga de cuarzo. Para extraerlo se procede atacando primero las capas superficiales o las m1s profundas, seg6n la naturaleza de la superficie.

El oro rodeado se halla en el fondo de los torrentes, de los valles y de las quebradas, escalonado seg6n su magnitud, primero los granos, despu6s las hojas y 6ltimamente las pajillas.

Pero el oro desagregado, cuya ganga ha sido descompuesta por la acci6n del aire, se encuentra en montoncillos, y forma lo que los mineros llaman bolsadas. Hay bolsadas que encierran una fortuna.

En el monte Alejandro se recoge el oro m1s especialmente en las capas arcillosas y en los intersticios de las rocas pizarrosas, donde hay nidos de pepitas que en un momento pueden enriquecer a un minero. All6 est1 con frecuencia el premio grande de aquella especie de loter6a.

Los viajeros, despu6s de haber examinado las distintas muestras de oro, recorrieron el museo mineral6gico del Banco. Vieron rotulados y clasificados todos los productos obtenidos del suelo australiano. No es el oro su 6nica riqueza. Australia puede considerarse como un cofre de joyas en el que la Naturaleza guarda las m1s preciosas.

Brillaban en los escaparates el topacio blanco, digno rival de los topacios brasile6os, el granate y la almandina, la epidota, especie de silicato de un hermoso color verde, el rub6 balaje, representado por espirales de color de escarlata, y por una bell6sima variedad de color de rosa, zafiros de un color azul claro y de un color azul oscuro, tales como el corind6n o espato adamantino, tan preciados como los de Malabar y los del T6bet, y por 6ltimo, un peque6o diamante que se encontr6 en las m1rgenes del Tur6n. Muy completa era aquella resplandeciente colecci6n de piedras finas, y no hab6a que ir muy lejos a buscar el oro para engastarlas. No queriendo las joyas ya montadas, no se pod6a pedir m1s.

Glenarvan se despidi6 del inspector del Banco, despu6s de darle las gracias por su complacencia de que hab6an hecho amplio uso. En seguida se dirigieron otra vez a los yacimientos.

Paganel, por poco adherido que estuviese a los bienes de este mundo, no daba un paso sin registrar con la mirada aquel suelo tan opulento. Se despert6 en 6l un sentimiento de codicia m1s fuerte que su filosof6a, contra el cual eran

impotentes las bromas de sus compañeros. A cada paso se bajaba, cogía un guijarro, un pedazo de ganga, un fragmento de cuarzo; lo examinaba con atención y lo arrojaba luego con desprecio. Se comportó así durante todo el paseo.

—¿Ésas tenemos, Paganel? —le preguntó el Mayor—. ¿Habéis perdido algo?

—Sin duda —respondió Paganel— en este país de oro y piedras preciosas, lo que no se encuentra se pierde. No sé por qué he de desear tanto poderme llevar una pepita que pese algunas onzas, aunque no sean más que veinte libras.

—¿Para qué la queréis, mi digno amigo? —dijo Glenarvan.

—No me serviría de estorbo —respondió Paganel—. Haría un regalo a mi país depositándola en el Banco de Francia.

—¿Que la aceptaría?

—Sin duda, bajo la forma de obligaciones de ferrocarriles.

Se felicitó a Paganel por la manera patriótica y desprendida con que quería ofrecer su pepita a su país, y Lady Elena deseaba que encontrase la mayor del mundo.

Los viajeros recorrieron hablando la mayor parte de los terrenos explotados. En todos los puntos se trabajaba maquinalmente, sin apenas animación.

Después de dos horas de paseo, Paganel descubrió una posada muy decente, en la que propuso descansar un rato mientras llegaba la hora de reunirse a la carreta. Lady Elena consintió en ello, y como en una posada es preciso tomar algo, Paganel pidió al posadero que les sirviera una bebida del país. Inmediatamente trajeron un nobler para cada uno.

El nobler no es más que el grog, pero grog al revés. En lugar de echar una copa de aguardiente en un vaso de agua, se echa una copita de agua en un gran vaso de aguardiente, se le azucara y se bebe. Como esta pócima era demasiado australiana se añadió al nobler una botella de agua, con no poca extrañeza del posadero, y quedó convertido en el grog británico.

Se habló en seguida de minas y mineros. La ocasión no podía ser más oportuna. Paganel, muy satisfecho de lo que acababa de ver, confesó, sin embargo, que el espectáculo debía ser más curioso en otro tiempo durante los primeros años de explotación del monte Alejandro.

—La tierra —dijo— estaba entonces materialmente acribillada de agujeros por legiones de hormigas trabajadoras. ¡Y qué hormigas! El mismo ardor, pero

no la misma previsión de las hormigas tenían todos los emigrados. El oro se disipaba en locuras. Se bebía, se jugaba, y esta posada en que nos hallamos era un infierno, como se decía entonces. Los dados traían puñaladas. La Policía era impotente, y más de una vez el gobernador de la colonia se vio obligado a intervenir con un ejército regular contra los mineros amotinados. Llegó, sin embargo, a hacerles entrar en razón; impuso a cada explotador un derecho de patente, les hizo pagar, aunque no dejó de costarle algún trabajillo, y en una palabra, los desórdenes fueron aquí menores que en California.

—¿Es decir —preguntó Lady Elena—, que el oficio de minero puede ejercerlo cualquier individuo?

—Sí, señora. No se necesita para serlo haber tomado el grado de bachiller. Basta tener buenos brazos. La mayor parte de los aventureros, arrojados por la miseria, llegaban a las minas sin dinero. Los que más, tenían un azadón, otros no tenían más que un mal cuchillo, y trabajaban todos con un afán que seguramente no lo hubieran empleado en un oficio de hombres honrados. ¡Qué aspecto tan singular el de estos terrenos auríferos! La tierra estaba cubierta de tiendas, bohíos, barracas, chozas, algunas hechas de fango, otras de tablas, otras de hojas. En el centro se levantaba dominante la casa del Gobierno, que tenía izado el pabellón británico, y descollaban entre las humildes viviendas las tiendas de terliz azul de los agentes de la autoridad, y los establecimientos de los cambistas, de los mercaderes de oro, de los traficantes, que especulaban con aquel conjunto de riqueza y pobreza. Éstos se enriquecieron con toda seguridad. Eran de ver aquellos mineros de larga barba y camisa roja que vivían en el agua y el fango. El aire estaba lleno del continuo ruido de los azadones, y de las fétidas miasmas procedentes de las carroñas de animales que se pudrían en todas partes. Un polvo sofocante envolvía como una nube a los desgraciados que suministraban a la mortalidad un contingente excesivo, y en otro país menos sano, menos dotado de buenas condiciones higiénicas, se hubiera desarrollado el tifus y hubiera diezmado la población. ¡Y si al menos todos aquellos aventureros hubieran conseguido sus deseos! Pero no, no tenía compensación tanta miseria, y se puede asegurar que, por cada minero que se ha enriquecido, ciento, doscientos, tal vez mil, han muerto pobres y desesperados.

—¿Podríais decirnos, Paganel —repreguntó Glenarvan—, cuáles eran los procedimientos adoptados para la extracción del oro?

—No podían ser más sencillos —respondió Paganel—. Los primeros mineros no eran más que lavadores, no hacían más que sacar los granitos de oro de entre las arenas, procediendo como se procede aún en algunas comarcas de Cevennes, en Francia. Actualmente, las Compañías proceden de otro modo. Suben a la misma fuente, al filón que produce las hojas, las pajillas y las pepitas. Pero los lavadores se contentaban con lavar las arenas auríferas, y no

hacían otra cosa. Lavaban, recogían las capas de tierra que les parecían productivas y las echaban al agua para separar el precioso mineral. El lavado se efectuaba por medio de un instrumento inventado en América, llamado creadle o cuna, que consistía en una caja de cinco o seis pies de longitud, dividida en dos compartimientos, de los cuales el uno estaba provisto de una criba grosera, puesta encima de otras de agujeros mas pequeños, y el otro se angostaba en su parte inferior. Se echaba la arena sobre la criba más grosera y se vertía agua encima, y luego se agitaba o mecía el instrumento. Las piedras quedaban en la primera criba, el mineral y la arena fina pasaban a las otras, según su tamaño, y la tierra desleída salía con el agua por la extremidad inferior. Tal era la máquina generalmente usada.

Y no obstante su sencillez, no todos la tendrían -dijo John Mangles.

—La compraban los recién llegados a los mineros enriquecidos o arruinados, según el caso —respondió Paganel—, o se pasaban sin ella.

—¿Y cómo la remplazaban? —preguntó Mary Grant.

—Con un plato, querida Mary, con un sencillo plato de hierro, abaleando la tierra como se abalea el trigo, sólo que en lugar de granos de trigo se recogían algunas veces granos de oro. En el primer año, sin más aparatos, más de un minero labró su fortuna. Aquél, amigos míos, era el buen tiempo, aunque un par de botas costasen cincuenta francos, y se diesen diez chelines por un vaso de limón. Los primeros que llegan son siempre los más afortunados, que a quien madruga Dios le ayuda. El oro abundaba en todas partes, hasta en la superficie de la tierra; los arroyos corrían por un lecho de metal y éste se encontraba hasta en las mismas calles de Melbourne. Se empedraba con oro. Así es que desde el 26 de enero hasta el 24 de febrero de 1852, el precioso metal transportado desde el monte Alejandro a Melbourne, bajo la escolta del Gobierno, ascendió a 8.238.650 francos, lo que da por término medio 164.725 francos diarios.

—La dotación, poco más o menos, del emperador de Rusia —dijo Glenarvan.

— ¡Pobrecito! —replicó el Mayor.

—¿Se citan muchos casos de fortuna repentina? —preguntó Lady Elena.

—Algunos, señora.

—¿Los conocéis? —dijo Glenarvan.

— ¡Pardiez! —respondió Paganel—. En 1852, en el distrito de Ballarat, se encontró una pepita que pesaba 573 onzas, otra en el Gippsland de 782 onzas, y en 1861 un lingote de 834 onzas. En el mismo Ballarat, un minero descubrió una pepita que pesaba 69 kilogramos, lo que, a 1.772 francos la

libra, hace 223.850 francos. Un azadonazo que da 11.000 francos de renta, es un buen azadonazo.

—¿En qué proporción ha aumentado la producción del oro desde el descubrimiento de estas minas? —preguntó John Mangles.

—En una proporción enorme, amigo John. Era de 47.000.000 anuales al principio del siglo, y actualmente, incluyendo el producto de las minas de Europa, Asia y América, se valora en 900.000.000.

—Así, pues, Monsieur Paganel —dijo Roberto—, en el punto mismo en que nos hallamos, tenemos quizá bajo los pies mucho oro.

—Sí, muchacho, millones. Andamos sobre ellos. Pero andamos sobre ellos porque los despreciamos.

—¿Es por consiguiente Australia un país privilegiado?

—No, Roberto —respondió el geógrafo—. Los países auríferos no son privilegiados. No engendran más que poblaciones haraganas, y nunca razas fuertes y laboriosas. Mira lo que es el Brasil, lo que es México, lo que es California, lo que es Chile, lo que es el Perú, lo que es Australia. ¿A qué altura están en pleno siglo XIX? El país por excelencia, hijo mío, no es el país del oro, sino el país del hierro.

Capítulo XV

Australian and New Zealand Gazette

El día 2 de enero, al salir el sol, los viajeros traspasaron el límite de las regiones auríferas y las fronteras del condado de Talbot. Los cascos de los caballos imprimían entonces sus herraduras en los senderos llenos de polvo del condado de Dalhomet. Algunas horas después vadeaban el Coiban y el Campaspe Rivers, a los 34° 35' de latitud y 144° 45' de longitud. Se había llegado a la mitad del viaje. Con quince días más de una travesía próspera, la comitiva -alcanzaría las playas de la bahía Twofold.

Todos los viajeros gozaban de buena salud, realizándose, respecto a las condiciones higiénicas del clima, las promesas optimistas de Paganel. Había muy poca o ninguna humedad, y el calor era muy soportable. No se resentían de él los caballos ni los bueyes. Los hombres tampoco se quejaban.

Desde Camden Bridge no se registró el menor incidente digno de mención. La criminal catástrofe del railway obligó a Ayrton, cuando tuvo conocimiento de ella, a tomar algunas precauciones. Durante las horas de campamento quedó siempre uno de centinela, y por la tarde se renovaba la carga de las armas. Era incontestable que recorría el país una patrulla de malhechores, y aunque no había motivos para experimentar temores inmediatos, bueno era estar prevenido para lo que pudiera suceder.

Inútil es decir que se tomaron estas precauciones sin dar de ellas conocimiento a Lady Elena y Mary Grant para no asustarlas.

Glenarvan procedía debidamente. Una imprudencia o un descuido podían costar caros. No era además Glenarvan el único que se preocupaba de aquel estado de cosas. En las alquerías aisladas y en las estaciones, los labradores y los ganaderos tomaban precauciones contra todo ataque o sorpresa. Las casas se cerraban apenas anochecía. Los perros, sueltos en los cercados, ladraban al menor ruido, y no se veía un solo pastor, que al reunir las reses para el encierro de la noche, no llevase colgada del arzón su carabina. La noticia del crimen cometido en el puente de Camden motivaba aquel exceso de precauciones, y más de un colono, que solía dormir con todas las ventanas y puertas abiertas de par en par, echaba al anochecer los cerrojos.

La misma Administración de la provincia, dio pruebas de celo y vigilancia. Recorrían los campos destacamentos de gendarmería indígena. Se dio escolta a los correos, que hasta entonces habían andado sin ella. Precisamente aquel mismo día, en el acto mismo de atravesar los viajeros el camino de Kilmore a Heatcote, pasó el correo a todo escape levantando un torbellino de polvo. Mas por pronto que desapareció, Glenarvan vio relucir las armas de los soldados que galopaban a su lado. Hubiérase dicho que se había vuelto a aquella funesta época en que el descubrimiento de los primeros yacimientos, arrojaba al continente australiano la escoria de las poblaciones europeas.

Una milla después de haber atravesado el camino de Kilmore, se internó la carreta en un bosque de árboles gigantescos, siendo aquélla la primera vez desde el cabo Bernouille en que los viajeros penetraron en uno de aquellos bosques que cubren una superficie de muchos grados.

Se escapó de todos los pechos un grito de admiración al ver eucaliptos de 200 pies de altura, cuya corteza fungosa tenía un grueso de 5 pulgadas. Los troncos, de 20 pies de diámetro, surcados por la corriente de una resina olorosa se elevaban a 150 pies del suelo, sin una rama, sin un tallo caprichoso, sin nudo alguno que alterase su superficie. No hubieran salido más redondos de la mano del tornero. Era un bosque formado de millares de columnas del mismo calibre, que al llegar a una gran altura se ensanchaban formando capiteles con sus ramas provistas en sus extremidades de hojas alternas, de las cuales colgaban flores solitarias en cuyo cáliz figuraba una corona vuelta al revés.

Bajo aquella bóveda siempre verde, el aire circulaba libremente. Una ventilación incesante absorbía la humedad del suelo. Los caballos, los bueyes y las carretas podían pasar holgadamente por el espacio que dejaban los árboles entre sí, perfectamente medido como por un hábil jardinero. No se encontraban grupos de árboles apretados y obstruidos por la maleza, ni era aquel bosque una de esas selvas vírgenes en que impiden el tránsito troncos

caídos y bejucos inextricables que obligan al hombre a abrirse paso con el hierro y el fuego. Una alfombra de hierba al pie de los árboles, un pabellón de verdor en su cima, extensa perspectiva de atrevidos pilares, poca sombra, regular frescura, una claridad especial parecida a los resplandores filtrados por una delicadísima tela de seda, reflejos regulares, las sombras en el suelo perfectamente delineadas, todo este conjunto formaba un espectáculo extraño y de maravilloso efecto.

El bosque del continente oceánico es absolutamente distinto de los bosques del Nuevo Mundo, y el eucalipto, el tara de los aborígenes, más o menos arbitrariamente colocado en la familia de mirtos cuyas diferentes especies son casi innumerables, es el árbol por excelencia de la flora australiana.

Si bajo aquellas cúpulas de verdor no se espesa la sombra ni reina la oscuridad, se debe a que los árboles presentan en la disposición de sus hojas una anomalía curiosa. En vez de presentar su cara al sol, le presentan únicamente su acerado borde. La vista en aquel singular follaje no percibe más que perfiles, y por eso los rayos del sol se deslizan hasta el suelo, como si pasasen entre las tablas u hojas levantadas en una persiana.

Todos hicieron muy sorprendidos la misma observación, y a todos se les ocurrió naturalmente preguntar a Paganel cuál era el motivo de aquella disposición singularísima. Ya se sabe que el geógrafo tenía respuesta para todo.

—Lo que me pasma —dijo— no es la extravagancia de la Naturaleza, pues la Naturaleza sabe siempre lo que hace, pero los botánicos no saben siempre lo que se dicen. La Naturaleza no se ha engañado al dar a sus árboles el follaje especial que tienen, pero los hombres han desbarrado al llamarles eucaliptos.

—¿Qué quiere decir esta palabra? —preguntó Mary Grant.

—Procede de un vocablo griego que significa cubro bien. Bien cuidado se ha tenido en cometer el error en griego para que fuese menos perceptible, pues es evidente que el eucalipto cubre mal.

—Estamos de acuerdo, querido Paganel —respondió Glenarvan—, y ahora decidnos por qué las hojas están dispuestas de este modo.

—Por una razón puramente física, amigos míos —respondió Paganel—, y que comprenderéis muy fácilmente. En esta comarca, en que el aire es seco, en que las lluvias son raras, en que el terreno está enjuto, los árboles no tienen necesidad de viento ni de sol. Faltando la humedad, falta también la savia, y por lo mismo esas hojas procuran defenderse por sí mismas contra la luz del día y se preservan de una evaporación excesiva, por cuya razón presentan su perfil y no su superficie a la acción de los rayos solares. No hay nada más inteligente que una hoja.

—¡Ni más egoísta tampoco! —replicó el Mayor—. Las que hay aquí no se han cuidado más que de sí mismas, sin tener para nada en cuenta a los viajeros.

No había nadie que no estuviese hasta cierto punto de acuerdo con Mac Nabbs, exceptuando Paganel, el cual, al mismo tiempo que empapaba su pañuelo con el sudor de su frente, sentía la mayor satisfacción al considerar que caminaba sin sombra bajo árboles frondosísimos. Sin embargo, aquella disposición del follaje era capaz de desazonar a cualquiera. La travesía de aquellos bosques se prolonga frecuentemente mucho, y es por consiguiente penosa, porque nada pone al viajero a cubierto de los ardores del sol.

Durante toda la jornada fue la carreta avanzando lentamente por entre aquellas interminables líneas de eucaliptos. No se encontró ni un cuadrúpedo, ni un indígena. Algunas cacatúas habitaban las cimas de los árboles; pero tan altos eran éstos, que apenas se las distinguía, y su eterna charla se convertía en un casi imperceptible murmullo. A veces, una bandada de cotorras, papagayos y periquitos cruzaban algunos de los rasos, y los animaba con un rápido rayo de varios colores. Pero en general, reinaba un profundo silencio en aquel vasto templo de verdor, y las pisadas de los caballos, una que otra palabra de los jinetes, el chirrido de las ruedas de la carreta, y de cuando en cuando un grito de Ayrton excitando a los indolentes bueyes, turbaban únicamente aquellas inmensas soledades.

Al anoecer, acampó la comitiva al pie de unos eucaliptos que ostentaban el sello de un incendio bastante reciente. Ahuecados interiormente por las llamas en toda su longitud, parecían elevadas chimeneas de fábricas. No les quedaba más que la corteza, y ésta les bastaba para vivir lozanos. Con todo, esta mala costumbre de los squatters o de los indígenas destruirá con el tiempo tan magníficos árboles, y desaparecerán como esos cedros seculares del Líbano que aniquila la torpe mano de los peregrinos.

Olbinett, siguiendo el consejo de Paganel, encendió fuego para la cena en uno de aquellos troncos tubulares, y así obtuvo muy pronto una llama considerable y el humo fue a perderse en el sombrío follaje.

Se tomaron por la noche las precauciones requeridas, y Ayrton, Mulrady, Wilson y John Mangles, relevándose sucesivamente, velaron hasta la salida del sol.

Durante toda la jornada del 3 de enero, el interminable bosque multiplicó sus largas avenidas simétricas. Parecía que no había de concluir nunca. Sin embargo, a la caída de la tarde, las hileras de árboles se aclararon, y a algunas millas de distancia, en un pequeño llano, apareció una aglomeración de casas.

— ¡Seymour! —exclamó Paganel—. Seymour es la última ciudad que

debemos encontrar antes de salir de la provincia de Victoria.

—¿Es importante? —preguntó Lady Elena.

—Señora —respondió Paganel—, se trata de una simple parroquia que aspira a convertirse en municipalidad.

—¿Hallaremos en ella una regular posada? —dijo Glenarvan.

—Lo espero —respondió el geógrafo.

—Entremos, pues, en la ciudad, porque se me figura que no vendrá mal a nuestras distinguidas viajeras una noche de descanso.

—Mi querido Edward —contestó Lady Elena—, Mary y yo aceptamos; pero a condición de no causar ninguna molestia ni retraso.

—Ningún retraso ni molestia —respondió Lord Glenarvan—. Los bueyes están cansados y partiremos mañana al rayar el alba.

Eran entonces las nueve. La Luna se aproximaba al horizonte, y no despedía más que rayos oblicuos, anegados en la bruma. La oscuridad aumentaba poco a poco. Toda la comitiva penetró en las anchas calles de Seymour bajo la dirección de Paganel, el cual al parecer conocía siempre perfectamente lo que no había visto nunca. Pero su instinto le guiaba, y llegó derecho a Campbell's North British.

Se condujeron a la cuadra caballos y bueyes, se metió la carreta en la cochera, y los viajeros se trasladaron a habitaciones bastante cómodas. A las diez se sentaron a la mesa, en que se les sirvió una cena que, sin ser obra de Olbinett, había sido por éste debidamente inspeccionada. Se veía en ella algo del genio del maestro. Paganel acababa de recorrer la ciudad en compañía de Roberto, y dio cuenta de sus impresiones nocturnas en los términos más lacónicos. No había visto absolutamente nada.

Sin embargo, otro menos distraído hubiera notado cierta agitación en las calles de Seymour. En ellas se habían formado corrillos que iban en progresivo aumento; se hablaba en la puerta de las casas; se interrogaban los habitantes con verdadera curiosidad, y algunos periódicos eran leídos en voz alta, comentados y discutidos. Estos síntomas no podían escapar al observador menos atento, y sin embargo, para Paganel pasaron inadvertidos.

El Mayor, sin ir tan lejos, sin moverse de la posada, se dio cuenta de las zozobras que tan justamente experimentaba la pequeña ciudad. Diez minutos de conversación con Dickson, que tal era el nombre del locuaz posadero, le pusieron al corriente de todo. Pero no dijo una palabra.

Sólo cuando, después de cenar, Lady Glenarvan, Mary y Roberto Grant pasaron a sus habitaciones, el Mayor detuvo a sus compañeros y les dijo:

—Ya se ha averiguado quienes son los autores del crimen cometido en el camino de hierro de Sandhurst.

—¿Y han sido presos? —preguntó Ayrton precipitadamente.

—No —respondió Mac Nabbs, sin que al parecer notase la ansiedad del contraamaestre, muy natural en aquellas circunstancias.

—Tanto peor —añadió Ayrton.

—Y bien —preguntó Glenarvan—, ¿a quién se atribuye el crimen?

—Leed —respondió el Mayor presentando a Glenarvan un número del Australian and New Zealand Gazette—, y veréis que el inspector de Policía no se engañaba.

Glenarvan leyó en voz alta el siguiente párrafo:

Sydney, 2 de enero de 1866. — Nuestros lectores recordarán que en la noche del 29 al 30 de diciembre último sobrevino un accidente en Camden Bridge, a 5 millas de distancia de la estación de Castlemaine, railway de Melbourne a Sandhurst. El tren directo que salió a las 11 y 45 minutos, lanzado a todo vapor, se precipitó en el río Lutton.

El puente de Camden había quedado abierto al pasar el tren.

Numerosos robos cometidos después del accidente, y el cadáver del guarda, que apareció a media milla de Camden Bridge, probaron que la catástrofe era el resultado de un crimen.

En efecto, resulta de las investigaciones de la Policía que el crimen se debe atribuir al grupo de malhechores que seis meses atrás se evadieron del presidio de Perth, Australia occidental, en el momento de irles a trasladar a la isla de Norfolk.

Los evadidos son veintinueve, y están mandados por uno que se llama Ben Joyce, malhechor de la más peligrosa especie, que meses atrás llegó a Australia no se sabe en qué buque, y a quien la justicia no ha podido hasta ahora echar el guante.

Se avisa a los habitantes de las poblaciones, a los colonos y squatters de las estaciones, para que estén prevenidos y den a los agentes de Policía todas las noticias que puedan favorecer sus pesquisas.

J. P. Mitchell, S. G.

Cuando Lord Glenarvan terminó la lectura del precedente aviso, Mac Nabbs se volvió hacia el geógrafo y le dijo:

—Ya veis, Paganel, cómo puede haber en Australia desertores de presidio.

—Evadidos es evidente —respondió Paganel—, pero transportados con regularidad y admitidos, no. Esas gentes no tienen derecho alguno legal a permanecer aquí.

—Pero aquí están —repuso Glenarvan—, aunque supongo que su presencia no modificará nuestros proyectos ni detendrá nuestro viaje. ¿Qué os parece, John?

John Mangles no respondió inmediatamente. Vacilaba entre el dolor que causaría a los dos hijos del capitán Grant el abandono de las investigaciones empezadas, y el miedo de comprometer la expedición.

—Si Lady Glenarvan y Miss Grant no estuviesen con nosotros —dijo—, maldito el caso que haría yo de esa cuadrilla de miserables.

Glenarvan le comprendió y añadió:

—No es necesario decir que no se trata de renunciar al cumplimiento de la misión que nos hemos impuesto; pero tal vez en vista de las personas que nos acompañan, sería prudente volver a Melbourne para tomar el Duncan y continuar por el este nuestras pesquisas relativas al paradero del capitán Grant. ¿No opináis lo mismo, Mac Nabbs?

—Antes de decidirme —respondió el Mayor— quisiera conocer la opinión de Ayrton.

El contraemaestre, directamente interpelado, miró a Glenarvan.

—Opino —dijo— que hallándonos como nos hallamos a doscientas millas de Melbourne, el peligro, si existe, es tan grande en el camino del sur como en el del este. Los dos son poco frecuentados. Además, no creo que treinta malhechores puedan meter miedo a ocho hombres bien armados y resueltos. Salvo, pues, mejor parecer, opino que debemos seguir adelante.

—Muy bien dicho, Ayrton —respondió Paganel—. Siguiendo adelante, podemos tropezar con las huellas del capitán Grant, de las cuales nos separamos retrocediendo hacia el sur. Pienso, por consiguiente, como vos, y me importan un bledo esos fugados de Perth, que no merecen llamar la atención de ningún hombre de corazón.

Se puso a votación la proposición de no modificar en lo más mínimo el programa del viaje, y fue aprobada por unanimidad.

—Una sola observación, Milord —dijo Ayrton en el acto de ir a separarse.

—Decid, Ayrton.

—¿No sería conveniente enviar al Duncan la orden de acercarse a la costa?

—¿Para qué? —respondió John Mangles—. Tiempo tendremos de enviar

esa orden cuando hayamos llegado a la bahía de Twofold. Si algún acontecimiento imprevisto nos obligase a volver a Melbourne, podríamos arrepentimos de haber hecho salir de allí el Duncan. Además, sus averías no deben estar aún reparadas. Por todos estos motivos opino que vale más esperar.

—Bien está —respondió Ayrton, y no insistió.

Al día siguiente, la comitiva, armada y dispuesta para lo que pudiera ocurrir, salió de Seymour. Media hora después, volvía a entrar en el bosque de eucaliptos que reaparecían de nuevo hacia el este. Glenarvan hubiera preferido viajar por campo raso, porque una llanura favorece menos que un bosque las emboscadas y las celadas. Pero no había elección, y la carreta rodó todo el día por entre árboles gigantescos. Por la noche, después de haber seguido la frontera septentrional de Anglesey, pasó el meridiano 146, y acampó en el límite del distrito de Murray.

Capítulo XVI

En el que el mayor sostiene que son monos

Al amanecer del día siguiente, 5 de enero, los viajeros llegaron al vasto territorio del Murray, distrito despoblado y baldío que se extiende hasta la elevada barrera de los Alpes australianos. La civilización no le ha dividido aún en condados distintos, siendo la porción menos frecuentada y menos conocida de la provincia. Sus bosques caerán un día bajo el hacha del bushman, y sus praderas serán entregadas al rebaño del squatter; pero entretanto, el suelo permanece virgen, tal como brotó del océano Indico; es el desierto.

El conjunto de aquellos terrenos recibe en los mapas ingleses el significativo nombre de Reserve for the blacks, la reserva para los negros. Allí los indígenas han sido brutalmente acorralados por los colonos. Se les ha dejado en aquellas lejanas llanuras, en aquellos inaccesibles bosques, algunos sitios determinados, en que la raza aborigen acabará poco a poco por extinguirse. Cualquier blanco, colono, emigrado, squatter, bushman, puede traspasar sus límites. Únicamente el negro no puede salir de ellos.

Paganel, sin dejar de andar, se ocupaba de la grave cuestión de las razas indígenas. Acerca del particular todas las opiniones están conformes en que el sistema británico tiende al anonadamiento de las tribus conquistadas, haciéndolas desaparecer de las regiones en que vivían sus antepasados. Esta funesta tendencia se observa en todas partes, y más aún en Australia. En los primeros tiempos de la colonia, los deportados y hasta los mismos colonos

consideraban a los negros como animales salvajes, y les cazaban y mataban a tiros. Se les degollaba, invocando la autoridad de los jurisconsultos para probar que los australianos estaban fuera de la ley natural, y que el asesinato de cualquiera de ellos no constituía ningún crimen. Los periódicos de Sydney hasta propusieron un medio eficaz para desembarazarse de las tribus del lago Humter, el cual consistía en envenenarles en masa.

Los ingleses, como se ve, al principio de su conquista, hicieron de la muerte el más poderoso auxiliar de la civilización. Sus crueldades fueron atroces.

Se condujeron en Australia como en las Indias, de donde han desaparecido ya cinco millones de indios, y como en El Cabo, donde una población de 1.000.000 de hotentotes ha quedado reducida a 100.000. Así es que la población aborígen, diezmada por los malos tratos y la embriaguez, tiende a desaparecer del continente ante una civilización homicida. Verdad es que ciertos gobernadores han dictado decretos contra los sanguinarios bushmen, conminando con unos cuantos latigazos al blanco que cortase la nariz o las orejas de un negro, o le privase del dedo meñique para hacerse con él un limpia-pipas. ¡Vanas amenazas! Los asesinatos se organizaron en vasta escala, y tribus enteras desaparecieron. Sólo en la isla de Van Diemen, que al principio del siglo contaba 500.000 indígenas, sus habitantes en 1863 habían quedado reducidos a 7. Y Le Mercure ha podido en fecha aún reciente publicar la noticia de la llegada a Hobart Town del último tasmaniano.

Ni Glenarvan, ni el Mayor, ni John Mangles contradijeron a Paganel. Aunque hubieran sido ingleses, no hubieran defendido a sus compatriotas. Los hechos eran patentes, incontestables.

—Cincuenta años atrás —añadió Paganel— habríamos ya encontrado en nuestro camino muchas tribus de naturales, y hasta ahora no ha aparecido ni un indígena. Dentro de un siglo no habrá ya en este continente un solo individuo de la raza negra.

En efecto, la reserva parecía absolutamente abandonada, sin hallarse en ella ni vestigio de campamento ni de chozas. Las llanuras y los grandes bosques se sucedían, y poco a poco fue tomando la comarca un aspecto salvaje. Parecía que ningún ser viviente frecuentaba aquellas lejanas regiones, cuando Roberto, deteniéndose delante de una selva de eucaliptos, exclamó:

— ¡Un mono! ¡Un mono!

Y señalaba un cuerpo negro que saltando de rama en rama con sorprendente agilidad, pasaba de una rama a otra como si le sostuviese en el aire algún aparato membranoso.

¿Vuelan acaso los monos en aquel extraño país, como algunas zorras

dotadas por la Naturaleza de alas de murciélago?

La carreta se paró, y todos siguieron con la vista las evoluciones del animal, que se perdió poco a poco en las alturas del eucalipto. Luego se le vio bajar con la rapidez del relámpago, correr al llegar a tierra haciendo mil contorsiones y piruetas, y extender sus largos brazos alrededor del liso tronco de un enorme gomero. Todos se preguntaron cómo treparía por aquel árbol que no podía abrazar, cuando el mono, hiriendo el tronco en varios puntos con una especie de hacha, hizo pequeñas muescas a guisa de escalones, y se encaramó por ellas hasta llegar a la cruz del árbol, entre cuyo follaje desapareció en algunos segundos.

— ¡Vaya con el animal ese! —exclamó el Mayor—. ¿Qué clase de mono será?

—Ese mono —respondió Paganel— es un australiano de pura raza.

No habían tenido aún tiempo los compañeros del geógrafo de encogerse de hombros, cuando resonaron a poca distancia algunos gritos que se podían ortografiar con estas palabras: ¡coo-eeh! ¡cooe-eeh! Ayrton azuzó los bueyes, y cien pasos más adelante, los viajeros llegaron a un campamento de indígenas.

¡Qué triste espectáculo! Se levantaban del desnudo suelo diez o doce tiendas, llamadas gunyos en el país, hechas de tiras de corteza escalonadas como las tejas de un tejado, que no protegían más que por un lado a sus miserables habitantes. Aquellos seres degradados por la miseria causaban repugnancia. Entre hombres, mujeres y niños, eran unos treinta, vestidos de pieles de canguro sucias y destrozadas. Lo primero que hicieron al acercarse la carreta, fue echar a correr; pero les tranquilizaron algunas palabras de Ayrton pertenecientes a un dialecto inteligible. Entonces volvieron no del todo recelosos, pero tampoco del todo confiados, como los animales ariscos cuando se les ofrece un bocado que es de su gusto.

Dichos indígenas, cuya estatura era de 5 pies y 4 pulgadas a 5 pies y 7 pulgadas, tenían el color oscuro, aunque no precisamente negro, un color casi de hollín, los cabellos vedijosos, los brazos largos, el abdomen abultado, el cuerpo velludo, con costurones que no eran más que las cicatrices de las heridas o de las incisiones practicadas en las ceremonias fúnebres. Nada tan horrible como su monstruoso rostro, su boca enorme, su nariz aplastada y casi al nivel de las mejillas, su mandíbula inferior prominente, armada de dientes blancos, pero salientes. Ninguna criatura humana presenta el tipo de la bestialidad tan profundamente marcado.

—No se engañaba Roberto —dijo el Mayor—, son monos, monos de pura sangre, si se quiere, pero monos.

—Mac Nabbs —respondió con afable acento Lady Elena—, ¿seréis capaz de decir que no cometen un acto de barbarie los que les cazan como bestias salvajes? Esos desgraciados seres son hombres.

— ¡Hombres! —exclamó Mac Nabbs—. Todo lo más son seres intermedios entre el hombre y el orangután. Y si midiéramos su ángulo facial, veríamos que es tan cerrado como el de un mono.

Acerca del particular Mac Nabbs tenía razón. El ángulo facial del indígena australiano es muy agudo y sensiblemente igual al del orangután, que es de sesenta a setenta y dos grados. No sin falta absoluta de razón propuso Monsieur de Rienzi incluir a los salvajes australianos en una raza particular a que en su clasificación da el nombre de pithecomorfos, es decir, hombres con formas de mono.

Pero Lady Elena tenía más razón aún que Mac Nabbs, considerando como seres dotados de alma a aquellos indígenas colocados en el último peldaño de la escala humana. Entre el bruto y el australiano media el insondable abismo que separa los géneros. Pascal ha dicho muy justamente que el hombre no es bestia en ninguna parte. Verdad es que muy justamente añade también que tampoco en parte alguna es ángel.

Sin embargo, respecto de la segunda parte de la proposición del gran pensador, Lady Elena y Mary Grant la combatían con su conducta victoriosamente. Aquellas dos mujeres caritativas bajaron de la carreta, tendieron una mano cariñosa a tan miserables criaturas, y les ofrecieron alimentos que los salvajes engullían con repugnante avidez. Y con tanto más motivo debían los indígenas tomar a Lady Elena por una divinidad, cuanto que, según su religión, los blancos son antiguos negros que han sido blanqueados después de su muerte.

Las mujeres principalmente excitaron la piedad de las viajeras. No hay nada comparable a la condición de la australiana, a la cual una naturaleza madrastra ha rehusado todos los encantos. La australiana es una esclava, arrebatada por la fuerza brutal, que no tiene más regalo de boda que los golpes de waddie, especie de bastón que nunca se cae de las manos de su amo. Acometida por una ancianidad precoz y fulminante, tiene que soportar los más penosos trabajos de una existencia vagabunda, llevando con sus hijos, envueltos entre juncos, los instrumentos de pesca y caza, y las provisiones de phormium tenax, con que fabrica redes. Tiene que procurar víveres a su familia, y al efecto caza lagartos, opossums y serpientes hasta en la cima de los árboles; corta la leña del hogar, arranca las cortezas de la tienda; es, en una palabra, una pobre bestia de carga, que ignora lo que es reposo, y no come más que los repugnantes restos que buenamente le quiere arrojar su amo.

En aquel momento, algunas de aquellas desgraciadas, privadas tal vez del

alimento desde muchos días, procuraban atraer los pájaros presentándoles algunos granos.

Se las veía tendidas en aquel suelo abrasador, inmóviles, como muertas, aguardando horas enteras que un inocente pájaro se pusiese al alcance de su mano. No llega a más su industria en materia de lazos, y para dejarse coger de una manera tan torpe, se necesita ser un volátil australiano.

Sin embargo, los indígenas, haciéndose cada vez más confiados, rodearon a los viajeros, y hubo entonces necesidad de ponerse muy alerta contra sus instintos de rapiña. Hablaban, o por mejor decir, silbaban un idioma, chascando la lengua, que más que lenguaje humano parecía un grito de animales. Con todo, su voz tenía inflexiones afectuosas sumamente dulces, repitiendo a menudo la palabra, noki, noki, cuyo significado daban a comprender suficientemente sus gestos. Esta palabra significa ¡dadme, dadme! y se aplica a todos los objetos, hasta a los más insignificantes. Mucho tuvo que bregar con ellos Monsieur Olbinett para defender los equipajes, y sobre todo los víveres de la expedición. Aquellos pobres hambrientos devoraban con los ojos la carreta y exhibían agudos dientes que se habían tal vez ejercitado en pedazos de carne humana; porque si bien en tiempo de paz la mayor parte de las tribus australianas no son antropófagas, hay pocos salvajes que no saboreen la carne de un enemigo vencido.

A petición de Elena, Glenarvan dio orden de distribuir algunos alimentos. Los naturales comprendieron su intención y se entregaron a demostraciones que hubieran conmovido el corazón más insensible. Lanzaron rugidos parecidos a los de las fieras enjauladas cuando el guarda les lleva la ración diaria. Podía el Mayor no tener razón, pero era incontestable que aquella raza se aproximaba mucho a los animales.

Monsieur Olbinett, con su galantería habitual, creyó deber servir antes a las mujeres, pero estas desventuradas criaturas no se atrevían a comer antes que sus temibles amos. Éstos se arrojaron sobre la galleta y la carne seca como sobre una presa.

Mary Grant, al pensar que su padre era cautivo de tan groseros indígenas, sintió acudir las lágrimas a sus ojos. Se hacía cargo de cuánto debía sufrir un hombre como Harry Grant, esclavo de aquellas tribus vagabundas, sujeto a la miseria, al hambre y a los malos tratos. John Mangles, que la observaba con inquietud, adivinó los pensamientos que rebosaban de su mente y se adelantó a sus deseos, interrogando al contraamaestre de la Britannia.

—Ayrton —le dijo—, ¿eran como los que tenemos ahora delante los salvajes de cuyas manos pudisteis evadiros?

—Sí, capitán —respondió Ayrton—. Todas las tribus del interior se

parecen, sólo que ahora no veis más que un puñado de estos pobres diablos, al paso que en las márgenes del Darling hay tribus numerosas mandadas por jefes cuya autoridad es temible.

—Pero —preguntó John Mangles—. ¿Qué puede hacer un europeo en poder de semejantes hordas?

—Lo que hacía yo —respondió Ayrton—; cazar, pescar con ellos, tomar parte en sus combates. Como os he dicho ya, es tratado según los servicios que presta, y siendo hombre inteligente y valeroso, se labra en la tribu una posición distinguidísima.

—¿Pero está cautivo? —dijo Mary Grant.

—Y vigilado de manera —añadió Ayrton— que no puede dar un paso ni de noche ni de día.

—Sin embargo, vos, Ayrton —dijo el Mayor tomando parte en la conversación—, conseguisteis escapar.

—Sí, Monsieur Mac Nabbs, gracias a un combate entre mi tribu y otra vecina. Me aproveché de la ocasión, y conseguí evadirme. No me arrepiento. Pero creo que si tuviese que volver a hacer lo que hice, preferiría una eterna esclavitud a los tormentos que tuve que arrostrar para atravesar los desiertos del interior. ¡No quiera Dios que el capitán Grant intente semejante medio de salvación!

—Es verdad —respondió John Mangles—. Debemos desear, Miss Mary, que vuestro padre se halle en poder de una tribu indígena. Así encontraremos más fácilmente sus huellas que si estuviese errante por los bosques del continente.

—¿Tenéis aún esperanza? —preguntó la joven.

—Espero siempre, Miss Mary, veros feliz un día, con la ayuda de Dios.

Los húmedos ojos de Mary Grant pudieron únicamente dar las gracias al joven capitán.

Durante esta conversación, se produjo entre los salvajes un movimiento insólito, lanzaron todos terribles aullidos, echaron a correr en distintas direcciones, y cogieron sus armas como si de ellos se hubiese apoderado un furor repentino.

No sabía Glenarvan a dónde querían ir a parar con sus aspavientos, cuando el Mayor preguntó a Ayrton:

—Habiendo vivido tanto tiempo entre los australianos, comprenderéis sin duda el lenguaje de éstos.

—No del todo —respondió el contraamaestre—; porque cada tribu tiene un idioma particular. Creo, sin embargo, adivinar que estos salvajes, para probar su reconocimiento a Su Honor, quieren representar en su presencia el simulacro de un combate.

Tal era, en efecto, la causa de aquella agitación. Los indígenas, sin más preámbulos, se atacaron con un furor muy bien fingido, de suerte que cualquiera, no estando prevenido de antemano, hubiera tomado su lucha por lo serio. Los australianos son excelentes cómicos, según dicen los viajeros, y en aquella ocasión acreditaron su gran talento para la escena.

Sus instrumentos de ataque y defensa consistían en un rompecabezas, especie de maza de madera a que no hay ningún cráneo que resista, y un tomahawk, piedra afilada muy dura, sujeta entre dos palos por una especie de goma. Esta hacha tiene un mango de diecisiete pies de largo, y es un instrumento tan temible en la guerra como en la paz, porque lo mismo sirve para derribar ramas que para derribar cabezas, y según los casos corta árboles o corta cuerpos.

Tales eran las armas que agitaban manos frenéticas al compás de espantosas vociferaciones. Los combatientes se arrojaban unos contra otros, y los unos caían como muertos, y los otros daban gritos de victoria. Las mujeres, principalmente las viejas, poseídas del demonio de la guerra, les excitaban al combate, se precipitaban sobre los fingidos cadáveres, y los mutilaban en apariencia con una ferocidad que, siendo real, no hubiera sido más horrible. A cada instante Lady Elena temía que degenerase la farsa en verdadera batalla. Los chiquillos, que habían también tomado parte en el combate, luchaban resueltamente. Los niños, y sobre todo las niñas, que parecían aún más frenéticas, se administraban soberbios puñetazos con feroz empuje.

Diez minutos hacía ya que duraba aquel simulacro de combate, cuando de repente los combatientes se detuvieron. Se les cayeron las armas de las manos. Al estrepitoso tumulto sucedió un profundo silencio. Los indígenas permanecieron inmóviles en su última actitud, como personajes de cuadros vivos. Hubiérase dicho que se habían petrificado.

¿Cuál era la causa de semejante peripecia? ¿Por qué aquella repentina inmovilidad marmórea? No se tardó en saberlo.

Una bandada de cacatúas desplegaba en aquel momento su vuelo a la altura de los gomeros, poblando el aire con su charla, y con los vigorosos matices de sus plumas que parecían un arco iris que volaba. El combate fue interrumpido por la aparición de aquella deslumbradora nube de pájaros, y a la guerra sucedió la caza, que es más útil.

Uno de los indígenas, cogiendo un instrumento de una estructura

particular, pintado de rojo, se separó de sus compañeros, que permanecieron inmóviles, y oculto entre los árboles y la maleza, se dirigió hacia el grupo de cacatúas. Se deslizaba sin ningún ruido, sin rozar con una hoja, sin mover la más pequeña piedra. Era una sombra que avanzaba.

Al llegar a una distancia conveniente, lanzó su instrumento, que siguió una línea horizontal a 2 pies del suelo. Así recorrió el arma un espacio de unos 50 pies, y luego levantándose súbitamente en ángulo recto sin tocar el suelo, subió a la altura de 5 pies, hirió mortalmente una docena de pájaros y, describiendo una parábola, retrocedió hasta volver a los pies del cazador.

Glenarvan y sus compañeros quedaron asombrados, sin atreverse a dar crédito a sus ojos.

— ¡El bumerán! —dijo Ayrton.

— ¡El bumerán! —exclamó Paganel—. ¡El bumerán australiano!

Y fue, como un niño, a recoger el maravilloso instrumento, para ver lo que tenía dentro.

No tenía nada; pero, en efecto, era de presumir que modificaba su curso un mecanismo interior, un resorte súbitamente distendido.

El bumerán consistía simplemente en un pedazo de palo duro y encorvado, cuya longitud era de 30 a 40 pulgadas. En su parte media su diámetro era de 3 pulgadas, y sus dos extremidades terminaban en aguda punta. Su parte cóncava entraba 6 líneas, y su parte convexa presentaba dos cortes muy afilados. Era el instrumento tan sencillo como incomprensibles sus evoluciones.

— ¡He aquí a lo que se reduce el famoso bumerán! —dijo Paganel después de examinar atentamente el extraño instrumento—. Un pedazo de palo, y nada más. ¿Por qué en determinado momento de su curso horizontal se remonta y vuelve luego a la mano que lo ha arrojado? Los sabios y viajeros no han encontrado hasta ahora la explicación de tan singular fenómeno.

—¿No será —dijo John Mangles— un efecto análogo al del aro, que lanzado de cierta manera vuelve a su punto de partida?

—O mejor —añadió Glenarvan— ¿un efecto retrógrado análogo al de la bola de billar picada en un punto determinado?

—No —respondió Paganel—; en ambos casos hay un punto de apoyo que determina la reacción; el aro tiene el suelo y la bola el tablero. Pero aquí no hay ningún punto de apoyo, y el instrumento sin tocar a tierra sube a una altura considerable.

—¿Cómo explicáis, pues, el hecho, Monsieur Paganel? —preguntó Lady

Elena.

—No lo explico, señora, no hago más que cerciorarme de él, y sólo me parece evidente que el efecto depende de la conformación particular del bumerán y de la manera de lanzarlo. Pero esta manera es aún el secreto de los australianos.

—Pero no deja de ser ingenioso... para monos —añadió Lady Elena mirando al Mayor, el cual meneó la cabeza muy poco convencido.

Corría el tiempo y Glenarvan creyó que no debía retardar más su marcha hacia el este, y al efecto iba a suplicar a los viajeros que entrasen en la carreta, cuando llegó corriendo un salvaje y pronunció algunas palabras con mucha animación.

— ¡Han visto casuarios! —dijo Ayrton.

— ¡Cómo! ¿Se trata de una caza? —dijo Glenarvan.

—Es preciso verla —exclamó Paganel—. ¡Debe de ser curiosa! Tal vez el bumerán va a funcionar de nuevo.

—¿Qué opináis, Ayrton?

—La función no será larga, Milord —respondió el contramaestre.

Los indígenas no habían perdido un instante. La muerte de unos cuantos casuarios es para ellos un golpe de fortuna, porque asegura víveres a la tribu para algunos días. Así es que los cazadores recurren a toda su habilidad para apoderarse de una presa semejante. ¿Pero cómo sin perro y sin armas de fuego alcanzan a un animal tan ágil? Ésta era la interesantísima parte del espectáculo reclamado por Paganel.

El emú o casuario sin casco, llamado mourenk por los naturales, es una gran ave perteneciente a la familia de las zancudas rabipennes, que tiene seis pies y medio de altura, y empieza a hacerse rara en las llanuras de Australia. Su carne es blanca y muy parecida a la del pavo. Tiene en la cabeza una lámina córnea; sus ojos son pardos y su pico negro y encorvado hacia abajo; sus pies constan de tres dedos armados de poderosas uñas, sus alas son verdaderos muñones inhábiles para el vuelo, y su plumaje, por no decir su pelaje, es más oscuro en el cuello que en el pecho. No vuela, pero corre más que el más rápido caballo, y no le alcanzaría ningún perro. Sólo se le puede coger a fuerza de ardides, y aun así es necesario ser muy astuto.

He aquí por qué, al aviso del indígena, diez australianos se desplegaron en guerrilla en una admirable llanura, en que el índigo crecía espontáneamente y alfombraba de azul el suelo con sus hermosas flores. Los viajeros se detuvieron a la entrada de un bosque de mimosas.

A la aproximación de los naturales se levantaron seis emús, echaron a correr y se detuvieron a la distancia de una milla. Luego que el cazador de la tribu hubo reconocido su posición, hizo una señal a sus camaradas para que se detuviesen. Éstos se echaron al suelo de bruces, y él, sacando de un cajoncillo dos pieles de casuario debidamente cosidas, se disfrazó con ellas. Pasó su brazo derecho por encima de su cabeza, y moviéndolo, imitaba a un casuario que busca comida.

Se dirigió el indígena hacia donde estaban las aves, deteniéndose de cuando en cuando, para fingir que picoteaba algunos granos, y de cuando en cuando también envolviéndose en un torbellino de polvo que levantaba con los pies. Desempeñaba su papel a las mil maravillas. No era posible reproducir más fielmente las maneras del emú. Lanzaba graznidos sordos, capaces de engañar a las mismas aves, como sucedió en efecto. No tardó el salvaje en colocarse en medio del descuidado grupo, y de repente su brazo blandió la maza, y los seis emús cayeron muertos.

El cazador había conseguido su objetivo; la caza había terminado.

Entonces Glenarvan y todos los expedicionarios se despidieron de los indígenas. Éstos no manifestaron gran sentimiento por su separación. Tal vez el buen éxito de la caza de los casuarios les hacía olvidar su hambre satisfecha. No tenían siquiera el reconocimiento del estómago, más vivo que el del corazón en las naturalezas incultas y en los brutos.

—Eso no obstante, no se podía dejar de admirar en algunas ocasiones su inteligencia y destreza.

—Ahora, querido Mac Nabbs —dijo Lady Elena—, convendréis conmigo en que los australianos no son monos.

—¿Por qué? ¿Porque imitan fielmente las maneras de un animal? —replicó el Mayor—. Esto precisamente justifica mi doctrina.

—Chancearse no es responder —dijo Lady Elena—. Quiero, Mayor, que modifiquéis vuestra opinión.

—Pues bien, sí, prima mía, o mejor dicho, no. Los australianos no son monos, pero los monos son australianos.

—¿Por qué?

—¿No sabéis la opinión que a los negros merece la interesante raza de los orangutanes?

—No.

—Los negros dicen —replicó el Mayor— que los monos son negros como ellos, pero más taimados. Él no habla por no trabaja, decía un negro envidioso

de un orangután domesticado, a quien su amo alimentaba perfectamente sin mandarle hacer nada en todo el día.

Capítulo XVII

Los colonos millonarios

A las siete de la mañana del día 6 de enero, después de una noche pasada tranquilamente a los 146° 15' de longitud, los viajeros siguieron atravesando el vasto distrito. Avanzaban siempre hacia delante y las huellas de sus pasos trazaban en la llanura una línea rigurosamente recta. Dos veces encontraron pisadas de squatters que se dirigían hacia el norte, y entonces las diversas señales se hubieran confundido si el caballo de Glenarvan no hubiese dejado en el polvo la marca de Black Pain, fácil de reconocer por los dos tréboles.

Surcaban de cuando en cuando la llanura caprichosos creeks, rodeados de bojes. Las aguas de aquellos arroyos debían ser temporales y no permanentes, y procedían de las vertientes de los Buffalos Ranges, cordilleras de montañas de mediana altura, cuya línea pintoresca ondulaba en el horizonte.

Se resolvió pasar allí la noche. Ayrton hizo andar mucho los bueyes, los cuales llegaron algo fatigados, después de una jornada de 35 millas. Levantóse la tienda debajo de gigantescos árboles, y, cerrada ya la noche, se cenó rápidamente. Después de una marcha semejante, había más sueño que apetito.

Paganel, que era el primero a quien tocaba estar de centinela, no se acostó, y, con la carabina al hombro, vigiló el campamento, paseándose continuamente para que no le venciera el sueño.

Aunque no había luna, el resplandor de las constelaciones australes volvían la noche casi luminosa. Complacíase el sabio en la lectura del gran libro del firmamento, siempre abierto y siempre interesante para el que sabe comprenderlo. El profundo silencio de la Naturaleza dormida era únicamente interrumpido por el ruido de los caballos trabados que pacían a saltos en la llanura.

Paganel estaba absorbido completamente por sus meditaciones astronómicas, y se ocupaba más de las cosas del cielo que de las de la tierra, cuando le sacó de su éxtasis una música lejana.

Escuchó con atención, y, no sin asombro, creyó reconocer los sonidos de un piano. No era ilusión, no había engaño posible.

— ¡Un piano en el desierto! —dijo para sí—. Nunca lo hubiera creído.

Era en efecto muy sorprendente, y Paganel prefirió creer que algún extraño pájaro de Australia imitaba los sonidos de un «Pleyel» o de un «Erard», como otros imitan las palpitations del reloj o el ruido de la hoja metálica pasada por la piedra del afilador.

Pero en aquel momento se oyó una voz de timbre muy puro. El piano acompañaba un canto. Paganel escuchó, sin querer rendirse a la evidencia. Algunos instantes después se vio obligado a reconocer la pieza sublime que alguien tocaba.

Era *Il mio tesoro in tanto, del Don Juan*.

¡Pardiez! —pensó el geógrafo—. Por raros que sean los pájaros australianos y aunque se les suponga los más filarmónicos de todos los pájaros habidos y por haber, no pueden cantar música de Mozart.

Escuchó hasta el final la sublime inspiración del inmortal maestro. El efecto de aquella suave melodía en medio de una noche silenciosa y clara, era indescriptible. Paganel permaneció largo tiempo dominado por un encanto imposible de expresar, y luego que cesó el canto, volvió a quedar todo en el más profundo silencio.

Cuando Wilson relevó a Paganel, le encontró profundamente meditabundo.

Nada dijo Paganel al marinero, reservándose dar a Glenarvan al día siguiente cuenta de todo, y se acurrucó bajo la tienda.

Al día siguiente despertaron a la comitiva aullidos inesperados. Glenarvan se levantó inmediatamente. Dos magníficos pointers, admirables modelos del pachón inglés, corrían por el lindero del bosque. Al acercárseles los viajeros se internaron en la arboleda redoblando sus ladridos.

—Por lo visto —dijo Glenarvan— hay en este desierto una hacienda y cazadores, puesto que hay perros de caza.

Paganel abría ya la boca para contar sus impresiones de la noche pasada, cuando aparecieron dos jóvenes cabalgando en dos verdaderos hunters, en dos caballos de pura raza.

Los dos jinetes, vestidos con elegantes trajes de caza, se detuvieron al ver a los viajeros acampados como gitanos. Se preguntaban al parecer lo que significaba la presencia de gente armada en aquel sitio, cuando repararon en las viajeras que bajaban de la carreta.

Inmediatamente se apearon y se adelantaron hacia ellas sombrero en mano.

Lord Glenarvan les salió al encuentro, y en su calidad de extranjero les dio a conocer su nombre y título. Los jóvenes se inclinaron, y el de más edad dijo:

—¿Queréis, Milord, hacernos el obsequio de descansar en nuestra casa con

estas señoras y con vuestros compañeros?

—¿Señores? —preguntó Glenarvan.

—Michel y Sandy Patterson, propietarios de «Hottam Station». Estáis ya en las tierras del establecimiento, y no tendréis que andar ni un cuarto de milla.

—Señores —dijo Glenarvan—, no quisiera abusar de vuestra atenta hospitalidad...

Milord —replicó Michel Patterson—, aceptando hacéis un favor a unos pobres desterrados que tendrán mucho placer en ofreceros lo que ofrecer se pueda en el desierto.

Glenarvan hizo una inclinación de cabeza en señal de asentimiento.

-Caballero —dijo entonces Paganel, dirigiéndose a Michel Patterson—, ¿sería indiscreción en mí preguntaros si sois vos quien cantaba ayer un trozo del divino Mozart?

—Precisamente —respondió el interrogado—, y mi primo Sandy me acompañaba.

—Pues recibid —dijo Paganel— las felicitaciones de este francés, apasionado admirador de tan inspirada música.

Paganel tendió la mano al joven, el cual la estrechó con mucho afecto. Después Michel Patterson indicó hacia la derecha el camino que había que seguir. Los caballos quedaron al cuidado de Ayrton y los marineros, y por consiguiente los viajeros, hablando y admirando, se trasladaron a pie, guiados por los dos jóvenes a la casa de «Hottam Station».

El establecimiento era verdaderamente magnífico y estaba dispuesto con la rigurosa severidad de los parques ingleses. Inmensas praderas cercadas de vallas cenicientas, se extendían hasta perderse de vista. Pastaban en ellas millares de bueyes y millones de carneros. Gran número de pastores y un número mayor aún de perros guardaban aquel tumultuoso ejército. Se mezclaban con los mugidos y los balidos los ladridos de los mastines y el chasquido estridente de los stock-whips.

Hacia el este, la mirada se detenía en un lindero de mangustanes y gomeros que dominaba la imponente cima del monte Hottam, cuya altura es de 7.500 pies. Prolongadas y verdes arboledas de hojas perennes se descubrían en todas direcciones. Se agrupaban a trechos, formando bosquecillos, muchos grasstrees, arbustos de diez pies de altura, parecidos a las palmeras barrigonas, cuyo tronco desaparece bajo su cabellera de largas y estrechas hojas. Embalsamaba el ambiente el perfume de los laureles-menta, cuyas flores blancas despedían suavísimos aromas. Estaban entonces en plena florecencia.

Las especies trasplantadas de los climas europeos se hermanaban simpáticamente con los encantadores grupos de árboles indígenas. El melocotonero, el peral, el manzano, la higuera, el naranjo y hasta la misma haya fueron saludados con entusiasmo por los viajeros, los cuales, andando bajo la sombra de los árboles de su país, se maravillaron al ver los preciosos pájaros que revoloteaban entre las ramas, los satin-birds, de sedoso plumaje, y las serículas, vestidas de oro y terciopelo negro.

Por primera vez pudieron admirar, entre otras aves espléndidas, al menuro o pájaro lira, cuyo apéndice caudal figura el gracioso instrumento de Orfeo.

Se deslizaban entre arborescentes helechos, y parecía imposible, cuando su cola rozaba las ramas, que no se oyesen los armoniosos acordes con que el inspirado Alción levantó de nuevo los derribados muros de Tebas. A Paganel le entraban deseos de cantar.

Sin embargo, Lord Glenarvan no se contentaba con admirar las encantadoras maravillas de aquel oasis improvisado en el desierto australiano. Oía atentamente la narración de sus jóvenes propietarios. En Inglaterra, en medio de sus civilizadas campiñas, el recién llegado hubiera inmediatamente dicho a su huésped de dónde venía y a dónde iba. Pero allí, por un sentimiento de delicadeza escrupulosamente observado, Michel y Sandy Patterson se creyeron en el deber de darse a conocer a los viajeros a quienes ofrecieron hospitalidad, y les contaron su historia.

Era la de todos los jóvenes ingleses, inteligentes e industriosos, que no creen que la riqueza exima del trabajo. Michel y Sandy Patterson eran hijos de un banquero de Londres. A la edad de veinte años, el jefe de su familia les dijo: «Aquí tenéis millones, jóvenes. Id a alguna colonia lejana, fundad en ella un establecimiento útil, y aprended trabajando a conocer la vida. Si conseguís buen éxito tanto mejor y si fracasáis importa poco. No sentiré los millones que os hayan servido para aprender a ser hombres.» Los dos jóvenes obedecieron. Escogieron en Australia la colonia de Victoria para sembrar en ella los billetes de Banco paternos, y no tuvieron motivos de arrepentimiento. A los tres años el establecimiento prosperaba.

En las provincias de Victoria, de Nueva Gales del Sur y de Australia meridional, se cuentan más de tres mil haciendas dirigidas muchas de ellas por los squatters que crían ganado, y las demás por los settlers, cuya principal industria es el cultivo de la tierra.

El establecimiento más importante de este género, antes de llegar los dos jóvenes ingleses, era el de Monsieur Jamieson, que ocupaba una superficie de cien kilómetros, con veinticinco kilómetros más de ribera en el Paroo, que es uno de los afluentes del Darling.

La hacienda de «Hottam» no tardó en superar a la de Jamieson en extensión y en negocios. Los dos jóvenes eran a la vez squatters y settlers, es decir, ganaderos y labradores. Administraban con extraordinaria habilidad, y lo que es aún más difícil, con una energía poco común su propiedad inmensa.

Como se ve, la hacienda de «Hottam» estaba situada a gran distancia de las principales ciudades, en medio de los desiertos poco frecuentados del Murray. Ocupaba el espacio comprendido entre los 146° 48' y 147, es decir, un terreno que de largo y de ancho tenía cinco leguas, entre los Buffalos Ranges y el monte Hottam. En los dos ángulos, al norte de aquel vasto cuadrilátero se levantaba a la izquierda el monte Aberdeen, y a la derecha descollaban las crestas del High Barben. No faltaban transparentes aguas serpenteando en tortuosos arroyos, gracias a los afluentes del Even's River, que desaguaba al norte en el lecho del Murray. Por lo mismo, la cría de ganado y el cultivo de la tierra prosperaban igualmente. Diez mil áreas de tierra, admirablemente amelgadas y abonadas, mezclaban con las producciones exóticas las producciones indígenas, y al mismo tiempo millares de reses pacían en las verdes praderas. Los productos de «Hottam» eran, por las mismas circunstancias, pagados a precios muy altos en los mercados de Castlemaine y de Melbourne.

Acababan de dar Michel y Sandy Patterson estas noticias circunstanciadas de su industriosa existencia, cuando apareció la morada al final de un paseo bordeado de camariñas.

Se hallaron ante una casa encantadora de madera y ladrillo, medio oculta en un bosque de emerófilis. Tenía la elegante forma del chalet suizo, y una balaustrada rodeaba las paredes como un antiguo impluvio, colgando de ellas lámparas chinescas. Delante de las ventanas había, para amortiguar la luz, transparentes multicolores que parecían un entretejido de flores naturales. Nada podía darse más elegante, ni que más alegrase la vista, y nada tampoco más cómodo que aquellos aposentos. Del verde musgo y de los bosquecillos agrupados alrededor de la casa salían candelabros de bronce que sostenían elegantes faroles. Al cerrar la noche, todo el parque se iluminaba con la blanca luz del gas, procedente de un pequeño gasómetro oculto en un bosquecillo de mialls y helechos arborescentes.

No se veían cuadras, establos, cobertizos, ni nada de lo que indica una explotación rural. Todas estas dependencias formaban una verdadera aldea compuesta de más de veinte chozas y viviendas, y estaban situadas a la distancia de un cuarto de milla, en el fondo de un ameno valle. Alambres eléctricos ponían en comunicación instantánea la aldea y la casa de los amos. Ésta, alejada de todo bullicio, parecía perdida en un bosque de árboles exóticos.

Al llegar al extremo de una alameda, se presentó a los viajeros un puentecito colgado, de una gran elegancia, que echado sobre un creek murmurador, permitía la traslación al parque reservado. Los viajeros pasaron el puente, y un conserje de buen aspecto les salió al encuentro, abriéndoles inmediatamente de par en par las puertas de la casa. Los huéspedes de «Hottam» penetraron en las suntuosas habitaciones que contenían aquel exterior de flores y ladrillos.

Se ofreció a sus ojos todo el lujo de la vida artística y elegante. Pasada la antecámara, adornada con pertrechos de caza, se abría un gran salón con cinco ventanas, en el que el amor a las artes, a la estética y a la comodidad estaba demostrado por un piano cubierto de partituras antiguas y modernas, caballetes con lienzos a medio pintar, zócalos y pedestales con estatuas de mármol, algunos cuadros de la escuela flamenca colgados de las paredes, ricos tapices en que se hundían los pies como en un espeso césped, tapices recamados de graciosos episodios mitológicos, una antigua araña colgada del techo, preciosas porcelanas y mil variadas chucherías de mucho gusto, mil bagatelas costosas y delicadas que parecía imposible se encontrasen en una habitación australiana. Todo lo que era capaz de agrandar, todo lo que podía disipar el tedio de una expatriación involuntaria, todo lo que parecía a propósito para despertar los recuerdos de la manera de vivir en Europa, amueblaba aquel salón de hadas. Cualquiera hubiera dicho que era aquélla la residencia de un acaudalado magnate de Francia o Inglaterra.

Al trasluz del delicado tejido de los transparentes, las cinco ventanas permitían el paso a una luz ya suavizada por las penumbras de la balaustrada. Lady Elena experimentó un verdadero éxtasis. La habitación dominaba por aquel lado un dilatado valle que se extendía hasta la falda de las montañas del este. La sucesión de praderas y bosques que interrumpían a trechos espaciosos rasos, el conjunto de las colinas graciosamente redondeadas y los relieves del terreno accidentado ofrecían una perspectiva indescriptible, con la cual no se podía comparar la de ninguna otra comarca del mundo, ni la misma del Valle del Paraíso, tan célebre en las fronteras noruegas del Telemark. Aquel vasto panorama, sembrado a trechos de luz y de sombra, variaba a cada hora, siguiendo los caprichos del sol a que parecía subordinado. La imaginación no podía soñar nada más admirable, satisfaciendo aquel cuadro encantador todos los apetitos de la mirada.

Por orden de Sandy Patterson, el cocinero de la morada acababa de improvisar un almuerzo, y los viajeros, un cuarto de hora después de su llegada, estaban sentados a una mesa suntuosamente servida. La buena calidad de los manjares y de los vinos era indiscutible; pero en medio de aquellos refinamientos de la opulencia, lo que más agradaba era la alegría de los dos jóvenes squatters, que se sentían verdaderamente dichosos al poder ofrecer

bajo su techo tan espléndida hospitalidad.

Por otra parte, no tardaron en conocer el objeto de la expedición, y tomaron un vivo interés en las investigaciones de Glenarvan, dando a los hijos del capitán las mayores esperanzas.

—Harry Grant —dijo Michel— ha caído evidentemente en manos de los indígenas, puesto que no ha reaparecido en los establecimientos de la costa. El documento prueba que conocía exactamente su posición, y preciso fue, para que no ganase alguna colonia inglesa, que en el instante de llegar a la costa le cogiesen los salvajes.

—Como sucedió precisamente a su contraestre Ayrton —respondió John Mangles.

—¿Pero aquí —preguntó Lady Elena—, nadie ha oído hablar jamás de la catástrofe de la Britannia?

—Jamás, señora —respondió Michel.

—¿Y qué trato, en vuestro concepto, habrá sufrido el capitán Grant, cautivo de los australianos?

—Los australianos no son crueles, señora —respondió el joven squatter—, y acerca del particular Miss Grant puede estar tranquila. Hay muchos ejemplos que acreditan la dulzura de su carácter, y algunos europeos han vivido entre ellos mucho tiempo sin que hayan tenido motivos de quejarse de ningún acto brutal.

—Entre otros, King —dijo Paganel—, el único que sobrevivió a la expedición de Burke.

—No solamente ese atrevido explorador —contestó Sandy—, sino que también un soldado inglés, llamado Beckley, el cual, en 1803, habiéndose escapado en la costa de Fort Philippe, fue recogido por los indígenas y vivió con ellos treinta años.

—Y muy posteriormente —añadió Michel Patterson—, uno de los últimos misioneros del Australasian nos dice que un tal Morril acaba de ser devuelto a sus compatriotas después de dieciséis años de cautiverio. La historia del capitán debe ser análoga a la suya, pues en 1846 le hicieron prisionero los naturales y le internaron en el continente, habiéndole puesto en sus manos el naufragio de la Peruana. Debéis, pues tener esperanza.

Estas palabras causaron mucha alegría a cuantos les oyeron, pues corroboraron las opiniones ya emitidas por Paganel y Ayrton.

Luego, cuando las viajeras se levantaron de la mesa, se habló de los desertores de presidio. Los squatters conocían la catástrofe de Camden Bridge,

pero la presencia de una cuadrilla de malhechores no les inspiraba el menor cuidado. No se habían de atrever unos cuantos fugados a atacar una hacienda, cuyo personal ascendía a más de cien hombres. No era de creer, además, que se aventurasen a penetrar en los desiertos de Murray, donde nada podían hacer, ni en las colonias de Nueva Gales, cuyos caminos están muy vigilados. Tal era también la opinión que había Ayrton manifestado.

Lord Glenarvan no pudo negarse a pasar el resto del día en la estación de «Hottam», con sus amables anfitriones. Verdad es que se retrasaban doce horas, pero bien necesitaban este descanso los caballos y los bueyes, que se rehicieron ventajosamente en los cómodos establos de la hacienda.

Conviniendo Glenarvan en detenerse un día, los dos jóvenes sometieron a sus huéspedes un programa que fue aceptado sin discusión.

Al mediodía, siete vigorosos caballos piafaban en la puerta de la casa, destinándose a las señoras un elegante breack, que permitía a su cochero hacer ostentación de su habilidad para el manejo del four in hand.

Los jinetes, precedidos de batidores y armados de excelentes escopetas de último modelo, se colocaron galopando al estribo del coche, mientras la trailla o jauría de perros de caza recorría alegremente la maleza.

Durante cuatro horas, la cabalgata se internó por todas las vueltas y revueltas de aquel parque que no era menor que un pequeño Estado de Alemania. Dentro de él hubiera cabido holgadamente el Reuss Schleitz o el Saxe Coburgo Gotta. No había tantos habitantes, pero había en cambio más carneros. La caza abundaba en tales términos, que no hubiera podido levantar mayor número de reses todo un ejército de ojeadores. Se sucedían sin interrupción los disparos, poniendo en alarma a los huéspedes pacíficos de los bosques y las llanuras. El joven Roberto, al lado del Mayor Mac Nabbs, hizo maravillas. A pesar de las recomendaciones de su hermana, el valiente niño iba siempre a la cabeza del grupo de cazadores y era el que más tiraba. Pero John Mangles le tomó a su cargo, y Mary Grant se tranquilizó.

Durante la batida se mataron ciertos animales particulares del país, de los cuales hasta entonces Paganel no había conocido más que el nombre, entre otros el wombat y el bandicot.

El wombat es un herbívoro que vive mucho tiempo bajo tierra, siendo sus instintos parecidos a los del tejón, pero es grande como un carnero y de muy buen paladar su carne.

El bandicot es una especie de marsupial, que podría dar quince y raya a la zorra de Europa como ladrón de los corrales. Tiene pie y medio de longitud y su aspecto es repugnante, pero a Paganel, que fue quien lo mató, se lo hizo parecer muy hermoso su amor propio de cazador.

—Es una bestia adorable —decía.

Roberto, a más de otras piezas importantes, mató muy diestramente un danjure viverium, especie de zorra pequeña, cuyo pelo negro moteado de blanco vale tanto como el de marta, y dos opossums que se ocultaban bajo el follaje de los grandes árboles.

Pero el más importante de tan altos hechos fue sin contradicción la caza del canguro. A las cuatro, poco más o menos, levantaron los perros una manada de estos marsupiales. Los pequeñuelos se metieron precipitadamente en la bolsa maternal, y toda la manada huyó en fila. No hay nada tan sorprendente como los enormes saltos del canguro, cuyas extremidades posteriores, mucho más largas que las anteriores, se distienden con la elasticidad de un resorte.

Al frente de la fugitiva manada iba un macho de cinco pies de altura, magnífico ejemplar del marsopas gigantescus u hombre viejo, como dicen los bushmen.

Se anduvieron cuatro o cinco millas cazando con ardor y con afición decidida. Los canguros no se rendían, y los perros, que no sin razón les tienen cierto respeto, pues temen sus vigorosas pezuñas, terminadas en aguda punta, necesitan pensarlo mucho antes de acercarse a ellos. Pero al cabo, extenuados por su prolongada carrera, los animales acosados se detuvieron, y el hombre viejo se apoyó en el tronco de un árbol en actitud de defensa. Uno de los pointers, que corría ciegamente y no pudo contener su impulso, llegó junto a él y de un solo golpe fue despanzurrado.

Buena cuenta hubieran dado de toda la jauría aquellos vigorosos marsupiales. No se les podía acometer más que a tiros, y era evidente que se necesitaba una bala bien dirigida para derribar al gigantesco hombre viejo.

En aquel momento estuvo Roberto a punto de ser víctima de su imprudencia. Para asegurar más el tiro, se acercó demasiado al canguro y éste se lanzó a él de un salto y le derribó. Resonó un grito de angustia. Mary Grant, muda, casi ciega, desde lo alto del breack tendía las manos hacia su hermano tan querido. Ningún cazador se atrevía a disparar contra el animal, temiendo herir al joven.

Pero de repente, John Mangles, abriendo su cuchillo de monte, acometió resueltamente al canguro con peligro de su vida y sepultó en su corazón la afilada hoja. Cayó el animal, y Roberto se levantó completamente ileso. Un momento después estaba entre los brazos de su hermana.

— ¡Gracias, Monsieur John! —dijo Mary, tendiendo la mano al joven capitán.

—Respondía de él —dijo John Mangles, estrechando la temblorosa mano

de la joven.

Con este incidente terminó la cacería. Muerto el jefe de los marsupiales, se dispersó toda la manada, y fueron conducidos a la casa los ensangrentados despojos de la magnífica res. Eran entonces las seis de la tarde. Esperaba a los cazadores una soberbia comida, en que una sopa de cola de canguro, preparada a la usanza indígena, fue el plato predilecto.

Después de los helados y sorbetes que acompañaron a los muy variados postres de todas clases, los convidados pasaron al salón. La noche se dedicó a la música. Lady Elena, excelente pianista, puso sus talentos a disposición de los squatters. Michel y Sandy Patterson cantaron con el mejor gusto trozos escogidos de las últimas partituras de Gounod, de Víctor Marsé, de Feliciano David y hasta de ese genio no comprendido que se llama Ricardo Wagner.

A las once se sirvió el té, preparado con la perfección inglesa, que no ha podido igualar ningún otro pueblo. Pero habiendo Paganel manifestado deseos de probar el té australiano, le presentaron una pócima negra como tinta, compuesta de un litro de agua en que durante cuatro horas había hervido media libra de té, y el geógrafo la tomó haciendo mil gestos, pero declaró que era una bebida excelente.

A las doce de la noche, los huéspedes, conducidos a dormitorios frescos y cómodos, prolongaron en sus sueños las delicias de aquel día.

Al amanecer del día siguiente se despidieron de los jóvenes squatters, a quienes agradecieron sus atenciones y les hicieron prometer formalmente devolver la visita en Europa en el castillo de Malcolm. Se puso luego la carreta en marcha, rodeó la falda del monte Hottam, y pronto desapareció la casita a las miradas de los viajeros. Durante cinco millas más, aún pisaron los cascos de los caballos el terreno de la hacienda. A las nueve se dejó atrás la última valla, adelantándose los expedicionarios por las casi ignoradas comarcas de la provincia de Victoria.

Capítulo XVIII

Los Alpes australianos

Cortaba el camino al Sudeste una barrera inmensa, la cordillera de los Alpes australianos, gigantesca fortificación cuyos caprichosos parapetos tienen una extensión de 1.500 millas y detiene las nubes a 1.400 pies de altura.

El encapotado cielo no permitía llegar a la tierra más que un calor pasado por el denso tamiz de los vapores. La temperatura era por consiguiente

soportable, pero se andaba difícilmente por lo accidentado del terreno. Se acentuaban más y más las desigualdades de la llanura. Algunas lomas pobladas de verdes gomeros se levantaban a trechos, y más adelante formaban los primeros estribos de los erguidos Alpes. Era necesario subir incesantemente, y bien lo daban a entender los esfuerzos de los bueyes, cuyo yugo crujía al arrastrar la pesada carreta. Los pobres animales lanzaban fuertes y estrepitosos resoplidos de fatiga y su poderosa musculatura se contraía violentamente. Choques imprevistos, que Ayrton con toda su habilidad no podía evitar, hacían rechinar los ejes del carruaje, y los viajeros se conformaban alegremente, no pudiendo hacer otra cosa.

John Mangles y los dos marineros precedían de unos cien pasos al resto de la expedición, explorando el camino.

Escogían los pasos más practicables como si estuviesen navegando cerca de una costa peligrosa, pues todos los accidentes del terreno figuraban otros tantos escollos, entre los cuales tenía que pasar la carreta.

La marcha por aquel terreno desigual era comparable a una verdadera navegación.

La tarea era difícil y frecuentemente peligrosa. Más de una vez tuvo Wilson que recurrir al hacha para abrir un paso entre la maleza. Se hundía bajo los pies el terreno húmedo y arcilloso. Obstáculos insuperables, colosales moles de granito, profundos barrancos, insidiosas lagunas, prolongaban el camino obligando a los viajeros a dar mil vueltas y revueltas. Anocheció sin haber ganado en todo el día más allá de medio grado. Acamparon al pie de los Alpes, a orillas del creek de Cabongre, en el linde de una reducida llanura cubierta de pequeños arbustos, cuyas hojas de color rosa alegraban la vista.

—Hemos de sudar la gota gorda para pasar —dijo Glenarvan mirando la cordillera de montañas, cuya silueta se perdía ya en la oscuridad de la noche—. ¡Los Alpes! Solo el nombre me hace reflexionar.

—No tanto, querido Glenarvan —le respondió Paganel—. No exageremos. No creáis que vamos a atravesar toda Suiza. Hay en Australia Grampianos, Pirineos, Alpes, Montañas Azules, como en Europa y América, pero en miniatura, lo que prueba pura y simplemente que la imaginación de los geógrafos no es infinita, o que el vocabulario de los nombres propios es muy pobre.

—¿De modo que los Alpes australianos...? —preguntó Lady Elena.

—Son montañas de bolsillo —respondió Paganel—. Las traspasaremos sin percatarnos de ello.

—Hablad por vos —dijo el Mayor—. únicamente un distraído puede

traspasar sin notarlo una cordillera de montañas.

— ¡Distraído! —exclamó Paganel—. No lo soy ya. Apelo al buen juicio de Lady Elena y Miss Mary Grant. Desde que he puesto los pies en el continente, ¿no he cumplido acaso mi promesa? ¿He cometido un solo acto de distracción? ¿Se me puede echar en cara algún disparate?

—Ninguno, Monsieur Paganel —dijo Mary Grant—. Sois en la actualidad el más perfecto de los hombres.

— ¡Demasiado perfecto! —añadió riendo Lady Elena—. Vuestras distracciones os sentaban muy bien y me hacían mucha gracia.

—¿No es verdad, señora? —respondió Paganel—. Si no tengo ningún defecto me volveré un hombre como otro cualquiera. Espero, pues, cometer pronto algún disparate que os haga reír mucho. Creedme: cuando no cometo ninguno, me parece que mi naturaleza deja de cumplir su ley.

A la mañana del siguiente día, 9 de enero, no obstante las seguridades del confiado geógrafo, costó no poco a los viajeros penetrar en los Alpes. Preciso fue caminar a la ventura entrando por gargantas estrechas y profundas que podían muy bien ser callejones sin salida.

En grave aprieto se hubiese visto Ayrton, si después de una hora de marcha no se hubiese presentado inopinadamente en uno de los senderos de la montaña un miserable tap, una especie de ventorrillo.

— ¡Pardiez! —exclamó Paganel—. El dueño de este figón no debe hacer aquí gran negocio. ¿De qué diablos sirve un bodegón en este sitio?

—Sirve para darnos las noticias que necesitamos respecto de nuestro camino —respondió Glenarvan—. Entremos.

Glenarvan entró en el ventorro seguido de Ayrton. El figonero del Bush Inn (así decía la muestra) era un hombre adusto, de cara repulsiva, y que debía considerarse a sí mismo como su principal cliente o parroquiano, pues es seguro que él era quien principalmente consumía el gin, el brandy y el whisky de su establecimiento. Por lo común, no veía pasar más que algunos squatters viajeros, o algunos pastores trashumantes.

Respondió con grosería y displicencia a las preguntas que le dirigieron. Pero sus respuestas fueron suficientes para orientar a Ayrton. Glenarvan le dio algunas coronas para pagarle la molestia que se había tomado, e iba a salir de la venta, cuando le llamó la atención un anuncio pegado a la pared.

Era este anuncio un parte de la Policía colonial, en que daba cuenta de la evasión de los presidiarios de Perth y ponía a precio la cabeza de Ben Joyce, prometiendo 100 libras esterlinas al que lo entregara vivo o muerto.

—Decididamente —dijo Glenarvan al contraamaestre—, ese miserable sólo es bueno para que le ahorquen.

— ¡Y mejor aún para que le prendan! —respondió Ayrton— ¡Cien libras! ¡Pues es una friolera! No vale tanto.

—A pesar del anuncio —añadió Glenarvan— no me fiaría yo del ventero.

—Ni yo —respondió Ayrton

Glenarvan y el contraamaestre se reunieron a los demás viajeros, con los cuales se dirigieron al punto en que termina el camino de Lucknow, donde serpenteaba una estrecha senda que cortaba al sesgo la cordillera. Empezaron a subir.

La cuesta era penosa. Más de una vez los jinetes tuvieron que apearse de sus caballos. Había necesidad de prestar auxilio a la carreta, empujar las ruedas, sostenerla en peligrosas pendientes, desuncir los bueyes, que no podían revolveirse por falta de espacio en algunos recodos violentos, calzar el pesado vehículo que amenazaba volcar y retroceder, y con frecuencia Ayrton tuvo que enganchar con los bueyes los caballos, que estaban ya rendidos de fatiga.

A consecuencia de esta prolongada fatiga, o por otra causa cualquiera, uno de los caballos sucumbió aquel día de una manera fulminante, sin que ningún síntoma precursor hiciese presentir el accidente. El caballo era el que montaba Mulrady, y cuando éste quiso obligarle a levantarse, vio que había muerto.

Ayrton examinó al animal tendido en tierra y manifestó que no sabía cómo explicarse su muerte repentina.

—Sin duda —dijo Glenarvan— se ha roto algún vaso.

—Evidentemente —respondió Ayrton.

—Toma mi caballo, Mulrady —añadió Glenarvan—, yo iré con Lady Elena en la carreta.

Mulrady obedeció y la comitiva continuó su penosa ascensión, dejando abandonados a los cuervos los despojos del animal.

La cordillera de los Alpes australianos no es muy ancha, pues su base no llega a 8 millas. Así, pues, si el paso escogido por Ayrton conducía a la vertiente oriental, cuarenta y ocho horas después se podía haber traspasado aquella elevada barrera, y hasta llegar al mar el camino no sería difícil, ni se presentaría erizado de obstáculos insuperables.

En la jornada del 18, alcanzaron los viajeros el punto más alto del paso, a 2.000 pies de altura, aproximadamente. Se hallaban en una meseta despejada que permitía dirigir la mirada muy lejos. Hacia el norte reverberaban las

tranquilas aguas del lago Omeo, moteadas de aves acuáticas, y, más allá, las espaciosas llanuras del Murray. Al sur, se entreveían las verdes praderas del Gippsland, sus terrenos auríferos y sus frondosos bosques que les dan toda la apariencia de un país primitivo. Allí la Naturaleza era aún dueña exclusiva y señora absoluta de todo, del curso de los ríos, de sus grandes árboles libres del hacha del leñador, y los squatters se atreven muy rara vez a luchar contra ella. Parecía que la cordillera de los Alpes australianos separaba dos comarcas distintas, de las cuales había una que conservaba su original carácter agreste. El sol llegaba entonces a su ocaso, y algunos de sus rayos, filtrándose por las enrojadas nubes, avivaban las tintas del distrito de Murray. El Gippsland, al contrario, abrigado por la montuosa mole, se perdía en una vaga oscuridad, como si la sombra sumergiese en una noche precoz y anticipada toda aquella región transalpina. Los espectadores, colocados entre dos panoramas tan antitéticos, sintieron vivamente el contraste y se apoderó de ellos cierta conmoción a la vista de aquella comarca casi desconocida que iban a atravesar hasta las fronteras victorianas.

Acamparon en la misma meseta, y al día siguiente empezó el descenso, que fue bastante rápido. Una violenta granizada asaltó a los viajeros y les obligó a buscar un abrigo en las concavidades de las rocas.

No era pedrisco lo que caía, sino verdaderos témpanos, carámbanos de hielo, anchos como la mano, que se precipitaban de las nubes tempestuosas. Una honda no los hubiera lanzado con más fuerza, y algunas buenas contusiones advirtieron a Paganel y a Roberto que era preciso guarecerse de sus golpes. La carreta quedó acribillada en varios puntos, y pocos tejados hubieran contrarrestado victoriosamente aquellos proyectiles afilados que se clavaban en el tronco de los árboles. So pena de ser bárbaramente lapidados, los viajeros tuvieron que dejar pasar sin moverse aquel prodigioso chubasco, que duró aproximadamente una hora, y entonces emprendieron de nuevo su marcha por las rocas inclinadas, que los arroyos de granizo volvieron resbaladizas en extremo.

A la caída de la tarde, la carreta, muy asendereada, se desvencijó y abrió en su armadura, pero manteniéndose aún firme sobre sus ruedas bajo las últimas laderas de los Alpes, entre grandes abetos aislados. El paso llevaba derecho a las llanuras del Gippsland. Se había pasado felizmente la cordillera, y se tomaron para acampar aquella noche las disposiciones convenientes.

El día 12, al rayar el alba, se emprendió de nuevo el viaje con renovado ardor. Todos deseaban llegar pronto a su término, es decir al océano Pacífico, al punto mismo en que se estrelló la Britannia. Sólo allí podían encontrar las huellas de los naufragos, y no en las desiertas comarcas del Gippsland. Así es que Ayrton apremió mucho a Lord Glenarvan para que cuanto antes enviase al Duncan la orden de trasladarse a la costa, con el fin de tener a su disposición

todos los medios que requerían las pesquisas. Era necesario, en su concepto, aprovecharse del camino de Lucknow que va a Melbourne. Más adelante sería difícil, porque las comunicaciones directas con la capital faltarían absolutamente.

Las observaciones del contraamaestre parecían muy atendibles, y Paganel aconsejaba que se tomasen en consideración y se tuviesen muy en cuenta. Era también de opinión que en las circunstancias en que se encontraban la presencia del yate sería muy útil, y añadió que después de haber pasado el camino de Lucknow, sería imposible ponerse en comunicación con Melbourne.

Glenarvan estaba perplejo; hubiera tal vez expedido las órdenes que tan perentoriamente reclamaba Ayrton, si el Mayor no hubiera combatido esta medida con toda la energía de que era capaz. Demostró que la presencia de Ayrton resultaba necesaria a la expedición, que sólo él conocería el país al aproximarse a las costas, que si la casualidad hacía tropezar a la expedición con las huellas de Harry Grant, el contraamaestre so hallaría más que ningún otro en disposición de seguirlas, y, por último, que únicamente él podía indicar el lugar preciso en que se había perdido la Britannia.

Mac Nabbs opinó, pues, que continuase el viaje sin alterar en lo más mínimo el plan establecido. Halló un auxiliar en John Mangles, que era de su misma opinión. El joven capitán hizo observar también que las órdenes de Su Honor llegarían más fácilmente al Duncan expidiéndolas desde Twofold Bay, que valiéndose de un mensajero obligado a recorrer 200 millas por un país salvaje.

Esta opinión prevaleció, y quedó resuelto que se aguardaría para obrar haber llegado a Twofold Bay. El Mayor observaba a Ayrton, que le pareció muy contrariado. Pero como tenía por costumbre, no dijo nada y guardó sus observaciones para sí mismo.

Las llanuras que se extienden al pie de los Alpes australianos estaban unidas, con una suave inclinación, hacia el este. Grandes grupos de mimosas y eucaliptos y gomeras de variadas esencias, rompían a trechos la uniformidad monótona. El suelo estaba erizado de arbustos de deslumbradoras flores, que eran el *Gastrolobium grandiflorum* de los botánicos. Algunos creeks de poca importancia, simples arroyuelos cubiertos de juncos y espadaña e invadidos por multitud de orquidos, interceptaban de cuando en cuando el camino, y era preciso rodearlos. A lo lejos, a la aproximación de los viajeros, echaban a correr bandadas de avutardas y casuarios. Por encima de los arbolillos saltaban numerosos canguros como una procesión de figuras elásticas. Pero los cazadores de la expedición no se cuidaban de cazar, y sus caballos no tenían necesidad de multiplicar sus fatigas para hallarse rendidos.

Además, hacía un calor insoportable, y estaba saturada la atmósfera de una electricidad violenta. Los hombres y las bestias experimentaban su influencia. Andaban, andaban, sin pensar en otra cosa. Los gritos de Ayrton excitando a los despeados bueyes, eran el único ruido que interrumpía el sepulcral silencio.

Desde las doce a las dos, atravesaron los expedicionarios un curioso bosque de helechos, que hubiera excitado mucho su admiración de no hallarse tan preocupados. Aquellas plantas arborescentes, en plena florescencia, medían hasta treinta pies de altura.

Caballos y jinetes pasaban holgadamente por debajo de sus largas ramas, y algunas veces sonaba la rueda de una espuela enganchándose en su leñoso tejido. Debajo de aquellos parasoles inmóviles se notaba un frescor delicioso que a nadie desagradaba. Santiago Paganel, siempre demostrativo, siempre cómico y exagerado, lanzó algunos suspiros de satisfacción. Se levantaron bandadas de cotorras y cacatúas. Hubo un concierto de charlas atronadoras.

El geógrafo continuaba haciendo mil aspavientos, cuando sus compañeros le vieron de pronto vacilar en su caballo y caer como un cuerpo inerte. ¿Le había dado algún vahído, o le había sofocado la elevada temperatura?

Todos corrieron hacia él.

— ¡Paganel! ¡Paganel! ¿Qué tenéis? —exclamó Glenarvan.

—Lo que pasa, querido amigo, es que ya no tengo caballo —respondió Paganel sacando los pies de los estribos.

— ¡Cómo! ¿Vuestro caballo...?

—Muerto, como herido por un rayo, lo mismo que el de Mulrady.

Glenarvan, John Mangles y Wilson examinaron el caballo. No se engañaba Paganel: su caballo acababa de morir repentinamente.

—Es cosa singular —dijo John Mangles.

—Muy singular, en efecto —murmuró el Mayor.

Este nuevo accidente no dejó de preocupar a Glenarvan, pues no le era posible encontrar en el desierto nuevas cabalgaduras, y si una epidemia acababa con los caballos de la expedición, muy apurado se vería para continuar la marcha.

La palabra «epidemia» debía quedar justificada antes de terminar el día. El caballo de Wilson cayó también muerto, y lo que era más grave aún, uno de los bueyes sufrió la misma suerte. Los medios de transporte y de tracción quedaban reducidos a tres bueyes y cuatro caballos.

La situación se agravaba. Al fin y al cabo, los jinetes desmontados podían tomar el partido de andar a pie. A pie habían atravesado muchos squatters aquellas regiones desiertas. Pero si había precisión de abandonar la carreta, ¿qué sería de las viajeras? ¿Podrían salvar las 120 millas que separaban a los expedicionarios de la bahía de Twofold?

John Mangles y Glenarvan examinaron con mucha atención los caballos que sobrevivían. Tal vez sería posible prevenir nuevos accidentes. Examinados escrupulosamente, no se notó en ellos ningún síntoma de enfermedad, ni siquiera de desfallecimiento. Estaban perfectamente sanos y soportaban muy bien las fatigas del viaje. Glenarvan concibió esperanzas de que aquella singular epidemia no haría nuevas víctimas.

Del mismo parecer fue Ayrton, el cual confesaba ingenuamente que no sabía a qué atribuir aquellas muertes fulminantes.

Pusiéronse de nuevo en marcha. Los jinetes que habían quedado desmontados se metían uno tras otro sucesivamente en la carreta para descansar. Al oscurecer, después de una marcha en que apenas se ganaron diez millas, se dio la señal de alto, se organizó el campamento, y se pasó la noche sin novedad debajo de helechos arborescentes, entre los cuales volaban enormes murciélagos, llamados, no con mucha propiedad, zorras volantes.

La jornada del día siguiente, 13 de enero, fue buena. No se renovaron los accidentes de la víspera. El estado sanitario de la expedición era satisfactorio. Caballos y bueyes se portaron a las mil maravillas. El salón de Lady Elena, gracias a la gran afluencia de visitas que recibió, estuvo muy animado. Monsieur Olbinett se ocupó muy activamente en hacer circular los refrescos, que 30° de calor reclamaban imperiosamente. Se vació enteramente medio barril de cerveza. Se declaró a «Barclay y Cía.» el hombre más eminente de la Gran Bretaña, sin exceptuar a Wellington, el cual, ni aun en la época de sus mayores glorias, fabricó nunca tan buena cerveza. ¡Amor propio de escoceses! Santiago Paganel bebió mucho, y discurrió aún más de omni re scibili.

No parecía que debiese concluir mal una jornada que tan bien había empezado. Se habían adelantado 15 millas muy completas, y traspasado sin novedad un país bastante montuoso y de un suelo rojizo. Todos se prometían acampar aquella misma noche en las márgenes del Snowy, río importante que desagua en el Pacífico, al sur de Victoria. No tardaron las ruedas de la carreta en profundizar sus surcos en anchas llanuras formadas de un aluvión negruzco, entre tallos de hierba exuberante y nuevos campos de gastrolobium. Llegó la noche, y una niebla recortada con precisión marcó en el horizonte el curso del Snowy. Debiéronse al vigor de los bueyes algunas millas más que adelantó la carreta. Un bosque de corpulentos árboles se adelantó a muy poca distancia del camino, detrás de una modesta eminencia del terreno. Ayrton dirigió los

bueyes por entre los grandes troncos perdidos en la sombra, y traspasaba ya el límite del bosque, a media milla de distancia del río, cuando la carreta se atascó de pronto hasta la mitad de las ruedas.

— ¡Atención! —gritó a los jinetes que le seguían.

—¿Qué ocurre? —preguntó Glenarvan.

—Nos hemos atascado —respondió Ayrton.

Y a gritos y con el aguijón excitó a los bueyes, que hundidos en el lodo hasta media pata, no pudieron moverse.

—Acampemos aquí —dijo John Mangles.

—Es lo mejor que podemos hacer —respondió Ayrton—. Mañana, de día, veremos cómo salimos del atolladero.

— ¡Alto! —gritó Glenarvan.

La noche cerró rápidamente después de un brevísimo crepúsculo, pero con la desaparición de la luz no coincidió la del calor. La atmósfera estaba saturada de sofocantes vapores, e inflamaban el horizonte algunos relámpagos, deslumbradoras reverberaciones de una tempestad lejana.

Se organizó el campamento. Bien o mal, se habilitó para dormir la atascada carreta. La cúpula sombría de los grandes árboles abrigó la tienda de los viajeros, los cuales se daban por muy satisfechos con tal que no lloviese.

No sin grandes dificultades, consiguió Ayrton sacar los tres bueyes del atolladero, cubiertos de fango hasta los lomos. El contramaestre les trabó lo mismo que a los cuatro caballos, y no consintió que nadie más que él les buscara el forraje. Hacía esto generalmente en persona y con todo interés, y aquella noche Glenarvan notó que multiplicaba sus cuidados, por lo que le dio las más expresivas gracias, pues la conservación de los animales era entonces una cuestión capital.

Entretanto, los viajeros cenaron, aunque muy poco. La fatiga y el calor les habían quitado el apetito y tenían más necesidad de descanso que de alimento. Lady Elena y Miss Grant, después de dar las buenas noches a sus compañeros, retirándose a sus acostumbrados lechos. Algunos viajeros se metieron en la tienda, pero otros prefirieron echarse sobre la hierba, al pie de los árboles, lo que no ofrece ningún inconveniente en aquellos países salubres.

Poco a poco se fueron todos durmiendo profundamente. Aumentaba la oscuridad de la noche un tupido toldo de grandes nubes que invadían el cielo. Ni un soplo de aire agitaba la atmósfera, y el silencio nocturno era únicamente interrumpido por los graznidos del morepork, especie de antilío australiano que da la tercera menor con tanta precisión como los lúgubres cucos de la

vieja Europa.

Alrededor de las once, después de un sueño muy pesado, el Mayor se despertó. Una luz vaga que circulaba bajo los árboles hirió sus ojos medio cerrados. Parecía aquella claridad un manto blanco que rielaba como el agua de un lago en una noche de luna, y de pronto creyó Mac Nabbs que empezaban a propagarse las primeras llamas de un incendio. Se levantó y se dirigió hacia el bosque. Su sorpresa fue grande, cuando se vio en presencia de un fenómeno puramente natural. Se extendía ante sus ojos un inmenso campo de hongos que despedían fosforescencias. Las luminosas esporas de aquellas plantas criptógamas brillaban en las tinieblas con cierta intensidad.

El Mayor, que no era egoísta, iba a despertar a Paganel para que, a fuer de sabio, comprobase el fenómeno con sus propios ojos, cuando le detuvo un incidente.

La luz fosforescente iluminaba el bosque en un espacio de media milla, y Mac Nabbs creyó ver rápidamente algunas sombras por el iluminado linderero.

¿Le engañaban sus miradas? ¿Era juguete de una ilusión óptica?

Se arrojó al suelo, y después de observar con la mayor atención, distinguió perfectamente las siluetas de varios hombres que, bajándose y levantándose sucesivamente, buscaban al parecer en el suelo algunas huellas recientes.

Preciso era saber lo que buscaban aquellos hombres.

El Mayor no vaciló, y no queriendo alarmar a sus compañeros, se fue arrastrando por el suelo como un salvaje de las llanuras, y desapareció bajo las altas hierbas.

Capítulo XIX

Golpe teatral

Aquella noche fue espantosa. A las dos de la madrugada empezó a caer una lluvia tempestuosa que duró hasta que apuntó el día. La tienda era un abrigo insuficiente. Glenarvan y sus compañeros se refugiaron en la carreta. Nadie cerró los ojos. Se habló, como suele decirse, de todas las cosas y otras muchas más. Únicamente el Mayor, en cuya breve ausencia nadie había reparado, se contentó con escuchar sin decir esta boca es mía. El terrible chaparrón no cesaba. Era de temer que provocase un desbordamiento del Snowy, que hubiera sido fatal para la carreta, atascada como se hallaba en un terreno blando. Con este motivo, Mulrady, Ayrton y John Mangles, pasaron a examinar el nivel de las aguas, y volvieron calados hasta los huesos.

Al amanecer cesó la lluvia, pero no pudieron los rayos del sol atravesar la densa capa de nubes que oscurecía el horizonte. Se formaron muchos baches de agua amarillenta y charcas muy cenagosas y turbias. Salía, al parecer, de la tienda mojada un vapor tibio y estaba la atmósfera saturada de una humedad pernicioso.

Glenarvan se ocupó ante todo de la carreta, que era lo más esencial en su concepto. Se hallaba atascada en una hondonada del terreno que estaba compuesto de una arcilla muy tenaz. El juego delantero permanecía enteramente hundido en el barro y el posterior hasta el eje de las ruedas.

Difícil era el desatascar una máquina tan pesada, aunque al efecto juntasen sus esfuerzos hombres, bueyes y caballos.

—Sobre todo, démonos prisa —dijo John Mangles—. Si la arcilla llega a secarse, la operación será mucho más difícil.

—A la obra, pues —respondió Ayrton.

Después de una hora invertida en inútiles pesquisas, Glenarvan, se volvía hacia la carreta, que estaba a más de una milla de distancia, cuando hirió sus oídos un agudo relincho, al que sucedió casi inmediatamente un mugido.

Glenarvan, sus dos marineros, John Mangles y Ayrton, penetraron en el bosque en que los animales habían pasado la noche.

El bosque se componía de erguidos gomeros de siniestro aspecto. No tenía más que árboles muertos, muy claros, descortezados desde muchos siglos, que parecían alcornoques en la época de la cosecha del corcho. Elevaban a 200 pies de altura la inextricable red de sus secas y deshojadas ramas. Ningún pájaro anidaba en aquellos esqueletos del reino vegetal, ni una hoja se agitaba en aquel ramaje escuálido y quebradizo que chascaba como si fuese un hueso. ¿A qué cataclismo se podía atribuir aquel fenómeno tan frecuente en Australia, donde se levantan bosques enteros en que ha reinado al parecer una epidemia devastadora? Se ignora absolutamente. Ni los indígenas más ancianos ni sus predecesores, enterrados desde mucho tiempo, los vieron nunca verdes.

Glenarvan andaba mirando el ceniciento cielo en el que se perfilaban con toda limpieza hasta las más pequeñas ramificaciones de los gomeros como finísimos recortes. Se admiraba Ayrton de no encontrar los caballos y los bueyes en el mismo lugar en que los había dejado. Pero como estaban bien trabados no podían haber ido muy lejos.

Se les buscó en el bosque, sin resultado alguno. Ayrton, sorprendido, volvió entonces por el lado del Snowy, cuyas márgenes están cubiertas de magníficas mimosas.

Dio en vano repetidas veces un grito particular muy conocido del ganado.

Éste no aparecía. El contraamaestre estaba muy alarmado, y sus compañeros se miraban unos a otros con la mayor zozobra.

— ¡Allí están! —exclamó John Mangles, deslizándose entre las matas de *gastrolobium*, que eran bastante altas para ocultar un rebaño.

Glenarvan, Mulrady y Ayrton, le siguieron y participaron de su asombro.

Dos bueyes y tres caballos yacían en tierra, muertos, como los otros, de una manera fulminante. Sus restos estaban ya fríos, y una bandada de famélicos cuervos, graznando entre las mimosas, acechaba aquel festín inesperado.

Glenarvan y los suyos se miraron recíprocamente, y Wilson no pudo reprimir un juramento que le subió a la garganta.

—¿Qué le vamos a hacer, Wilson? —dijo Lord Glenarvan, pudiendo apenas contenerse—. Hemos de tener paciencia. Ayrton, llévese el buey y el caballo que nos quedan. Fuerza será que ellos nos saquen de apuros.

Si la carreta no estuviese atascada —respondió John Mangles—, el buey y el caballo que nos quedan, haciendo cortas jornadas, bastarían para llevarnos a la costa. Es, pues, preciso a todo trance desatascar ese armatoste maldito.

—Haremos lo que se pueda, John —respondió Glenarvan—. Volvamos al campamento, donde deben estar alarmados por nuestra prolongada ausencia.

Ayrton quitó las trabas al buey y Mulrady al caballo, regresando todos por la tortuosa orilla del río.

Media hora después Paganel y Mac Nabbs, Lady Elena y Miss Grant sabían a qué atenerse.

—A fe mía —dijo el Mayor—, es muy sensible, Ayrton, que no hayáis hecho herrar todos nuestros animales en el paso del Wimerra.

—¿Por qué? —preguntó Ayrton.

—Porque de todos nuestros caballos el único que se ha librado de la muerte es el que pusisteis en manos de vuestro herrador.

—Es verdad —dijo John Mangles—. ¡Vaya una casualidad!

—Una casualidad y nada más —respondió el contraamaestre mirando fijamente al Mayor.

Mac Nabbs apretó los labios, como queriendo contener palabras prontas a escaparse. Glenarvan, Mangles y Lady Elena esperaban que completase su pensamiento, pero el Mayor permaneció silencioso, y se dirigió a la carreta que Ayrton examinaba.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Glenarvan a John Mangles.

—No lo sé —respondió el joven capitán—. Sin embargo, el Mayor no es ligero de cascos, ni habla nunca al buen tuntún. Algo huele.

—Sí, John —dijo Lady Elena—. Mac Nabbs debe haber concebido sospechas de Ayrton.

—¿Sospechas? —dijo Paganel encogiéndose de hombros.

—¿Por qué? —respondió Glenarvan—. ¿Le supone capaz de haber matado nuestros caballos y bueyes? ¿Con qué objeto? ¿No es acaso el interés de Ayrton idéntico al nuestro?

—Tenéis razón, mi querido Edward —dijo Lady Elena—. Y debo añadir que el contramaestre, desde el principio del viaje, nos ha dado pruebas de adhesión incontestables.

—No digo lo contrario —respondió John Mangles—. ¿Pero entonces a qué viene la observación del Mayor? Sepámoslo.

—¿Creerá Mac Nabbs que Ayrton está de acuerdo con los desertores de presidio? —exclamó imprudentemente Paganel.

—¿Qué desertores? —preguntó Miss Grant.

—Monsieur Paganel se ha equivocado —respondió al momento John Mangles—. Demasiado sabe nuestro buen amigo, que no hay desertores de presidio en la provincia de Victoria.

— ¡Verdad es, pardiez! —replicó Paganel, que hubiera querido retirar sus palabras—. ¿Dónde diablo tenía la cabeza? ¿Desertores de presidio? ¿Quién ha oído hablar nunca de desertores de presidio en Australia? Además, apenas desembarcan se vuelven todos hombres de bien a carta cabal. ¡El clima! Ya lo sabéis, Miss Mary, el clima civilizador...

El pobre sabio, queriendo reparar su torpeza, se atascaba más y más, como la carreta. Lady Elena le miraba, lo que le quitaba toda su serenidad y sangre fría. Pero no queriendo que se aturdiera más, se fue con Miss Mary a un lado de la tienda, donde Monsieur Olbinett se ocupaba en preparar el almuerzo según todas las reglas del arte.

—Yo soy quien debería estar en presidio —dijo Paganel, avergonzado de sí mismo.

—Tal creo —respondió Glenarvan.

Y esta respuesta, dada secamente, acabó de desconcertar al digno geógrafo. Glenarvan y John Mangles se dirigieron hacia la carreta.

En aquel momento Ayrton y los dos marineros se esforzaban en sacar el

pesado armatoste del atolladero. El buey y el caballo enganchados juntos, tiraban con toda la fuerza de sus poderosos músculos, poniendo a un punto de romperse los tirantes y las colleras. Wilson y Mulrady empujaban las ruedas, en tanto que el contraamaestre, con sus gritos y el agujón, excitaba a los animales. La pesada máquina no se movía. La arcilla, seca ya, la sujetaba como si estuviese empotrada en un cemento hidráulico.

John Mangles hizo regar la tierra para disminuir su tenacidad insuperable. Fue inútil. La carreta permanecía inmóvil. Después de nuevos y vigorosos esfuerzos, hombres y animales desistieron dándose por vencidos.

No desmontando el armatoste pieza tras pieza, era forzoso renunciar a sacarlo del atolladero. Y semejante trabajo no podía emprenderse sin herramientas de las que los viajeros carecían.

Sin embargo, Ayrton, que quería a toda costa vencer el obstáculo, iba a intentar nuevos esfuerzos, cuando Lord Glenarvan le detuvo.

—Basta, Ayrton, basta —le dijo—. Es preciso economizar las fuerzas del buey y del caballo que nos quedan. Si tenemos que continuar a pie nuestro viaje, el uno llevará a las dos viajeras y el otro las provisiones. Aún pueden prestarnos importantes servicios.

—Bien, Milord —respondió el contraamaestre, desenganchando los animales, que estaban extenuados de fatiga.

—Ahora, amigos míos —añadió Glenarvan—, volvamos al campamento, donde deliberaremos y examinaremos fríamente la situación, para tomar el mejor partido que nos sea posible.

Pocos momentos después, los viajeros con un regular almuerzo se reponían de su mala noche, y se abrió la discusión. A todos fue permitido emitir sus opiniones.

Se trató ante todo de determinar de una manera precisa la posición del campamento, de lo que quedó encargado Paganel, y lo hizo con toda la exactitud apetecible. Según sus cálculos, la expedición se hallaba detenida en el paralelo 37, a los 147° 53' de longitud en las márgenes del Snowy.

—¿Cuál es, respecto a la bahía de Twofold —preguntó Glenarvan— su posición exacta en la costa?

—Ciento cincuenta grados —respondió Paganel.

—¿Y estos 2° 7' de diferencia, cuántas millas son?

—Setenta y cinco.

—¿Y Melbourne está...?

—A 200 millas por lo menos.

—De acuerdo. Determinada como está nuestra posición —dijo Glenarvan—, ¿qué debemos hacer?

La respuesta fue unánime: ir a la costa sin pérdida de tiempo. Lady Elena y Mary Grant se comprometieron a andar diariamente 5 millas. Las valerosas mujeres no retrocedían ante la idea de salvar a pie, en caso necesario, la distancia que separaba Snowy River de Twofold Bay.

—Sois la denodada compañera del viajero, mi querida Elena —dijo Lord Glenarvan—. ¿Pero podemos estar seguros de encontrar en la bahía los recursos de que tendremos necesidad al llegar a ella?

—Sin que quepa la menor duda —respondió Paganel—. Edén es una municipalidad que cuenta ya años de existencia. Su puerto no puede dejar de tener frecuentes relaciones con Melbourne, y hasta se me figura que en la parroquia de Delegete, en la frontera victoriana, a 35 millas de aquí, podremos renovar los víveres y hallar medios de transporte.

—¿Y el Duncan? —preguntó Ayrton—. ¿No juzgáis oportuno, Milord, mandarlo a la bahía?

—¿Cuál es vuestra opinión, John? —preguntó Glenarvan.

—No creo que Vuestro Honor deba apresurarse —respondió el joven capitán, después de haber reflexionado—. Siempre habrá tiempo de dar órdenes a Tom Austin llamándole a la costa.

—Es evidente —añadió Paganel.

—Observad —continuó John Mangles— que dentro de cuatro o cinco días estaremos en Edén.

— ¡Cuatro o cinco días! —repitió Ayrton meneando la cabeza—. Decid quince o veinte, capitán, si no queréis tener que arrepentiros demasiado tarde de vuestro error.

— ¡Quince o veinte días para andar 75 millas! —exclamó Glenarvan.

—Lo menos, Milord. Vais a atravesar el terreno más dificultoso de Victoria, un desierto en que, según dicen los squatters, se carece de todo, llanuras sin ninguna senda trazada, cubiertas de maleza, en que no se han podido establecer colonos. Será necesario abrirse paso con el hacha o con la tea, y creedme, no iréis de prisa.

Ayrton había hablado con firmeza. Paganel, a quien interrogaron todas las miradas, aprobó con un movimiento de cabeza el dictamen del contramaestre.

—Admito esas dificultades —replicó entonces John Mangles—. Pues bien,

Vuestro Honor expedirá sus órdenes al Duncan dentro de quince días.

—Añadiré —repuso entonces Ayrton— que los principales obstáculos no procederán de las dificultades del camino. Pero téngase en cuenta que se tiene que pasar el Snowy, y probablemente habrá que aguardar a que bajen las aguas.

— ¡Aguardar! —exclamó el capitán—. ¿No encontraremos un vado?

—No lo creo —respondió Ayrton—. Esta mañana he buscado en vano un paso practicable. Posiblemente sea raro encontrar en esta época avenidas, pero contra ellas nada se puede.

—¿Es, pues, ancho el Snowy? —preguntó Lady Glenarvan.

—Ancho y profundo, señora —respondió Ayrton—. Tiene de ancho una milla y su corriente es impetuosa. Un buen nadador no lo atravesaría sin peligro.

—Pues bien, construyamos una canoa o una almadía —exclamó Roberto, a quien todo le parecía fácil—. Derribamos un árbol, lo ahuecamos, nos embarcamos en él y ya estamos al otro lado.

— ¡Dice bien el hijo del capitán Grant! —respondió Paganel con entusiasmo.

—Y tiene muchísima razón —añadió John Mangles—. Al fin y al cabo, tendremos que venir a parar a eso, y estamos perdiendo el tiempo en discusiones inútiles.

—¿Qué opináis, Ayrton? —preguntó Glenarvan.

—Opino, Milord, que dentro de un mes, si no llega algún auxilio, estaremos aún detenidos en las márgenes del Snowy.

—¿Pero tenéis vos algún plan mejor? —preguntó John Mangles con cierta impaciencia.

—Lo tengo, si el Duncan deja las aguas de Melbourne y pasa a la costa del este.

— ¡Ah! ¡Siempre el Duncan! ¿Acaso su presencia en la bahía nos facilitará los medios de llegar a ella?

Ayrton, antes de responder, reflexionó algunos instantes, y dijo en términos evasivos:

—No trato de imponer mis opiniones. Lo que propongo es por interés de todos, y estoy dispuesto a partir luego que dé Su Honor la señal de marcha.

Después se cruzó de brazos.

—Eso no es responder, Ayrton —dijo Glenarvan—. Dadnos a conocer vuestro plan, y lo discutiremos. ¿Qué proponéis?

Ayrton, con voz tranquila y segura, se expresó en estos términos:

—Propongo que en el estado de abandono en que nos hallamos, no nos aventuremos al otro lado del Snowy. Aquí mismo debemos esperar socorro, y ninguno nos puede llegar como no sea del Duncan. Acampemos en este sitio, en que no carecemos de víveres, y que cualquiera de nosotros lleve a Tom Austin la orden de trasladarse a la bahía de Twofold.

Fue acogida con cierto asombro esta proposición inesperada, contra la cual no pudo John Mangles disimular su antipatía.

—Entretanto —repuso Ayrton—, o las aguas del Snowy bajarán, lo que permitiría hallar un vado practicable, o tendremos que recurrir a la canoa, y habrá tiempo de construirla. Tal es, Milord, el plan que someto a vuestra aprobación.

—Bien, Ayrton —respondió Glenarvan—. Vuestra idea merece tomarse en consideración. No tiene más inconveniente que el de causar un retraso, pero evita grandes fatigas y tal vez verdaderos peligros. ¿No os parece, amigos míos?

—Hablad, amigo Mac Nabbs —dijo entonces Lady Elena—. Desde que ha empezado la discusión, os habéis contentado con escuchar, y quisiéramos que no fueseis tan avaro de palabras.

—Puesto que se me pide parecer —respondió el Mayor—, lo daré con toda franqueza. Me parece que Ayrton ha hablado con sentido y prudencia, y me adhiero a su proposición.

Nadie esperaba semejante respuesta, porque hasta entonces Mac Nabbs había combatido siempre a ese respecto las ideas de Ayrton. Éste, sorprendido, lanzó al Mayor una mirada rápida. Sin embargo, Paganel, Lady Elena y los marineros estaban muy inclinados en favor del proyecto del contra maestre. Después de las palabras pronunciadas por Mac Nabbs cesaron todas las vacilaciones.

Glenarvan, por consiguiente, declaró el plan de Ayrton adoptado en principio.

—¿Y ahora, John —añadió—, no opináis que la prudencia aconseja obrar así y acampar en las márgenes del río, mientras no nos lleguen medios de transporte?

—Sí —respondió John Mangles—, con tal que el mensajero pueda pasar el Snowy, que no podemos pasar nosotros.

Todos miraron al contraмаestre, que se sonrió, muy seguro de sí mismo.

—El mensajero —dijo— no pasará el río.

— ¡No pasará el río! —exclamó John Mangles.

—Irá sencillamente a buscar el camino de Lucknow, que le llevará directamente a Melbourne.

— ¡Doscientas cincuenta millas a pie! —exclamó el joven capitán.

—A caballo —replicó Ayrton—. Aún queda un caballo enteramente sano. Es cuestión de cuatro días. Añadid otros dos días para el traslado del Duncan a la bahía, con veinticuatro horas para volver al campamento, y dentro de una semana el mensajero estará de vuelta con los tripulantes que se traiga.

El Mayor aprobaba con movimientos de cabeza las palabras de Ayrton, lo que no dejaba de causar mucha extrañeza a John Mangles. Pero la proposición del contraмаestre había obtenido todos los votos, y no se trataba más que de poner en ejecución su plan verdaderamente bien concebido.

—Ahora, amigos míos —dijo Glenarvan—, sólo falta escoger nuestro mensajero. Su misión será penosa y no carece de peligros, no debo ocultarlo. ¿Quién se sacrificará por sus compañeros e irá a llevar nuestras instrucciones a Melbourne?

Wilson, Mulrady, John Mangles y hasta el mismo Roberto, se ofrecieron inmediatamente. John insistía con mucho empeño, para que se le confiase el encargo. Pero Ayrton, que no se había aún brindado a desempeñarlo, tomó la palabra y dijo:

—Si place a Vuestro Honor, yo seré quien parta, Milord. Me son conocidas estas comarcas, y más de una vez he recorrido regiones más difíciles. Puedo salir adelante donde otro sucumbiría. El interés de todos me obliga, por lo tanto, a reclamar el derecho de ir a Melbourne. Una palabra escrita me acreditará cerca de vuestro segundo, y dentro de seis días estará el Duncan en la bahía Twofold.

—Muy bien dicho —respondió Glenarvan—. Tenéis valor e inteligencia, Ayrton, y saldréis airoso de vuestro empeño.

El contraмаestre era evidentemente el más apto de todos para llevar a cabo aquella difícil misión. Así lo comprendieron todos, y nadie se atrevió a disputarle una preferencia tan merecida. John Mangles hizo una última objeción, diciendo que la presencia de Ayrton era necesaria para encontrar las huellas de la Britannia o de Harry Grant. Pero el Mayor hizo observar que la expedición permanecería acampada en las márgenes del Snowy hasta el regreso de Ayrton, pues no se trataba de proseguir sin él las importantes pesquisas a que se dirigían sus esfuerzos, y por consiguiente, su ausencia no

perjudicaría en lo más mínimo los intereses del capitán.

—Partid, pues, Ayrton —dijo Glenarvan—. Sed diligente, y volved por Edén a nuestro campamento del Snowy.

Brilló un destello de satisfacción en los ojos del contraamaestre, y aunque volvió la cabeza con prontitud, Mangles tuvo tiempo de sorprender aquel relámpago. John desconfiaba instintivamente, no de otra manera, de Ayrton, y su desconfianza iba en aumento.

El contraamaestre hizo, pues, sus preparativos de marcha, con la ayuda de los dos marineros, de los cuales el uno se ocupó de su caballo y el otro de sus provisiones. Mientras tanto Glenarvan escribía la carta que se debía entregar a Tom Austin.

Ordenaba en dicha carta al segundo del Duncan que se trasladase a la mayor brevedad posible a la bahía Twofold, recomendándole el contraamaestre como hombre en quien podía tener confianza absoluta. Tom Austin, al llegar a la costa, debía poner bajo las órdenes de Ayrton un destacamento de marineros del yate.

Aquí llegaba en su carta Glenarvan, cuando Mac Nabbs, que no perdía de vista las letras que iba trazando, le preguntó con un tono muy singular cómo escribía el nombre de Ayrton.

—Del mismo modo que se pronuncia —respondió Glenarvan.

—Pues estáis equivocado —replicó tranquilamente el Mayor—. ¡Se pronuncia Ayrton, pero se escribe Ben Joyce!

Capítulo XX

Aland Zealand

La revelación del nombre de Joyce produjo el efecto de una descarga eléctrica. Ayrton se levantó bruscamente, como impelido por un resorte. Tenía en la mano un revólver, y lo disparó contra Glenarvan. Éste cayó herido de un balazo. Partieron otros tiros del bosque.

John Mangles y los marineros, sobrecogidos de pronto, se lanzaron contra Ben Joyce, pero este audaz presidiario desapareció como una exhalación y se incorporó a su cuadrilla de salteadores diseminados por el último límite del bosque de gomeros.

La tienda era insuficiente para resguardarse de las balas. Era preciso batirse en retirada hasta llegar a la carreta. Glenarvan, cuya herida era leve, ya

se había levantado.

— ¡A la carreta! ¡A la carreta! —gritó John Mangles, y arrastró a ella a Lady Elena y Mary Grant, que no tardaron en hallarse perfectamente parapetadas dentro del carruaje, escudadas por los adrales que eran un enrejado de estacas y varas con esteras intermedias.

Allí, John, el Mayor, Paganel y los marineros, cogieron sus carabinas y se aprestaron a rechazar a los forajidos. Glenarvan y Roberto se habían unido a los viajeros, y Olbinett, debidamente armado, acudía a la defensa común.

Todo esto había pasado con la rapidez de un rayo. John Mangles observaba atentamente el lindero del bosque. Los tiros cesaron súbitamente a la llegada de Ben Joyce. Al ruido de la fusilería sucedió un profundo silencio. Algunas volutas de vapor blanco se enroscaban alrededor de las ramas de los gomeros. Los elevados tallos de *gastrolobium* permanecían inmóviles. Habían desaparecido todos los individuos atacantes.

El Mayor y John Mangles practicaron un reconocimiento hasta los grandes árboles. Los bandidos habían abandonado el campo. Se veían numerosas pisadas y humeaban en tierra algunos tacos medio consumidos. El Mayor, como hombre prudente, los apagó, pues una chispa hubiera bastado para producir un espantoso incendio en aquel bosque de árboles secos.

—Los bandoleros han desaparecido —dijo John Mangles.

—Sí —respondió el Mayor—, y su desaparición me inspira cierta zozobra. Preferiría que nos viésemos las caras. Más vale un tigre en un campo que una serpiente en la espesura. Registremos la maleza alrededor de la carreta.

El Mayor y John recorrieron la campiña circundante. Desde los linderos del bosque hasta las orillas del Snowy no encontraron absolutamente a nadie. La cuadrilla de Ben Joyce había, al parecer, volado como una bandada de aves de rapiña. Esta desaparición era demasiado anómala y extraordinaria para inspirar completa seguridad.

Se resolvió, pues, estar muy alerta. La carreta, verdadera fortaleza, se convirtió en centro de operaciones, y dos centinelas que se relevaban de hora en hora, vigilaban las cercanías.

El primer cuidado de Lady Elena y Mary Grant había sido curar la herida de Glenarvan. En el momento en que cayó éste herido por Ben Joyce, Lady Elena se precipitó hacia él pálida de espanto. Después, dominando su angustia, condujo a su esposo a la carreta. Puesto al descubierto el hombro del herido, el Mayor reconoció que la bala había lacerado el tegumento sin interesar el hueso ni ningún vaso importante. Brotaba de la herida mucha sangre, pero Glenarvan, moviendo los dedos de la mano y el antebrazo, tranquilizó él

mismo a sus amigos respecto a la gravedad de la lesión sufrida. Aplicado a ésta el apósito correspondiente, no permitió el noble Lord que se ocupasen más de él, y empezaron las explicaciones.

Exceptuando Mulrady y Wilson que estaban de centinela, todos los viajeros se acomodaron bien o mal en la carreta. El Mayor fue invitado a hablar.

Antes de empezar su relato, puso a Lady Elena al corriente de los preliminares que ignoraba, tales como la evasión de una cuadrilla de presidiarios de Perth, su aparición en las comarcas de Victoria y su complicidad en la catástrofe del ferrocarril. Le entregó el número del Australian and New Zealand Gazette, comprado en Seymour, y añadió que la Policía había puesto precio a la cabeza de Ben Joyce, temible capitán de bandoleros, a quien dieciocho meses de crímenes habían creado una celebridad funesta.

¿Pero cómo Mac Nabbs había reconocido a Ben Joyce en el contraamaestre Ayrton? Éste era el misterio que todos deseaban ver aclarado, y el Mayor se explicó.

Mac Nabbs, por instinto, desconfiaba de Ayrton desde el primer día. Dos o tres hechos casi insignificantes, miradas de mutua inteligencia que se dirigieron, sin hablar una palabra, el contraamaestre y el herrador en Wimerra River; la repugnancia de Ayrton en atravesar las poblaciones y caseríos; su insistencia en que el Duncan se trasladase a la costa; la extraña muerte de los animales confiados a su cuidado, y, por último, cierta falta de franqueza en sus maneras, el conjunto de todos estos pormenores hablan despertado las sospechas del Mayor.

Sin embargo, no habría podido formular una acusación directa, sin los sucesos que sobrevinieron la noche anterior.

Mac Nabbs, deslizándose entre la maleza, llegó cerca de las sombras sospechosas que acababan de llamar su atención a media milla del campamento. Las plantas fosforescentes despedían en la oscuridad pálidos resplandores.

Tres hombres examinaban en el suelo pisadas recientes, y Mac Nabbs reconoció entre ellos al herrador de Black Point.

—Ellos son —decía uno.

—Sí, ellos —respondió el otro—; bien lo dice el trébol de las herraduras.

—Desde Wimerra nos están guiando.

—Todos los caballos han muerto.

—El veneno no está lejos.

—Hay aquí el suficiente para dejar desmontada toda la caballería del mundo. ¡Qué planta tan útil es el gastrolobium!

—Después se callaron —añadió Mac Nabbs—, y se alejaron. Quería saber aún más pormenores y les seguí. No tardó la conversación en empezar de nuevo. «¡Qué hombre tan listo es Ben Joyce! —dijo el herrador—. ¡Bien se la ha pegado el famoso contraмаestre con su fábula del naufragio! Si le sale bien la treta, hemos hecho nuestra fortuna. ¡Celeberrimo Ayrton! ¡Llámale Ben Joyce, que bien ganado tiene este nombre!» Abandonaron los pícaros el bosque de gómeros. Yo sabía ya cuanto deseaba y regresé al campamento con la seguridad de que, mal que pese a Paganel, no todos los criminales se moralizan en Australia. El Mayor no dijo más, y sus silenciosos compañeros se quedaron reflexionando.

—¡Por lo visto —dijo Glenarvan pálido de cólera—, Ayrton nos ha arrastrado hasta aquí para robarnos y asesinarlos!

—Sí —respondió el Mayor.

—¿Ese miserable no es, pues, un marinero de la Britannia? ¿Es robado hasta el nombre de Ayrton que lleva, es robado el documento de su enganche a bordo?

Todas las miradas se dirigieron a Mac Nabbs, que ya sin duda se había dirigido a sí mismo estas preguntas.

—Vais a ver —respondió con su siempre tranquilo acento— lo que saco en limpio de esta oscura situación. En mi concepto, ese malvado se llama realmente Ayrton, y Ben Joyce es su nombre de guerra. Es indudable que conoce a Harry Grant y que ha sido contraмаestre a bordo de la Britannia. Esto, que estaba ya probado por los muy circunstanciados pormenores que nos dio Ayrton, se halla además corroborado por las palabras de los bandidos que he citado. No nos extraviemos, pues, en vanas hipótesis e inútiles conjeturas, y tengamos por cierto que Ben Joyce es Ayrton como Ayrton es Ben Joyce, es decir, un marinero de la Britannia transformado actualmente en capitán de bandoleros.

Las explicaciones de Mac Nabbs fueron aceptadas sin discusión.

—Ahora —respondió Glenarvan—, ¿queréis decirme cómo y por qué el contraмаestre de Harry Grant se encuentra en Australia?

—¿Cómo? Lo ignoro —respondió Mac Nabbs—. Y la Policía declara que sobre el particular sabe lo mismo que yo. ¿Por qué? Me es imposible decirlo. Hay un misterio que el tiempo explicará.

—La Policía no conoce siquiera la identidad de Ayrton y de Ben Joyce —

dijo John Mangles.

—Tenéis razón, John —respondió el Mayor—, y semejante particularidad contribuiría mucho a facilitar sus pesquisas.

—Así, pues —dijo Lady Elena—, ¿ese desdichado se había introducido en la alquería de Paddy O'Moore con una intención criminal?

—No es dudoso —respondió Mac Nabbs—. Preparaba algún golpe de mano contra el irlandés, cuando se le presentó ocasión de dar otro de mayor importancia. La casualidad nos puso en su presencia. Oyó el relato de Glenarvan, la historia del naufragio, y, audaz y astuto como es, resolvió sacar partido de las noticias adquiridas. Resuelta la expedición, comunicó en Wimerra con uno de su calaña, con el herrador de Black Point, dejando desde entonces indicios de nuestro paso que no podían confundirse con otros. Su cuadrilla ha seguido nuestras huellas. Una planta venenosa le ha permitido ir matando nuestros bueyes y caballos. Después, llegado el momento crítico, ha atascado la carreta en los pantanos del Snowy y nos ha entregado a los desertores de presidio que capitanea.

Nada más había que decir de Ben Joyce. El miserable cuyo pasado acababa de reconstruir el Mayor aparecía tal como era, un criminal muy audaz y muy temible. Sus intenciones, claramente demostradas, obligaban a Glenarvan a ejercer una vigilancia suma. Afortunadamente, un bandido desenmascarado es siempre menos temible que un traidor.

Pero de la situación ya despejada resultaba una consecuencia grave, en que nadie se había fijado aún. Únicamente Mary Grant, mientras se discutía el pasado, pensaba en el porvenir.

John Mangles la vio pálida y desesperada, y comprendió lo que pasaba en su alma.

— ¡Miss Mary! ¡Miss Mary! —exclamó—. ¡Lloráis!

—¿Lloras, hija mía? —dijo Lady Elena.

— ¡Mi padre, señora! ¡Pobre padre mío! —respondió la joven.

No pudo decir más. Pero en la mente de todos se hizo una revelación repentina. Se comprendió el dolor de Miss Mary, porque estaban sus ojos inundados de lágrimas, porque el nombre de su padre subía de su corazón a su boca.

El descubrimiento de la traición de Ayrton destruía todas las esperanzas. El malvado, para arrastrar a Glenarvan, había supuesto un naufragio. Claramente lo habían dicho los bandidos en su conversación sorprendida por Mac Nabbs. ¡La Britannia no se había estrellado en los escollos de Twofold-Bay! Nunca Harry Grant había puesto los pies en el continente australiano.

La errónea interpretación del documento había por segunda vez extraviado a los viajeros haciéndoles seguir una falsa pista.

Ante aquella situación, ante aquel dolor de los dos huérfanos, quedaron todos en triste silencio. ¿Quién había de encontrar ya palabras de esperanza? Roberto lloraba en los brazos de su hermana, Paganel murmuraba por lo bajo con el mayor despecho:

—¡Ah, malhadado documento! ¡Bien puedes vanagloriarte de haber sometido a una dura prueba el cerebro de una docena de hombres honrados!

Y el digno geógrafo, verdaderamente furioso contra sí mismo, se daba golpes en la frente con las manos crispadas.

Glenarvan se reunió a Mulrady y a Wilson, que estaban fuera de centinela. Reinaba un profundo silencio en la llanura comprendida entre el bosque y el río. Densas nubes inmóviles ennegrecían la bóveda celeste. En medio de aquella atmósfera hondamente silenciosa, se hubiera transmitido distintamente el más leve ruido, y no se oía nada. Ben Joyce y su partida se habían sin duda replegado a una distancia bastante considerable, pues numerosos pájaros que revoloteaban entre las ramas bajas de los árboles, algunos canguros que despuntaban los tallos tiernos, y una pareja de eunos cuya cabeza sobrepasaba de los pequeños arbustos y no revelaban el menor recelo, eran una prueba de que la presencia del hombre no turbaba aquellas tranquilas soledades.

—¿Nada habéis visto ni oído? —preguntó Glenarvan a los marineros.

—Nada, Milord —respondió Wilson—. Los bandidos deben estar a muchas millas de aquí.

—No se habrán considerado bastante fuertes para atacarnos —añadió Mulrady—, y Ben Joyce habrá querido reclutar a más gente de su calaña entre los bushrangers que andan errantes por las cercanías de los Alpes.

—Es probable, Mulrady —respondió Glenarvan—. Esos miserables son cobardes, y saben que estamos bien armados. Acaso aguarden la noche para volver a atacarnos. A la caída de la tarde será preciso redoblar nuestra vigilancia. ¡Ah! ¡Si pudiéramos salir de esta llanura pantanosa y seguir nuestro camino hacia la costa! Pero las aguas del río están crecidas y nos cierran el paso. A peso de oro pagaría una almadía que nos transportase a la otra orilla.

—¿Por qué —dijo Wilson— no nos da Vuestro Honor la orden de construirla? Me parece que madera hay aquí de sobra.

—No, Wilson —respondió Glenarvan—; el Snowy no es un río, aunque así se le llame, sino un impetuoso torrente.

En aquel momento John Mangles, el Mayor y Paganel se reunieron a Glenarvan. Venían precisamente de reconocer el Snowy. Las últimas lluvias

habían producido una crecida, y las aguas se habían elevado sobre el nivel normal. Formaban un torrente sólo comparable a los de América. Era imposible intentar sobreponerse al ímpetu de su mugidora corriente, que se deshacía en mil remolinos y formaba abismos espantosos.

John Mangles declaró que el paso era impracticable.

—Pero —añadió— no debemos permanecer aquí sin intentar algo. Lo que se quería hacer antes de la traición de Ayrton se debe hacer ahora con mucho más motivo.

—¿Qué dices, John? —preguntó Glenarvan.

—Digo que urgen mucho los socorros, y puesto que no se puede ir a Twofold-Bay, se debe ir a Melbourne. Nos queda un caballo. Démelo Vuestro Honor y a Melbourne iré.

—La tentativa es peligrosa, John —dijo Glenarvan—. Sin hablar de los azares de un viaje de 200 millas por un país desconocido, en el camino y en todos los atajos están sin duda apostados los cómplices de Ben Joyce.

—Lo sé, Milord, pero sé también que la situación no puede prolongarse. Ayrton no pedía más que ocho días para estar aquí de vuelta con una parte de la tripulación del Duncan. Yo dentro de seis habré vuelto a las márgenes del Snowy. ¿Qué ordena Vuestro Honor?

—Antes que Glenarvan resuelva —dijo Paganel—, debo hacer una observación. Que se vaya a Melbourne, pero que no sea John Mangles quien corra los peligros de esta empresa. Él es el capitán del Duncan, y no puede exponerse. En su lugar iré yo.

-Bien dicho —respondió el Mayor—. ¿Pero por que habéis de ser vos, Paganel?

—¿No estamos aquí nosotros? —exclamaron Mulrady y Wilson.

—¿Y creéis —respondió Mac Nabbs— que a mí me asusta una tirada a caballo de 200 millas?

—Amigos —dijo Glenarvan—, si uno de nosotros ha de ir a Melbourne, que la suerte lo designe. Paganel, escribid nuestros nombres...

—El vuestro no, Milord —dijo John Mangles.

—¿Por qué? —preguntó Glenarvan.

— ¡Separaros de Lady Elena, no estando aún cicatrizada ni siquiera cerrada la herida...!

—Glenarvan —dijo Paganel—, vos no podéis separaros de la expedición.

—No podéis —añadió el Mayor—. Vuestro puesto está aquí, Edward, y no debéis partir.

—Hay peligros que correr —respondió Glenarvan— y no consentiré que cargue otro con la parte de ellos que a mí me toca. Escribid, Paganel. ¡Que mi nombre conste al lado del de mis camaradas y quiera el cielo que sea el primero que salga!

Preciso fue ceder. El nombre de Glenarvan se mezcló con los demás, y se procedió al sorteo. El nombre de Mulrady fue el favorecido.

El honrado marinero lanzó un grito de satisfacción y entusiasmo.

—Milord, estoy pronto —dijo.

Glenarvan estrechó la mara de Mulrady y en seguida volvió a la carreta, dejando al Mayor y a John Mangles la vigilancia del campamento.

Se dio cuenta a Lady Elena del partido que se había tomado de enviar un mensajero a Melbourne y de la decisión de la suerte. La buena señora dirigió a Mulrady palabras que le llegaron al alma. Mulrady era muy valiente, inteligente, fuerte, superior a todas las fatigas, tanto que la suerte, que entre aquellos hombres resueltos no podía escoger mal, escogió lo mejor posible.

La partida de Mulrady quedó fijada para las ocho, después del breve crepúsculo vespertino. Wilson se encargó de preparar el caballo, teniendo la feliz ocurrencia de remplazar las herraduras que le denunciaban, con las de uno de los caballos muertos aquella noche. Así los bandidos no podrían reconocer las huellas de Mulrady, ni les sería dado seguir la pista no estando montados.

Mientras Wilson se ocupaba de estos pormenores, Glenarvan se puso a escribir la carta destinada a Tom Austin; pero como la herida le molestaba, suplicó a Paganel que tomase la pluma. El sabio, embebido en una idea fija, parecía enteramente ajeno a cuanto pasaba en torno suyo. Fuerza es decirlo, en medio de aquella larga cadena de sucesos imprevistos, Paganel, herido en su amor propio, no pensaba más que en la falsa interpretación que había dado al documento. Daba tormento a las palabras para arrancarles un nuevo sentido, y permanecía sumergido en los abismos de la interpretación.

No oyó lo que le decía Glenarvan, y éste se vio obligado a repetir su petición.

— ¡Ah!, muy bien —respondió Paganel—, estoy dispuesto.

Y al mismo tiempo sacaba maquinalmente un libro de memorias, del cual arrancó una hoja blanca. En seguida cogió el lapicero, y se puso en actitud de escribir. Glenarvan empezó a dictar las instrucciones siguientes:

«Orden a Tom Austin de hacerse a la mar sin tardanza y conducir el Duncan...-»

Acababa Paganel de escribir esta última palabra, cuando sus miradas tropezaron casualmente con el número del Australian and New Zealand Gazette que estaba en el suelo. Por la manera de estar doblado, el periódico no dejaba ver más que las dos últimas sílabas de Zealand. Paganel se detuvo, olvidando al parecer completamente a Glenarvan y su carta.

—Y bien, Paganel —dijo Glenarvan.

—¡Ah! —exclamó el geógrafo dando un grito.

—¿Qué tenéis? —le preguntó el Mayor.

— ¡Nada! ¡Nada! —respondió Paganel.

Y después, bajando la voz, repitió: ¡aland! ¡aland! ¡aland!

Se levantó, y cogió el periódico que estaba tirado. Se lo guardó, procurando contener las palabras que se le escapaban de los labios.

Lady Elena, Mary, Roberto y Glenarvan le miraban sin comprender su agitación inexplicable.

Paganel parecía acometido de una repentina enajenación mental. Pero su estado de sobreexcitación nerviosa no fue duradero. Poco a poco se fue calmando: se extinguió la alegría que brillaba en sus ojos; se volvió a sentar y dijo tranquilamente:

—Cuando gustéis, Milord, estoy a vuestras órdenes.

Glenarvan siguió dictando su carta, que quedó definitivamente redactada como sigue:

«Orden a Tom Austin de hacerse a la mar sin tardanza y conducir el Duncan por los treinta y siete grados de latitud a la costa oriental de Australia...»

—¿De Australia? —dijo Paganel—. ¡Ah! ¡Sí! ¡De Australia!

Terminada la carta, la presentó a Glenarvan para que la firmase. Glenarvan, molesto por su reciente herida, cumplió esta formalidad como pudo, y cerrada y sellada que fue la carta, Paganel, con una mano aún temblorosa, escribió lo siguiente en el sobre:

TOM AUSTIN

Segundo a bordo del Duncan

Melbourne.

Y salió en seguida de la carreta gesticulando y repitiendo estas incomprensibles palabras: —¡Aland! ¡Aland! ¡Zealand!—

Capítulo XXI

Cuatro días de angustia

El resto del día transcurrió sin novedad particular, terminando los preparativos para la marcha de Mulrady. El buen marino se alegraba de poder dar a Su Honor una prueba de su adhesión inalterable.

Paganel había recobrado su sangre fría y sus habituales maneras. Su mirada indicaba aún una viva preocupación, pero parecía decidido a guardarla secreta. Poderosas razones tenía sin duda para obrar así, pues el Mayor le oyó repetir con frecuencia estas palabras pronunciadas con el tono del que sostiene una lucha interior.

— ¡No! ¡No! ¡No me creerían! ¡Y, además, para qué! ¡Es demasiado tarde!

Tomada esta resolución, se ocupó en dar a Mulrady las indicaciones necesarias para llegar a Melbourne, y con el mapa delante le trazó su itinerario. Todos los tracks, es decir, todos los senderos de la pradera terminaban en el camino de Lucknow. Este camino, después de bajar hacia el sur en línea recta hasta la costa, forma un recodo y tuerce en dirección a Melbourne. Era menester seguirle incesantemente, y no buscar atajos atravesando un país poco conocido. Haciéndolo así, Mulrady no podía extraviarse.

A algunas millas más allá del campamento en que Ben Joyce y sus bandidos debían hallarse emboscados, no había ya ningún peligro. Más adelante, Mulrady podía fácilmente ensanchar la distancia que le separaba de los malhechores, y llevar a cabo su importante misión.

A las seis comieron todos juntos. Llovía a torrentes. No ofreciendo la tienda suficiente abrigo, se refugiaron todos en la carreta, que era un parapeto seguro. Incrustada en la orilla parecía tener los sólidos cimientos de una ciudadela. Se componía el arsenal de siete carabinas y otros tantos revólveres, con víveres y municiones abundantes que permitían sostener un sitio bastante largo. Y como antes de seis días, el Duncan debía estar fondeado en la bahía Twofold, era lo más probable que veinticuatro horas después una parte de su tripulación se encontrase en la otra margen del Snowy. Si el paso del río no era aún practicable, los forajidos se verían obligados a retirarse delante de fuerzas superiores. Pero lo principal era que Mulrady saliese airoso de su arriesgada empresa.

A las ocho, que era el momento de partir, estaba la noche negra como boca de lobo. Trajeron el caballo, cuyos cascos, envueltos en trapos para apagar su ruido, no producían ninguno al tocar la tierra. El animal parecía fatigado, y sin embargo, de la seguridad y vigor de sus patas dependía la salvación de todos. El Mayor aconsejó a Mulrady que le llevara despacio luego que estuviese fuera del alcance de los bandidos. Lo principal era llegar con seguridad, aunque fuese con medio día de retraso.

John Mangles entregó a su marinero un revólver que acababa de cargar escrupulosamente con su propia mano. Un revólver es un arma terrible en manos de un hombre que no tiembla, porque seis tiros, disparados en algunos segundos, barren un camino obstruido por malhechores.

Mulrady montó a caballo.

—Toma la carta que has de entregar a Tom Austin —le dijo Glenarvan—. Que pase a la bahía de Twofold sin pérdida de tiempo, y si no nos encuentra allí por no haber podido salvar el Snowy, que se nos agregue inmediatamente. Ahora vete, mi bravo marinero, y que Dios te guarde.

Glenarvan, Lady Elena, Mary Grant, todos estrecharon la mano de Mulrady, cuya partida, en una noche oscura y lluviosa, por un camino erizado de peligros, atravesando las desconocidas inmensidades del desierto, hubiera impresionado a cualquier otro corazón menos intrépido y firme que el del valiente marinero.

— ¡Adiós, Milord! —dijo con voz tranquila, y desapareció por una senda que seguía a lo largo del bosque.

En aquel momento redoblaba la tempestad su fuerza. Las erguidas ramas de los eucaliptos crujían en las tinieblas con un ruido opaco. Se oía la caída en el suelo húmedo del azotado ramaje. Más de un árbol gigantesco que, aunque falto de savia, se había hasta entonces mantenido en pie, cayó durante la borrasca. El viento mezclaba con los chasquidos de los árboles y los rugidos del Snowy sus gemidos siniestros. Las nubes, impelidas por él hacia el este, se arrastraban por el suelo como jirones de vapor, aumentando el horror de la noche una oscuridad lúgubre.

Después que partió Mulrady, los viajeros se agazaparon en la carreta. Lady Elena y Mary Grant, Glenarvan y Paganel ocupaban el primer compartimiento que estaba herméticamente cerrado. En el segundo habían encontrado suficiente espacio Olbinett, Wilson y Roberto. El Mayor y John velaban fuera, pues era fácil, y por consiguiente posible, un ataque de los malhechores.

Los dos fieles vigilantes recibían filosóficamente las ráfagas que la noche les escupía en la cara. Procuraban atravesar con la mirada aquellas tinieblas tan propias para una celada, pues el oído nada podía percibir en medio del

estrépito de la tempestad, los silbidos del viento, los chasquidos de las ramas, el derrumbamiento de los troncos y los mugidos de las aguas desencadenadas.

Algunos momentos de calma suspendían, sin embargo, de cuando en cuando la borrasca. El viento callaba como para tomar aliento, y únicamente se oía el Snowy que gemía al atravesar las inmóviles espadañas y el negro toldo de los gómeros. Durante estas treguas momentáneas, el silencio parecía más profundo. El Mayor y John Mangles escuchaban entonces con atención.

Durante una de aquellas suspensiones de hostilidades de la atmósfera, llegó hasta ellos un silbido agudo.

John Mangles se acercó rápidamente al Mayor.

—¿Habéis oído? —le dijo.

—Si —respondió Mac Nabbs—. ¿Es un hombre o un animal?

—Un hombre —contestó John Mangles.

Los dos escucharon nuevamente. El inexplicable silbido se repitió con frecuencia, y le sucedió una detonación casi imperceptible, porque la tempestad rugía con nueva violencia.

John Mangles y Mac Nabbs no podían oírse, y se colocaron a sotavento de la carreta.

En aquel momento se levantaron las cortinas de cuero de la carreta y salió de ella Glenarvan, que se reunió a sus compañeros. Había oído también el silbido siniestro, y el eco de la detonación que había llegado moribundo a la toldadura.

—¿En qué dirección ha sido? —preguntó.

—En aquélla —respondió John, indicando el sombrío track que había tomado Mulrady.

—¿A qué distancia?

—A tres millas por lo menos, teniendo en cuenta el viento —respondió John Mangles.

—Vamos —dijo Glenarvan, echándose la carabina al hombro.

—No —respondió el Mayor—. Puede ser todo un ardid para alejarnos de la carreta.

— ¡Y si Mulrady ha caído herido por esos miserables! —replicó Glenarvan, cogiendo la mano de Mac Nabbs.

—Mañana lo sabremos —respondió fríamente el Mayor, resuelto a impedir que Glenarvan cometiese una imprudencia inútil.

—Vos no podéis separaros del campamento, Milord —dijo John—, iré yo solo.

— ¡Tampoco! —dijo Mac Nabbs con energía—. ¿Queréis que nos vayan matando a todos uno tras otro, disminuir nuestras fuerzas, condenarnos a la impotencia para contrarrestar a los malhechores? Si Mulrady ha sido víctima, ¿qué podemos hacer? No se conjura una desgracia con otra. Mulrady ha partido designado por la suerte. Si hubiese sido yo el designado por ella, hubiera partido como él pero no hubiera pedido ni esperado ningún socorro.

Bajo todos los puntos de vista, el Mayor obraba debidamente conteniendo a Glenarvan y a John Mangles. Tratar de alcanzar al marinero, salir al encuentro de los bandidos emboscados detrás de algunas matas, en medio de la oscuridad de la noche, era una insensatez, y, además, una hazaña completamente inútil. La comitiva de Glenarvan no estaba tan sobrada de hombres que pudiese sacrificar ninguno de ellos.

No parecía, sin embargo, que Glenarvan estuviese dispuesto a ceder a las reflexiones que se le hacían. Su mano asía con fuerza la carabina. Daba vueltas y revueltas alrededor de la carreta. Prestaba atento oído a todos los rumores. Se esforzaba en penetrar con la mirada la oscuridad siniestra. La idea de que uno de los suyos estaba herido tal vez mortalmente, abandonado y sin auxilios, llamando en vano a aquellos por quienes se había inmolido, torturaba su cerebro. Mac Nabbs no sabía qué hacer para impedir que Glenarvan, tomando únicamente consejos de su generoso y lacerado corazón, se hiciese víctima de los golpes de Ben Joyce.

—Edward —le dijo—, serenaos. Escuchad a un amigo. ¡Pensad en Lady Elena, en Mary Grant, en todos los que quedan! Además, ¿a dónde queréis ir? ¿Dónde pensáis encontrar a Mulrady? ¡Ha sido atacado a dos millas de aquí! ¿En qué camino? ¿Qué senda tomaréis?

En aquel momento, como respondiendo al Mayor, se oyó un grito de angustia.

— ¡Escuchad! —dijo Glenarvan.

El grito venía del mismo lado de que había partido la detonación, a la distancia de menos de un cuarto de milla.

Glenarvan, rechazando a Mac Nabbs, se adelantaba ya por el sendero, cuando a 300 pasos de la carreta se oyeron estas palabras:

— ¡Auxilio! ¡Auxilio!

Al oír aquella voz angustiosa y desesperada, John Mangles y el Mayor corrieron hacia ella.

Pocos instantes después, distinguieron a lo largo del bosque una forma

humana que se arrastraba lanzando lúgubres gemidos.

Allí estaba Mulrady, herido, moribundo, y cuando sus compañeros lo levantaron, vieron sus manos ensangrentadas.

Arreciaba entonces la lluvia, y el viento desencadenado azotaba el ramaje de los dead trees. En medio de la violenta ráfaga, Glenarvan, el Mayor y John Mangles transportaron el cuerpo de Mulrady.

Al llegar, todos se levantaron. Paganel, Roberto, Wilson y Olbinett salieron de la carreta, y Lady Elena cedió su puesto al pobre marinero. El Mayor quitó a este las ropas empapadas de agua y sangre, y descubrió su herida. Era una puñalada en el costado derecho.

Mac Nabbs le curó diestramente, pero aún no podía decir si el arma había interesado órganos esenciales. La sangre brotaba a sacudidas y borbotones, lo que, unido al desfallecimiento y a la palidez del herido, probaba que la herida era grave. Ésta fue lavada por el Mayor con agua fría, y con un tapón de yesca y un apósito de hilas sujetas con una compresa y un vendaje, pudo al fin conseguirse contener la hemorragia.

Restañada la sangre, Mulrady fue colocado en posición supina, con la cabeza y el pecho levantados, y Lady Elena le hizo beber algunos sorbos de agua.

Pasado un cuarto de hora, el herido, inmóvil hasta entonces, hizo un movimiento y entreabrió los ojos. Sus labios murmuraron palabras incoherentes, y el Mayor, acercando el oído le oyó repetir:

—Milord... la carta... Ben Joyce...

El Mayor repitió estas palabras y miró a sus compañeros. ¿Qué quería decir Mulrady? Ben Joyce había acometido al marinero, pero ¿por qué? ¿Era solamente para detenerle, para impedirle que llegase al Duncan? La carta...

Glenarvan registró los bolsillos de Mulrady. No encontró en ellos la carta dirigida a Tom Austin.

Pasaron una noche de inquietudes y angustias. El estado del herido inspiraba serios temores. Le devoraba la calentura. Lady Elena y Mary Grant, dos hermanas de caridad como no es posible que haya otras, no se apartaron un instante de su lado. Nunca enfermo alguno ha sido cuidado con mayor solicitud ni por manos más competentes.

Amaneció y cesó la lluvia. Densas nubes circulaban aún en las profundidades del cielo. La tierra estaba sembrada de ramas desgarradas. La arcilla, reblandecida por los torrentes de agua que habían caído, había formado nuevos baches.

John Mangles, Paganel y Glenarvan pasaron al rayar el alba a reconocer las inmediaciones del campamento. Tomaron la senda manchada aún de sangre. No encontraron vestigio alguno de Ben Joyce ni de su partida. Llegaron hasta el punto en que había ocurrido el ataque. Había en tierra dos bandidos muertos por las balas de Mulrady. Uno de ellos era el cadáver del herrador de Black Point. Su semblante, descompuesto por la muerte, inspiraba horror.

Glenarvan no llevó más adelante sus investigaciones. La prudencia le prohibía alejarse, y volvió a la carreta, muy preocupado por la gravedad de la situación.

—No podemos pensar en enviar a Melbourne otro mensajero —dijo.

—Sin embargo, es indispensable, Milord —respondió John Mangles—, y yo haré lo posible por pasar por donde no pudo hacerlo mi marinero.

—No, John. ¡Ni siquiera tienes un caballo para recorrer doscientas millas!

En efecto, el caballo de Mulrady, único que quedaba, no había reaparecido. ¿Había sido muerto por los bandoleros? ¿O andaba extraviado por el desierto? ¿No se habían apoderado de él los malhechores?

—Sobrevenga lo que quiera, no nos separaremos —dijo Glenarvan—. Aguardaremos ocho días, quince días, hasta que las aguas del Snowy recobren su nivel normal. Entonces a cortas jornadas nos iremos acercando a la bahía de Twofold, desde la cual remitiremos al Duncan por una vía más segura la orden de trasladarse a la costa.

—No se puede tomar otro partido —respondió Paganel.

—Así, pues, amigos míos —repuso Glenarvan—, no más separaciones. Un hombre arriesga demasiado aventurándose solo en el desierto infestado de bandidos. ¡Y ahora, que Dios salve a nuestro pobre marinero, y nos proteja a todos!

Glenarvan tenía razón en condenar toda tentativa aislada, como la tenía también en esperar en las márgenes del Snowy que hubiese un paso practicable. Treinta y cinco millas escasas le separaban de Delegete, que es la primera ciudad fronteriza de Nueva Gales del Sur, donde encontraría medios de transporte para ganar la bahía de Twofold. De allí podría mandar por telégrafo las órdenes relativas al Duncan.

Estas medidas eran acertadas, pero tardías. Si Glenarvan no hubiese enviado a Mulrady por el camino de Lucknow, ¡cuántas desgracias se hubieran evitado, sin contar el asesinato del marinero!

Al volver al campamento halló a sus compañeros menos afectados. Parecía que habían recobrado alguna esperanza.

— ¡Está mejor! ¡Está mejor! —exclamó Roberto saliendo al encuentro de Lord Glenarvan.

—¿Mulrady?

— ¡Sí, Edward! —respondió Lady Elena—. Ha sobrevenido una reacción. El Mayor está más tranquilo. Nuestro marino vivirá.

—¿Dónde está Mac Nabbs? —preguntó Glenarvan.

—Junto a él. Mulrady ha querido tener con él un rato de conversación. Conviene no interrumpirles.

Efectivamente, haría una hora que el herido había salido de su letargo, y que su calentura había bajado mucho.

Pero el primer cuidado de Mulrady, al recobrar la memoria y el uso de la palabra, fue llamar a Lord Glenarvan, y a falta de éste, al Mayor Mac Nabbs, que, viéndole tan débil, quiso prohibirle que hablara, pero Mulrady insistió con tanto empeño que fue preciso ceder a su exigencia.

Hacía ya algunos minutos que había empezado la conversación, cuando llegó Glenarvan, que quedó esperando las revelaciones de Mac Nabbs.

No tardaron en levantarse las cortinas de la carreta, y el Mayor apareció, reuniéndose en seguida a sus amigos al pie de un gomero, donde se había levantado la tienda. Una grave preocupación se leía en su semblante, ordinariamente tan frío, expresando sus miradas una dolorosa tristeza cuando se fijaron en Lady Elena y en Mary Grant.

Glenarvan le interrogó y el Mayor le dijo en sustancia y con muy pocas palabras lo que acababa de saber, que era lo siguiente:

«Mulrady, al salir del campamento, siguió una de las sendas que Paganel había indicado, caminando con toda la celeridad que permitía la oscuridad de la noche. En su concepto, había aproximadamente recorrido una distancia de dos millas, cuando algunos hombres —le pareció que eran cinco— atacaron de frente al caballo, el cual se encabritó.

Mulrady echó mano del revólver e hizo fuego. Le pareció ver caer a dos de sus agresores. Al resplandor de los disparos, reconoció a Ben Joyce. Pero nada más. Ni siquiera tuvo tiempo de disparar todos los tiros de su revólver. Cayó derribado por un golpe violento que recibió en el costado derecho.

Con todo, no había perdido aún el conocimiento. Los asesinos le creían muerto, y él sintió cómo le registraban. Oyó también después pronunciar estas palabras: «Tengo la carta», dijo uno de los bandidos. «Dámela —respondió Ben Joyce—, y ahora el Duncan es nuestro.»

Al llegar Mac Nabbs a este punto de la narración, Glenarvan no pudo

reprimir un grito.

Mac Nabbs continuó:

—«Ahora —añadió Ben Joyce—, alcanza el caballo y tráemelo. Dentro de dos días estaré a bordo del Duncan, dentro de seis, en la bahía de Twofold, que es el punto de cita. La comitiva de Milord se hallará aún atascada en los pantanos de Snowy. Pasad el río por el puente de Kemple-pier, ganad la costa, y aguardadme. No me faltarán medios de introducirlos a bordo. En cuanto arrojemos al mar la tripulación, con un buen buque como el Duncan seremos los amos del océano Índico.» «¡Hurra por Ben Joyce!», exclamaron los bandidos. En seguida trajeron el caballo de Mulrady a Ben Joyce, y éste desapareció a galope por el camino de Lucknow, en tanto que su gente se dirigía por el Sudeste al Snowy River. Mulrady, aunque gravemente herido, tuvo bastante fuerza para llegar arrastrándose a trescientos pasos del campamento, donde le recogimos desangrado y casi moribundo. Tal es —dijo Mac Nabbs— la historia de Mulrady. ¿Comprendéis ahora por qué el denodado marinero ponía tanto empeño en hablar?

La revelación aterró a Glenarvan y a sus compañeros.

— ¡Piratas! ¡Piratas! —exclamó Glenarvan—. ¡Mi tripulación degollada! ¡El Duncan en poder de forajidos!

— ¡Sí! Ben Joyce sorprenderá el buque —respondió el Mayor—, y entonces...

— ¡Pues bien, es necesario, es indispensable que lleguemos a la costa antes que esos miserables! —dijo Paganel.

—Pero, ¿cómo pasamos el Snowy? —preguntó Wilson.

—Como ellos —respondió Glenarvan—. Ellos van a pasarlo por el puente de Kemple-pier, nosotros pasaremos también por él.

—Pero, ¿qué será de Mulrady? —preguntó Lady Elena.

—Le llevaremos relevándonos. ¿Puedo entregar mi indefensa tripulación a los bandidos de Ben Joyce?

La idea de pasar el Snowy por el puente de Kemple-pier era practicable, pero arriesgada. Los bandidos podían hacerse fuertes en el puente y defenderlo. Serían por lo menos treinta contra siete. Pero hay momentos en que no se cuenta el número y se prescinde de todo.

—Milord —dijo entonces John Mangles—, antes de jugarnos el todo por el todo, antes de intentar pasar el puente, debemos reconocerlo, y del reconocimiento me encargo yo.

—Os acompañaré, John —respondió Paganel.

Aceptada la proposición, John Mangles y Paganel se dispusieron a partir inmediatamente. Tenían que seguir río abajo las orillas del Snowy, hasta encontrar el puente indicado por Ben Joyce, procurando no ser vistos de los bandidos, que aún no debían hallarse lejos.

Partieron los dos animosos compañeros, provistos de víveres y bien armados, y muy pronto desaparecieron entre los grandes árboles.

Se les estuvo aguardando todo el día y anocheció antes que estuvieran de vuelta. La ansiedad fue grande.

Al fin, a las once aproximadamente, Wilson anunció su llegada.

Paganel y John Mangles, que habían andado diez millas, estaban rendidos de fatiga.

—¡Sí! Un puente de mimbres —dijo John Mangles—. Los bandidos han pasado efectivamente por él, pero...

—¿Pero qué? —preguntó Glenarvan temiendo una nueva desgracia.

— ¡Lo han quemado! —respondió Paganel.

Capítulo XXII

Edén

No era aquél el momento de desesperarse, sino de obrar. Destruído el puente de Kemple-pier, fuerza era pasar a toda costa el Snowy, y tomar la delantera a la cuadrilla de Ben Joyce para llegar antes que ella a las costas de Twofold Bay. No perdieron, pues, tiempo en inútiles palabras los expedicionarios, y al día siguiente, 16 de enero, John Mangles y Glenarvan observaron el río con el fin de organizar el paso.

Las aguas tumultuosas, que habían aumentado con las últimas lluvias, se arremolinaban con un furor indescriptible, y no era posible cruzar el río sin correr a una muerte inevitable. Glenarvan, con los brazos cruzados y la cabeza baja, permanecía inmóvil.

—¿Queréis que pruebe pasar a nado? —dijo John Mangles.

—¡No, John! —respondió Glenarvan, sujetando con la mano al denodado marino—. ¡Aguardemos!

Y volvieron los dos al campamento. Se pasó un día angustioso. Diez veces volvió Glenarvan a examinar el Snowy. Se devanaba los sesos buscando inútilmente un medio cualquiera para atravesarlo. Pero era Imposible,

absolutamente imposible, tan imposible como si en vez de agua hubiesen corrido por su cauce torrentes de lava abrasadora.

Durante aquellas largas horas perdidas, Lady Elena, aconsejada por el Mayor, prodigaba a Mulrady los cuidados más solícitos. El marinero iba recobrando la vida y permitió muy pronto a Mac Nabbs afirmar que el hierro homicida no había interesado ningún órgano esencial, siendo la pérdida de sangre la única causa de la debilidad del enfermo. Así, pues, cerrada la herida y contenida la hemorragia, el tiempo y el reposo debían completar su curación. Lady Elena le obligó a ocupar el primer compartimiento de la carreta, de lo que Mulrady estaba muy avergonzado. Lo que le afligía era la idea de que su estado podía retrasar a Glenarvan, y para tranquilizarlo un poco hubo necesidad de prometerle que, en el caso de poder pasar el Snowy, se le dejaría en el campamento al cuidado de Wilson.

Desgraciadamente, el paso no fue practicable aquel día ni el siguiente, 17 de enero. Tan cruel detención desesperaba a Glenarvan, tratando en vano de tranquilizarle Lady Elena y el Mayor, que le exhortaban a la paciencia. ¡Paciencia, cuando tal vez en aquel momento Ben Joyce llegaba a bordo del yate! ¡Paciencia, cuando el Duncan, largando las amarras, forzaba el vapor para alcanzar aquella costa funesta a la cual se acercaba de hora en hora!

Las mismas angustias experimentaba John Mangles, el cual, queriendo a toda costa vencer el obstáculo, con anchas tiras de corteza de gomero construyó una canoa a la manera australiana. Aquellas tiras, sumamente ligeras, aunque reforzadas con tablas de madera, formaban una embarcación demasiado frágil.

El 18, el capitán y el marinero ensayaron la endeble canoa, e hicieron los más desesperados esfuerzos de habilidad, destreza y arrojo. Pero apenas lanzaron la embarcación a la corriente, zozobraron y estuvieron a punto de pagar con la vida su temerario experimento. La canoa, arrastrada por los remolinos, desapareció en un instante, cuando John Mangles y Wilson habían apenas avanzado diez brazas. Y el río, engrosado por las lluvias y el deshielo, medía entonces una milla de una a otra margen.

El 19 y el 20 de enero fueron también días perdidos. El Mayor y Glenarvan anduvieron cinco millas remontando el Snowy sin encontrar un punto vadeable. Dondequiera, la misma impetuosidad de las aguas que era la de un torrente. Toda la vertiente meridional de los Alpes australianos vertía sus aguas en aquel lecho único.

Fuerza era renunciar a la esperanza de salvar al Duncan. Cinco días habían ya transcurrido desde la partida de Ben Joyce, y por consiguiente el yate a la sazón debía de hallarse en la costa en poder de los bandidos.

Pero aquel estado de cosas no podía prolongarse. Las avenidas o crecidas temporales pasan pronto, por lo mismo que son tan violentas. Paganel, al amanecer del 21, observó que empezaban a bajar las aguas, y dio cuenta a Glenarvan del resultado de sus observaciones.

—¿Qué importa ya? —dijo Glenarvan—. Es demasiado tarde.

—Ésa no es razón para prolongar nuestra permanencia en el campamento —replicó el Mayor.

—En efecto —respondió John Mangles—. Tal vez mañana sea el paso practicable.

—¿Y salvaremos, practicándolo mañana, a mi desgraciada tripulación? —exclamó Glenarvan.

—Óigame Vuestro Honor —replicó John Mangles—. Conozco a Tom Austin y ha debido ejecutar vuestras órdenes y partir en el momento que le haya sido posible. ¿Pero quién nos asegura que el Duncan, al llegar Ben Joyce a Melbourne, estuviera ya en disposición de hacerse a la mar y tuviera reparadas sus averías? ¿Y si no ha podido zarpar en el acto y ha experimentado uno, dos o más días de retraso?

— ¡Todo es posible, John! —respondió Glenarvan—. Tienes razón; debemos ganar la bahía de Twofold. No nos hallamos más que a treinta y cinco millas de distancia de Delegete.

—Sí —dijo Paganel—, y en Delegete encontraremos medios de transporte rápidos. ¿Quién sabe si llegaremos a tiempo de prevenir una catástrofe?

— ¡Partamos! —exclamó Glenarvan.

John Mangles y Wilson empezaron inmediatamente a construir una embarcación de grandes dimensiones. La experiencia les había enseñado que pedazos de corteza no podían contrarrestar la violencia del torrente. John derribó troncos de gomeros con los que hizo una almadía tosca, pero sólida. El trabajo fue largo, y no se pudo concluir el aparato en todo el día. Hasta el siguiente no estuvo terminado.

Entonces las aguas del Snowy habían bajado sensiblemente. El torrente no era ya más que un río de corriente rápida, y en concepto de John Mangles, ésta se podía sortear con maniobras hábiles y alcanzar la orilla opuesta.

A las doce y media se embarcaron los víveres que requería una marcha de dos días, dejando abandonado el resto de ellos con la carreta y la tienda. Mulrady, que avanzaba rápidamente en su convalecencia, estaba bastante bien para ser transportado.

A la una se colocaron todos en la almadía, sujeta con una amarra a la orilla.

John Mangles, para sostener el aparato contra la corriente y disminuir su deriva o abatimiento de rumbo, puso un remo a estribor que tomó Wilson a su cargo, y él, colocándose en la popa, debía dirigir la almadía por medio de un gobernalle grosero. Lady Elena y Mary Grant ocupaban el centro de la embarcación junto a Mulrady, rodeándolas, para prestarles pronto socorro en caso necesario, Glenarvan, el Mayor, Paganel y Roberto.

—¿Estamos, Wilson? —preguntó John Mangles al marinero.

—Sí, capitán —respondió Wilson, asiendo fuertemente el remo.

—Atención, y aguanta contra la corriente.

John Mangles soltó la amarra y empujó vigorosamente la almadía en medio de las aguas del Snowy. Todo fue perfectamente durante quince toesas. Wilson contrarrestaba victoriosamente la corriente.

Pero luego el aparato, apoderándose de él los remolinos, empezó a dar vueltas alrededor de sí mismo, sin que pudiesen dominar su vértigo y mantenerlo en línea recta el gobernalle ni el remo. A pesar de sus esfuerzos, Wilson y John Mangles se hallaron colocados muy pronto en una posición inversa, que imposibilitaba la acción de los escasos medios de avance con que contaban.

Fue preciso resignarse. No había ningún medio para sobreponerse al movimiento giratorio de la almadía, que era llevada por la corriente y daba vueltas con una rapidez vertiginosa. John Mangles, en pie, pálido, apretando los dientes, miraba el agua arremolinada.

Llegó la almadía al centro del Snowy, encontrándose entonces a media milla río abajo de su punto de partida. Allí tenía la corriente una fuerza extremada, y como rompía los remolinos, adquirió el aparato alguna estabilidad.

John y Wilson cogieron de nuevo los remos y pudieron colocar la almadía en una dirección oblicua. Su maniobra dio por resultado aproximarla a la orilla izquierda. No se hallaban ya más que a cincuenta toesas, cuando el remo de Wilson se rompió y la almadía, careciendo de todo sostén, fue arrastrada. John quiso resistir solo, a riesgo de romper el timón como se había roto el remo, y Wilson, con las manos ensangrentadas, le ayudó en esta vigorosa maniobra.

Al cabo triunfaron y la almadía, después de una travesía que duró más de media hora, atracó contra la escarpa perpendicular de la orilla. El choque fue tan violento que se descoyuntaron las tablas, se rompieron las cuerdas, y entró el agua por todas partes. Los viajeros no tuvieron más que el tiempo necesario para asirse a la maleza de la margen, sosteniendo a Mulrady, a Lady Elena y a Mary Grant que se encontraron a salvo con los vestidos empapados de agua.

Todos se salvaron, pero la mayor parte de las provisiones embarcadas y las armas, exceptuando la carabina del Mayor, se fueron con los restos de la almadía.

Se había pasado el río. Los expedicionarios se hallaban casi sin recursos, a treinta y cinco millas de Delegete, en medio de los desconocidos desiertos de la frontera victoriana. No se encuentran allí colonos ni pastores, siendo una región habitada únicamente por algunos bushrangers, feroces y ladrones.

Se resolvió partir inmediatamente. Mulrady comprendió que no servía más que de estorbo, y pidió que le dejaran allí solo hasta que de Delegete le mandasen socorros.

Glenarvan rechazó su proposición. No podía llegar a Delegete antes de tres días, ni a la costa antes de cinco, es decir, hasta el 26 de enero, y el Duncan debió haber salido el 16 de Melbourne. ¿Qué le importaban ya algunas horas de retraso?

—No, amigo mío —le dijo—, no quiero abandonar a nadie. Haremos unas angarillas y te llevaremos relevándonos.

Se hicieron las angarillas con ramas de eucaliptos cubiertas de hojas, y, de grado o por fuerza, tuvo Mulrady que colocarse en ellas. Glenarvan quiso ser el primero en llevar al buen marinero; cogió un extremo de las angarillas, Wilson el otro, y los expedicionarios se pusieron en marcha.

¡Qué triste espectáculo! ¡Cuán mal concluía un viaje que tan bien había empezado! No se iba ya en busca de Harry Grant. Aquel continente, en que él no estaba, en que no había estado nunca, prometía ser funesto a los que buscaban sus huellas. ¡Y cuando sus denodados compatriotas llegasen a la costa australiana, no encontrarían siquiera el Duncan para volver a su patria!

Fue triste y silenciosa la primera jornada. Los viajeros se relevaban de diez en diez minutos para llevar las angarillas. Un calor intensísimo aumentaba la fatiga de los camaradas del marinero, que sin murmurar se habían impuesto la obligación de llevarle.

A la caída de la tarde, sin haber avanzado más que cinco millas, los viajeros acamparon en un bosque de gomeros.

Se cenó el resto de las provisiones que pudieron salvarse del naufragio. No se podía en lo sucesivo contar más que con lo que diese de sí la carabina del Mayor.

La noche fue mala y lluviosa. Parecía eterna. No bien amaneció, la expedición volvió a emprender su caminata. No se presentó al Mayor una sola ocasión de disparar su carabina. Aquella funesta región era más desierta que el desierto, pues ni siquiera la frecuentaban los animales.

Por fortuna, Roberto descubrió un nido de avutardas, en el que encontró una docena de voluminosos huevos que Olbinett coció enterrándolos en ceniza caliente. Con esto y algunas verdolagas que crecían en el fondo de una barranca, se almorzó el día 22.

La marcha se hizo entonces sumamente penosa. Las llanuras eran arenosas y estaban erizadas de spinifex, hierba espinosa llamada en Melbourne porc-épic (puerco espín). Los spinifex desgarraban los vestidos y la carne. Sin embargo, las valerosas viajeras no se quejaban; iban delante para dar ejemplo, y animaban a unos y otros con una palabra o una mirada.

Al anochecer se detuvieron los expedicionarios al pie del monte Bulla-Bulla, en las márgenes del creek de Jungalla. La cena habría sido nula, es decir que no habría habido cena si no hubiera dado la casualidad de que Mac Nabbs matara una rata de una especie enorme, el *Mus conditor*, que goza de excelente reputación bajo el punto de vista gastronómico. Olbinett la asó, y hubiera parecido superior a su fama si su tamaño hubiese sido igual al de un carnero. Pero fue menester contentarse con lo poco que daba de sí el animalito, que tuvo la honra de ser roído hasta los huesos.

El 23, los viajeros, fatigados, pero siempre enérgicos, emprendieron de nuevo la marcha. Después de rodear la falda de la montaña atravesaron largas praderas, cuya hierba parecía formada de barbas de ballena. Era aquello una trabazón inextricable de dardos, lanzas y bayonetas, que obligaban a recurrir al hierro y al fuego para abrirse paso.

Aquella mañana se suprimió el almuerzo por economía. Nada hay tan árido como aquella región sembrada de fragmentos de cuarzo. Se dejaron sentir cruelmente el hambre y la sed. Redoblaban las angustias de los viajeros una atmósfera de fuego. No se andaba en una hora media milla. Si aquella privación de agua y alimentos se hubiera prolongado hasta la noche, los asendereados viajeros se habrían quedado muertos en el camino.

Pero cuando todo falta, cuando el hombre se ve completamente privado de recursos, cuando ve llegada la hora en que ha de sucumbir irremisiblemente, se manifiesta algunas veces la intervención de la Providencia.

Ofrecieron agua a los viajeros los cefalotes, especie de vasos llenos de líquido refrigerante que pendían de las ramas de algunos arbustos coraliformes. Todos bebieron de aquella agua, que les dio la vida.

El alimento se redujo al que sostiene a los indígenas cuando carecen de caza, de insectos y serpientes. En el seco lecho de un creek encontró Paganel una planta cuyas excelentes propiedades le había con frecuencia descrito uno de sus colegas de la Sociedad de Geografía.

Dicha planta, llamada nardou, era una criptógama de la familia de las

marcilacias, la misma que prolongó la vida de Burke y de King en los desiertos del interior. Debajo de sus hojas, parecidas a las del trébol, brotan espórrulas del tamaño de una lenteja que se machacaron con piedras y se redujeron a una especie de harina de la que se hizo un pan que mitigó los tormentos del hambre. Olbinett hizo un gran repuesto de nardou, que abundaba mucho en aquellos sitios, y quedó asegurada la manutención para algunos días.

El día 24 Mulrady anduvo a pie una parte del camino. Su herida estaba enteramente cicatrizada. No faltaban ya más de diez millas para llegar a la ciudad de Delegete, y al anochechar acamparon los peregrinos a los 149° de longitud sur en la frontera misma de Nueva Gales del Sur.

Hacía algunas horas que caía una lluvia fina y penetrante, y no hubiera habido donde guarecerse, si John Mangles no hubiese descubierto casualmente una choza de serradores abandonada y medio demolida. Preciso fue contentarse con aquel miserable albergue de ramas y bálago. Wilson quiso encender fuego para preparar el pan de nardou, y fue a buscar ramas secas que encontró en el suelo. Pero cuando trató de encender aquella leña, no pudo conseguirlo, porque se oponía a su combustión la considerable cantidad de sustancia albuminosa que contenía. Dicha leña era la madera incombustible citada por Paganel en su extraña nomenclatura de los productos australianos.

Hubo, pues, que prescindir del fuego, y por consiguiente del pan, y echarse con los vestidos mojados, mientras que los pájaros burlones, ocultos en las altas ramas, se mofaban al parecer de los desventurados viajeros.

Ya era hora de que tantos padecimientos llegasen a su término. Las dos animosas viajeras sacaban, como suele decirse, fuerzas de flaqueza, pero no podían ya más, y ya no andaban, sino que se arrastraban.

Se partió al día siguiente, al rayar el alba. A las once se distinguió Delegete, en el condado de Wellesley, a 50 millas de la bahía de Twofold.

Los medios de transporte se organizaron allí rápidamente. Hallándose tan cerca de la costa, renació la esperanza en el corazón de Glenarvan. Tal vez, si había habido algún retraso, llegaría antes que el Duncan. En veinticuatro horas podía estar en la costa.

A mediodía, después de una buena comida, todos los viajeros, metidos en un mail-coach, salieron de Delegete al galope de cinco vigorosos caballos.

Los postillones, estimulados por el ofrecimiento de una buena propina, hacían volar el carruaje por un camino bien conservado. En menos de diez minutos hacían los relevos, que se sucedían de 10 en 10 millas. Parecía que Glenarvan les había comunicado la impaciencia que le devoraba.

Durante aquel día y toda la noche se corrió a razón de 10 millas por hora.

A la salida del sol del día siguiente, un sordo murmullo anunció la aproximación del océano Índico. Fue preciso rodear la bahía para alcanzar la playa en el paralelo 37, que era precisamente el punto en que Tom Austin debía esperar la llegada de los viajeros.

Cuando apareció el mar, todas las miradas se dirigieron a él, interrogando el horizonte. ¿Se hallaría allí el Duncan por un milagro de la Providencia, navegando de vuelta y vuelta, como un mes antes en el cabo Corrientes, en las costas argentinas?

Nada se vio. El cielo y el agua se confundían en una misma línea. Ni una sola vela animaba la vasta extensión del océano.

Quedaba aún una esperanza. Tal vez Tom Austin había juzgado conveniente anclar en la bahía de Twofold, porque la mar era gruesa, y un buque peligraba en la proximidad de semejantes costas.

— ¡A Edén! —dijo Glenarvan.

El mail-coach tomó inmediatamente a la derecha el camino circular que sigue las costas de la bahía y se dirigió a la aldea de Edén, que sólo distaba de allí unas cinco millas.

Los postillones se detuvieron cerca del faro fijo que señalaba la entrada del puerto. Había algunos buques fondeados en la rada, pero ninguno tenía izado en el mástil el pabellón de Malcolm.

Glenarvan, John Mangles y Paganel, bajaron del carruaje, corrieron a la Aduana, interrogaron a los empleados y se enteraron del movimiento de buques de los últimos días.

Hacía una semana que ninguno había anclado en la bahía.

— ¡Tal vez no haya partido! —exclamó Glenarvan, el cual, por una condición inherente al corazón humano, no quería desesperar enteramente—. ¡Quizás hayamos llegado antes que él!

John Mangles movió la cabeza. Conocía a Tom Austin y sabía que su segundo no era capaz de retardar diez días la ejecución de una orden.

—Quiero saber a qué atenerme —dijo Glenarvan—. Es preferible la certeza a la duda.

Un cuarto de hora después había enviado un telegrama urgente al síndico de los ships-brokers de Melbourne.

En seguida, los viajeros se hicieron conducir a la fonda «Victoria».

A las dos recibió Lord Glenarvan un parte telegráfico concebido en los

siguientes términos.

Lord Glenarvan, Edén.

Twofold Bay. Duncan partido 18 corriente, destino desconocido.

J. ANDREW, S. B.

Glenarvan dejó caer al suelo el telegrama.

¡Ya no cabía duda! ¡El honrado yate escocés se hallaba en manos de Ben Joyce, convertido en buque pirata!

Así terminaba aquella travesía de Australia, empezada bajo tan favorables auspicios. Las huellas del capitán Grant y de los náufragos parecían irrevocablemente perdidas. El fracaso costaba la vida a toda una tripulación; Lord Glenarvan sucumbía en la lucha, y el denodado explorador, a quien no habían podido detener en las Pampas todos los elementos conjurados contra él, acababa de ser vencido en el continente australiano por la perversidad de los hombres.

OCÉANO PACÍFICO

Capítulo I

El Macquarie

Si los que buscaban al capitán Grant debían desesperar alguna vez de descubrir su paradero, ¿no era acaso en aquel momento en que todo absolutamente les faltaba? ¿A qué punto del Globo habían de dirigir una nueva expedición? ¿Cómo habían de explorar nuevos países? El Duncan no existía para ellos, y hasta se hallaban imposibilitados para volver inmediatamente a su patria. La empresa de aquellos generosos escoceses había, por consiguiente, fracasado. ¡Fracasado! ¡Triste palabra que no encuentra eco en las almas valerosas, y, sin embargo, bajo los repetidos golpes de la fatalidad, fuerza era que Glenarvan reconociese su impotencia para proseguir su obra de abnegación y desprendimiento!

Mary Grant, haciéndose cargo de la situación, tuvo la prudencia y el valor de no pronunciar el nombre de su padre. Contuvo su congoja pensando en la desventurada tripulación que acababa de perecer. La hija se borró, si así puede decirse, delante de la amiga, y prodigó sus consuelos a Lady Glenarvan, de quien tanto había recibido. Fue quien primero habló de regresar a Escocia.

John Mangles la admiró al verla tan animosa y resignada. Quiso pronunciar la última palabra en favor del capitán, pero Mary lo detuvo con una mirada, y más adelante le dijo: —No, Mr. John, pensemos en los que se han sacrificado. Es preciso que Lord Glenarvan regrese a Europa.

—Tenéis razón, Miss Mary —respondió John Mangles—, es preciso. También lo es informar a las autoridades inglesas de la suerte del Duncan. Pero no renunciéis a toda esperanza. Antes de abandonar las investigaciones que hemos empezado, me comprometo a proseguirlas yo solo. Encontraré al capitán Grant o sucumbiré en la empresa.

El compromiso que contraía John Mangles era formal. Mary lo aceptó y tendió la mano al joven capitán, como para ratificar el tratado. John Mangles ofrecía el sacrificio de toda su vida, y Mary un reconocimiento inalterable.

En aquel mismo día se decidió definitivamente la partida. Se resolvió trasladarse a Melbourne sin tardanza. Al día siguiente, fue John a averiguar qué buques estaban próximos a zarpar del puerto. Creía hallar comunicaciones frecuentes entre Edén y la capital de Victoria.

Se frustraron sus esperanzas. Los buques eran escasos. Tres o cuatro embarcaciones, ancladas en la bahía de Twofold, componían toda la flota mercante, sin que hubiese ninguna que se hiciese a la vela para Melbourne, Sydney ni Pomte de Gall, únicos puertos de Australia en que Glenarvan hubiera encontrado buques de carga para Inglaterra. En efecto, la «Peninsular Oriental Steam Navigation Company» tiene una línea regular de vapores entre dichos puertos y la metrópoli.

¿Qué podían hacer en las circunstancias que les rodeaban? ¿Esperar un buque? Se exponían a tener que estar esperando mucho tiempo, porque la bahía de Twofold es poco frecuentada. ¡Cuántos buques pasan de largo sin arribar a ella!

Después de mucho reflexionar y discutir, Glenarvan estaba resuelto a dirigirse a Sydney por los caminos de la costa, cuando Paganel hizo una proposición inesperada.

El geógrafo había ido, sin decir una palabra a nadie, a visitar la bahía de Twofold. Sabía que para Sydney y Melbourne faltaban medios de transporte. Pero de los tres buques anclados en la rada había uno que estaba próximo a aparejar para Auckland, la capital de Ika Na Maoui, la isla norte de Nueva Zelanda. Paganel propuso fletar dicho buque e ir a Auckland, desde donde sería fácil regresar a Europa en un paquebote de la «Compañía Peninsular».

La proposición de Paganel fue tomada en consideración sin que el geógrafo recurriese a la serie de argumentos de que era ordinariamente tan pródigo. Se limitó a exponer el hecho, añadiendo que la travesía no duraría

más allá de cinco o seis días, no siendo más que de 1.000 millas la distancia que separa Australia de Nueva Zelanda.

Por una singular coincidencia, Auckland se halla situado precisamente en la línea del paralelo 37, que tan obstinadamente seguían los expedicionarios desde las costas de Araucanía. Indudablemente el geógrafo, sin que se le tachase de parcial, habría podido sacar de esta particularidad un argumento en pro de su proposición, que ofrecía naturalmente la ocasión de inspeccionar las costas de Nueva Zelanda.

Pero no quiso aprovecharse de semejante ventaja. Habiéndose engañado ya dos veces, no quiso aventurar una tercera interpretación del documento. Además, ¿qué nueva interpretación podía ser la suya? En el documento se expresaba terminantemente que el capitán Grant se había refugiado en un continente, y Nueva Zelanda es una isla. Por esta razón, Paganel no asoció ninguna idea de nuevas exploraciones a la proposición de dirigirse a Auckland. Únicamente hizo observar que, entre este puerto y la Gran Bretaña, hay establecidas comunicaciones periódicas, de que sería fácil aprovecharse.

John Mangles apoyó la proposición de Paganel, y fue del parecer de que debía adoptarse, sin aguardar la llegada problemática de un buque a la bahía de Twofold. Pero antes de pasar más adelante, juzgó conveniente visitar el buque indicado por el geógrafo. Participaron todos de su opinión, y Glenarvan, el Mayor, Paganel, Roberto y el joven capitán, tomaron una lancha, y en un santiamén estuvieron en el buque, fondeado a dos cables escasos del muelle.

Era el tal buque, que se llamaba Macquarie, un bergantín de doscientas toneladas, que hacía tráfico de cabotaje entre los diferentes puertos de Australia y de Nueva Zelanda. El capitán, o por mejor decir, el master o patrón, recibió muy groseramente a los recién llegados, los cuales vieron en seguida que tenían que habérselas con un hombre sin pizca de educación ni de buena crianza, que por sus modales no se diferenciaba esencialmente de los cinco marineros que llevaba a bordo. Una cara ancha muy colorada, manos gruesas, nariz aplastada, ojos saltones y unos labios ennegrecidos por la pipa, daban a Will Halley un aspecto brutal y hacían de él un triste personaje. Pero no había dónde escoger, y, además, se trataba sólo de un viaje de unos cuantos días.

—¿Qué queréis? —preguntó Will Halley a los desconocidos, apenas pusieron el pie en la cubierta del buque.

—¿El capitán? —preguntó John Mangles.

—Yo soy —dijo Halley—. ¿Qué más?

—¿El Macquarie está aparejando para Auckland?

—Sí. ¿Qué más?

—¿Qué lleva?

—Todo lo que se vende y todo lo que se compra. ¿Qué más?

—¿Cuándo parte?

—Mañana, con la marea del mediodía. ¿Qué más?

—¿Toma pasajeros?

—Según sean, y si se contentan con el rancho de a bordo.

—Traerán sus provisiones.

—¿Qué más?

—¿Qué más?

—Sí, ¿cuántos son?

—Nueve; entre ellos dos señoras.

—No tengo camarotes.

—Nos pasaremos sin ellos, y nos arreglaremos como podamos, dejando a nuestra disposición la cámara de popa.

—¿Qué más?

—¿Aceptáis? —preguntó John Mangles, que no hacía ningún caso de los modales del patrón.

—Lo pensaré —respondió éste.

Y dio dos o tres vueltas por la cubierta, en que resonaban sus grandes botas claveteadas. Después, se volvió bruscamente hacia John Mangles.

—¿Cuánto van a dar? —dijo.

—¿Cuánto pedís? —respondió John.

—Cincuenta libras.

Glenarvan hizo un ademán de asentimiento.

—De acuerdo. Cincuenta libras —respondió John Mangles.

—Pero nada más que el pasaje —añadió Will Halley.

—Nada más.

—Comida aparte.

—Aparte.

—Convenido. ¿Qué más? —dijo Will tendiendo la mano.

—¿Cómo?

—¿No dais señal?

—Tomad veinticinco libras, la mitad del pasaje —dijo John Mangles, contando la suma al master, que se la metió en el bolsillo sin dar las gracias.

—Mañana a bordo antes del mediodía —dijo—. Estén o no, me largo.

—Estaremos.

Sin más respuesta, Glenarvan, el Mayor, Roberto, Paganel y John Mangles salieron del buque, sin que Will Halley tocase siquiera con un dedo el curouet que llevaba encasquetado.

— ¡Qué buitre! —dijo John.

—Pues me hace gracia —respondió Paganel—. Es un verdadero lobo de mar.

— ¡Un verdadero oso! —replicó el Mayor.

—¿Qué importa —respondió Glenarvan—, puesto que manda el Macquarie, y el Macquarie va a Nueva Zelanda? Desde Twofold Bay a Auckland le veremos poco, y al llegar a Auckland, ya no le volveremos a ver.

Lady Elena y Mary Grant se alegraron mucho cuando supieron que estaba fijada la partida para el día siguiente. Glenarvan les hizo observar que el Macquarie no ofrecía las mismas comodidades que el Duncan, pero después de tantos percances como habían experimentado, las animosas viajeras se habían acostumbrado ya a todo. Mr. Olbinett recibió orden de comprar provisiones. Desde la pérdida del Duncan, el pobre hombre había llorado mucho a la desgraciada Mrs. Olbinett, que iba a bordo, y fue por consiguiente víctima, con toda la tripulación, de la ferocidad de los bandidos. Sin embargo, desempeñó sus funciones de stewart con su acostumbrado celo, y la comida aparte consistió en víveres escogidos que nunca figuraron en el rancho del bergantín. En pocas horas se adquirieron las provisiones.

Entretanto, el Mayor cobraba en casa de un cambista las letras que había girado Glenarvan contra el «Union Bank», de Melbourne, pues no quería carecer de oro. Rehízo también su arsenal de armas y municiones. Paganel se procuró un excelente mapa de Nueva Zelanda, publicado por Johnson, en Edimburgo.

Mulrady estaba casi curado, resintiéndose apenas de la herida que puso su vida en peligro. Algunos días de mar debían completar su curación. Él contaba con que la mejor medicina serían las brisas del Pacífico.

Wilson se encargó de preparar a bordo del Macquarie el alojamiento de los pasajeros. A fuerza de echar baldes de agua, hizo tomar a la cámara otro aspecto. Will Halley, encogiéndose de hombros, le dejó despacharse a su gusto, haciendo tan poco caso de él como de Glenarvan y sus compañeros, de quienes ni siquiera pensó en preguntar el nombre. Les consideraba como una sobrecarga que le valía 50 libras, y le merecían menos atenciones que las doscientas toneladas de cueros curtidos que atestaban su sentina. Primero los cueros y después las personas. Era un negociante. Respecto a sus cualidades de marino, pasaba por un buen práctico de aquellos mares, que los arrecifes de coral hacían muy peligrosos.

Dos motivos diferentes inducían a Glenarvan, en las últimas horas de aquella singladura, a doblar la punta de la costa cortada por el paralelo 37.

Deseaba visitar una vez más aquel presunto lugar del naufragio. Era indudable que Ayrton había sido el contramaestre de la Britannia, y ésta podía en realidad haberse perdido en aquella parte de la costa australiana, en la costa del este, ya que no en la del oeste. Ligereza e insensatez hubiera sido abandonar sin examen un punto que nunca más debía volver a ver.

Y, además, el Duncan, y no sólo la Britannia, había caído allí en manos de los desertores de presidio. ¿No pudo haber habido combate? ¿Tan difícil era que encontrase en la playa vestigios de una lucha desesperada, de una resistencia suprema? Si la tripulación había perecido en las olas, ¿no debían éstas arrojar a la costa algún cadáver?

Glenarvan procedió al reconocimiento, acompañándole su fiel John. El dueño de la fonda «Victoria» puso a su disposición dos caballos, y tomaron el camino del norte que rodea la bahía de Twofold.

La exploración fue triste. Glenarvan y el capitán John cabalgaban sin decir una palabra. Pero los dos se comprendían. Los mismos pensamientos y angustias atormentaban su mente. Contemplaban las rocas roídas por el mar. No tenían necesidad de interrogarse.

Basta conocer el celo e inteligencia de John para asegurar que todos los puntos de la costa fueron escrupulosamente explorados, lo mismo las más insignificantes aberturas que las playas, declives y las mesetas de arena a que las marejadas del Pacífico, por poco violentas que fuesen, podían haber arrojado algún despojo. Pero no se tropezó con el menor indicio que inspirase aliento para nuevas investigaciones. No había huella alguna de naufragio.

Nada tampoco del Duncan. Toda aquella parte de Australia, ribereña del océano, estaba desierta.

No obstante, John Mangles descubrió en la playa evidentes señales de una ranchería, y cenizas aún tibias bajo algunos magalls aislados. ¿Hacía pocos

días que había pasado por allí alguna tribu nómada de naturales? No, pues encontró Glenarvan un indicio que le permitía asegurar que aquella parte de la costa había sido visitada por desertores de presidio.

Vio abandonada al pie de un árbol una chaqueta parda y amarilla, muy vieja y muy remendada, un verdadero harapo, sucio y siniestro. Llevaba el número de matrícula del presidio de Perth. No se hallaba allí el presidiario a quien perteneció, pero denunciaba su reciente presencia aquel sórdido despojo, aquella librea del crimen que, después de haber cubierto las carnes de un miserable, se acababa de pudrir en la desierta playa.

— ¡Mira, John! —dijo Glenarvan—. ¡Aquí han llegado los desertores de presidio! ¿Y nuestros pobres camaradas del Duncan...?

— ¡Sí! —respondió John con voz sorda—. Parece indudable que no han sido desembarcados, que han perecido...

— ¡Miserables! —exclamó Glenarvan—. ¡Si caen algún día en mis manos, no vacilaré en vengar a mi tripulación...!

El dolor había endurecido las facciones de Glenarvan. Estuvo contemplando durante algunos minutos la inmensidad de las olas, buscando quizás algún buque perdido en el espacio. Después se nublaron sus ojos, recobró su serenidad, y sin añadir una palabra más ni hacer el menor ademán, volvió a tomar al galope el camino de Edén.

Sólo faltaba llenar una formalidad, que consistía en dar parte a la autoridad de los acontecimientos ocurridos. Aquella misma tarde informó de todo al magistrado Thomas Banks, el cual no podía ocultar su satisfacción al extender el sumario. No cabía de gozo en su pellejo al tener conocimiento de la desaparición de Ben Joyce y su partida. Toda la ciudad participó de su alegría. Los desertores habían salido de Australia. Verdad es que habían cometido un nuevo crimen, pero al fin habían salido. Tan importante noticia fue inmediatamente comunicada por telégrafo a las autoridades de Melbourne y de Sydney.

Concluida su declaración, Glenarvan regresó a la fonda «Victoria», donde los viajeros pasaron tristemente aquella última noche. Recorrían todos con el pensamiento aquella tierra fecunda en desventuras. Recordaban sus esperanzas tan legítimamente concebidas en el cabo Bernouille, y tan cruelmente burladas en la bahía de Twofold.

Se había apoderado de Paganel una agitación febril. John Mangles, que le observaba sin cesar desde el incidente del Snowy River, comprendió que el geógrafo quería y no quería hablar. Le apremió varias veces con preguntas que no obtuvieron respuesta.

Sin embargo, aquella noche, John, al acompañarle a su cuarto, le preguntó por qué estaba tan nervioso.

—Estoy como siempre, amigo John —respondió evasivamente Paganel.

—Amigo mío —replicó John—, un secreto os ahoga.

— ¡Y bien! ¿Qué le vamos a hacer? —exclamó el geógrafo gesticulando—. Tengo algo que es más fuerte que yo.

—¿Qué algo es ese más fuerte que vos?

—La alegría, por una parte, y la desesperación, por otra.

—¿Estáis alegre y desesperado a un mismo tiempo?

—Sí, la idea de que voy a visitar Nueva Zelanda, me alegra y me desespera.

—¿Tenéis acaso algún indicio? —preguntó John Mangles—. ¿Habéis vuelto a hallar la pista perdida?

— ¡No, amigo John! ¡No se vuelve de Nueva Zelanda! Pero, sin embargo..., en fin, ¡ya sabéis lo que es la naturaleza humana! ¡Basta respirar para esperar! Y mi divisa es spiro, spero, que vale tanto como todas las divisas del mundo.

Capítulo II

El pasado del país a donde van

El día siguiente, 27 de enero, todos los pasajeros del Macquarie se hallaban a bordo antes de la hora prefijada, encerrados en la estrecha cámara del bergantín en que apenas podían moverse. Will Halley ni siquiera tuvo la atención de ofrecer su camarote a las señoras, con lo que no perdieron éstas gran cosa, pues la cueva era digna del oso.

A las doce y media se aparejó con la marea ascendente. Se levó el ancla, no sin que costase algún trabajo arrancarla del fondo. Se levantó un viento del Sudoeste bastante moderado. Se largaron las velas poco a poco, porque los cinco marineros que componían toda la tripulación no pecaban de listos. Wilson quiso ayudarles, pero Halley le dijo que se estuviese quieto y no se metiese en camisa de once varas, pues él estaba acostumbrado a salir solo de apuros y no pedía a nadie ayuda ni consejo.

Esto lo decía aludiendo principalmente a John Mangles, que no podía dejar de sonreírse al ver la torpeza de algunas maniobras. John dio la callada por

respuesta, pero se reservó su intervención de hecho, ya que no de derecho, en el caso de que la torpeza de la tripulación comprometiese la seguridad del buque.

Sin embargo, a fuerza de tiempo, los cinco marineros, estimulados por los juramentos del master, llegaron a izar las velas. El Macquarie navegó a un largo, con mayores, gavias, juanetes, cangreja y foques, izando más adelante los sobres y hasta los perigallos. Pero no obstante este refuerzo de trapo, el bergantín avanzaba muy poco. Su abultada proa, la anchura de su sentina y la pesadez de su proa, le hacían un mal andador y el más perfecto tipo del zapato.

Paciencia. Afortunadamente, por mal que navegase el Macquarie, en cinco o seis días había de llegar a la rada de Auckland.

A las siete de la tarde se perdieron de vista las costas de Australia y el faro fijo del puerto de Edén. El mar, bastante picado, fatigaba al buque, que caía pesadamente en el hueco de las olas. Los violentos balanceos molestaban a algunos de los viajeros que se hallaban en la cámara, pero no podían subir a cubierta porque llovía a mares, y quedaron todos condenados a un riguroso encarcelamiento.

Cada uno se dejó entonces llevar de la corriente de sus pensamientos. Apenas hablaban, y solamente Lady Elena y Mary Grant se dirigían alguna vez la palabra. Glenarvan no podía estar quieto en ninguna parte. Iba y venía incesantemente, al paso que el Mayor permanecía inmóvil. John Mangles y Roberto subían de cuando en cuando a cubierta para observar el mar. Paganel murmuraba en un rincón palabras vagas e incoherentes.

¿En qué pensaba el digno geógrafo? En aquella Nueva Zelanda a donde le llevaba la fatalidad. Rehacía en su mente toda la historia, y reaparecía ante sus ojos todo el pasado de aquel país funesto.

¿Pero había en aquella historia algún hecho, algún incidente que hubiese autorizado alguna vez a los descubridores de aquellas islas a considerarlas como un continente? ¿Podía un geógrafo moderno o un marino aplicarles semejante calificación? Como se ve, Paganel volvía siempre a las andadas, siempre a la interpretación del documento. Esto era ya una obsesión, una idea fija. Después de la Patagonia y de Australia, su imaginación, solicitada por una palabra, se fijaba tenazmente en Nueva Zelanda. Pero un punto, un solo punto, era irreconciliable con sus nuevos cálculos.

—Contin..., ontin... —repetía—. ¡Esto quiere decir continente!

Y dio en seguir mentalmente las huellas de los navegantes que habían reconocido aquellas dos grandes islas de los mares australes.

El 13 de diciembre de 1642, el holandés Tasman, después de haber

descubierto la tierra de Van Diemen, arribó a las desconocidas costas de Nueva Zelanda. Las siguió a lo largo durante algunos días, y el 17 penetraron sus buques en una espaciosa bahía, que terminaba en un estrecho canal abierto entre dos islas.

La isla del norte era Ika Na Maoui, palabras zelandesas que significan el pez de Maoui. La isla del sur era Twai Pouna Mon, es decir, la ballena que produce el jade verde.

Abel Tasman envió a tierra sus botes y éstos volvieron acompañados de dos piraguas que tripulaban algunos bulliciosos indígenas. Eran los salvajes de mediana estatura, de tez morena y amarillenta, y tenían los pómulos salientes, la voz ruda y los cabellos negros, llevándolos como los japoneses, atados en el sincipucio o coronilla y adornados con una gran pluma blanca.

La primera entrevista de los europeos con los naturales parecía ser preludeo de relaciones amistosas y muy duraderas. Pero al día siguiente, en el acto de ir uno de los botes de Tasman a reconocer un fondeadero más cerca de tierra, le asaltaron con violencia siete piraguas tripuladas por un gran número de indígenas.

El bote zozobró y se llenó de agua. El contraestre que lo dirigía fue herido en la garganta por una pica groseramente aguzada y cayó al mar, siendo degollados cuatro de sus seis compañeros, pero él y los dos restantes pudieron llegar al buque a nado.

Después de la catástrofe, Tasman aparejó, limitando su venganza a algunos mosquetazos que disparó contra los indígenas, sin alcanzarles. Zarpó de la bahía, a la cual dio el nombre de bahía de la Matanza; remontó la costa occidental, y fondeó el 3 de enero cerca de la punta del norte, donde la violenta resaca y las malas disposiciones de los naturales le impidieron proveerse de agua. Dejó entonces definitivamente aquellas tierras inhospitalarias, a las que en honor de los Estados Generales, dio el nombre de Tierras de los Estados.

Se figuraba el navegante holandés que aquel territorio confinaba con las islas del mismo nombre descubiertas al este de la Tierra del Fuego, en la punta meridional de América. Creía haber encontrado el gran continente del sur.

—Pero —se decía Paganel— no puede un marino del siglo XIX incurrir en el error en que cayó un marino del siglo XVII. Aquí hay algo que no alcanzo a comprender.

Por espacio de más de un siglo, el descubrimiento de Tasman quedó como olvidado, y nadie se acordaba de Nueva Zelanda, cuando Surville, navegante francés arribó a ella a los 35° 37' de latitud. Al principio, no le dieron los indígenas ningún motivo de queja, pero sobrevinieron vientos terribles, y se

desencadenó una tempestad que arrojó una lancha en que estaban embarcados los enfermos de la expedición a la playa de la bahía del Refugio. Allí un jefe llamado Maoui Noui recibió amistosamente a los franceses y les acogió bajo su propio techo. Todo iba a pedir de boca, hasta que los salvajes robaron un bote de Surville que éste reclamó inútilmente, y se vengó quemando una aldea entera. Esta venganza, tan terrible como injusta, dio origen a represalias sangrientas de que Nueva Zelanda fue teatro.

El 6 de octubre de 1769 apareció en aquellas costas el ilustre Cook, cuyo buque Endeavour fondeó en la bahía de Taoué Roa.

El inmortal marino procuró captarse con buenos tratos las simpatías de los naturales. Pero para que éstos le conociesen, tuvo necesidad de apoderarse de algunos de ellos, a quienes impuso a la fuerza sus beneficios. Después les soltó y envió de nuevo a tierra, colmados de dádivas y atenciones, y ellos entonces con sus relatos sedujeron a otros muchos indígenas, que voluntariamente pasaron a bordo e hicieron negocios con los europeos. Algunos días después, Cook se dirigió a la bahía Hawkes, que es una inmensa escotadura en la costa del este de la isla septentrional, y allí se halló en presencia de indígenas belicosos y provocativos que le obligaron con sus desmanes a dispararles un metrallazo.

El 20 de octubre, el Endeavour fondeó en la bahía de Tiko Malou, donde residía una población pacífica compuesta de doscientas almas. Los botánicos que había a bordo hicieron en el país fructuosas exploraciones, y los naturales les trasladaron a la playa en sus propias piraguas. Cook visitó dos aldeas defendidas con empalizadas, parapetos y dobles fosos, que revelaban amplios conocimientos sobre campamentos militares. El fuerte más importante estaba situado en una roca que las grandes mareas convertían en una verdadera isla, y más aún que en una isla, pues no sólo la rodeaba el agua, sino que ésta atravesaba mugiendo una arcada que tenía 60 pies de altura y en ella se apoyaba aquel pah inaccesible.

El 31 de marzo, Cook, después de cinco meses de estar recogiendo objetos curiosos, plantas indígenas y documentos etnográficos y etnológicos, dio su nombre al estrecho que separa las dos islas, y dejó Nueva Zelanda, que debía volver a encontrar en sus viajes ulteriores.

En efecto, en 1773, el gran marino reapareció en la bahía de Hawkes, y fue testigo de escenas de canibalismo, de las que fueron responsables sus compañeros que las provocaron. Algunos oficiales, que hallaron en tierra los mutilados miembros de un joven salvaje, los llevaron a bordo, y después de cocidos los ofrecieron a los naturales, que los devoraron con ansia. ¡Tuvieron el triste capricho de ser cocineros de una comida de antropófagos!

Cook, en su tercer viaje, visitó de nuevo aquellas tierras que le merecían

una predilección singular y de las cuales quería determinar la situación hidrográfica. Se separó de ellas por última vez el 25 de febrero de 1777.

En 1791, Vancouver hizo escala en la bahía Sombra, donde permaneció veinte días, sin ningún fruto para las ciencias naturales o geográficas. En 1793, D. Entrecasteaux reconoció 25 millas de costa en la parte septentrional de Ika Na Maoui, donde aparecieron un momento los capitanes de la marina mercante Haussen y Delrympe, y después Badén, Richardson y Moody. El doctor Savage, que permaneció cinco semanas en la isla, recogió importantes datos sobre las costumbres de los zelandeses.

En aquel mismo año, 1805, el inteligente Doua Tara, sobrino del jefe de Rangui Hou, se embarcó en el buque Argo, fondeado en la bahía de las Islas y mandado por el capitán Badén.

Acaso algún día las aventuras de Doua Tara inspiren un canto épico a algún Homero maorí, por lo fecundas que fueron en desastres, injusticias y malos tratos. Traiciones, secuestros, golpes y heridas, he aquí lo que el pobre salvaje recibió en recompensa de sus buenos servicios. ¡Qué idea debió formarse de gentes que se llaman civilizadas! Le condujeron a Londres, donde hicieron de él un marinero de última clase, juguete de toda la tripulación, y sin el reverendo Marsden, que le tomó afecto, porque reconoció en él un juicio seguro, un buen carácter y maravillosas cualidades de corazón e inteligencia, hubiera muerto de dolor. Marsden facilitó a su protegido algunos sacos de trigo e instrumentos de cultivo para su país y le robaron esta pequeña dádiva. La desgracia pesó de nuevo sobre el pobre Doua Tara hasta 1814, en que se le encuentra restablecido en el país de sus antepasados. Iba entonces a recoger el fruto de tantas vicisitudes, cuando la muerte le sorprendió a la edad de veintiocho años, en el momento de ir a regenerar la sanguinaria Zelanda. ¡Desgracia irreparable, que sin duda ha hecho sufrir a la civilización en aquellos países un retraso de muchos años, porque es irremplazable un hombre inteligente y bueno, que reúna en su corazón el deseo del bien y el amor de su patria!

Hasta 1816 Nueva Zelanda quedó abandonada. En dicho año, Thompson; en 1817, Lidiard Nicholas, y en 1819, Marsden, recorrieron varias comarcas de las dos islas, y en 1820, Richard Cruise, capitán en el 84.º regimiento de Infantería, permaneció en el país diez meses que valieron a la Ciencia estudios muy concienzudos de las costumbres indígenas.

En 1824, Dupersey, comandante de la Coquille, estuvo quince días en la bahía de las Islas, sin que le dieran los naturales más que motivos de elogio.

En 1827, el ballenero inglés Mercury tuvo que defenderse del pillaje y del asesinato; en aquel mismo año, el capitán Dillon fue dos veces acogido de la manera más hospitalaria.

En marzo de 1827, el ilustre Dumont d'Urville, comandante del Astrolabe, pudo impunemente y sin armas pasar en tierra algunas noches en medio de los indígenas, dormir en sus chozas y proseguir, sin que nadie le molestase, sus importantes trabajos geodésicos, que tan excelentes mapas han valido al depósito de la marina.

No le fue tan bien al año siguiente a John James, que mandaba el bergantín inglés Haves, pues des pues de tocar en la bahía de las Islas, se dirigió al cabo del este, y le causó muchas dificultades un jefe pérfido llamado Escararo. Algunos de sus compañeros sufrieron una muerte horrible.

De estos acontecimientos contradictorios, de estas alternativas de apacibilidad y de barbarie, debemos deducir que con harta frecuencia las crueldades de los zelandeses no han sido más que represalias. Los buenos o malos tratos han dependido de la buena o mala conducta de los capitanes. Los indígenas han sido más de una vez agresores, pero ordinariamente les ha guiado un espíritu de venganza contra los europeos, no siempre provocado por los que de él han sido víctimas.

Después de Urville, completó la etnografía de Nueva Zelanda un audaz explorador que veinte veces ha recorrido el mundo entero, un nómada, un bohemio de la Ciencia, un inglés, Earle, el cual visitó las comarcas desconocidas de las dos islas, sin tener que quejarse personalmente de los indígenas, si bien fue con frecuencia testigo de escenas de antropofagia. Los zelandeses se devoraban unos a otros con una sensualidad repugnante.

Lo mismo observó en 1831 el capitán Laplace, durante su permanencia en la bahía de las Islas. Ya entonces los combates eran mucho más terribles que en la época del descubrimiento, porque los salvajes tenían armas de fuego y las manejaban con una precisión asombrosa. Las comarcas, en otro tiempo florecientes y pobladas, de Ika Na Maoui, se convirtieron en profundas soledades. Tribus enteras habían desaparecido como desaparecen rebaños de carneros: asadas y comidas.

Los misioneros se han esforzado inútilmente en proscribir estos sanguinarios instintos. Desde 1808 Church Missionary Society estuvo muchos años enviando sus más hábiles agentes a los principales núcleos de la isla septentrional. Pero la barbarie de los indígenas le obligó al cabo a suspender el establecimiento de misiones, si bien en 1844 Monsieur Marsden, el protector de Doua Tara, Hall y King, desembarcaron en la bahía de las Islas, y compraron por doce hachas de hierro a los jefes de tribu un terreno de doscientos acres, en que se estableció la Sociedad anglicana.

Hubo de arrostrar en un principio grandes privaciones y peligros, pero al cabo los naturales respetaron la vida de los misioneros y aceptaron sus cuidados y sus doctrinas. Se suavizaron algunos indígenas feroces, y de tal

manera se despertaron en aquellos corazones inhumanos sentimientos de gratitud, que en 1854 los zelandeses protegieron a sus arikis, es decir, a los reverendos, contra algunos marineros soeces que les insultaban y maltrataban.

Así, pues, las misiones con el tiempo llegaron a prosperar, no obstante la presencia de presidiarios evadidos de Port Jackson, que desmoralizaban la población indígena. En 1831, el Journal des Missions évangéliques daba cuenta de dos establecimientos considerables, uno de ellos en Kidi Kidi, en las márgenes de un canal que desagua en la bahía de las Islas, y el otro en Pai Hia, junto al río Kawa Kawa. Los indígenas convertidos al cristianismo abrieron caminos bajo la dirección de los arikis, establecieron comunicaciones atravesando bosques inmensos y echaron puentes sobre los torrentes impetuosos. Los misioneros iban uno tras otro a predicar a las remotas tribus la religión civilizadora, levantando capillas de juncos o cortezas y escuelas para los jóvenes indígenas, tremolando en el techo de tan modestas construcciones el pabellón de la misión con la cruz de Cristo y estas palabras: Rongo pai, que en lengua zelandesa significan Evangelio.

Desgraciadamente, la influencia de los misioneros no se extiende más allá de sus establecimientos, escapándose a su acción toda la parte nómada de las poblaciones. El canibalismo no se ha destruido más que entre los cristianos, y aun así es preciso no someter a los recién convertidos a tentaciones demasiado fuertes, porque el instinto de sangre les domina y les ciega.

Además, en aquellas comarcas salvajes la guerra ha tomado un carácter crónico y rebelde. Los zelandeses no son como los embrutecidos australianos, que huyen delante de la invasión europea. Los zelandeses se resisten, se defienden, odian a sus invasores, y este odio, que es implacable, les impulsa contra los emigrados ingleses. El porvenir de estas grandes islas depende de un azar. Según sea la suerte de las armas, se civilizarán inmediatamente, o permanecerán largos siglos en un profundo estado de barbarie.

De este modo, Paganel, cuyo cerebro impaciente hervía, había rehecho en su mente la historia de Nueva Zelanda. Pero nada encontró en esta historia que le permitiese dar el nombre de continente a aquella comarca compuesta de dos islas, y si bien algunas palabras del documento habían exaltado su imaginación, las dos sílabas contin le detenían obstinadamente en el camino de una nueva interpretación.

Capítulo III

Las matanzas de Nueva Zelanda

El 31 de enero, cuatro días después de su partida, el Macquarie no había aún andado las dos terceras partes del océano que separaba Australia de Nueva Zelanda. Will Halley se ocupaba mucho o nada de la maniobra de su ronco buque, y lo dejaba abandonado a sí mismo. Se le veía muy raras veces, de lo que no se quejaba nadie, y los pasajeros le hubieran dejado en paz en su camarote, si se hubiese limitado a pillar todos los días una borrachera de gin o de brandy. Sus marineros seguían su ejemplo y el buque navegaba a la gracia de Dios, como no ha navegado nunca ningún otro.

Esta imperdonable incuria obligaba a John Mangles a ejercer una vigilancia incesante. Más de una vez Mulrady y Wilson cogieron el timón en el momento de ir el bergantín a zozobrar, interviniendo frecuentemente Will Halley, de cuya boca salían sapos y culebras, y ponía a los dos marineros como chupas de dómine. A éstos se les subía el humo a las narices y como tenían malas pulgas, deseaban dar una buena lección a aquel borracho y después de molerle a palos dejarle encerrado en la sentina para que durmiese en ella la mona, hasta la conclusión del viaje. Pero John Mangles les contenía y consiguió no sin trabajo calmar su justa indignación.

Sin embargo, le preocupaba la situación del buque, acerca de la cual nada dijo a Lord Glenarvan para no alarmarle, y no habló más que al Mayor y a Paganel. Aunque en diferentes términos, Mac Nabbs le aconsejó que aplicase al grosero master el remedio heroico preconizado por Wilson y Mulrady.

—Si os parece conveniente esta medida, John —le dijo—, no debéis andaros en chiquitas; tomad el mando y la dirección del buque. Después que hayamos desembarcado en Auckland, volverá ese borracho a ser dueño a bordo, y podrá irse a pique si tales son su voluntad y su gusto.

—Sin duda, Monsieur Mac Nabbs —respondió John Mangles—; y no dejaré de hacer lo que me decís sino cuando no haya otro remedio. Mientras nos hallemos en alta mar, basta un poco de vigilancia, y mis marineros y yo estamos siempre sobre cubierta. Pero confieso que al aproximarnos a la costa, si Will Halley no recobra su razón, voy a pasar la pena negra y me veré en un apuro.

—¿No podéis trazar vos el rumbo? —preguntó Paganel.

—Difícil será —respondió John—. ¿Creeréis que no hay a bordo una carta de marear?

—¿De veras?

—De veras. El Macquarie no hace más que el cabotaje entre Edén y Auckland, y Will ha contraído con la práctica un conocimiento tal de estos sitios, que no toma ninguna altura.

—Se figura, sin duda —respondió Paganel—, que su buque conoce el camino y se dirige solo.

—Pero como no hay buques que se dirijan solos —respondió John Mangles—, si Will Halley, al acercarnos a la costa, está, como suele, hecho una cuba, nos va a poner en un brete.

—Es de esperar —dijo Paganel— que para entonces se haya serenado algo.

—Es decir —preguntó Mac Nabbs—, que en caso necesario, ¿no podría conducir al Macquarie a Auckland?

—Sin tener el mapa de esta parte de la costa, me sería imposible. Los cantiles y escarpas de la playa son fatales. Todo el fondo está plagado de bajos irregulares y caprichosos como los de Noruega. Se necesita mucha práctica para evitar los arrecifes. Un buque, por sólido que sea, está perdido si choca su quilla con una de esas rocas sumergidas a algunos pies bajo el agua.

—¿En cuyo caso —dijo el Mayor—, la tripulación no tiene más recursos que refugiarse en la playa?

—No hay otro, Monsieur Mac Nabbs, si el tiempo lo permite.

—¡Triste recurso! —respondió Paganel—. Las costas de Nueva Zelanda no son hospitalarias, y están erizadas de peligros.

—¿Aludís a los maoríes, Monsieur Paganel? —preguntó John Mangles.

—Sí, amigo mío. Su reputación en el océano Índico es bien conocida. No se trata ahora de australianos tímidos o embrutecidos, sino de una raza inteligente y sanguinaria, de caníbales ávidos de carne humana, de antropófagos, de quienes no se puede esperar misericordia.

—¿Así, pues —dijo el Mayor—, si el capitán Grant hubiese naufragado en las costas de Nueva Zelanda, no aconsejaríais que siguiésemos sus huellas?

—En las costas, sí —respondió el geógrafo—, porque en ellas podríamos hallar vestigios de la Britannia, pero en el interior no, porque sería inútil. Todo europeo que se aventure en esas funestas comarcas cae prisionero de los maoríes, y el que cae prisionero de éstos está irremisiblemente perdido. He inducido a mis amigos a atravesar las Pampas y la Australia, pero jamás les llevaría por los senderos de Nueva Zelanda. ¡Protéjanos el cielo, y quiera Dios que no caigamos en manos de esos feroces indígenas!

Los temores de Paganel estaban demasiado justificados. Nueva Zelanda goza de una fama terrible, y corresponde una sangrienta fecha a cada uno de los incidentes de su descubrimiento.

Larga es la lista de las víctimas inscritas en el martirologio de los

navegantes. Los sangrientos anales del canibalismo empiezan en los cinco marineros de Abel Tasman, muertos y devorados. La misma suerte sufrieron después el capitán Tukney y todos los que se embarcaron en la chalupa de su buque. En la parte oriental del estrecho de Foveax, cinco pescadores de Sydney Cove fueron igualmente triturados por los dientes de los naturales. Se pueden citar, además, cuatro hombres de la goleta Brothers, asesinados en el abra de Molineaux; varios soldados del general Gates y tres desertores de la Mathilda, hasta llegar al nombre tan dolorosamente célebre del capitán Marión du Frene.

El 11 de mayo de 1772, después del primer viaje de Cook, el capitán francés Marión fondeó en la bahía de las Islas. Él mandaba el Mascarin, y el capitán Crozet mandaba el Castries. Los zelandeses, hipócritas, acogieron muy bien a los recién llegados, y hasta afectaron una timidez excesiva, de suerte que para familiarizarles a bordo se necesitaron muchos regalos y servicios, una fraternización constante y un prolongado trato amistoso.

Si es cierto lo que dice Dumont d'Urville, su jefe, el inteligente Takouri, pertenecía a la tribu de los Wangaroa, y era pariente del indígena arrebatado traidoramente, dos años antes de la llegada del capitán Marión, por Surville.

En un país en que el honor impone a todos los maoríes el deber de obtener con sangre satisfacción de los ultrajes recibidos, Takouri no podía olvidar la injuria hecha a su tribu. Aguardó con paciencia la llegada de un buque europeo, meditó su venganza y la llevó a cabo con la más atroz sangre fría.

Después de fingir que tenía miedo a los franceses, Takouri hizo todo lo posible para adormecerles en la más engañosa confianza. Él y sus camaradas pasaron muchas noches a bordo de los buques. Regalaban a la tripulación pescados escogidos, y les solían acompañar sus hijas y sus mujeres. No tardaron en conocer los nombres de los oficiales, y les invitaron a visitar sus aldeas.

Seducidos por tantas muestras de afecto, Marión y Crozet recorrieron toda aquella costa, cuya población ascendía a 4.000 habitantes. Los naturales les salían al encuentro sin armas y procuraban inspirarles una confianza absoluta.

El capitán Marión había hecho escala en la bahía de las Islas con intención de renovar la arboladura del Castries, muy afectada por las últimas tempestades. Exploró con este motivo el interior de las tierras, y el 23 de mayo descubrió a dos leguas de la costa y al alcance de una bahía situada a una legua del surgidero de los buques, un bosque de cedros magníficos.

Formó allí una especie de astillero en que las dos terceras partes de los tripulantes, armados de hachas y otras herramientas, se ocuparon en derribar árboles y en recomponer los caminos que conducían a la bahía. Se escogieron

otros dos puestos, a que fueron trasladados los enfermos de la expedición, y se establecieron los herreros y toneleros de los buques, y otro en la orilla misma del océano, a legua y media del surgidero. Este último puesto comunicaba con el campamento de los calafates, y los salvajes, vigorosos y adiestrados, ayudaban a los marinos trabajando como ellos.

Sin embargo, hasta entonces el capitán Marión había tomado algunas medidas de prudencia. Los salvajes no subían jamás a bordo con armas, las lanchas no se acercaban nunca a tierra sino con armas. Pero Marión y los oficiales más suspicaces fueron fascinados por los buenos modales de los indígenas, y el capitán mandó desarmar las lanchas, sin que pudiese Crozet disuadirle de dar una orden semejante.

Entonces multiplicaron los zelandeses sus atenciones y demostraciones de afecto. Sus jefes y los oficiales estaban, como suele decirse, a partir un piñón, y vivían en una intimidad perfecta. Más de una vez Takouri condujo a su hijo a bordo, y le dejó acostarse en los camarotes. El 8 de junio, Marión, en una visita solemne que hizo a tierra, fue reconocido jefe superior de todo el país, y como distintivo de su alta jerarquía, adornaron sus cabellos con cuatro plumas blancas.

Treinta y tres días transcurrieron desde la llegada de los buques a la bahía de las Islas. Avanzaban los trabajos de arboladura y se hacía tranquilamente la aguada en Motou Aro. El capitán Crozet dirigía en persona el taller de carpintería, y nunca se habían concebido esperanzas, al parecer, más fundadas y legítimas de llevar una empresa a buen término.

El 12 de junio a las dos se preparó la lancha del comandante para una pesquería proyectada al pie de la aldea de Takouri. Marión se embarcó en ella con los dos jóvenes oficiales, Vendricourt y Lehox, un voluntario, el maestro de armas y doce marineros. Acompañábanle Takouri y otros cinco jefes. Nada hacía prever la espantosa catástrofe que esperaba a dieciséis de los diecisiete europeos.

Avanzó la lancha hacia tierra y muy pronto desde los buques se perdió de vista.

Aquella noche el capitán Marión no volvió a bordo, a lo que nadie dio importancia, porque se supuso que habría querido visitar el astillero y pernoctar en él.

A las cinco de la mañana siguiente, la chalupa del Castries fue, como de costumbre, a proveerse de agua en el islote de Motou Aro. Volvió a bordo sin incidente.

A las nueve, un marinero del Mascarin, que estaba de cuarto, vio agitándose en las olas un hombre casi moribundo que procuraba ganar el

buque a nado. Una lancha le salió al encuentro para auxiliarle, y le volvió a bordo.

Aquel hombre era Turner, uno de los remeros de la lancha del capitán Marión. Tenía en el costado dos lanzadas, y era el único que regresaba de los diecisiete hombres que el día antes habían salido del buque.

Se le interrogó, y él dio a conocer todos los pormenores del horrible drama.

La lancha del desventurado Marión había llegado junto a la aldea a las siete de la mañana. Los salvajes salieron alegremente a recibir a los visitantes. Llevaron a hombros a los oficiales y marineros que no querían mojarse al saltar a tierra, y luego los franceses se separaron unos de otros.

Inmediatamente, los salvajes, armados de lanzas, mazos y rompecabezas, se arrojaron contra ellos de improviso, y siendo diez contra uno, les degollaron. El marinero Turner, con dos heridas de lanza, pudo escaparse y se ocultó en la maleza. Desde su escondrijo fue testigo de abominables escenas. Los salvajes desnudaron enteramente los cadáveres, les abrieron el vientre, y los hicieron pedazos...

En aquel momento, Turner, sin ser visto, se echó al mar, y fue recogido casi exánime por la lancha del Mascarin.

Este acontecimiento consternó a las dos tripulaciones, que prorrumpieron en gritos de venganza. Pero antes de vengar a los muertos, era preciso salvar a los vivos. Había en tierra tres destacamentos, que estaban rodeados de millares de salvajes sedientos de sangre, de caníbales hambrientos de carne humana.

No estando presente el capitán Crozet, que había pasado la noche en el astillero, Duclesmeur, que era el oficial de más graduación que había a bordo, tomó las disposiciones más urgentes. La chalupa del Mascarin se dirigió a la costa con un oficial y un destacamento de soldados, siendo su principal objeto auxiliar a los calafates. Al llegar a la playa la chalupa, sus tripulantes vieron la lancha del comandante Marión, y desembarcaron.

El capitán Crozet no tenía la menor noticia de la matanza, cuando a las dos de la tarde, aproximadamente, vio aparecer el destacamento. Presintió una desgracia. Salió al encuentro del oficial, y supo la verdad. Prohibió a los soldados decir una palabra de lo ocurrido a sus compañeros, temiendo que se desmoralizasen.

Los salvajes amotinados ocupaban todas las alturas. El capitán Crozet mandó llevarse las principales herramientas, enterrar las otras, prender fuego a los cobertizos, y empezó su retirada con setenta hombres.

Los naturales le seguían, gritando: Takouri maté Marión!.

Creían asustar a los marineros divulgando la muerte de sus jefes, y lo que

consiguieron fue exasperarles de tal manera, que quisieron precipitarse contra aquellos miserables, pudiendo el capitán Crozet contenerlos a duras penas.

Anduvieron dos leguas de este modo. El destacamento llegó a la costa y se embarcó en las chalupas con los hombres del segundo puesto. Mientras se embarcaron, un millar de salvajes permanecían sentados en el suelo sin moverse. Pero cuando las chalupas empezaron a separarse de la playa, fueron apedreadas. Entonces cuatro marineros, buenos tiradores, derribaron sucesivamente a todos los jefes, sembrando un indecible espanto entre los naturales, que no conocían el efecto de las armas de fuego.

El capitán Crozet, al llegar al Mascarin, envió la chalupa al islote Motou Aro, donde se quedó toda la noche un destacamento de soldados, y los enfermos fueron trasladados a bordo.

A la mañana siguiente, se reforzó el puesto con otro destacamento. Era necesario limpiar el islote de los salvajes que lo infestaban y seguir haciendo la aguada. La aldea de Motou Aro contenía trescientos habitantes. Seis jefes fueron ejecutados, pasados a cuchillo los naturales y reducida a cenizas la aldea.

Pero el Castries no podía hacerse a la mar sin arboladura, y Crozet, obligado a renunciar a los árboles del bosque de cedros, tuvo que construir mástiles de ensambladura. Continuó la aguada.

Transcurrió un mes. Los salvajes hicieron algunas tentativas para recobrar la isla de Motou Aro, pero fueron infructuosas. Cuando sus piraguas pasaban cerca de los buques, eran echadas a pique a cañonazos. Al fin terminaron los trabajos. Sólo faltaba saber si alguna de las dieciséis víctimas había sobrevivido a la matanza, y vengar a las otras. La chalupa, con un destacamento de oficiales y soldados, se dirigió a la aldea de Takouri. Este jefe, pérfido y cobarde, al acercarse la tropa huyó, llevando en los hombros la capa del comandante Marión. Se registraron escrupulosamente todas las chozas de la aldea. En la casa del infame jefe, se encontró un cráneo humano recién cocido, en el cual se distinguían aún las impresiones de los dientes del caníbal. Un muslo humano estaba atravesado en un asador de palo. Se reconocieron la camisa de Marión, con el cuello manchado de sangre, la ropa y las pistolas del joven Vandricourt, las armas de la lancha y los vestidos hechos jirones. Más adelante, en otra aldea, se vieron despojos humanos limpios y cocidos.

Los marineros recogieron tan irrefutables pruebas de ferocidad y antropofagia, y enterraron respetuosamente aquellos restos humanos, incendiando en seguida las aldeas de Takouri y de su cómplice Piki Oro. El 14 de julio de 1772, abandonaron los dos buques aquellos funestos parajes.

Tal fue aquella catástrofe cuyo recuerdo debe estar presente en la memoria de todos los viajeros que ponen el pie en las costas de Nueva Zelanda. Imprudente sería el capitán que no se aprovecharse de estos ejemplos. Los zelandeses son siempre pérfidos y antropófagos. Cook lo reconoció así en su segundo viaje de 1773.

La chalupa de uno de esos buques, el *Aventure*, mandado por el capitán Furneaux, había marchado a tierra el 17 de diciembre para proveerse de plantas silvestres, y no reapareció. Se habían embarcado en ella un midshipan y nueve marineros. Alarmado el capitán Furneaux mandó al teniente Burney a averiguar su paradero. Burney, según él mismo dice, al llegar al punto del desembarco, encontró un cuadro de carnicería del que no es posible hacer mención sin que se ericen los cabellos. Las cabezas, los pulmones y otras entrañas de los marineros, estaban esparcidas por la arena, y allí cerca algunos perros devoraban otros restos del mismo género.

Para terminar este sangriento catálogo, se debe consignar el nombre del buque *Brothers*, atacado en 1815 por los zelandeses; y el de *Boyd*, mandado por Thompson, cuya tripulación fue degollada en 1820. Por último, en *Walkitca*, el 1 de marzo de 1829, el jefe Enarraco saqueó el bergantín inglés *Hawes*, de Sydney, la horda de caníbales degolló a varios marineros, hizo cocer los cadáveres y se dio un festín de carne humana.

Tal era aquella Nueva Zelanda hacia la cual corría el *Macquarie*, tripulado por cinco marineros estúpidos a las órdenes de un capitán borracho.

Capítulo IV

Las rompientes

Aquella penosa travesía se prolongaba demasiado. El 2 de febrero, seis días después de haber zarpado, el *Macquarie* no había aún avistado las costas de Auckland. Aunque las corrientes eran contrarias, el viento, que se mantenía del Sudoeste, era propicio, y, sin embargo, el bergantín avanzaba poco o nada. El oleaje, bastante duro, fatigaba a su arboladura; su casco crujió, y cuando las olas le bajaban, le costaba trabajo levantarse. Sus obenques, brandales y estayes poco tirantes, dejaban a los mástiles sin sujeción suficiente, por lo que éstos en cada balanceo sufrían una violenta sacudida.

Afortunadamente, Will Halley, que no tenía prisa, no forzaba las velas, pues de otra suerte se hubiera irremisiblemente venido abajo toda la arboladura. John Mangles esperaba por lo mismo que aquel desvencijado casco llegaría a tomar puerto aunque tarde, pero sufría de ver a sus

compañeros a bordo de un buque tan incómodo y en tan malas condiciones.

Lady Elena y Mary Grant no se quejaban, a pesar de que una lluvia continua no les permitía salir de su cuchitril, en donde les molestaban mucho los balanceos del buque y la falta de aire. Así es que con alguna frecuencia subían a cubierta desafiando las inclemencias del tiempo, hasta que las obligaban a volverse abajo algunas ráfagas insostenibles. Entonces se embutían de nuevo en aquel reducido espacio, más propio para mercancías que para pasajeros y sobre todo pasajeras.

Entretanto, sus amigos hacían todo lo posible para distraerlas. Paganel procuraba matar el tiempo con anécdotas, pero no con mucho éxito. Estaban los ánimos demasiado preocupados. Sus reflexiones sobre Nueva Zelanda eran acogidas con una indiferencia y frialdad que contrastaban singularmente con el interés que habían inspirado sus disertaciones sobre las Pampas y Australia. Su auditorio, según él, se había desmoralizado. Además, los viajeros se dirigían a él sin entusiasmo, sin convicción, arrastrados por la fatalidad y no voluntariamente.

El más digno de lástima de todos los pasajeros del Macquarie era Lord Glenarvan, a quien rara vez se veía en la cámara. No podía estarse quieto. Su constitución nerviosa no podía acomodarse, en el estado de sobreexcitación nerviosa en que se hallaba, a un encarcelamiento entre cuatro tabiques. De día y hasta de noche, sin hacer ningún caso de la lluvia ni de las olas que barrían la cubierta, permanecía en ésta, tan pronto apoyado de codos en el sobrepuesto, como dando largos pasos con agitación febril.

Sus ojos miraban incesantemente el espacio y en los breves momentos en que cesaba la lluvia, lo recorrían obstinadamente con el catalejo. Parecía que quería entrar en conversación con las olas, y hubiera querido con un gesto desvanecer los vapores acumulados y rasgar la bruma que velaba el horizonte. No podía resignarse, y toda su fisonomía reflejaba un agudo dolor.

Era el hombre enérgico, hasta entonces feliz y poderoso, a quien faltaban súbitamente a la vez el poder y la felicidad.

John Mangles no se separaba de su lado y arrostraba con él las inclemencias del tiempo. Aquel día Glenarvan, con una obstinación más tenaz aún que la acostumbrada, escudriñaba el horizonte dondequiera que aparecía la menor claridad. John se acercó a él.

—¿Vuestro Honor busca la tierra? —preguntó.

Glenarvan hizo un ademán negativo.

—Sin embargo —continuó el joven capitán—, debéis estar en ascuas deseando salir pronto de este bergantín. Hace ya treinta y seis horas que

deberíamos haber distinguido los faros de Auckland.

Glenarvan no respondía. Seguía mirando, y tuvo durante un minuto asestado el antejo a barlovento del buque.

—No está la tierra por este lado —dijo John Mangles—. Mire Vuestro Honor a estribor.

—¿Por qué, John? —respondió Glenarvan—. No es la tierra lo que busco.

—¿Qué queréis ver, pues, Milord?

— ¡Mi yate! ¡Mi Duncan! —respondió Glenarvan con cólera—. ¡Debe estar por aquí, en estos parajes, surcando estos mares, ejerciendo el siniestro oficio de pirata! ¡Está por aquí, John, yo te lo digo, cruzando el derrotero que siguen los buques entre Australia y Nueva Zelanda! ¡Presiento que le hemos de encontrar!

— ¡Dios nos libre de ello, Milord!

—¿Por qué, John?

—¿Olvida Vuestro Honor nuestra situación? ¿Qué haríamos en este bergantín, si el Duncan nos diese caza? ¡Ni siquiera huir podríamos!

— ¡Huir, John!

—Sí, Milord. ¡Lo intentaríamos en vano! ¡Seríamos apresados, entregados a discreción de esos miserables, y Ben Joyce ha demostrado que no retrocede delante de un crimen! ¡Nos jugaríamos la vida, la venderíamos cara, nos defenderíamos hasta exhalar el último aliento! ¿Quién lo duda? Pero, ¿y después? ¡Pensad en Lady Glenarvan, Milord, pensad en Mary Grant!

— ¡Pobres mujeres! —murmuró Glenarvan—. John, tengo el corazón hecho pedazos, y a veces se apodera de mí la desesperación. ¡Me parece que se nos preparan nuevas catástrofes, que el cielo se ha declarado contra nosotros! ¡Tengo miedo!

—¿Vos, Milord?

— ¡No por mí, John, pero por los que amo, por los que tú también amas!

—Tranquilizaos, Milord —respondió el joven capitán—. No hay nada que temer. El Macquarie anda mal, pero anda. Will Halley es un ente embrutecido, pero aquí estoy yo, y si las proximidades de la costa me parecen peligrosas echaré el buque mar adentro. Por ese lado no hay peligro. Pero en cuanto a encontrar el Duncan, líbreme Dios de semejante encuentro, y si Vuestro Honor trata de descubrirlo, que sea para huir de él a toda costa.

John Mangles tenía razón. El encuentro del Duncan hubiera sido funesto para el Macquarie, y este encuentro era muy de temer en aquellos mares

cerrados que podían los piratas surcar sin peligro. Sin embargo, aquel día no apareció el yate y llegó la sexta noche desde la salida de Twofold Bay, sin que se realizasen los temores de John Mangles.

Pero se preparaba una noche terrible. A las siete de la tarde, la oscuridad era ya casi completa. El cielo estaba amenazador. El instinto del marino, haciéndose superior al embrutecimiento de la embriaguez, sacó de su estupor a Will Halley, el cual salió de su camarote restregándose los ojos y agitando su enorme cabeza roja. Al llegar sobre cubierta, aspiró una gran bocanada de aire, como otro cualquiera para serenarse hubiera bebido un vaso de agua, y examinó la arboladura.

El viento arreciaba, y cayendo un cuarto al oeste, impelía al buque hacia la costa zelandesa.

Will Halley, vomitando imprecaciones, consiguió que la tripulación aferrase los juanetes y disminuyese el velamen. John Mangles aprobó la maniobra sin decir una palabra, porque no quería conversación con el soez marino. Pero ni él ni Glenarvan abandonaron la cubierta. Dos horas después se levantó un viento huracanado, y Will Halley mandó rizar gavias. La operación hubiera sido difícil para cinco hombres, si el Macquarie no hubiese estado provisto de una doble verga del sistema americano, con cuyo mecanismo bastaba arriar la verga superior para que la vela quedase reducida a sus menores dimensiones.

Transcurrieron dos horas, y la mar iba siendo cada vez más gruesa. El Macquarie sufría en sus fondos sacudidas, como si su quilla rozase las rocas. Pero no las rozaba, sino que su pesado casco se levantaba difícilmente sobre las olas cuando se encrespaban, de lo que resultaba que éstas pasaban por encima del buque e inundaban la cubierta. Un golpe de mar se llevó la lancha que colgaba de los pescantes de babor.

John Mangles empezaba a alarmarse. Otro buque cualquiera se hubiera burlado de aquel oleaje. Pero con aquel pesado casco era de temer el irse a pique, porque en todas las arfadas la cubierta se llenaba de agua, y ésta, no encontrando en los imbornales bastante expedita la salida, podía sumergir al buque. Para evitar este riesgo, la prudencia aconsejaba derribar a hachazos parte de la obra muerta, pero Will Halley no quiso tomar esta medida.

Amenazaba, además, al Macquarie un peligro mucho mayor que no había ya tiempo de conjurar.

A las once y media, John Mangles y Wilson, que se hallaban en el combés a sotavento, percibieron un sonido insólito, cuya causa les hicieron conocer sus instintos y su experiencia de hombres de mar. John cogió la mano del marinero.

— ¡La resaca! —le dijo.

—Sí —respondió Wilson—. Hay bancos cerca en que se estrellan las olas.

—¿Todo lo más a la distancia de dos cables?

— ¡Todo lo más! Allí está la tierra.

Se asomó John por la borda sacando casi todo el cuerpo fuera, miró las oscuras olas y exclamó:

— ¡La sonda, Wilson! ¡La sonda!

El master, inmóvil en la proa, no se había al parecer hecho debido cargo de su posición. Cogió Wilson la sonda, y desde la popa la echó al agua. Corrió la cuerda entre sus dedos, y se detuvo el escandallo al tercer nudo.

— ¡Tres brazas! —exclamó Wilson luego que hubo medido el braceaje.

—Capitán —dijo John corriendo hacia Will Halley—, estamos en los rompientes.

Halley se encogió de hombros, pero John, sin hacerle ningún caso, se precipitó hacia el gobernalle, forzó el timón todo lo posible, y entretanto Wilson, que había ya soltado la sonda, tiró de las brazas de la gavia mayor hasta situar las vergas en el plano que la orzada requería. El marinero que estaba en el timón fue vigorosamente rechazado antes de haber comprendido la gravedad e inminencia del peligro.

— ¡Vira! ¡Vira! —gritaba el joven capitán, empujando el timón para virar en redondo y evitar los arrecifes.

Por espacio de medio minuto la borda de estribor pasó casi rozando los escollos, y, a pesar de la oscuridad de la noche, John distinguió una línea de mugidora espuma a cuatro brazas del buque.

Entonces Will Halley, teniendo ya la conciencia del peligro, perdió completamente la cabeza. Sus marineros, medio ebrios, aún no podían comprender sus órdenes. Además, la incoherencia de sus palabras y la contradicción de sus voces de mando demostraban que aquel estúpido borracho carecía de serenidad y sangre fría. Le había sorprendido la proximidad de la tierra, que creía tener a 30 ó 50 millas de distancia cuando la tenía a 8. Las corrientes le habían echado de su derrotero habitual y cogido de improviso al miserable rutinario.

Acababa de alejar al Macquarie de las rompientes la pronta maniobra de John Mangles, pero éste ignoraba su posición. Podía muy bien hallarse rodeado de bajíos. El viento llevaba al este, y en una arfada cualquiera era fácil que el bergantín encallase.

En efecto, el ruido de la resaca se oyó más perceptible por el costado de estribor. Era preciso orzar, ir al viento, ciñendo todo lo posible, y John dio vuelta al timón y braceó de nuevo las vergas. Los rompientes se multiplicaban bajo el branque del bergantín. Preciso era virar en redondo y poner la proa contra el viento, lo que ofrecía grandes dificultades, siendo un buque de poco velamen y mal equilibrado. Pero preciso era intentarlo.

— ¡Fuerza el timón! —gritó John Mangles a Wilson.

El Macquarie se volvió a cerrar a la nueva línea de arrecifes, estrellándose el espumoso mar en las rocas sumergidas.

Hubo un momento de angustia que no puede expresarse. La espuma volvió las olas luminosas, como si las hubiese iluminado súbitamente un fenómeno de fosforescencia. El mar bramaba como si poseyese la voz de los escollos antiguos animados por la mitología pagana. Wilson y Mulrady se cargaban con todo su peso a la caña del gobernalle. El timón no podía girar más.

Hubo de pronto un choque. El Macquarie acababa de tocar en un bajo, y la jarcia muerta del bauprés se rompió, comprometiendo la estabilidad del trinquete. ¿Terminaría la virada en redondo sin que se produjesen otras averías?

Hubo un momento de calma, y el buque se volvió hacia el viento, pero de golpe se detuvo en su evolución. Una encrespada ola le cogió por debajo y le acercó más y más a los arrecifes. El pesado casco cayó con una violencia tal, que se vino abajo el trinquete con todo su aparejo.

Hubo otros dos choques; y el bergantín quedó inmóvil e inclinado en un ángulo de 30°.

Saltaron a pedazos los cristales de la cámara de popa. Los pasajeros subieron precipitadamente sobre cubierta, siendo ésta en toda su extensión barrida incesantemente por las olas, por lo que era peligroso permanecer en ella.

John Mangles, que sabía que el buque se hallaba firmemente embarrancado en un banco de arena, suplicó a los viajeros que volviesen a la cámara.

—¿La verdad, John? —preguntó fríamente Glenarvan.

—La verdad es, Milord —respondió John Mangles— que no nos iremos a pique. No aseguraré que el buque no se haga pedazos, pero nos dará tiempo de salvarnos.

—¿Qué hora es? ¿Las doce?

—Sí, Milord, y hemos de aguardar que sea de día.

—¿No se puede echar la lancha al agua?

—Con tanta marejada y tanta oscuridad, es imposible. Además, ¿a qué punto de la costa atracaríamos?

—Pues bien, John, permanezcamos aquí hasta que asome el alba.

Will Halley corría como un loco de un lado a otro del bergantín. No sabía lo que pasaba. Sus marineros, vueltos en sí de su estupor, desfundaron un barril de aguardiente y se pusieron a beber. John previó que su embriaguez iba a ocasionar muy pronto terribles escenas.

No se podía contar con el patrón para refrenarlos. El miserable se arrancaba los cabellos y se retorció los brazos. No pensaba más que en su cargamento, que no estaba asegurado.

— ¡Estoy arruinado! ¡Estoy perdido! —exclamaba corriendo de un lado para otro.

John Mangles no se cuidó de consolarle. Hizo que sus compañeros se armasen y pusiesen en disposición de contrarrestar a los marineros que se llenaban de brandy hasta el gañote, profiriendo espantosas blasfemias.

—Al primero de esos miserables —dijo el Mayor tranquilamente— que se acerque a nosotros, le mato como a un perro.

Los soeces marineros vieron sin duda que los pasajeros estaban dispuestos a hacerse respetar, pues, después de algunas tentativas de saqueo, desaparecieron todos.

John Mangles no se volvió a ocupar de aquellos borrachos, y aguardó con impaciencia que amaneciese.

El bergantín se hallaba entonces absolutamente inmóvil. El mar se calmaba poco a poco, y el viento caía. El casco podía, pues, resistir aún algunas horas. Al amanecer, John examinaría la costa, y si presentaba un buen atracadero, se transportarían el equipaje y los pasajeros en el you-you o bote, que era la única embarcación que quedaba a bordo, pues ya hemos dicho que un golpe de mar se había llevado la lancha. Con el bote se necesitarían para trasladarse a la playa tres viajes por lo menos, porque no cabían en él más que cuatro personas.

Mientras, apoyado en la borda, John Mangles reflexionaba sobre los peligros de la situación, escuchaba el rumor de la resaca. Procuraba atravesar con sus miradas la profunda oscuridad, y se preguntaba a sí mismo cuál era la distancia que le separaba de aquella tierra tan deseada y al mismo tiempo tan temida. Los rompientes distan algunas veces muchas leguas de una costa, y no podría el frágil bote resistir una travesía algo larga.

Mientras John, abismado en sus meditaciones, pedía un poco de luz al tenebroso cielo, los pasajeros, depositando en él toda su confianza,

descansaban en sus camarotes. La inmovilidad del bergantín les aseguraba algunas horas de tranquilidad. Glenarvan, John y sus compañeros, no oyendo ya los gritos de la marinería ebria, pudieron conciliar un rato de sueño reparador, y a la una de la mañana reinaba un profundo silencio a bordo del bergantín, que estaba también dormido en su lecho de arena.

A las cuatro empezaron a sumergirse los objetos en la luz crepuscular. La pálida luz del alba enrojeció ligeramente las nubes. John salió a cubierta. Colgaba del horizonte un cortinaje de bruma. Algunos contornos indecisos flotaban en los vapores matutinos, pero sólo a cierta altura. Agitaba aún el mar un débil oleaje, que se perdía a lo lejos en medio de espesas nubes sin movimiento alguno.

John aguardó. La claridad fue poco a poco aumentando, iluminando el horizonte algunas pinceladas rojas. El telón de nubes se levantó lentamente para descubrir la vasta decoración del fondo. Negros arrecifes sacaban su punta fuera del agua. Después se presentó una línea que una ancha faja de espuma blanqueaba, y en medio, como un faro, un punto luminoso en la cresta de una loma proyectaba sobre el disco un invisible sol naciente. La tierra estaba allí a menos de nueve millas.

— ¡Tierra! —exclamó John Mangles.

Sus compañeros, a quienes su voz despertó, subieron sobre cubierta, y miraron silenciosamente la costa que se destacaba en el horizonte. Hospitalaria o funesta, debía ser su refugio.

—¿Dónde está Will Halley? —preguntó Glenarvan.

—No lo sé, Milord —respondió John Mangles.

—¿Y sus marineros?

—Tampoco han aparecido por aquí.

—Estarán por algún rincón durmiendo la mona —añadió Mac Nabbs.

—Que se les busque —dijo Glenarvan—, no se les puede dejar abandonados a bordo.

Mulrady y Wilson bajaron al sollado y a la cámara de proa, y dos minutos después volvieron diciendo que no se les encontraba en parte alguna.

Registraron entonces todo el entrepuente y hasta la sentina, y no vieron ni a Will Halley ni a ninguno de sus marineros.

— ¡Cómo! ¿No hay nadie? —dijo Glenarvan.

—¿Habrán caído todos al mar? —preguntó Paganel.

—Bien puede ser —respondió John Mangles, a quien puso en alerta

aquella desaparición.

Dirigiéndose luego hacia la proa dijo:

—Al bote.

Wilson y Mulrady le siguieron para echar el you-you al agua.

El you-you había desaparecido.

Capítulo V

Los marineros improvisados

Will Halley y su tripulación, aprovechándose de las tinieblas de la noche y del sueño de los pasajeros, habían huido en el único bote que el bergantín tenía. Ya era indudable que el mal llamado capitán, cuyo deber le obligaba a no abandonar el buque hasta que hubiesen salido todos, fue quien salió primero.

—Esos tunantes han huido —dijo John Mangles—. Tanto mejor, Milord. Así no tendremos que presenciar ciertas escenas repugnantes.

—Lo mismo digo —respondió Glenarvan—. Además, tenemos un capitán a bordo, John, y marineros animosos aunque no diestros. Aludo a todos tus compañeros. Dispuestos estamos a obedecerte; puedes mandar lo que quieras.

El Mayor, Paganel, Roberto, Wilson, Mulrady y hasta Olbinett aplaudieron las palabras de Glenarvan, y colocados en fila sobre cubierta, se pusieron a disposición de John Mangles.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Glenarvan.

El joven capitán paseó por el mar una mirada investigadora, examinó la arboladura incompleta del bergantín, y después de un breve rato de reflexión dijo:

—Dos medios tenemos, Milord, para salir de esta situación que no puede prolongarse. Podemos probar a desencallar el buque y hacernos a la mar, o ganar la costa en una almadía que construiremos fácilmente.

—Si se puede desencallar el buque, desencállese —respondió Glenarvan—. ¿No os parece, que es el mejor partido que se puede tomar?

—Sí, Milord, porque no sé lo que haríamos en tierra sin medios de transporte.

—Evitemos la costa —añadió Paganel—. Desconfiemos de Nueva

Zelanda.

—Tanto más, cuanto que hemos derivado mucho —añadió John—. Es evidente que por incuria de Halley hemos sido arrojados al sur. A mediodía tomaré la altura, y si, como presumo, nos hallamos debajo de Auckland, procuraré remontarme con el Macquarie costeando.

—Pero, ¿y las averías del bergantín? —preguntó Lady Elena.

—Me parece que no han de ser graves, señora —respondió John Mangles—. Remplazaré provisionalmente con una bandola el trinquete, y aunque despacio, iremos donde bien nos parezca. Si por desgracia el casco del bergantín ha sufrido en sus fondos o no se puede arrancar del arrecife, tendremos que resignarnos a ganar la costa y a tomar por tierra el camino de Auckland.

—Veamos, pues, el estado del buque, que es lo que más importa —dijo el Mayor.

Glenarvan, John y Mulrady abrieron la escotilla y bajaron a la sentina, en que hallaron pésimamente estibadas 200 toneladas de cueros curtidos. Sin gran trabajo se pudieron sacar por medio de una cabria sujeta al estay encima de la escotilla. John hizo inmediatamente echar al mar, para aligerar el casco, una gran parte del cargamento.

Después de tres horas de rudo trabajo, se pudieron examinar los fondos del bergantín. Se habían levantado a babor, a la altura de las cintas, dos tablas de la borda; pero como el Macquarie estaba echado sobre estribor, su costado derecho se hallaba sumergido.

Las averías eran muy visibles y el agua no podía penetrar por ellas. Además, Wilson se dio prisa en volver a juntar las tablas, y después de calafatearlas con estopa, clavó en ellas cuidadosamente y a mayor abundamiento una plancha de cobre.

La sonda no indicó en la sentina más que dos pies de agua, de que las bombas debían librarla fácilmente y aliviar el buque de su peso.

Examinando el casco, John reconoció que había sufrido poco en el choque. Era probable que quedase enclavada en el banco una parte de la falsa quilla, de la cual se podía prescindir.

Después de haber registrado el interior del buque, Wilson buceó para determinar su posición en el escollo.

El Macquarie, con la proa vuelta al Noroeste se había embarrancado en un banco de arena cenagosa cuyo cantil es muy brusco. Se hallaban profundamente embutidas en él la extremidad inferior de la roda y dos terceras partes de su quilla, flotando el resto de ella hasta el codaste en cinco brazas de

agua. El gobernalle, por consiguiente, no estaba comprometido y podía funcionar libremente, lo que no dejaba de ser una ventaja para servirse de él en caso necesario.

John juzgó conveniente dejarlo tal como estaba.

Las mareas no son fuertes en el Pacífico. Sin embargo, John Mangles esperaba hallar en el flujo un auxiliar poderoso para poner el Macquarie a flote. El bergantín había quedado varado una hora antes de la marea alta, y desde el momento del reflujo o bajamar, su inclinación hacia estribor fue en progresivo aumento. A las seis de la mañana, en el menguante de la marea, había alcanzado su máximo de inclinación, y pareció inútil apuntalarlo, pudiéndose conservar a bordo las vergas y masteleros que John se reservaba para construir una bandola que remplazase el palo de proa.

Se iban a tomar disposiciones para poner el bergantín a flote. El trabajo era largo y penoso, y había absoluta imposibilidad de haber terminado los preparativos que la operación requería para la pleamar de las doce y cuarto. Aquel día no se podía hacer más que observar cómo se conduciría el bergantín, ya en parte descargado, bajo la acción del flujo, y reservar para la marea del día siguiente la maniobra definitiva.

— ¡Manos a la obra! —dijo John Mangles.

Sus marineros improvisados no esperaban más que sus órdenes.

John les mandó aferrar las velas que estaban ya cargadas. El Mayor, Roberto y Paganel subieron a la cofa del palo mayor dirigidos por Wilson. La gavia, hinchada por el viento, hubiera perjudicado la operación de poner el buque a flote, y fue preciso aferrarla, lo que bien o mal se llevó a cabo. Después de un trabajo muy penoso y duro para manos no encallecidas ni acostumbradas a él, era menester desembarazar el palo mayor del mastelero de juanete, y el joven Roberto, con su agilidad de mono y su atrevimiento de grumete, prestó durante esta difícil operación grandes servicios.

Se necesitaba entonces echar una o tal vez dos anclas por la popa del buque en dirección a la quilla. Los esfuerzos de tracción debían ejercerse sobre ellas para halar el Macquarie al llegar la marea, y esta operación no ofrece ninguna dificultad cuando se dispone de una lancha o bote, en cuyo caso no se hace más que echar el ánora en un punto conveniente que se ha reconocido de antemano; pero en el Macquarie no había ningún bote, y había que suplirlo con algo.

Glenarvan, aunque no era marino de profesión, había visto mucho, y tenía suficiente práctica para comprender la necesidad de aquellas operaciones. Debía echar un ánora para arrancar al buque del escollo.

—¿Pero cómo nos arreglaremos sin bote? —preguntó a John.

—Echaremos mano —respondió el joven capitán— de los restos del trinquete y de toneles vacíos. La operación, aunque difícil, no será imposible, porque las áncoras del Macquarie no son de gran tamaño. Una vez echadas, si no ceden tengo confianza.

—No perdamos tiempo, pues, John.

Todos, lo mismo los marineros que los pasajeros, fueron llamados sobre cubierta para tomar parte en la maniobra. Se rompió a hachazos la cabuyería que sujetaba aún el trinquete, el cual al caer se había roto al nivel del calce, de suerte que la cofa se pudo sacar fácilmente. La cofa era una excelente plataforma, una buena explanada de tablones para formar una almadía en toda regla. Se la sostuvo por medio de toneles vacíos para que pudiese soportar el peso de las anclas, y se le puso para gobernarla un remo a manera de timón. Además, la marea creciente debía precisamente hacerla derivar hacia la popa del bergantín, y luego de echadas las anclas, no había de ser difícil volver a bordo tirando del calabrote largado desde el buque.

Este trabajo estaba medio concluido cuando se acercó el sol al meridiano. John Mangles dejó a cargo de Glenarvan la dirección de las operaciones empezadas y se ocupó en determinar la posición, que era cosa muy importante. Afortunadamente John había encontrado en la cámara de Will Halley, junto con un anuario del observatorio de Greenwich, un sextante muy sucio, pero suficiente para tomar la altura. Lo limpió y volvió con él sobre cubierta.

El sextante, por medio de una serie de espejos movibles, trae el sol al horizonte en el momento en que se halla en el cenit, es decir, cuando el astro del día ha llegado al punto más alto de su carrera. Se comprende, pues, que para la operación es preciso dirigir el antejo del sextante a un horizonte verdadero, el que forman el cielo y el agua confundándose. Pero precisamente la tierra, prolongándose hacia el norte en un vasto promontorio, e interponiéndose entre el observador y el horizonte verdadero, hacía imposible la observación.

En los casos en que falta el horizonte natural se le reemplaza con otro artificial, que consiste ordinariamente en una cubeta chata llena de mercurio, sobre la cual se opera. El mercurio por sí solo forma un espejo perfectamente horizontal. No habiendo mercurio a bordo, John zanjó la dificultad sirviéndose de una tina llena de alquitrán líquido, cuya superficie reflejaba suficientemente la imagen del sol.

Conocía ya la longitud, hallándose en la costa oeste de Nueva Zelanda, y fue una fortuna, porque sin cronómetro no habría podido calcularla. No le faltaba más que la latitud, y trató de obtenerla.

Tomó por medio del sextante la altura media del sol sobre el horizonte, y vio que esta altura era de $68^{\circ} 30'$. La distancia del sol al cenit, era, pues, $21^{\circ} 30'$ puesto que, sumadas estas cifras, dan 90° , y siendo aquel día, 3 de febrero, la declinación del sol de $16^{\circ} 30'$ según el Anuario, añadiendo a esta distancia cenital $21^{\circ} 30'$, se tenía una latitud de 38° .

La situación del Macquarie se determinaba, pues, de la manera siguiente: longitud $171^{\circ} 13'$, latitud 38° , salvo algún error insignificante, que no debía tomarse en cuenta, debido a la imperfección de los instrumentos.

Consultado el mapa de Johnson comprado por Paganel en Edén, John Mangles vio que el naufragio había ocurrido en la boca de la bahía de Aotea, encima de la punta Caluca, cerca de las costas de la provincia de Auckland. Hallándose la ciudad de Auckland situada en el paralelo 37, el Macquarie había sido arrojado un grado al sur, y debía, por consiguiente, remontar un grado para alcanzar la capital de Nueva Zelanda.

—Todo lo más un trayecto de 25 millas —dijo Glenarvan—. Poca cosa es.

—Lo que es poco en el mar será largo y penoso en tierra —respondió Paganel.

—Por lo mismo —respondió John Mangles— haremos todo lo posible para poner a flote el Macquarie.

Tomada la altura, volvieron a empezar los trabajos. A las doce y cuarto, la marea había llegado a su mayor altura, pero como no se habían echado aún las anclas, no pudo John aprovecharse de ella. No por eso dejó de observar el Macquarie con cierta ansiedad. ¿La acción de la pleamar podría ponerle a flote? La cuestión se iba a resolver dentro de cinco minutos.

Esperó, pues. Oyéronse algunos chasquidos, que si no los producía un movimiento ascensional del buque eran por lo menos efecto de un estremecimiento de la carena, que hacía concebir a John buenas esperanzas para la marea siguiente. Pero por de pronto el buque permaneció inmóvil.

Prosiguieron los trabajos. A las dos estaba concluida la almadía y se embarcó en ella el ancla. John y Wilson la acompañaron, después de amarrar un calabrote a la popa del bergantín. El reflujo les hizo derivar, y echaron el ancla a la distancia de medio cable habiendo diez brazas de fondo. Las uñas del ánora agarraron bien y la almadía volvió a bordo.

Se destrincó el ánora mayor y se la dejó pendiente del capón y puesta a la pendura, pero, no sin alguna dificultad, se bajó de la serviola. La almadía repitió su operación; y muy pronto quedó echada la segunda ánora detrás de la primera en un fondo de quince brazas. En seguida John y Wilson, tirando del calabrote, volvieron a bordo del Macquarie.

Se ataron al molinete los cables de las áncoras, y se aguardó la próxima marea que debía dejarse sentir a la una de la mañana. Eran entonces las seis de la tarde.

John Mangles felicitó a sus marineros y dio a entender a Paganel que con el tiempo, si tenía una buena conducta, podría ser un regular contra maestre.

Monsieur Olbinett, después de haber ayudado en todas las maniobras, había vuelto a la cocina, donde preparó una comida succulenta que venía muy al caso, pues la tripulación estaba hambrienta. Bien satisfecho su apetito, se halló perfectamente repuesta para los trabajos sucesivos.

Después de comer, tomó John Mangles las últimas precauciones para asegurar el buen éxito de la operación, pues tratándose de poner a flote un buque, no se puede tener el menor descuido. Basta a veces para frustrar la empresa un aligeramiento de algunas líneas y la quilla no se desprende de su lecho de arena.

John Mangles había hecho arrojar al mar la mayor parte de las mercancías para aliviar al buque de su peso, y el resto de ellas, las vergas de repuesto y algunas toneladas de piedras que servían de lastre se trasladaron a popa para facilitar con su peso el desprendimiento del estrave. Wilson y Mulrady llevaron también a popa algunos toneles que llenaron de agua, con objeto de levantar la proa.

Se concluyeron estos últimos trabajos a las doce de la noche, y era de esperar que en aquellos momentos en que todas las fuerzas eran pocas para dar vueltas al cilindro del cabrestante, la tripulación se hallase de tal manera quebrantada, que obligó a John a tomar una nueva resolución.

Reinaba entonces en la mar una calma que no hacía más que rizar caprichosamente la superficie de las olas. John, que observaba el horizonte, notó que el viento tendía a saltar del Sudoeste al Noroeste. La disposición particular y el color de las nubes no permiten a un marinero equivocarse fácilmente. Wilson y Mulrady participaban de la opinión de su capitán.

John Mangles dio cuenta a Glenarvan de sus observaciones, y le propusieron aplazar para el día siguiente la operación de poner a flote el buque.

—Voy a exponer mis razones, Milord —dijo—. En primer lugar estamos rendidos, y tenemos necesidad de todas nuestras fuerzas para desembarancar el bergantín. Además, en medio de estas rompientes peligrosas y siendo la oscuridad tan profunda, ¿cómo le conduciremos luego que le hayamos arrancado del escollo? Más vale aguardar el día. Otra razón me aconseja el aplazamiento. El viento promete venir a ayudarnos, y quisiera aprovecharme de su ofrecimiento; quiero que empuje hacia afuera este estropeado casco,

mientras el mar lo levanta. Mañana, si no mienten las señales, tendremos viento del Noroeste. Orientaremos al revés las velas del palo mayor, y ello nos ayudará a levantar el buque.

Todas las razones aducidas por Mangles eran decisivas, y doblegándose a ellas Glenarvan y Paganel, que eran los más impacientes que había a bordo, se aplazó la operación hasta el día siguiente.

La noche fue buena. Hubo siempre sobre cubierta alguno de cuarto para vigilar principalmente las anclas.

Amaneció y se realizaron las previsiones de John Mangles. Soplabla una ligera brisa del Noroeste con tendencia a refrescar, lo que era un considerable aumento de fuerza a favor de la maniobra. Los marineros se distribuyeron la faena. Roberto, Wilson y Mulrady en los altos, y Glenarvan y Paganel sobre cubierta prepararon los aparejos para lanzar las velas en el momento preciso. Se izó la mayor y se dejó cargada la gavia.

Eran las nueve de la mañana, y por consiguiente habían de pasar aún cuatro horas antes que subiese la marea. No fueron tiempo perdido. John las invirtió en colocar en la proa la bandola para remplazar el trinquete y hallarse en disposición de alejarse de aquellos parajes peligrosos apenas estuviese el buque puesto a flote. Los trabajadores hicieron nuevos esfuerzos y antes de mediodía la verga de trinquete estaba sólidamente sujeta a guisa de mástil. Lady Elena y Mary Grant sirvieron también de mucho, pues envergaron una vela de repuesto en una antena de sobrejuanete. No deseaban otra cosa más que contribuir a la salvación común. Terminadas estas operaciones, si bien es verdad que bajo el punto de vista de la elegancia y de la estética el Macquarie dejaba mucho que desear, podía navegar muy bien no separándose demasiado de la costa.

La marea subía. Empezaba a manifestarse en la superficie del mar un pequeño oleaje. Las crestas de los arrecifes desaparecían poco a poco como animales marinos que se sumergen en el líquido elemento. Se acercaba la hora de intentar la operación capital de que todas las otras no fueron más que preliminares. Una irrefrenable impaciencia mantenía sobreexcitados los ánimos. Nadie hablaba, y todos, mirando a John, aguardaban una orden suya.

Inclinado sobre la popa, John Mangles observaba la marea, examinando con inquietud el cable y el cabrestante sumamente tirantes.

A la una, llegó la marea a su mayor altura. Estaba tendida, es decir, se hallaba en aquel corto instante en que ya no sube, pero aún no baja. Fuerza era obrar sin tardanza. Largáronse la mayor y la gavia, y las hinchó el viento.

El cabrestante estaba dotado de guimbaletes como las bombas de incendio, y Glenarvan, Mulrady y Roberto por un lado, Paganel, el Mayor y Olbinett por

otro, se cargaron sobre ellos con todo su peso para comunicar el movimiento al aparato. Al mismo tiempo John y Wilson, armados de espeques que apoyaban en las muescas del cilindro del cabrestante, contribuían poderosamente a activar la función del aparato.

— ¡Firme! ¡Firme! —gritaba el joven capitán—. ¡Firme todos a la vez! ¡A una!

Los cables se pusieron más y más tirantes bajo la poderosa acción del cabrestante. El ancla había hincado bien sus lengüetas, y el bergantín no garreaba.

Preciso era salir del paso cuanto antes, porque la pleamar no dura más que algunos minutos, y no podía tardar en bajar el nivel del agua.

Todos redoblaron sus esfuerzos. El viento soplaba con violencia y henchía las dos velas. El casco se estremeció, pero el escollo le tenía muy agarrado. Tal vez un brazo más hubiera bastado para arrancar su presa al arrecife.

— ¡Elena! ¡Mary! —gritó Glenarvan.

Las dos jóvenes unieron sus esfuerzos a los de sus compañeros, y se oyó el último rechino de la lengüeta del cabrestante.

Pero nada más; el bergantín no se movió. La operación fracasó completamente. Empezaba ya el reflujo, y era evidente que, ni aun teniendo el viento y el mar por auxiliares, podía aquella reducida tripulación poner su buque a flote.

Capítulo VI

En que se trata teóricamente del canibalismo

El primer medio de salvación intentado por John Mangles no había producido ningún resultado, y era forzoso por consiguiente recurrir al segundo sin demora. Era evidente que el Macquarie no podía ponerse a flote, y evidente también que había que abandonarlo, no pudiéndose tomar otro partido. Imprudencia y hasta insensatez hubiera sido aguardar a bordo socorros problemáticos. Antes de la llegada providencial de un buque al teatro del naufragio, el Macquarie se habría hecho pedazos. Una próxima tempestad, o aunque no fuese más que una marejada fuerte levantada por viento de fuera, bastaba para destrozarle y lanzar en la no lejana costa sus miserables despojos. Antes de la destrucción inevitable, John quería haber tomado tierra.

Propuso en vista de esto construir una almadía, o una jangada, como dicen

los marinos, bastante sólida para transportar a la costa zelandesa a los pasajeros y una cantidad de víveres suficiente.

No había necesidad de discutir, sino de obrar. Empezaron inmediatamente los trabajos, y estaba ya la obra muy adelantada, cuando la interrumpió la noche.

A las ocho, después de cenar, mientras Lady Elena y Mary Grant descansaban en sus respectivos camarotes, Paganel y sus amigos se paseaban sobre cubierta y comentaban algunas graves cuestiones. Roberto no había querido separarse de ellos. El muchacho escuchaba con la mayor atención, pronto siempre a prestar un servicio y a sacrificarse en una empresa peligrosa.

Paganel preguntó a John Mangles si podría la jangada seguir la costa hasta Auckland, en lugar de dejar en tierra a los pasajeros.

John respondió que era imposible una navegación tan larga con un medio tan defectuoso.

—¿Y lo que no podemos intentar en una jangada —dijo Paganel— se hubiera podido llevar a cabo con la lancha del bergantín o con el bote?

—En rigor, sí —respondió John Mangles—, no navegando más que de día y permaneciendo de noche fondeados.

—Así, pues, los miserables que nos han abandonado...

— ¡Oh! Ésos, como se dice vulgarmente, en el pecado llevan la penitencia —respondió John Mangles—. Estaban borrachos, y lo más probable es que, siendo como era tan profunda la oscuridad, hayan pagado con la vida su cobarde abandono.

—Tanto peor para ellos —replicó Paganel—, y tanto peor también para nosotros, porque el bote nos hubiera sido muy útil.

—¿Qué hemos de hacer, Paganel? —dijo Glenarvan—. La jangada nos llevará a tierra.

—Es precisamente lo que hubiera querido evitar —respondió el geógrafo.

— ¡Cómo! ¿Un viaje de veinte millas puede intimidar a hombres curtidos, avezados a la fatiga, que han atravesado las Pampas y Australia?

—Amigos míos —respondió Paganel—, no pongo en duda nuestro valor y el de nuestras compañeras. ¡Veinte millas! ¿Qué nos importarían veinte millas en otro país cualquiera que no fuese Nueva Zelanda? No supondréis que tengo miedo. Yo fui el primero que os hizo atravesar América, que os hizo atravesar Australia. Pero aquí, os lo repito, todo es preferible a aventurarse en este país pérfido.

—Todo es preferible —respondió John Mangles— a perderse irremisiblemente en un buque varado.

—¿Pero a quién tenemos que temer tanto en Nueva Zelanda? —preguntó Glenarvan.

—A los salvajes —respondió Paganel.

— ¡A los salvajes! —replicó Glenarvan—. ¿No podemos librarnos de ellos siguiendo la costa? Además, un ataque de unos cuantos miserables no puede preocupar a europeos bien armados y resueltos a defenderse a todo trance.

—No se trata de miserables —respondió Paganel, moviendo la cabeza—. Los neozelandeses forman tribus terribles que luchan contra la dominación inglesa, y se baten contra los invasores, a quienes vencen con frecuencia y se los comen siempre.

— ¡Caníbales! —exclamó Roberto—. ¡Caníbales!

Y luego se le oyó pronunciar estos dos nombres:

— ¡Mary! ¡Lady Elena!

—No tengas miedo, muchacho —le respondió Glenarvan para tranquilizarle—. Nuestro amigo Paganel exagera.

—No exagero nada —replicó Paganel—. Roberto ha demostrado que es un hombre, y como a tal le trato no ocultándole la verdad. Los neozelandeses son los más crueles, por no decir los más voraces, de todos los antropófagos. Devoran cuanto cae bajo sus uñas. La guerra para ellos no es más que una cacería de hombres, y fuerza es confesar que no hay otra guerra tan lógica. Los europeos matan a sus enemigos y los entierran. Los salvajes matan a sus enemigos y se los comen, y, como ha dicho muy bien mi compatriota Tomssenel, no es tan malo asar a un enemigo muerto, como matarlo, cuando no quiere morir.

—Paganel —respondió el Mayor—, lo que decís es muy discutible, pero no estamos ahora para discusiones. Sea lógico o no el ser comido, nosotros no queremos que nos coman. ¿Pero cómo el cristianismo no ha destruido ya la antropofagia?

—¿Creéis que todos los neozelandeses son cristianos? —replicó Paganel—. Los cristianos constituyen una insignificante minoría, y los misioneros son aún con mucha frecuencia víctimas de esos brutos. El año pasado el reverendo Walkner fue martirizado con una crueldad horrible.

Los maoríes le ahorcaron, y las mujeres de sus verdugos le arrancaron los ojos. Los salvajes bebieron su sangre y devoraron sus sesos. El suplicio ocurrió en 1864, en Opotiki, a algunas leguas de Auckland, casi a la vista de

las autoridades inglesas. Amigos míos, se necesitan siglos para variar la naturaleza de una raza de hombres. Los maoríes serán aún largo tiempo lo que han sido. Toda su historia está escrita con sangre. ¡Cuántas tripulaciones han degollado y devorado, desde la del Tasman hasta la del Hawes! Y no es precisamente la carne de los blancos la que excita su apetito. Antes de la llegada de los europeos, los zelandeses recurrieron al asesinato para saciar su glotonería. Muchos viajeros han vivido entre ellos y asistido a los festines de los caníbales, en que los convidados sólo tomaban los platos delicados, como carne de mujer o de niño.

—Eso son cuentos —dijo el Mayor— debidos a la inventiva de los viajeros, que hacen gala de haber vuelto sanos y salvos de países peligrosos y del estómago de los antropófagos.

—Algo resto de las exageraciones —respondió Paganel—. Pero han hablado hombres dignos de fe, los misioneros Kendall, Madren, los capitanes Dillon, d'Urville, Laplace, y otros, cuyas narraciones creo a pies juntillas. Los zelandeses son crueles por naturaleza. Cuando muere uno de sus jefes inmolan víctimas humanas con que pretenden aplacar la cólera del difunto que podría ser fatal a los vivos, y al mismo tiempo los inmolados son servidores que le ofrecen para la otra vida. Pero como se comen sus criados póstumos, después de degollarlos, hay motivos para creer que el estómago les impulsa a la matanza más que la superstición.

—Sin embargo —dijo John Mangles—, se me figura que la superstición representa un gran papel en las escenas de canibalismo, y que, por consiguiente, dando a los caníbales otra religión, se les darían otras costumbres.

—Decís bien, amigo John —respondió Paganel—. Os remontáis a la grave cuestión del origen de la antropofagia. ¿Es la religión o es el hambre quien ha inducido a los hombres a comerse unos a otros? En estos momentos la discusión sería por lo menos ociosa. Las causas del canibalismo son una cuestión aún no resuelta; pero el hecho existe, y es un hecho grave que debe preocuparnos mucho.

Paganel estaba en lo cierto. La antropofagia en Nueva Zelanda ha pasado al estado crónico, como en las islas Fidji y en el estrecho de Torres. No cabe duda de que la superstición interviene en tan odiosas costumbres, pero hay caníbales, porque hay momentos en que falta la caza y el hambre apremia. Los salvajes empezaron a comer carne humana para satisfacer las exigencias de un apetito muy rara vez satisfecho, y luego los sacerdotes reglamentaron y santificaron tan monstruosas costumbres. Las comidas y las cenas han formado una liturgia, se han convertido en sagrada ceremonia, y he aquí todo.

Por otra parte, en concepto de los maoríes, no hay en el mundo nada tan

natural como comerse unos a otros. Con frecuencia, los misioneros les han interrogado acerca del canibalismo. Les han preguntado por qué devoraban a sus hermanos. Los jefes de tribu les han contestado que los peces se comen a los peces, que los perros se comen a los hombres, que los hombres se comen a los perros, que éstos se comen entre sí. En su misma teogonía, la leyenda refiere que un dios se comió a otro dios. ¿Cómo es posible con tales precedentes resistir al placer de comer cada cual a su semejante?

Además, los zelandeses están persuadidos de que devorando a un enemigo muerto, se destruye su parte espiritual, y de este modo heredan su fuerza y su valor, que están particularmente encerrados en el cerebro, por cuya razón el cerebro figura en los festines como el plato de honor y predilecto.

Sin embargo, Paganel sostuvo, no sin fundamento, que la sensualidad, y sobre todo la necesidad, excitaban a los zelandeses a la antropofagia, y no sólo a los salvajes de Oceanía, sino que también a los salvajes de Europa.

—Sí —añadió—, el canibalismo ha reinado durante mucho tiempo entre nuestros antepasados de los pueblos actualmente más civilizados, y no lo toméis por una alusión personal, entre los escoceses particularmente.

—¿De veras? —dijo Mac Nabbs.

—Sí, Mayor —respondió Paganel—. Si leéis ciertos pasajes de san Jerónimo, que se refieren a los atticoli de Escocia, veréis el concepto que deben merecernos vuestros abuelos. Y sin remontarnos más allá de los tiempos históricos, bajo el reinado de Isabel, en la época misma en que Shakespeare creaba su Shylock, ¿no fue acaso ejecutado por crimen de canibalismo el bandido escocés Sawney Been? ¿Y qué sentimiento le había arrastrado a comer carne humana? ¿La religión? No; el hambre.

—¿El hambre? —preguntó John Mangles.

—El hambre —respondió Paganel—, pero sobre todo la necesidad que tiene el carnívoro de rehacer su carne y su sangre con el ázoe contenido en las sustancias animales. Bastan sin duda para que los pulmones funcionen normalmente las plantas tuberculosas y feculentas. Pero el que quiere ser fuerte y activo tiene que absorber alimentos plásticos para reparar su musculatura. Mientras los maoríes no sean miembros de la sociedad de los vegetarianos, comerán carne, y la carne que coman será humana.

—¿Y por qué humana? —dijo Glenarvan.

—Porque no tienen otra —respondió Paganel—, y es menester decirlo, no para excusar sus hábitos de canibalismo, sino para explicarlos. En este inhospitalario país son raros los cuadrúpedos y hasta las aves. Así es que los maoríes en todos los tiempos se han nutrido de carne humana. Hasta hay

estaciones para comer hombres, como en las comarcas civilizadas para comer cerdo y para la caza. Entonces empiezan las grandes batidas, es decir, las grandes guerras, y tribus enteras son devoradas en la mesa de los vencedores.

—Siendo así, Paganel —dijo Glenarvan—, la antropofagia no desaparecerá hasta que los carneros, los bueyes y los cerdos abunden en las praderas de Nueva Zelanda.

—Es evidente, querido Lord, y aun entonces pasarán años antes que los maoríes pierdan su afición a la carne neozelandesa, que prefieren a todas las otras, porque los hijos gustarán por mucho tiempo de lo que gustaban sus padres. De creer lo que ellos dicen, la carne humana se parece bastante a la de cerdo, aun que tiene un poco más de humillo. La carne de los blancos les gusta menos, porque como los blancos echan sal a las sustancias de que se nutren, su carne adquiere un sabor particular que no agrada tanto a los gastrónomos antropófagos.

— ¡Cuán melindrosos son! —dijo el Mayor—. ¿Pero la carne, sea de blanco o de negro, la comen cruda o cocida?

—¿Y eso qué más da, Monsieur Mac Nabbs? —exclamó Roberto.

—¿Cómo qué más da? —respondió con seriedad el Mayor—. Si me ha de comer un antropófago, quiero que se me coma cocido.

—¿Por qué?

—Para estar seguro de que no me comen vivo.

—Está bien, Mayor —replicó Paganel—. ¿Pero y si os cuecen vivo?

—Lo mejor será —respondió el Mayor— que no me coman cocido ni crudo.

—Pues bien, Mac Nabbs —dijo Paganel—, por lo que pueda convenirnos os diré que los neozelandeses comen siempre la carne cruda, o curada al humo. Son personas que han adelantado mucho en el arte culinario, y tienen un paladar bien educado. Pero respetando el gusto de los demás, pues de gustos no hay nada escrito, os aseguro que la idea de ser comido, por bien que me condimenten, no me hace gracia. ¡Qué asco, terminar la existencia en el estómago de un salvaje!

—En fin —dijo John Mangles—, resulta de todo lo dicho que debemos evitar caer en sus manos esperando que el cristianismo proscriba tan horribles costumbres.

—Debemos esperar —respondió Paganel—, pero creedme, un salvaje que se ha aficionado a la carne humana, renunciará a ella difícilmente. Juzgad por estos dos hechos.

—Veamos los hechos, Paganel —dijo Glenarvan.

—El primero está consignado en las Crónicas de la Sociedad de Jesuitas del Brasil. Un misionero portugués encontró un día a una vieja brasileña muy enferma, de suerte que le quedaban pocos días de vida. El jesuita le inculcó las verdades del cristianismo, que fueron aceptadas sin discusión por la moribunda. Después de nutrir su alma, pensó en nutrir su cuerpo, y ofreció a la penitente algunas golosinas europeas. «¡Ay! —respondió la vieja—, mi estómago no puede tolerar ningún alimento. Sólo hay uno que creo me comería con gusto, pero desgraciadamente no hay aquí nadie que pueda proporcionármelo.» «¿Qué es?», le preguntó el jesuita. «¡Ay, padre! ¡Una mano de niño! ¡Con qué gusto roería los huesecillos!»

— ¡Cáspita! ¿Pero eso es bueno? —preguntó Roberto.

—La segunda historia te lo va a decir —respondió Paganel—. Un día un misionero reconvenía a un caníbal por la horrible costumbre, contraria a las leyes divinas, de comer carne humana. «¡Y además —añadió— debe de ser carne mala!» «¡Ah! ¡Padre mío! —respondió el salvaje mirando con avidez al misionero, en el cual de buena gana hubiera hincado el diente—. Decid que Dios prohíbe comerla. ¡Pero no digáis que es mala! ¡Si alguna vez la hubieseis probado...!»

Capítulo VII

En que se llega al fin a la tierra de la que convenía huir

Los hechos referidos por Paganel eran indiscutibles, y nadie ponía ya en duda la crueldad de los neozelandeses. Había, pues, peligro, en saltar a tierra. Pero había necesidad de arrostrarlo, aunque hubiera sido cien veces mayor. John comprendía que no era posible permanecer en un buque cuya próxima destrucción no era evitable, no siendo lícito vacilar entre dos peligros, de los cuales el uno es seguro y el otro no es más que muy probable.

Nadie se hubiera atrevido a contar con la eventualidad de ser recogido por un buque. El Macquarie no se hallaba en el derrotero de las embarcaciones que recorren los surgideros de Nueva Zelanda. Todas ellas se dirigen a Auckland, que está más arriba, o a New Plymouth que está más abajo, y el zaborde había ocurrido precisamente entre los dos puntos, en la parte desierta de las orillas de Ika Na Maoui, que es muy mala y peligrosa. Los buques la evitan todos, y si a ella les lleva el viento, procuran abandonarla cuanto antes.

—¿Cuándo podremos partir? —preguntó Glenarvan. —Mañana por la mañana a las diez —respondió John Mangles.

—La marea que empezará a subir nos llevará a tierra.

A las ocho de la mañana siguiente, 5 de febrero, estaba construida la jangada, en la cual tenía puestos John los cinco sentidos. La cofa del trinquete, que sirvió para echar las anclas, era suficiente para transportar a los pasajeros y los víveres. Se necesitaba un aparato sólido, susceptible de ser dirigido y capaz de resistir el oleaje durante una navegación de nueve millas. Sólo la arboladura prestaba para su construcción los materiales necesarios.

Wilson y Mulrady habían puesto manos a la obra. Se puso el aparato a la altura de las vigotas, y el palo mayor, derribado a hachazos, pasó por encima de la borda de estribor. El Macquarie quedó entonces raso como un pontón.

El mastelero mayor y los de gavia y juanete fueron aserrados y separados. Flotaban entonces las principales piezas de la jangada, que se reunieron a los pedazos de trinquete a que no se había dado aún otro uso, y se trabaron sólidamente. Para elevar el aparato sobre la superficie del agua, John colocó en los intersticios media docena de toneles vacíos.

Sobre esta primera armazón muy resistente, John puso una especie de enrejado hecho de cuarteles que formaba celosía, y así las olas podían entrar en la jangada sin permanecer en ella, y los pasajeros se libraban de la humedad. Formóse además con tablas una especie de pavés circular, que protegía el puente contra las olas gruesas.

Aquella mañana, siendo el viento favorable, John hizo colocar a manera de mástil, con su correspondiente vela, en el centro de la improvisada embarcación, la verga del sobrejuanete, que sujetó con obenques. Un gran remo de pala ancha puesto detrás de la jangada debía servir para gobernarla, en caso de andar suficientemente a impulsos del viento.

La jangada estaba dotada de las mejores condiciones para contrarrestar el ímpetu de las olas. ¿Pero podría gobernarla y podría llegar a la costa en caso de variar el viento? Ésta era la cuestión.

A las nueve empezó el cargamento.

Se embarcó una cantidad de víveres suficiente para llegar a Auckland, pues no se podía contar con los productos de aquella tierra ingrata.

La despensa de Olbinett suministró alguna carne salada, resto de las provisiones compradas para la travesía del Macquarie, lo que era muy poco, y fue preciso por lo tanto aprovechar los víveres ordinarios de la marinería, galleta de mediana calidad y dos barriles de bacalao. Al Stewart se le caía la cara de vergüenza.

Las provisiones se metieron en cajas que se cerraron herméticamente para librarlas del agua del mar, y se estibarón y ataron debidamente al pie del

mástil. Las armas y municiones se colocaron en sitio seguro y seco. Por fortuna los viajeros estaban bien armados de carabinas y revólveres.

Se embarcó también un ancla para el caso en que hubiese necesidad de fondear por no poder llegar a tierra en una sola marea.

Ésta a las diez empezó a subir, y soplaba una leve brisa del Noroeste, que producía un ligero oleaje.

—¿Estamos? —preguntó John Mangles.

—Estamos, capitán —respondió Wilson.

— ¡En marcha! —gritó John.

Lady Elena y Mary Grant bajaron por una escala de cuerda bastante tosca, y se sentaron junto al mástil en las cajas de víveres. A su derredor se colocaron sus compañeros. Wilson tomó a su cargo el timón, John los apagapenoles, y Mulrady picó el cable que tenía amarrada la jangada a un costado del bergantín. Se izó la vela, y el aparato se dirigió a la costa bajo la doble acción de la marea y del viento.

Estaba la tierra a 9 millas de distancia, que una lancha provista de buenos remos hubiera salvado en tres horas. Pero la jangada necesitaba más tiempo. Si el viento no cedía, en una sola marea podría tal vez alcanzar la playa, pero de otra suerte el flujo la haría retroceder y sería preciso anclar para esperar la marea siguiente, lo que no dejaba de preocupar a John Mangles.

Sin embargo, esperaba salir bien del paso. El viento refrescaba. Habiendo a las diez empezado la marea, era preciso haber tomado tierra a las tres, so pena de echar el ancla o perder, a consecuencia del reflujo, el camino ganado.

La travesía empezó bien. Poco a poco las negras cabezas de los arrecifes y el amarillento tapiz de los bancos desaparecieron bajo el agua que subía, requiriéndose entonces mucho cuidado y mucha habilidad para sortear los rompientes sumergidos y dirigir entre ellos un aparato poco sensible al timón y propicio a las derivaciones.

Al mediodía, distaba aún la jangada 5 millas de la costa. El cielo se presentaba bastante despejado y permitía distinguir los principales accidentes del terreno. Hacia el Nordeste se elevaba un cerro de unos 2.500 pies de altura. Se destacaba en el horizonte de una manera extraña, y su silueta reproducía el gesticulador perfil de una cabeza de mono boca arriba. Aquel monte era el Pirongia, exactamente situado, según el mapa, en el paralelo 38.

A las doce y media, Paganel hizo notar que bajo la marea ascendente habían desaparecido todos los escollos.

—Todos menos uno —respondió Lady Elena.

—¿Cuál, señora? —preguntó Paganel.

—Aquél —contestó Lady Elena, señalando un punto negro a la distancia de una milla delante de la proa.

—Es verdad —dijo el geógrafo—. Procuremos determinar su posición para no chocar con él, pues no tardará en cubrirle la marea como a todos los otros.

—Precisamente está frente por frente de la ladera norte de la montaña, y vamos derechos a él. Wilson, procura dejarlo a un lado.

—Bien, capitán —respondió el marinero cargando con todo su peso contra el indócil remo que hacía las veces de timón.

Se adelantó media milla en media hora. Pero lo extraño era que el punto negro, que se había tomado por un escollo, sobresalía siempre del agua.

John lo miraba atentamente, y para observarlo mejor, tomó el catalejo de Paganel.

—No es un arrecife —dijo después de un breve examen—, es un objeto flotante que sigue el movimiento de las olas.

—¿No es un pedazo de arboladura del Macquarie? —preguntó Lady Elena.

—No —respondió Glenarvan—, ninguno de los restos del bergantín ha podido derivar tanto.

— ¡Toma! —exclamó John Mangles—. Ya sé lo que es, es el bote del Macquarie.

— ¡El bote! —dijo Glenarvan.

—Sí, Milord, el bote del bergantín, que se ha puesto la quilla por montera, el bote que ha zozobrado.

— ¡Desgraciadamente! —exclamó Lady Elena—. ¡Habrán perecido!

—Sí —respondió John Mangles—, no podía ser otra cosa. En medio de estos rompientes, de noche y con la fuerte marejada, corrían a una muerte cierta.

— ¡Que el cielo se haya apiadado de ellos! —murmuró Mary Grant.

Los pasajeros permanecieron largo rato silenciosos. Miraban aquella frágil embarcación acercándose a ella. Había evidentemente zozobrado a 4 millas de tierra, sin salvarse ninguno de sus tripulantes.

—Pero este bote puede sernos útil —dijo Glenarvan.

—Naturalmente —respondió John Mangles—. A él, Wilson.

Se modificó un poco la dirección de la jangada, pero fue cayendo el viento,

y transcurrieron dos horas antes de alcanzar la embarcación.

Mulrady, que se hallaba en la proa, paró el choque, y el you-you zozobrado se colocó a lo largo de uno de los costados de la balsa.

—¿Está vacío? —preguntó John Mangles.

—Sí, capitán —respondió el marinero—, y tiene abiertos los bordajes. No sirve para nada.

—¿No se puede sacar de él ningún partido? —preguntó Mac Nabbs.

—Absolutamente ninguno —respondió John Mangles—. No sirve más que para quemarlo.

—Lo siento —dijo Paganel— porque nos habría podido llevar a Auckland.

—Paciencia, Monsieur Paganel —respondió John Mangles—. Además, en un mar tan tormentoso como éste, prefiero nuestra jangada a un frágil bote, que habrá bastado cualquier choque para hacerlo pedazos. Así, pues, Milord, nada tenemos que hacer aquí.

—Cuando quieras, John —dijo Glenarvan.

—En marcha, Wilson —dijo el joven capitán—, y derecho a la costa.

La marea creciente debía durar aún una hora, en la cual se pudo salvar una distancia de dos millas. Pero de pronto, el viento cesó casi enteramente, y manifestó cierta tendencia a soplar de tierra. La jangada quedó inmóvil, y luego empezó a derivar mar adentro a impulsos del reflujo.

John vaciló un instante.

— ¡Ancla! —gritó.

Mulrady, ya preparado de antemano para el caso, dejó caer el ancla en un fondo de cinco brazas. El calabrote que amarraba el rezón se quedó tan tirante que hizo retroceder la jangada 2 toesas. Cargada la vela, se tomaron las disposiciones que exigía una detención bastante prolongada.

En efecto, el flujo no debía volver a empezar antes de las nueve de la noche, y como John Mangles no quería navegar más que de día, tenía que permanecer anclado hasta las cinco de la mañana. Se veía la tierra a menos de 3 millas.

Una marejada bastante fuerte parecía que con su continuo movimiento se dirigía a la costa, por lo que Glenarvan, al saber que se trataba de pasar a bordo toda la noche, preguntó a John por qué no aprovechaba aquel oleaje para acercarse a la playa.

—Vuestro Honor —respondió el joven capitán— está engañado por una

ilusión óptica. El agua, aunque parece andar, no anda. Todo su movimiento se reduce a una segregación de las moléculas líquidas. Arrojad un palitroque cualquiera en medio de las olas, y veréis que mientras no vuelva la marea ascendente, se queda estacionado. No nos queda, pues, más recurso que tener paciencia.

—Y comer —añadió el Mayor.

Olbinett sacó de una de las cajas de provisiones un pedazo de carne salada y una docena de galletas, muy avergonzado al presentar a sus señores semejantes vulgaridades. Pero fueron muy bien acogidas hasta por las viajeras, porque en tiempo de hambre no hay pan duro, a pesar de que no eran muy propios para excitar su apetito los bruscos movimientos de las olas.

Efectivamente, los choques de la jangada contra las olas que la azotaban eran verdaderamente penosos. El aparato, incesantemente balanceado por un oleaje caprichoso, no hubiera chocado con más violencia contra una roca submarina. Parecía algunas veces que tocaba. El calabrote trabajaba tanto, que cada media hora John lo sumergía una braza más para disminuir su tirantez y aliviarlo, pues sin esta precaución se hubiera roto inevitablemente, y la jangada, abandonada a merced de las olas, se hubiera engolfado y perdido mar adentro.

Se comprenden, pues, perfectamente las precauciones de John Mangles. Se podía romper el calabrote o podía el ancla quitar el fondo, y en ambos casos estaba perdida la jangada.

Se acercaba la noche. El disco de sol, rojo como sangre, prolongado por la refracción, iba a desaparecer detrás del horizonte. Las últimas líneas de agua, resplandecían al oeste y centelleaban como plata líquida. No se veía por aquel lado más que cielo y agua, exceptuando el casco del Macquarie, que, clavado en el bajío, se presentaba como un punto negro.

El rápido crepúsculo retardó algunos breves minutos la formación de las tinieblas, en que luego quedó envuelta la tierra que limitaba los horizontes del este y del norte.

No podía darse situación más angustiosa que la de aquellos náufragos, en una estrecha almadía invadida por las sombras de la noche. Algunos de ellos conciliaron un sueño lleno de ansiedad y muy a propósito para convertirse en pesadilla, y otros ni siquiera pudieron cerrar los ojos. Al rayar el alba todos estaban quebrantados de fatiga.

Al subir la marea volvió el viento del mar. Eran las seis de la mañana. El tiempo apremiaba mucho, y John se dispuso a aparejar. Dio orden de levar el ancla, cuyas uñas, con los sacudimientos del cable, se habían incrustado profundamente en la arena. Sin cabrestante, fue imposible arrancarla no

obstante una especie de cabria que improvisó Wilson con mucho ingenio.

Se invirtió una hora en vanas tentativas. John, que estaba muy impaciente, hizo picar el calabrote, abandonando el ancla, con lo que se privó de toda posibilidad de fondear en un caso urgente, si no era bastante la marea para ganar la costa. Pero no quiso perder más tiempo, y un hachazo puso la jangada a disposición del viento que tenía por auxiliar una corriente de dos nudos.

Se largó la vela y el aparato fue derivando lentamente hacia la tierra, proyectada en moles cenicientas sobre un fondo de cielo iluminado por el sol naciente. Se evitaron y doblaron diestramente todos los arrecifes. Pero con el viento del mar, no parecía que la jangada se acercase a la playa.

Sin embargo, a las nueve la tierra estaba a menos de una milla. Se presentaba erizada de rompientes, y era muy escarpada. Preciso fue descubrir un surgidero practicable. El viento se fue calmando poco a poco hasta que cayó enteramente. La vela inerte golpeaba el mástil y le abrumaba, por lo que John mandó cargarla. Únicamente quedó la marea para llevar la jangada a la costa, pero había sido necesario renunciar a dirigirla, y enormes olas contribuían a volver más y más perezosa su marcha.

A las diez, estaba sólo a tres cables de la playa. Y no había ancla para fondear. ¿Iban, pues, los viajeros a ser empujados mar adentro por el reflujo? John, con las manos crispadas, contemplaba aquella tierra inabordable.

Hubo un choque. La jangada se detuvo. Acababa de encallar en un banco de arena a 25 brazas de la costa.

Glenarvan, Roberto, Wilson y Mulrady se echaron al agua, y sujetaron la jangada por medio de amarras a los escollos próximos. Las viajeras, llevadas en brazos, alcanzaron la tierra sin haberse mojado ni un solo pliegue del vestido, y luego todos, con armas y víveres, pusieron los pies definitivamente en las terribles playas de Nueva Zelanda.

Capítulo VIII

El presente del país en donde están

Glenarvan hubiera querido seguir a lo largo de la costa hasta llegar a Auckland sin perder una hora. Pero al amanecer, el cielo se había cargado de densas nubes, y a cosa de las once, después de desembarcar, los vapores se condensaron y resolvieron en una lluvia violenta que puso a los viajeros en la imposibilidad de emprender la marcha y les obligó a buscar un abrigo.

Wilson descubrió muy oportunamente una gruta abierta por el mar en las

rocas basálticas de la playa, y en ella se refugiaron los viajeros con armas y provisiones. La gruta tenía dentro un montón de ova seca almacenada por las olas, y fue para los viajeros una excelente cama, a falta de otra. Amontonaron en la entrada de la gruta algunos palitroques con que formaron una hoguera, en la que cada cual secó su ropa lo mejor que pudo.

John esperaba que la duración de la lluvia sería en razón inversa de su violencia, pero no fue así, pues pasaron horas y horas sin que se modificase el estado de la atmósfera. A mediodía, arreció el viento y con él también la borrasca. Aquel contratiempo hubiera impacientado al mismo Job. Pero, ¿qué hacer? Locura hubiera sido arrostrar a pie una tempestad semejante. Además, algunos días debían bastar para llegar a Auckland, y un retraso de doce horas, si no encontraban indígenas, no podía influir en el éxito de la expedición.

Durante aquella detención forzosa, la conversación versó sobre los incidentes de la guerra de que era entonces teatro Nueva Zelanda. Pero para comprender y apreciar debidamente la gravedad de las circunstancias que rodeaban a los náufragos del Macquarie, es menester conocer la historia de la lucha que ensangrentaba entonces la isla de Ika Na Maoui.

Desde la llegada de Abel Tasman al estrecho de Cook, el 16 de diciembre de 1642, los neozelandeses, frecuentemente visitados por buques europeos, habían permanecido libres en sus islas independientes. Ninguna potencia europea había pensado en apoderarse de aquel archipiélago, que es la llave de los mares del Pacífico, Únicamente los misioneros, establecidos en distintos puntos, llevaban a aquellas nuevas comarcas los beneficios de la civilización cristiana. Sin embargo, algunos de ellos, especialmente anglicanos, preparaban a los jefes neozelandeses a doblegarse bajo el yugo de Inglaterra, y les indujeron a firmar una carta dirigida a la reina Victoria solicitando su protección. Pero los más duchos presentían la torpeza que había en practicar una gestión semejante, y uno de ellos, después de trazar en la carta una copia de las pinturas que tenía en su cuerpo, pronunció estas fatídicas palabras: «Hemos labrado la perdición de nuestro país, que en lo sucesivo ya no será nuestro. Vendrá el extranjero a apoderarse de él, y seremos sus esclavos.»

En efecto, el 29 de enero de 1840, la corbeta Herald llegaba a la bahía de las Islas, al norte de Ika Na Maoui. Hobson, que mandaba el buque, desembarcó en la aldea de Korora-Reka, cuyos habitantes fueron invitados a reunirse en asamblea general en la iglesia protestante, donde el capitán leyó los poderes que le había conferido la reina de Inglaterra.

El 5 de enero del año siguiente fueron llamados los principales jefes zelandeses a la aldea de Paia, donde residía el agente inglés, el cual trató de obtener su sumisión, diciéndoles al efecto que la reina había enviado tropas y buques para protegerles, que sus derechos quedarían garantizados y su libertad

no sufriría menoscabo, pero que sus propiedades debían pertenecer a la reina Victoria, y que tenían obligación de vendérselas.

Pareciéndoles demasiado cara la protección, los jefes en su mayor parte la rechazaron. Pero lo que no recabaron de aquellas naturalezas salvajes las frases pomposas del capitán Hobson, se obtuvo a fuerza de promesas y presentes, y quedó confirmada la toma de posesión.

Desde 1840 hasta el día que salió el Duncan del golfo de la Clyde, ¿qué había sucedido? Nada que no supiese Santiago Paganel, y que no se hallase el geógrafo en aptitud de referir a sus compañeros.

—Señora —respondió a las preguntas de Lady Elena—, os repetiré lo que he tenido ya ocasión de deciros, y es que los neozelandeses constituyen una población valiente, que después de haberse doblado momentáneamente al yugo, disputa palmo a palmo el terreno a la invasora Inglaterra. Las tribus de maoríes están organizados como los antiguos clanes de Escocia, formando grandes familias que reconocen un jefe celoso de la autoridad que ejerce. Los hombres de esta raza son orgullosos y de ánimo esforzado, y ofrecen dos variedades, de las cuales una está compuesta de hombres altos y de cabellos lacios, parecidos a los malteses o a los judíos de Bagdad de raza superior, y la otra la constituyen hombres de menor talla que los de la anterior, rechonchos y que parecen mulatos; pero unos y otros son robustos, altivos y guerreros. Han tenido un jefe célebre, llamado Hibi, que era un verdadero Vercingetorix. No es, pues, extraño que la guerra con los ingleses se eternice en el territorio de Ika Na Maoui, donde se encuentra la famosa tribu de los waikatós, que William Thompson capitaneaba para la defensa del país.

—Pero ¿acaso los ingleses —preguntó John Mangles— no son dueños de los principales puntos de Nueva Zelanda?

—Sin duda, querido John —respondió Paganel—. Desde 1840 hasta 1862, después de la toma de posesión del capitán Hobson, nombrado luego gobernador de la isla, se han fundado en las posesiones más ventajosas nueve colonias, que son hoy otras tantas provincias, cuatro en la isla del norte, a saber: las provincias de Auckland, de Taranaki, de Wellington y de Hawkes Day, y cinco en la isla del sur, cuales son las provincias de Nelson, de Marlborough, de Canterbury, de Otago y de Southland, que en 30 de junio de 1864 formaban una población de 180.346 habitantes. Se han levantado en todas partes ciudades comerciales de mucha importancia. Al llegar a Auckland, os veréis obligados a admitir sin reserva la situación de esa Corinto del sur, que domina su estrecho istmo echado como un puente sobre el océano Pacífico, y que cuenta ya doce mil habitantes. Al oeste New Plymouth, al este Aluhiri, al sur Wellington son ya ciudades florecientes y concurridas. En la isla de Tawai Pounamou, os veríais perplejos para escoger entre Nelson, el

Montpeller de los antípodas, el jardín de Nueva Zelanda, Picton en el estrecho de Cook. Christchurch, Invercargil y Dunedin, en la opulenta provincia de Otago, donde afluyen los buscadores de oro del mundo entero. Y no se trata de una reunión de chozas, de una aglomeración de familias salvajes, sino de verdaderas ciudades, con puertos, catedrales, bancos, muelles, jardines botánicos, museos de historia natural, sociedades de aclimatación, periódicos, hospitales, establecimientos de beneficencia, institutos filosóficos, logias de francmasones, clubes, sociedades corales, teatros y palacios de exposición universal; ni más ni menos que en París o en Londres. Y si no me es infiel la memoria, en el mismo año de 1865, tal vez en este mismo momento en que os estoy hablando, los productos industriales del Globo entero se hallan expuestos en un país de antropófagos.

— ¡Cómo! ¿A pesar de la guerra con los indígenas? —preguntó Lady Elena.

—Los ingleses, señora, hacen poco caso de una guerra —respondió Paganel—. Se batien y al mismo tiempo abren exposiciones. Todo lo concilian. Construyen ferrocarriles bajo la fusilería de los neozelandeses. En la provincia de Auckland, el railway de Drury y el railway de Mere-mere cortan los principales puntos estratégicos ocupados por los insurgentes, y es seguro que los operarios hacen fuego desde lo alto de las locomotoras.

—Pero ¿a qué altura se halla esa interminable guerra? —preguntó John Mangles.

—Seis meses largos han transcurrido desde que salimos de Europa —respondió Paganel—, y no puedo por consiguiente saber lo que ha pasado desde nuestra partida, a excepción de algunos hechos que he leído en los periódicos de Australia. Pero en dicha época se batían de firme en la isla de Ika Na Maoui.

—¿Y en qué época empezó esa guerra? —preguntó Mary Grant.

—Querréis decir, mi querida Miss —respondió Paganel—, en qué época volvió a empezar, pues la primera insurrección fue en 1845. La actual estalló a últimos de 1863; pero mucho tiempo antes se preparaban ya los maoríes para sacudirse el yugo inglés. El partido nacional de los indígenas hacía una propaganda activa para conseguir la elección de un jefe maorí. Quería elevar al trono al viejo Potatau, y hacer de su aldea, situada entre los ríos Waikato y Waipa, la capital del nuevo reino. Potatau era un viejo más astuto que valiente, pero tenía un primer ministro inteligente y enérgico, un descendiente de la tribu de los figatihauas que habitaba el istmo de Auckland antes de la ocupación extranjera. Este ministro llamado William Thompson fue el alma de la guerra de la independencia. Organizó hábilmente las tropas maoríes. Bajo su inspiración, un jefe de Taranaki, reunió en un mismo pensamiento las tribus

dispersas; otro jefe del Waikato formó la asociación del land league, verdadera liga del bien público, destinada a impedir a los indígenas que vendiesen sus tierras al Gobierno inglés, y se celebraron banquetes, como en los países civilizados cuando preludian una revolución. Los periódicos británicos empezaron a denunciar tan alarmantes síntomas precursores, y los manejos y gestiones de la land league llamaron seriamente la atención del Gobierno. En una palabra, los ánimos estaban exaltados y cargada la mina. No faltaba más para producir la explosión terrible que la aplicación de la mecha, o la más liviana chispa desprendida del choque de dos intereses opuestos.

—¿Y ese choque? —preguntó Glenarvan.

—Ocurrió en 1860 —respondió Paganel—, en la provincia de Taranaki, en la costa sudoeste de Ika Na Maoui. Un indígena poseía seiscientos acres de tierra en las inmediaciones de New Plymouth, y los vendió al Gobierno. Pero cuando los agrimensores se presentaron para medir el terreno vendido, el jefe Kingi protestó, y en marzo construyó en los seiscientos acres en litigio un campo atrincherado, defendido por altas empalizadas. Algunos días después, el coronel Godl a la cabeza de sus tropas tomó el campo a viva fuerza, y puede decirse que entonces se disparó el primer tiro de la guerra nacional.

—¿Son muy numerosos los maoríes? —preguntó John Mangles.

—Mucho ha disminuido en el transcurso de un siglo la población maorí —respondió el geógrafo—. Cook, en 1769, la hacía subir a cuatrocientos mil habitantes. En 1843 el censo del Protectorado indígena la redujo a ciento nueve mil y luego las matanzas civilizadoras, las enfermedades y las bebidas alcohólicas la han diezmando; pero aún quedarán en las dos islas noventa mil naturales, entre ellos treinta mil guerreros, que durante mucho tiempo tendrán en jaque a las tropas europeas.

—¿La insurrección ha triunfado hasta hoy? —dijo Lady Elena.

—Sí, señora, y los mismos ingleses han admirado el valor de sus enemigos. Los neozelandeses hacen una guerra de guerrillas y de escaramuzas, sorprendiendo los pequeños destacamentos y saqueando las propiedades de los colonos. El general Cameron se veía muy apurado en un país que le obligaba a registrar todos los matorrales. En 1863, después de una lucha larga y mortífera, los maoríes ocupaban una gran posición fortificada en el alto Waikato, en el extremo de una cordillera de escarpadas colinas, que tenían tres líneas de defensa. Los profetas llamaban a toda la población maorí a las armas en defensa del territorio y prometían el exterminio de los pakekas, es decir, de los blancos. Tres mil hombres se aprestaban al combate a las órdenes del general Cameron, y no daban cuartel a los maoríes, desde el bárbaro asesinato del capitán Sprent. Se libraron batallas muy sangrientas, durando algunas de ellas doce horas, sin que los maoríes cediesen a la artillería europea. El núcleo

del ejército independiente estaba formado por la tribu feroz de los waikatos, capitaneados por William Thompson, general indígena que mandaba en un principio dos mil quinientos hombres, y luego ocho mil. Se le reunieron los súbditos de Shongi y de Heki, dos jefes temibles. En esta guerra santa las mujeres tomaron a su cargo las tareas más duras. Pero el mejor derecho no tiene siempre las mejores armas. Después de obstinados combates, el general Cameron llegó a someter el distrito del Waikato, pero lo encontró despoblado y vacío, pues habían huido todos los maoríes. Hubo hechos de armas admirables. Cuatrocientos maoríes, encerrados en la fortaleza de Orakau, a quien pusieron sitio mil ingleses a las órdenes del brigadier general Carey, no obstante hallarse sin víveres y sin agua, se negaron a rendirse, y después, en pleno día, se abrieron paso por entre las filas del 40.º Regimiento, que diezmaron, y se salvaron en los pantanos.

—¿Pero la sumisión del distrito del Waikato —preguntó John Mangles— no puso fin a la guerra?

—No, amigo —respondió Paganel—. Los ingleses han resuelto dirigirse a la provincia de Taranaki, y sitiar Mataitawa, la fortaleza de William Thompson. Pero no se apoderarán de ella sin sufrir pérdidas considerables. En el momento de salir de París, supe que el gobernador y el general acababan de aceptar la sumisión de las tribus de Tarenga, a quienes dejaban tres cuartas partes de sus tierras. Se decía también que acababa de rendirse el jefe de la rebelión William Thompson; pero los periódicos australianos no han confirmado la noticia, y es probable que en este momento se organice con nuevo vigor la resistencia.

—¿Y según vuestra opinión, Paganel —dijo Glenarvan—, las provincias de Taranaki y de Auckland son el teatro de la lucha?

—Tal creo.

—¿Esta misma provincia a que nos ha arrojado el naufragio?

—Precisamente. Hemos tomado tierra a algunas millas más arriba de la ensenada Kawlin donde debe ondear el pabellón nacional de los maoríes.

—Entonces —dijo Glenarvan— procederíamos con prudencia remontando hacia el norte.

—Sería, en efecto, lo más prudente —respondió Paganel—. Los neozelandeses están furiosos contra los europeos, y en particular contra los ingleses. Evitemos caer en sus manos.

—Acaso encontraremos algún destacamento de tropas europeas —dijo Lady Elena—. Sería una gran fortuna.

—Tal vez, señora —respondió el geógrafo—, pero no lo espero. Los

destacamentos aislados se abstienen en lo posible de recorrer un país en que en cada maleza se halla acechando un tirador hábil y sereno. No cuento, pues, con una escolta de soldados del 40.º Regimiento. Pero hay establecidas algunas misiones en la costa oeste que vamos a seguir, y nos será fácil, hasta llegar a Auckland, hacer jornadas de una a otra. Pienso también en seguir el camino que siguió Monsieur de Hochstetter a lo largo del Waikato.

—¿Era algún viajero, Monsieur Paganel? —preguntó Roberto.

—Sí, amigo mío; era un individuo de la comisión científica que se embarcó en la fragata austriaca Navara, en el viaje de circunnavegación que hizo en 1858.

—Monsieur Paganel —añadió Roberto, cuyos ojos llenaba de fuego la idea de las grandes expediciones geográficas—, ¿tiene Nueva Zelanda viajeros célebres como tiene Australia a Burke y Stuart?

—Algunos, tales como el doctor Hooker, el profesor Drizart y los naturalistas Dieffenbach y Julius Haast; pero no obstante haber algunos de ellos pagado con la vida su pasión aventurera, son menos célebres que los viajeros australianos o africanos...

—¿Y conocéis su historia? —preguntó el joven Grant.

— ¡Pardiez, muchacho! Voy a referírtela, porque veo que ardes en deseos de saber tanto como yo.

—Gracias, Monsieur Paganel, os escucho.

—Y nosotros también os escuchamos —dijo Lady Elena—. No será ésta la primera vez que el mal tiempo nos haya obligado a instruirnos. Hablad para todos, Monsieur Paganel.

—Estoy a vuestras órdenes, señora; pero mi narración no será larga. No se trata aquí de atrevidos descubridores que luchan mano a mano con el minotauro australiano. Nueva Zelanda es un país demasiado pequeño para oponerse a las investigaciones del hombre. Así, pues, mis héroes no han sido, propiamente hablando, viajeros, sino simples aficionados, como los bañistas, víctimas de los más prosaicos accidentes.

—¿Cómo se llamaban? —preguntó Mary Grant.

—El geómetra Witcombe y Charlton Howitt, el mismo que encontró los restos de Burke en la memorable expedición de que os hablé en el alto que hicimos en las márgenes del Wimerra; Witcombe y Howitt se pusieron al frente de dos exploraciones en la isla de Tawai Pounamou. Los dos partieron de Christchurch en los primeros meses de 1863, para descubrir diferentes pasos entre las montañas del norte de la provincia de Canterbury. Howitt, franqueando la cordillera en su límite septentrional de la provincia, estableció

su cuartel general en el lago Brunner. Witcombe, al contrario, halló en el valle de Rakaia un paso que conducía al este del monte Tyudall. Witcombe tenía un compañero de viaje, Jacob Louper, que ha publicado en el *Tyttelon Times* la narración del viaje y de la catástrofe. El 22 de abril de 1863, los dos exploradores se hallaban al pie de un ventisquero en que toma su origen el Rakaia. Subieron a la cima del monte y buscaron nuevos pasos. Al día siguiente, Witcombe y Louper, rendidos de fatiga y ateridos de frío, acamparon envueltos en una densa niebla a 4.000 pies sobre el nivel del mar. Estuvieron siete días errando por las montañas; descendieron a valles cuyas escarpas cortadas a pico no ofrecían salida alguna; a veces sin fuego, a veces sin alimento, con el azúcar que se había vuelto jarabe, con la galleta que se había convertido en una pasta húmeda, con la ropa y las mantas chorreando agua, devorados por insectos, haciendo grandes jornadas de tres millas y pequeñas jornadas en que apenas avanzaban 200 yardas. Por último, el 29 de abril, hallaron una choza de maoríes, y en un huerto unas cuantas patatas, que constituyeron la última comida que hicieron juntos los dos amigos. Por la tarde llegaron a la orilla del mar, junto a la desembocadura del Taramakau, y quisieron pasar a la margen derecha para dirigirse al norte, hacia el río Grey. El Taramakau era profundo y ancho. Louper, después de buscar durante una hora, encontró dos canoas averiadas que reparó lo mejor que pudo, y unió las dos como si fuesen una sola. Al anoecer, se embarcaron en ellas los dos amigos, pero al llegar en medio de la corriente, las dos frágiles embarcaciones se llenaron de agua. Witcombe se echó al agua, y volvió a ganar a nado la orilla izquierda. Jacob Louper, que no sabía nadar, quedó agarrado a la canoa, y así se salvó, pero no sin peripecias.

El desgraciado fue impelido a los rompientes, donde una ola le sumergió en el fondo del mar y otra le volvió a la superficie. Chocó contra las rocas, y llegó la noche, que era muy oscura. Llovía a torrentes. Con el cuerpo ensangrentado e hinchado por el agua del mar, Jacob permaneció durante algunas horas en situación tan desesperada, hasta que por fin la canoa fue arrojada a tierra firme, y el naufrago quedó sin sentido en la playa. Al anoecer del día siguiente, se arrastró hacia un manantial, y reconoció que la corriente le había echado a una milla de distancia del punto en que había intentado pasar el río. Se levantó, siguió la costa y no tardó en encontrar al desventurado Witcombe con el cuerpo y la cabeza hundidos en el cieno. Estaba muerto. Louper, con sus propias manos, hizo un hoyo en la arena y enterró el cadáver de su compañero. Dos días después, muriéndose de hambre, fue recogido por maoríes hospitalarios, pues los hay dignos de esta calificación, aunque excepcionalmente, y el 4 de mayo llegó al lago Brunner, donde estaba el campamento de Charlton Howitt, el cual, seis semanas después, pereció del mismo modo que el desventurado Witcombe.

—Parece —dijo John Mangles— que las catástrofes se encadenan, que un

lazo fatal une entre sí a los viajeros, y que cuando este lazo se rompe, sucumben todos.

—Así es la verdad, amigo John —respondió Paganel—, y muchas veces he hecho la misma observación. ¿Por qué ley de solidaridad Howitt murió de idéntica manera que Witcombe? No se puede saber. Charlton Howitt había sido contratado por Monsieur Wyde, director de las obras públicas del Gobierno, para trazar un camino de herradura desde las llanuras de Huranni hasta la desembocadura del Taramakau. Partió, acompañado de cinco hombres, el 1 de enero de 1863, y llevó a cabo su cometido con singular inteligencia, abriendo un camino de cuarenta millas de largo hasta un punto impenetrable del Taramakau. Howitt regresó entonces a Christchurch, y no obstante la proximidad del invierno, rogó que le dejaran proseguir sus trabajos, a lo cual accedió Monsieur Wyde. Howitt volvió a salir para abastecer de víveres su campamento con el fin de pasar en él la mala estación, y entonces fue cuando recogió a Jacob Louper. El 27 de junio, acompañado de Roberto Little y Henry Mullís, salió del campamento. Los tres atravesaron el lago Brunner, y no han vuelto a aparecer, habiendo únicamente encontrado varada en la playa su frágil canoa. Se les buscó inútilmente durante nueve semanas, y es evidente que los desgraciados, que no sabían nadar, se ahogaron en el lago.

—¿Por qué no han de estar sanos y salvos en alguna tribu neozelandesa? —dijo Lady Elena—. Su muerte es, por lo menos, dudosa.

— ¡Ay! No, señora —respondió Paganel—, pues en agosto de 1865, un año después de la catástrofe, no habían aún reaparecido, y cuando se tarda un año en reaparecer en Nueva Zelanda —murmuró en voz baja—, la perdición es irrevocable.

Capítulo IX

Treinta millas al norte

A las seis de la mañana del 7 de febrero, Glenarvan dio la señal de marcha. Durante la noche había cesado la lluvia, y el cielo, matizado de cenicientas nubes, no permitía a los rayos del sol llegar a la tierra. La temperatura era bastante moderada para arrostrar las fatigas de un viaje diurno.

Paganel había medido en el mapa 80 millas de distancia entre la punta Cahuc y Auckland, y por consiguiente, andando diariamente 10 millas, el viaje debía durar ocho días. Pero en lugar de seguir las tortuosas playas del mar, pareció conveniente ganar la confluencia del Waikato y del Waipa, en la aldea

de Ngarnaochia, distante 30 millas. Por allí pasa el overland track, camino o, por mejor decir, sendero que permite el tránsito de carruajes, y atraviesa una gran parte de la isla desde Napier, en la bahía Hawkes, hasta Auckland, siendo fácil desde aquel punto llegar a Drury y descansar en una excelente fonda que corre principalmente a cargo del naturalista Hochstter.

Los viajeros, cargando cada cual con su parte de víveres, empezaron a seguir las costas de la bahía Aotea. La prudencia les obligaba a no separarse del camino, y como instintivamente, llevaban amartilladas las carabinas, vigilando incesantemente las onduladas llanuras del este. Paganel, con su excelente mapa en la mano, experimentaba un entusiasmo de artista, comprobando la exactitud de sus más insignificantes accidentes.

Durante una parte de la jornada, la comitiva pisó una arena compuesta de restos de conchas bivalvas y huesos de jibia mezclados con una gran cantidad de peróxido de hierro. Un imán se hubiera instantáneamente cubierto de brillantes cristales, si se le hubiera acercado al suelo.

En la playa, acariciada por la marea ascendente, se refocilaban algunos animales marinos, sin moverse de su sitio a la aproximación de los viajeros. Las focas, con su redonda cabeza, su frente ancha y encorvada y sus ojos expresivos, presentaban una fisonomía apacible y casi afectuosa, que daba razón a la fábula que, poetizando a su manera a aquellos curiosos habitantes de las olas, hizo de ellos encantadoras sirenas, no obstante ser su voz un gruñido muy poco armonioso. Las focas, muy numerosas en las costas de Nueva Zelanda, son por su aceite y su piel objeto de un comercio muy activo.

Se distinguían entre ellas tres o cuatro elefantes marinos, de color ceniza, cuya longitud no bajaba de 25 a 30 pies. Perezosamente tendidos en mullidos lechos de laminarias de la especie mayor, los enormes anfibios levantaban su trompa eréctil y fruncían las rudas cerdas de sus largos y retorcidos bigotes, verdaderos tirabuzones rizados como la barba de un petimetre. Complacíase Roberto en contemplarlos, cuando exclamó muy sorprendido:

— ¡Qué veo! ¡Esas focas comen guijarros!

En efecto, algunos de aquellos animales engullían piedras y más piedras de las que había en la playa, con un afán que parecía insaciable.

— ¡Pardiez! ¡Es verdad! —replicó Paganel—. Pero ¿qué zoólogo no sabe que esos animales pacen los chinarrros de la costa?

—Pues es una comida singular —dijo Roberto—, y que no debe ser muy nutritiva, ni muy fácil de digerir.

—No la digieren, ni se nutren con ella, muchacho; tragan piedras para lastrarse, y así aumentan su peso específico y descienden más fácilmente al

fondo del agua. Cuando vuelvan a tierra, arrojarán el lastre sin más ceremonia. Ahora mismo vas a ver cómo bucean.

En efecto, media docena de focas, provistas de suficiente lastre, no tardaron en arrastrarse con trabajo a lo largo de la playa y desaparecieron en el líquido elemento.

Pero Glenarvan no podía perder un tiempo precioso en esperar su reaparición para observar la operación del deslastre, y con gran sentimiento de Paganel se volvió a emprender la marcha interrumpida.

A las diez se detuvo la expedición para almorzar al abrigo de grandes rocas basálticas, que afectaban la forma de dólmenes o monumentos célticos. Había un banco de ostras en que estos moluscos eran muy abundantes, pero pequeños y de sabor bastante desagradable. Pero Olbinett, siguiendo el consejo de Paganel, las puso sobre ascuas, y asadas de este modo, hicieron en el almuerzo un importante papel. Después de almorzar, continuaron los viajeros su peregrinación por las orillas de la bahía. Coronaban los acantilados numerosas aves acuáticas, pájaros bobos, fragatas, gaviotas y gigantescos albatros que permanecían inmóviles en los agudos picos. A las cuatro de la tarde se habían recorrido sin fatiga las diez millas de ordenanza, y las viajeras pidieron que se siguiese andando hasta que anocheciese. En aquel momento, había que tomar otra dirección para rodear la falda de algunas montañas que aparecían al norte y entrar en el valle del Waipa.

El terreno presentaba en lontananza el aspecto de inmensas praderas que se prolongaban hasta perderse de vista, y prometían una caminata fácil. Pero al llegar al linde de aquellos campos de verdura, se desvanecían las ilusiones de los peregrinos. Habíanse apoderado de la tierra zarzales en que chispeaban algunas florecillas blancas y altos e innumerables helechos que son la planta que más abunda en Nueva Zelanda. Preciso fue abrirse paso por entre aquellos leñosos tallos, y las dificultades fueron muchas. Sin embargo, a las ocho de la tarde se habían rodeado las primeras laderas de los Hakarihoata Rauges, y se organizó el campamento.

Justo era descansar después de una jornada de 14 millas. Como no había carreta ni tienda, cada cual se dispuso a dormir al pie de magníficos pinos de Norfolk, y fácil fue con las mantas, de que afortunadamente no se carecía, improvisar muy regulares camas. Glenarvan tomó para la noche rigurosas precauciones. Sus compañeros y él, bien armados, debían por parejas ponerse de centinela hasta que amaneciese. No se encendió ningún fuego porque las hogueras, que son útiles para librarse de las fieras, no tenían ningún objeto en Nueva Zelanda, donde no hay tigres, leones ni osos, ni más animales feroces que los mismos neozelandeses, jaguares bípedos, a quienes la llama del vivac hubiera atraído en lugar de ahuyentarles.

Se pasó bien la noche, sin más incomodidades que las picaduras asaz desagradables de algunas moscas de arena, llamadas engamu en lengua indígena, y las correrías de una audaz familia de ratas que royeron los sacos de provisiones.

A la mañana siguiente, 8 de febrero, Paganel se despertó con más confianza y casi reconciliado con el país. Los maoríes, a quienes temía particularmente, no habían aparecido, y ningún caníbal se le presentó tampoco en sueños. Así es que manifestó a Glenarvan su satisfacción.

—Creo —le dijo— que llevaremos nuestra peregrinación a cabo sin ningún encuentro desagradable. Esta noche llegaremos a la confluencia del Waipa y del Waikato, y pasando este punto, es poco probable en el camino de Auckland una arremetida de indígenas.

—¿Cuánto distamos —preguntó Glenarvan— de la confluencia del Waipa y del Waikato?

—Quince millas, lo mismo que anduvimos ayer, poco más o menos.

—Pero nos retrasaremos mucho si siguen obstruyéndonos el paso estos interminables breñales.

—No —respondió Paganel—, porque seguiremos las orillas del Waipa, donde la senda es fácil y no ofrece obstáculos.

—Partamos, pues —respondió Glenarvan, que vio a las viajeras en disposición de ponerse en camino.

Los inextricables zarzales retardaron la marcha de los viajeros durante las primeras horas de la jornada. Pasaron por donde hubiera sido imposible hacerlo en carro o a caballo, por cuya razón se echó muy poco de menos la carreta australiana. Hasta que se abran carreteras que atraviesen aquellos breñales, Nueva Zelanda será únicamente practicable a los que vayan a pie. Los helechos, de los que hay allí especies innumerables, contribuyen con la misma obstinación que los maoríes a la defensa del suelo nacional.

La comitiva tropezó con mil dificultades para cruzar las llanuras en que se levantan las colinas de Hakarihoata. Pero antes de mediodía alcanzó las márgenes del Waipa y por ellas avanzó fácilmente hacia el norte.

Se encontraban entonces los viajeros en un valle encantador, surcado de arroyuelos o pequeños creeks, cuyas aguas frescas y cristalinas corrían plácidamente por debajo de los arbustos. Según el botánico Hooker, Nueva Zelanda ha presentado hasta hoy dos mil especies de vegetales, de los cuales quinientos pertenecen a ella especialmente. Las flores son pocas y poco matizadas, y hay carencia casi absoluta de plantas anuales, pero abundan las filicíneas, gramíneas y umbelíferas.

Se levantaban a trechos, fuera de los primeros planos de la sombría vegetación, algunos grandes árboles, metrosideros, cuyas flores son de color escarlata, pinos de Norfolk, cuyas ramas están comprimidas verticalmente, y una especie de ciprés, el rimo de los indígenas, *Supresieus arbor vitae* de los botánicos, no menos lúgubre y melancólico que sus congéneres europeos, disputando la tierra a sus raíces numerosas variedades de helechos.

Entre las ramas de los grandes árboles, en la superficie misma de la maleza, revoloteaban y charlaban algunas cacatúas: el kaha, de plumaje ferruginoso y collar rojo; el kakariki, verde; el taupo, adornado con negras carrilleras, y un papagayo del tamaño de un ánade, de un color rojo metálico, deslumbrador, debajo de las alas, designado por los naturalistas con la denominación de *Nector meridional*.

El Mayor y Roberto, sin alejarse de sus compañeros, pudieron tirar a algunas chochas y perdices que se ocultaban bajo las hierbas, y Olbinett, para no perder tiempo, las fue desplumando por el camino.

Paganel, menos sensible a las propiedades culinarias de la caza, hubiera querido apoderarse de algún pájaro particular de Nueva Zelanda. La curiosidad del naturalista imponía en él silencio al apetito del viajero. Recordaba las extrañas maneras del tui de los indígenas, llamado pájaro burlón por sus gorjeos que parecen carcajadas, y pájaro cura, porque lleva un alzacuello blanco y es negro su plumaje como una sotana.

—El tui —decía Paganel al Mayor— se pone tan gordo en el invierno, que contrae una verdadera polisarcia. De puro gordo no puede volar, y entonces se destroza el pecho a picotazos para desprenderse de su gordura y hacerse más ligero. ¿No os parece singular esto, Mac Nabbs?

—Tan singular —respondió el Mayor— que no lo creo.

¡Cuánto sintió Paganel no poder apoderarse de un solo tui para hacer ver al incrédulo Mayor las sangrientas escaras de su pecho!

Pero tuvo la suerte de hacerse con un animal extraño, que acosado por hombres, gatos o perros, había huido hacia las comarcas deshabitadas y tiende a desaparecer de la fauna neozelandesa. Roberto, huroneando como un verdadero hurón, descubrió en un nido, formado de raíces entrelazadas, un par de pollas sin alas ni cola, con cuatro dedos en cada pie, un pico a manera del de la chocha y en todo el cuerpo una melena de plumas blancas. Tan extraño animal marca, al parecer, la transición de los ovíparos a los mamíferos.

Los zelandeses le llaman kiwi, y los naturalistas *Apterix australis*. Come indistintamente larvas, insectos, gusanos y semillas. Difícil ha sido introducirle en los jardines zoológicos de Europa, y es especial de aquel país. Sus formas medio esbozadas y sus movimientos cómicos, han llamado

siempre la atención de los viajeros y Dumont d'Urville, en la gran exploración por Oceanía del Astrolabe y de la Zelce, se encargó por recomendación especial de la Academia de Ciencias de adquirir un ejemplar de tan singular ave. Pero a pesar de las recompensas que ofreció a los indígenas, no pudo procurarse ni un solo kiwi vivo.

Contento Paganel con su buena suerte, ató juntas las dos pollas y se propuso conservarlas para hacer un regalo al jardín botánico de París. Le parecía estar ya leyendo en la más hermosa jaula del establecimiento la seductora inscripción siguiente: Regalo de Monsieur Santiago Paganel.

Los viajeros avanzaban sin cansarse por las márgenes del Waipa. La comarca estaba desierta, sin huella alguna de indígenas, ni sendero que indicase la presencia del hombre. Las aguas del río corrían entre la maleza y sobre un lecho de guijarros. Podía extenderse ampliamente la mirada sobre las pequeñas lomas que cerraban el valle por la parte del este. Los cerros, con sus extrañas formas y su perfil sumergido, en una bruma engañadora, parecían gigantescos animales, dignos de los tiempos antediluvianos. Hubiérase dicho que eran un rebaño de enormes cetáceos sobrecogidos por una petrificación súbita. Aquellas atormentadas moles revelaban un carácter esencialmente volcánico, y, en efecto, Nueva Zelanda no es más que el producto reciente de un trabajo plutónico. Su emersión encima del agua aumenta incesantemente, tanto que en veinte años algunos puntos han crecido una toesa. El fuego circula aún por sus entrañas, y las sacude y conmueve, escapándose por el cráter de los volcanes.

A las cuatro de la tarde, los viajeros habían adelantado 9 millas. Según el mapa que Paganel consultaba incesantemente, a menos de 5 millas debía encontrarse la confluencia del Waipa y del Waikato, y se había resuelto pasar allí la noche. Para andar las 50 millas que separaban dicha confluencia de la capital, bastarían dos o tres días, y todo lo más ocho horas si tenía Glenarvan la suerte de encontrar el correo que hace un servicio bimensual entre Auckland y la bahía Hawkes.

—Por lo visto —dijo Glenarvan—, tendremos que acampar aún esta noche.

—Sí —respondió Paganel—, pero nada .más que esta noche. Así lo espero.

—Tanto mejor, porque par a Lady Elena y Mary Grant la prueba es demasiado dura.

—La sobrellevan sin quejarse —añadió John Mangles—. Pero si no me engaño, Monsieur Paganel, hicisteis mención de una aldea situada en la confluencia de los dos ríos.

—Sí —respondió el geógrafo—, vedla indicada en el mapa de Johnson. Se

llama Ugarnovahia, y se halla a cerca de dos millas de la confluencia.

—Pues bien, ¿no podríamos pernoctar hoy en ella? Lady Elena y Miss Grant andarían de muy buena gana dos millas más para descansar en una posada medio decente.

— ¡Una posada! —exclamó Paganel—. ¡Una posada en una aldea menor! ¡Ni un figón, ni una taberna! La tal aldea no es más que un conjunto de chozas indígenas, y lejos de buscar en ella un asilo, soy del parecer que debemos evitarla prudentemente.

— ¡Siempre con vuestros temores, Paganel! —dijo Glenarvan.

—Son muy justos, querido Lord. Con los maoríes vale más pecar por exceso de desconfianza. No sé en qué situación se encuentran con los ingleses, si la insurrección ha sido reprimida o ha triunfado, si sigue o no la lucha. Pero dicho sea sin que se nos tache de poco modestos, personas de nuestra categoría serían una buena presa, una verdadera caza mayor para los zelandeses, cuya hospitalidad no trato de experimentar. Repito, pues, que me parece muy cuerdo evitar la aldea de Ugarnovahia, aunque sea rodeando algo y huir como del diablo de un encuentro con los indígenas. Una vez lleguemos a Drury, la cosa variará de aspecto, y allí nuestras interesantes compañeras podrán rehacerse tranquilamente de las fatigas del viaje.

Prevaleció la opinión del geógrafo. Lady Elena prefirió pasar una última noche al aire libre, a exponerse y exponer a sus compañeros a una catástrofe. Ni Mary Grant ni ella quisieron hacer alto, y siguieron andando a lo largo del río.

Dos horas después empezaron a descender de las montañas las primeras sombras de la noche. El sol, antes de sepultarse en su ocaso, se aprovechó de un espacio libre que dejaban las nubes para lanzar algunos rayos tardíos. Las lejanas cimas del este se teñían de púrpura a los últimos resplandores del día, que se despidió rápidamente de los viajeros.

Glenarvan y sus compañeros aceleraron el paso, pues conocían la brevedad del crepúsculo bajo aquella latitud ya elevada, y sabían cuán precipitada es la invasión de la noche. Tratábase de llegar a la confluencia de los dos ríos antes que la oscuridad fuese profunda. Pero se levantó de la tierra una niebla espesa que hizo muy difícil el reconocimiento del camino.

Afortunadamente, el oído remplazó a la vista, que las tinieblas volvían inútil. Muy pronto un murmullo más acentuado de las aguas indicó la unión de los dos ríos en un mismo lecho. A las ocho, la comitiva llegó al punto en que el Waipa se pierde en el Waikato.

— ¡Allí está el Waikato! —exclamó Paganel—. El camino que conduce a

Auckland sigue a lo largo de su margen derecha.

—Mañana lo veremos —respondió el Mayor—. Ahora acampemos aquí. Me parece que esas sombras que vemos más pronunciadas, son debidas a un bosquecillo cuyos árboles nacieron expresamente, Dios sabe cuándo, para albergarnos esta noche. Cenemos y durmamos, mañana será otro día.

—Cenemos —dijo Paganel—, pero no más que galletas y carne seca, para no encender fuego. Conservemos el incógnito con que hemos llegado hasta aquí y demos gracias a la Providencia por esta niebla que nos vuelve invisibles.

Capítulo X

El río Nacional

Al amanecer del día siguiente, se arrastraba una niebla bastante densa. Los vapores que saturaban el aire se habían en parte condensado por el enfriamiento, y velaban la superficie de las aguas. Pero no tardaron los rayos del sol en romper aquellas masas vesiculares. Se despejaron las brumosas orillas, y apareció en toda su belleza matinal el caudaloso Waikato.

Una lengua de tierra estrecha y prolongada, erizada de arbustos, terminaba en punta con la confluencia de los dos ríos. Las rápidas aguas del Waipe rechazaban las menos impetuosas del Waikato; pero este último río, más poderoso aunque más tranquilo, vencía al cabo al otro, y lo arrastraba pacíficamente en su curso hasta sepultarse los dos en el Pacífico.

Cuando se desvanecieron los vapores, apareció una embarcación que remontaba la corriente del Waikato. Era una canoa de 70 pies de longitud, 5 de anchura y 3 de profundidad, con la proa levantada como una góndola veneciana, y formada de una sola pieza, con el tronco de un abeto kahikatea.

Su fondo estaba cubierto de musgo seco. Ocho remos en la proa la hacían deslizarse con la rapidez de un pájaro por la superficie de las aguas, dirigiéndola, por medio de una ancha pala, llamada pagaya, que hacía las veces de timón, un hombre sentado en la popa.

Imponía aquel indígena, cuya edad era aproximadamente de cuarenta y cinco años, con su elevada estatura, su pecho ancho, sus miembros musculosos y sus vigorosos pies y manos. Hacían de él un personaje temible su frente combada y surcada de arrugas, su ceño, su mirada feroz, su fisonomía siniestra.

Era el tal un jefe maorí de alta categoría, como lo daban a entender las

delicadas y numerosas pinturas que cubrían su faz y toda su epidermis. De las alas de su nariz aguileña partían dos espirales negras que, formando un círculo alrededor de sus ojos amarillos, se cruzaban en su frente y se perdían en su magnífica cabellera. Su boca ostentaba dientes de deslumbradora blancura, y desaparecía, lo mismo que la barba, bajo caprichosos dibujos a manera de volutas que descendían con cierta elegancia hasta su robusto pecho.

Las pinturas en el cuerpo, que los neozelandeses llaman moko, son una prueba de alta distinción, considerándose únicamente digno de ellas al que ha figurado denodadamente en algunos combates. No pueden aspirar a esas rúbricas honoríficas los esclavos y plebeyos. Los jefes célebres se reconocen por lo perfecto y significativo del dibujo, que reproduce con frecuencia en su cuerpo imágenes de animales. Algunos se someten cinco veces a la muy dolorosa operación de moko. En Nueva Zelanda, el más ilustre es el más ilustrado.

Dumont d'Urville ha dado, sobre esta costumbre, curiosos pormenores, haciendo observar que equivalen a los pergaminos y blasones que tanto y tan ridículamente envanecen a algunas familias en Europa. Pero señala una diferencia entre los dos signos de distinción. Los blasones de los europeos, aun siendo merecidos, cuando lo son, que es muy rara vez, sólo prueban el mérito individual del primero que los obtuvo y no el de sus descendientes, al paso que los distintivos honoríficos de los neozelandeses atestiguan de una manera auténtica el valor personal extraordinario del que los lleva, pues sin él no podría llevarlos.

Además, el moko de los maoríes, independientemente de la consideración de que goza, posee una utilidad incontestable. Da al cutis mayor tenacidad y dureza, curtiéndolo, si así puede decirse, lo que le permite resistir mejor la intemperie de las estaciones y las incesantes picaduras de los mosquitos.

Ninguna duda cabía acerca de la importancia del jefe que dirigía la canoa. El agudo hueso del albatros, que es el buril de que se sirven los grabadores maoríes, había surcado cinco veces su semblante en todas direcciones y muy profundamente. Estaba en la quinta edición, y bien lo decía la altanería de su rostro.

Su cuerpo, envuelto en un holgado manto de phormium, forrado de piel de perro, ostentaba un taparrabo ensangrentado en los últimos combates. Del prolongado lóbulo de sus orejas colgaban pendientes de jade verde, y ceñían su garganta collares de pounamous, piedras sagradas a que atribuye la superstición zelandesa propiedades milagrosas. A su lado tenía un fusil inglés y un patou patou, especie de hacha de dos filos, de color de esmeralda y de 18 pulgadas de longitud.

Junto a él permanecían perfectamente inmóviles, envueltos también en un

manto de phormium, nueve guerreros de menos categoría, pero armados y de feroz continente, habiendo entre ellos algunos cuyo cuerpo atormentaban heridas aún no cicatrizadas. Tres perros de salvaje aspecto estaban echados a sus pies. Los ocho remeros de la proa eran, al parecer, criados o esclavos del jefe, y bogaban vigorosamente. Así es que la embarcación avanzaba contra la corriente del Waikato, que no era muy rápida, con una velocidad prodigiosa.

En el centro de la larga canoa, con los pies atados pero las manos libres, estaban agrupados diez prisioneros: Glenarvan, Lady Elena, Miss Grant, Roberto, Paganel, el Mayor, John Mangles, el Stewart y los dos marineros.

Toda la comitiva, engañada por la densa niebla, había acampado la noche anterior en medio de una numerosa partida de indígenas. A medianoche, los viajeros, sorprendidos mientras estaban durmiendo, fueron presos y trasladados a bordo de la embarcación. Hasta entonces no habían sido maltratados, pero toda resistencia hubiera sido inútil. Sus armas y municiones estaban en poder de los salvajes, y hubieran caído atravesados por sus propias balas.

Cogiendo al vuelo algunos vocablos ingleses de que se sirven los indígenas, no tardaron en saber que éstos, rechazados por las tropas británicas, destrozados y diezmados volvían a los distritos del alto Waikato. El jefe maorí, después de una obstinada resistencia y haber sido degollados sus principales guerreros por los soldados del 42.º Regimiento, volvía para hacer un nuevo llamamiento a las tribus del río, e incorporarse al indomable William Thompson, que luchaba sin tregua contra sus conquistadores. Llevaba el siniestro nombre de Kai Koumou, que en lengua indígena significa comedor de los miembros de su enemigo. Era tan cruel como audaz y valiente, y no había que esperar de él compasión. Su nombre es bien conocido de los soldados ingleses y el gobernador de Nueva Zelanda acababa de poner precio a su cabeza.

Aquel inmenso infortunio sorprendió a Lord Glenarvan en el momento de ir a alcanzar el deseado puerto de Auckland para regresar a Europa. Sin embargo, su semblante, frío y tranquilo, no permitía adivinar sus dolorosas angustias, porque en las circunstancias más graves de la vida, Glenarvan se hallaba siempre a la altura de sus desdichas. Comprendía que él debía dar ejemplo a su esposa y a sus compañeros, porque él era el esposo y el jefe, y estaba dispuesto a morir por la salvación común, cuando las circunstancias lo exigiesen. Profundamente religioso, no quería desesperar de la justicia de Dios en presencia de la santidad de su empresa, y en medio de los peligros y obstáculos hacinados en el camino, ni un solo instante se arrepintió del generoso arranque que le había arrastrado a aquellas regiones salvajes.

Dignos eran de él sus compañeros. Participaban de sus nobles

pensamientos, y al ver su fisonomía serena y altiva, nadie hubiera dicho que caminaban hacia una suprema catástrofe. Además, por un común acuerdo y por consejo de Glenarvan, habían resuelto afectar delante de los indígenas una indiferencia completa, pues no había otro medio de inspirar cierto respeto a aquellas naturalezas feroces. Los salvajes en general, y muy particularmente los maoríes, tienen cierto sentimiento de dignidad que no les abandona nunca. Estiman al que se hace estimar por su valor y sangre fría. Glenarvan sabía que procediendo como lo hacía, evitaba a sus compañeros y se evitaba a sí mismo inútiles malos tratos.

Desde que los viajeros salieron del campamento escoltados por los indígenas, éstos, poco locuaces como todos los salvajes, apenas se dirigieron la palabra. Sin embargo, por algunas frases sueltas, reconoció Glenarvan que estaban familiarizados con la lengua inglesa, por lo que resolvió interrogar al jefe zelandés acerca de la suerte que les estaba reservada. Con voz segura, que no revelaba ningún miedo, preguntó a Kai Koumou:

—¿A dónde nos llevas, jefe?

Kai Koumou le miró desdeñosamente, sin contestarle.

—¿Qué tratas de hacer con nosotros?

Un rápido relámpago brilló en los ojos de Kai Koumou, el cual con voz grave respondió:

—Canjearte, si los tuyos quieren el canje; matarte, si no quieren.

Glenarvan no preguntó más, pero en su corazón renació la esperanza. Era indudable que algunos jefes del ejército maorí habían caído prisioneros de los ingleses, y los indígenas trataban de rescatarlos por medio de un canje. Había, pues, una probabilidad, aunque remota, de salvación, y la situación por consiguiente no era desesperada.

La canoa vencía con rapidez la tranquila corriente del río. Paganel, cuya volubilidad de carácter enteramente francesa le llevaba de un extremo a otro, había recobrado toda su esperanza, y decía para sí que los maoríes le habían ahorrado el trabajo de ir a buscar los destacamentos ingleses, lo que no dejaba de ser una ventaja. Completamente resignado con su suerte, seguía en su mapa el curso del Waikato por entre las llanuras y valles de la provincia. Lady Elena y Mary Grant, reprimiendo su legítimo terror, conversaban en voz baja con Glenarvan, sin que el más hábil fisionomista hubiera podido sorprender en su semblante las angustias de su corazón.

El Waikato es el río nacional de Nueva Zelanda. Los maoríes están orgullosos de él, como los alemanes con el Rin y los eslavos con el Danubio. En su curso de 200 millas, riega las más bellas comarcas de la isla

septentrional, desde la provincia de Wellington hasta la de Auckland. Ha dado su nombre a todas las tribus ribereñas, no sometidas e indomables, que se levantaron en masa contra los invasores.

Apenas extranjero alguno ha surcado sus aguas vírgenes de todo contacto profano, que sólo se abren delante de la proa de las piraguas insulares. Sólo por milagro algún viajero audaz ha pisado sus sagradas playas. Parece que el acceso al alto Waikato está prohibido a los profanos europeos.

Paganel sabía cuánto veneraban los indígenas aquella gran arteria zelandesa. No ignoraba que los naturalistas ingleses y alemanes lo habían remontado muy poco más allá de su confluencia con el Waipa.

¿Hasta dónde el capricho de Kai Koumou iba a arrastrar a sus cautivos? No habría podido el geógrafo adivinarlo, si la palabra Taupo, pronunciada con frecuencia por el jefe y repetida por sus guerreros, no hubiese llamado su atención.

Consultó su carta, y vio que el nombre de Taupo se aplicaba a un lago célebre en los anales geográficos, que se halla abierto en la parte más montañosa de la isla, en el extremo meridional de la provincia de Auckland. El Waikato sale de este lago después de atravesarlo en toda su longitud, y desde la confluencia del lago el río se desenvuelve en un trayecto de 120 millas aproximadamente.

Paganel rogó a John Mangles, en francés, para que no le comprendiesen los salvajes, que calculase la velocidad de la canoa. Era, en concepto de John, de tres millas por hora.

—Entonces —respondió el geógrafo—, si nos detenemos durante la noche, nuestro viaje hasta llegar al lago durará cerca de cuatro días.

—Pero ¿dónde están situadas las avanzadas inglesas? —preguntó Glenarvan.

—Difícil es saberlo —respondió Paganel—. El teatro de la guerra debe haberse trasladado a la provincia de Taranki, y lo más probable es que las tropas se hallen concentradas junto al lago, en las vertientes opuestas de las montañas, donde está el foco de la insurrección.

— ¡Dios lo quiera! —dijo Lady Elena.

Glenarvan dirigió una triste mirada a su joven esposa y a Mary Grant, expuestas a los desmanes de aquellos feroces indígenas, y arrastradas a un país salvaje, lejos de toda intervención humana. Pero vio que le observaba Kai Koumou, y por prudencia, no queriendo dejar adivinar que una de las cautivas era su esposa, encerró sus pensamientos en el fondo de su corazón y contempló las orillas del río con completa indiferencia.

A cosa de media milla encima de la confluencia, pasó la piragua sin detenerse por delante de la antigua residencia del rey Potatou. No había ninguna otra embarcación que surcase las aguas del río. Algunas chozas en la orilla, muy separadas una de otra, atestiguaban con su ruina y abandono los horrores de una guerra reciente. La campiña ribereña parecía abandonada, y las márgenes del río estaban desiertas. Algunas aves acuáticas eran los únicos seres vivientes que animaban aquellas tristes soledades. El toparanga, zancudo de alas negras, vientre blanco y pico rojo, huía con sus largas patas. Garzas de tres especies, el moluku de color de ceniza, un esparaván de aspecto estúpido y el magnífico kotuku, de plumaje blanco, pico amarillo y pies negros, veían pacíficamente pasar la embarcación indígena. Donde el declive de la playa indicaba cierta profundidad, el martín pescador, el katare de los maoríes, acechaba las pequeñas anguilas que hervían por millones en los ríos zelandeses; y donde crecía la maleza, elegantes chavillas, gálculos y pollas sultanas arreglaban su tocado matutino bajo los primeros rayos del sol. Todas las aves gozaban en paz de la soledad en que las habían dejado los hombres dispersados o diezmados por la guerra.

En aquella primera parte de su curso, el Waikato corría libremente en medio de inmensas llanuras. Pero río arriba, las colinas y después las montañas, volvían angosto el valle en que tenía su lecho.

A 10 millas más arriba de la confluencia, el mapa de Paganel indicaba en la orilla izquierda la aldea de Kirikiriroa, y allí se encontró en efecto. Kai Koumou no se detuvo.

Mandó dar a los prisioneros las mismas provisiones que les había arrebatado en el saqueo del campamento, y él y sus guerreros y sus esclavos, se contentaron con la alimentación indígena, compuesta de helechos comestibles, tales como las raíces asadas al fuego del pteris, la esculenta de los botánicos, y kapanas, patatas que se cultivan en gran escala en las dos islas. Ni figuraba en su comida ninguna sustancia animal, ni pareció que les inspirase el menor deseo la cecina que comían los cautivos.

A las tres vieron a la orilla derecha los Pokaraollanges, montañas que parecen una fortaleza desmantelada. En algunos cerros cortados a pico se distinguían pachs arruinados, antiguas fortificaciones levantadas por los maoríes en posiciones inexpugnables. Parecían nidos de gigantescas águilas.

Iba el sol a desaparecer en los últimos límites del horizonte, cuando la piragua tocó en una playa sembrada de piedra pómez, que el Waikato, saliendo de montañas volcánicas, arrastraba en su curso. Brotaban a trechos algunos árboles que parecían propios para abrigar un campamento. Kai Koumou hizo desembarcar a los prisioneros, atando las manos a los hombres y dejando libres a las mujeres; pero todos, sin distinción de sexos, fueron colocados en el

centro del campamento, rodeado de inmensas hogueras que formaban una muralla infranqueable.

Antes que Kai Koumou hubiese dado a conocer a los cautivos su intención de canjearlos, Glenarvan y John Mangles habían discutido un plan de evasión, y esperaban intentarlo en tierra, aprovechando los azares favorables de la noche para su ejecución, que era imposible realizar embarcados.

Pero después de la conversación de Glenarvan y el jefe zelandés, pareció más prudente aplazarlo y tomar paciencia. Era lo más prudente, en efecto. El canje ofrecía más probabilidades de salvación que un ataque a mano armada, o una fuga que obligaba a atravesar aquellas comarcas desconocidas. Verdad es que podían sobrevenir acontecimientos que retardasen y hasta impidiesen semejante negociación, pero aun así era el partido que debía tomarse con preferencia. ¿Qué podían intentar diez hombres inermes contra treinta salvajes perfectamente armados? Por otra parte, Glenarvan suponía que la tribu de Kai Koumou habría perdido algún jefe de alta consideración cuyo rescate le interesaba mucho, y no iba del todo descaminado.

Al otro día, la embarcación siguió remontando rápidamente el curso del río. A las diez se detuvo un instante en la confluencia del Pohaiwhenna, riachuelo que venía serpenteando por las llanuras de la orilla derecha.

Allí, una canoa, tripulada por diez indígenas, se agregó a la embarcación de Kai Koumou. Apenas se dieron los guerreros la bienvenida, el airé mai rai, que quiere decir llega en buena salud, las dos embarcaciones navegaron en conserva. Los recién llegados acababan de batirse contra los ingleses, y bien lo daban a entender sus vestidos destrozados, sus armas ensangrentadas y las heridas que manaban aún bajo sus harapos. Estaban sombríos y taciturnos, y miraron a los europeos con la indiferencia característica de todos los pueblos salvajes.

Al mediodía, se perfilaron al oeste las cimas del Maungatotari. Empezaba a circunscribirse el valle del Waikato. Allí, el río, profundamente encajonado, se desencadenaba con la violencia de un torrente. Pero el vigor de los indígenas, duplicado y regularizado por un canto cuyo compás seguían los remos, empujó la embarcación contra la espumosa corriente. Quedó atrás el remolino, y el Waikato recobró su curso lento, interrumpido de milla en milla por los recodos de las riberas.

Al anoecer, Kai Koumou atracó la piragua al pie de las montañas, cuyos primeros estribos caían perpendicularmente a una estrecha playa. Veinte indígenas saltaron a tierra y tomaron disposiciones para acampar. Un jefe de la misma categoría que Kai Koumou, salió al encuentro de éste con paso grave, y frotándole la nariz con la suya, le hizo el cordial saludo del congui. Debajo de los árboles ardían hogueras. Los prisioneros fueron colocados en el centro del

campamento y custodiados con suma vigilancia. A la mañana siguiente, se volvió a remontar el Waikato, por cuyos pequeños afluentes llegaron otras embarcaciones.

Se hallaban entonces reunidos y más o menos maltratados por las balas inglesas, unos sesenta guerreros, evidentemente derrotados en la última insurrección, que regresaban a los distritos de las montañas. De cuando en cuando se elevaba un canto de las canoas, que desfilaban una tras otra.

Un indígena entonaba la oda patriótica del misterioso Pihé:

Papa ra ti wati tidi Y dougo nei... himno nacional que arrastra a los maoríes a la guerra de la independencia. La voz del cantor, llena y sonora, despertaba los ecos de las montañas, y después de cada estrofa, los indígenas, golpeando su pecho, que resonaba como un tambor, lo repetían a coro. Entretanto, a fuerza de remos, las piraguas y canoas contrarrestaban la corriente y volaban sobre la superficie de las aguas.

Durante aquella jornada, la navegación del río ofreció un fenómeno curioso. A las cuatro la embarcación, sin vacilar ni retardar su carrera, guiada por la mano firme del jefe, se lanzó a un paso estrecho en que hervían furiosos muchos remolinos alrededor de numerosos islotes. No había ningún punto en el Waikato en que fuese más peligroso zozobrar, porque las orillas no ofrecían ningún asidero, y el que hubiese puesto el pie en su profundo cieno se hubiera perdido irremisiblemente.

El río corría entre termas o manantiales de aguas minerales calientes. El óxido de hierro teñía de rojo el lúgamo de las orillas, en que el pie no hubiera encontrado ni una toesa de piso firme. Un olor sulfuroso, muy penetrante, saturaba la atmósfera sin molestar a los indígenas; pero para los cautivos, que no estaban acostumbrados a él y cuyo organismo era más delicado que el de los salvajes, eran insoportables los miasmas que exhalaban las grietas de la tierra y las burbujas que se rompían por la distensión de los gases interiores. Pero si bien era difícil que se habituase el olfato a aquellas emanaciones, la vista no podía dejar de admirar un espectáculo tan imponente.

Las embarcaciones penetraron resueltamente en lo más denso de una nube de vapores blancos, cuyas deslumbradoras volutas formaban encima del río una especie de cimborrio. Un centenar de géiseres, de los cuales había algunos que despedían torbellinos de vapor y otros que se desenvolvían en líquidas columnas, variaban en las orillas sus efectos como los surtidores y cascadas de los jardines dispuestos por la mano del hombre. Hubiérase dicho que un hábil maquinista dirigía a su arbitrio las intermitencias de aquellos manantiales.

El Waikato en aquel punto corría por un lecho movedizo incesantemente renovado por la acción de los fuegos subterráneos. No lejos, hacia el este, por

la parte del lago Rotoura, mugían los manantiales termales y las humeantes cascadas de Rotomahana y de Tatarata entrevistas por algunos animosos viajeros. Aquella región estaba acribillada, si así puede decirse, de géiseres, cráteres y solfataras, por donde se escapa el exceso de gases, para cuya salida son insuficientes las válvulas del Tangarri y del Wakari, únicos volcanes en actividad de Nueva Zelanda.

Durante dos millas, navegaron las piraguas y canoas indígenas bajo aquellas bóvedas de vapores incorporados a las cálidas volutas que circulaban en la superficie de las aguas, hasta que de pronto se disipó el humo sulfuroso y un aire puro, agitado por la rapidez de la corriente, refrescó los pechos jadeantes. Había pasado la región de los manantiales.

Antes de terminar el día, los vigorosos remos de los indígenas, tuvieron que luchar aún con otros dos remolinos, el de Hipapatua y el de Tamatec. Al anochecer, acampó Kai Koumou a la distancia de 100 millas de la confluencia del Waipa y del Waikato, donde el río, torciendo hacia el este y luego hacia el sur, desaguaba en el lago Taupo.

Al día siguiente, Santiago Paganel consultó el mapa y reconoció en la margen derecha el monte Maubara, que se eleva a 3.000 pies de altura.

Al mediodía, todas las embarcaciones entraron por una mayor expansión del río en el lago Taupo, y los indígenas saludaron con entusiastas aspavientos un pedazo de trapo que flotaba en lo alto de una choza. Era la bandera nacional.

Capítulo XI

El lago Taupo

Un día muy anterior a los tiempos históricos, por medio de un descubrimiento de las cavernas que había entre las lavas traquíticas del centro de la isla, se formó un abismo insondable de 25 millas de largo y 20 de ancho. El abismo se hizo largo, pero sin dejar de ser abismo, invadiéndolo y llenándolo las aguas precipitadas de los cerros circundantes. Hasta ahora, para medir su profundidad, han sido impotentes las sondas.

Tal es el imponente lago Taupo, que se eleva a 1.250 pies sobre el nivel del mar, y está dominado por un anfiteatro de montañas, cuya altura es de 400 toesas. Enormes rocas cortadas a pico se distinguen al oeste; al norte, algunas cimas lejanas y coronadas de árboles; al este, una dilatada playa, surcada por una senda y sembrada de fragmentos de piedra pómez que brillan entre las zarzas; al sur, conos volcánicos detrás de un primer término de bosques que

sirven de marco a aquel inmenso cuadro de agua, cuyas estrepitosas tempestades pueden competir con los ciclones del océano.

Toda aquella región hierve como una caldera inmensa suspendida sobre las llamas subterráneas. Los terrenos se estremecen acariciados por el fuego central, y filtran en muchos puntos tibios vapores. La corteza exterior se hiende y resquebraja como una costra que se deja calcinar por un calor demasiado intenso, y sin duda toda la comarca se abismaría en un horno candente, si 12 millas más lejos no hallasen una salida por los cráteres del Tougariro los vapores encerrados.

Por el norte, aparece dicho volcán con un penacho de llamas y de humo descollando sobre montecillos ignígenos. El Tougariro debe formar parte de un sistema orográfico bastante complicado. El monte Ruapahou, aislado en la llanura, levanta a 9.000 pies de altura, detrás del Tougariro, su cabeza que se pierde en las nubes. Ningún mortal ha puesto el pie en su inaccesible cono, ni mirada alguna de hombre ha sondeado las profundidades de su cráter, al paso que en veinte años han sido tres veces medidas, por Monsieurs Bidwill y Dyson, y recientemente por Monsieur De Hochstetter, las cimas más accesibles del Tougariro.

Los mencionados volcanes tienen sus leyendas, que no hubiera dejado Paganel en otra circunstancia cualquiera de referir a sus compañeros. Les hubiera contado el altercado que con motivo de una mujer se suscitó un día entre el Tougariro y el Taranaki, que eran entonces vecinos y amigos. El Tougariro, que tiene la cabeza caliente como todos los volcanes, se salió de sus casillas y abofeteó al Taranaki. Éste, humillado y lleno de miedo, huyó por el valle de Whanganni, dejó caer en la fuga dos pedazos de montaña, y llegó a la orilla del mar, donde se eleva solitario con el nombre de Mont Egmont.

Pero ni Paganel estaba de humor para contar cuentos, ni sus amigos en disposición de oírlos. Observaban todos silenciosamente la margen nordeste del Taupo, a donde acababa de llevarles la más cruel fatalidad. No existía ya en Pukawa, en los bordes occidentales del lago, la misión establecida por el reverendo Grace. El ministro había sido arrojado por la guerra lejos del foco principal de la insurrección. Los prisioneros estaban a discreción de maoríes ávidos de represalias, precisamente en la porción más salvaje de la isla en que nunca había penetrado el cristianismo.

Kai Koumou, al dejar las aguas del lago, atravesó una especie de ancón, a manera de embudo, que forma el río, dobló un agudo promontorio y se acercó a la playa oriental del lago, al pie de las primeras ondulaciones del monte Manga, tumescencia considerable que tiene 30 toesas de altura. Se extendían allí campos de phormium, precioso lino de Nueva Zelanda. El phormium de los naturalistas es el karakeké de los indígenas. Tan útil planta no tiene el

menor desperdicio. Su flor suministra la miel, que es excelente; su tallo produce una sustancia gomosa que remplaza la cera y el almidón; su hoja, más dócil, más condescendiente, más servicial aún, se presta a numerosas transformaciones, pues fresca sirve de papel y una vez seca es una yesca excelente; con ella, además, rastrillándola, se hacen cuerdas, cables y redes; con sus fibras tejidas se forman mantas y cubrecamas, y teñida de rojo o negro, viste a los maoríes más elegantes.

El precioso phormium, cuya especie más notable es la *chlamydie tenacissima* o *lachenolia ramosa*, abunda en las dos islas, encontrándose lo mismo a orillas del mar que a lo largo de los ríos y en las márgenes de los lagos. En el sitio a que habían llegado los cautivos cubrían dilatados campos, formando verdaderos bosques. Sus flores, de color rojo oscuro, parecidas a las de la agave, se abrían en todas direcciones, saliendo del inextricable laberinto de sus largas hojas, que formaban un trofeo de cortantes cuchillas. Los graciosos necturianos, que constituyen una de las numerosas variedades del vicilin o pájaro mosca, libaban zumbando el meloso jugo de los cálices.

Se chapuzaban en las aguas del lago bandadas de ánades negros, salpicados de gris y verde, bastante domesticados.

A un cuarto de milla, en lo más escarpado de la montaña, se veía un pah, parapeto maorí colocado en una posición inexpugnable, al cual los cautivos, desembarcados uno tras otro, fueron conducidos por los guerreros, dejándoles las manos y los pies sueltos. Se llegaba a la fortaleza por una senda que atravesaba campos de phormium, y un bosque de hermosos árboles, *kaikateas*, de hojas persistentes y bayas rojas, *dracenes australis*, el *ti* de los indígenas, cuya copa compite ventajosamente con la del sagú, *huions*, que sirve para teñir de negro. Al acercarse los indígenas, echaron a volar bandadas de grandes palomas de metálicos reflejos, *glaucopos cenicientos* y un sin número de estorninos de *curúnculas rojizas*.

Después de un largo rodeo, Glenarvan, Lady Elena, Mary Grant y sus compañeros, entraron en el pah.

La fortaleza estaba defendida por un recinto exterior de fuertes empalizadas, de 15 pies de altura, al que seguía una estacada y después una barrera con arpilleras cerraba el segundo recinto, es decir, la plataforma del pah, que estaba cubierta de construcciones maoríes y de unas cuarenta chozas simétricamente alineadas.

Al llegar allí, impresionó horribilmente a los cautivos la presencia de muchas cabezas que adornaban la empalizada del segundo recinto. Lady Elena y Mary Grant volvieron la vista con más asco aún que espanto. Aquellas cabezas habían pertenecido a jefes enemigos muertos en los combates, y con cuyos cuerpos se habían nutrido los vencedores. Acerca del particular, sus

órbital vacías no dejaban al geógrafo la menor duda.

Los ojos habían sido, en efecto, devorados, y las cabezas, preparadas según un procedimiento indígena, extraído el cerebro y despojadas de la epidermis, con las narices sostenidas por medio de tablillas, y rellenas de phormium sus ventanas, con la boca y los párpados cosidos, se habían metido en un horno y sometido a una fumigación de treinta horas. Las cabezas preparadas de este modo se conservan indefinidamente sin alteración ni arrugas, y constituyen trofeos de victorias.

Los maoríes conservan frecuentemente la cabeza de sus propios jefes; pero en estos casos, los ojos quedan en sus cuencas, como si estuviesen mirando. Los neozelandeses exhiben con orgullo estos restos, y los presentan a la admiración de los jóvenes guerreros, al mismo tiempo que con solemnes ceremonias pagan un tributo de veneración.

Pero en el pah de Kai Koumou, no enriquecían más que cabezas de enemigos en el horrible museo, en que sin duda más de un inglés con las órbitas vacías aumentaba la colección del jefe maorí.

La casa de Kai Koumou se elevaba en el fondo del pah, entre varias chozas de menos importancia, delante de un espacioso terreno descubierto que los europeos hubieran llamado campo de operaciones. Consistía todo el edificio en un armazón de estacas que servía de asidero y punto de apoyo a una trabazón de ramas entrelazadas interiormente y tapizadas de tela de phormium. Veinte pies de longitud, quince de anchura y diez de elevación daban a Kai Koumou una habitación de tres mil pies cúbicos, que bastan y sobran para el palacio de un jefe zelandés.

Se entraba en la casa por una sola abertura, a que servía de parque un tejido vegetal muy tupido. Los aleros del tejado se prolongaban hacia el exterior a manera de impluvio. Adornaban el edificio algunas figuras esculpidas en los extremos de las asnas, y el wharepuni o portal ofrecía a la admiración de los viajeros, follajes, símbolos, monstruos curiosos, adornos debidos al cincel de los escultores indígenas.

El pavimento del interior de la casa era de tierra apisonada y se levantaba medio pie sobre el nivel del piso exterior. Las camas se reducían a algunos zarcos de caña y colchones rellenos de helechos secos, siendo su terliz un tejido formado con las largas y flexibles hojas del tiphe. Una piedra agujereada que había en el centro constituía el hogar, y otro agujero en el techo era la chimenea. El humo, cuando se había condensado suficientemente, se decidía a aprovecharse de aquella salida, después de haber depositado en las paredes de la choza un barniz del más hermoso color negro.

Al lado de la casa del jefe estaban los almacenes de sus provisiones, su

cosecha de phormium, patatas, taros, helechos comestibles, y los hornos en que se cuecen estos alimentos colocándolos sobre piedras calientes. Más lejos, en algunos pequeños cercados, había cerdos y cabras, escasos descendientes de los animales útiles aclimatados por el capitán Cook. Corrían por allí algunos perros acechando su escasa comida. Los pobres animales estaban bastante mal nutridos para alimentar ellos a los maoríes.

Glenarvan y sus compañeros habían, de una ojeada, abarcado el conjunto, y esperaban cerca de una choza deshabitada la determinación del jefe, sufriendo entretanto las injurias de un grupo de repugnantes viejas, furiosas arpías, que se acercaban a ellos, les amenazaban con el puño, y aullaban, y vociferaban. Algunas palabras inglesas que se escapaban de sus abultados labios, dejaban comprender que pedían una pronta venganza.

Lady Elena estaba tranquila en apariencia. En medio de la amenazadora gritería, afectaba una calma que no podía hallarse en su corazón. La valerosa mujer, temiendo que Lord Glenarvan perdiese su sangre fría, hacía para contenerse heroicos esfuerzos. La pobre Mary Grant se sentía desfallecer, y John Mangles la sostenía resuelto a hacerse matar para defenderla. Sus compañeros soportaban de diferente modo aquel diluvio de injurias, unos con indiferencia, como el Mayor y otros con una exasperación creciente, como Paganel.

Glenarvan, queriendo poner a Lady Elena a cubierto de los ultrajes de aquellas furias, se dirigió resueltamente a Kai Koumou, e indicándole el inmundo grupo, le dijo:

—Échalas.

El jefe maorí miró fijamente a su prisionero sin responderle, y después, con un gesto, impuso silencio a la horda aulladora. Glenarvan se inclinó en señal de reconocimiento y volvió lentamente a ocupar su puesto entre los suyos.

En aquel momento se juntaron en el pah unos cien neozelandeses, viejos, adultos, niños, tranquilos algunos de ellos, pero sombríos, aguardando las órdenes de Kai Koumou; los otros, entregándose a todos los arrebatos de un dolor violento, por haber perecido sus parientes o amigos en los últimos combates.

De todos los jefes que se levantaron a la voz de William Thompson, Kai Koumou era el único que volvía a los distritos del lago, y el primero que comunicaba a su tribu la derrota de la insurrección nacional, batida en las llanuras del bajo Waikato. De los doscientos guerreros que mandados por él corrieron a la defensa del territorio, faltaban a su regreso ciento cincuenta. Algunos eran prisioneros de los invasores, pero la mayor parte habían quedado

tendidos en el campo de batalla, y no debían volver nunca más al país de sus abuelos.

Así se explicaba el profundo desconsuelo que se apoderó de la tribu a la llegada de Kai Koumou. Nada habían traslucido aún de la última derrota, y la infausta nueva cayó entre ellos como una bomba.

En los salvajes, el dolor moral se manifiesta siempre con demostraciones físicas. Así es que los parientes y amigos de los guerreros muertos, especialmente las mujeres, se arañaban la cara y los hombros con agudas conchas, y la sangre se mezclaba con sus lágrimas. La profundidad de las incisiones indicaba los grados de desesperación. Las desgraciadas zelandesas, ensangrentadas, furiosas, estaban horribles.

Aumentaba su desesperación otro motivo, muy grave en concepto de los indígenas. No sólo el pariente y amigo que lloraban habían dejado de existir, sino que sus huesos no reposarían en la tumba familiar. La posesión de los restos mortales es sagrada en la religión maorí e indispensable a los destinos de la vida futura, no precisamente la carne, que es perecedera, sino los huesos, que son recogidos con el mayor cuidado, y los indígenas los limpian, los rascan, los pulimentan, los barnizan y los depositan definitivamente en el Ooupa, es decir, la mansión de la gloria. Adornan las tumbas estatuas de madera que reproducen fielmente los dibujos o pinturas del cuerpo del difunto. Pero las tumbas de los que han caído en la refriega quedarán vacías, no se podrán celebrar las ceremonias religiosas, y los huesos que no trituren los colmillos de los perros salvajes blanquearán insepultos en el campo de combate.

Ante esta idea se multiplicaron las muestras de dolor. Sucedieron a las amenazas de las mujeres las imprecaciones de los hombres contra los europeos. Las injurias tomaron mayor fuerza, y los gestos adquirieron más violencia. Los gritos debían ser preludio de brutales escenas.

Temiendo Kai Koumou ser desobedecido por los fanáticos de su tribu, hizo conducir a los cautivos a un lugar sagrado, situado al extremo opuesto del pah, en una escarpada meseta. Fueron todos los prisioneros trasladados a una choza que se apoyaba en un cerro que descollaba sobre ella 100 pies, y terminaba en una escarpa casi vertical aquel lado del fuerte. Aquella choza era una casa consagrada, Wercaloua, en que los sacerdotes o arikis enseñaban a los zelandeses que existe un dios en tres personas: padre, hijo y pájaro o espíritu. Espaciosa y bien cerrada, contenía los santos y escogidos alimentos que Maoui Ranga Panguí come por la boca de los sacerdotes.

Puestos momentáneamente a cubierto del furor de los indígenas, se tendieron en mantas de phormium. Lady Elena, agotadas sus fuerzas y vencida su energía moral, se arrojó en brazos de su esposo.

Glenarvan, estrechándola cariñosamente contra su corazón, le dijo:

— ¡Valor, mi adorada Elena! ¡El cielo no nos abandonará!

Apenas los cautivos quedaron encerrados, Roberto se encaramó a los hombros de Wilson, y pudo atisbar por un intersticio abierto entre el techo y la pared, de la cual colgaban sargas de amuletos. Desde allí abarcaba su mirada toda la extensión del pah hasta la casa de Kai Koumou.

—Están todos agrupados alrededor del jefe —dijo en voz baja—. Mueven los brazos... Aúllan... Kai Koumou quiere hablar.

Roberto guardó algunos minutos de silencio, y luego añadió:

—Kai Koumou habla... Los salvajes se tranquilizan... Le escuchan...

—Es evidente —dijo el Mayor— que ese jefe está personalmente interesado en protegernos. Quiere canjear sus prisioneros por algunos jefes de su tribu. ¿Lo consentirán sus guerreros?

—¡Sí...! Le escuchan... —dijo Roberto—. Se dispersan... Algunos entran en sus chozas... Otros salen de la fortaleza...

—¿De veras? —exclamó el Mayor.

—Sí, Monsieur Mac Nabbs —respondió Roberto—. Kai Koumou se ha quedado solo con los guerreros de su piragua... ¡Ah! Uno de ellos viene hacia aquí... —Baja, Roberto —dijo Glenarvan. En aquel momento, Lady Elena, que se había levantado, cogió el brazo de su marido.

—Edward —dijo con voz firme—, ni Mary Grant ni yo debemos caer vivas en manos de los salvajes.

Y sin decir más, entregó a Glenarvan un revólver cargado.

— ¡Un revólver! —exclamó Glenarvan, en cuyos ojos brilló un destello.

— ¡Sí! ¡Los maoríes no registran a sus cautivos! Pero esta arma es para nosotros, Edward, no para ellos...

—Glenarvan —dijo rápidamente Mac Nabbs—, ¡ocultad ese revólver! No es tiempo aún.

Glenarvan ocultó el revólver, en el acto de levantarse la cortina que cerraba la entrada de la casa, apareciendo un indígena.

Hizo éste a los prisioneros señal de que le siguiesen. Glenarvan y sus compañeros atravesaron el pah, y se detuvieron delante de Kai Koumou.

Alrededor del jefe estaban reunidos los principales guerreros de su tribu. Se veía entre ellos al maorí cuya embarcación se agregó a la de Kai Koumou en la confluencia del Pohainhenna y el Waikato. Era un hombre de unos

cuarenta años, de feroz y cruel fisonomía. Se llamaba Kara Teté, que en lengua zelandesa significa irascible. Kai Koumou le guardaba ciertas deferencias, y se conocía que Kara Teté gozaba de gran consideración en la tribu por las complicadas pinturas que ostentaba en su semblante. Sin embargo, un observador hubiera adivinado que había rivalidad entre los dos jefes. El Mayor observó que la influencia de Kara Teté hacía sombra a Kai Koumou. Los dos mandaban con un poder igual las importantes comarcas del Waikato. Así es que durante la conversación la boca de Kai Koumou se sonreía afablemente, pero sus ojos le hacían traición denunciando una enemistad profunda.

Kai Koumou interrogó a Glenarvan.

—¿Eres inglés? —le preguntó.

—Sí —respondió el Lord sin vacilar, porque esta cualidad debía facilitar el canje.

—¿Y tus compañeros? —dijo Kai Koumou.

—También. Somos viajeros, que hemos naufragado. Pero si os importa saberlo, os diré que no hemos tomado parte en la guerra.

—Poco importa —respondió brutalmente Kara Teté—. ¡Todos los ingleses sin excepción son enemigos nuestros! ¡Los tuyos han invadido nuestro país, han talado nuestros campos, han incendiado nuestras aldeas!

—Han hecho mal —respondió Glenarvan con voz grave—. Te lo digo porque así lo siento, no porque me hallo en tu poder.

—Escucha —dijo Kai Koumou—. El Tohonga, el gran sacerdote de Noui Atoua, ha caído en poder de tus hermanos. Es prisionero de los pakekas.

Nuestro dios nos manda rescatar su vida. Hubiera querido arrancarte el corazón, hubiera querido que tu cabeza y la de tus compañeros quedasen suspendidas para siempre en las estacas de esta empalizada. Pero Noui Atoua ha hablado.

Al decir esto, Kai Koumou, dueño hasta entonces de sí mismo, temblaba de cólera, y una exaltación feroz contraía sus facciones.

Pasados algunos instantes, añadió más tranquilamente:

—¿Crees que los ingleses canjearán por ti a nuestro Tohonga?

Glenarvan vaciló antes de responder, y observó con detención al jefe maorí.

—Lo ignoro —dijo después de un momento de silencio.

—Habla —replicó Kai Koumou—. ¿Vale tu vida la de nuestro Tohonga?

—No —respondió Glenarvan—. No soy entre los míos un jefe, ni un sacerdote.

Paganel, que no esperaba semejante respuesta, quedó estupefacto, y miró a Glenarvan con el más profundo asombro.

Kai Koumou pareció no menos sorprendido que el digno geógrafo.

—¿Dudas, pues? —dijo.

—No sé nada —repitió Glenarvan.

—¿No te aceptarán los tuyos para canjear contigo a nuestro Tohonga?

—Conmigo solo, no —repitió Glenarvan—. Con todos nosotros, tal vez.

—Los maoríes —dijo Kai Koumou— damos cabeza por cabeza.

—Ofrece antes la devolución de las mujeres a trueque de la de tu sacerdote —dijo Glenarvan señalando a Lady Elena y Mary Grant.

Lady Elena quiso lanzarse hacia su esposo, pero el Mayor la detuvo.

—Estas dos señoras —añadió Glenarvan inclinándose con respeto ante Lady Elena y Mary Grant— pertenecen en su país a la clase más elevada.

El jefe maorí miró con desdén a su prisionero. Asomó a sus labios una sonrisa maligna, pero la contuvo inmediatamente, y respondió con un furor que apenas podía reprimir:

—¿Te has figurado que has de engañar a Kai Koumou con falsas palabras, europeo maldito? ¿Crees que los ojos de Kai Koumou no saben leer en los corazones?

Y señalando a Lady Elena, añadió:

— ¡Ésta es tu mujer!

—No. ¡La mía! —gritó Kara Teté.

Y rechazando a los prisioneros, puso su mano en el hombro de Lady Elena, que palideció al percibir aquel contacto impuro.

— ¡Edward! —gritó la desgraciada, llena de terror.

Glenarvan, sin pronunciar una palabra, levantó el brazo. Sonó un tiro. Kara Teté cayó muerto.

Al oír el estampido del revólver, salieron de las chozas oleadas de indígenas. El pah se llenó en un instante. Cien brazos se levantaron contra los prisioneros, arrancando el revólver de la mano de Glenarvan.

Kai Koumou miró al Lord de un modo extraño, y luego, escudándole con una mano, contuvo con la otra a la horda, que iba a acometer a los europeos.

Su voz dominó el tumulto:

— ¡Tabú! ¡Tabú! —gritó.

La multitud se detuvo ante Glenarvan y sus compañeros, momentáneamente preservados por el poder sobrenatural de la palabra tabú.

Algunos instantes después, eran conducidos al Waré Atoua, que les servía de cárcel. Pero Roberto Grant y Santiago Paganel habían desaparecido.

Capítulo XII

Los funerales de un jefe maorí

Kai Koumou unía el título de ariki al de jefe de tribu, lo que es bastante frecuente en Nueva Zelanda. La dignidad de sacerdote, de que estaba revestido, le permitía extender sobre las personas y sobre las cosas la supersticiosa protección del tabú.

El tabú, común a los pueblos de raza polinesia, tiene por efecto impedir toda relación con la persona o con la cosa tabuada. Según la religión maorí, el que pone una mano sacrílega en lo que está declarado tabú, será castigado con la muerte por el dios irritado. Si la divinidad tardase en vengar su propia injuria, no faltarían medios a los sacerdotes para acelerar la venganza.

Los jefes aplican el tabú o consagración con un fin político, a no ser que resulte de una situación ordinaria de la vida privada. Circunstancias hay en que un indígena queda consagrado durante algunos días. Que da consagrado, cuando se ha cortado el pelo, cuando acaba de sufrir la operación de la puntura, sin la cual no se puede pintar el cuerpo de una manera permanente, cuando construye una piragua, cuando edifica una casa, cuando padece una enfermedad mortal, cuando se muere. Si, por ejemplo, un inmoderado o imprevisor consumo disminuye excesivamente la pesca de los ríos o da lugar a que escaseen las patatas, se aplica a las plantaciones y a los ríos un tabú económico que los proteja. Un jefe que quiere alejar de su casa a los importunos, consagra su casa; si quiere monopolizar en su exclusivo provecho las relaciones con un buque extranjero, consagra el buque; si está descontento de un traficante europeo, consagra al traficante. El tabú se parece bastante al antiguo veto de los reyes.

Nadie puede tocar impunemente un objeto consagrado. Un indígena en estado de interdicción queda privado de ciertos alimentos durante un período determinado. Si es rico, se libra de la severa abstinencia por la asistencia de sus esclavos, que le introducen en el gáznate los manjares que sus manos no

pueden tocar; pero si es pobre, queda condenado a coger del suelo los alimentos con la boca, como si fuese una bestia.

En una palabra, esta singular costumbre dirige y modifica las más insignificantes acciones de los neozelandeses. El tabú es la incesante intervención de la divinidad en la vida social. Tiene fuerza de ley, y pudiéramos decir que todo el código indígena, código no discutible ni discutido, se resume en la frecuente aplicación del tabú.

El que sustraía a los furios de la tribu a los prisioneros encerrados en el Waré Atoua era un tabú arbitrario.

Algunos indígenas, amigos y partidarios de Kai Koumou, se habían detenido súbitamente a la voz de su jefe y habían protegido a los cautivos.

No se crea, sin embargo, que Glenarvan se hiciera ilusiones acerca de la suerte que le estaba reservada. Había que pagar con la muerte la que había dado a un jefe, y la muerte en los pueblos salvajes no es más que el último término de un prolongado suplicio. Glenarvan esperaba, pues, expiar cruelmente la legítima indignación que había armado su brazo, pero abrigaba también la esperanza de que sobre él exclusivamente descargaría Kai Koumou su cólera.

¡Qué noche pasó y qué noche pasaron sus compañeros! ¿Quién sería capaz de pintar sus angustias y medir sus padecimientos? El pobre Roberto y el buen Paganel no habían reaparecido. Pero ¿cómo dudar de su suerte? ¿No eran acaso las primeras víctimas sacrificadas a la venganza de los indígenas? Toda esperanza había desaparecido, hasta del corazón de Mac Nabbs, que no desesperaba fácilmente. John Mangles se volvía loco en presencia de la sombría desesperación de Mary Grant, separada de su hermano. Glenarvan estaba pensando en la terrible demanda de Lady Elena, que para sustraerse al suplicio o a la esclavitud quería recibir la muerte de manos de su esposo. ¿Tendría él este valor horrible?

«¿Y con qué derecho mataré yo a Mary?», pensaba John, cuyo corazón se hacía pedazos.

Una evasión era evidentemente imposible. Diez guerreros, armados hasta los dientes, estaban de centinela junto a la puerta del Waré Atoua.

Llegó la mañana del 13 de febrero. Ninguna comunicación hubo entre los indígenas y los prisioneros defendidos por el tabú. La casa contenía cierta cantidad de víveres que los desgraciados dejaron casi intactos. El apetito desaparecía delante del dolor. No sobrevino durante todo el día ningún accidente que pudiese inspirar la menor esperanza, ni que modificase la situación en lo más mínimo. Sin duda la hora de los funerales del jefe muerto y la del suplicio debían sonar al mismo tiempo.

Glenarvan se hallaba persuadido de que Kai Koumou había renunciado a toda idea de canje, pero el Mayor conservaba acerca del particular alguna débil esperanza.

—¿Quién sabe —decía, recordando a Glenarvan el efecto producido en el jefe por la muerte de Kara Teté—, quién sabe si Kai Koumou no está reconocido en el fondo de su alma?

No obstante las observaciones de Mac Nabbs, Glenarvan no quería concebir esperanzas. Pasó el día siguiente sin ningún preparativo de suplicio. He aquí la razón de esta tardanza.

Los maoríes creen que durante los tres primeros días que siguen a la muerte, el alma habita el cuerpo del difunto, y hasta extinguirse el término de tres veces veinticuatro horas, el cadáver permanece insepulto. Observaron con todo rigor esta costumbre. El pah siguió desierto hasta el 15 de febrero. John Mangles, subiéndose a los hombros de Wilson, observó con frecuencia los parapetos exteriores, en los cuales no se presentó ningún indígena. Únicamente había los centinelas, guardando la puerta del Waré Atoua.

Pero al tercer día se abrieron las chozas, y los salvajes, hombres, mujeres y niños, que sumaban algunos centenares de maoríes, se reunieron en el pah mudos y tranquilos.

Kai Koumou salió de su morada, y rodeado de los principales personajes de su tribu, se colocó en el centro del recinto, en un otero que tenía algunos pies de altura. Detrás, a algunas toesas de distancia, los indígenas formaban un semicírculo. Toda la asamblea guardaba profundo silencio.

A una señal de Kai Koumou, un guerrero se dirigió al Waré Atoua.

—Acuérdate —dijo Lady Elena a su marido.

Glenarvan la estrechó contra su corazón. En aquel mismo momento, Mary Grant se acercó a John Mangles.

—Lord y Lady Glenarvan —dijo— se harán cargo de que si una mujer puede morir a manos de su esposo para librarse de una existencia vergonzosa, una prometida, para salvarse del mismo peligro, puede morir también a manos de su prometido. John, en este instante supremo puedo decíroslo; ¿no soy yo acaso desde largo tiempo vuestra prometida en el secreto de vuestro corazón? ¿Puedo contar con vos, John, como Lady Elena con Lord Glenarvan?

— ¡Mary! —exclamó el joven capitán fuera de sí—. ¡Ah! ¡Querida Mary...!

No pudo concluir. Se levantó la cortina y los cautivos fueron llevados a la presencia de Kai Koumou. Las mujeres se resignaban a su suerte, y los hombres disimulaban sus angustias bajo una calma que probaba una energía

sobrehumana.

Llegaron ante el jefe zelandés. Éste no les hizo esperar la sentencia.

—¿Has matado a Kara Teté? —preguntó a Glenarvan.

—Lo he matado —respondió el Lord.

—Mañana morirás al salir el sol.

—¿Yo solo? —preguntó Glenarvan, cuyo corazón latía con violencia.

— ¡Ah! ¡Si la vida de nuestro Tohonga no fuera más preciosa que la vuestra! —exclamó Kai Koumou expresando un feroz sentimiento.

En aquel momento se produjo alguna agitación entre los indígenas. Glenarvan dirigió alrededor una mirada rápida. Se entreabrió la multitud, y apareció un guerrero lleno de sudor y rendido de fatiga.

Kai Koumou, apenas lo vio, le dijo en inglés, con evidente intención de que le comprendiesen los cautivos:

—¿Vienes del campo de los pakekas?

—Sí —respondió el maorí.

—¿Has visto al prisionero, a nuestro Tohonga?

—Lo he visto.

—¿Vive?

— ¡Ha muerto! ¡Los ingleses le han fusilado!

No había ya salvación para Glenarvan y sus compañeros.

—Todos —exclamó Kai Koumou— moriréis mañana al rayar el día.

Un castigo común esperaba, indistintamente, a aquellos desgraciados.

Lady Elena y Mary Grant dirigieron al cielo una mirada de reconocimiento sublime.

Los cautivos no fueron conducidos al Waré Atoua. Aquel día debían asistir a los funerales del jefe y a las sangrientas ceremonias que les acompañaban. Un tropel de indígenas les condujo a pocos pasos de un enorme koudi, donde quedaron con centinelas de vista. El resto de la tribu, sumida en su dolor oficial, les había, al parecer, olvidado.

Desde la muerte de Kara Teté habían transcurrido los tres días reglamentarios. El alma del difunto había, por tanto, abandonado definitivamente sus mortales despojos. Empezó la ceremonia.

El cuerpo fue transportado a una pequeña eminencia, en el centro del

recinto. Llevaba un suntuoso traje y estaba envuelto en un magnífico manto de phormium. En la cabeza, adornada con plumas, ostentaba una corona de hojas verdes. Ni en su cara, ni en su pecho, ni en sus brazos, frotados con aceite, se notaba la menor señal de corrupción.

Los parientes y amigos llegaron al pie de la eminencia, y de repente, como si un director de orquesta hubiese levantado la batuta para que empezase la sinfonía, se oyó un inmenso concierto de llantos, gemidos y sollozos. Se lloraba al difunto, sometiéndose a un ritmo riguroso y a una pesadísima cadencia. Los parientes más próximos se golpeaban la cabeza, y algunos deudos íntimos se arañaban el semblante con las uñas, más pródigos de sangre que de lágrimas. Este deber salvaje era concienzudamente cumplido por las desventuradas mujeres. Pero como si tan horribles demostraciones no fuesen aún suficientes para aplacar el alma del difunto, cuyo enojo hubiera caído sin duda sobre la tribu entera, sus guerreros, no pudiendo volverle a la vida, quisieron que no tuviese que echar de menos en el otro mundo el bienestar y las comodidades y placeres de la existencia terrestre. La compañera de Kara Teté no debía abandonar a su esposo en la tumba, y ella misma se hubiera negado a sobrevivirle. Tal es la costumbre, conforme con el deber, y los ejemplos de semejantes sacrificios son muy numerosos en la historia zelandesa.

Apareció la mujer de Kara Teté, que era aún bastante joven. Sus desgreñados cabellos flotaban sobre sus hombros. Sus sollozos y gemidos subieron al cielo. Palabras vagas, recuerdos, frases interrumpidas en que celebraba las virtudes del muerto, entrecortaban sus alaridos, y en un supremo paroxismo de su dolor, se arrojó al suelo, golpeándolo con la cabeza.

Kai Koumou se acercó a ella. La desgraciada víctima se levantó, pero el jefe descargó contra ella una poderosa lanza llamada meré y la infeliz cayó como herida por un rayo.

Resonó entonces un espantoso griterío. Cien brazos amenazaron a los cautivos, aterrados ante aquel horrible espectáculo. Pero nadie se movió, porque no había terminado aún la fúnebre ceremonia.

La mujer de Kara Teté se había reunido a éste en la tumba, y los dos cuerpos yacían juntos. Pero el difunto no tenía bastante para la eterna vida con su fiel compañera. ¿Quién les serviría cerca de Noui Atoua si sus esclavos de este mundo no les siguiesen al otro?

Seis infelices criados, a quienes habían reducido a la más dura servidumbre las implacables leyes de la guerra, fueron conducidos delante de los cadáveres de sus señores. Durante la vida del jefe habían estado sujetos a las más crueles privaciones, habían sufrido mil malos tratos, escasamente alimentados, condenados incesantemente a rudos trabajos propios de bestias de carga, y

según la creencia maorí, iban al otro mundo a arrostrar eternamente una existencia tan angustiada como la de la Tierra.

Parecía que los infelices estaban resignados con su suerte. No les causaba la menor impresión un sacrificio que tenían previsto desde hacía mucho tiempo. La circunstancia de no estar maniatados demostraba que no había ningún peligro de que al recibir la muerte trataran de defenderse.

Además, la muerte que sufrieron fue rápida, y no se les sujetó a prolongadas angustias. Éstas estaban reservadas a los autores del homicidio, los cuales, agrupados a veinte pasos de distancia, apartaban la vista de aquel espantoso espectáculo, cuyo horror debía ir en aumento.

Seis mazazos o golpes de maté, descargados por seis atléticos guerreros, derribaron a las víctimas y las dejaron tendidas en un charco de sangre.

Así se preludiaron las más espantosas escenas de canibalismo.

El cuerpo de los esclavos no está protegido por el tabú como el cadáver de su amo. Pertenece a la tribu. Viene a ser como la moneda de cobre que se echaba a las plañideras de oficio en las antiguas exequias. Así es que, terminado el sacrificio, todos los indígenas de todas las condiciones, jefes, guerreros, viejos, mujeres, niños, se arrojaron sobre los inanimados restos de las víctimas, y en menos tiempo del que se necesita para describir tan repugnante escena, los cuerpos, aún calientes, fueron hechos menudos pedazos, pues entre doscientos maoríes que presenciaron el sacrificio, no hubo ni uno solo que renunciase a la parte de carne humana que le correspondía.

Unos y otros se disputaban a puñetazos y zarpadas la más inmunda piltrafa. Se veían en ellos el delirio y la furia de los tigres encarnizados en la presa. Poco después ardían en varios puntos del pah inmensas hogueras, infestando la atmósfera el olor de la carne que en ellas se asaba; y sin el tumulto del festín, sin los gritos de fruición frenética que salían de todas las bocas al mismo tiempo que mascaban, los cautivos habrían oído rechinar los huesos de las víctimas entre las quijadas de los caníbales.

Glenarvan y sus compañeros, anhelosos, jadeantes, procuraban ocultar a la vista de las dos pobres mujeres aquella escena abominable. Comprendían entonces cuál era el suplicio que les esperaba al rayar el alba del siguiente día, y los crueles tormentos que sin duda precederían a su muerte. El horror había ahogado la voz en su garganta.

Empezaron en seguida las danzas fúnebres. Fuertes licores espirituosos extraídos del Piper excelsum, verdadero espíritu de guindilla, activaron la embriaguez de los salvajes. No eran ya seres humanos. ¿No era posible que olvidando el tabú del jefe, cometieran los mayores desmanes contra los prisioneros?

Afortunadamente, Kai Koumou había conservado la razón en medio de la embriaguez general. Otorgó una hora más a aquella orgía de sangre para que, después de llegar a su más alto grado se fuese extinguendo, y después se representase el último acto de los funerales con el aparato de costumbre.

Fueron levantados los cadáveres de Kara Teté y de su mujer, y se les doblaron los muslos contra el vientre, en conformidad con lo que el rito zelandés prescribe. Tratábase ahora de inhumarlos, no de una manera definitiva, sino puramente provisional, hasta que la tierra hubiera consumido sus partes blandas y dejado sólo la osamenta.

Se había escogido el sitio del Oudoupa, es decir, de la tumba, fuera de la fortaleza, a dos millas de distancia de ésta, en la cúspide de un cerro llamado Maunganamu, situado en la margen derecha del lago.

Allí debían ser transportados los cadáveres. Se trajeron al pie de la prominencia dos féretros muy rudimentarios, o mejor dicho, dos angarillas, en que fueron colocados los inanimados cuerpos, muy recogidos, muy doblados los miembros en todas sus articulaciones, obligándoles a sentarse más bien que a estar echados, y se les mantuvo en esta posición por medio de vendajes circulares.

Cuatro guerreros cargaron con los féretros, y toda la tribu, entonando de nuevo el himno fúnebre, les siguió procesionalmente hasta el lugar de la inhumación.

Los cautivos, siempre vigilados, vieron cómo el cortejo fúnebre salía del primer recinto del pah, y los cantos y los gritos fueron llegando a sus oídos cada vez más amortiguados.

El funerario convoy permaneció media hora aproximadamente fuera de su vista en las profundidades del valle. Después lo volvieron a ver avanzando como una inmensa serpiente por un tortuoso sendero de la montaña.

La distancia daba una apariencia fantástica al movimiento ondulatorio de aquella larga columna.

Detúvose la tribu a una altura de 800 pies, en la cima del Maunganamu, en el punto escogido para enterrar a Kara Teté.

La tumba de un simple maorí se hubiera reducido a un hoyo y un montón de piedras. Pero a un jefe poderoso, temido, destinado sin duda a una apoteosis, una deificación próxima, su tribu le reservaba una tumba digna de sus hazañas.

El Oudoupa estaba cercado de empalizadas, y junto a la fosa en que debían reposar los cadáveres, se levantaban estacas adornadas con figuras pintadas de rojo. Los parientes no habían olvidado que el Waídona, el espíritu de los

muertos, se alimenta de sustancias nutritivas, como hace el cuerpo durante esta perecedera vida, razón por la cual habían depositado en aquel lugar víveres abundantes y escogidos, y también las armas y trajes del difunto.

Nada faltaba para comodidad de éste en la tumba. Los dos esposos fueron metidos en ella, y cubiertos de tierra y de hierbas después de una nueva serie de lamentos.

El cortejo descendió silenciosamente de la montaña, y nadie en lo sucesivo podía volver a subir al Maunganamu sin cometer un crimen que se castigaría con la última pena, porque el Maunganamu era sagrado, tan sagrado como el Tougariro, donde reposan también los restos de un jefe que pereció víctima de un terremoto en 1846.

Capítulo XIII

Las últimas horas

Al desaparecer el sol al otro lado del lago Tauco, detrás de los cerros de Tuhalma y del Pukatapu, los cautivos fueron conducidos de nuevo a su encierro, del cual no debían ya salir hasta que los primeros resplandores del día doraran las cimas de los Wahiti Rangers.

Les quedaba una noche para prepararse a morir. A pesar del horror que les dominaba, cenaron todos juntos.

—Todas nuestras fuerzas —había dicho Glenarvan— no serán demasiadas para mirar la muerte cara a cara. Es preciso enseñar a esos bárbaros de qué modo saben morir los europeos.

Después de cenar, Lady Elena recitó en alta voz la oración de la tarde, que todos sus compañeros repitieron con la cabeza descubierta.

¿Quién no piensa en Dios teniendo la muerte delante?

Cumpliendo este deber, los prisioneros se abrazaron.

Mary Grant y Elena se echaron encima de una manta en un extremo de la choza. No tardó el sueño, que suspende todos los males, en cerrar sus párpados, y ambas, vencidas por la fatiga y los prolongados insomnios, se durmieron abrazadas.

Glenarvan llamó entonces aparte a sus amigos, y les dijo:

—Queridos compañeros, nuestra vida y la de esas pobres mujeres se hallan en manos de Dios. Si está escrito que hemos de morir mañana, no dudo que

sabremos morir como hombres de corazón y como cristianos dispuestos a comparecer sin temor ante el Juez Supremo. Dios, que lee en el fondo de las almas, sabe que aspirábamos a un noble fin, y nuestra empresa no será a sus ojos grata, si en lugar del éxito encontramos la muerte. Él lo habrá querido. Por duro que sea su fallo no murmuraré contra Él. Pero la muerte que nos espera no es solamente la muerte, es el suplicio, tal vez la infamia, y esas dos mujeres...

La voz de Glenarvan, firme hasta entonces, se alteró, y calló para dominar su emoción. Después de una breve pausa, dijo al joven capitán:

—John, tú has prometido a Mary lo que he prometido yo a Lady Elena. ¿Qué has resuelto?

—Creo —respondió John Mangles— tener delante de Dios el derecho de cumplir mi promesa...

— ¡Sí, John! Pero no tenemos armas...

—He aquí una —dijo John, enseñando un puñal—. Lo arranqué de las manos de Kara Teté cuando el salvaje cayó a vuestros pies. Milord: el que de los dos sobreviva al otro, cumplirá el deseo de Lady Elena y Mary Grant.

Después de estas palabras, reinó en la choza un profundo silencio que interrumpió el Mayor diciendo:

—Amigos míos, reservad para los últimos minutos este medio extremo. Yo soy poco partidario de lo que es irremediable.

—No he hablado por nosotros —respondió Glenarvan—. Sabremos arrostrar la muerte, cualquiera que sea. ¡Ah! Si estuviésemos solos, veinte veces os hubiera ya dicho: ¡Amigos míos, intentemos una salida! ¡Ataquemos a esos miserables! ¡Pero ellas! ¡Ellas...!

En aquel momento John levantó un poco el tapiz, y contó veinticinco indígenas de centinela junto a la puerta del Waré Atoua. Habían encendido una inmensa hoguera que despedía siniestros resplandores. Algunos salvajes estaban tendidos alrededor del fuego, y otros, de pie e inmóviles, se destacaban vigorosamente en negro sobre un fondo de llamas. Pero todos dirigían con frecuencia la vista hacia la choza confiada a su vigilancia.

Dícese que entre un carcelero que vigila y un preso que quiere huir, es el preso quien lleva la ventaja. En efecto, el interés de éste es mayor que el de aquél. El que vigila puede olvidarse de vigilar, pero el vigilado no puede olvidar que es vigilado. Con más frecuencia piensa el preso en fugarse, que el carcelero en impedir su fuga. Así se explican tantas y tan maravillosas evasiones.

Pero nuestros cautivos estaban vigilados por el odio y la venganza y no por

un carcelero indiferente. Los salvajes no ataron a los presos porque comprendían que las ligaduras eran de todo punto innecesarias, habiendo veinticinco hombres que guardaban la única salida del Waré Atoua.

Apoyada la choza contra la roca en que terminaba la empalizada, sólo era accesible por una estrecha lengua de tierra que la unía por delante a la plataforma del pah. Sus otros dos lados se elevaban por encima de acantilados cortados a pico que formaban un abismo de cien pies de profundidad. Imposible era bajar por allí. Tampoco había medio de huir por el fondo a que un enorme peñasco servía de coraza. La única salida era la entrada misma del Waré Atoua, y los maoríes guardaban la lengua de tierra que la unía con el pah a la manera de puente levadizo. Era, pues, imposible toda evasión, y así tuvo que reconocerlo Glenarvan, después de haber sondeado veinte veces las paredes de su encierro.

Entretanto, iban deslizándose las horas de aquella noche de angustias. Densas tinieblas habían invadido la montaña, sin que turbasen la profunda oscuridad la Luna y las estrellas. Algunas ráfagas de viento azotaban los costados del pah y reanimaban la hoguera de los indígenas, y el reflejo de las llamas enviaba rápidos resplandores al interior del Waré Atoua, que iluminaban un instante a los presos abismados en sus últimos pensamientos. Un silencio sepulcral reinaba en la choza.

Serían las cuatro de la mañana, cuando llamó la atención del Mayor un ligero ruido que parecía venir de detrás de los pies derechos del fondo, en la pared de la choza recostada en la peña. Viendo Mac Nabbs que el ruido, al cual fué indiferente en un principio, continuaba, fijó la atención, y excitada su curiosidad por su persistencia, aplicó, para apreciarlo mejor, el oído contra el suelo. Le pareció que escarbaban, que ahuecaban por la parte de afuera.

El Mayor, cuando estuvo seguro del hecho, se acercó a Glenarvan y a John Mangles, les sustrajo a sus dolorosos pensamientos y les condujo hacia el fondo de la choza.

—Escuchad —les dijo en voz baja, indicándoles que se inclinaran hacia el suelo.

El ruido era cada vez más perceptible, pudiéndose oír hasta el rechinar de las piedras bajo la presión de un instrumento agudo.

—Algún animal que escarba en su madriguera —dijo John Mangles.

Glenarvan se dio una palmada en la frente.

— ¡Quién sabe! —dijo—. ¿Y si fuera un hombre?

—Hombre o animal —respondió el Mayor—, pronto saldremos de dudas.

Wilson y Olbinett se reunieron a sus compañeros, y todos se pusieron a

horadar la pared, John con su puñal, y los otros con piedras arrancadas del suelo y con las uñas, mientras Mulrady, tendido en tierra, espiaba por debajo del tapiz el grupo de indígenas.

Los salvajes, inmóviles alrededor de la hoguera, no sospechaban nada de lo que sucedía a veinte pasos de ellos.

El suelo estaba formado de una tierra poco compacta, una especie de toba que cubría la roca silíceo, gracias a la cual el agujero se ensanchó y profundizó rápidamente. Muy pronto no cupo la menor duda de que uno o más hombres, pegados a la pared del pah, abrían en ella una galería.

¿Cuál podía ser su objeto? ¿Tenían noticia de que había allí presos, o todo aquel trabajo era el resultado de una tentativa personal desesperada?

Los cautivos redoblaron sus esfuerzos. Brotaba sangre de sus lastimados dedos, pero seguían escarbando. En media hora llegó a tener el agujero media toesa de profundidad, y por los ruidos más acentuados se podía conocer que únicamente impedía ya una comunicación inmediata una delgada capa de tierra. Transcurrieron algunos minutos más, y de repente el mayor sacó la mano del agujero herida por una hoja aguda. Pudo reprimir un grito de dolor que estuvo a punto de escapársele.

John Mangles, con la hoja de su puñal, separó el cuchillo que salía ya fuera de tierra, y cogió la mano que lo empuñaba.

La mano era de mujer o de niño, y era además de piel blanca.

Era evidente que lo mismo los que escarbaban de fuera adentro, que los que escarbaban de dentro afuera, tenían interés en callar, pues nadie dijo una sola palabra:

—¿Si será Roberto? —murmuró Glenarvan.

Aunque pronunció este nombre en voz muy baja, Mary Grant, a quien despertó la agitación de sus compañeros, corrió hacia Glenarvan, y cogiendo aquella mano manchada de tierra la cubrió de besos.

—¡Tú! ¡Tú! —decía la joven, que no podía engañarse—. ¡Tú, mi Roberto!

—¡Sí, hermana de mi alma! —respondió Roberto—. ¡Aquí estoy para salvaros a todos! ¡Pero silencio!

— ¡Heroico niño! —repetía Glenarvan.

—Vigilad a los salvajes de fuera —dijo Roberto.

Mulrady, momentáneamente distraído por la aparición del denodado niño, volvió en seguida a su puesto de observación.

—Todo va bien —dijo—. No hay más que cuatro guerreros velando, y los

demás duermen.

— ¡Valor! —respondió Wilson.

En un instante se ensanchó el agujero suficientemente, y Roberto pasó de los brazos de su hermana a los de Lady Elena. Llevaba arrollada alrededor de su cuerpo una larga cuerda de phormium.

— ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! —murmuró la joven Lady—. ¡No te han matado los salvajes!

—No, señora —respondió Roberto—. No sé cómo pude librarme de que no me vieran; durante el tumulto salí del recinto, y por espacio de dos días he permanecido oculto en los arrecifes, de los cuales salía de noche con el deseo de veros. Con mantas y ramas me he construido una mala escala a fuerza de paciencia; por casualidad he encontrado una especie de cueva abierta en la misma peña en que se apoyaba esta choza; no he tenido que hacer más que profundizar unos cuantos pies en una tierra blanda, y aquí estoy.

Veinte besos mudos fueron la única respuesta que obtuvo Roberto.

—¿Está abajo Paganel? —preguntó Glenarvan.

—¿Monsieur Paganel? —respondió el niño sorprendido por la pregunta.

—Sí. ¿Nos espera?

—No, Milord. ¿No está aquí Monsieur Paganel?

—No está, Roberto —respondió Mary Grant.

— ¡Cómo! ¿No le has visto? —preguntó Glenarvan—. ¿No os habéis encontrado en el tumulto? ¿No os escabullisteis juntos?

—No, Milord —respondió Roberto, aterrado al saber la desaparición de su amigo Paganel.

—Partamos —dijo el Mayor—, no perdamos un minuto. Dondequiera que se encuentre Paganel, no puede encontrarse peor que nosotros aquí. ¡Partamos!

En efecto, los momentos eran preciosos. Preciso era evadirse cuanto antes. La evasión no ofrecía más dificultad que una pared casi perpendicular de unos veinte pies, pues la escarpa se convertía en una cuesta bastante suave hasta llegar al pie de la montaña. Desde la cuesta podían los evadidos llegar en muy poco tiempo a los valles inferiores, al paso que los maoríes, si advertían la fuga, tendrían que dar un largo rodeo para alcanzarles, pues ignoraban la existencia de la galería abierta entre el Waré Atoua y el declive exterior.

Después de tomar todas las precauciones necesarias, los cautivos se enhebraron, si así puede decirse, uno tras otro, por la estrecha galería y se encontraron en la gruta. John Mangles, antes de abandonar la choza, hizo

desaparecer todos los escombros y se deslizó a su vez por la abertura, que tapó cuidadosamente con los groseros tapices de la choza misma. La galería estaba completamente oculta.

Hallándose ya todos en la cueva, tenían que descender por la pared perpendicular hasta la escarpa, y este descenso hubiera sido impracticable si no se hubiese provisto Roberto de la cuerda de phormium.

Se echó mano de ella, y atándola por un extremo a un vuelo de la roca, la dejaron colgando.

John Mangles, antes que sus compañeros fiasen su salvación a aquellas hebras de phormium retorcidas, quiso probar su resistencia, y le pareció que ésta no era mucha, siendo por lo tanto preciso tomar precauciones, pues una caída podía ser fatal.

—La cuerda —dijo— no puede resistir más que el peso de dos cuerpos, y hemos de proceder teniendo en cuenta esta circunstancia. Que bajen primero Lord y Lady Glenarvan, y cuando hayan llegado a la escarpa sacudan tres veces la cuerda para indicar que podemos seguirles.

—Yo bajaré primero —dijo Roberto—. He descubierto en la parte baja de la escarpa una especie de excavación profunda, en que los primeros que bajen podrán esconderse y aguardar a los demás.

—Baja, hijo mío —dijo Glenarvan estrechándole la mano.

Roberto desapareció por la abertura de la gruta. Un minuto después, la cuerda, tres veces sacudida, indicó que había llevado a cabo felizmente su descenso.

Tocó el turno a Glenarvan y Lady Elena. La oscuridad era aún profunda, pero algunas tintas cenicientas matizaban ya las cimas que se erguían al este.

El frío penetrante de la mañana reanimó a la joven Lady. Se sintió más fuerte y empezó su peligrosa evasión.

Glenarvan primero y en seguida Lady Elena se deslizaron a lo largo de la cuerda hasta el punto en que la pared perpendicular descansaba en la parte superior de la escarpa. Luego Glenarvan, precediendo a su esposa, inició el descenso.

Buscaba las matas de hierba y los arbustos que podían ofrecerle un punto de apoyo, y después de probar su resistencia, colocaba en ellos el pie de Lady Elena. Algunos pájaros despertados de improviso volaban chillando, y los fugitivos se estremecían cuando una piedra desprendida de su alvéolo rodaba con estrépito hasta el pie de la montaña.

Habían llegado a la mitad de la escarpa, cuando John Mangles dijo desde

la entrada de la gruta:

— ¡Deteneos!

Glenarvan, asido con una mano de una mata de tetrágonos, y sosteniendo con la otra a su esposa, se detuvo casi sin respirar.

Wilson había dado la señal de alerta. Habiendo oído algún ruido en el exterior del Waré Atoua, entró de nuevo en la choza, levantó el tapiz de la puerta, y observó a los maoríes. A una señal suya, John detuvo a Glenarvan.

En efecto, uno de los salvajes que estaban de guardia, sorprendido por algún rumor insólito, se había levantado y acercado al Waré Atoua. En pie, a dos pasos de la choza, escuchaba con la cabeza inclinada. Permaneció en esta actitud un minuto largo como una hora, con el oído atento y la vista en acecho. Después meneando la cabeza como hombre que se ha engañado, volvió a unirse con sus compañeros, cogió un haz de leña y lo arrojó a la hoguera medio apagada, cuyas llamas se avivaron. Su rostro, vivamente iluminado, no revelaba ninguna preocupación, y después de observar los primeros resplandores del alba que blanqueaban el horizonte, se tendió cerca del fuego para calentar sus miembros ateridos.

—Todo va bien —dijo Wilson.

John hizo seña a Glenarvan para que siguiera bajando.

Glenarvan se deslizó suavemente por la escarpa, y Lady Elena y él pusieron el pie en el estrecho sendero en que les aguardaba Roberto.

La cuerda fue tres veces sacudida, y John Mangles a su vez, precediendo a Mary Grant, siguió el peligroso camino.

Llegado abajo sin novedad con Mary, ambos se reunieron a Lord y Lady Glenarvan en el escondrijo indicado por Roberto.

Cinco minutos después, todos los fugitivos, felizmente evadidos del Waré Atoua, salían de su retiro provisional, y evitando las márgenes habitadas del lago, se hundían por angostos senderos en lo más profundo de las montañas.

Andaban rápidamente, procurando alejarse de todos los puntos desde donde pudieran ser vistos. No hablaban, y se deslizaban como sombras por entre la maleza. ¿Adónde iban? No lo sabían, pero estaban libres.

A las cinco aproximadamente empezó a apuntar el día. Azulados matices jaspeaban elevadas fajas de nubes. Las brumosas cimas se desprendían de los vapores matutinos. No debía tardar en aparecer el astro, el cual, en lugar de señalar la hora del suplicio, iba a anunciar la fuga de los condenados a sufrirlo.

Era, pues, preciso antes que llegase el fatal momento, que los fugitivos estuviesen fuera del alcance de los salvajes, a fin de hacerles con la distancia

perder la pista. Pero no podían andar muy de prisa, porque las sendas eran escabrosas. Lady Elena subía las cuestas sostenida, o por mejor decir, llevada por Glenarvan, y Mary Grant se apoyaba en el brazo de John Mangles. Roberto, feliz y triunfante, con el corazón lleno de alegría por el éxito obtenido, abría la marcha, y los dos marineros la cerraban.

Media hora más y el sol aparecería en el horizonte.

Durante media hora los fugitivos anduvieron a ciegas y al azar. No estaba con ellos Paganel para dirigirles; Paganel, objeto de sus alarmas, cuya ausencia era una sombra negra que oscurecía su felicidad. Sin embargo, se dirigían hacia el este todo lo posible, y en esta dirección los guiaba una magnífica aurora. Llegaron a una altura de 500 pies sobre el nivel del lago Taupo, sintiendo vivamente el frío de la alborada. Formas indecisas de colinas y cerros se escalonaban progresivamente, y Glenarvan no deseaba más que perderse en las montañas.

Apareció, en fin, el sol delante de los fugitivos.

De pronto un aullido terrible, compuesto de cien gritos, resonó en el aire. Procedía del pah, cuya exacta situación ignoraba Glenarvan entonces. Además, un tupido velo de brumas, tendido bajo sus pies, le impedía distinguir los valles profundos.

Pero ninguna duda podía caber a los fugitivos de que su evasión había sido descubierta. ¿Escaparían a la persecución de los indígenas? ¿Habrían sido vistos? ¿No les harían traición sus propias huellas?

En aquel momento se elevó la niebla y distinguieron a trescientos pies debajo de ellos el frenético enjambre de indígenas.

Habían, pues, sido descubiertos. Resonaron nuevos aullidos, con los cuales se mezclaron ladridos de perros, y la tribu entera, después de haber intentado en vano escalar la roca del Waré Atoua, se precipitó fuera de la fortaleza, y se lanzó por los senderos más cortos, en persecución de los prisioneros que huían de su venganza.

Capítulo XIV

La montaña del tabú

A cien pasos de altura tenían que remontarse aún los fugitivos para llegar a la cumbre de la montaña, que a toda costa querían alcanzar para después, en la vertiente opuesta, ocultarse a la vista de los maoríes. Tenían esperanza de que entonces algún picacho practicable les permitiera ganar las crestas inmediatas,

las cuales se confundían en un sistema orográfico, cuyas complicaciones hubiera desembrollado el pobre Paganel, si hubiera estado allí como todos deseaban.

La ascensión fue precipitada a consecuencia de las amenazadoras vociferaciones que se oían cada vez más cerca. La horda agresiva llegaba ya al pie de la montaña

— ¡Valor! ¡Valor, amigos míos! —exclamaba Glenarvan, alentando a sus compañeros con la voz y con el gesto.

En menos de cinco minutos alcanzaron la cúspide del monte, y al llegar a ella se volvieron para hacerse cargo de la situación y tomar una dirección que pudiera desorientar a los maoríes y hacerles perder la partida.

Desde aquella altura sus miradas dominaban el lago Taupo, que se extiende hacia el oeste, limitado por su pintoresco marco de montañas. Se destacan al norte las cimas del Pirongia y al sur el encendido cráter del Tougariro. Pero hacia el este la mirada se detiene en la barrera de crestas y de lomas de que están erizados los Waihiti Ranges, los cuales constituyen una gran cadena cuyos eslabones no interrumpidos cercan toda la isla septentrional desde el estrecho de Cook hasta el cabo oriental. Era, pues, preciso precipitarse por la vertiente opuesta y penetrar en estrechas gargantas que podían muy bien ser callejones sin salida.

Glenarvan paseó en torno una mirada ansiosa, que se introdujo en todas las depresiones del terreno, pues ya los rayos del sol habían disipado la niebla. No se le podía escapar ningún movimiento de los maoríes.

Los indígenas distaban de él menos de 500 pies cuando llegaron a la meseta en que se levantaba el cono solitario.

Glenarvan no podía prolongar la detención un solo instante. Por quebrantados que estuviesen todos, era preciso huir, so pena de ser cercados.

— ¡Bajemos! —exclamó—. ¡Bajemos antes que nos intercepten el camino!

Pero en el momento de levantarse las mujeres haciendo un supremo esfuerzo, Mac Nabbs las detuvo y dijo:

—Es inútil, Glenarvan. Mirad.

Y todos pudieron ver, en efecto, la inexplicable variación que acababa de experimentar la actitud de los maoríes.

Habían cesado en su persecución, y renunciaron a asaltar la montaña como si hubieran recibido una imperiosa contraorden. Toda la horda dominó sus ímpetus, y se detuvo como las olas del mar delante de un escollo inaccesible.

Aquellos salvajes, sedientos de una sangre que les parecía estar ya saboreando, quedaron alineados al pie de la montaña, sin hacer más que gritar y gesticular y blandir sus flechas y fusiles, pero sin ganar un palmo de terreno. Sus perros, inmóviles como ellos, ladraban furiosos.

¿Qué ocurría? ¿Qué poder invisible paralizaba a los indígenas? Los fugitivos miraban, pero nada comprendían y no dudaban que de un momento a otro iba a desaparecer el encanto que tenía como petrificada a la tribu de Kai Koumou.

John Mangles lanzó de pronto un grito, que hizo volverse hacia él a sus compañeros, a quienes indicó una pequeña fortaleza que se levantaba en el vértice del cono.

— ¡La tumba del jefe Kara Teté! —exclamó Roberto.

—¿De veras? —preguntó Glenarvan.

— ¡Sí, Milord, esta tumba! Me acuerdo de ella perfectamente.

No se equivocaba Roberto. A cincuenta pies más arriba del punto en que se hallaban los fugitivos, en el último pico de la montaña, estacas recién pintadas cerraban un área del terreno. Glenarvan a su vez reconoció la tumba del jefe zelandés. En los azares de su fuga, llegó inconscientemente a la misma cima del monte Maunganamu.

El Lord, seguido de sus compañeros, trepó por las últimas escarpas del cono hasta llegar al pie de la tumba, en la cual se entraba por una ancha abertura cubierta con tapices. Glenarvan iba a penetrar en el interior del Oudoupa y retrocedió de pronto.

—¡Un salvaje! —dijo.

—¿Un salvaje en esa tumba? —preguntó el Mayor.

—Sí, Mac Nabbs.

—No importa, entremos.

Glenarvan, el Mayor, Roberto y John Mangles penetraron en el recinto cercado por la empalizada. Había allí un maorí vestido con un gran manto de phormium, sin que permitiese distinguir sus facciones la sombra del Oudoupa. Parecía estar muy tranquilo, y almorzaba con la más completa indiferencia.

Iba Glenarvan a dirigirle la palabra, cuando el indígena, ganándole por la mano, le dijo con tono amable y en buen inglés:

—Sentaos, querido Lord, y almorcemos juntos.

Era Paganel. Al oír su voz, todos se precipitaron hacia él y abrazaron al excelente geógrafo. Habían encontrado a Paganel, a quien creían perdido para

siempre. Les pareció a todos que personificaba él solo la salvación común. Todos le interrogaron, todos deseaban saber cómo y por qué se encontraba en la cumbre del Maunganamu; pero Glenarvan con una palabra puso freno a las curiosidades inoportunas.

— ¡Los salvajes! —dijo.

— ¡Me importan a mí mucho los salvajes! —respondió Paganel encogiéndose de hombros—. ¡Los despreció soberanamente!

—¿Pero no pueden...?

—¿Ellos? ¡Son unos imbéciles! ¡Venid a verlos!

Todos siguieron a Paganel, que salió del Oudoupa.

Los zelandeses permanecían en el mismo sitio, rodeando el pie del cono, sin hacer más que gritar de una manera desaforada.

— ¡Chillad! ¡Aullad! ¡Desgañitaos, estúpidas criaturas! —dijo Paganel—. ¡Os desafío a que escaléis esta montaña!

—¿Por qué? —preguntó Glenarvan.

—Porque el jefe está enterrado en ella, porque esta tumba nos protege, porque la montaña es sagrada.

—¿Sagrada?

—Sí, amigos míos, razón por la cual me he refugiado aquí como en uno de aquellos lugares de asilo que en la Edad Media acogían a los perseguidos.

— ¡Dios está con nosotros! —exclamó Lady Elena levantando las manos al cielo.

En efecto, la montaña era sagrada, y su consagración la ponía a cubierto de la invasión de los supersticiosos salvajes.

No se puede decir que la montaña fuese la salvación de los fugitivos, pero era una moratoria, una espera, una tregua, un plazo saludable del que procurarían sacar todo el partido posible.

Glenarvan, presa de una emoción que no se puede expresar, no profería una palabra, y el Mayor movía la cabeza verdaderamente satisfecho.

—Y ahora, amigos míos —dijo Paganel—, si esos majaderos se han figurado que vamos a poner a prueba su paciencia hasta la consumación de los siglos, se engañan miserablemente. Antes de dos días estaremos fuera del alcance de las garras de esos animales.

— ¡Huiremos! —dijo Glenarvan—. ¿Pero cómo?

—No lo sé —respondió Paganel—, pero huiremos.

Entonces todos quisieron conocer las aventuras del geógrafo. Pero, ¡cosa extraña! Era tal la sobriedad de frases de aquel hombre, tan prolijo generalmente y tan minucioso en todo lo que refería, que costaba trabajo arrancarle las palabras de la boca. Paganel, tan amigo de contar propias y extrañas aventuras, no contestó más que con evasivas a las preguntas de sus amigos.

—Han echado a perder a mi Paganel —decía para sí Mac Nabbs.

Y, en realidad, había variado hasta la fisonomía del digno sabio. Se envolvía cuidadosamente en su manto de phormium, y procuraba evitar las miradas demasiado curiosas. A nadie se ocultó cierta falta de libertad en sus maneras cuando se hablaba de él, pero todos, por discreción, hicieron ver que les pasaba inadvertida. Por lo demás, cuando no era él mismo el que se hallaba sobre el tapete, Paganel recobraba su buen humor habitual y resultaba tan hablador como de costumbre.

En cuanto a sus aventuras, he aquí lo único que juzgó conveniente referir a sus compañeros una vez se hubieron sentado a su alrededor, junto a la estacada de Oudoupa.

Cuando la muerte de Kara Teté, Paganel se aprovechó, lo mismo que Roberto, del tumulto de los indígenas y pudo evadirse del recinto del pah. Pero, menos afortunado que el joven Grant, fue a parar en derechura a un campamento de maoríes, cuyo jefe era de elevada estatura, de fisonomía inteligente, y superior sin duda alguna a todos los guerreros de su tribu. Hablaba el inglés correctamente, y saludó afectuosamente al geógrafo, con cuya nariz restregó la suya.

Paganel no sabía si debía o no considerarse como preso. Pero viendo que no podía dar un paso sin que le acompañase el jefe, supo muy pronto a qué atenerse acerca del particular.

El tal jefe, llamado Hihy, que quiere decir rayo de sol, no era un mal hombre. Los anteojos y el catalejo de Paganel le hicieron formarse una alta idea del geógrafo, a quien unió particularmente a su persona, no sólo a fuerza de beneficios, sino que también con buenas cuerdas de phormium, especialmente de noche.

¿Cómo fue tratado durante los días que duró su anómala situación al lado de Hihy? Bien y mal, dijo Paganel, sin dar otras explicaciones. En resumen, estaba preso, y exceptuando la perspectiva de un suplicio inmediato, su prisión no le parecía mucho más envidiable que la de sus desventurados amigos.

Afortunadamente, consiguió durante una noche romper sus ligaduras y

escabullirse. Había asistido desde lejos al entierro del jefe, y sabía que le habían enterrado en la cima del Maunganamu, por cuyo solo hecho la montaña era sagrada. Resolvió por tanto refugiarse en ella, no queriendo abandonar el país en que estaban presos sus compañeros. Llevó a cabo con felicidad su peligrosa empresa, y llegó de noche a la tumba de Kara Teté, donde al mismo tiempo que reparaba sus perdidas fuerzas, esperó a que el cielo pusiera a salvo a sus desgraciados amigos. Tal fue en sustancia la narración de Paganel. ¿Omitió con intención cierta circunstancia de su residencia entre los indígenas? Su embarazo lo hacía creer algunas veces. A pesar de sus reservas, recibió unánimes felicitaciones, y todos prescindieron del pasado para no ocuparse más que del presente.

La situación, aunque había mejorado mucho, seguía siendo a todas luces grave. Aunque los indígenas no se atrevían a subir a la cumbre del Maunganamu, contaban con el hambre y la sed para apoderarse de nuevo de sus presos. La cuestión era de tiempo, y la paciencia de los salvajes es inagotable.

Glenarvan no se hacía muchas ilusiones respecto de las dificultades de la situación; pero resolvió aguardar circunstancias favorables, o provocarlas en caso necesario.

Glenarvan quiso ante todo reconocer con cuidado el Maunganamu, es decir, su improvisada fortaleza, no para defenderla, pues no era de temer un asalto, sino para poder salir de ella. El Mayor, John, Roberto y Paganel examinaron la montaña como si quisieran trazar de ella el plano exacto. Observaron la dirección de sus sendas, sus pendientes, sus vericuetos, sus lindes y sus mesetas. La cresta, de una milla de longitud, que unía el Maunganamu a la cordillera de los Wahiti, iba en declive hasta la llanura. Su perfil, estrecho y caprichoso, era la única senda practicable, en el caso de ser posible la evasión. Si a favor de la noche podían los fugitivos pasar por ella inadvertidos, tal vez podrían internarse en los profundos valles de los Rangers y hacer perder la pista a los guerreros maoríes.

Pero aquel sendero ofrecía más de un peligro. En su parte baja pasaba al alcance de las balas. Los indígenas, apostados en las pendientes de la colina, podían cruzar sus fuegos y envolver a los fugitivos en una red de plomo de la que no sería posible librarse.

Glenarvan y sus amigos, que se adelantaron un poco por la parte peligrosa de la cresta, fueron saludados con una granizada de plomo de que afortunadamente salieron ilesos. Llegaron hasta ellos algunos tacos de papel impreso, y por mera curiosidad recogió Paganel uno de ellos que descifró no sin trabajo.

— ¡Bravísimo! —dijo—. ¿Sabéis, amigos míos, con qué atacan sus fusiles

esos animalazos?

—No, Paganel —respondió Glenarvan.

— ¡Con hojas de la Biblia! Si así emplean los versículos sagrados, compadezco a los misioneros. Trabajo les costará fundar bibliotecas maoríes.

—¿Y qué pasajes de los libros santos nos han enviado esos salvajes? —preguntó Glenarvan.

—Una palabra del Dios omnipotente —respondió John Mangles, que acababa de leer a su vez el papel tiznado por la explosión—. Esta palabra nos dice que esperemos en él —añadió el joven capitán con la inquebrantable convicción de su fe escocesa.

—Lee, John —dijo Glenarvan.

Y John leyó este versículo respetado por la deflagración de la pólvora:

—Salmo 90. Porque ha esperado en mí yo le salvaré.

—Amigos míos —dijo Glenarvan—, debemos llevar esas palabras de esperanza a nuestras buenas y queridas compañeras. Su lectura reanimará su quebrantado corazón.

Glenarvan y sus compañeros volvieron a subir los escabrosos senderos del cono, y se dirigieron hacia la tumba que querían examinar.

Notaron, de paso, a breves intervalos, cierto estremecimiento de la tierra, que no era una verdadera oscilación, sino una vibración continua como la que experimentan las paredes de una caldera cuando el agua que contiene está hirviendo.

Este fenómeno no podía causar sorpresa ni maravillar a gentes que acababan de pasar entre los manantiales calientes de Waikato. Sabían que aquella región central de Ika Na Maoui es esencialmente volcánica, constituyendo un verdadero tamiz cuyo tejido deja colar los vapores de la tierra por los manantiales hirvientes y las solfataras.

Paganel, que había ya observado la naturaleza volcánica de la montaña, llamó sobre ella la atención de sus amigos. El Maunganamu no era más que uno de los numerosos conos que erizan la porción central de la isla, es decir, un futuro volcán. Una acción mecánica cualquiera podía determinar la formación de un cráter en sus paredes compuestas de sílice y de toba blanquecina.

—En efecto —dijo Glenarvan—, pero no corremos aquí más peligro que si estuviéramos cerca de la caldera del Duncan. La corteza de esta tierra es un palastro sólido.

—Estamos de acuerdo —respondió el Mayor—, pero una caldera, por sólida que sea, un día u otro salta a pedazos después de servir mucho tiempo.

—Mac Nabbs —replicó Paganel—, no trato de permanecer en este cono. Muéstrame el cielo un camino practicable, y veréis lo que tardamos en marcharnos.

— ¡Ah! ¿Por qué este Maunganamu no se nos lleva él mismo —respondió John Mangles—, ya que tiene en sus entrañas encerrada tanta fuerza mecánica? ¡Tal vez tenemos bajo las plantas la fuerza de muchos millones de caballos, estéril y perdida! ¡La milésima parte de ella bastaría a nuestro Duncan para llevarnos al fin del mundo!

Este recuerdo del Duncan, evocado por John Mangles, hizo brotar los más tristes pensamientos en la mente de Glenarvan, pues no obstante lo muy desesperada que era su propia situación, la olvidaba frecuentemente al recordar la suerte de su tripulación.

En ella estaba aún pensando, cuando llegó a la cumbre del Maunganamu, donde encontró a sus compañeros de infortunio.

Lady Elena se dirigió a él apenas lo vio.

—¿Habéis —dijo—, mi querido Edward, reconocido nuestra posición? ¿Debemos esperar o temer que nos ataquen los salvajes?

—Esperar, mi adorada Elena —respondió Glenarvan—. Los indígenas no traspasarán jamás el límite de la montaña, y no nos faltará tiempo par a idear un plan de evasión.

—Además, señora —dijo John Mangles—, Dios mismo nos manda esperar.

John Mangles entregó a Lady Elena la hoja de la Biblia en que se leía el versículo sagrado. La joven esposa y Miss Mary, con el alma llena de confianza, con el corazón abierto a todas las intervenciones del cielo, vieron en las palabras del libro santo un infalible presagio de salvación.

—Ahora a Oudoupa —exclamó jovialmente Paganel—. Oudoupa es nuestra fortaleza, nuestro castillo, nuestro comedor y nuestro gabinete. Nadie en él nos molestará. Señores, permitidme que os haga los honores de esta encantadora morada.

Todos siguieron al amable Paganel. Cuando los salvajes vieron a los fugitivos profanar de nuevo aquella sepultura sagrada, dispararon nuevos tiros, y prorrumpieron en aullidos espantosos con que metían tanto ruido como con los disparos. Afortunadamente las balas no llegaron tan lejos como el ruido de los tiros, y se quedaron a la mitad del camino, mientras los gritos se perdían en el espacio.

Lady Elena, Mary Grant y sus compañeros, enteramente tranquilizados viendo que la superstición de los maoríes era aún más fuerte que su cólera, entraron en el monumento funerario.

El Oudoupa del jefe zelandés era una empalizada o estacada pintada de rojo. Figuras simbólicas bastante análogas a las que el difunto llevaba pintadas en su tegumento, relataban su nobleza y altos hechos. Sartas de amuletos, conchas y piedrecitas labradas estaban colgadas de cuerdas que pasaban de una estaca a otra. En el interior, la tierra desaparecía bajo un tapiz de hojas verdes. En el centro, una ligera prominencia indicaba la sepultura recién cavada.

Allí reposaban las armas del jefe, sus fusiles cargados, su lanza y balas suficientes para las cacerías de la eternidad.

—Tenemos aquí —dijo Paganel— todo un arsenal, del que haremos mejor uso que el difunto. ¡Bien hacen los salvajes en querer llevar sus armas al otro mundo!

— ¡Y son fusiles ingleses! —dijo el Mayor.

—No cabe duda —respondió Glenarvan—, y me parece una costumbre bastante estúpida regalar a los salvajes armas de fuego de las cuales se sirven en seguida, y con razón, contra los invasores. Pero de todos modos esos fusiles podrán sernos útiles.

—No tanto —dijo Paganel— como los víveres y el agua destinados a Kara Teté.

En efecto, los parientes y amigos del muerto lo habían hecho todo en regla. Las provisiones demostraban el alto concepto que por sus virtudes les merecía el jefe. Había víveres suficientes para mantener a diez personas durante quince días, y al difunto par a toda la eternidad. Los alimentos eran todos de naturaleza vegetal, consistiendo en helechos, batatas, el Convolvulos batatas indígena, y patatas importadas desde mucho tiempo en el país por los europeos. Grandes tinajas contenían el agua pura que tanta importancia tiene en las comidas zelandesas, y una docena de cestas, artísticamente labradas, contenían pastillas de una goma verde enteramente desconocida.

Los fugitivos se hallaban, pues, por algunos días, a cubierto del hambre y de la sed, y no se hicieron rogar para comer a expensas del jefe.

Glenarvan separó los alimentos necesarios para comer aquel día, y los entregó a Monsieur Olbinett, el cual tan formal y ceremonioso como lo era hasta en las más graves situaciones, puso muy mal gesto al ver los artículos que ponían a su disposición, de los cuales ningún stewart ni profesor en el arte culinario podía sacar un gran partido.

Además, para preparar aquellas raíces le faltaba uno de los grandes elementos de que no prescinde ningún cocinero, le faltaba fuego.

Pero Paganel le sacó de apuros, aconsejándole que enterrase los helechos y las patatas.

En efecto, la temperatura de las capas superiores era muy elevada, y un termómetro hundido en aquel terreno hubiera señalado de 60 a 65°. Olbinett estuvo casi a punto de abrasarse, porque en el momento de abrir un agujero para meter en él las raíces, se desprendió una columna de vapor que subió silbando a la altura de una toesa.

El stewart, asustado, cayó cuan largo era.

— ¡Cerrad la llave! —exclamó el Mayor, y él y los marineros taparon el hoyo con pedazos de piedra pómez, mientras Paganel, contemplando pensativo el singular fenómeno, decía en voz baja:

— ¡Toma! ¡Toma! ¡No es mala idea! ¿Por qué no?

—¿Os habéis lastimado? —preguntó Mac Nabbs a Olbinett.

—No, Mac Nabbs —respondió el stewart—, pero no podía figurarme...

—Que fuese el cielo tan pródigo en beneficios —exclamó Paganel entusiasmado—. ¡Después del agua y los víveres de Kara Teté, el fuego de la tierra! Está visto que esta montaña es la tierra de Jauja, es un paraíso. Propongo fundar en ella una colonia, y cultivarla, y establecernos aquí para el resto de nuestra vida. Seremos los Robinsones del Maunganamu. No veo que nos falte ninguna comodidad en este cerro.

—Ninguna, si es sólido —respondió John Mangles.

—No está hecho de ayer, amigo John —dijo Paganel—. Hace ya mucho tiempo que resiste a la acción del fuego interior, y resistirá hasta que nos marchemos.

—El almuerzo está servido —anunció Monsieur Olbinett, con tanta gravedad como si se hubiese hallado en el ejercicio de sus funciones en el palacio de Malcolm.

Inmediatamente los fugitivos, sentados junto a la estacada, empezaron una de aquellas comidas que desde algún tiempo les enviaba tan oportunamente la providencia en los momentos más críticos.

No se hicieron dengues a los alimentos, pero se emitieron distintas opiniones respecto a la raíz del helecho comestible. Según unos, su sabor era dulce y agradable; según otros, tenía un gusto mucilaginoso, enteramente insípido, y comer helechos era lo mismo que comer paja, pues les pareció una sustancia sumamente correosa. Las batatas cocidas, o por mejor decir, asadas,

sin más fuego que el que encierra la tierra en sus entrañas, eran excelentes y obtuvieron una aprobación unánime. El geógrafo hizo observar que Kara Teté no tenía motivo de queja.

Satisfecho el apetito, Glenarvan propuso discutir, sin pérdida de tiempo, un plan de evasión.

— ¡Tan pronto! —dijo Paganel con un tono de verdadera aflicción—. ¿Pensáis ya abandonar este lugar de delicia?

—Pero Monsieur Paganel —respondió Lady Elena—, admitiendo que nos hallemos en Capua, sabéis bien que no se debe imitar a Aníbal.

—Señora —respondió Paganel—, no me permitiré contradeciros, y puesto que queréis discutir, discutamos.

—Lo primero que debo manifestar —dijo Glenarvan— es que, en mi concepto, debemos intentar evadirnos antes que a ello nos obligue el hambre. No careciendo de fuerzas, que pueden muy bien faltarnos más adelante, debemos aprovecharlas. Esta noche trataremos de llegar a los valles del este, atravesando favorecidos por las tinieblas la línea de salvajes.

—Perfectamente —respondió Paganel—, si los maoríes nos dejan pasar.

—¿Y si no nos dejan? —hizo observar juiciosamente John Mangles.

—Entonces recurriremos a los grandes medios —respondió Paganel.

—¿Disponéis de grandes medios? —preguntó el Mayor.

— ¡Dispongo de tantos! —replicó Paganel, sin dar mas explicaciones.

No había que hacer más que esperar la noche para tratar de franquear la línea de los indígenas.

Éstos no se habían movido, y hasta parecía que habían engrosado sus filas los rezagados de la tribu. Hogueras levantadas a trechos formaban un cinturón de fuego alrededor de la base del cono. Cuando las tinieblas invadieron los valles circundantes, pareció que el Maunganamu brotaba de un inmenso brasero, al paso que su cima se perdía en una inmensa sombra.

A seiscientos pies debajo de él se oían los gritos y murmullos del vivac enemigo.

A las nueve Glenarvan y John Mangles, aprovechando la oscuridad de la noche, que era muy densa, resolvieron practicar un reconocimiento antes de llevar a sus compañeros por aquel peligroso camino. Estuvieron bajando, sin producir ruido, durante cinco minutos, y avanzaron por el estrecho sendero que, a cincuenta pies de altura sobre el campamento, atravesaba la línea de indígenas.

Hasta entonces iba perfectamente. Los maoríes, echados cerca de las hogueras, no vieron o afectaron no ver a los fugitivos, que dieron aún algunos pasos más. Pero de repente, a derecha e izquierda de la cresta, se rompió nutrido fuego de fusilería.

— ¡Atrás —dijo Glenarvan—, esos bandidos tienen ojos de gato y fusiles de precisión!

John Mangles y él desanduvieron el camino que acababan de seguir y llegaron pronto al lado de sus amigos, a quienes los disparos habían alarmado. Dos balas habían atravesado el sombrero de Glenarvan. Era, pues, imposible pasar por aquella interminable cresta entre dos filas de buenos tiradores.

—Hasta mañana —dijo Paganel—, y ya que no podemos burlar la vigilancia de esos tunantes, me permitiréis serviros un plato de mi cocina.

La temperatura era bastante fría. Afortunadamente Kara Teté había llevado a la tumba sus mejores mantas y sábanas de phormium, en las cuales se envolvieron los fugitivos sin ningún escrúpulo, y escudados por la superstición indígena durmieron tranquilamente al abrigo de las empalizadas tendidos en el tibio suelo, que estremecía incesantemente la reprimida efervescencia interior.

Capítulo XV

Los grandes medios de Paganel

Al amanecer del día siguiente, 17 de febrero, los primeros rayos del sol despertaron a los refugiados del Maunganamu. Desde mucho antes de rayar el alba, los maoríes iban y venían al pie del cono, sin separarse de su línea de observación. Furiosos gritos saludaron la aparición de los europeos al salir éstos del recinto.

Todos dirigieron sus primeras miradas a las montañas circundantes, a los profundos valles sumergidos aún en las tinieblas, y a la superficie del lago Taupo, ligeramente rizada por las auras matinales.

Deseosos de conocer los proyectos de Paganel, todos formaron un círculo alrededor del sabio geógrafo y le interrogaron con la mirada.

Paganel respondió sin vacilar a la impaciente curiosidad de sus compañeros.

—Amigos míos —dijo—, la gran ventaja de mi procedimiento está en que aun en el caso de no conseguir con él nuestro objetivo, no empeorará nuestra situación en lo más mínimo. Pero no debe fracasar, y no fracasará.

—Decid pronto en qué consiste —dijo Mac Nabbs.

—Vais a juzgarlo —respondió Paganel—. La misma superstición de los indígenas, que ha hecho de esta montaña un lugar de asilo, nos ha de ayudar a salir de ella. Si consigo persuadir a Kai Koumou de que hemos sido víctimas de nuestra profanación, de que el rayo de venganza del cielo nos ha anonadado, y hemos muerto de una manera terrible, ¿no os parece que abandonará este cerro del Maunganamu para volver a su aldea?

—Es indudable —dijo Glenarvan.

—¿Y con qué horrible muerte nos amenazáis? —preguntó Lady Elena.

—Con la muerte de los sacrílegos, amigos míos —respondió Paganel—. Bajo nuestros pies están las llamas vengadoras. ¡Abrámosles paso!

—¡Cómo! ¿Queréis hacer un volcán? —exclamó John Mangles.

—Sí, un volcán artificial, un volcán improvisado, cuyos furros dirigiremos. Tenemos una provisión de vapores y fuegos subterráneos que no desean más que salir. Organicemos en provecho nuestro una erupción ficticia.

— ¡Buena idea! —dijo el Mayor—. ¡Muy bien pensado, Paganel!

—Comprendéis —añadió el geógrafo— que fingiremos ser devorados por las llamas del Plutón zelandés, y desapareceremos espiritualmente en la tumba de Kara Teté...

—Donde permaneceremos tres o cuatro días, y hasta cinco, si es preciso, es decir, hasta que los salvajes, convencidos de nuestra muerte, desistan de sus hostilidades.

—Pero, ¿y si quieren cerciorarse de nuestro castigo —dijo Miss Grant— y suben a la montaña?

—No, mi querida Mary —respondió Paganel—, no subirán. La montaña es sagrada, y lo será aún más cuando haya devorado a sus profanadores.

—El proyecto está bien concebido —dijo Glenarvan—. No tiene en contra más que una contingencia: la de que los salvajes se obstinen en permanecer mucho tiempo aún al pie del Maunganamu y lleguemos a carecer de víveres. Pero esto no es probable, sobre todo si desempeñamos bien nuestro papel...

—¿Y cuándo empezará la función? —preguntó Lady Elena.

—Esta misma noche —respondió Paganel—, cuando reine la oscuridad más completa.

—De acuerdo —dijo Mac Nabbs—. Paganel, sois hombre ingenioso, y yo, que no me entusiasmo fácilmente, me atrevo a responder del éxito. ¡Ah! ¡Tunantes! ¡Vamos a ofrecerles un milagrillo que retrasará más de un siglo su

conversión! ¡Perdónennos los misioneros!

El proyecto de Paganel quedó adoptado, y realmente, con las supersticiosas ideas de los maoríes podía y debía producir los resultados apetecidos. Faltaba su ejecución. La idea era buena, pero no era fácil ponerla en práctica. ¿No devorará el volcán a los atrevidos que le hayan abierto un cráter? ¿Podrán dominar y dirigir la erupción cuando hayan desencadenado sus vapores, sus llamas y sus lavas? ¿No se hundirá el cono entero en un abismo de fuego? Un proyecto tan temerario era poner la mano en fenómenos cuyo monopolio absoluto se ha reservado la Naturaleza.

Paganel había previsto estas dificultades, pero contaba obrar con prudencia y no llevar las cosas al último extremo. Bastaba la apariencia para engañar a los maoríes, y no había necesidad de recurrir a la terrible realidad de una erupción.

¡Cuán largo pareció aquel día! ¡Todos contaron sus interminables horas! Todo estaba preparado para la evasión. Con los víveres del Oudoupa se habían formado ligeros paquetes. Algunas mantas y todas las armas de fuego que se encontraron en la tumba del jefe componían el bagaje. No es necesario decir que estos preparativos se hicieron dentro de la empalizada, ocultándose de los salvajes.

A las seis, el stewart sirvió una comida abundante, pues nadie podía prever dónde y cuándo volverían a probar bocado en los valles del distrito. Comieron, pues, todos por anticipación, si así puede decirse. El mejor plato se componía de media docena de ratas grandes, cogidas por Wilson y asadas en el suelo. Lady Elena y Mary Grant no quisieron en manera alguna probar de aquella carne tan estimada en Nueva Zelanda, pero los demás la saborearon como verdaderos maoríes. Era en realidad excelente y muy sabrosa, y de los seis roedores, roídos a su vez, no quedaron más que los huesos.

Llegó el crepúsculo de la tarde. El sol desapareció detrás de un parapeto de densas nubes de tempestuoso aspecto. Algunos relámpagos surcaban el horizonte, y un trueno lejano rodó por las profundidades del cielo.

Paganel saludó a la tempestad que favorecía sus designios, completando el aparato escénico. Los salvajes se sienten supersticiosamente conmovidos por los grandes fenómenos de la Naturaleza. Para los neozelandeses el trueno es la voz irritada de su Noui Atoua, y el relámpago es la fulguración de sus ojos enojados. Parecía, pues, que la divinidad venía en persona a castigar a los profanadores de la sagrada tumba, infractores del tabú.

A las ocho, la cumbre del Maunganamu desapareció envuelta en una oscuridad siniestra. El cielo preparaba un fondo negro al torrente de llamas que iba a desencadenar la mano de Paganel.

Los maoríes no podían ya ver a los fugitivos. El momento de obrar había llegado.

Era preciso proceder rápidamente. Glenarvan, Paganel, Mac Nabbs, Roberto, el Stewart y los dos marineros, pusieron simultáneamente manos a la obra.

El sitio para el cráter se eligió a la distancia de treinta pasos de la tumba de Kara Teté. Era, en efecto, importante que el Oudoupa fuese respetado por la erupción, pues desapareciendo él, había desaparecido el tabú o carácter sagrado de la montaña. Paganel había visto un enorme peñasco, en torno del cual brotaban vapores bastante intensos. El peñasco cubría un pequeño cráter natural abierto en el cono, y se oponía nada más que con su peso a la salida de las llamas subterráneas. Si se conseguía arrancarle de su alvéolo, los vapores y las lavas habrían de escaparse inmediatamente por la abertura desobstruida.

Con estacas arrancadas de la empalizada del Oudoupa, los trabajadores se hicieron espeques, y atacaron vigorosamente la pesada mole, la cual no tardó en moverse bajo la acción de tantos esfuerzos mancomunados.

Le abrieron una especie de zanja en el mismo plano inclinado de la vertiente para que se deslizase por ella, y a medida que la levantaban, adquirían violencia las trepidaciones de la tierra.

Sordos rugidos de llamas y silbidos: de hornaza circulaban bajo la corteza adelgazada. Los audaces trabajadores manejaban el fuego de la tierra como verdaderos cíclopes, sin hablar una palabra.

De pronto, algunas grietas que vomitaban bocanadas de ardientes vapores le indicaron que aquel sitio era peligroso; pero haciendo un último esfuerzo, arrancaron el peñasco, que cayó rodando por la pendiente y desapareció en la llanura.

Cedió entonces la adelgazada capa, y una columna incandescente subió al cielo en medio de estrepitosas detonaciones, y arroyos de agua hirviendo y de lava se precipitaron hacia el campamento de los indígenas y los valles interiores.

El cono entero se estremeció, y pudo creerse que se sumergía en un abismo sin fondo.

Glenarvan y sus compañeros tuvieron apenas el tiempo suficiente para sustraerse a los ataques de la erupción, y huyeron hacia el recinto del Oudoupa, no sin que les cayesen encima algunas gotas de agua elevadas a la temperatura de 94°. El agua que brotaba olía fuertemente a azufre.

Entonces el cono, las lavas y los detritos volcánicos, se confundieron en una sola hoguera, y torrentes de fuego surcaron las laderas del Maunganamu.

El fuego de la erupción iluminó las montañas próximas, y una intensa reverberación daba un aspecto fantástico a los profundos valles.

Todos los salvajes se habían levantado, aullando, mordidos por las lavas que hervían en medio de su vivac. Aquellos a quienes no alcanzó el río de fuego huyeron y subieron a las colinas circundantes, y luego se volvieron, aterrados, y contemplaron aquel espantoso fenómeno, aquel volcán con el que la cólera de su dios castigaba a los audaces profanadores de la montaña sagrada.

Y en los momentos en que disminuía algo el estrépito de la erupción, se les oía repetir un grito sacramental:

— ¡Tabú! ¡Tabú! ¡Tabú!

Era enorme la cantidad de vapores, piedras hechas ascua y lavas, que se escapaban de aquel cráter del Maunganamu, que no era ya un simple géiser, como los que hay en Islandia cerca del monte Hecla, sino el monte Hecla mismo. Hasta entonces toda aquella supuración volcánica había estado contenida bajo la capa de tierra más superficial del cono, porque bastaban a su expansión las válvulas del Tougariro; pero cuando se le abrió una nueva salida, se precipitó con gran violencia, y aquella noche, por una ley de equilibrio, debieron perder las demás erupciones su intensidad acostumbrada.

Una hora después de la primera aparición de aquel volcán en la escena del mundo, anchos arroyos de lava corrían en todas direcciones por los flancos del cerro, y se vieron salir de sus agujeros, corriendo por la encendida tierra, legiones de ratas.

Durante toda la noche, al mismo tiempo que bramaba la tempestad en las alturas del cielo, la erupción del cono no dejó de alarmar a Glenarvan. La lava devoraba los bordes del mismo cráter y lo ensanchaba.

Los fugitivos, ocultos detrás de la estacada, seguían los espantosos progresos del fenómeno.

Llegó la mañana, sin que el furor volcánico se moderase. Se mezclaban con las llamas densos vapores amarillentos, y por todas partes serpenteaban torrentes de lava.

Glenarvan, con los ojos en acecho y el corazón palpitante, paseó sus miradas por todos los intersticios de la empalizada y observó el campamento de los indígenas.

Los maoríes habían huido a los cerros vecinos, lejos de alcance del volcán. Algunos cadáveres, tendidos al pie del cono, estaban carbonizados por el fuego. Más lejos, hacia el pah, las lavas habían alcanzado unas veinte chozas que aún humeaban. Los zelandeses, formando corrillos, contemplaban con

religioso temor la cumbre del Maunganamu, coronada de humo.

Kai Koumou apareció en medio de sus guerreros, y Glenarvan le reconoció al instante. El feroz caudillo avanzó hasta la base del cono por el lado que habían respetado las lavas, pero no dio un paso más.

Extendiendo los brazos como un brujo que exorciza, hizo unos cuantos ademanes, cuya significación comprendieron los fugitivos. Como Paganel había previsto, Kai Koumou consagraba de un modo más riguroso la vengadora montaña.

Poco después, los indígenas fueron desapareciendo por los tortuosos senderos que bajaban hasta el pah.

—¡Parten! —exclamó Glenarvan—. ¡Abandonan su puesto! ¡Loado sea Dios! ¡Nuestra estratagema ha tenido buen éxito! ¡Mi querida Elena, mis buenos compañeros, ahora estamos muertos, estamos enterrados! ¡Pero esta noche resucitaremos, saldremos de la tumba y huiremos de estas tribus bárbaras!

Nadie es capaz de figurarse la alegría que reinó en el Oudoupa. La esperanza había renacido en todos los corazones. Los animosos compañeros olvidaban el pasado, prescindían del porvenir y no pensaban más que en el presente. Y, sin embargo, no era cosa fácil llegar a algún establecimiento europeo en medio de aquellas comarcas desconocidas. Pero una vez burlado Kai Koumou, se creían libres de todos los salvajes de Nueva Zelanda.

El Mayor no pudo disimular el soberano desprecio que le inspiraban los maoríes, y no encontraba par a calificarles expresiones bastante duras. Parecía que él y Paganel habían apostado a cuál de los dos vertía más impropiedades contra ellos. Les trataron de brutos, de estúpidos, de asnos; les llamaron idiotas del Pacífico, salvajes de Bedlam, cretinos de los antípodas, etcétera. Eran inagotables.

Un día entero debía transcurrir aún antes de la evasión definitiva, y este día se invirtió en discutir un plan de fuga. Por fortuna, Paganel había conservado su mapa de Nueva Zelanda, y pudo buscar en él los caminos más seguros.

Después de la discusión, los fugitivos resolvieron dirigirse al este, hacia la bahía Plantey. Tendrían que atravesar regiones desconocidas, pero probablemente desiertas. Los viajeros, acostumbrados ya a superar los obstáculos de la Naturaleza, a triunfar de las dificultades físicas, lo único que temían era el encuentro de los maoríes. Querían, pues, evitarlo a toda costa y ganar la playa oriental, donde los misioneros habían fundado algunos establecimientos. Además, aquella porción de isla se había librado hasta entonces de los desastres de la guerra, y no estaban los campos recorridos por partidas de indígenas.

En cuanto a la distancia que separaba el lago Taupo de la bahía Plantey, se podía apreciar en 100 millas, que andando diez al día eran diez días de marcha. No se andarían seguramente sin fatigas, pero aquella denodada gente no contaba los pasos. Una vez alcanzadas las misiones, podrían los viajeros reponerse en ellas y aguardar alguna ocasión favorable para dirigirse a Auckland, que seguía siendo el término del proyectado viaje.

De acuerdo todos en estos varios puntos, siguieron vigilando a los indígenas hasta que llegó la noche. Ni uno solo quedaba ya al pie de la montaña, y cuando las sombras nocturnas invadieron los valles del Taupo, ninguna hoguera indicó tampoco la presencia de los maoríes en la base del cono. El camino estaba libre.

La noche era oscura, y a las nueve dio Glenarvan la señal de marcha. Sus compañeros y él, armados y equipados a expensas de Kara Teté, empezaron a bajar prudentemente las cuestas del Maunganamu. John Mangles y Wilson rompieron la marcha, con la vista y el oído muy atentos. Se detenían al menor ruido e interrogaban todas las sombras. Todos se deslizaban como arrastrándose por la escarpa del monte para confundirse mejor con él.

A 200 pies debajo de la cumbre, John Mangles y su marino llegaron al peligroso sendero tan obstinadamente defendido por los indígenas. Si desgraciadamente los maoríes, más astutos que los fugitivos, habían fingido retirarse para atraerlos, si no habían sido engañados por el fenómeno volcánico, en aquel mismo sitio debía revelarse su presencia. Glenarvan, a pesar de toda su confianza y a despecho de las chanzas de Paganel, no pudo dejar de estremecerse. Iba a decidirse su salvación y la de todos durante los diez minutos que se necesitaban para franquear la cresta. Sentía latir el corazón de Lady Elena, apoyada en su brazo.

No pensaba, sin embargo, en retroceder, ni John tampoco. El joven capitán, seguido de todos y protegido por una oscuridad completa, trepó por la escarpada cresta, deteniéndose siempre que alguna piedra se desprendía y rodaba hasta el fondo de la loma. Si los salvajes estaban aún emboscados, aquellos extraños ruidos debían provocar una doble descarga.

No iban los fugitivos muy de prisa, deslizándose como serpientes por aquella inclinada cresta. Cuando John Mangles hubo alcanzado el punto más bajo, apenas le separaban 25 pies de la meseta en que la noche antes acampaban los indígenas. Desde allí había de subir una cuesta bastante rápida, que tenía menos de media milla e iba a perderse en un bosque.

Después de haber bajado sin ningún accidente, empezaron los viajeros a subir silenciosos. El bosque no se veía, pero se sabía que estaba allí, y en él, con tal que no hubiese preparada una celada, Glenarvan esperaba hallar la seguridad apetecida. Sabía que desde aquel momento le faltaba la protección

del tabú. La parte ascendente de la cresta no pertenecía ya al Maunganamu, sino al sistema orográfico que erizaba la parte oriental del lago Taupo.

Los viajeros estaban, pues, expuestos no sólo al fuego de los indígenas, sino que también a un combate cuerpo a cuerpo.

Durante diez minutos, los fugitivos se fueron elevando casi insensiblemente hacia las mesetas superiores. John no distinguía aún el bosque, pero no debía distar de él más allá de 200 pies.

Se paró de pronto y casi retrocedió. Se le había figurado sorprender algún ruido en la sombra. Su vacilación hizo detenerse también a sus compañeros.

John permaneció inmóvil bastante tiempo para alarmar a los que le seguían, cuyas angustias no pueden expresarse. ¿Se verían obligados a retroceder para ganar de nuevo la cumbre del Maunganamu?

Pero John, viendo que no se repetía ningún ruido, prosiguió su ascensión por el estrecho sendero de la loma.

No tardó el bosque en destacarse vagamente entre las sombras, y los fugitivos, al llegar a él, se ocultaron bajo el espeso follaje de los árboles.

Capítulo XVI

Entre dos fuegos

La noche favorecía la evasión, y era por tanto muy conveniente aprovecharse de ella para apartarse cuanto antes de las funestas cercanías del lago Taupo. Paganel tomó a su cargo la dirección de la pequeña comitiva, y su maravilloso instinto de viajero se reveló de nuevo durante aquella difícil peregrinación en las montañas. Evolucionaba en medio de las tinieblas con sorprendente habilidad, escogiendo sin vacilar los senderos casi invisibles, sin desviarse de la constante dirección que se había propuesto seguir. Verdad es que le servía de mucho su nictalopía, y que sus ojos de gato le permitían distinguir en la oscuridad más profunda los más pequeños objetos.

Durante tres horas, los viajeros avanzaron sin descansar un instante, por las muy prolongadas cuestas de la vertiente oriental, inclinándose un poco hacia el Sudeste, a fin de llegar a un estrecho paso abierto entre Kaimanawa y los Wahiti Ranges, por donde cruza el camino de Auckland a la bahía Haukes. Paganel, después de pasar aquella garganta, quería echarse fuera del camino, y, abrigado por las altas cordilleras, atravesar las inhabitadas regiones de la provincia.

A las nueve de la mañana, se habían andado doce millas en doce horas. No se podía pedir más a las animosas viajeras. Además, el lugar pareció inconveniente para establecer un campamento. Los fugitivos habían alcanzado el desfiladero que separa las dos cordilleras. La senda de Oberland quedaba a la derecha y corría hacia el sur.

Paganel, con el mapa delante, se desvió un poco hacia el Nordeste, y a las diez la comitiva llegó a una especie de cueva formada por una porción saliente de la montaña.

Sacaron los viajeros los víveres de los sacos, y comieron alegremente. Mary Grant y el Mayor, que hasta entonces habían rechazado los helechos comestibles, los devoraron aquel día con verdadero entusiasmo.

El descenso duró hasta las dos de la tarde, y se tomó de nuevo el camino del este, pernoctando los viajeros a ocho millas de las montañas. No por acostarse a la intemperie dejaron todos de dormir profundamente.

Al día siguiente, presentó el camino dificultades bastante serias. Había que atravesar el curioso distrito de los lagos volcánicos, géiseres y solfataras, que desde Wahiti Ranges se extiende hacia el este. Los ojos quedaron más complacidos del país que las piernas. A cada cuarto de milla tenía que darse algún rodeo, que superarse algún obstáculo; pero ¡qué sorprendente espectáculo, qué infinita variedad da la Naturaleza a sus grandes escenarios!

En el vasto espacio de 20 millas cuadradas, la acción de las fuerzas subterráneas se ostentaba bajo mil distintas formas. Manantiales salinos de una transparencia extraña, poblados de miríadas de insectos, salían de entre los espesos bosques de planta de té, y despedían un penetrante olor muy parecido al de la pólvora quemada, dejando en el suelo un residuo blanco como la nieve. En algunos de dichos manantiales, las cristalinas aguas tenían una temperatura próxima a la ebullición, al paso que en otros muy cercanos estaban casi heladas. Gigantescos helechos se cruzaban de una a otra orilla en condiciones análogas a las de la vegetación siluriana.

Vistosos surtidores, envueltos en vaporosos torbellinos, brotaban del suelo en todas direcciones, como los líquidos canastillos de un parque, siendo algunos de ellos continuos y otros intermitentes, como si estuviesen sometidos a los antojos de un caprichoso Plutón. Se escalonaba a la manera de las gradas de un anfiteatro en sobrepuestas pendientes naturales, y sus aguas se confundían poco a poco bajo espirales de humo, royendo los peldaños medio diáfanos de sus gigantescas escaleras, y alimentando lagos enteros con sus cascadas hirvientes.

Más lejos, sucedían las solfataras a los manantiales calientes y a los géiseres tumultuosos. El terreno se presentó como si padeciese un exantema,

cubierto enteramente de pústulas, que eran otros tantos cráteres medio apagados, surcados por numerosas grietas de las que se escapaban diferentes gases. La atmósfera estaba saturada del olor picante y desagradable de los ácidos sulfurosos, y el azufre precipitado, formando cortezas y concreciones cristalinas, tapizaba la tierra. Allí se acumulaban desde remotos siglos incalculables y estériles riquezas, siendo aquel distrito de Nueva Zelanda, aún poco conocido, el punto en que la industria se abastecería si se agotasen algún día los yacimientos de azufre de Sicilia.

Se comprende cuántas fatigas experimentarían los viajeros para atravesar aquellas regiones erizadas de obstáculos. Difícil era acampar en ellas, y las armas de los cazadores no encontraban un solo pájaro digno de ser desplumado por las manos de Mr. Olbinett. Por lo común, fue preciso contentarse con helechos y batatas, que eran alimentos muy poco nutritivos para restablecer las extenuadas fuerzas de los asendereados viajeros. Todos, por lo tanto, procuraban dejar atrás cuanto antes aquellas comarcas áridas y desiertas.

Sin embargo, en menos de cuatro días no se podía atravesar aquel impracticable territorio. Hasta el 23 de febrero, en que llegaron los peregrinos a 50 millas de Maunganamu, Glenarvan no pudo acampar en ninguna parte, y entonces dio orden de hacerlo al pie de un monte anónimo, indicado en el mapa de Paganel. Se extendían bajo su vista plantaciones de arbustos, y dilatados bosques reaparecían en el horizonte.

La perspectiva era de buen agüero, con tal que la habitabilidad de aquellas regiones no las hiciese demasiado habitadas. Hasta entonces los viajeros no habían tropezado ni con la sombra de un indígena.

Aquel día Mac Nabbs y Roberto mataron tres kiwis, que figuraron dignamente en la mesa del campamento, aunque por muy poco tiempo, pues en un santiamén fueron devorados desde el pico hasta las patas.

Al llegar a los postres, entre las batatas y las patatas, Paganel presentó una proposición que fue adoptada con entusiasmo.

Propuso dar el nombre de Glenarvan a aquella montaña innominada que se elevaba a 3.000 pies de altura, y apuntó cuidadosamente en su mapa el nombre del Lord escocés.

Inútil es insistir en los monótonos y poco interesantes accidentes del resto del viaje. Desde la travesía de los lagos hasta el océano Pacífico, no ocurrieron más que dos o tres hechos de alguna importancia.

Caminaban todo el día los viajeros atravesando bosques y llanuras. John determinaba el rumbo consultando el sol y las estrellas. El cielo, bastante clemente, no prodigaba calores ni lluvias. Sin embargo, una fatiga creciente

paralizaba a aquellos pobres viajeros tan cruelmente probados, y les parecía que no habían de llegar nunca a las misiones.

Si bien hablaban aún, la conversación no era general. La comitiva se dividía en grupos, formados, no por el mayor o menor grado de simpatía, sino por una comunidad de ideas más personales.

Por lo común, Glenarvan iba solo, pensando a medida que se acercaba a la costa en el Duncan y su tripulación. Olvidaba los peligros que tenían aún que correr hasta llegar a Auckland, para pensar en sus marineros degollados, cuya horrible imagen no le abandonaba un solo instante.

No se hablaba ya de Harry Grant. ¿Para qué, si no se podía intentar nada para salvarle? El nombre del capitán se pronunciaba únicamente en las conversaciones de su hija y de John Mangles.

John no había recordado a Mary lo que esta hermosa joven le había dicho en la última noche del Waré Atoua. Su discreción no le permitía tomar acta de una palabra pronunciada en un instante de desesperación suprema.

Cuando hablada de Harry Grant, John formaba aún proyectos de investigaciones ulteriores. Afirmaba a Mary que Lord Glenarvan volvería a acometer la abortada empresa, partiendo del principio de que no podía ponerse en duda la autenticidad del documento. Harry Grant existía en alguna parte, y era preciso encontrarle, aunque hubiese necesidad de registrar el mundo entero. Estas palabras embriagaban de placer a Mary, y ella y John, unidos por los mismos pensamientos, se confundían en la misma esperanza. Lady Elena, que con frecuencia tomaba parte en su conversación, no se abandonaba a tantas ilusiones, pero procuraba, para no desalentar a los dos jóvenes, no descorrer el velo que ocultaba la triste realidad.

Entretanto, Mac Nabbs, Roberto, Wilson y Mulrady, cazaban sin alejarse mucho del resto de la comitiva, y cada cual suministraba su contingente de caza.

Paganel, siempre envuelto en su manto de phormium, marchaba solo, silencioso y meditabundo.

Y, sin embargo, justo es decirlo, a pesar de la ley de la Naturaleza, que hace que las fatigas y privaciones echen a perder y agríen los mejores caracteres, todos aquellos compañeros de infortunio permanecieron unidos, afectuosos, dispuestos a morir los unos por los otros.

El 25 de febrero les cerró el paso un río que debía ser el Waikiri, según el mapa que tenía Paganel. Se pudo vadear.

Durante dos días se sucedieron sin interrupción las llanuras cubiertas de arbustos. Se había salvado con fatigas, pero sin malos encuentros, la mitad de

la distancia que separa el lago Taupo de la costa.

Entonces aparecieron inmensos e interminables bosques que recordaban los de Australia, sin más diferencia que estar poblados de kauris en lugar de eucaliptos. Glenarvan y sus compañeros, aunque cuatro meses de viaje habían gastado singularmente su admiración, quedaron maravillados en presencia de aquellos pinos gigantescos, dignos rivales de los cedros del Líbano y de los mamouthess de California. Aquellos kauris, Dummaroe australes de los botánicos, medían 100 pies de altura antes de llegar a sus primeras bifurcaciones. Formaban grupos aislados, y de ellos, y no de árboles, se componía el bosque, formando a 200 pies de altura un inmenso dosel de verdes hojas.

Algunas de aquellas admirables coníferas, jóvenes aún, pues apenas tenían cien años de edad, se parecían bastante a los pinos rojos del Canadá, aclimatados en las regiones europeas. Llevaban una sombría corona que terminaba en un agudo cono. Los árboles viejos, los que contaban cinco o seis siglos, formaban inmensas bóvedas de verdor que se apoyaban en las inextricables bifurcaciones de sus ramas.

Aquellos patriarcas del bosque zelandés medían hasta cincuenta pies de circunferencia, no pudiendo rodear su gigantesco tronco los brazos reunidos de todos los viajeros.

Tres días estuvo andando la comitiva por debajo de aquellos inmensos arcos, pisando un suelo arcilloso en que nunca la planta humana había estampado sus huellas. En muchos puntos, al pie de los kauris, se veían montones de gomorresina.

Los cazadores encontraron numerosas bandadas de kiwis que tanto escasean en las comarcas frecuentadas por los maoríes. Estas aves se han refugiado en aquellos inaccesibles bosques, acosadas por los perros zelandeses, y suministraron a los viajeros una alimentación sana y abundante.

Paganel tuvo la suerte de ver a lo lejos, en una espesura, un par de volátiles gigantescos que despertaron su instinto de naturalista. Llamó a sus compañeros, y no obstante hallarse muy cansados, el Mayor, Roberto y él, se lanzaron en persecución de las aves.

Se comprende la ardiente curiosidad del geógrafo, pues en aquellas aves había reconocido o creído reconocer los llamados moas, que pertenecen a la especie de los dinormis, que varios sabios colocan entre las variedades que han desaparecido de la faz de la Tierra.

Era un verdadero hallazgo el que hacía Monsieur Paganel, que veía confirmada por sus propios ojos la opinión de Monsieur De Hochstetter y otros viajeros respecto de la existencia en Nueva Zelanda de aquellas

gigantescas aves sin alas.

Los moas que perseguía Paganel, contemporáneos presuntos del megaterio tenían aproximadamente dieciocho pies de altura. Eran avestruces desmedidos y poco animosos, que huían velozmente. Pero ninguna bala les pudo detener en su fuga.

Después de algunos minutos de persecución, los invulnerables moas desaparecieron detrás de los grandes árboles, y los cazadores no hicieron más que perder tiempo y gastar pólvora en salvas.

El 1 de marzo por la tarde, Glenarvan y sus compañeros, abandonando al fin el inmenso bosque de kauris, acamparon al pie del monte Ykirangi, cuya cima se elevaba a una altura de 5.500 pies.

Se había andado entonces, desde Maunganamu, cerca de cien millas, y treinta más distaba aún la costa. John Mangles había creído que se haría la travesía en diez días, porque ignoraba las dificultades que aquella región presentaba.

Los rodeos, los obstáculos del camino y la imperfección de los cálculos, produjeron un error considerable, y desgraciadamente los viajeros, al llegar al monte Ykirangi, se hallaban completamente extenuados.

Se necesitaban aún dos largos días para alcanzar la costa, siendo necesarias en lo sucesivo una nueva actividad y una vigilancia suma, porque los expedicionarios entraban en una comarca frecuentemente visitada por los naturales.

Todos procuraban hacerse superiores a las fatigas, y al día siguiente, al rayar el alba, emprendieron de nuevo la marcha.

Entre el monte Ykirangi, que se quedó a la derecha, y el monte Hardy, cuya cima se elevaba a la izquierda a una altura de 3.700 pies, el viaje fue muy penoso. Había allí una llanura de diez millas de extensión enteramente plagada de *supple jacks*, especie de enredaderas flexibles llamadas con mucha propiedad bejucos estranguladores. A cada paso se enredaban los brazos y las piernas en aquellas cuerdas, que como serpientes rodeaban el cuerpo con sus tortuosas espirales. Preciso fue durante dos días echar mano del hacha y luchar contra aquella hidra de cien mil cabezas, contra aquellas plantas correosas y tenaces que Paganel estuvo a punto de clasificar entre los zoofitos.

En aquellas llanuras la caza era imposible, y por consiguiente los cazadores no pudieron cobrar su acostumbrado tributo. Las provisiones tocaban a su fin, y no se podían renovar; el agua faltaba también, y no había medio de aplacar la sed, agudizada por tantas fatigas.

Los padecimientos de Glenarvan y los suyos fueron entonces horribles, y

por vez primera empezó casi a abandonarles la energía moral.

Por último, ya no andando, sino arrastrándose, cuerpos sin alma, llevados únicamente por el instinto de conservación que sobrevivía a todos los demás sentimientos, alcanzaron la punta Lottin, en las playas del Pacífico.

Se veían en aquel punto algunas chozas desiertas, ruinas de una aldea recientemente devastada por la guerra, campos abandonados, y en todas partes evidentes señales de saqueo y de incendio. Allí la fatalidad reservaba a los desventurados viajeros una nueva y terrible prueba.

Caminaban como perdidos a lo largo de la costa, cuando a una milla de distancia apareció un destacamento de indígenas que se dirigía hacia ellos blandiendo las armas. Glenarvan, que tenía el mar a la espalda, no podía huir, y reuniendo sus últimas fuerzas, iba a tomar disposiciones de combate, cuando John Mangles exclamó:

—¡Una canoa, una canoa!

En efecto, había a veinte pasos fuera del agua una piragua con seis remos. Ponerla a flote, entrar en ella y huir de aquella peligrosa playa, fue obra de un instante. John Mangles, Mac Nabbs, Wilson y Mulrady, cogieron los remos. Glenarvan se puso en el timón, y se colocaron a su alrededor las dos mujeres, Olbinett y Roberto.

La piragua, en diez minutos, estuvo a un cuarto de milla de la playa. El mar estaba en calma y los fugitivos guardaban un profundo silencio.

Sin embargo, John, no queriendo separarse demasiado de la costa, iba a dar orden de avanzar costeano, cuando sus manos dejaron repentinamente de mover el remo.

Acababa de ver tres piraguas que salían de la punta Lottin, con la intención de darles caza.

— ¡Lejos de la costa! ¡Lejos de la costa! —exclamó—. ¡Engolfémonos, aunque nos sepulten las olas!

La canoa volvió a hacerse a la mar, impelida por sus cuatro remeros. Durante media hora, pudieron éstos conservar la distancia que los separaba de sus perseguidores, pero los desgraciados, rendidos de cansancio, no tardaron en aflojar, y las tres piraguas se les iban acercando. Apenas les separaban dos millas. Era, pues, imposible evitar el ataque de los indígenas, los cuales, armados de largos fusiles, iban a romper el fuego.

¿Qué hacía entonces Glenarvan? En pie, en la popa de la canoa, buscaba en el horizonte algún socorro quimérico. ¿Qué esperaba? ¿Qué quería? ¿Tenía algún presentimiento?

De repente sus ojos se inflamaron, y se extendió su mano hacia un punto del espacio.

— ¡Un buque! —exclamó—. ¡Un buque, amigos míos! ¡Remad! ¡Remad de firme!

Ninguno de los cuatro remeros volvió la cabeza para ver aquel buque inesperado, porque era preciso no perder un golpe de remo. Únicamente se levantó Paganel y dirigió su anteojo al punto indicado.

—Sí —dijo—. ¡Un buque! ¡Un steamer! ¡Marcha a todo vapor! ¡Se dirige hacia nosotros! ¡Animo, compañeros!

Los fugitivos desplegaron nueva energía, y durante media hora conservaron la distancia que les separaba de las piraguas que les daban caza. El steamer se hacía cada vez más visible. Se distinguían sus dos palos sin velas y los grandes torbellinos de negro humo que vomitaba su chimenea. Glenarvan, haciéndose relevar en el timón por Roberto, había cogido el anteojo del geógrafo y no perdía un solo movimiento del buque.

¿Pero qué debieron pensar John Mangles y sus compañeros, al ver que las facciones de Glenarvan se contraían, que palidecía su semblante y que caía el anteojo de sus manos?

Una sola palabra les explicó aquella desesperación súbita.

— ¡El Duncan! —exclamó Glenarvan—. ¡El Duncan y los desertores de presidio!

— ¡El Duncan! —exclamó John, que soltó el remo y se levantó inmediatamente.

— ¡Sí, la muerte por los dos lados! —murmuró Glenarvan, quebrantado por tantas angustias.

¡Era el yate, en efecto, no cabía la menor duda! ¡El yate con su tripulación de bandidos! El Mayor no pudo contener una maldición, una blasfemia. Aquello era ya demasiado.

La piragua quedó abandonada a sí misma. ¿A dónde habían de dirigirla? ¿Era acaso posible la fuga? ¿Era fácil la elección entre los salvajes y los bandidos?

Un tiro partió de la embarcación indígena más próxima, y la bala dio en el remo de Wilson. Algunos esfuerzos acercaron entonces la canoa al Duncan.

El yate navegaba a todo vapor y no se hallaba ya más que a media milla de la canoa. John Mangles, viéndose cortado, no sabía cómo evolucionar, ni en qué dirección huir. Las dos pobres mujeres oraban de rodillas.

Los salvajes hacían fuego graneado, y llovían balas alrededor de la piragua. Retumbó entonces una detonación estrepitosa, y una bala, disparada por el cañón del yate, pasó por encima de la cabeza de los fugitivos. Éstos, encerrados entre dos fuegos, permanecían inmóviles entre el Duncan y las piraguas.

John Mangles, desesperado, loco, cogió el hacha. Iba a echar a pique la piragua y a sumergirse con sus desventurados compañeros, cuando un grito de Roberto le detuvo.

— ¡Tom Austin! ¡Tom Austin! —dijo el joven Grant—. ¡Está a bordo! ¡Lo veo! ¡Nos ha reconocido! ¡Agita su sombrero!

Quedó el hacha inmóvil en las manos de John.

Otra segunda bala de cañón zumbó por encima de los fugitivos y partió en dos pedazos la piragua más cercana, mientras que resonaba un hurra a bordo del Duncan.

Los salvajes, acobardados, huyeron hacia la costa.

— ¡A nosotros! ¡A nosotros, Tom! —había gritado John Mangles con voz ronca.

Y poco después, los diez fugitivos, sin saber cómo, sin comprender nada, se encontraban en seguridad a bordo del Duncan.

Capítulo XVII

¿Por qué cruzaba el Duncan por la costa de levante de Nueva Zelanda?

Renunciamos a pintar los sentimientos de Glenarvan y de sus amigos cuando resonaron en su oído los cantos de la antigua Escocia. En el momento de poner el pie en la cubierta del Duncan, el bugpiper, hinchando su gaita, tocó el himno nacional del clan de Malcolm, y entusiastas hurras saludaron el regreso del Lord a bordo.

Glenarvan, John Mangles, Paganel, Roberto, todos, hasta el Mayor, lloraban y se abrazaban. La alegría llegó a ser delirio. El geógrafo estaba absolutamente loco, ocurriéndosele mil epigramas para poner en ridículo a los maoríes de las piraguas que volvían a la costa, contemplándolas con su inseparable anteojito.

Pero al ver a Glenarvan y a sus compañeros con los vestidos hechos jirones, al ver en sus pálidos semblantes las huellas de horribles padecimientos, la tripulación del yate interrumpió sus demostraciones. Eran espectros los que volvían a bordo, y no aquellos audaces y enérgicos viajeros, quienes tres meses antes arrastraban la esperanza en pos de los náufragos. La casualidad y sólo la casualidad les volvía a aquel buque que no esperaban

volver a ver. ¡Y en qué triste estado de debilidad y miseria!

Pero antes de pensar en reponerse de sus fatigas y en satisfacer las exigencias del hambre y de la sed, Glenarvan interrogó a Tom Austin acerca de su presencia en aquellas aguas.

¿Por qué se hallaba el Duncan en la costa oriental de Nueva Zelanda? ¿Cómo no había caído en manos de Ben Joyce? ¿Por qué providencial fatalidad Dios le había colocado en el camino de los fugitivos?

¿Por qué? ¿Cómo? ¿Con qué objeto? Tales eran las preguntas que acribillaban a Tom Austin disparadas a bocajarro. El viejo marino no sabía a quién contestar, por lo que tomó el partido de no hacer caso más que de Lord Glenarvan y responderle a él únicamente.

—¿Pero los desertores de presidio? —preguntó Glenarvan—. ¿Qué habéis hecho de los desertores de presidio?

—¿Desertores de presidio...? —respondió Tom Austin, con un tono que daba a entender que no sabía de qué le hablaban.

— ¡Sí! ¡Los miserables que han acometido el yate! ¡Los del abordaje!

—¿Qué abordaje? ¿Qué yate? —dijo Tom Austin—. ¿El yate de Vuestro Honor?

—¿Pues a cuál otro había de referirme, Tom? ¿A cuál otro más que al Duncan, a cuyo bordo vino Ben Joyce?

—No conozco, ni he visto nunca a ningún Ben Joyce —respondió Tom Austin.

— ¡Nunca! —exclamó Glenarvan, atónito al oír las respuestas del viejo marino—. Entonces decidme, Tom, ¿por qué el Duncan cruza en este momento las costas de Nueva Zelanda?

Glenarvan, Lady Elena, Miss Grant, Paganel, el Mayor, Roberto, John Mangles, Olbinett, Mulrady, Wilson, que no comprendían la admiración del viejo marino, quedaron asombrados cuando éste respondió con voz tranquila:

—El Duncan cruza estas costas por orden de Vuestro Honor.

— ¡Por orden mía! —exclamó Glenarvan.

—Sí, Milord. Yo no he hecho más que sujetarme a las instrucciones contenidas en vuestra carta del catorce de enero.

— ¡Mi carta! ¡Mi carta! —exclamó Glenarvan.

Los diez viajeros rodeaban a Tom Austin y le devoraban con sus miradas. ¿Es decir que había llegado al Duncan la carta fechada en Snowy River?

—Veamos —añadió Glenarvan—, explíquemonos, porque creo estar soñando. ¿Recibisteis una carta, Tom?

—Sí, una carta de Vuestro Honor.

—¿En Melbourne?

—En Melbourne, en el momento de acabar de reparar las averías.

—¿Y la carta?

—No estaba escrita de vuestro puño y letra, pero sí firmada por Vuestro Honor.

—Precisamente. Pero ¿os entregó la carta un desertor de presidio llamado Ben Joyce?

—No, un marinero llamado Ayrton, contraamaestre de la Britannia.

— ¡Sí! Ayrton y Ben Joyce son una misma persona. ¡Pues bien! ¿Qué decía la carta?

—Me daba orden de salir inmediatamente de Melbourne y de venir a cruzar las costas orientales de...

— ¡De Australia! —exclamó Glenarvan, con una vehemencia que desconcertó al viejo marino.

— ¡De Australia! —repitió Tom abriendo desmesuradamente los ojos—. ¡No! ¡De Nueva Zelanda!

— ¡De Australia, Tom! ¡De Australia! —respondieron a una los compañeros de Glenarvan.

Austin tuvo en aquel instante una especie de desvanecimiento. Le hablaba Glenarvan con tal seguridad que temía haberse engañado al leer la carta. ¿Cómo él, fiel y subordinado marino, había podido cometer un error semejante? Quedó como avergonzado y corrido.

—Tranquilizaos, Tom —dijo Lady Elena—. La Providencia ha querido...

—Pero no, señora, perdonadme —respondió el viejo Tom—. ¡No! ¡No es posible! ¡No puedo haberme engañado! Ayrton leyó también la carta, y era él precisamente quien quería que fuese a la costa australiana.

—¿Ayrton? —exclamó Glenarvan.

— ¡El mismo! ¡Me sostuvo que lo de Nueva Zelanda era una equivocación, que el punto de cita que se me indicaba era la bahía Twofold!

—¿Tenéis la carta, Tom? —preguntó el Mayor, sumamente turbado.

—Sí, Mr. Mac Nabbs —respondió Austin—. Voy a buscarla.

Austin corrió a su camarote, y durante el minuto que estuvo fuera, todos se miraban, todos callaban, a excepción del Mayor que, con la mirada fija en Paganel, dijo cruzándose de brazos:

— ¡Preciso es confesar, Paganel, que sería demasiado!

—¿Cómo? —dijo el geógrafo, el cual, con el torso doblado y las gafas subidas a la frente, parecía un gigantesco signo ortográfico de interrogación.

Volvió Austin con la carta escrita por Paganel y firmada por Glenarvan.

—Lea Vuestro Honor, Milord —dijo el viejo marino.

Glenarvan tomó la carta y leyó:

«¡Orden a Tom Austin de hacerse a la mar inmediatamente, y de conducir el Duncan a los 37° de latitud de la costa oriental de Nueva Zelanda...!»

— ¡Nueva Zelanda! —exclamó Paganel dando un respingo.

Y cogió la carta de manos de Glenarvan; se restregó los ojos, bajó a la nariz las antiparras que tenía subidas a la frente y leyó a su vez:

— ¡Nueva Zelanda! —exclamó con acento patético, y la carta se le cayó de las manos.

En aquel momento sintió que le tocaban en el hombro, se enderezó y se encontró frente a frente con el Mayor.

—Vamos, mi querido Paganel —dijo Mac Nabbs, con una gravedad imponente—. ¡Fortuna ha sido que no enviaseis el Duncan a Cochinchina!

Esta pulla fue para el pobre geógrafo el golpe de gracia. La tripulación del yate soltó una carcajada homérica. Paganel iba y venía como loco, cogiéndose la cabeza con las dos manos y tirándose del pelo. No sabía lo que se hacía, ni lo que quería hacer. Bajó maquinalmente por la escalera de la toldilla, empezó a andar de un lado para otro titubeando, y sin ningún objeto se dirigió al castillo de proa. Allí tropezó con un rollo de cuerdas, y para no caerse, se asió a una de ellas.

En aquel momento resonó un cañonazo. Se había disparado la pieza que había en la popa, acribillando las olas con un diluvio de metralla.

El desventurado Paganel había cogido la cuerda del cañón todavía cargado, y cayendo el disparador, aplastó el pistón y salió el tiro. El geógrafo dio en el suelo con sus huesos y se enhebró por la escotilla de proa, sin parar hasta el sollado.

Un grito de espanto sucedió a la sorpresa producida por el estampido. Creyeron todos que había ocurrido una catástrofe. Diez marineros se precipitaron al sollado y subieron a cubierta a Paganel, que estaba muy

cabizbajo sin decir una palabra.

Su interminable cuerpo fue transportado a la toldilla. Los compañeros del buen francés estaban desesperados.

El Mayor, que se hacía siempre médico en las grandes ocasiones y casos de apuro, iba a desnudar al desgraciado Paganel para curar sus heridas; pero apenas le tocó, el geógrafo, a quien todos creían poco menos que moribundo, se incorporó, se enderezó como si le hubiesen puesto en contacto con una corriente eléctrica.

— ¡Jamás! ¡Jamás! —exclamó, y cubriendo su enjuto cuerpo con los harapos a que había quedado reducido su traje, se abotonó a toda prisa.

— ¡Pero, Paganel! —dijo el Mayor—. Dejadme ver si...

— ¡No, os digo!

—Es preciso que examine...

— ¡No examinaréis nada!

—Acaso os hayáis roto...

—Lo que esté roto, el carpintero lo compondrá —respondió Paganel con desenfado.

—¿Habéis roto algo?

—Sí; se ha roto, al caerme, el pie de carnero que va a la sobrequilla.

Al oír esta contestación, se reprodujeron las carcajadas, pues era una contestación que tranquilizaba a todos los amigos del digno Paganel, el cual salió sano y salvo de la última aventura producida por una de sus distracciones.

— ¡Ello es —dijo para sí el Mayor—, que no tengo noticia de otro geógrafo tan pudibundo!

Repuesto Paganel de sus grandes conmociones, tuvo que contestar a una pregunta que no podía eludir.

—Ahora, Paganel —le dijo Glenarvan—, responded con franqueza. Reconozco que vuestra distracción ha sido providencial, y es seguro que sin ella el Duncan hubiera caído en manos de los desertores de presidio, y nosotros habríamos vuelto a caer en las de los maoríes. Pero por amor de Dios, decidme, ¿por qué extraña asociación de ideas, por qué sobrenatural aberración de vuestra mente, se os ocurrió escribir el nombre de Nueva Zelanda en lugar del de Australia? ¿Dónde teníais la cabeza?

— ¡Pardiez! —exclamó Paganel—. Todo ha venido de que...

Pero en aquel mismo instante tropezaron sus miradas con Roberto y Mary Grant, y cortó la frase. En seguida respondió:

—¿Qué haremos, querido Glenarvan? Soy un insensato, un loco, un incorregible, y moriré con la piel del más famoso distraído...

—A no ser que antes de moriros os desuellen —añadió el Mayor.

— ¡Desollarme! —exclamó el geógrafo poniéndose furioso—. ¿Hacéis acaso alusión...?

—¿Alusión a qué, Paganel? —preguntó Mac Nabbs con voz tranquila.

El incidente no tuvo consecuencias. El misterio de la presencia del Duncan en las aguas de Nueva Zelanda estaba aclarado, y los viajeros tan milagrosamente salvados no pensaron más que en volver a sus cómodos camarotes y almorzar sin sobresaltos.

Sin embargo, dejando a Lady Elena y Mary Grant, al Mayor, a Paganel y a Roberto instalados en la toldilla, Glenarvan y John Mangles se quedaron solos con Tom Austin, a quien deseaban dirigir algunas preguntas.

—Ahora, mi viejo Tom —dijo Glenarvan—, respondedme: ¿No os pareció extraña la orden de ir a cruzar con el Duncan delante de las costas de Nueva Zelanda?

—Sí, Milord —respondió Austin—, me sorprendió mucho, pero como no discuto nunca las órdenes que recibo, obedecí. ¿Podía hacer otra cosa? Si por no haber seguido fielmente vuestras instrucciones, hubiera sobrevenido una catástrofe, ¿no habría sido culpable? ¿Hubierais vos obrado de otro modo, capitán?

—No, Tom —respondió John Mangles.

—Pero ¿qué pensasteis? —preguntó Glenarvan.

—Pensé, Milord, que en interés de Harry Grant era necesario ir adonde se me decía en la carta. Creí que a consecuencia de nuevas combinaciones, un buque debía transportaros a Nueva Zelanda, y que debía aguardaros en la costa este de la isla. Además, al salir de Melbourne, guardé el secreto de mi viaje, y la tripulación no lo conoció hasta que estuvimos en alta mar, cuando ya habían desaparecido de nuestra vista las costas de Australia. Además sobrevino a bordo un incidente que me tuvo muy perplejo.

—¿Qué queréis decir, Tom? —preguntó Glenarvan.

—Quiero decir —respondió Tom Austin—, que al día siguiente de aparejar, cuando el contramaestre Ayrton supo el destino del Duncan...

— ¡Ayrton! —exclamó Glenarvan—. Es decir, ¿que está a bordo?

—Sí, Milord.

— ¡Ayrton aquí! —repitió Glenarvan, mirando a John Mangles.

— ¡Dios lo ha querido! —respondió el joven capitán.

En aquel instante aparecieron a la vista de aquellos dos hombres, con la rapidez de un relámpago, la pérfida conducta de Ayrton, su traición muy premeditada, la herida de Glenarvan, el ataque a Mulrady, las miserias de la expedición detenida en los pantanos del Snowy, todo el pasado del jefe de bandidos. Y ahora, por una combinación de circunstancias, la más extraña que puede imaginarse, se encontraba el malvado en su poder.

—¿Dónde está? —preguntó Glenarvan con impaciencia.

—En una cámara de proa con centinela de vista —respondió Tom Austin.

—¿Por qué está preso?

—Porque cuando vio que el yate se hacía a la vela para Nueva Zelanda se puso furioso, y quiso obligarme a dar al buque otra dirección, y me amenazó, y quiso sobornar a los marineros, y trató de amotinarles. Comprendí que era un hombre muy peligroso, y tomé medidas de precaución contra él y le puse a buen recaudo.

—¿Y qué hace desde entonces?

—Desde entonces permanece en su encierro, sin intentar salir.

—Bien, Tom.

En aquel momento, Glenarvan y John Mangles fueron llamados a la toldilla. El almuerzo, del que tanta necesidad tenían estaba en la mesa, y se sentaron a ella sin decir de Ayrton una sola palabra.

Pero después del almuerzo, cuando todos estaban ya rehechos, Glenarvan les reunió sobre cubierta, y les manifestó que el contraмаestre se hallaba a bordo del yate. Al mismo tiempo anunció su intención de hacerle comparecer ante ellos.

—¿Puedes dispensarme de asistir a ese interrogatorio? —preguntó Lady Elena—. Os confieso, querido Edward, que me causará mucha pena ver a ese desgraciado.

—Una confrontación es necesaria, Elena —respondió Lord Glenarvan—. Os ruego que os quedéis. Es preciso que Ben Joyce se vea frente a frente con todas sus víctimas.

Esta observación convenció a Lady Elena, y ella y Mary Grant se sentaron cerca de Lord Glenarvan, a cuyo alrededor se colocaron el Mayor, Paganell, John Mangles, Roberto, Wilson, Mulrady y Olbinett, tan gravemente

comprometidos todos por la felonía del bandido. La tripulación del yate, sin comprender aún la gravedad de aquella escena, guardaba profundo silencio.

—Haced venir a Ayrton —dijo Glenarvan.

Capítulo XVIII

¿Ayrton o Ben Joyce?

Ayrton se presentó. Atravesó la cubierta con paso seguro y subió la escalera de la toldilla. Sus ojos estaban sombríos, sus dientes apretados, sus puños cerrados convulsivamente. Su rostro no revelaba fanfarronería ni humildad.

Al llegar delante de Lord Glenarvan se cruzó de brazos silencioso y sereno, aguardando a que le interrogase.

—¡Ayrton —dijo Glenarvan—, al fin nos vemos vos y nosotros a bordo de aquel Duncan que queríais entregar a los bandidos acaudillados por Ben Joyce!

Los labios del contraмаestre temblaron ligeramente. Un rubor rápido se pintó en sus mejillas, pero no lo causó el remordimiento sino la vergüenza de la derrota. Se hallaba preso en aquel yate del que pensaba hacerse dueño, y su suerte iba a decidirse en muy pocos instantes.

Sin embargo, no respondió. Glenarvan aguardó con paciencia. Pero Ayrton se obstinó en guardar absoluto silencio.

—Hablad, Ayrton, ¿qué tenéis que decir? —añadió Glenarvan.

Ayrton vaciló; las arrugas de su frente se hicieron más profundas.

—No tengo nada que decir, Milord —expresó con voz tranquila—. He cometido la torpeza de dejarme prender. Haced de mí lo que os parezca.

Calló y dirigió la vista a la costa que se extendía al oeste, afectando la mayor indiferencia por lo que pasaba en torno suyo. Hubiérase dicho que nada tenía que ver con aquel grave asunto. Glenarvan había resuelto armarse de paciencia. Tenía un vivo interés en enterarse de ciertas circunstancias de la misteriosa existencia de Ayrton, especialmente de las que se referían a Harry Grant y a la Britannia. Siguió interrogando con extraordinaria dulzura y sin dejarse llevar de la violenta cólera que en su corazón ardía.

—Creo, Ayrton —añadió—, que no os negaréis a responder a ciertas preguntas que deseo haceros. Decidme, ante todo, si debo llamaros Ayrton o Ben Joyce. ¿Sois o no el contraмаestre de la Britannia?

Ayrton permaneció impasible y sordo.

Glenarvan, que empezaba a fruncir las cejas, continuó interrogando al

contra maestre.

—¿Queréis decirme cómo salisteis de la Britannia y por qué os hallabais en Australia?

La misma impasibilidad y el mismo silencio.

—Oídmeme, Ayrton. Os interesa hablar. Se os podrá tener en cuenta una franqueza que es vuestro último recurso. Por última vez, ¿queréis contestar a mis preguntas?

Ayrton volvió la cabeza hacia Glenarvan y le miró fijamente:

—Milord —dijo—, nada tengo que responder. No sois vos, sino la justicia, quien debe aducir pruebas contra mí.

—Ninguna cosa más fácil que las pruebas —respondió Glenarvan.

—¿Fáciles, Milord? —replicó Ayrton con tono burlón—. Me parece que Vuestro Honor corre demasiado. Os aseguro que el mejor juez del Temple Bar se vería muy apurado conmigo. ¿Quién diría por qué he venido a Australia no estando el capitán Grant para manifestarlo? ¿Quién probará que yo soy el Ben Joyce señalado por la Policía, no habiéndome ésta tenido nunca en su poder y hallándose en libertad mis compañeros? ¿Quién, a excepción de vos, podrá acusarme, no digo de un crimen, sino de una acción vituperable? ¿Quién puede afirmar que yo he querido apoderarme de un buque y entregarlo a los desertores de presidio? Nadie, ¿lo oís?, nadie. Tenéis sospechas, está bien; pero se necesitan pruebas para condenar a un hombre, y no las tenéis. Hasta que se pruebe lo contrario, no soy más que Ayrton, contra maestre de la Britannia.

Ayrton se había animado hablando y volvió luego a su primera indiferencia. Se figuraba sin duda que su declaración terminaría el interrogatorio, pero Glenarvan volvió a tomar la palabra, y dijo:

—Ayrton, no soy el juez encargado de proceder contra vos. Eso no es de mi incumbencia. Importa que se definan bien nuestras situaciones respectivas. Nada os pido que pueda comprometeros. Eso pertenece a la justicia. Pero sabéis cuál es la empresa que persigo, y podéis con una palabra hacernos encontrar el rastro que hemos perdido. ¿Queréis hablar?

Ayrton, con un movimiento de cabeza, manifestó su firme resolución de permanecer callado.

—¿Queréis decirme dónde está el capitán Grant? —preguntó Glenarvan.

—No, Milord —respondió Ayrton.

—Indicadme al menos dónde naufragó la Britannia.

—Tampoco.

—Ayrton —respondió Glenarvan con un tono casi suplicante—, si sabéis dónde está Harry Grant, ¿queréis decírselo a esas pobres criaturas que no esperan más que una palabra de vuestra boca?

Ayrton vaciló. Sus facciones se contrajeron. Pero murmuró en voz baja:

—No puedo, Milord.

Y añadió con violencia, como reconviniéndose por un instante de debilidad:

— ¡No! ¡No hablaré! ¡Hacedme colgar de una verga si queréis!

— ¡Colgar! —exclamó Glenarvan, dominado por un brusco movimiento de cólera.

Después, haciéndose dueño de sí mismo, respondió con voz grave:

—Ayrton, aquí no hay jueces ni verdugos. En el primer punto en que toquemos se os entregará a las autoridades inglesas.

— ¡No deseo otra cosa! —replicó el contraamaestre. Se volvió con paso mesurado y tranquilo a la cámara de proa, que le servía de cárcel, quedando dos marineros de vigilancia, con orden de espiar todos sus movimientos.

Los testigos de aquella escena se retiraron llenos de indignación y desesperados.

¿Qué podía ya hacer Glenarvan habiéndose estrellado contra la obstinación de Ayrton? Evidentemente, no podían hacer más que proseguir el proyecto formado en Edén de regresar a Europa, renunciando al propósito de acometer nuevamente la empresa que tan mal éxito había obtenido, porque las huellas de la Britannia parecían irrevocablemente perdidas, y el documento no se prestaba a ninguna interpretación nueva. No había ningún otro país en el derrotero del 37° paralelo, y, por consiguiente, lo único que podía hacer el Duncan era volver a Escocia.

Glenarvan, después de consultar a sus amigos, trató más especialmente con John Mangles la cuestión de la vuelta. John inspeccionó las carboneras, que todo lo más tenían combustible para quince días, y era por tanto preciso proveerse en el primer punto de escala.

John propuso a Glenarvan poner la proa hacia la bahía de Talcahuano, en que el Duncan había ya renovado sus víveres antes de emprender su viaje de circunnavegación. El trayecto era directo y se hallaba precisamente en la línea del 37° paralelo. Después, el yate, debidamente abastecido, podría dirigirse al sur, doblando el cabo de Hornos, y volver a Escocia por los derroteros del Atlántico.

Adoptado este plan, se dio al maquinista orden de forzar la presión. Media hora después estaba asestado el bauprés del Duncan hacia la bahía de Talcahuano. A las seis de la tarde, las últimas montañas de Nueva Zelanda se perdían en las tibias brumas del lejano horizonte.

Empezaba, pues, el viaje de regreso. ¡Cuán triste travesía para aquellos animosos investigadores que volvían al puerto sin el capitán Grant! Así es que la tripulación, tan contenta al salir de Escocia, tan llena de confianza en un principio, abatida ahora y desalentada, emprendía tristemente el camino de Europa. Ni a uno solo de aquellos bravos marineros halagaba la idea de volver a su país, y todos, durante mucho tiempo aún, hubieran de buena gana arrojado los peligros del mar en busca de Harry Grant.

A los hurras que acogieron a Glenarvan al volver a bordo, sucedió luego el desaliento. Nada de aquellas comunicaciones incesantes entre los pasajeros, nada de aquellas conversaciones que tanto ayudaban durante el camino a matar el tiempo. Cada cual iba por su lado, o se aislaba en su camarote, y muy rara vez aparecía alguno sobre cubierta.

El hombre en quien ordinariamente se exageraban los sentimientos de a bordo, alegres o tristes, Paganel, que en caso de necesidad hubiera inventado la esperanza, Paganel permanecía cariacontecido, cabizbajo y hasta huraño. Apenas se le veía. Su locuacidad natural, su viveza francesa, se habían convertido en mutismo y abatimiento. Hasta parecía el más desalentado de todos. Si Glenarvan hablaba de empezar nuevamente sus pesquisas, Paganel meneaba la cabeza como si no esperase ya nada y estuviese completamente convencido de la imposibilidad de conocer el paradero de los naufragos de la Britannia. Los daba por irrevocablemente perdidos.

Había, sin embargo, a bordo un hombre que podía decir algo acerca de la catástrofe, y su silencio se prolongaba. Era Ayrton. No era dudoso que aquel miserable conocía, ya que no la verdadera situación actual del capitán, al menos el lugar del naufragio. Pero era evidente que Grant, si se le encontraba, sería un testigo contra él, y por lo mismo el contraamaestre callaba con una obstinación invencible, que encolerizaba muy especialmente a los marineros, deseosos de jugarle una mala pasada.

Muchas veces, Glenarvan volvió a la carga para arrancar a Ayrton el secreto de que le creía depositario, pero promesas y amenazas fueron igualmente inútiles. Tan lejos llevaba Ayrton su terquedad y se explicaba ésta tan difícilmente, que el Mayor llegó a creer que no sabía absolutamente nada y el geógrafo participaba de su opinión, con tanto más motivo cuanto que la opinión de Mac Nabbs corroboraba las ideas particulares de Paganel respecto del paradero de Harry Grant.

Pero si Ayrton nada sabía, ¿por qué no confesaba su ignorancia? ¿En qué

podía esta confesión perjudicarle? Su silencio aumentaba la dificultad de formar un nuevo plan. ¿Del encuentro del contraamaestre en Australia se debía deducir la presencia de Harry Grant en aquel continente? Fuerza era obligar a toda costa a Ayrton a explicarse sobre el particular.

Lady Elena, en vista de la infructuosidad de las gestiones de su marido, le pidió permiso para luchar a su vez contra la obstinación del contraamaestre. Donde un hombre había sido vencido, tal vez una mujer triunfaría por medio de su dulce influencia. ¡No es ésta la eterna historia del huracán de la fábula, que no pudo arrancar la capa de los hombros del viajero, y se la quitó inmediatamente el menor rayo del sol!

Glenarvan, conociendo la inteligencia de su esposa, la dejó en libertad de obrar.

Aquel día, 5 de marzo, Ayrton fue conducido a la habitación de Lady Elena. Se quiso que Mary Grant asistiese a la entrevista, porque la influencia de la joven podía ser grande, y Lady Elena no quería prescindir de ningún medio que pudiese contribuir al buen éxito.

Una hora permanecieron encerradas las dos mujeres con el contraamaestre de la Britannia, pero no se traslució nada de su conversación. Lo que ellas dijeron, los argumentos que emplearon para arrancar al bandido su secreto, todos los pormenores del interrogatorio permanecieron ignorados. Cuando se separaron de Ayrton, no pareció que hubiesen conseguido su objetivo, y en sus rostros se reflejaba un verdadero desaliento.

Así es que cuando el contraamaestre fue de nuevo conducido a su encierro, los marineros le acogieron al pasar con violentas amenazas. Él se contentó con encogerse de hombros, lo que aumentó el furor de la tripulación, habiendo necesidad, para contenerla, de la enérgica intervención de John Mangles y de Lord Glenarvan.

Pero Lady Elena no se dio por vencida. Quiso luchar hasta el último instante contra aquella alma sin piedad, y al día siguiente fue ella misma a la cámara de Ayrton, para evitar las escenas que provocaba su paso por la cubierta del yate.

Dos largas horas permaneció la amable y bondadosa escocesa con el jefe de los bandidos. Glenarvan, dominado por una agitación nerviosa, se paseaba por las inmediaciones de la cámara, tan pronto decidido a agotar hasta el último extremo todos los medios de éxito a su alcance como a arrancar a su esposa de aquella penosa entrevista.

Pero cuando Lady Elena reapareció, sus facciones respiraban confianza. ¿Había arrancado el secreto y tocado en el corazón del miserable alguna fibra de misericordia?

Mac Nabbs, que la vio salir, no pudo reprimir un movimiento de incredulidad, que era muy natural y lógico.

Sin embargo, circuló inmediatamente entre la tripulación el rumor de que el contraamaestre había al cabo cedido a las súplicas de Lady Elena. La noticia se propagó como una corriente eléctrica. Todos los marineros se reunieron sobre cubierta, con más prontitud que si el silbato de Tom Austin les hubiese llamado a la maniobra.

Glenarvan había corrido inmediatamente al encuentro de su esposa.

—¿Ha hablado? —preguntó.

—No —respondió Lady Elena—. Pero cediendo a mis súplicas, Ayrton desea veros.

— ¡Ah! ¡Querida Elena, habéis triunfado!

—Lo espero, Edward.

—¿Habéis hecho alguna promesa que deba ratificar?

—Una. sola, querido; le he prometido que emplearíais toda vuestra influencia en dulcificar la suerte reservada al desgraciado.

—Bien, mi querida Elena. Que venga Ayrton ahora mismo.

Lady Elena se retiró a su camarote, acompañada de Mary Grant, y el contraamaestre fue conducido a la sala común, donde Lord Glenarvan le esperaba.

Capítulo XIX

Una transacción

Luego que el contraamaestre estuvo en presencia de Lord Glenarvan, se retiraron los marineros que le custodiaban.

—¿Deseabais hablarme, Ayrton? —dijo Glenarvan.

—Sí, Milord —respondió el contraamaestre.

—¿A solas?

—Sí, pero no sería malo que el Mayor Mac Nabbs y Monsieur Paganel asistiesen a la conferencia. Sería ventajoso.

—¿Para quién?

—Para mí.

Ayrton hablaba con calma. Glenarvan le miró fijamente, y mandó llamar a Mac Nabbs y a Paganel, que acudieron al momento.

—Os escuchamos —dijo Glenarvan, luego que sus dos amigos tomaron asiento.

Ayrton meditó breves instantes, y dijo:

—Milord, es costumbre que haya testigos en todo contrato o transacción que se celebra entre dos partes, por cuya razón he reclamado la presencia de Messieurs Paganel y Mac Nabbs, pues hablando sin tapujos, lo que voy a proponeros es un negocio.

Glenarvan, acostumbrado a las maneras de Ayrton, no pestañeó, por más que un negocio entre él y aquel hombre le pareciese una cosa absurda.

—¿Qué negocio es ése? —preguntó.

—Vais a verlo —respondió Ayrton—. Vos deseáis saber de mí ciertos pormenores que pueden seros útiles. Yo deseo obtener de vos ciertas ventajas que me serán preciosas. Lo uno por lo otro, Milord. ¿Os conviene? ¿Sí o no?

—¿Cuáles son esos pormenores? —preguntó al momento Paganel.

—No —respondió Glenarvan—. ¿Cuáles son esas ventajas?

Ayrton, con una inclinación de cabeza, indicó que comprendía la distinción de Glenarvan.

—Ved —dijo— las ventajas que deseo. Vos, Milord, habéis tenido siempre intención de entregarme a las autoridades inglesas. —Sí, Ayrton, es muy justo. —No digo lo contrario —respondió tranquilamente el contraamaestre—. Así, pues, ¿no queréis ponerme en libertad?

Glenarvan vaciló antes de responder a una pregunta tan terminante. De su respuesta dependía tal vez la suerte de Harry Grant.

Sin embargo, prevaleció el sentimiento del deber hacia la justicia humana, y dijo:

—No, Ayrton, no puedo poneros en libertad.

—Ni lo pido —respondió con altivez el contraamaestre.

—¿Qué queréis, pues?

—Un término medio, Milord, entre la horca que me espera y la libertad que no podéis concederme.

—¿Y cuál es ese término medio?

—Se reduce a dejarme abandonado en una isla desierta del Pacífico, con

los objetos de primera necesidad. Saldré de apuros como Dios me dé a entender, y me arrepentiré, si aún es tiempo.

Glenarvan, que no esperaba semejante salida, miró a sus dos amigos, que permanecían silenciosos. Después de reflexionar algunos instantes, respondió:

—Ayrton, si accedo a lo que me pedís, ¿me diréis todo lo que me interesa saber?

—Sí, Milord, es decir, todo lo que sé acerca del capitán Grant y de la Britannia.

—La verdad entera.

—Entera.

—Pero ¿quién me responde de...?

— ¡Oh! Sé lo que vais a decir, Milord. No habrá más recurso que fiaros de mi palabra, de la palabra de un malhechor. ¿Qué le vamos a hacer? La situación es tal cual es, y no hay más que tomar o dejar.

—Me fiaré de vos, Ayrton —dijo sencillamente Glenarvan.

—Y haréis bien, Milord. Además, si os engaño, siempre estaréis a tiempo de vengaros. Siempre os quedará un remedio.

—¿Cuál?

—Pasar a buscarme a la isla de la que no habré podido huir.

Ayrton tenía respuesta para todo. Salía al encuentro de todas las dificultades y suministraba en contra suya argumentos sin réplica. Como se ve, afectaba entrar en el negocio que proponía con indiscutible buena fe. Era imposible abandonarse con una confianza más completa. Y, sin embargo, aún fue más lejos en su desinterés.

—Señores —añadió—, deseo que os convenzáis de que juego a cartas vistas. No trato de engañaros, y voy a daros una nueva prueba de mi sinceridad en este negocio. Procedo con franqueza, porque cuento también con vuestra lealtad.

—Hablad, Ayrton —respondió Glenarvan.

—Milord, no habéis dicho aún que accedieseis a mi proposición, y, sin embargo, no vacilo en deciros que lo que sé de Harry Grant es muy poca cosa.

—¡Poca cosa! —exclamó Glenarvan.

—Sí, Milord; los pormenores que puedo comunicaros se refieren a mí, son absolutamente personales, y no contribuirán mucho a haceros encontrar el rastro que habéis perdido.

Un verdadero desencanto se pintó en las facciones de Glenarvan y del Mayor, que creían que el contraamaestre era depositario de un importante secreto, y él mismo confesaba que sus revelaciones serían poco menos que estériles. Paganel permanecía impasible.

Pero la franqueza de Ayrton, que se entregaba, si así puede decirse, sin garantía, impresionó a sus oyentes, sobre todo cuando el contraamaestre añadió para concluir:

—Estáis, por consiguiente, prevenido de antemano, Milord; el negocio será menos ventajoso para vos que para mí.

—No importa —respondió Glenarvan—. Acepto vuestra proposición, Ayrton, y os doy mi palabra de desembarcaros en una isla del océano Pacífico.

—Bien, Milord —respondió el contraamaestre.

¿Se alegró aquel hombre extraño de la decisión que acababa de tomar Glenarvan? No lo sabemos, pues su fisonomía impasible no reveló la menor conmoción. Parecía que negociaba intereses ajenos, y no los suyos propios.

—Estoy pronto a responderos —dijo.

—Nada tenemos que preguntaros —dijo Glenarvan—. Decidnos lo que sepáis, Ayrton, empezando por declarar quién sois.

—Señores —respondió Ayrton—, soy realmente Tom Ayrton, contraamaestre de la Britannia. Salí de Glasgow, en el buque de Harry Grant, el 12 de marzo de 1861. Catorce meses pasamos recorriendo juntos los mares del Pacífico, en busca de una posición ventajosa para fundar en ella una colonia escocesa. Harry Grant era hombre capaz de llevar a cabo grandes empresas, pero él y yo congeniábamos poco, y se suscitaron entre nosotros graves y frecuentes altercados. No se avenía su carácter con el mío. Yo no sé ceder, Milord, y con Harry Grant, cuando toma una resolución, todas las resistencias son imposibles. Es un corazón de hierro para sí mismo y para los otros. Osé rebelarme y procuré sobornar a la tripulación para insurreccionarse conmigo. Importa poco que tuviese o no razón para conducirme como me conduje. Harry Grant se dejó de chiquitas, y sin encomendarse a Dios ni al diablo, el 8 de abril de 1862 me desembarcó en la costa oeste de Australia.

—¿De Australia? —dijo el Mayor, interrumpiendo la narración de Ayrton—. ¿Habíais, pues, salido de la Britannia antes que hiciese escala en el Callao, donde están fechadas sus últimas noticias?

—Sí —respondió el contraamaestre—, pues la Britannia no tocó nunca el Callao mientras estuve yo a bordo. Os hablé del Callao en la granja de Paddy O'Moore, porque vuestro relato me dio a conocer semejante circunstancia.

—Continuad, Ayrton —dijo Glenarvan.

—Me hallé, pues, abandonado en una costa casi desierta, pero que sólo distaba veinte millas del presidio de Perth, capital de la Australia occidental. Errando por sus playas, encontré una partida de presidiarios que acababan de evadirse, y me reuní con ellos. Me permitiréis, Milord, que no os refiera las aventuras de mi vida durante los dos años y medio. Basta que os diga que me hice jefe de los desertores bajo el nombre de Ben Joyce. En setiembre de 1864 me presenté en la alquería irlandesa, donde se me admitió como mozo de labor bajo mi verdadero nombre de Ayrton. Allí aguardaba que se me presentase una ocasión propicia para apoderarme de un buque. Un buque era mi sueño dorado. Dos meses después llegó el Duncan. Durante vuestra permanencia en la granja, contasteis, Milord, toda la historia del capitán Grant. Entonces supe lo que ignoraba, la arribada de la Britannia al Callao, sus últimas noticias fechadas en junio de 1862, dos meses después de mi desembarque, el asunto del documento, la pérdida del buque en un punto del 37° paralelo, y por fin las poderosas razones que teníais para buscar al capitán Harry Grant en el continente australiano. No vacilé. Resolví apoderarme del Duncan, maravilloso buque que hubiera dejado atrás a todos los más rápidos de la Marina británica. Pero tenía graves averías y era preciso repararlas. Le dejé al efecto zarpar para Melbourne, y me presenté a vos en mi verdadera condición de contramaestre, ofreciéndome a conducirlos al teatro de un naufragio que yo coloqué con intención en la costa del este de Australia. Tan pronto seguido como precedido a cierta distancia por mi banda de malhechores, dirigí vuestra expedición por la provincia de Victoria. Mis gentes cometieron en Camden Bridge un crimen inútil, puesto que el Duncan, una vez llegado a la costa, no se me podía escapar, y con él era yo el amo del océano. Os conduje sin que desconfiaseis de mí hasta el Snowy River. Los caballos y bueyes cayeron uno tras otro envenenados con gastrolobium. A instancias mías... Pero vos sabéis lo restante, Milord, y podéis estar bien seguro de que sin la distracción de Monsieur Paganel, yo mandaría a estas horas a bordo del Duncan. Tal es mi historia, señores. Desgraciadamente mis revelaciones no pueden haceros encontrar las huellas de Harry Grant, y ya veis que tratando conmigo habéis hecho un mal negocio.

El contramaestre calló, se cruzó de brazos como tenía por costumbre, y esperó. Glenarvan y sus amigos guardaron silencio. Comprendían que el jefe de los bandidos acababa de decir la verdad de cuanto sabía. No se había apoderado del Duncan por una causa independiente de su voluntad. Los cómplices habían llegado a las playas de Twofold Bay, como lo probaba la camisa de presidiario que encontró Glenarvan. Allí, cumpliendo las órdenes de su jefe, habían acechado al yate, hasta que cansados de esperar, habían sin duda vuelto a su oficio de incendiarios y ladrones en la campaña de Nueva Gales del Sur.

El Mayor fue el primero en interrogar, para precisar las fechas relativas a la

Britannia.

—Es decir —preguntó el Mayor—, ¿que el 8 de abril de 1862 fuisteis desembarcado en la costa oeste de Australia?

—Exactamente —respondió Ayrton.

—¿Y sabéis cuáles eran entonces los proyectos de Harry Grant?

—De una manera vaga.

—Explicaos, Ayrton —dijo Glenarvan—. El menor indicio puede ponernos sobre una pista.

—Lo único que puedo deciros, Milord —respondió el contramaestre—, es que el capitán Grant tenía intención de visitar Nueva Zelanda, pero esta parte de su programa no se ejecutó durante mi permanencia a bordo. No es, pues, imposible que la Britannia, saliendo del Callao, viniese a tomar conocimiento de las tierras de Nueva Zelanda, lo que concordaría con la fecha de 27 de junio de 1862, que asigna el documento al naufragio de la fragata.

—Evidentemente —dijo Paganel.

—Pero —replicó Glenarvan— no hay en el documento una sola de sus palabras truncadas que pueda aplicarse a Nueva Zelanda.

—Nada puedo responder acerca del particular —dijo el contramaestre.

—Bien, Ayrton —replicó Glenarvan—. Habéis cumplido vuestra palabra, y yo cumpliré la mía. Vamos a resolver en qué isla del océano Pacífico os dejaremos abandonado.

—Lo mismo me da una que otra, Milord —respondió Ayrton—. Todas me son indiferentes.

—Volved a vuestra cámara —dijo Glenarvan—, y esperad nuestra decisión.

El contramaestre se retiró escoltado por dos marineros.

—Ese malvado pudiera haber sido hombre de provecho —dijo el Mayor.

—Sí —respondió Glenarvan—, está dotado de inteligencia y firmeza. ¿Por qué ha dedicado al mal sus facultades?

—Pero, ¿y Harry Grant?

—Temo que se haya perdido para siempre. ¡Pobres criaturas! ¿Quién podrá decir dónde está su padre?

— ¡Yo! —respondió Paganel—. ¡Sí, yo!

Se habrá notado que el geógrafo, tan locuaz y habitualmente tan vivo de

genio, apenas despegó los labios durante el interrogatorio de Ayrton. Escuchaba sin decir esta boca es mía. Pero la última palabra que pronunció valía más que cuantas otras hubiera podido proferir, y con ella hizo dar un salto a Glenarvan.

— ¡Vos! —exclamó éste—. ¿Vos, Paganel, sabéis dónde está el capitán Grant?

—Sí; sé cuanto acerca del particular es posible saber —respondió el geógrafo.

—¿Y por quién lo sabéis?

—Por este eterno documento.

— ¡Ah! —exclamó el Mayor, con un tono de incredulidad completa.

—Escuchad antes, Mac Nabbs —dijo Paganel—, y después podréis encogeros de hombros. No he hablado antes, porque no me hubierais creído. Además, era inútil. Pero ahora me decido, porque la opinión de Ayrton ha venido precisamente a apoyar la mía.

—¿Conque Nueva Zelanda...? —preguntó Glenarvan. —Oídmme y juzgaréis —respondió Paganel—. No sin ton ni son, o por mejor decir, no sin una razón cometí el error que nos ha salvado. Mientras escribía la carta que me dictaba Glenarvan, la palabra Zelanda me barrenaba los sesos. Voy a decir por qué. Recordaréis que nos hallábamos en la carreta. Mac Nabbs acababa de referir a Lady Elena la historia de los desertores de presidio, poniendo en sus manos el número del Australian and Zealand Gazette, que relataba la catástrofe de Camden Bridge. En el acto de estar yo escribiendo, el periódico estaba en el suelo, doblado de manera que sólo aparecían dos sílabas de su título. Estas dos sílabas eran aland. ¡Qué rayo de luz para mí! Aland era precisamente una palabra del documento inglés, una palabra que hasta entonces habíamos traducido por a tierra, y que debía ser la terminación del nombre propio Zealand.

—¡Toma! —exclamó Glenarvan.

—¡Sí! —prosiguió Paganel con profunda convicción—. Era una interpretación que no se me había ocurrido hasta entonces, ¿y sabéis por qué? Porque mis investigaciones tenían, naturalmente, por punto de partida el documento francés, más completo que los otros, y en él falta esta palabra importante.

— ¡Oh! ¡Oh! —dijo el Mayor—. Eso es apurar demasiado. Abusáis de vuestra imaginación, Paganel, y olvidáis con demasiada facilidad vuestras deducciones precedentes.

—Hablad, Mayor, y os contestaré.

—Entonces —continuó Mac Nabbs—, ¿qué pito toca vuestra palabra austral?

—El que tocaba antes. Sirve sólo para designar las comarcas australes.

—Bueno. ¿Y la sílaba indi, que fue primero la radical de indios, y después fue la radical de indígenas?

—Conforme. La tercera y última vez —respondió Paganel—, será la primera sílaba de la palabra indigencia.

— ¡Y contin! —exclamó Mac Nabbs—. ¿Sigue significando continente?

— ¡No! No, puesto que Nueva Zelanda no es más que una isla.

—¿Entonces...? —preguntó Glenarvan.

—Querido Lord —respondió Paganel—, voy a traduciros el documento según mi tercera interpretación, y juzgaréis. No os haré más que dos advertencias. Primera: haced lo posible para librar vuestro ánimo de toda preocupación anterior, olvidando o haciendo caso omiso de las interpretaciones precedentes. Segunda: algunas palabras os parecerán forzadas y traídas por los cabellos, pero no tienen ninguna importancia, entre otras la palabra agonía, que me choca, pero no acierto a remplazarla con otra. Además, el documento que sirve de base a mi interpretación es el francés, y no debéis olvidar que está escrito por un inglés que podía muy bien no estar familiarizado con los modismos de la lengua francesa. Voy ahora a leer.

Y Paganel, articulando cada sílaba con lentitud, recitó las siguientes frases:

El 27 de junio de 1862, la fragata «Britannia», de Glasgow, ha zozobrado después de una larga agonía en los mares australes, en las costas de Nueva Zelanda (en inglés Zealand). Dos marineros y el capitán Grant han podido abordar a ella, donde continuamente presa de cruel indigencia han arrojado este documento a los de longitud y 37° 11' de latitud. Socorredles, o están perdidos.

La interpretación de Paganel era admisible. Pero precisamente por lo mismo que parecía tan verosímil como las precedentes, podía ser también falsa. Glenarvan y el Mayor no la discutieron. Sin embargo, puesto que las huellas de la Britannia no se habían encontrado en las costas de la Patagonia ni en las de Australia, en el punto por donde pasa el 37° paralelo, las probabilidades estaban en favor de Nueva Zelanda.

Esta observación de Paganel llamó mucho la atención de sus amigos.

—¿Ahora —dijo Glenarvan—, querréis decirnos, Paganel, por qué razón durante dos meses no nos habéis dicho una palabra acerca de vuestra nueva interpretación?

—Porque no quería daros vanas esperanzas. Por otra parte, íbamos a Auckland, precisamente al punto de latitud indicado en el documento.

—Pero después, cuando tomamos otra dirección, ¿por qué no hablasteis?

—Porque por justa y fundada que sea mi última interpretación, de nada sirve para salvar al capitán.

—¿Por qué razón, Paganel?

—Porque en la hipótesis de que el capitán Harry Grant haya naufragado en Nueva Zelanda, por el mero hecho de haber transcurrido dos años sin que haya reaparecido, podemos estar seguros de que ha perecido en el naufragio o ha sido víctima de los zelandeses.

—¿De modo que vuestra opinión es...? —preguntó Glenarvan.

— ¡Que podríamos encontrar tal vez algunos vestigios del naufragio, pero los náufragos de la Britannia están irrevocablemente perdidos!

—Guardad silencio sobre el particular, amigos míos —dijo Glenarvan—, y dejadme escoger una ocasión oportuna para comunicar la infausta noticia a los hijos del capitán Grant.

Capítulo XX

Un grito en la noche

No tardó la tripulación en saber que las revelaciones de Ayrton no habían derramado ninguna luz sobre la misteriosa situación del capitán Grant. El desaliento a bordo fue profundo, porque todos esperaban que el contramaestre despejaría la incógnita, y el contramaestre nada sabía que pudiese poner al Duncan en el rastro de la Britannia.

No se modificó el derrotero que tenía trazado el yate. Sólo faltaba escoger la isla en que Ayrton debía quedar abandonado.

Paganel y John Mangles consultaron los mapas de a bordo. Precisamente en el 37° paralelo había un islote aislado, conocido con el nombre de María Teresa, peñón perdido en medio del océano Pacífico, relegado a la distancia de 3.500 millas de la costa americana y 1.500 de Nueva Zelanda. Al norte, las tierras más cercanas formaban el archipiélago de las Pomotou, bajo el protectorado francés. Al sur, no había nada hasta llegar al banco perpetuamente helado del polo austral. Ningún buque tocaba en aquella isla solitaria, ni llegaba a ella el eco de ningún ruido del mundo. Únicamente los pamperos y petreles, las aves de las tempestades, descansaban en sus playas

durante sus largas travesías, y muchos mapas ni siquiera indicaban aquella roca, azotada por las olas del Pacífico.

Si hay algún punto en la Tierra en que deba hallarse el aislamiento absoluto, es precisamente en aquella isla, situada al margen de todas las comunicaciones humanas. Se dio a conocer su situación a Ayrton, y éste se conformó con vivir y morir lejos de sus semejantes. Se dirigió, pues, la proa hacia María Teresa. En aquel momento una línea rigurosamente recta, tirada desde la isla a la bahía de Talcahuano, hubiera pasado por el eje del Duncan.

Dos días después, a las dos de la tarde, el vigía dio la voz de tierra a la vista. Era María Teresa, baja, prolongada, que apenas sobresalía de las olas, y aparecía como un enorme cetáceo. Distaba aún 30 millas del yate, cuyo tajamar hendía el líquido elemento a una velocidad de 16 nudos por hora.

Poco a poco el perfil del islote se dibujó en el horizonte. El sol, declinando hacia su ocaso iluminaba con toda su luz su caprichosa silueta. Se destacaban a trechos algunas cimas poco elevadas, bañadas por los rayos del astro diurno.

A las cinco, John Mangles creyó distinguir una humareda ligera que subía al cielo.

—¿Es un volcán? —preguntó a Paganel, el cual observaba con el catalejo aquella tierra nueva.

—No sé —respondió el geógrafo—, María Teresa es una isla poco conocida, y pudiera muy bien ser que debiese su origen a una erupción submarina, y tuviese un cráter volcánico.

—¿Pero si la isla procede de una erupción —dijo Glenarvan—, no es de temer que en otra erupción desaparezca?

—No me parece probable —respondió Paganel—. Cuenta ya muchos siglos de existencia, lo que es una garantía. Cuando la isla Julia brotó del Mediterráneo, permaneció poco tiempo fuera de las olas. Desapareció pocos meses después de haber surgido.

—Bien —dijo Glenarvan—. ¿Crees, John, que podemos arrimarnos a tierra antes que sea de noche?

—No, Milord. No debo arriesgar el Duncan en medio de las tinieblas en una costa que desconozco. Me mantendré a poco vapor, navegando de vuelta y vuelta, y mañana al rayar el día enviaremos una lancha a tierra.

A las ocho de la noche, María Teresa, aunque sólo estaba a cinco millas a sotavento, no se presentaba más que como una larga sombra, apenas perceptible. Seguía el Duncan acercándose a ella.

A las nueve brilló en la oscuridad una luz, un resplandor bastante vivo,

inmóvil y permanente.

—Se va confirmando el volcán —dijo Paganel, que observaba con atención.

—Sin embargo —respondió John Mangles—, a esta distancia deberíamos oír el estruendo de la erupción y el viento del este no nos trae el menor ruido.

—En efecto —dijo Paganel—, es un volcán que brilla, pero no habla. Parece, además, que tiene intermitencias como un faro giratorio.

—Tenéis razón —respondió John Mangles—, y, sin embargo, no estamos en una costa alumbrada. ¡Ah —exclamó—, otra luz! ¡Y ésta en la playa! ¡Mirad! ¡Se mueve! ¡Va de un lugar a otro!

John no se engañaba. Apareció una nueva llama, que parecía apagarse de cuando en cuando y se reanimaba súbitamente.

—¿Estará habitada la isla? —dijo Glenarvan.

—Por salvajes, si acaso —respondió Paganel.

—En cuyo caso no podemos dejar en ella al contramaestre.

—No —respondió el Mayor—, sería mal regalo hasta para salvajes.

—Buscaremos alguna otra isla desierta —dijo Glenarvan, que no pudo menos de sonreírse ante los escrúpulos de Mac Nabbs—. He prometido a Ayrton salvar su vida, y quiero cumplir mi promesa.

—Por lo que pudiera ser, desconfiemos —añadió Paganel—. Los zelandeses tienen el bárbaro ardid de engañar a los navegantes con luces movedizas para atraerles, como en otro tiempo los habitantes de Cornualles. Bien puede ser que conozcan el engaño los indígenas de María Teresa.

—Arriba un cuarto a la banda —gritó John al timonel—. Mañana al amanecer sabremos a qué atenernos.

En aquel momento Mary Grant y Roberto subieron a la toldilla.

Los dos hijos del capitán, apoyados en la batayola, miraron con tristeza el mar fosforescente y la luminosa estela del Duncan. Mary pensaba en el porvenir de Roberto. Roberto pensaba en el porvenir de su hermana. Los dos pensaban en su padre. ¿Existía aún aquel padre adorado? ¿Había que renunciar a él? ¡No, no! ¿Qué sería sin él la vida? ¿Qué sería de ellos sin él? ¿Qué hubiera sido de ellos ya sin Lord Glenarvan y Lady Elena?

El niño, hecho hombre por el infortunio, adivinaba los pensamientos que atormentaban a su hermana.

Tomó entre las suyas la mano de Mary y le dijo:

—Mary, no se debe nunca desesperar enteramente. Acuérdate de las lecciones que nos daba nuestro padre. La perseverancia lo puede todo en la Tierra, decía. Tengamos, pues, la perseverancia inquebrantable que él tenía y que le hacía superior a todo. Hasta ahora tú has trabajado para mí, hermana mía; ahora quiero trabajar yo para ti.

— ¡Roberto mío! —respondió la joven.

—Quiero decirte una cosa —añadió Roberto—. ¿No te enfadarás si te la digo, Mary? —¿Por qué me he de enfadar, hermano mío?

—¿Y me dejarás hacer...?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mary, súbitamente inquieta.

— ¡Hermana mía! Seré marino...

— ¡Me abandonarás! —exclamó la joven, estrechando la mano de Roberto.

—¡Sí, hermana mía, seré marino como mi padre, marino como el capitán John! ¡El capitán John! ¡Tú tendrás, como yo, confianza en el cariño que nos profesas! ¡Me ha prometido hacer de mí un buen marino, y practicaré con él buscando juntos a nuestro padre! ¿No quieres, hermana mía? ¡Es nuestro deber, o al menos el mío, hacer por nuestro padre lo que él hubiera hecho por nosotros! Mi vida se debe toda entera a un solo objeto: buscar, buscar hasta morir al que nunca nos hubiera abandonado. ¡Querida Mary, cuán bueno era nuestro padre!

— ¡Y tan noble, tan generoso! —respondió Mary—. ¿Sabes, Roberto, que era ya una de las glorias de nuestro país, y que éste le hubiera contado entre sus grandes hombres, si la suerte no le hubiera detenido en su carrera?

— ¡Sí, lo sé! —exclamó Roberto.

Mary Grant estrechó a Roberto contra su corazón. El tierno niño sintió que caían sobre su frente algunas lágrimas.

— ¡Mary! ¡Mary! —exclamó—. ¡Digan nuestros amigos lo que quieran, yo espero aún y esperaré siempre! ¡Un hombre como mi padre no muere antes de haber cumplido su misión!

Mary Grant no pudo responder. La ahogaban los sollozos. La idea de que se practicarían nuevas tentativas para averiguar el paradero de Harry Grant, pues la abnegación del joven capitán no reconocía ningún límite, hacía entrecocar en su alma los más vivos sentimientos.

—¿El capitán John espera aún? —preguntó.

—Sí —respondió Roberto—. Es un hermano que no nos abandonará

jamás. Seré marino, ¿no es ver dad, hermana? ¡Marino para buscar a mi padre con él! ¿No quieres?

—Sí, quiero —respondió Mary—. ¡Pero separarnos! —murmuró.

—No te quedarás sola, Mary. Lo sé. Mi amigo John me lo ha dicho. Lady Elena no te permitirá separarte de ella. Tú eres mujer; puedes, debes aceptar sus beneficios. Sería ingratitud rehusarlos. ¡Pero un hombre, mi padre me lo ha dicho mil veces, un hombre debe labrar él mismo su suerte!

—¿Y qué será de nuestra querida casa de Dundee, tan llena de recuerdos?

— ¡La conservaremos, hermanita! Todo eso está ya bien arreglado por nuestro amigo John y por Lord Glenarvan. El noble Lord te tendrá en su palacio de Malcolm como si fueses su hija. Así se lo ha dicho a mi amigo John, y John me lo ha repetido. Tú estarás allí como en tu casa teniendo con quién hablar de nuestro padre, hasta que John y yo te lo presentemos un día. ¡Ah! ¡Qué hermoso día será aquél! —exclamó Roberto radiante de entusiasmo.

— ¡Hermano mío, hijo mío! —respondió Mary—. ¡Cuán feliz sería nuestro padre si pudiese oírte! ¡Cómo te pareces, Roberto mío, a nuestro padre tan adorado! Cuando seas hombre, serás como él, serás él mismo.

— ¡Dios te oiga, Mary! —dijo Roberto con santo y filial orgullo.

—¿Pero cómo pagaremos a Lord y Lady Glenarvan lo mucho que les debemos? —añadió Mary Grant.

— ¡Oh! ¡Muy fácilmente! —añadió Roberto con su confianza de niño—. ¡Se les ama, se les venera, se les bendice, se les abraza, y un día, a la primera ocasión que se presente, se hace uno matar por ellos!

—Al contrario, vive por ellos —exclamó la joven, cubriendo de besos la frente de su hermano—. Ellos lo preferirán..., y yo también.

Después, entregándose a la corriente de sus ensueños, los dos hijos del capitán se miraron silenciosos en la vaga oscuridad de la noche. Sin embargo, mentalmente, aún conversaban, y se interrogaban, y se respondían. El mar tranquilo se mecía en prolonga das ondulaciones, y con la hélice agitaba en la sombra luminosos remolinos.

Entonces se produjo un incidente extraño y verdaderamente sobrenatural. El hermano y la hermana, por una de esas comunicaciones magnéticas que unen misteriosamente entre sí las almas simpáticas, experimentaron a la vez y en el mismo instante una alucinación idéntica.

De en medio de las olas, alternativamente oscuras y luminosas, Mary y Roberto creyeron que se desprendía una voz profunda y quejumbrosa que hizo

vibrar todas las fibras de su corazón.

— ¡A mí! ¡A mí! —gritaba la voz que los dos hermanos creyeron oír.

—Mary —dijo Roberto—, ¿has oído? ¿Has oído?

E inclinándose los dos hacia el mar, interrogaron las profundidades de la noche.

Pero nada vieron, no vieron más que la sombra sin fin que ante ellos se extendía.

—Roberto —dijo Mary, pálida de ansiedad—, he creído... Sí, he creído, como tú... ¡Estamos los dos calenturientos y delirantes, Roberto mío...!

Pero un nuevo grito llegó a sus oídos, y la ilusión fue entonces tan completa, que los dos hermanos prorrumpieron en la misma exclamación salida del fondo de su alma.

— ¡Mi padre! ¡Mi padre...!

Aquello era demasiado para Mary Grant. Quebrantada por la conmoción, cayó desvanecida en brazos de su hermano.

— ¡Socorro! —gritó éste—. ¡Mi hermana! ¡Mi padre! ¡Socorro!

El timonel corrió hacia la joven. Acudieron los marineros que estaban de guardia, y luego John Mangles, Lady Elena y Glenarvan, súbitamente despertados.

— ¡Mi hermana se muere, y mi padre está allí! —gritaba Roberto señalando las olas.

Nadie comprendía sus palabras.

—Sí —repetía—. ¡Mi padre está allí! ¡He oído la voz de mi padre! ¡Mary la ha oído también!

Y en aquel momento, Mary Grant, vuelta en sí de su desmayo, extraviada, loca, exclamaba igualmente:

— ¡Mi padre! ¡Mi padre está allí!

La desgraciada joven, levantándose e inclinándose por la batayola, quería arrojarse al mar.

— ¡Milord! ¡Lady Elena! —repetía juntando las manos—. ¡Os digo que mi padre está allí! ¡Os aseguro que he oído su voz que salía del seno de las olas como un lamento, como un último adiós!

Entonces nuevos espasmos y nuevas convulsiones atacaron a la pobre joven, que no tuvo fuerzas para sostenerse, y fue preciso llevarla a su

camarote, donde Lady Elena la siguió par a cuidarla, en tanto que Roberto repetía:

— ¡Mi padre! ¡Mi padre está allí! ¡Estoy de ello seguro, Milord!

Los testigos de aquella dolorosa escena comprendieron que los dos hijos del capitán habían sido juguete de una ilusión. ¿Pero cómo desimpresionar sus sentidos, tan violentamente engañados?

Glenarvan lo intentó. Cogió por la mimo a Roberto, y le dijo:

—¿De veras has oído la voz de tu padre?

—Sí, Milord. ¡Allí, en medio de las olas! Gritaba: ¡A mí! ¡A mí!

—¿Y has reconocido su voz?

— ¡Sí, he reconocido su voz! ¡Oh, sí! ¡Os lo juro! ¡Mi hermana la ha oído y reconocido como yo! ¿Cómo queréis que nos hayamos engañado los dos? ¡Milord, volemós al auxilio de mi padre! ¡Una lancha! ¡Una lancha!

Glenarvan se convenció de que era imposible desengañar al pobre niño. Con todo, hizo una última prueba y llamó al timonel.

—Hawkins —le preguntó—, ¿estabais en el timón cuando se desmayó Miss Mary?

—Sí, Milord —respondió Hawkins.

—¿Y no habéis visto ni oído nada?

—Nada.

—Ya lo ves, Roberto.

—Si hubiera sido el padre de Hawkins —respondió el joven con indomable energía—, Hawkins no diría que no ha oído nada. ¡Era mi padre, Milord! ¡Mi padre! ¡Mi padre...!

La voz de Roberto se extinguió en un sollozo. Pálido y mudo, perdió a su vez el conocimiento.

Glenarvan le hizo llevar a su cama, y la pobre criatura, rendida por la conmoción, cayó en un sopor profundo.

— ¡Pobres huérfanos! —dijo John Mangles—. ¡Dios les somete a pruebas demasiado terribles!

—Sí —respondió Glenarvan—, el exceso de dolor habrá producido en los dos a un mismo tiempo una alucinación análoga.

— ¡En los dos! —murmuró Paganel—. ¡No deja de ser raro! La ciencia pura no admitiría semejante coincidencia.

Y después, mirando a su vez el mar, Paganel hizo señal a todos que callasen, y escuchó atentamente.

El silencio era profundo. Paganel cogió la bocina y llamó con toda la fuerza de sus pulmones. Nadie le respondió.

— ¡Es cosa rara! —repetía el geógrafo, volviendo a su camarote—. No basta para explicar el fenómeno una íntima simpatía de pensamientos y dolores.

A las cinco de la mañana del día siguiente, 8 de marzo, los pasajeros, entre ellos Roberto y Mary, pues fue de todo punto imposible impedirles salir de su camarote, estaban sobre cubierta en el Duncan. Todos querían examinar aquella tierra que la víspera no habían hecho más que entrever confusamente.

Los anteojos se pasearon ávidamente por los principales puntos de la isla, que el yate costeaba a una milla de distancia. La mirada podía distinguir los más insignificantes accidentes del terreno.

De repente, Roberto lanzó un grito. Pretendía estar viendo dos hombres que corrían y gesticulaban, en tanto que otro agitaba una bandera.

— ¡El pabellón de Inglaterra! —exclamó John Mangles, que había cogido su antejo.

— ¡Verdad es! —exclamó Paganel, volviéndose de pronto hacia Roberto.

—Milord —dijo éste muy agitado y tembloroso—, Milord, si no queréis que vaya a la isla a nado, mandad echar un bote al agua. ¡Ah! ¡Milord! ¡Os pido de rodillas que me dejéis llegar el primero a tierra!

Nadie a bordo se atrevía a hablar. ¡Cómo era posible que en aquel islote atravesado por el 37° paralelo hubiese tres hombres, tres náufragos, tres ingleses! ¡Y contrayéndose a los acontecimientos de la víspera, todos meditaron acerca de aquella voz oída por Roberto y Mary en el silencio de la noche...! Los dos hermanos no se habían tal vez engañado enteramente; podía muy bien haber llegado a ellos un grito, ¿pero era su padre quien lo dio? ¡No! ¡Mil veces no! Y pensando en la horrible decepción que aguardaba a las pobres criaturas, no había quien no temiese que aquella prueba fuera superior a sus fuerzas. ¿Pero cómo oponerse a que se sometiesen a ella? Glenarvan no tuvo valor para tanto.

— ¡La lancha! —exclamó.

En un minuto la lancha fue echada al agua, y los dos hijos del capitán, Glenarvan, John Mangles y Paganel, saltaron a ella, que se separó rápidamente del yate, impelida por los remos de seis vigorosos marineros.

Al llegar a diez toesas de la costa, Mary lanzó un grito desgarrador:

— ¡Padre mío!

Había un hombre en la playa colocado entre otros dos. Su estatura era elevada, y su fisonomía, dulce y atrevida a un mismo tiempo, ofrecía una expresiva mezcla, una armoniosa combinación de las hermosas facciones de Mary y Roberto Grant. Era el hombre que con tanta frecuencia habían descrito los dos hermanos. Su corazón no les había engañado. ¡Era su padre! ¡Era el capitán Grant!

El capitán oyó el grito de Mary, abrió los brazos y cayó como herido por un rayo.

Capítulo XXI

La isla Tabor

Nadie se muere de alegría, puesto que el padre y los hijos volvieron a la vida antes de ser trasladados al yate. ¿Cómo se ha de pintar aquella escena? Las palabras son insuficientes. Toda la tripulación lloraba viendo aquellos tres seres confundidos en un silencioso abrazo.

Mary Grant, al llegar sobre cubierta, se puso de rodillas. El piadoso escocés, al pisar lo que él llamaba ya el suelo de la patria, quiso dar gracias a Dios por su salvación antes que a los demás que habían contribuido a ella.

Dirigiéndose luego a Lady Elena, a Lord Glenarvan y a sus compañeros, les manifestó su gratitud con conmovido acento. En el breve tiempo que duró la travesía de la isla al yate, sus hijos, en pocas palabras, le habían referido toda la historia del Duncan.

¡Qué inmensa deuda había contraído con aquella noble mujer y sus compañeros! ¿No habían todos, desde Lord Glenarvan hasta el último marinero, luchado y sufrido por él? Harry Grant expresó la gratitud que rebotaba de su corazón, con tanta sencillez y nobleza, eran tan puros y dulces los sentimientos que resplandecían en su varonil semblante, que toda la tripulación se sintió recompensada con creces por sus padecimientos. Hasta el impasible Mayor derramó una lágrima que no pudo contener. El digno Paganel lloraba como un niño que no trata de ocultar su llanto.

Harry Grant no se cansaba de mirar a su hija, la encontraba bella, encantadora, y lo decía y repetía en voz alta, tomando a Lady Elena por testigo, como para certificar que su amor paternal no le cegaba. Después, dirigiéndose a su hijo, exclamó con entusiasmo:

— ¡Cuánto ha crecido! ¡Es un hombre!

Y prodigaba a aquellos dos seres tan queridos todo el acopio de besos acumulados en su corazón durante dos años de ausencia.

Roberto le presentó sucesivamente todos sus amigos, halló medio de variar sus fórmulas, aunque de cada uno de ellos tenía que decir lo mismo. Porque todos, sin excepción alguna, se habían conducido perfectamente con los dos huérfanos. Cuando llegó el turno a John Mangles, el capitán se sonrojó como una virgen y su voz temblaba al contestar al padre de Mary.

Lady Elena refirió entonces al capitán Grant el viaje, y le llenó de orgullo con los merecidos elogios que hizo de su hijo y de su hija.

Harry Grant supo las hazañas del joven héroe, y que había ya, tan niño como era, pagado a Lord Glenarvan una parte de la deuda paterna. John Mangles, a su vez, habló de Mary en términos tales, que Harry Grant, informado por algunas palabras de Lady Elena, puso la mano de su hija en la del denodado capitán, y dirigiéndose a Lord y Lady Glenarvan, dijo:

— ¡Milord, y vos, bondadosa Lady, bendigamos a nuestros hijos!

Cuando todo se hubo dicho y repetido mil veces, Glenarvan informó a Harry Grant de lo que a Ayrton concernía. Grant confirmó las aserciones del contramaestre respecto de su desembarque en la costa australiana.

—Es —añadió— un hombre inteligente y audaz, a quien las pasiones han lanzado al mal camino. ¡Puedan la reflexión y el arrepentimiento inspirarle sentimientos mejores!

Pero antes que Ayrton fuese trasladado a la isla Tabor, Harry Grant quiso hacer a sus nuevos amigos los honores de su solitario peñasco, y les invitó a visitar su casa de madera y a sentarse a la mesa del Robinsón oceánico.

Glenarvan y sus huéspedes aceptaron con el mayor gusto; Roberto y Mary Grant ardían en deseos de visitar aquellas soledades en que el capitán les había llorado tanto.

Se echó al agua la lancha, y el padre con sus dos hijos, Lord y Lady Glenarvan, el Mayor, John Mangles y Paganel, desembarcaron en las playas de la isla.

Algunas horas bastaron para recorrer los dominios de Harry Grant. Aquella isla no era más que la cresta de una montaña submarina, una meseta en que abundaban entre restos volcánicos las rocas de basalto. En las épocas geológicas de la Tierra, aquel monte se había levantado poco a poco de las profundidades del Pacífico por la acción de los fuegos subterráneos; pero hacía ya siglos que el volcán se había convertido en una montaña pacífica, y cegado su cráter, no era ya más que un islote, como otro cualquiera, que sobresalía de la líquida llanura. Después se formó el humus o tierra vegetal, y

la vegetación se apoderó de ella. Algunos balleneros al pasar desembarcaron animales domésticos, cabras y cerdos, que se multiplicaron en estado salvaje; y la Naturaleza exhibió producciones de los tres reinos en aquella isla perdida en medio del océano.

Cuando en ella se refugiaron los náufragos de la Britannia, la mano del hombre regularizó los esfuerzos de la Naturaleza. En dos años y medio Harry Grant y sus marineros metamorfosearon su islote. Algunos acres de tierra, cultivados con esmero, producían legumbres de excelente calidad.

Los visitantes llegaron a la casa sombreada por verdes gomeros. Delante de sus ventanas se extendía el mar con toda su magnificencia, rielando en él los rayos del sol. Harry Grant hizo colocar la mesa a la sombra de los hermosos árboles, y todos se sentaron en torno a ella. Un jigote de cabra, pan de nardou, algunos tarros de leche, dos o tres achicorias silvestres y agua clara y fresca, constituyeron los elementos de aquella sencilla comida, digna de los pastores de la Arcadia.

Paganel estaba encantado. Se le subían a la cabeza todas sus antiguas ideas robinsonescas.

—No tendrá de qué quejarse ese tunante de Ayrton —exclamó en un arrebató de entusiasmo y casi de envidia—. Este islote es un paraíso.

—Sí —respondió Harry Grant—, un paraíso para tres pobres náufragos que el cielo les envió. Sólo siento que María Teresa no sea una isla vasta y fértil, con un río en lugar de un arroyo, y un puerto en lugar de una mala ensenada, azotada por las olas cuando soplan vientos de fuera.

—¿Por qué lo sentís, capitán? —dijo Glenarvan.

—Porque aquí hubiera echado los cimientos de la colonia en el Pacífico de que quiero dotar a Escocia.

— ¡Ah, capitán Grant! —dijo Glenarvan—. ¿No habéis, pues, abandonado la idea que tan popular os ha hecho en nuestra vieja patria?

—No, Milord, y Dios no me ha salvado por medio de vuestras generosas manos sino para permitirme su realización. Es preciso que nuestros pobres hermanos de la antigua Caledonia, todos los que sufren, encuentren un refugio contra la miseria en una tierra nueva. Es preciso que nuestra querida patria posea en estos mares una colonia suya, exclusivamente suya, en que encuentre un poco de la independencia y bienestar de que carece en Europa.

— ¡Muy bien dicho, capitán Grant! —respondió Lady Elena—. Vuestro proyecto es magnífico y digno de un gran corazón. ¿Pero este islote?

—No, señora, es una roca que sirve todo lo más para alimentar a unos cuantos colonos, y nosotros necesitaremos una tierra vasta y fértil, que

encierre todos los tesoros de las primeras edades.

—Pues bien, capitán —exclamó Glenarvan—, el porvenir es nuestro, y buscaremos juntos esa tierra de promisión.

Harry Grant y Lord Glenarvan, con un entusiasta apretón de manos, ratificaron esta promesa.

Después, en aquella misma tierra, en aquella humilde casa, quisieron conocer toda la historia de los naufragos de la Britannia, durante los dos largos años que pasaron en ella abandonados.

Harry Grant, sin hacerse de rogar, satisfizo al momento el deseo de sus nuevos amigos.

—Mi historia —dijo— es la de todos los Robinsones arrojados a una isla, los cuales, no pudiendo contar más que con Dios y consigo mismos, contraen el deber de disputar su vida a los elementos.

»En la noche del 26 al 27 de junio de 1862, la Britannia, desmantelada por seis días de desatado temporal, se estrelló contra las rocas de María Teresa. El mar estaba alborotado, el salvamento era imposible, pereció toda mi desventurada tripulación. Únicamente mis dos marineros, Bob Learce y Joe Bell, y yo, pudimos ganar la costa después de muchas tentativas infructuosas.

»La tierra que nos dio asilo no era más que un islote desierto de dos millas de ancho y cinco de largo, con pequeños bosques en el interior, algunas praderas y un manantial de agua fresca que afortunadamente no se ve nunca seco. Solo con mis dos marineros, en este rincón del mundo, no desesperaba. Puse mi confianza en Dios, y me apresté resueltamente a la lucha. Bob y Joe, mis buenos compañeros de infortunio, me ayudaron enérgicamente.

«Como nuestro modelo, el Robinson ideal de Daniel Defoe, empezamos por recoger los despojos del buque, herramientas, un poco de pólvora, armas y un saco de preciosos granos. Los primeros días fueron penosos, pero luego la caza y la pesca nos suministraron una alimentación suficiente, pues en el interior de la isla abundan las cabras salvajes y en sus costas los animales marinos. Nuestra existencia se organizó poco a poco regularmente.

»Yo conocía exactamente la situación de la isla, gracias a mis instrumentos que pude salvar del naufragio. Vi que estábamos colocados fuera del derrotero de todos los buques, y que sólo podíamos ser recogidos por un azar providencial. Pensando en los que me eran queridos y que no esperaba volver a ver, acepté valerosamente esta prueba, y el nombre de mis dos hijos se mezcló todos los días a mis oraciones.

»Sin embargo, trabajamos con afán. Quedaron muy pronto sembrados algunos acres de tierra; patatas, achicorias y acederas amenizaron nuestra

comida ordinaria, y además varias legumbres procedentes de las que había en la Britannia. Cogimos algunas cabras, que se domesticaron fácilmente. Tuvimos leche y manteca. El nardou, que creía en los creeks o arroyos secos, nos suministró una especie de pan bastante sustancioso, y la materialidad de la vida no nos inspiró ya ningún cuidado.

»Con los restos de la Britannia habíamos construido una casa de tablas, que cubrimos con velas bien embreadas, y en ella pasamos perfectamente la estación de las lluvias. Bajo su techo discutimos muchos planes, muchos ensueños, de los cuales el mejor acaba de realizarse.

»Tuve al principio la idea de lanzarme al mar en una lancha construida con los restos del buque, pero 1.500 millas nos separaban de la tierra más cercana, es decir, de las islas del archipiélago Pomotou. Ningún barquichuelo hubiera resistido tan larga travesía. Renuncié, pues, a mi idea, y no esperaba mi salvación sino de una intervención divina.

»¡Ah! ¡Pobres hijos míos! ¡Cuántas veces, desde lo alto de los acantilados de la costa, habíamos aguardado la aparición de un buque que pasase en lontananza! En todo el tiempo que ha durado nuestro destierro, no hemos distinguido en el horizonte más que dos o tres velas que desaparecieron inmediatamente. Así han transcurrido dos años y medio. No esperábamos ya, pero no desesperábamos aún.

»En fin, ayer subí al más alto acantilado de la isla desde el cual percibí hacia el oeste una leve humareda, que poco a poco fue creciendo. No tardé en ver un buque, que parecía dirigirse hacia nosotros. ¿Pero no era natural que pasase de largo, no ofreciendo este islote ningún punto de escala?

»¡Ay! ¡Qué día de angustias! ¿Cómo no se hizo pedazos mi corazón en mi pecho? Mis compañeros levantaron una hoguera en uno de los picos de María Teresa. Vino la noche, sin que el yate hiciese señal alguna para darnos a entender que nos había comprendido. ¡Y, sin embargo, nuestra única salvación estaba en el yate! ¿Íbamos, pues, a verle desaparecer para siempre?

»No vacilé; el momento era decisivo. La oscuridad iba en aumento. Podía el buque doblar la isla durante la noche. Me arrojé al mar y me dirigí a él. La esperanza triplicaba mis fuerzas. Hendí las olas con un vigor sobrehumano. ¡Llegué cerca del yate, separándome apenas de él treinta brazas, cuando viró en redondo!

»Entonces lancé gritos desesperados, los gritos que únicamente oyeron mis hijos, y que no eran una ilusión.

»Después volví a la playa, extenuado por la emoción y rendido de cansancio. Mis dos marineros me recogieron medio muerto. Horrible noche ha sido la última que hemos pasado en la isla y nos creíamos abandonados para

siempre cuando, al amanecer del día de hoy, he visto el yate que navegando de vuelta y vuelta se acercaba poco a poco. Echasteis la lancha al agua... Estábamos salvados, y ¡divina bondad del cielo! ¡Mis hijos, mis adorados hijos, estaban allí, tendiéndome los brazos!

Harry Grant terminó su relato entre los besos y caricias de Mary y de Roberto. Hasta entonces no supo el capitán que debía su salvación a aquel documento, que era casi un jeroglífico, encerrado por él, ocho días después de su naufragio, en una botella que confió a los caprichos de las olas.

Pero ¿en qué estaba pensando Santiago Paganel durante la narración del capitán Grant? El digno geógrafo daba vueltas y más vueltas en su cabeza a las palabras del documento. Repasaba las tres interpretaciones sucesivas, falsas las tres. ¿De qué manera estaba indicada la isla de María Teresa en aquellos papeles roídos por el mar?

Paganel no pudo contenerse por más tiempo, y, cogiendo la mano de Harry Grant, exclamó:

—Capitán, ¿queréis decirme el contenido de vuestro indescifrable documento?

Esta pregunta del geógrafo excitó la curiosidad general, porque después de nueve meses de investigaciones inútiles, iban a conocer la clave del enigma.

—Y bien, capitán —preguntó Paganel—, ¿os acordáis de los términos precisos del documento?

—¿No he de acordarme —respondió Harry Grant—, si no ha pasado un solo día sin que me hayan venido a la memoria los vocablos de un documento en que cifrábamos nuestra única esperanza?

—¿Y qué vocablos son, capitán? —preguntó Glenarvan—. Hablad pronto, porque nuestro amor propio está herido en lo más vivo.

—Estoy pronto a satisfacer vuestra curiosidad —respondió Harry Grant—. Pero ya sabéis que para multiplicar las probabilidades de salvación, había encerrado en la botella tres documentos escritos en tres lenguas diferentes. ¿Cuál deseáis conocer?

—¿No son acaso idénticos? —preguntó Paganel.

—Sí, a excepción de un nombre.

—Pues bien, citad el documento francés —repuso Glenarvan—, que es el que más han respetado las olas, y ha servido principalmente de base a nuestras interpretaciones.

—El documento, Milord, dice así textualmente —respondió Harry Grant.

«El 27 de junio de 1862, la fragata Britannia, de Glasgow, se ha perdido a quince leguas de la Patagonia, en el hemisferio austral. Arrojadados a tierra, dos marineros y el capitán Grant han llegado a la isla Tabor...»

— ¡Hola! —dijo Paganel.

«Allí —prosiguió Harry Grant—, continuamente víctimas de cruel indigencia, han echado este documento a los 150° de longitud y 37° 11' de latitud. Socorredlos o están perdidos.»

Al nombre de Tabor, Paganel se había levantado como impelido por un resorte, y no pudiéndose contener, exclamó:

— ¡Cómo! ¡La isla Tabor! ¡Pero ésta es la isla María Teresa!

—Sin duda, Monsieur Paganel —respondió Harry Grant—. María Teresa en los mapas ingleses y alemanes, pero Tabor en los mapas franceses.

En aquel momento cayó sobre la espalda de Paganel un puñetazo que le hizo doblegarse. La verdad obliga a decir que se lo descargó el Mayor, faltando por primera vez a su gravedad y formalidad acostumbradas.

— ¡Geógrafo! — dijo Mac Nabbs, con el tono del más profundo desprecio.

Pero Paganel no sintió el golpe. ¿Qué era aquel puñetazo comparado con la bofetada geográfica que le dejó atontado?

Paganel, como le dijo el capitán Grant, se había ido acercando poco a poco a la verdad. Había descifrado casi enteramente el indescifrable documento. Los nombres de Patagonia, Australia y Nueva Zelanda se le habían presentado sucesivamente con una certeza irrecusable. Contin, en un principio continente, había poco a poco adquirido su verdadera significación de continuamente. Indi, había significado sucesivamente indios, indígenas y, por último, indigencia, que era su verdadero sentido. Únicamente había burlado la sagacidad del geógrafo la palabra roída abor, de la cual Paganel había hecho obstinadamente la radical del verbo abordar, cuando era el nombre propio, el nombre francés de la isla de Tabor, de la isla que servía de refugio a los náufragos de la Britannia. El error era difícil de evitar, en atención a que los planisferios ingleses del Duncan daban a aquel islote el nombre de María Teresa.

— ¡No importa! —exclamaba Paganel, arrancándose los cabellos—. ¡Yo no debí olvidar esta doble denominación! ¡He cometido una falta imperdonable, un error indigno de todo un secretario de la Sociedad de Geografía! ¡Estoy deshonrado!

— ¡Pero Monsieur Paganel —dijo Lady Elena—, moderad vuestro dolor!

— ¡No, señora, no! ¡No soy más que un asno!

— ¡Y ni siquiera un asno sabio! —respondió el Mayor para su consuelo.

Terminada la comida, Harry Grant puso en orden todas las cosas de su casa, sin llevarse absolutamente nada, pues quería que el culpable heredase las riquezas del hombre honrado.

Volvieron todos a bordo. Glenarvan pensaba zarpar el mismo día, y dio las correspondientes órdenes para el desembarque del contra maestre. Ayrton fue conducido a la toldilla y se encontró en presencia de Harry Grant.

—Soy yo, Ayrton —dijo Grant.

—Lo veo, capitán —respondió Ayrton, sin que el encuentro de Harry Grant le causase el menor asombro—. ¡Pues bien! No siento veros con buena salud.

—Parece, Ayrton, que cometí una falta al desembarcaros en una tierra habitada.

—Así parece, capitán.

—Vais a remplazarme en esa isla desierta. ¡Quiera el cielo inspiraros arrepentimiento!

— ¡Así sea! —respondió Ayrton tranquilamente.

Después, Glenarvan se dirigió a él diciéndole:

—¿Persistís, Ayrton, en la resolución de quedar abandonado?

—Sí, Milord.

—¿La isla de Tabor os conviene?

—Perfectamente.

—Ahora, oíd mis últimas palabras, Ayrton. Vais a estar alejado de todo el mundo y sin comunicación posible con vuestros semejantes. Los milagros son raros, y no podréis huir de ese islote en que el Duncan os deja. Estaréis solo bajo la mirada de un Dios que lee en lo más profundo de los corazones, pero no quedaréis perdido ni ignorado, como ha estado el capitán Grant. Por indigno que seáis del recuerdo de los hombres, éstos se acordarán de vos. Sé dónde estaréis, Ayrton, sé dónde podré encontraros, y no lo olvidaré jamás.

— ¡Dios conserve a Vuestro Honor! —respondió sencillamente Ayrton.

Tales fueron las últimas palabras que mediaron entre Glenarvan y el contra maestre. La lancha estaba esperando. Ayrton bajó a ella.

John Mangles había hecho transportar de antemano a la isla algunas cajas de cecina y otros alimentos salados y en conserva, vestidos, herramientas, armas y una buena provisión de pólvora y balas. El contra maestre podía pues,

regenerarse por medio del trabajo. Nada le faltaba, ni siquiera libros, entre otros la Biblia, tan querida de los ingleses.

La hora de la separación había llegado. La tripulación y los pasajeros estaban sobre cubierta. Había más de uno que sentía oprimírsele el corazón. Mary Grant y Lady Elena estaban profundamente conmovidas.

—¿Es preciso absolutamente? —preguntó la joven esposa a su marido—. ¿Es forzoso que quede abandonado ese infeliz?

—Es indispensable, Elena —respondió Lord Glenarvan—. Es necesaria la expiación.

En aquel momento, la lancha dirigida por John Mangles empezó a separarse del yate. Ayrton, en pie, siempre impasible, se quitó el sombrero y saludó gravemente.

Glenarvan se descubrió, y toda la tripulación lo mismo, como se hace delante de un hombre que va a morir, y la lancha se alejó más y más en medio de un profundo silencio.

Ayrton saltó a la playa, y la lancha volvió al yate. Eran entonces las cuatro de la tarde, y desde lo alto de la toldilla, los pasajeros pudieron ver al contramaestre que, con los brazos cruzados, inmóvil sobre un peñasco como una estatua sobre su pedestal, miraba fijamente al buque.

—¿Zarpamos, Milord? —preguntó John Mangles.

—Sí, John —respondió Glenarvan, más conmovido de lo que quería aparentar.

—Goead! —gritó John al maquinista.

El vapor silbó, la hélice azotó las olas, y a las ocho los últimos penachos de la isla Tabor desaparecieron en las sombras de la noche.

Capítulo XXII

La última distracción de Santiago Paganel

El 18 de marzo, once días después de haber zarpado de la isla, el Duncan avistó la costa americana, y al día siguiente fondeó en la bahía de Talcahuano.

Llegaba a ella después de un viaje de cinco meses, durante el cual, siguiendo rigurosamente la línea del 37° paralelo, había dado la vuelta al mundo. Los pasajeros de tan memorable expedición, sin precedentes en los anales del Traveller's club, acababan de atravesar Chile, las Pampas, la

República Argentina, el Atlántico, las islas de Tristán da Cunha, el océano Índico, las islas de Amsterdam, Australia, Nueva Zelanda, la isla Tabor y el Pacífico. Sus esfuerzos no habían sido estériles, puesto que devolvían a su patria a los náufragos de la Britannia.

Ni uno solo de aquellos buenos escoceses, que partieron a la voz de su laird, faltaba al llamamiento; todos volvían a su vieja Escocia, y su expedición recordaba la batalla sin lágrimas de la historia antigua.

El Duncan, después de refrescar sus víveres, siguió a lo largo de las costas de la Patagonia, dobló el cabo de Hornos y cruzó el océano Atlántico.

No ha habido jamás un viaje menos accidentado. El yate llevaba en su seno un cargamento de felicidad. No había ya ningún secreto a bordo, ni siquiera el de los amores de John Mangles y Mary Grant.

Un misterio había, sin embargo, un misterio que daba mucho que hacer y cavilar a Mac Nabbs. ¿Por qué Paganel permanecía siempre herméticamente cerrado dentro de su traje y con un tapabocas encima de la corbata que le cubría hasta las orejas? El Mayor estaba en ascuas deseando profundizar el arcano de tan singular manía. Pero a pesar de las preguntas, alusiones y sospechas de Mac Nabbs, Paganel no se desabrochaba.

No se desabrochó, ni cuando el Duncan pasó la línea y el alquitrán de las juntas de la cubierta se derretía bajo un calor de 50°.

—Tan distraído es, que se cree en San Petersburgo —decía el Mayor, viendo al geógrafo envuelto en una inmensa hopalanda, como si el mercurio estuviese helado en el termómetro.

En fin, el 9 de mayo, cincuenta y tres días después de haber salido de Talcahuano, John Mangles divisó Saint Georges, atravesó el mar de Irlanda, y el 19 de mayo penetró en el golfo del Clyde. A las once ancló en Dumbarton.

A las dos de la tarde, sus pasajeros llegaron a Malcolm Castle, en medio de los hurras de los highlanders.

Estaba, pues, escrito que Harry Grant y sus dos compañeros serían salvados, que John Mangles se casaría con Mary Grant en la antigua catedral de Saint Mungo, donde el reverendo Paxton, después de haber rogado nueve meses antes por la salvación del padre, bendijo el matrimonio de su hija y de su salvador. Estaba, pues, escrito que Roberto sería marino como Harry Grant, marino como John Mangles, y que con ellos acometería de nuevo la gran empresa del capitán, bajo la alta protección de Lord Glenarvan.

¿Pero estaba escrito que Santiago Paganel no moriría soltero? Probablemente.

En efecto, el sabio geógrafo, después de sus heroicas hazañas, no podía

librarse de la celebridad. Sus distracciones metieron mucho ruido en la alta sociedad escocesa. Las gentes de alto copete se lo disputaban, y ni tiempo le dejaban para corresponder debidamente a todas las atenciones de que era objeto.

Entonces fue cuando una amable señorita de treinta años, nada menos que prima del Mayor Mac Nabbs, asaz extravagante, pero amable y encantadora aún, se prendó de las singularidades del geógrafo y le ofreció su mano. Había de por medio cuatro millones de dote, de los cuales no se hizo mención.

Lejos estaba Paganel de ser indiferente a los sentimientos de Miss Arabella, pero no se atrevía a tomar una resolución definitiva.

El Mayor intervino, queriendo unir aquellos dos corazones formados el uno para el otro, y dijo a Paganel que el matrimonio era ya la última distracción que podía permitirse.

Paganel estaba perplejo, por una singularidad extraña, y no se decidía a articular el sí fatal.

—¿Acaso Arabella no os agrada? —preguntaba sin cesar Mac Nabbs.

— ¡Oh, Mayor! ¡Es encantadora! —exclamaba Paganel—. Mil veces demasiado encantadora, y, a decir verdad, me agradaría más si no fuese tan encantadora. Quisiera que tuviese algún defecto.

—Tranquilizaos —respondió el Mayor—, más de uno tiene. A la mujer más perfecta le sobran siempre defectos. ¿Así, pues, Paganel, es cosa hecha?

—No me atrevo —replicaba Paganel.

—Vamos a ver, ¿por qué vaciláis, mi sabio amigo?

— ¡Soy indigno de Miss Arabella! —respondía invariablemente el geógrafo.

Y seguía siempre en sus trece.

Pero, por fin, acorralado un día por el intratable Mayor, acabó por confiarle, bajo el sello del secreto, una particularidad que debía facilitar su reconocimiento, si era algún día objeto de las pesquisas de la Policía.

— ¡Bah! —exclamó el Mayor.

—Como os lo digo —replicó Paganel.

—¿Qué importa, mi digno amigo?

—¿Creéis que no importa?

—Todo lo contrario, así sois más singular, y añadís un nuevo mérito a los muchos que ya teníais. ¡Sois el hombre sin igual soñado por Arabella!

Y el Mayor, conservando su imperturbable seriedad, dejó a Paganel entregado a las mayores inquietudes.

Hubo una breve conferencia entre Mac Nabbs y Miss Arabella.

Quince días después, se celebraba con gran pompa un matrimonio en la capilla de Malcolm Castle. Paganel estaba magnífico, pero herméticamente abotonado, y Miss Arabella estaba espléndida.

Y el secreto del geógrafo hubiera quedado sepultado en los abismos de lo desconocido, si el Mayor no hubiese hablado de él a Glenarvan, el cual no lo ocultó a Lady Elena, y ésta indicó algo a Mrs. Mangles. Llegó el secreto a oídos de Mrs. Olbinett, y pasó al común dominio.

Santiago Paganel, durante los tres días que le tuvieron cautivo los maoríes, fue pintado de pies a cabeza de una manera indeleble, según el procedimiento de los salvajes. Tenía en el pecho un kiwi heráldico, con las alas desplegadas, que le mordía el corazón.

Esta aventura fue la única, de las muchas que corrió Paganel en su gran viaje, de que no se consoló jamás y no perdonó nunca a Nueva Zelanda, y esta aventura fue también la que, a pesar de su amor patrio y de todos los ruegos de sus conciudadanos, le impidió volver a Francia. Temió exponer a toda la Sociedad de Geografía, personificada en él, a los chistes y caricaturas de los periódicos jocosos.

La vuelta del capitán a Escocia fue saludada como un acontecimiento nacional, y Harry Grant llegó a ser el hombre más popular de la vieja Caledonia. Su hijo Roberto se hizo marino como él, marino como el capitán Grant, y bajo los auspicios de Lord Glenarvan, quiso llevar a cabo el proyecto de fundar una colonia escocesa en el Pacífico.

FIN

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es

